

El primer SEXO



*Las capacidades innatas de las mujeres
y cómo están cambiando el mundo*

Helen Fisher

taurus



Annotation

Subtitulado: Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo

El objetivo de este libro es demostrar que las cualidades innatas de las mujeres están cambiando el mundo, convirtiéndolas en líderes perfectas y profesionales de éxito.

Según su autora, la mujer habría ido desarrollando a lo largo de millones de años de evolución una estructura del cerebro y habilidades diferentes de las de los hombres, particularmente adaptadas a la sociedad global actual.

Se remonta a la prehistoria para demostrar los orígenes del talento especial de las mujeres: aptitudes de comunicación superiores, sentidos más agudos, capacidad de hacer varias cosas a la vez, etc.

Fisher compara a la mujer y al hombre en el mundo laboral: sus actitudes frente al estrés, al poder, las capacidades de liderazgo, la amistad, el rencor, etc. Nos muestra cómo las mujeres están haciendo aportaciones importantes en los campos de la medicina, el derecho, los medios de comunicación, la educación.

Examina en la segunda parte del libro la evolución del papel de la mujer en la familia, el matrimonio, el adulterio, el

divorcio, además de su actitud frente al dinero, los gigolós, el cibersexo, la poligamia.

HELEN FISHER

El primer sexo

Taurus

Sinopsis

Subtitulado: Las capacidades innatas de las mujeres y cómo están cambiando el mundo

El objetivo de este libro es demostrar que las cualidades innatas de las mujeres están cambiando el mundo, convirtiéndolas en líderes perfectas y profesionales de éxito.

Según su autora, la mujer habría ido desarrollando a lo largo de millones de años de

evolución una estructura del cerebro y habilidades diferentes de las de los hombres, particularmente adaptadas a la sociedad global actual. Se remonta a la prehistoria para demostrar los orígenes del talento especial de las mujeres: aptitudes de comunicación superiores, sentidos más agudos, capacidad de hacer varias cosas a la vez, etc.

Fisher compara a la mujer y al hombre en el mundo laboral: sus actitudes frente al estrés, al poder, las capacidades de liderazgo, la

amistad, el rencor, etc. Nos muestra cómo las mujeres están haciendo aportaciones importantes en los campos de la medicina, el derecho, los medios de comunicación, la educación.

Examina en la segunda parte del libro la evolución del papel de la mujer en la familia, el matrimonio, el adulterio, el divorcio, además de su actitud frente al dinero, los gigolós, el cibersexo, la poligamia.

Autor: Fisher, Helen

©1999, Taurus

ISBN: 9788466305044

Generado con: QualityEbook v0.75

Introducción

Historia profunda

Una proposición inmodesta

*«Sólo hay una forma de ver las cosas,
que es*

verlas en su totalidad».

John Ruskin

«¿Qué es la mujer?». Ésta es la pregunta que hacía Simone de Beauvoir en su célebre libro de 1949, *El segundo sexo*. En su opinión, la mujer es exclusivamente producto de fuerzas económicas y sociales. Como ella dijera, «no naces, sino que más bien te haces, mujer».

Los tiempos han cambiado desde que Beauvoir escribió estas palabras. Existe actualmente abundante evidencia científica que demuestra que todos los seres humanos emergen del útero con circuitos cerebrales que les permiten actuar de forma humana. Más aún, en ciertos aspectos fundamentales, los sexos no son iguales. Durante millones

de años, los hombres y las mujeres han hecho trabajos distintos, quehaceres que exigían habilidades diferentes. A medida que los días fueron sumando siglos y la selección natural erradicó a los trabajadores menos capacitados, el tiempo fue esculpiendo sutiles diferencias en el cerebro masculino y el femenino. La mujer nace mujer.

Yo soy un clon; soy gemela idéntica. Mi hermana y yo nos parecemos en muchos sentidos y somos diferentes en muchos otros. Nos reímos de la misma forma y nuestros gestos son asombrosamente similares, pero yo soy antropóloga y ella es piloto de globo aerostático y pintora. Debido a esta vital

experiencia personal, soy fuertemente consciente de que padres, profesores, amigos, puestos de trabajo y otras miles de fuerzas culturales influyen radicalmente en cómo pensamos y actuamos. El medio y la herencia están eternamente entrelazados, unidos en un *pas de deux*. No hay dos seres humanos iguales.

Ahora bien, hombres y mujeres salen del útero materno con algunas tendencias e inclinaciones innatas generadas en las praderas de África hace varios milenios. Los sexos no son iguales. Cada uno tiene ciertas dotes naturales. Cada uno es un archivo viviente de su propio pasado.

El postulado central de Beauvoir era, no obstante, correcto: ella refrendaba la idea decimonónica de que las tradiciones sociales surgidas durante nuestro primer pasado agrario obligaron a la mujer a ocupar un puesto secundario en la sociedad.

Desde la década de los años setenta, los estudiosos de la materia han dejado claro que antes de que la humanidad adoptara una forma de vida sedentaria y agrícola, las mujeres eran económica y socialmente poderosas. En las sabanas del África ancestral las mujeres «se trasladaban al trabajo» para recoger frutas y verduras, dejando a sus hijos al

cuidado de parientes, y regresaban al campamento con buena parte —muchas veces la mayor parte— de la comida de la noche. En la «historia profunda»—, como Edward O. Wilson denomina los comienzos primigenios de la humanidad, la norma era la familia de dobles ingresos. Los antropólogos creen que las mujeres eran consideradas en términos generales como iguales del hombre.

No obstante, al ir asentándose la revolución agraria los hombres asumieron las labores económicas primarias: roturar el terreno, arar los campos y cosechar los frutos. Pronto se convirtieron también en comerciantes, guerreros, cabezas de familia y jefes de

Estado. En muchas culturas agrarias las mujeres eran y siguen siendo tratadas, en muchos sentidos, como lo que Beauvoir denominó el «segundo sexo».

Con la revolución industrial de Occidente, fuerzas económicas potentes empezaron a atraer a la mujer a la población activa remunerada. No es exagerado decir que esto ha producido uno de los fenómenos más extraordinarios de la larga trayectoria del *homo sapiens*: la reaparición de la mujer con poder económico. Las mujeres de todo el mundo están recuperando gradualmente el peso económico que poseyeron cientos de miles, o incluso millones, de años atrás.

Ellas aportan al mercado muchas capacidades innatas.

He aquí, pues, mi proposición inmodesta: a medida que las mujeres afluyen a la población activa remunerada en todas las culturas del mundo aplicarán sus aptitudes naturales a muchos sectores de la sociedad, influyendo de forma decisiva en el ámbito comercial, en las relaciones sexuales y en la vida familiar del siglo XXI. En algunos sectores importantes de la economía llegarán incluso a predominar, convirtiéndose así en el primer sexo. ¿Por qué? Porque las actuales tendencias en los negocios, comunicaciones, educación, derecho,

medicina, gobierno y el sector sin ánimo de lucro, lo que se llama la sociedad civil, indican que el mundo del mañana va a necesitar del espíritu femenino.

¿En qué difieren hombres y mujeres? ¿Por qué se han desarrollado estas diferencias de género? ¿Cómo van a cambiar el mundo los atributos exclusivamente femeninos de la mujer?

Winston Churchill dijo en una ocasión que en la cabeza del autor, el libro comienza como un juguete, pasa a ser un amante y al final se convierte en un tirano. No estoy segura respecto a lo del juguete, pero cuando empecé este libro, todas estas preguntas se convirtieron en

amantes de manera inmediata. No conseguía apartarlas de mi pensamiento. Estudié minuciosamente un raudal de datos sobre temas tan diversos como anatomía cerebral, conducta animal, psicología, estudios de género, comercio mundial y demografía. En breve, encontré cientos de estudios científicos que documentaban una serie de diferencias biológicas y psicológicas entre mujeres y hombres.

Las mujeres tienen facultades excepcionales generadas en la historia profunda: habilidad verbal; capacidad para interpretar posturas, gestos, expresiones faciales y otros signos no verbales; sensibilidad emocional;

empatía; excelente sentido del tacto, del olfato y del oído; paciencia; capacidad para pensar y hacer varias cosas simultáneamente; una amplia visión contextual de las cuestiones; afición a hacer planes a largo plazo; talento para crear redes de contacto y para negociar; impulso maternal; y preferencia por cooperar, llegar a consensos y liderar sirviéndose de equipos igualitarios.

Los hombres tienen también muchas dotes especiales. Entre ellas figura una magnífica comprensión de las relaciones espaciales, talento para resolver problemas mecánicos complejos, capacidad para centrar la atención y habilidad para controlar muchas de sus

emociones. Lo que voy a argumentar aquí es que todas ellas forman parte de la arquitectura del cerebro masculino desde hace muchos milenios.

No significa esto que hombres y mujeres pendan como marionetas de los hilos del ADN. Junto a la aparición de la humanidad surgió la evolución de la corteza cerebral. Pensamos; ponderamos una inmensa variedad de posibilidades; elegimos; aprendemos nuevas destrezas; nos elevamos repetidamente por encima de nuestra naturaleza heredada para tomar decisiones sobre nuestras vidas.

Pese a todo ello, acarreamos en efecto un bagaje del pasado. Estas diferencias

de género se manifiestan en culturas de todo el mundo. Reaparecen década tras década en cada una de ellas, no obstante el cambio de actitudes hacia la mujer. Muchas surgen en la infancia. Muchas están asociadas con hormonas sexuales masculinas o femeninas, los andrógenos y los estrógenos. Algunas han sido atribuidas a genes específicos. Otras se forman mucho antes de que la criatura abandone el vientre materno.

Los científicos han descubierto incluso cómo se instalan en el cerebro femenino y masculino algunas de estas inclinaciones de género. En el momento de ser concebido, el embrión no es ni masculino ni femenino. Pero hacia la

octava semana de vida fetal se dispara un conmutador genético. Si el embrión va a ser niño, un gen del cromosoma Y induce a las gónadas incipientes a convertirse en testículos. Estos órganos sexuales en proceso de desarrollo producen después hormonas masculinas que forman por completo los genitales del hombre. Posteriormente, también contribuyen a configurar el cerebro masculino.¹

Si el embrión está genéticamente destinado a ser hembra no actúa en él ninguna hormona masculina y las gónadas femeninas aparecen hacia la semana decimotercera de vida fetal, seguidas más adelante por el cerebro

femenino.² Recientemente los científicos han empezado a pensar que un gen del cromosoma X y los estrógenos fetales también desempeñan una función activa en la composición completa de la «mujer»³. Pero todos coinciden en que si las hormonas masculinas no interfieren en el desarrollo del embrión, éste será una niña.

A consecuencia de estos hallazgos, los científicos se refieren con frecuencia a la mujer como el «plan por defecto».

Yo entiendo estos datos de otra manera. La «mujer» es el sexo primario: el primer sexo. Hay que añadir

sustancias químicas para que se forme un hombre. De ahí que el primer sexo desde la perspectiva biológica se esté configurando como el primer sexo también en muchos ámbitos de la vida económica y social.

Sin embargo, la distinción entre «hombre» y «mujer» dista de ser sencilla. Cada uno de nosotros es una mezcla compleja de rasgos femeninos y masculinos. Como escribió Susan Sontag: «Lo más hermoso del hombre viril es algo femenino; lo más hermoso de la mujer femenina es algo masculino». Nadie es exclusivamente hombre o exclusivamente mujer.

Incluso esta apasionante amalgama de masculino y femenino que reside en cada uno de nosotros está moldeada por la biología. El cerebro fetal crece despacio y de forma irregular, de tal modo que diferentes partes del cerebro son sensibles a las hormonas sexuales en momentos diversos. Los niveles de estas hormonas fetales cambian también continuamente.⁴ Así pues, oleadas de potentes hormonas sexuales pueden masculinizar una parte del cerebro mientras dejan intacta otra parte. A consecuencia de ello, todo ser humano se encuentra en un punto determinado de un *continuum* que va de lo superfemenino a lo hipermasculino, dependiendo del momento y la cantidad

de hormonas con que el individuo fue rociado en el útero.⁵

Las fuerzas del medio se ocupan de la labor de perfilar quiénes somos. «¡Es una niña!», «¡Es un niño!»: al emerger del útero alguien anuncia tu sexo y, en ese instante, te es asignada una categoría que te encasilla para el resto de tus días. Azul para el niño, rosa para la niña, camiones para uno, muñecas para la otra: son muchas, muchas, las fuerzas sociales que impulsan al pequeño, al adulto y al anciano a comportarse como persona de uno u otro sexo. Las fuerzas del entorno alteran también la secreción de neurotransmisores del cerebro, la subida y bajada de hormonas, y hasta la

actividad de los genes, modificando sutilmente la biología y la conducta en el transcurso de nuestras vidas.6

Albert Einstein dijo una vez sobre el intelecto: «Tiene potentes músculos, pero carece de personalidad». Sirviéndose del intrincado andamiaje de nuestro singular cerebro, la cultura construye nuestra personalidad propia. Pero el andamiaje se conserva. Las mujeres como grupo son, en efecto, portadoras de una multitud de aptitudes específicas, capacidades innatas que utilizarán para efectuar cambios enormes en nuestro mundo moderno.

Dos fenómenos extrañamente

correlacionados, el *baby boom* internacional y la biología de la menopausia, van a acelerar el impacto de la mujer en el mañana.

La enorme generación del *baby boom* está llegando a la mediana edad. Como ha documentado la antropología, las mujeres de edad madura de todo el mundo tienden a volverse mucho más seguras. Ello se debe en parte a ciertas fuerzas culturales.

Pero las mujeres de mediana edad también reciben dividendos de la naturaleza. Con la menopausia, descienden los niveles de estrógeno, dejando al descubierto los niveles

naturales de andrógenos y otras hormonas sexuales masculinas del organismo femenino. Los andrógenos son potentes sustancias químicas generalmente asociadas con la autoridad y el rango en muchas especies de mamíferos, entre ellas la humana. A medida que la marea de mujeres de la generación del *baby boom* llegue a la madurez, se encontrarán equipadas —no sólo económica y mentalmente sino también hormonalmente— para efectuar cambios sustanciales en el mundo.

«Semejante masa crítica de mujeres maduras con una tradición de rebeldía e independencia y medios propios para ganarse la vida no ha existido nunca

antes en la historia», escribe la historiadora Gerda Lerner. Estamos en el umbral de lo que podría ser la era de la mujer.

Cada uno de los primeros seis capítulos de este libro examina diferencias específicas masculinas/femeninas, empleando datos sobre el cerebro, información de muchas culturas y evidencia proporcionada por la antropología, la psicología, la sociología, la etología y otras ciencias conductistas y biológicas. Cada capítulo explora por qué surgieron estas variaciones biológicas y muestra cómo las dotes específicas de la mujer están empezando a afectar a algunos sectores

de la sociedad. He aportado ejemplos del impacto de la mujer en los medios de comunicación, la educación, las profesiones de servicios, el derecho, la medicina, la empresa, el gobierno y las entidades civiles.

En el capítulo 7 trato sobre la menopausia, demuestro que las mujeres del mundo entero son más influyentes en la madurez, y propongo la hipótesis de que cuando las mujeres de la generación del *baby boom* lleguen a los cincuenta su fuerza se incrementará, no sólo en el ámbito laboral sino también en las urnas. En los capítulos 8 a 10 exploro el efecto que van a tener las mujeres económicamente fuertes en las pautas de

las relaciones sexuales, del amor y del matrimonio. El capítulo 11 expresa mi esperanza de que hombres y mujeres empiecen a reconocer sus diferencias, utilicen las capacidades innatas de la mujer en la población activa y utilicen estos datos para crear un buen entendimiento entre ellos. La conclusión de este capítulo es que los hombres y las mujeres están recuperando una relación de igualdad que es natural a la humanidad y era común en la historia profunda.

Soy optimista respecto al futuro; no sólo respecto a la mujer sino también al hombre. La propensión femenina a pensar de forma contextual y su intensa

curiosidad por las personas van a dar variedad y textura a lo que vemos en televisión. Su destreza con el lenguaje y su apetito de diversidad y complejidad van a enriquecer lo que leemos en los periódicos, las revistas y los libros; y a influir en nuestros sentimientos y creencias. Con su habilidad para el trato con los demás, las mujeres van a seguir vigorizando las profesiones de servicios y añadiendo confort y novedad a nuestras horas de trabajo y ocio.

Las mujeres están aportando ya empatía y paciencia a las labores prácticas de curación. Ofrecen imaginación en el aula escolar. Están ampliando nuestra perspectiva de la

justicia. Su facilidad para crear redes de contacto y alcanzar consensos será cada vez más importante a medida que las empresas vayan desmantelando las estructuras jerárquicas de gestión y dando mayor énfasis al trabajo igualitario en equipo. Con su visión contextual y a largo plazo, su impulso afectivo y su prominente papel en la sociedad civil, las mujeres harán también decisivas contribuciones a la solución de los males sociales y medioambientales de nuestro mundo.

Las mujeres están expresando cada vez más su sexualidad, inyectando sazón en la vida del dormitorio; están cambiando el significado de la intimidad

y el enamoramiento. Y en tanto que «guardianas del parentesco», están transformando la vida familiar de extraordinarias maneras.

Las mujeres son hoy más cultas, más capaces y más interesantes que nunca. Si ha habido algún momento en la evolución de la humanidad en que ambos sexos han tenido la oportunidad de tener profesiones más satisfactorias y matrimonios más felices, ese momento es ahora.

Notas

1 A. Jost, 1970; Nyborg, 1994; Halpern, 1992.

2 A. Jost, 1970; Gorski, 1980, pp. 215-222.

3 Gorski, 1991, pp. 71-104; Nyborg, 1994.

4 Nyborg, 1994.

5 Nelson, 1995.

6 Nyborg, 1994.

Pensamiento en red

Visión contextual de la mujer

*«¿Qué hombre tiene la suficiente
seguridad de*

*pretender conocer del todo el enigma
de la mente*

de una mujer?»

Cervantes

«Dios creó a la mujer. Y el tedio cesó en verdad desde ese momento». Friedrich Nietzsche no era precisamente feminista, pero al parecer apreciaba la mente femenina. Y no era el primero. Las mujeres llevan aportando gracia, ingenio, inteligencia y ternura a la vida humana desde que nuestros antepasados avivaban sus fogatas en África hace millones de años.

Ahora las mujeres están a punto de cambiar el mundo. ¿Por qué? Porque

durante los millones de años en que nuestros antecesores se trasladaban en pequeños grupos de cazadores-recolectores, los sexos desempeñaban labores distintas, y dichas labores exigían destrezas también diferentes. Mientras el tiempo y la naturaleza iban multiplicando incesantemente el número de buenos trabajadores, la selección natural conformaba aptitudes distintas en el cerebro masculino y el femenino; no hay dos personas iguales, pero, por término medio, mujeres y hombres poseen una serie de habilidades innatas diferentes. Y las tendencias actuales sugieren que muchos sectores de la comunidad económica del siglo XXI van a necesitar de las dotes naturales de la

mujer.

No querría en modo alguno ser mal interpretada: los hombres tienen muchas habilidades naturales que serán esenciales en el mercado global que se avecina. Tampoco en el pasado se han quedado a la zaga: han explorado y trazado mapas de todo el mundo; han creado la mayor parte de nuestra literatura, arte y ciencia; y han inventado muchos de los placeres de la vida contemporánea, desde la imprenta a la bombilla, los zapatos deportivos, el chocolate e Internet. Los hombres seguirán haciendo magnas contribuciones a nuestra sociedad de alta tecnología.

Pero las mujeres han empezado a acceder a la población activa retribuida en cantidades sin precedentes casi en el mundo entero. Cuando estas mujeres penetren, o incluso saturen, el mercado global en décadas venideras, creo que introducirán ideas y prácticas increíblemente innovadoras.

¿Cuáles son las dotes naturales de la mujer? ¿Cómo van a cambiar el mundo las mujeres? Voy a comenzar con el modo de pensar de la mujer.

Existen a mi juicio sutiles diferencias en la manera en que hombres y mujeres, por término medio, organizan su pensamiento, variaciones éstas que

parecen surgir de diferencias en la estructura cerebral. Más aún, como se expone a lo largo de este libro, la «forma de ver» de las mujeres ha empezado ya a impregnar nuestros periódicos, programas de televisión, aulas, salas de juntas, cámaras de gobierno, tribunales, hospitales, urnas y alcobas. El modo de pensar femenino está incluso afectando a nuestras creencias fundamentales sobre justicia, salud, caridad, ocio, intimidad, amor y familia. Así pues, voy a comenzar con ese aspecto de la feminidad que a mi parecer tendrá el impacto más ubicuo el día de mañana.

En este capítulo sostengo que las

mujeres, en general, adoptan una perspectiva más amplia que los hombres en torno a cualquier cuestión. Las mujeres piensan de forma contextual, holística. Muestran también mayor flexibilidad mental, aplican juicios más intuitivos y más imaginativos y tienen una tendencia más marcada a hacer planes a largo plazo, aspectos todos ellos de esta perspectiva contextual. Voy a examinar la evidencia científica de estas características femeninas y las probables redes cerebrales asociadas con ellas. A continuación voy a analizar el extraordinario avance de la mujer hacia el mundo del trabajo asalariado, para concluir que el estilo femenino amplio, contextual y holístico de ver las

cosas va a impregnar todos los ámbitos de la vida económica y social del siglo XXI.

LA MENTE FEMENINA

«Cuando la mente piensa, habla consigo», dijo Platón. Todos hemos pasado noches agitadas en la cama dándole vueltas a algún problema laboral o amor conflictivo. Surgen imágenes que luego desaparecen. Se desarrollan escenas. Reaparecen fragmentos de conversación sin saber de dónde, se disuelven, vuelven a repetirse. Te envuelve una ola de ira; después de compasión; después de desesperación. Luego la racionalidad se impone un

momento y resuelves hacer esto o hacer lo otro. Y así sigue el debate mientras las agujas del reloj avanzan de las tres a las cuatro. En tu cabeza se está celebrando una junta de comité.

«La mente es una máquina extraña que puede combinar los materiales que se le ofrecen de la manera más asombrosa», escribió el filósofo británico Bertrand Russell. Hombres y mujeres absorben grandes cantidades de datos y sopesan una inmensa gama de variables de modo casi simultáneo.

Los psicólogos nos dicen, no obstante, que las mujeres piensan de manera contextual con más frecuencia: adoptan

una visión más «holística» del asunto en cuestión.¹ Es decir, integran más detalles del mundo que les rodea, detalles que van desde los matices de la postura corporal hasta la posición de los objetos de una habitación.²

Donde es más evidente la capacidad de la mujer para integrar miles de datos es en la oficina. Las ejecutivas, según los analistas del mundo comercial, tienden a enfocar las cuestiones desde una perspectiva más amplia que sus colegas masculinos.³ Las mujeres suelen reunir más datos pertinentes al caso y a conectar todos estos detalles más rápidamente. Cuando toman decisiones, calibran más variables, consideran más

opciones y resultados, recuerdan más puntos de vista y ven mayor número de formas de proceder. Así, integran, generalizan y sintetizan. Y las mujeres, en general, toleran la ambigüedad mejor que los hombres⁴, —probablemente porque pueden visualizar más factores en relaciona cualquier asunto.

En pocas palabras, las mujeres tienden a pensar en redes de factores interrelacionados, no en línea recta. He denominado este modo de pensar femenino «pensamiento en red».

La mente masculina

Por regla general, los hombres tienden a centrarse en una sola cosa a la vez,

característica masculina que advertí por primera vez cuando contaba algo más de veinte años.

Por aquel entonces yo tenía un novio al que le gustaba ver las noticias de la televisión, escuchar música rock en el equipo estéreo y leer un libro, presumiblemente todo al mismo tiempo. En realidad, lo único que hacía era cambiar de canal mentalmente. Cuando estaba absorto en una modalidad se aislaba de las demás. Yo no. La luz de la pantalla de televisión, el ritmo de la música, la palabra impresa: todos estos estímulos me inundaban la cabeza.

Los hombres son buenos en

compartimentar su atención. Intenta hacer una pregunta sencilla a un hombre que está leyendo el periódico; muy a menudo no te oye. Cuando lo hace, parece despertar como si viniera de otro planeta. Los hombres tienden a prescindir de estímulos extrínsecos. Su proceder mental suele estar por lo general más canalizado.

Ante un problema de trabajo, los hombres tienden a centrarse en los dilemas inmediatos en lugar de situar la cuestión en un contexto más amplio. A menos que los hechos sean obviamente pertinentes, los hombres son propensos a prescindir de ellos. Después, siguen una senda directa, lineal y causal hacia

una meta específica: la solución.⁵ A consecuencia de ello, los hombres por lo general toleran peor la ambigüedad; prefieren eliminar los datos que puedan parecer ajenos y no relacionados y centrarse en la tarea inmediata.

Esta capacidad para concentrar la atención se manifiesta particularmente en la actitud masculina hacia el trabajo. Como expresa la psicóloga Jacquelynne Eccles, muchos hombres muestran una «inquebrantable devoción» a su tarea.⁶

Charles Hampden-Turner, un consultor comercial y miembro del Global Business Network de Emeryville, California, cree que el director de

empresa norteamericano es el epítome de esta característica masculina.

El y su compañero de trabajo, Alfons Trompenaars, llevaron a cabo una investigación sobre los valores y las prácticas profesionales de los ejecutivos masculinos y femeninos de Estados Unidos. Los hombres, según Hampden-Turner, tienden a analizar las cuestiones por partes diferenciadas, como pueden ser hechos, puntos, tareas, unidades y otros segmentos concretos. A menudo ven la empresa como un conjunto de tareas, máquinas, pagos y puestos de trabajo; una serie de elementos dispares.⁷ Las ejecutivas, a su juicio, ven la empresa como un todo más

integrado con aspectos múltiples.

He denominado este proceso de razonamiento masculino centrado, compartimentado y gradual «pensamiento por pasos».

Hacer malabarismos con muchas pelotas, llevar muchos sombreros

Janet Scott Batchler ha descrito sucintamente esta diferencia entre sexos. Escribe películas de largometraje junto a su marido y socio, Lee Batchler. Dice de su cónyuge: «Hace una cosa a la vez. La hace bien. La termina y pasa a otra. Es muy directo en sus procesos mentales y en sus actos. Y trata con las personas de la misma forma centrada, diciendo

exactamente lo que quiere decir, sin agenda oculta de ningún tipo. Yo soy la que puedo jugar con cien pelotas al mismo tiempo y comprender que quizá los demás estén haciendo lo mismo, profesional o emocionalmente».8

Los guiones que los escritores de películas de Hollywood crean ilustran estos diferentes modos de pensar de manera vívida. Los escritos por hombres tienden a ser directos y lineales, mientras que los elaborados por mujeres pueden contener conflictos, muchos puntos culminantes y múltiples finales.9

Los grandes eruditos norteamericanos expresan también esta diferencia de

género. La ensayista Barbara Ehrenreich declara con rotundidad: «Históricamente, las mujeres no han sabido compartimentar tan bien como los hombres».10

Cuando el politólogo Roger Masters, del Dartmouth College, preguntó a hombres y mujeres sobre sus opiniones políticas y después les mostró vídeos de políticos con diversas expresiones faciales, las reacciones de ambos sexos fueron también perceptiblemente distintas. Masters concluyó que «las mujeres integran en mayor grado que los hombres la información sobre un dirigente con las pistas no verbales que éste ofrece».11

Las portavoces de la National Foundation for Women Business Owners (Fundación Nacional de Mujeres Empresarias) dicen que las propietarias de empresas norteamericanas dan gran importancia al pensamiento intuitivo, la creatividad, la sensibilidad y los valores personales. Los empresarios dan importancia a la concentración, al procesamiento metódico de información y al análisis concreto de datos. Así, según ellas, las «propietarias de empresas tienen mayor facilidad para moverse entre múltiples tareas».12

Los demógrafos del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo dan

testimonio de esta diferencia de género en muchas culturas. En 1995 hicieron un sondeo sobre los hábitos de trabajo de los hombres y mujeres de 130 sociedades. En lugares tan dispares como Noruega, Botsuana, Argentina y Mongolia encontraron que «las mujeres en particular han desarrollado la capacidad de atender a muchas actividades al mismo tiempo».13

Mientras por todo el mundo las mujeres realizan múltiples labores simultáneamente, están ponderando y asimilando mentalmente una profusión de datos: están pensando en red.

El pensamiento en red en la infancia

Este modo femenino de procesar información mentalmente comienza en la infancia. En la escuela, los niños se aplican más a las tareas;¹⁴ se concentran atentamente en una sola cosa a la vez. A las niñas les cuesta más trabajo aislarse cognitivamente de lo que les rodea. Cuando juegan con el ordenador, los niños tienden a enfilarse directamente hacia la meta buscada, mientras las niñas son más proclives a considerar una multiplicidad de alternativas antes de decidirse por una.¹⁵ Y cuando les preguntan sobre sí mismos, los niños resaltan los pormenores mientras que las niñas tienden más a situarse en un entorno más

amplio, más contextual.16

Ejemplos clásicos son Jake y Amy, ambos participantes en un conocido estudio sobre derechos y responsabilidades realizado a comienzos de los años ochenta por la psicóloga Carol Gilligan de la Universidad de Harvard. Jake y Amy eran ambos estudiantes norteamericanos de once años, inteligentes y ambiciosos, que cursaban su sexto curso. Cuando le preguntaron a Jake cómo se describiría, habló sobre sus dotes, sus creencias y su altura: un conjunto de hechos concretos, particulares y discretos. Amy, por su parte, se colocó en el contexto general del mundo social. Dijo que le gustaba el

colegio, que veía el mundo lleno de problemas y que quería ser científica para poder ayudar a los demás.17

Cuando se preguntó a estos pequeños sobre una situación en que entraban en conflicto la responsabilidad hacia uno mismo y la responsabilidad hacia los demás, también contestaron de forma diferente. Jake respondió: «Actúas con un cuarto para los demás y tres cuartos para ti». Jake compartimento la tarea; dividió su responsabilidad en partes y asignó cantidades específicas de modo específico. La respuesta de Amy fue contextual, característica del pensamiento en red femenino. «Bueno», dijo, «en realidad depende de la

situación». Entonces empezó a enumerar una multitud de variables a considerar antes de actuar. Como señala Gilligan, «Amy responde más contextualmente que categóricamente».18

Estas diferencias de género se mantienen hasta la edad adulta. Cuando Gilligan indagó entre estudiantes universitarios sobre su concepto del bien y del mal, las mujeres estaban más dispuestas a hacer excepciones a las reglas, probablemente porque consideraban más variables y veían mayor número de posibilidades.

Cuando se somete a hombres y mujeres a «pruebas Rorschach de

borrones de tinta» y se les pide que examinen estas manchas irregulares, los hombres suelen hablar sobre los detalles que observan; las mujeres integran todos los pormenores en una imagen general y hablan por el contrario de las criaturas completas que ven.¹⁹ Cuando hombres o mujeres escriben relatos, los primeros son más proclives a hablar de las competiciones que han ganado, o las vacaciones adicionales que han conseguido o de cuando pescaron el pez más grande: acontecimientos concretos, aislados. Las mujeres escriben sobre personas, lugares, sobre situaciones embarazosas, narraciones que abarcan un contexto social más amplio.²⁰

Cuando la psicóloga Diane Halpern, de la Universidad del Estado de California en San Bernardino, efectuó un análisis muy completo de cientos de estudios donde se examinaban las habilidades verbales, matemáticas (cuantitativas) y visual—espaciales de hombres y mujeres, concluyó que las tareas en las que sobresalía cada sexo requerían capacidades cognitivas distintas. Las habilidades femeninas exigían todas ellas «acceso y recuperación rápida de información almacenada en la memoria». Las habilidades masculinas exigían capacidad para «mantener y manipular representaciones mentales».21 Estas diferencias reflejan el pensamiento en

red frente al pensamiento centrado y lineal.

«Todo pensamiento es un prodigio de asociación por el cual aquello que tienes delante evoca en tu cabeza algo que casi ignorabas que sabías». El poeta Robert Frost captó a la perfección ese triunfo de asociación mental tan característico de la mente femenina.

Encrucijadas de la mente

Pensamiento en red frente a pensamiento por pasos; énfasis en el todo frente a concentración en las partes; tareas múltiples frente a hacer una sola cosa a la vez: los científicos están lejos de comprender, o aun definir

adecuadamente, estas diferencias sutiles entre mujeres y hombres. Pero sí saben dónde tienen lugar estos procesos mentales: en la corteza prefrontal.

Ésta es la parte anterior de la corteza cerebral, que es la envoltura exterior del cerebro. Se encuentra exactamente detrás de la frente, y ocupa aproximadamente entre un cuarto y un tercio del total de la corteza cerebral.²² Está mucho más desarrollada en los seres humanos que incluso en nuestros parientes más cercanos, los chimpancés; de hecho, en las personas no madura del todo hasta la adolescencia.²³

Sin embargo, la corteza prefrontal es

esencial para el pensamiento humano. Se conoce, por ello, como «el ejecutivo central» o la «encrucijada» de la mente,²⁴ nombres que ha tomado porque posee muchas regiones específicas, cada una de las cuales procesa tipos distintos de información y se conecta con muchas otras regiones del cerebro y el cuerpo.²⁵

Los doctores pudieron escuchar por primera vez el tráfico de esta encrucijada en la década de los años treinta, cuando empezaron a tratar a pacientes depresivos con el procedimiento conocido como lobotomía frontal. Los cirujanos introducían un bisturí en el cráneo y

abrían el cerebro de arriba abajo, separando la corteza prefrontal de las demás partes cerebrales. Este sistema curaba a la mayoría de los pacientes de su depresión, pero producía nuevos problemas. Por ejemplo, no eran ya capaces de realizar varias acciones paralelas simples al mismo tiempo.²⁶

Estudios más recientes de pacientes con traumatismos en la corteza prefrontal han confirmado que las lesiones en esta zona imposibilitan acciones múltiples.²⁷

Por esta operación, hoy totalmente desacreditada, así como por otros muchos estudios de la corteza prefrontal,

los científicos saben que esta parte del cerebro controla también la capacidad para mantenerse al tanto de muchos fragmentos de información simultáneamente, ordenar y ponderar estos datos a medida que se van acumulando, y descubrir pautas en dicha información. Más aún, permite prever resultados de estas pautas, tener flexibilidad mental, razonar hipotéticamente, enfrentarse a contingencias y hacer planes para el futuro.²⁸ Todas estas acciones son aspectos diversos del pensamiento en red.

Otras regiones de la corteza prefrontal gobiernan las funciones cerebrales

asociadas con el pensamiento por pasos. Dichas áreas permiten centrar la atención, codificar datos en orden serial, proyectar de forma secuencial, construir planes de acción jerárquicos y procesar datos linealmente, todos ellos aspectos del pensamiento paso a paso, o compartimentado.29

Genes para el pensamiento en red

¿Cabe la posibilidad de que algunas regiones de la corteza prefrontal del cerebro varíen entre el hombre y la mujer, predisponiendo a más mujeres que hombres a asimilar porciones mayores de información, a pensar en forma de entramado de factores y ver el

mundo de modo más contextual? ¿Podría ser que otras áreas de la corteza prefrontal variaran también según el sexo, predisponiendo más a los hombres a concentrar su atención en un número menor de elementos de información, a compartimentar ésta y a pensar de modo secuencial?

Hay datos nuevos sobre el cerebro que refrendan estas posibilidades. En 1997 el neurocientífico David Skuse, del Institute of Child Health (Instituto de Salud Infantil) de Londres, y sus colegas examinaron a niñas y mujeres con síndrome de Turner, una afección genética por la cual la niña o la mujer no tiene más que un cromosoma X en lugar

de los dos normales. Recogieron datos también sobre hombres y mujeres normales. A partir de este estudio ingenioso y complejo concluyeron que un gen o grupo de genes del cromosoma X influye en la formación de la corteza prefrontal.

Aún más extraordinario es que Skuse estableció que las pautas humanas de herencia y la interacción corporal provocan que este gen o grupo de genes quede silenciado en todos los hombres, pero permanezca activo en un 50 por ciento de las mujeres. En otras palabras, esta hebra de ADN sólo se expresa en las mujeres. Más aún, cuando este gen o grupo de genes es activo forma la

corteza prefrontal femenina de manera específica, dotando a ciertas mujeres de ventajas a la hora de captar los matices de la interacción social, y manteniéndolas mentalmente flexibles.³⁰

Todos estos datos sugieren que alrededor del 50 por ciento de las mujeres están genéticamente mejor equipadas que los hombres para coordinar multitud de elementos de información, fundamento del pensamiento en red.

Existe más evidencia de que la corteza prefrontal está construida de manera diferente en las mujeres y los hombres,

una arquitectura que puede afectar al modo en que ambos sexos organizan su pensamiento.³¹ Por ejemplo, los científicos han establecido que al menos una región de la corteza prefrontal tiene mayores dimensiones en la mujer.³² Esta diferencia, a su juicio, se debe a las hormonas masculinas que bañan el cerebro en períodos críticos anteriores y posteriores al nacimiento.³³

Si esta disparidad en tamaño de la corteza prefrontal influye o no en el enfoque holístico femenino y en la perspectiva más lineal del hombre es algo que nunca sabremos. Pero es concebible que esta diferencia ligada al sexo pudiera guardar relación con las

variaciones en los modos de «pensar» del hombre y la mujer.

El cerebro de la mujer está bien conectado

Otras partes del cerebro muestran también variaciones estructurales que podrían tener alguna función en el pensamiento en red de la mujer. De particular relevancia son los cables de tejido que conectan los dos hemisferios cerebrales.

Uno de estos puentes de tejido es el *corpus callosum* (cuerpo calloso), compuesto de unos doscientos millones de fibras que conectan las dos mitades del cerebro desde la frente a la parte

posterior de la cabeza. Al menos una sección del *corpus callosum* es algo más grueso en la mujer que en el hombre.³⁴ El segundo puente importante que conecta los hemisferios cerebrales es la comisura anterior, que es un 12 por ciento mayor en las mujeres que en los hombres.³⁵

Algunas pruebas realizadas en víctimas de infarto, pacientes con otras lesiones cerebrales y sujetos normales indican que estos enlaces conectores, más gruesos en la mujer, permiten una mejor comunicación entre los dos hemisferios cerebrales. En los hombres, hay menos relación entre las dos mitades del cerebro; cada lado opera de forma

más independiente. Quizá los cerebros bien conectados de las mujeres faciliten su capacidad para recoger, integrar y analizar tipos más diversos de información, un aspecto del pensamiento en red.³⁶

El cerebro humano está también algo «lateralizado». Esto significa que algunas funciones mentales se desarrollan predominantemente en el hemisferio izquierdo, mientras que otras tienen lugar sobre todo en el derecho. El cerebro masculino, sin embargo, está más lateralizado que el femenino; cada hemisferio está más rígidamente dedicado a realizar una tarea u otra.

El psiquiatra Mark George, del National Institute of Mental Health (Instituto Nacional de Salud Mental), tiene la teoría de que esta estructura cerebral puede permitir a los hombres centrar la atención más intensamente que las mujeres.³⁷ Yo añadiría que el cerebro menos lateralizado (más integrado) de la mujer probablemente les ayude a abarcar la perspectiva general. Como dice la psiquiatra Mona Lisa Schultz, del Centro Médico de Maine: «Debido a que el cerebro femenino está menos lateralizado, las mujeres pueden tener acceso a esta área tanto en el hemisferio derecho como en el izquierdo. No ven las cosas hechas y acabadas, como los hombres».³⁸

Evolución del pensamiento en red

No es difícil conjeturar cómo y por qué se desarrolló el pensamiento por pasos masculino y el pensamiento en red femenino.

Hace un millón de años el hombre primigenio encendía fogatas, desbastaba hachas de piedra y cazaba grandes animales en África oriental. Cuando perseguían a estas peligrosas bestias, los hombres tenían que concentrarse: vigilando tras los matorrales, agachados junto a un abrevadero, pasando sigilosos junto a un leopardo dormido en un árbol, siguiendo las huellas de enfurecidos animales heridos y atacándolos en el

momento oportuno.

Un siglo tras otro de este arriesgado quehacer habría favorecido a los que pudieran centrarse más en la tarea, pues los que no prestaran una estricta atención serían descuartizados, pisoteados o devorados. Así, mientras nuestros antepasados masculinos rastreaban jabalíes y bestias salvajes, su cerebro fue gradualmente desarrollando una arquitectura propicia para excluir pensamientos periféricos, centrar la atención y tomar decisiones paso a paso.

La facilidad de las mujeres para el pensamiento en red muy probablemente se fraguó también en su ocupación

primigenia. El trabajo de la mujer ancestral era más duro que el de todas las restantes criaturas que han pisado la tierra: la crianza de niños con largos años de dependencia en condiciones de gran peligrosidad.³⁹ Con objeto de sacar adelante a estos bebés inermes, las madres primitivas tenían que hacer muchas cosas simultáneamente: vigilar la aparición de serpientes; escuchar el ruido del trueno; probar por si había algo venenoso; mecer a los somnolientos; distraer a los irritados; instruir a los curiosos; tranquilizar a los medrosos; estimular a los lentos; alimentar a los hambrientos. Las madres tenían que realizar incontables labores cotidianas mientras avivaban el fuego,

cocían los alimentos y hablaban con las amigas.

Los psicólogos sostienen que la mujer contemporánea aprende a hacer y pensar varias cosas simultáneamente.⁴⁰ No hay más que observar a una madre trabajadora por la mañana, vistiendo niños, preparando sus comidas, alimentando a los peces, sirviendo los cereales del desayuno y acordando horas por teléfono para el cuidado de los más pequeños; y todo al mismo tiempo.

Pero yo sospecho que el talento femenino para el pensamiento contextual —y la habilidad asociada de realizar

múltiples tareas a un tiempo— se formó en la historia profunda. Miles de generaciones ejecutando acrobacias mentales y físicas en la crianza de niños desvalidos forjaron estas increíbles habilidades en la arquitectura del cerebro femenino.

El pensamiento en red en la oficina

La capacidad femenina para pensar en red puede favorecer a las mujeres en el torbellino matutino que supone conseguir que los niños lleguen a la escuela, y sin duda les ayudará para acometer problemas laborales complejos. Pero también puede ser causa de conflicto en la oficina, como

ilustra la siguiente anécdota.

El director de una oficina intentaba decidir a qué empleado ascender a un puesto de importancia, un joven o una joven. Así, dio a ambos candidatos un enojoso dilema profesional con tres posibles soluciones, A, B y C, y pidió a ambos aspirantes que se reunieran con él a la mañana siguiente con un juicio formado sobre la situación.

El hombre entró primero y le dijo al jefe que había estudiado, considerado todos los aspectos de la situación y elegido la solución B. Cuando entró la mujer, dijo en tono reflexivo: «Pues bien, la solución A sería la mejor, si es

posible resolver los problemas uno y dos previamente. La solución B sería la más adecuada si, por el contrario, se resuelve la cuestión X. Y la solución C es definitivamente la mejor alternativa si...». El jefe no quería escuchar aquel entramado de razonamientos. La miró consternado y dijo: «Creo que debe intentar otro tipo de trabajo».41

Debido a que las mujeres, por lo general, no siguen una trayectoria de pensamiento lineal, paso a paso, tan habitualmente como los hombres, es frecuente que éstos las consideren menos lógicas, menos racionales, menos concretas, menos precisas y hasta menos inteligentes.

Esta diferencia de género puede originar auténticos problemas cuando ambos sexos trabajan juntos.

«El camino lo es todo», escribió Willa Cather. Muchas mujeres estarían de acuerdo. Cómo se llegue a una conclusión es importante para la mayoría de ellas,⁴² porque a las mujeres les importa el proceso; es su forma de «recolección». Quieren explorar las múltiples interacciones, las vías multidireccionales, todas las permutaciones de un problema difícil. Es por ello que las mujeres consideran a los hombres descuidados, faltos de imaginación y dados a la «visión de túnel», cuando desechan los aspectos de

dicho problema que las mujeres consideran importantes.

A los hombres les desespera cuando las mujeres plantean una profusión de variables que ellos creen superfluas. Para la mayoría de los hombres, el objetivo inmediato es más importante que el proceso que lleva a una decisión. Ellos están «cazando»: centrándose en la solución. No quieren detenerse en el camino; quieren ejecutar la tarea.⁴³ Es por ello que los hombres piensan que las mujeres están intentado cargarse la reunión cuando aportan lo que ellos consideran un montón de datos innecesarios.

Debido a estas diferencias de perspectiva entre uno y otro género, las personas de un sexo suelen considerar malos jugadores de equipo a las del otro sexo.

El pensamiento en red en el futuro

¿Por qué no son los hombres más parecidos a las mujeres? ¿Por qué no son las mujeres más parecidas, a los hombres?

Porque cada sexo está jugando con una baraja de cartas evolutivas distintas. Tanto el pensamiento en red como el pensamiento por pasos son modos perfectamente apropiados para tomar decisiones, dependiendo de las

circunstancias. Ambos pueden ser lógicos. Ambos, creo yo, residen en el cerebro propio de uno y otro género. Ambos surgieron en tiempos remotos cuando los sexos tenían labores diferentes. Y ambos estilos de tomar decisiones son utilizados por uno y otro sexo en algún momento. Como dijo Christie Hefner, presidenta de Playboy Enterprises, durante un discurso pronunciado en Nueva York en 1998: «Los mejores gestores son los que adoptan estrategias masculinas y femeninas para hacer negocios».

Sin embargo, durante muchas generaciones los ejecutivos norteamericanos han admirado y

premiado a los que analizan las cuestiones componente por componente: el planteamiento atomista. Un ejemplo es la frecuente obsesión norteamericana por lo exclusivamente primordial de un asunto.

Este enfoque está cambiando. A medida que la era de la información y la globalización adquiere un ímpetu creciente, los dirigentes del mundo empresarial se están viendo forzados a calibrar e integrar un número cada vez mayor de factores para tomar sus decisiones. Algunos consultores han empezado incluso a recomendar algunos métodos para evitar el pensamiento lineal y adquirir una perspectiva

Peter Senge, antiguo director del Center for Organized Learning de la escuela Sloan de estudios empresariales del MIT, ha asesorado a miles de ejecutivos norteamericanos que se preparan para el futuro mercado global. Entre sus clientes figuran las empresas Ford, Procter & Gamble y AT&T. Su recomendación es que piensen «en sistemas». «El pensamiento en sistemas», explica Senge, «es una disciplina para ver el todo. Es un marco conceptual para ver las interrelaciones en lugar de las cosas, para ver pautas en lugar de instantáneas estáticas».45

Sin duda el pensamiento lineal seguirá siendo una herramienta esencial en la comunidad empresarial, particularmente entre los líderes industriales de las sociedades capitalistas. Para tomar decisiones críticas es frecuente que estas personas necesiten compartimentar áreas y centrar los planteamientos. En las crisis no les queda más alternativa que desatender buena parte del contexto de la situación con objeto de operar con más seguridad dentro de una perspectiva única. El pensamiento lineal es muchas veces pensamiento dinámico.

Pero la propensión femenina a considerar los problemas empresariales de forma contextual, a concentrarse en el

todo de una cuestión en lugar de hacerlo en las partes, adquiere cada vez mayor valor.⁴⁶ En la medida en que la mujer empresaria sopesa más variables, considera más alternativas, estudia más opciones e introduce aspectos nuevos, aporta equilibrio e innovación al mundo profesional. De hecho, los ejecutivos admiten que una de las contribuciones notables de la mujer al mundo empresarial norteamericano es la introducción de una perspectiva más diversificada y menos convencional.⁴⁷

La flexibilidad mental de la mujer

Una diferencia entre sexos relacionada con lo anterior es la forma en que ambos

razonan. Los psicólogos han constatado que los hombres tienden a pensar y proyectar con principios abstractos más frecuentemente que las mujeres.⁴⁸ Durante las reuniones de juntas directivas, por ejemplo, los hombres argumentan de forma más abstracta y hacen afirmaciones más categóricas sobre lo que está bien y lo que está mal, mientras que las mujeres utilizan ejemplos y experiencias personales: es decir, datos contextuales.⁴⁹

Los hombres, además, tienden a ligarse a estos principios abstractos.⁵⁰ Por término medio, los hombres se ajustan más a la norma, probablemente porque el contexto es menos importante

para ellos. Las mujeres tienden más a hacer excepciones, probablemente porque son capaces de visualizar una gama más amplia de alternativas.

Esta flexibilidad mental femenina tiene un componente genético. La maleabilidad mental, dicen David Skuse y sus colegas, surge del mismo gen o genes del cromosoma X que produce otros aspectos de la agudeza mental femenina.⁵¹ Como recordarán, esta hebra de ADN no se expresa en ningún hombre y sólo en un 50 por ciento de mujeres aproximadamente.

La flexibilidad mental femenina no siempre resulta una cualidad grata, claro

está. Las mujeres tienen fama de cambiar continuamente de opinión, pero estoy convencida de que la maleabilidad mental femenina llegará a constituir un valor esencial en el cercano mercado global. Peter Drucker, el eminente analista de empresas, y muchos otros expertos creen que en la actualidad las compañías deben tener capacidad para alterar planes, productos y servicios rápida y frecuentemente para mantenerse al mismo ritmo que la competencia.⁵²

A medida que se incrementa la competencia, la exigencia de flexibilidad iniciará una escalada. La elasticidad mental innata de la mujer será entonces una valiosa herramienta de

planificación.

La intuición femenina

«La conjetura de la mujer es mucho más exacta que la certidumbre del hombre», escribió Rudyard Kipling. Lo que hacía Kipling era expresar una percepción clásica sobre la intuición femenina. Al menos desde que los antiguos griegos consultaban al oráculo de Delfos, la tradición ha reflejado esta idea de que la sabiduría de las mujeres es más presciente.

Hoy día se puede explicar este don. La intuición de la mujer es un compuesto de

varios rasgos femeninos. Como se sostiene en el capítulo 4, las mujeres son mucho más propensas que los hombres a advertir las arrugas de tu ropa, la tensión en tu voz, el movimiento continuo de tu pie, la leve irritación en tu labio inferior. Las mujeres reciben más mensajes de tu postura, gestos, expresión emocional y voz. Después, con su cerebro singularmente construido y bien conectado, las mujeres tienen mayor facilidad para asimilar todos estos pequeños detalles dispares más rápidamente, adquiriendo lo que puede parecer una perspectiva clarividente.

En realidad, la «intuición femenina» es probablemente otro aspecto del

pensamiento en red de la mujer, surgido de la corteza prefrontal donde el cerebro reúne e integra la información.

Pensamiento visceral

Pero la intuición es algo más que una rápida asimilación de millares de datos. La gente suele describir la intuición como una reacción visceral.

Aun esto puede ser explicado. La corteza prefrontal y las restantes partes del cerebro están profusamente conectadas entre sí, así como a los órganos del cuerpo por vía de determinados circuitos.⁵³ El neurólogo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Iowa, Antonio Damasio,

denomina estos circuitos entre cerebro y cuerpo «bucles corporales»,⁵⁴ y está convencido de que dichas conexiones producen la «reacción visceral» que la gente suele experimentar cuando tiene una «corazonada».

Él y sus colegas demostraron esta conexión entre cerebro y cuerpo mediante un experimento con juegos de azar. Conectaron a varias personas a un aparato que mide las reacciones de la piel y después les pidieron que jugaran a las cartas por dinero.⁵⁵ Algunos de estos sujetos eran adultos normales y sanos; otros habían sufrido lesiones en la corteza prefrontal. A todos ellos se les asignaron cuatro barajas para operar,

así como varias tareas que cumplir durante el juego. Ninguno fue informado de que dos de sus barajas habían sido trucadas de tal modo que irremediablemente iban a producirles fuertes pérdidas de dinero.

Los sujetos sanos pronto intuyeron que estaban jugando con dos tipos de barajas, dos «buenas» y dos «malas». Cuando experimentaron el primer palpito de que unas barajas eran más peligrosas que otras, su piel empezó a reaccionar. Simultáneamente a la respuesta epidérmica, empezaron a evitar inconscientemente el jugar con las barajas de mayor riesgo. Hasta más adelante no comprendieron claramente

que las barajas estaban trucadas. Pese a todo, la reacción de su cuerpo había empezado ya a orientar su conducta.

Igualmente revelador es que los individuos con lesiones en la corteza prefrontal no mostraran la menor reacción de la piel, y siguieran cogiendo cartas de las barajas «malas». Sus cerebros no habían integrado los datos suministrados por sus bucles corporales.

La hipótesis de Damasio es que la piel, el estómago, el corazón, los pulmones, el intestino y otros órganos del cuerpo envían a la corteza prefrontal mensajes subliminales sobre el entorno. Él llama a estos impulsos corporales

«marcadores somáticos», y cree que ayudan a la mente racional a tomar decisiones.⁵⁶ En suma, las reacciones viscerales aportan valor emocional a la lista racional de posibles opciones que elabora el cerebro, y ayudan a orientar la conducta.

«Todo aprendizaje tiene una base emocional», dijo Platón. Él percibía esa relación entre la mente racional y el cuerpo sensible. Con su facilidad para reunir e integrar millares de estímulos en el cerebro, las mujeres posiblemente captan y asimilen mayor número de estos impulsos corporales, vehículos de la intuición.

«Aglutinar» datos

La intuición también proviene de la experiencia acumulada, dice el psicólogo Herbert Simon, de la Universidad Carnegie Mellon.⁵⁷ A medida que una persona aprende a analizar el mercado de valores, a dirigir una editorial, a diagnosticar una enfermedad o a jugar al bridge profesional, empieza a reconocer las peculiaridades del sistema, a percibir regularidades y a organizar estas pautas en bloques de conocimiento: lo que Simón llama «aglutinar».⁵⁸ Con el tiempo, van formándose cada vez más conglomerados y van ligándose entre sí. Y estos agrupamientos de conocimiento

se almacenan en la memoria a largo plazo.

Después, cuando aparece un solo detalle de una determinada pauta compleja, la persona con experiencia reconoce al instante la composición general, prescinde del largo análisis paso a paso de cada segmento y se adelanta y prevé cosas que otras personas han de dilucidar mediante una pesada reflexión secuencial. El maestro de ajedrez, por ejemplo, ve los diversos movimientos de las piezas como diminutos detalles de un amplio plan militar. El primatólogo analiza el bostezo de un babuino en el contexto general del comportamiento social de

este simio. Simon cree que la intuición brota de la capacidad para recurrir a la experiencia organizada y almacenada.

«Por fuerza de costumbre, la sucesión de pensamientos corrió tan rauda por mi mente que llegué a la conclusión sin ser consciente de los pasos intermedios»,⁵⁹ dice Sherlock Holmes cuando explica una de sus deducciones a Watson, de pensamiento algo más lento. De este modo preciso describió sir Arthur Conan Doyle el proceso mental de aglutinar datos.

Es muy posible que hombres y mujeres aglutinen datos de forma muy similar, pero cada sexo probablemente se

destaque por aglomerar tipos de datos diferentes. Supongo que los hombres aglutinan conocimientos sobre fútbol porque pasan más tiempo viendo jugar al fútbol. Debido a que las mujeres destacan en la interpretación de la expresión facial y en procesar matices de la interacción social (de lo cual se hablará más en el capítulo 4), posiblemente estén mejor dotadas para asociar —e intuir— las peculiaridades de las relaciones sociales.

Los hombres también emplean la intuición. Cuando el periodista Roy Rowan entrevistó a los presidentes de algunas de las mayores empresas de Estados Unidos en los años ochenta,

muchos de ellos admitieron que seguían con frecuencia sus corazonadas, particularmente cuando tomaban decisiones importantes. Rowan llegó a la conclusión de que «el último paso hacia el éxito exige a menudo un audaz salto intuitivo».60

Las mujeres empresarias, no obstante, son algo más intuitivas. Un estudio realizado en 1982 entre más de dos mil directores de compañías reveló que las mujeres directoras tienen más puntuación que los hombres en las escalas de la intuición.61

¿Por qué han desarrollado las mujeres un sentido intuitivo más afinado? No es

difícil deducirlo. La mujer ancestral se veía constantemente obligada a descifrar las necesidades de sus pequeños, en estado prelingual y fuertemente dependientes.

Yo fui testigo de un ejemplo coetáneo de este hecho en un aeropuerto mientras esperaba mi vuelo en la cafetería. Podría haber ocurrido hace un millón de años: en la mesa detrás de mí había dos mujeres sentadas con un bebé. El niño empezó a berrear. «Acabo de cambiarle», dijo una. «Estoy segura de que no tiene hambre», respondió la otra, y así las dos mujeres pasaron revista a decenas de posibles razones de las lágrimas del bebé, intentando intuir la

solución a ese misterio primigenio que es una criatura humana.

Actualmente, los psicólogos y analistas de empresas creen que la intuición desempeña una función productiva, aunque no muchas veces reconocida, en las decisiones de la dirección.⁶² A medida que la comunidad empresarial global sitúa a más y más ejecutivos en situaciones donde tienen que juzgar a clientes y compañeros extranjeros, ponderar mercados poco conocidos y moverse en entornos noveles, es muy posible que llegue a valorarse más el juicio de tipo intuitivo, dando a la mujer una cierta ventaja profesional.

Las mujeres, planificadoras a largo plazo

«Las mujeres son el mejor índice del porvenir», escribió Ralph Waldo Emerson. Este filósofo americano supo discernir correctamente otra facultad femenina asociada con el pensamiento en red: su agudo sentido de futuras posibilidades.

Tanto hombres como mujeres poseen cierta capacidad para hacer planes a largo plazo. Yo no he encontrado evidencia concreta de que uno u otro sexo esté mejor dotado para esta esencial tarea. Hay, no obstante, algunos analistas de empresas que en efecto

creen que las mujeres tienden a pensar a largo plazo de forma más habitual, mientras que los hombres son más proclives a centrarse en el aquí y ahora.63

Es más frecuente, por ejemplo, que los hombres acumulen sesiones de trabajo sin descanso, sacrificando valiosos momentos de pausa que podrían haber sido empleados en reevaluar su situación y considerar futuros movimientos. Las mujeres profesionales, por su parte, se toman más tiempo para respirar, reflexionar y proyectar entre reuniones y citas de trabajo. Cinco minutos aquí y diez allí: las mujeres extraen algo de tiempo para asimilar lo

que está ocurriendo a su alrededor y prever el futuro. Las mujeres «mantienen constantemente presente el largo plazo», dice la periodista financiera Sally Helgesen.⁶⁴

Esta tendencia femenina a pensar a la larga es particularmente visible en su actitud hacia su propio dinero.

Cuando Terrance Odean y Brad Barber, economistas de la Graduate School of Management de la Universidad de California, *campus* de Davis, examinaron el historial de contratación bursátil de unos treinta y cinco clientes de una gran empresa de agentes de bolsa, comprobaron que los

hombres contrataban con una frecuencia un 45 por ciento superior a las mujeres. Odean dice de éstas: «No elaboran sus cuentas del mismo modo que los hombres».65

De hecho, tres de cada cuatro mujeres inversoras no tienen objetivos de inversión a corto plazo, como demuestra una encuesta de 1997 entre seiscientos inversores realizada por Gallup, en colaboración con PaineWebber.66 Las mujeres, además, ponen más dinero en planes de jubilación, pensando en el futuro lejano.67

La actitud femenina hacia el dinero es buena para todo menos para los peores

mercados financieros. Según la NAIC (Asociación Nacional de Empresas de Inversión), los clubes de inversión exclusivamente de mujeres obtienen una rentabilidad anual de sus adquisiciones de un 21,3 por ciento como promedio, mientras que los clubes exclusivamente masculinos logran beneficios anuales del 15 por ciento.⁶⁸ La NAIC observa también que las mujeres prestan mayor atención a las operaciones generales de las compañías en las que invierten y superan las fluctuaciones del mercado con mayor frecuencia. Un planificador financiero de Washington D.C. lo resumió con estas palabras: «Las mujeres no tienen mentalidad de pista de carreras en cuestiones de riesgo. Dicen:

'No busco el premio gordo; lo que busco es el largo recorrido'.69

Biología de la visión a largo plazo

La visión femenina del dinero podría ser explicada por ciertos hechos sociales contemporáneos. Con el fin de criar a sus hijos, las mujeres entran y salen del mercado de trabajo con más frecuencia que los hombres, motivo por el cual sus pensiones son menores y tienen menos planes de jubilación.⁷⁰ Las mujeres también viven más años; por esta razón, están considerablemente menos seguras de contar con dinero suficiente para vivir cómodamente en sus años de vejez.

Pero la propensión femenina a pensar a largo plazo podría también deberse a la arquitectura de su cerebro. ¿Por qué? Porque hacer planes para el futuro lejano es indudablemente un proceso mental que tiene lugar en la corteza prefrontal del cerebro, como queda vivamente ilustrado por un accidente ocurrido en el verano de 1848.

Finalizaba la tarde en el río Negro de Vermont, hacía calor y el sol brillaba. Phineas P. Gage, un joven capataz de la construcción que trabajaba para la empresa ferroviaria Rutland & Burlington Railroad se preparaba para dinamitar una escarpadura de piedra con

objeto de que su cuadrilla de trabajadores pudiera poner traviesas. Había perforado la roca y colocado la dinamita y la mecha dentro del agujero. Después empezó a apretarlo todo con una barra de hierro de tres pies y siete pulgadas.

Pero ¡ay! Gage había olvidado un paso esencial: cubrir de arena la dinamita y la mecha. La explosión le estalló en la cara, y lo que es peor, la barra de hierro, de algo más de una pulgada de diámetro, le penetró la mejilla izquierda por el extremo afilado y le salió por la parte superior del cráneo; después voló por los aires hasta caer a unos cien pies de allí.

Milagrosamente, Phineas Gage sobrevivió a este accidente. Hablaba con los que le rodeaban mientras permanecía tumbado en una carreta de bueyes esperando a que le transportaran a un albergue próximo, y hasta dio unos sorbos a una bebida fresca en el porche del hotel mientras el médico le examinaba. Con excepción de la ceguera del ojo izquierdo, estuvo físicamente recuperado en un par de meses.

Pero la personalidad de Gage había cambiado totalmente. Un trabajador competente que había sido anteriormente tranquilo, capaz, persistente, vigoroso y hábil se convirtió en un hombre

irreverente, caprichoso, obstinado, indeciso, impaciente, holgazán —e irremediablemente incapaz de llevar adelante planes a largo plazo—. Instantes después de haber pensado un proyecto para el futuro, lo abandonaba y no mostraba la menor previsión o interés respecto al mañana. Perdió trabajo tras trabajo, después se metió en un circo, posteriormente se fue a Suramérica a trabajar en un criadero de caballos y conducir una diligencia. Por último, su madre y su hermana, que vivían en San Francisco, se hicieron cargo de él.

Gracias al estudio de Phineas Gage y muchos otros pacientes con lesiones de la corteza prefrontal, los

neurocientíficos saben hoy que la planificación a largo plazo en buena medida tiene lugar en esta encrucijada del cerebro.⁷¹ Como quizá recuerden, mujeres y hombres muestran diferencias en la estructura de la corteza prefrontal; por tanto, es posible que dichas diferencias cerebrales contribuyan a la tendencia femenina a pensar con vistas al largo plazo.

El pensamiento a largo plazo habría sido un efecto de adaptación de las mujeres durante millones de años de historia profunda. La caza exigía al hombre que pensara en las costumbres de animales y aves, en los ciclos de la luna, en la posición de las estrellas, en

las pautas de los vientos y las lluvias, en los lugares recorridos por las criaturas el año anterior y en dónde podrían dirigirse pasado un mes o un año. Incuestionablemente, los hombres tenían que pensar en hechos que iban a ocurrir dentro de meses o incluso años. Pero criar y educar niños exigía a la mujer prepararse para las necesidades que pudieran surgir pasados decenios enteros. Como dijo Dorothy Parker sobre la responsabilidad femenina: «Una mujer inteligente tarda dieciocho años en hacer un hombre de su hijo».

Gracias a milenios enteros haciendo planes para las crisis que pudieran ocurrir en el futuro lejano, las mujeres

podrían haber desarrollado la compleja arquitectura cerebral que las predispone a adoptar la perspectiva larga más frecuentemente que a los hombres.

El nuevo holismo

Algunos hombres tienen ciertamente gran habilidad para planificar a largo plazo. Los directivos financieros y presidentes de prácticamente todas las grandes compañías son, abrumadoramente, hombres. Estas personas tienen que ser diestras en la planificación a largo plazo y estratégica. Pero las mujeres son buenas «en esto de la visión», como lo calificó una vez el ex presidente de Estados Unidos, George Bush.

Muchos analistas de empresas y ejecutivos creen que la capacidad para situar las cuestiones en una amplia perspectiva a largo plazo va a ser cada vez más relevante en el creciente mercado global.⁷² «Amplitud» y «profundidad» de visión se han convertido en palabras de moda en muchos despachos de ejecutivos y salas de juntas. A medida que esta tendencia se acelera, las mujeres pueden hacer contribuciones decisivas.

No tienen más que ser ellas mismas.

El poder de la imaginación

«No es posible que los problemas del

mundo sean resueltos por escépticos y cínicos cuyo horizonte se limita a las realidades palpables. Necesitamos hombres que puedan soñar cosas que nunca han existido», dijo John F. Kennedy. JFK celebraba la imaginación; creía que era un ingrediente esencial del progreso.

¿Y qué es la imaginación sino la capacidad para llegar hasta lo más profundo de nuestro conocimiento almacenado, ensamblar un sinfín de información bajo nuevas formas y suponer cómo pueden resultar diversas combinaciones de cosas? Todas estas habilidades son aspectos del pensamiento en red. Así pues, parece

probable que la capacidad para imaginar brote de zonas específicas de la corteza prefrontal donde se asimilan pautas, se forjan planes y se generan reacciones nuevas.⁷³

Con su corteza prefrontal singularmente construida y un cerebro bien conectado, las mujeres tienen posibilidades de destacar a la hora de contemplar resultados futuros de modo innovador.

«Es la imaginación la que enciende la lenta mecha de lo posible», escribió Emily Dickinson. Con su capacidad innata para pensar en red, su flexibilidad mental, su intuición, su perspectiva

amplia y a largo plazo y su imaginación, las mujeres poseen dones naturales para transformar el mundo empresarial.

Y, además, van a tener la oportunidad de hacerlo. Las mujeres están accediendo a la población activa como nunca antes lo habían hecho.

El ascenso de la mujer trabajadora

«El lugar de la mujer en la sociedad marca el nivel de civilización», dijo la feminista del siglo XIX Elizabeth Cady Stanton. En la tierra, las mujeres trabajaban duras y largas jornadas. Las mujeres norteamericanas vendían además, en sus salitas o en los mercados agrícolas de la localidad, sus excedentes

de mermelada, jabón, velas, colchas y prendas tejidas a mano. Algunas hacían en sus casas objetos de cuero y prendas de vestir para su venta o dirigían diestramente una compañía familiar. Pero las mujeres raramente eran dueñas de su propio dinero o dirigían negocios por sí solas.

Hacia la década de 1830, las mujeres norteamericanas empezaron a abandonar la agricultura en favor del servicio doméstico y el trabajo industrial mal pagado, no obstante lo cual en 1870 sólo un 14 por ciento de las estadounidenses en edad laboral trabajaban fuera de casa y la mayoría de las que lo hacían eran solteras. Las mujeres constituían

solamente el 16 por ciento de la población activa.⁷⁴ Pese a ello, estas pioneras volvían a sus casas por vacaciones con experiencias, dinero y ropa adquirida en comercios: ellas abrieron la marcha de la mujer hacia el mundo moderno del trabajo remunerado.

Después de la Guerra de Secesión, una era de rápido desarrollo económico atrajo a mayor cantidad de mujeres jóvenes hacia los centros urbanos en expansión para trabajar en la enseñanza, las oficinas o las fábricas, al menos hasta casarse. Hacia 1900 había aumentado el número de puestos de oficinistas y dependientes de comercio; y después de la I Guerra Mundial una

multitud de mujeres solteras se dedicó a mecanografiar, archivar, contestar teléfonos y asear el mundo de la oficina. Al llegar 1930, alrededor de un 20 por ciento de todos los puestos de personal de oficina estaban ocupados por mujeres.⁷⁵ Muchas incluso volvían a trabajar después de que su hijo menor hubiera terminado la enseñanza media.

Con la Gran Depresión de los años treinta aumentó el número de norteamericanas solteras con trabajos de nueve a cinco, en su mayoría en puestos repetitivos, tediosos, subordinados y sin futuro. Pero el número de trabajadoras se duplicó entre 1870 y 1940, y durante la II Guerra Mundial volvió a

La participación femenina en la población activa asalariada sufrió una reducción transitoria cuando los hombres volvieron de cumplir sus obligaciones militares para reincorporarse a su «legítima» posición en el mundo laboral. Ahora bien, con el auge económico de la posguerra la demanda de secretarias, profesoras, enfermeras y dependientes de comercio pronto amplió las oportunidades de trabajo para las mujeres. En 1950, incluso las mujeres casadas estaban siendo incorporadas a la población activa norteamericana. En 1970, aproximadamente el 43 por ciento de las

mujeres de Estados Unidos con edad superior a los dieciséis años tenía un trabajo asalariado. En 1996, eran casi el 60 por ciento las que trabajaban.⁷⁷

En 1998, un 46 por ciento de la mano de obra norteamericana estaba formada por mujeres.⁷⁸ Menos del 3,5 por ciento de ellas trabajaba en la agricultura.⁷⁹

Menos niños

La tendencia histórica que ha llevado a la mujer al mundo laboral va a persistir con toda certeza por varias razones. En primer lugar, la mujer actual puede trabajar fuera de casa porque está teniendo menos hijos.

Cuando trabajaban la tierra, las mujeres necesitaban muchos niños para cosechar los cultivos, ordeñar las vacas, recoger huevos y ayudar a hacer las velas y a remendar calcetines. Los niños constituían una parte esencial, barata y fiable de la mano de obra agrícola. Pero cuando en el siglo XIX ambiciosos muchachos y muchachas hicieron sus maletas y cogieron el tren para dirigirse a Chicago y Nueva York, dejaron atrás dicha necesidad: las familias urbanas no necesitaban decenas de niños. A lo largo del siglo pasado se redujeron sostenidamente las tasas de natalidad de Estados Unidos.

Esta tendencia perdura aún.

Actualmente, las norteamericanas tienen un promedio de 2,2 niños que viven hasta la edad adulta. En la mayor parte de Europa, las mujeres tienen un número aún menor de hijos.⁸⁰

Una serie de inventos nuevos han acelerado el descenso de la natalidad. Una tecnología médica inmensamente mejor salva hoy a muchos niños de una muerte prematura, por lo que las mujeres no tienen que concebir varias criaturas con la esperanza de que vivan dos o tres de ellas. Con los modernos métodos de contracepción y la legalización del aborto en 1973, las norteamericanas pueden también decidir cuándo tener a sus hijos y cuándo no.

Por consiguiente, las mujeres casadas por lo general pueden dedicar más años a trabajar antes de quedarse embarazadas. Además, permanecen en su puesto más tiempo durante el embarazo, se reincorporan antes a su trabajo después de tener al niño y tienen menos embarazos que puedan interrumpir su carrera profesional.⁸¹ De hecho, por término medio la mujer de hoy pasa menos tiempo embarazada y al cuidado de los niños que en ningún otro momento de la evolución humana.

El trabajo doméstico es ahora más fácil

La vida de la mujer en el hogar es

además mucho menos dura que antaño. Actualmente la mayoría de las mujeres están rodeadas de aparatos ingeniosos. No cultivan los guisantes ni crían los pollos que sirven en sus mesas; por el contrario, cazan y recolectan en establecimientos de alimentación. Repasan catálogos o van a grandes almacenes para adquirir su ropa en lugar de esquilar ovejas, cardar la lana, hilar y tejer para hacerse faldas, chaquetas y mantas.

Agua caliente en el grifo, bombillas incandescentes, lavadoras, lavavajillas, cocinas, eléctricas, hornos microondas, neveras, biberones, ollas a presión, robots de cocina, alimentos enlatados,

teléfonos, hasta la televisión del sábado por la mañana: una interminable cadena de inventos ha facilitado a la mujer las tareas de cocinar, lavar, limpiar, comprar y criar niños. La mujer ha quedado al fin liberada para poder trabajar fuera de casa.

más puestos de trabajo para la mujer

Y hay más trabajo disponible. El descenso de las industrias pesadas y de las cadenas de montaje y el aumento de empleos especializados y de servicios favorecen a las mujeres. Por ejemplo, siguen en expansión los puestos de secretariado y ofimática; el trabajo en las profesiones médicas y técnicas, la

enseñanza, enfermería, cuidados a domicilio, cuidado de niños, ventas al detalle y empleo en la industria de servicios.⁸² Por lo general, estos trabajos no exigen la fuerza física del hombre y muchos de ellos son a tiempo parcial o tienen horarios flexibles, factores ambos que atraen a la mujer.

La población activa contemporánea sí requiere cierta formación, pero las mujeres han utilizado su tiempo libre para estudiar, como se verá en el capítulo 3. Cuanto más alto es su nivel de estudios, menos hijos tienen las mujeres, reforzando la tendencia descendente de la natalidad y la sostenida entrada de las mujeres en el

Además, muchas mujeres necesitan trabajar. Debido a la constante subida del coste de la vida, en la mayoría de las familias donde entran dos sueldos las mujeres dicen que no pueden mantener un nivel de vida adecuado a menos que ambos cónyuges tengan un puesto de trabajo. Otras mujeres trabajan porque sus maridos se han quedado en el paro, o han vuelto a iniciar estudios, o prefieren criar a los niños y quedarse en casa. Algunas mujeres trabajan porque se han divorciado. De hecho, a medida que las mujeres van incorporándose a la población activa de las sociedades

industriales van logrando los medios económicos necesarios para salir de matrimonios desgraciados con mayor facilidad, y muchas lo hacen, incrementando con ello el número de años que se verán obligadas a trabajar.

Las mujeres quieren trabajar

Menos niños, más aparatos domésticos, más empleo fuera de casa, más mujeres con estudios, más divorcios: todos estos factores alientan a la mujer a entrar en el mundo laboral. Pero hay otras razones. Las mujeres se casan más tarde; esto significa que aumenta la cantidad de años premaritales en los que tienen que

mantenerse a sí mismas. Además, las mujeres viven ahora más tiempo, ampliándose con ello el número de años en que tendrán que trabajar.

Las mujeres trabajan también porque quieren una serie de cosas que se adquieren con dinero: televisores, coches, buenos restaurantes, clases de aeróbic, masajes, vaqueros de diseño, conciertos, vacaciones en Cayo Oeste, Kioto o Katmandú: en Estados Unidos y otros países prósperos, muchas mujeres se han acostumbrado a las comodidades y al entretenimiento.

Dado que ha disminuido la necesidad de tener hijos, han aumentado los

atractivos de trabajar, llevando a las mujeres al mundo del empleo asalariado.⁸⁴

«El dinero es la fuerza más igualitaria de la sociedad. Confiere poder a todo el que lo posee», dice el comentarista social de Nueva York Robert Starr. Según el Bureau of Labor Statistics (Oficina de Estadística Laboral) de Estados Unidos, en 1933 las mujeres casadas con trabajo a tiempo completo aportaban al hogar un promedio del 41 por ciento de los ingresos familiares. En 1998, en Estados Unidos, alrededor del 20 por ciento de las mujeres casadas con trabajo ganaban más que sus maridos.⁸⁵ Además, los hombres se

están jubilando antes y un mayor número de ellos trabaja a tiempo parcial.⁸⁶

A consecuencia de todo esto, la «diferencia salarial» entre ambos sexos se está reduciendo gradualmente, si bien de forma lenta e irregular.⁸⁷ Poco a poco, las mujeres norteamericanas están logrando la igualdad económica con los hombres.

El ascenso mundial de la mujer en la población activa

A menudo, lo que sucede en Estados Unidos ocurre más adelante en otros lugares. Esto es particularmente cierto en lo que respecta a la mujer.

En la mayor parte del mundo las mujeres están teniendo menos hijos; son muchas menos las mujeres que mueren de parto;⁸⁸ son muchas más las que adquieren estudios.⁸⁹ Y en muchos países predominantemente agrarios, los insecticidas, herbicidas, tractores y otras innovaciones tecnológicas están liberando a la mujer de las labores agrícolas, permitiéndoles acceder a puestos más lucrativos en el mundo asalariado.⁹⁰

Como expresa Ma Shuo-zhu, patriarca de una familia numerosa de la China rural: «La agricultura es fácil, ahora hay tiempo para los negocios».⁹¹

En términos generales, las mujeres componen actualmente un 40 por ciento de la población activa de los países de la Unión Europea y del resto del mundo industrial.⁹² En 1990, las mujeres representaban también el 39,5 por ciento de la mano de obra mundial.⁹³ En efecto, durante las dos últimas décadas las mujeres han trabajado fuera del hogar prácticamente en todas partes del mundo, mientras que ha descendido la participación masculina en la población activa.⁹⁴

En Japón, por ejemplo, se han levantado varias restricciones sobre horas extra y empleos nocturnos, ambos anteriormente vedados a las mujeres. A

consecuencia de esto, las japonesas contribuyen en la actualidad al 35 por ciento de las horas de trabajo remuneradas. Las mujeres de Qatar, uno de los países islámicos más estrictos de mundo, están empezando a trabajar fuera de casa; y sin velo. Incluso en las selvas montañosas de Papúa Nueva Guinea, las mujeres desafían costumbres ancestrales para unirse a la población activa moderna.

Miriam Wilngal es una de ellas. En 1997, Miriam apareció en el *New York Times* poco después de que un prestigioso jefe de clan hubiera muerto en una lucha tribal. Para compensar su asesinato, el clan agresor fue multado

con el pago de 15.000 dólares, veinticinco cerdos y una joven en matrimonio: Miriam. Miriam Wilngal se negó a casarse, enfrentándose a muchos siglos de costumbre tribal, derribando una estructura complicadamente equilibrada de deudas y créditos sociales y enfureciendo a sus familiares.

«Quiero aprender a ser mecanógrafa», dijo Miriam a los periodistas en Port Moresby. «Quiero tener mi propio dinero; no quiero tener que depender de un hombre».95

La ventaja femenina

El mundo va a conocer más mujeres como Miriam.

En 1995, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo ideó un ingenioso índice para comparar los progresos de la mujer en relación al hombre, utilizando múltiples baremos para medir la salud de hombres y mujeres, su esperanza de vida, sus logros educativos, su nivel de alfabetización, su acceso al conocimiento, sus ingresos relativos y su nivel de vida. El programa de las Naciones Unidas utilizó después estas cifras para clasificar a los 130 países estudiados por su grado de igualdad entre los sexos.

Donde la mujer tenía mejor situación

era en Suecia, Finlandia y Dinamarca, por ese orden. Estados Unidos estaba en quinta posición; Japón en octava. Donde estaban peor las mujeres era en Nigeria, Malí, Sierra Leona y Afganistán. Ninguna sociedad trataba a sus mujeres tan bien como a sus hombres, pero en las dos últimas décadas, las mujeres han avanzado hacia la igualdad en todas y cada una de estas sociedades. Según este estudio de 1995, «ni un solo país ha dado marcha atrás en el avance hacia una mayor igualdad de género».96

Afganistán seguramente haya retrocedido desde que se publicaron estos datos, pues el gobierno fundamentalista talibán ha despojado a

las mujeres de todo vestigio de igualdad.

Pese a ello, las mujeres avanzan dentro del mercado de trabajo asalariado prácticamente en todas las sociedades contemporáneas. Y muchas organizaciones nacionales e internacionales han iniciado planes que no pueden sino acelerar el progreso femenino. 97

El pensamiento en red será valorado

«Cierto es: hay magia en la red del asunto», escribió Shakespeare. Una extraordinaria confluencia de fuerzas tecnológicas y económicas está permitiendo a las mujeres incorporarse

a la población activa remunerada en el mundo entero.

Además, con la progresiva complejidad y aceleración del mercado global, cada vez son más las empresas que probablemente necesiten empleados que puedan reunir, asimilar y ponderar una amplia variedad de datos; construir relaciones intrincadas entre constelaciones de ideas; imaginar sucesos financieros inesperados; abrazar la ambigüedad; intuir acciones apropiadas en situaciones comerciales desconcertantes; idear estrategias en múltiples direcciones; elaborar planes complejos a largo plazo; vislumbrar una variada gama de consecuencias; prever

cambios rápidos e inesperados; preparar opciones alternativas; situar los objetivos empresariales en un contexto social amplio, pensar en sistemas, ser siempre mentalmente flexibles; y entenderse con toda una variedad de actividades profesionales simultáneamente.

Todas estas capacidades son aspectos del pensamiento en red; todas son características de la mente femenina. Muchas personas podrían llegar a coincidir con Amy Pascal, presidenta de Columbia Pictures, cuando dice: «Mi mayor poder como ejecutiva es que soy mujer».98

Notas

1 McClelland, 1975; Gilligan, 1982; Taimen, 1990.

2 Hall, 1984; SüVerman y Eals, 1992, pp. S33-549.

3 Rosener, 1995; Helgesen, 1990; Duff, 1993.

4 *Ibid*

5 Helgesen, 1990; Rosener, 1995; Tannen, 1990; Hampden-Turner, 1994, p. 142; Duff, 1993.

6 Eccles, 1987; véase Browne, 1995, p. 1023.

7 Humpden-Turner, 1994.

8 Seger, 1996, p. 83.

9 *Ibid.*, p. 137.

10 Harper's, 1997, p. 53.

11 Masters y Carlotti, 1993, p. 31.

12 National Foundation for Women Business Owners, 1996, p. 4.

13 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995, p. 90.

14 Hall, 1984.

15 Slatalla, 1998.

16 Gilligan, 1982.

17 *Ibid.*, p. 35.

18 *Ibid.*, p. 38.

19 Hampden-Turner, 1994.

20 Tannen, 1994.

21 Halpern, 1992, p. 90.

22 Grafman, Holyoak y Boller, 1995, pp. 1-411.

23 Hendler, 1995, pp. 265-276; Goldman-Rakic, 1995, pp. 71-83.

24 Goldman-Rakic, 1995; Holyoak y Kroger, 1995, pp. 253-263.

25 Goldman-Rakic, 1995; Damasio, 1994; Hendler, 1995.

26 Damasio, 1994.

27 DeUa Salla *etal.*, 1995, pp. 161-171; Guyton y Hall, 1996.

28 Grafman, 1989; Grafman y Hendler, 1991, pp. 563-564; Holyoak y Kroger, 1995, pp. 253-263; Grafman, Holyoak y Boller, 1995a, pp: 1-411.

29 *Stassetal.*, 1995, pp. 191-211; Posner, 1994, pp. 7398-7403; PosneryDehaene, 1994, pp. 75-79; Nichelli *etal.*, 1995, pp, 161-171; Dehaene y Changeux, 1995, pp. 305-319.

30 Skuse *et al.*, 1997, pp. 705-708;

Tucker, LuuyPribram, 1995, pp. 191-211.

31 Pardo, Pardo y Raichle, 1993, pp. 713-719; Tucker, Luu y Pribram, 1995, pp. 191-211; George *etal.*, 1996, pp. 859-871.

32 Schlaepfer *et al.*, 1994, p. 170; George *etal.*, 1996, pp. 859-871.

33 Goldman *etal.*, 1974, pp. 540-542; Mitchell, 1981.

34 Lacoste-UtamsingyHolloway, 1982, pp. 1431-1432; Witelson, 1989, pp. 799-835; Alien *et al.*, 1991, pp. 933-942; Holloway *et al.*, 1993, pp. 481-498; Nyborg, 1994.

35 Alien y Gorski, 1991, pp. 97-104.

36 Gilinsky, 1984; Barchas *et al.*, 1984, pp. 131-150.

37 Hales, 1998, pp. 49-51; Hales, 1999.

38 Hales, 1998, p. 51.

39 Lancaster, 1994.

40 Hockhschild y Machung, 1989.

41 Weiner y Brown, 1997.

42 Rosener, 1995; Helgesen, 1990; Duff, 1993; Seger, 1996.

43 Helgesen, 1990; Rosener, 1995; Duff, 1993.

44 Senge, 1990; Byrne, 1992, pp. 44-52.

45 Senge, 1990, p. 68.

46 Hampden-Turner, 1994; Senge, 1990.

47 Worton, 1996.

48 Kohlberg, 1969; Piaget, 1932; Lever, 1976, pp. 478-487; Gilligan,

1982.

49 Taimen, 1990.

50 Kohlberg, 1969; Lever, 1976;
Gilligan, 1982; Piaget, 1932.

51 Skuse *etal.*, 1997, pp. 705-708.

52 Drucker, 1992; Stewart, 1997.

53 Damasio, 1994; Fodor, 1983;
Gazzaniga, 1988; LeDoux, 1996.

54 Damasio, 1994.

55 Bechara *etal.*, 1997, pp. 1293-
1295. "

56 Damasio, 1994; Bechara *etal.*,
1997, pp. 1293-1295.

57 Simón, 1987, pp. 57-63; Benderly,
1989, pp. 35-40.

58 Simón, 1974, pp. 482-488; véase
Klahr y Kotovsky, 1989; Benderly,
1989.

59 Gottman, 1994, p. 12.

60 Rowan, 1986, p. 3.

61 Agor, 1986.

62 Simón, 1987; Rosener, 1995; Agor, 1986; Rowan, 1986.

63 Helgesen, 1990; Hampden-Turner, 1994.

64 Helgesen, 1990, p. 25.

65 Simón, 1998, p.A14.

66 Paine Webber, 1997.

67 Simón, 1998, p.A14.

68 Hams, 1996, pp. 146 y ss.

69 *Ibid* p. 153.

70 Paine Webber, 1997.

71 Damasio, 1994; Damasio, 1995, pp. 241-251; Horyoaky Kroger, 1995.

72 Senge, 1990; Hampden-Turner, 1994; Rosener, 1995; Mc-Corducky

Ramsey, 1996; Drucker, 1992; Stewart, 1997; Helgesen, 1990.

73 Boller *et al.*, 1995, pp. 23-39.

74 Bergmann, 1986; Coontz, 1992.

75 McCorduck y Ramsey, 1996; Coontz, 1992.

76 *Ibid.*

77 *The Economist*, 1996, pp. 23-26.

78 *The Economist*, 1998, pp. 3-15.

79 Bergmann, 1986.

80 Bruce *et al.*, 1995; *The Economist*, 1998, pp. 3-15.

81 Bergmann, 1986; Posner, 1992.

82 *The Economist*, 1996; *The Economist* 1998.

83 Bergmann, 1986; *The Economist*, 1998.

84 *Ibid* Posner, 1992.

85 Lewin, 1995a; *The Economist*, 1998a, dd 3-15

86 Russell, 1995, p.8.

87 Rosener, 1995; Bergmann, 1986; Harris, 1996, pp. 146 y ss, *The Economist*, 1998.

88 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo 1995

89 *Ibid.*, p.71.

90 *Ibid*

91 Rosenthal, 1998, p. A4.

92 Rosener, 1995; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

93 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo 1995

94 *Ibid.*; Future Survey, 1996, p. 11, Bruce *et al.*, 1995; *The Economist*,

1996.

95 Mydans, 1997, p.A3.

96 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995, p. 78

97 Karl, 1995.

98 Seger, 1996, p. 66.

La mujer en la organización

El trabajo en equipo

«La naturaleza obra en serio cuando hace

a una mujer».

Oliver Wendell Holmes

«El poder absoluto es absolutamente delicioso», se ha dicho. Ambos sexos buscan y gozan de esta ambrosía, pero con frecuencia el poder es algo diferente para hombres y mujeres. Los hombres suelen asociar el poder con posición y rango; las mujeres ven el poder más a menudo como una retícula de conexiones humanas vitales.

No todos los hombres y mujeres encajan bien en estos patrones psicológicos, pero sociólogos, antropólogos, psicólogos y hasta analistas de empresas han descrito con profusión esta polifacética diferencia de

género: el interés de la mujer por los contactos personales, su empuje para lograr armonía interpersonal y su tendencia a trabajar y participar en equipos igualitarios, frente a la sensibilidad masculina a cuestiones de predominio social y su necesidad de conseguir un puesto alto en jerarquías reales o percibidas.¹

Muchos psicólogos creen que el anhelo de posición del hombre y el apetito de relación de la mujer se desarrollan en la infancia en virtud de las actitudes de los padres, los juegos infantiles y la diferente forma en que niños y niñas forman vínculos con la madre. Pero la búsqueda masculina de

posición ha sido generalmente asociada con la hormona masculina testosterona, y aunque los datos son mucho menos claros, tengo la convicción de que la afición de la mujer a las relaciones igualitarias armoniosas está asociada con la hormona femenina estrógeno.

Por ello, en este capítulo sostendré que la concepción de poder de hombres y mujeres no proviene solamente de experiencias infantiles sino también de la fisiología y la historia profunda. Más aún, argumentaré que el impulso biológico del hombre hacia la jerarquía le ha ayudado a llegar a la cima de las empresas jerárquicas tradicionales, mientras que el deseo femenino de

relacionarse —particularmente con sus pequeños— ha inhibido su ascenso a los niveles más altos.

Ahora bien, la gestión y los hábitos empresariales están cambiando. Las organizaciones están sustituyendo las estructuras piramidales de trabajo por redes laterales y unidades de trabajo compuestas de equipos igualitarios. El mundo corporativo está transformándose en éste y muchos otros sentidos que van a adaptarse —y a necesitar— la mentalidad femenina.

El hombre busca posición, la mujer quiere relacionarse

«El hombre es rival de otros hombres;

disfruta con la competencia», dijo Charles Dickens. Él entendía de hombres.²

Los hombres tienden a situarse dentro de una jerarquía, y después se mueven para conseguir una buena posición en ella; están más dispuestos a soportar un volumen de trabajo agotador para lograr esa posición y es más frecuente que sacrifiquen salud, seguridad y un tiempo precioso con la familia y los amigos para lograr estatus, dinero y prestigio.³ Hombres y mujeres no muestran diferencia alguna en lo que los psicólogos llaman «competitividad interior», esto es, el deseo de conseguir metas personales y destacar. Pero los

hombres son mucho más fuertes en «competitividad exterior», su disposición a quitar de en medio a los demás para lograr ventaja.⁴

La mujer, por término medio, está más interesada en la cooperación, la armonía y la conexión: en una red de apoyo;⁵ se entiende a sí misma dentro de una red de amistades; hace contactos laterales con los demás, y forma camarillas. Después se esfuerza para mantener intactos estos lazos. La mujer puede ser resuelta y astuta a la hora de trepar la escala social o corporativa, pero cuando alcanza posiciones altas es más frecuente que reste importancia a su autoridad. Pocas mujeres están interesadas en el poder

por el poder en sí.

la pandilla no jerárquica femenina

Conexiones laterales frente a orden jerárquico; cooperación frente a competición; interacción y deseo de compartir frente a posición e independencia: esta agrupación de diferencias de género aparece en la infancia.

Cuando juegan de manera informal, las niñas raramente entran en competencia abierta con ganadores y perdedores claros. Por el contrario, se organizan en «pandillas planas», grupos no jerárquicos, sin líderes, de cinco o seis niñas, sensibles a sus mutuas

necesidades.⁶ Estos juegos encierran incesantes y mutuas concesiones. Las niñas se turnan; hacen propuestas; apelan a la razón e intentan convencer; casi nunca recurren a la fuerza. Si surge un conflicto, las niñas interrumpen el juego, dejan a un lado las reglas, las cambian o hacen excepciones, porque lo que importa en esos momentos son los sentimientos de una persona.

Para las niñas, la paz, la armonía, la estabilidad social y el juego no combativo y no jerárquico son esenciales para pasarlo bien.⁷ Cuando las niñas juegan de manera informal no es vital ganar, buscan el aplauso, la admiración. Y para la mayoría de las

pequeñas es primordial «caer bien».

Los niños juegan a la guerra; se ordenan en grandes pandillas jerárquicas y después pasan días enteros en los espacios de juego compitiendo por la jefatura de la manada.⁸ Si las niñas quieren caer bien, los niños quieren ser respetados: interrumpen, dan órdenes, las aceptan, se burlan unos de otros y truecan su estatus para conseguir y mantener una posición de mando. Sus juegos están más estructurados y son más complejos que los de las niñas. Los niños se centran en la meta, y, a diferencia de las niñas —que dejan de jugar cuando se aburren—, los chicos dejan el juego cuando han ganado o

perdido. Los juegos de chico tienen claros ganadores y perdedores.⁹

A los chicos les preocupan mucho más las reglas. Sus juegos, como el béisbol o el fútbol, tienen una normativa fija y aceptada, y tienden a resaltar más la importancia de los principios de justicia, juego limpio y deber.¹⁰ En una disputa, la mayoría de ellos se enfrenta por cuestiones de reglas y buscan formas equitativas de aplicarlas, pero no cumplir las reglas es impensable. Para los chicos, de lo que se trata precisamente es de jugar de acuerdo con las reglas, y ganar. Se dice que el entrenador de fútbol americano Vince Lombardi resumió así esta característica

masculina: «Ganar no lo es todo; es lo único».

Cuando la periodista Peggy Orenstein estudió a un grupo de alumnos de octavo curso en dos colegios del norte de California a comienzos de la década de los noventa advirtió inmediatamente estas diferencias de género en el aula. Los alumnos de una escuela eran mayoritariamente blancos de clase media; los de la otra eran en su mayoría minorías urbanas de nivel económico bajo.¹¹ Pero los niños seguían siendo niños y las niñas seguían siendo niñas, al margen de raza, clase o entorno familiar.

Por ejemplo, las chicas de ambos colegios disentían cortésmente para no humillar a las compañeras que hubieran hablado. Los chicos disentían abierta y ruidosamente, y se saltaban el protocolo de levantar la mano para vociferar las respuestas, correctas e incorrectas. Y los niños manipulaban a sus compañeros, quitándose o dándose la razón entre sí para llamar la atención y anotarse puntos. Los chicos querían reconocimiento por sus comentarios. Como expresara uno de los niños de la escuela de clase media: «Yo creo que mis opiniones son importantes, y por eso las digo a gritos. Las niñas se quedan ahí sentadas con la mano en alto hasta que toca el timbre».12

La actitud femenina en la empresa:
ganar o ganar

Estas diferencias de género son particularmente visibles en el mundo empresarial.

El estilo femenino de gestión se basa en compartir el poder, en incluir, consultar, consensuar y colaborar.¹³ Las mujeres trabajan de forma interactiva e intercambian información más espontáneamente que los hombres. Las directoras de empresa alientan a sus empleados escuchándoles, apoyándoles y animándoles. Las mujeres ofrecen más elogios y éstos tienen más valor para ellas. También felicitan, agradecen y se

disculpan con más frecuencia; piden más consejo con el fin de incluir a otros en el proceso de toma de decisiones y tienden a sugerir posibilidades en lugar de dar órdenes. En realidad, estas empresarias en ocasiones suavizan tanto sus críticas que los hombres no entienden que han sido criticados.¹⁴

Como dice Esther Dyson, una empresaria de Internet «Los hombres quieren hacer las cosas explícitas, jerárquicas y formales. Las mujeres prestan mayor atención a los factores humanos». ¹⁵ Las mujeres personalizan; son más proclives que los hombres a incorporarse a una compañía si creen que el ambiente es cordial. Muchas

llegan incluso a formar una fuerte relación con la compañía en sí. La analista de empresas Carolyn Duff afirma que a menudo las mujeres ven la organización «como si fuera una persona viva y afectiva».16

A consecuencia de todo ello, las mujeres expresan mayor compromiso con la empresa y respaldan los valores de ésta con más frecuencia que los hombres.17 Además, dedican menos a gastos de representación y exigen menos recompensas para sí mismas.18 Es característico de las mujeres creer que cualquiera puede triunfar en el mundo de los negocios: su actitud en el ámbito laboral es la de ganar o ganar.

los hombres juegan a ganar o perder

«Los negocios son una mezcla de guerra y deporte», dijo el escritor francés André Maurois. Los hombres tienden a considerar los negocios como un asunto de ganar o perder.

Los libros escritos por hombres sobre cómo triunfar en el mundo empresarial recomiendan muchas veces que la mejor manera de motivar a los empleados es mantenerlos «en equilibrio inestable» y «en constante competencia».19 Por esta razón, los hombres suelen tener dificultad para compartir información: ellos la buscan y se la guardan.20 En lugar de centrarse en las buenas

relaciones dentro de la empresa, los hombres son más proclives a prestar mayor atención a las relaciones de poder.²¹

Ellos adjudican mayor valor a los títulos, al espacio de su oficina, a un sueldo elevado y a los extras: los distintivos y emblemas de su rango.²² Hasta la forma en que los hombres vigilan sus inversiones refleja este interés por el estatus. Los hombres son mucho más propensos que las mujeres a comparar los beneficios de inversión de sus carteras con los que muestra el índice Dow Jones.²³

Hombres, mujeres y el estrés en la

oficina

Todas estas diferencias entre uno y otro sexo —la pasión masculina por el rango y la afición femenina a las relaciones— impregnan prácticamente todos los aspectos de la vida en la empresa, incluida la forma en que uno y otro se enfrentan a las tensiones en la oficina.

Cuando un grupo de científicos interrogaron a 2.000 empleados y 670 empleadas de una empresa norteamericana de manufacturas sobre sus estados de depresión, ansiedad e insomnio, llegaron a la conclusión de que los hombres se angustian cuando

sienten que carecen de control sobre lo que están haciendo en el lugar de trabajo. Las mujeres desarrollan estrés cuando creen tener escaso o nulo apoyo social. Los hombres lo resuelven hablando con el jefe: una acción de tipo jerárquico. Las mujeres le hacen frente hablando con amigos o parientes: una misión de rescate de carácter lateral.²⁴

Los hombres sufren menos estrés que las mujeres a causa de la inflexibilidad de las normas de trabajo, de los límites y de los procedimientos; ellos crecen con una serie de reglas inflexibles en los campos de juego; las normas rígidas del lugar de trabajo no son una novedad para ellos. Además, como ya se dijo

anteriormente, la mayoría de los hombres respetan las reglas abstractas; ellos las construyen y se someten a ellas.²⁵ Pero las mujeres tienen una orientación diferente: de niñas alteran las reglas del campo de juego para adaptarlas a necesidades sociales más importantes. Con su proclividad al pensamiento en red también aceptan otras alternativas con más facilidad. Por ello, las mujeres generan mucho más estrés que los hombres cuando se enfrentan a unas normas de trabajo que no pueden flexibilizar.

También sufren más estrés cuando creen que otra persona está arrogándose el mérito de sus ideas. Debido a que la

mujer tiende a compartir el poder e intercambiar información más espontáneamente que el hombre, es también más cuidadosa con las atribuciones, así, si una mujer propone la solución a un problema y un hombre parafrasea sus ideas —y recibe crédito por ello— la mujer considera que ha sido despreciada y hasta robada.²⁶

Los hombres, por su parte, están acostumbrados a sacar provecho de los demás: han tomado ideas ajenas desde la adolescencia y no pueden entender por qué las mujeres son tan sensibles a un hurto menor.

La competencia en las presentaciones

profesionales

Estas fundamentales diferencias de género pueden crear dificultades cuando hombres y mujeres hacen presentaciones en la oficina.

Los hombres son más nerviosos cuando están tensos, por lo que tienden a ocupar más espacio cuando hablan.²⁷ Tienden también a extender todos sus papeles sobre la mesa, poner el brazo o el hombro sobre el respaldo de la silla de una mujer e inclinarse hacia delante para explicar una idea. Debido a que la mujer tiene una visión periférica nítida y es agudamente sensible a las posturas corporales (como se verá en el capítulo

4), entiende estos gestos como intrusiones hostiles en su espacio personal y como un acto jerárquico. Todo ello le crea tensión. Pero si una mujer pide a un compañero de trabajo gesticulante y autoritario que se retire de su territorio, éste cree que ella está siendo mezquina o intentado demostrar que tiene un rango superior.

Es más frecuente que los hombres rompan un silencio reflexivo para captar la atención de los asistentes,²⁸ y también que pronuncien más discursos con objeto de ponerse al frente de una situación.²⁹ Los hombres son más propensos a atacar verbalmente, y se toman más en serio a sus compañeros de

trabajo cuando contestan en una discusión. Cuando uno de ellos eleva la voz, el otro hace lo mismo, induciendo una espiral de «pulsos de dominio» que puede terminar como un concurso de gritos.³⁰

Las mujeres rehuyen estos asaltos verbales; es menos probable que se enfrenten con otros en el transcurso de una presentación o que se defiendan cuando es otro el que se enfrenta a ellas. Para la mujer estas refriegas verbales son tensas, irrelevantes y hasta contraproducentes para el fin que se persigue: alcanzar un consenso. Incluso cuando mandan, hombres y mujeres tienden a hacerlo de forma diferente. El

hombre simplemente declara: «Necesito tu informe para el viernes». La mujer tiende más a preguntar oblicuamente: «¿Podrá estar esto para el viernes?». Las mujeres no tienen deseo de dominar.

Bromas de oficina

La sociolingüista Deborah Tannen, de la Universidad de Georgetown, así como otros científicos sociales, ha examinado los modos en que ambos sexos utilizan las palabras en el ámbito de la oficina.³¹ Debido a que la mujer considera la conversación como una vía para cultivar la afectividad, la vinculación y el consenso, y para corroborar datos —dice Tannen—, pone

empeño en conseguir que la conversación fluya con facilidad e igualdad entre los participantes. Si otra persona plantea una cuestión o un tema, la mujer ayuda a llevar la conversación en esa dirección. Respeta el «turno» de hablar de cada uno y hace preguntas para incluir a los demás en la conversación. Busca un terreno común y se muestra solidaria para crear una buena relación. Por esto, la mujer minimiza su certeza con frases como «no estoy segura».

«No puede haber dos personas juntas media hora sin que una adquiera una manifiesta superioridad sobre la otra», escribió Samuel Johnson. Así habla un

hombre. Para los hombres, la conversación es muchas veces una vía de negociación de estatus, por lo que típicamente restan importancia a las dudas, se jactan más y hacen menos preguntas, porque las consideran peticiones de ayuda y admisiones de inferioridad de rango. Los hombres son además más propensos a dar directrices.

Todo va bien cuando los miembros de uno u otro sexo hablan entre sí, porque todos saben de qué va el asunto. El problema surge, observa Tannen, cuando hablan hombres y mujeres. Estas piden consejo más frecuentemente que los hombres, aun cuando realmente no quieren asesoramiento, porque buscan

establecer conexiones. Los hombres no solicitan orientación a menos que la necesiten. Así, cuando una mujer pide consejo a un hombre ocurre a menudo que no logra su objetivo: en lugar de sentirse incluido, el hombre puede sentirse superior.

Y los hombres no consiguen entender por qué las mujeres se disculpan tanto. En una ocasión vi al ayudante de una fotógrafo quedar perplejo ante este rasgo femenino. Su jefa, Joyce Ravid, estaba haciéndome unas fotos. Yo inclinaba la cabeza; ella disparaba la cámara. Yo cambiaba de pose; ella volvía a disparar: entre las dos habíamos creado un cierto ritmo, pero a

veces perdíamos sincronización, malgastando tiempo y película. Yo murmuraba continuamente «Lo siento»; a lo que ella respondía con otro «Lo siento». Y así seguimos, repitiéndonos como periquitos. Finalmente, su ayudante quiso saber qué era lo que tanto sentíamos.

En lo que se conoce como «disculpas rituales», las mujeres dicen «lo siento» para alisar pequeños desequilibrios en una relación.³² Los hombres «no se enteran»: ellos no se disculpan a menos que hayan cometido un verdadero error y quieran admitir su falta —y su descenso de estatus—. Por ello, cuando las mujeres expresan sus disculpas

rituales, es frecuente que a los hombres les parezcan manifestaciones de debilidad, servilismo y menor rango.

Palabras, palabras, palabras. Hasta lo que mujeres y hombres eligen para conversar en la oficina puede producir fricción. Los hombres gravitan hacia la frase humorística y burlona y la charla impersonal sobre política, trabajo o deportes. Para las mujeres, esta forma de bromear es un desaire, una manifestación de rango que perturba su necesidad de relación e igualdad. En general tampoco les gusta la conversación impersonal sobre deportes o política; consideran estos temas evasivos y distanciadores.

Así, las mujeres bromean con historias y anécdotas: revelan secretos menores sobre ellas mismas y a menudo se burlan de sí mismas.³³ Estas referencias personales y esta autoburla dejan fríos a la mayoría de los hombres. Para ellos, esta forma de bromear es inútil y patética. Consideran también las revelaciones personales como algo enteramente inapropiado para el entorno del trabajo: revelar la vida personal equivale a ser débil y vulnerable.

¿Se enseña a niñas y niños a definir el poder de manera distinta?

Nuestra forma de hablar está sin duda modelada por otros factores además del

género: es frecuente que clase, edad, capacidad económica y social y tradición cultural definan quién hace las preguntas, quién habla cortésmente, quién utiliza un lenguaje directo y quién da rodeos. Por ello, para comprobar si alguna de estas diferencias entre ambos sexos se produce también en otras sociedades, la psicóloga Marilee Monnot examinó conversaciones grabadas en vídeo entre hombres y mujeres masai, los pastores nómadas de Kenia. Registró también conversaciones entre pastores y cultivadores hamar del suroeste de Etiopía y de los pigmeos baka de las selvas tropicales del sureste de Camerún.³⁴

Las mujeres de todas estas sociedades se inclinaban más que los hombres a utilizar el lenguaje para dar énfasis a la cooperación y las relaciones. El lenguaje de los hombres reflejaba más habitualmente competencia y búsqueda de rango.

Los científicos de disciplinas diversas creen que hombres y mujeres, niños y niñas, *aprenden* a comportarse de esta manera diferenciada. Dicen ellos que los juegos infantiles, las normas de los padres, las exigencias de los profesores y los mensajes subliminales de la sociedad dirigen a las niñas a buscar cooperación y conexiones, y enseñan a los niños a formar jerarquías y competir.

Algunos de estos científicos tienen la teoría de que estas conductas de género se instilan en la primera infancia. Debido a que no se alienta a las niñas a separarse de su madre, elaboran una visión del mundo en que son primordiales las relaciones seguras. Debido a que es más frecuente que los niños rompan este estrecho lazo para cultivar amigos masculinos, juegos masculinos y formas masculinas de interacción desarrollan un sentido del yo separado y autónomo.35

La primera infancia, la niñez y la sociedad influyen indudablemente en cómo uno y otro sexo percibe y construye el mundo de su alrededor.

Pero las formas de vida de prácticamente todas las demás especies de primates corroboran la idea de que el ansia masculina de rango y el deseo femenino de crear relaciones también provienen de nuestra herencia humana.

Política de simios

En casi todas las comunidades de primates donde hay más de un macho, éstos forman lo que los primatólogos llaman una «jerarquía de dominio macho/macho».

Estas escalas de dominio varían según la especie, la cantidad de alimentos, la seguridad del entorno, el número de machos y hembras del grupo, los

miembros con parientes en lugares cercanos y hasta la época del año. Algunas jerarquías son muy rígidas, otras notablemente flexibles; unas son lineales, como los nudos de una cuerda de macramé, otras se basan en combinaciones complejas y en alianzas.³⁶ Pero el entramado social está definido en todo momento: todo macho sabe quién es quién y quién manda. Los primates machos raramente forman congregaciones igualitarias.³⁷

Entre los chimpancés, nuestros parientes más próximos, a los machos les preocupa su rango. En el zoológico de Arnhem, en Holanda, los chimpancés machos disputan entre sí por motivos de

poder al menos cinco o seis veces al día.³⁸ Es frecuente que un macho intente intimidar a otro «marcándose un farol»: se incorpora sobre las patas traseras, arquea la espalda, se balancea de un lado al otro, ulula y pasa como una flecha junto a su rival sin prestarle la menor atención. Después se tira al suelo, golpea la tierra con los puños y se pavonea triunfalmente.

Puede que alguna vez te hayas sentido humillado en una reunión de empresa o una fiesta cuando un colega o un conocido dirige la mirada por encima de tus hombros para escudriñar la habitación o pasa a tu lado sin mirarte para saludar a otra persona. Este

«menosprecio» es un gesto simiesco de desdén.³⁹

Los chimpancés macho incluso forman coaliciones para alcanzar la posición deseada dentro de la comunidad. En una brutal batalla jerárquica ocurrida en el zoológico de Arnhem, dos subordinados se unieron en contra del macho alfa en su jaula común durante la noche. Ocurrió después que se hubieran ido a acostar los últimos científicos y cuidadores. A la mañana siguiente, el macho alfa yacía agonizante en el suelo de la jaula convertido en un amasijo de sangre y huesos rotos; le habían arrancado a mordiscos varias uñas, los dedos de los pies y los testículos.

«La política es el buche de la sociedad, llena de entrañas y arenilla», dijo Thoreau en una ocasión. Las hembras primates también se organizan por rango, y pueden asimismo ser astutas trepadoras sociales, formando hábiles coaliciones oportunistas para lograr lo que buscan.⁴⁰ Pero las jerarquías femeninas son por lo general más estables; y mucho más sutiles.

La competencia femenina es «de tono menor» y «crónica», dice el primatólogo de la Universidad de Michigan Barb Smuts, mientras que las disputas masculinas tienden a ser más «episódicas» y mucho más «intensas».⁴¹ Los chimpancés hembra

se atacan o hieren con mucha menor frecuencia que los machos,⁴² y se pelean por cosas diferentes. Las hembras compiten por la comida o para proteger a sus crías, raramente disputan por cuestiones de rango.⁴³

El poder como afrodisiaco

Así pues, el imperioso anhelo de rango del hombre moderno surge sin duda de tiempos prehistóricos, cuando prevalecían las jerarquías de dominio macho/macho. Y es fácil comprender por qué los hombres consideran rango, estatus, dinero, títulos y espacio en el lugar de trabajo como formas de poder: todos estos accesorios atraen a las

mujeres.

«Nada concuerda peor que el corazón de una dama y la cartera de un mendigo», escribió el satirista inglés John Heywood en el siglo XVI. Las mujeres de sociedades tribales, ya sean zulúes, esquimales aleúdanos o pigmeos mbuti, muestran más interés en casarse con «hombres importantes», personas con una posición alta.⁴⁴ Las norteamericanas que respondieron a unas encuestas realizadas en los años treinta y en los años ochenta le daban aproximadamente el doble de importancia a las perspectivas económicas de una potencial pareja que los hombres.⁴⁵ Incluso las hembras de

ratón, de ciervo y de carnero encuentran más atractivos a los machos de rango superior.⁴⁶

«El poder es el gran afrodisíaco». Esta conocida y perspicaz frase de Kissinger da exactamente en el clavo. Probablemente, las mujeres se hayan sentido «seducidas» por los hombres de alto estatus desde que nuestros antepasados vivían en los árboles; por una razón de peso: la mujer primitiva dedicaba su vida a la cría de sus hijos. Las que se apareaban con hombres socialmente poderosos cosechaban los beneficios de la inteligencia, sensatez y carisma de su pareja, y de su capacidad para proteger y proveer.⁴⁷

Así pues, el adolescente que se une a una banda para sentirse importante, el nativo de Nueva Guinea que exhibe las codiciadas plumas en un festín y el hombre de negocios norteamericano que trabaja hasta altas horas, que realiza operaciones de riesgo y comprueba el valor neto de sus acciones de bolsa todas las mañanas, marchan todos al son de una de las más viejas melodías de la naturaleza: la danza del apareamiento. Algunos hombres llegan incluso a morir por exceso de trabajo, en sus esfuerzos por llegar más alto. En Japón esto se conoce con el nombre de *karoshi*; los hombres fallecen a causa de infartos provocados por el agotamiento que

produce el desgaste en el trabajo.

«La tragedia de la vida no es tanto lo que los hombres padecen, sino más bien lo que se pierden», dijo una vez Thomas Carlyle. Esto es bastante cierto, pero los que llegan a la cúspide de la jerarquía de dominio macho/macho disfrutan por lo general de más oportunidades para aparearse y reproducirse, transmitiendo su semilla hacia la eternidad; y generando la selección natural del apetito masculino de rango.

los orígenes de las amistades femeninas

¿Cómo y por qué desarrollaron las mujeres su tremendo anhelo de conectar

con amigos, reunirse en grupos no jerárquicos y cultivar estas redes sociales igualitarias? Los datos indican que estas proclividades femeninas provienen también de nuestro pasado ancestral.

La mayoría de los primates hembra no cultivan la amistad con otras hembras; en general, forman relaciones sólo con las que están emparentadas. Pero la costumbre de la hembra humana de crear lazos sociales estrechos y relativamente igualitarios con amigas sin relación de parentesco sí ocurre entre nuestros parientes más cercanos: el chimpancé común y el chimpancé pigmeo, también llamado bonobos.⁴⁸

Las hembras del chimpancé común cultivan la amistad de otras hembras cuando viven en cautividad. En el zoológico de Arnhem, las madres forman relaciones duraderas de amistad con las madres de otras familias.⁴⁹ Estas hembras alimentan su vínculo a diario, presentando regalos de hojas y ramitas, sentándose junto a sus compañeras para limpiarles el pelo o apoyando a sus amigas colocándose cerca de ellas durante una disputa.

Toda hembra sabe quién domina sobre quién, del mismo modo que las mujeres son conscientes de las sutiles diferencias de estatus entre los

miembros de sus grupos femeninos. Pero las diferencias de rango suelen expresarse de forma delicada. De hecho, estas redes de amistad de los chimpancés hembra tienen un aspecto muy similar a la agrupación no jerárquica de niñas y a las camarillas de mujeres.

Las chimpancés bonobos son mucho más excéntricas a la hora de hacer y conservar amigas. Estos monos viven en las selvas de la República Democrática del Congo, antiguo Zaire. Las hembras abandonan su comunidad natal en la pubertad. Cuando llegan a su nuevo destino empiezan a cultivar las relaciones con hembras de más edad.

Comienzan por mirar sostenidamente a una hembra determinada, sentándose junto a ella y aseándola cuando ésta se lo permite. Pasadas unas cuantas semanas, estas dos hembras suelen convertirse en compañeras asiduas. Esta amistad es el pasaporte de la recién llegada para ingresar en la red de hembras que cultivará y con la que contará toda su vida.⁵⁰

El hecho de que las bonobos formen redes de hembra con hembra y mantengan esta relación en estado salvaje es un hecho notable. La forma en que conservan dichos lazos es aún más llamativa: realizan «frotamientos genito-genitales», o *boka-boka*, como llama el

pueblo mongandu de esta localidad a esta forma de coito. Una hembra se recuesta, la otra la abraza frontalmente y frotan sus clítoris pendulares entre sí. Es frecuente que ambas lleguen al orgasmo. Las hembras bonobos se entregan al *boka-boka* casi todos los días para calmar a una compañera nerviosa, reconciliarse tras una rencilla, relajarse antes de comer o mitigar la tensión social en otros momentos. Este tipo de relación sexual les permite estrechar las coaliciones fraternas que utilizarán para controlar las fuentes de alimentación y conseguir una buena posición social como grupo.⁵¹

Estas amistades femeninas tienen

compensaciones genéticas.⁵² Entre los bonobos, las hembras con conexiones importantes logran alimentos y apoyos sociales que utilizan para la cría de sus pequeños.⁵³ Las hembras primates con «buenas» relaciones y estatus elevado tienden además a procrear en sucesión más rápida;⁵⁴ en pocas palabras: tienen más hijos. Entre los chimpancés, las crías de hembras de rango superior también maduran antes y pueden iniciar su propia progenie. Por todo ello, las hembras que disponen de las debidas relaciones propagan más su ADN hacia el futuro.⁵⁵

La mujer primigenia que hacía amigas y formaba un equipo de partidarias bien

dispuestas sin duda paría también más niños y gozaba de mayor protección mientras los criaba. Sus pequeños sobrevivían y transmitían la tendencia femenina a considerar el poder en términos de relaciones.

Biología del apetito femenino de relacionarse

Nadie sabe qué hay en el cerebro femenino que impulsa a la mujer a buscar y construir conexiones laterales armoniosas y a congregarse en grupos no jerárquicos o equipos igualitarios. Es ésta una cuestión que nunca se ha abordado, pero voy a aventurar la hipótesis de que esta propensión

femenina está asociada con los estrógenos, las hormonas femeninas.

En la pubertad, los ovarios empiezan a segregar grandes cantidades de estos potentes compuestos químicos y el ansia femenina de relacionarse, cooperar y sostener un sistema de apoyo se intensifica igualmente.⁵⁶ Al llegar la menopausia descienden los niveles de estrógeno, y con ello, la mujer se vuelve mucho más segura, franca e independiente (esto se examina en el capítulo 7). Más aún, los estrógenos están directamente asociados con conductas maternas en muchas especies de mamíferos, incluida la humana. Por todo ello he llegado a

sospechar que los estrógenos contribuyen a la profunda necesidad femenina de conectar con los demás, lograr armonía y consenso, y trabajar y jugar en grupos relativamente igualitarios.

testosterona: la hormona de los logros

Existe gran cantidad de evidencia de que la testosterona, la hormona predominantemente masculina, está asociada con la búsqueda masculina de rango. A juicio del sociólogo del City College de la Universidad de la Ciudad de Nueva York Steven Goldberg, la testosterona cablea el cerebro humano en la vida fetal para lo que él llama

«logros masculinos» haciendo al hombre más susceptible que la mujer de luchar por su estatus.⁵⁷

Son muchos los estudios científicos que corroboran las tesis de Goldberg. Cuando se inyectó testosterona a un pez xifo mexicano castrado, a hembras de lagartijas *anolis*, a palomas torcaces macho y hembra, y a gallinas con baja posición en la jerarquía, todos ellos subieron en la escala social.⁵⁸ Los puestos jerárquicos altos se han asociado con niveles elevados de hormonas masculinas en las agrupaciones de machos de macacos rhesus, entre las monas y las chimpancés, y entre otras varias

especies de mamíferos.59

Entre los seres humanos también se asocian generalmente los altos niveles de testosterona con el rango elevado.60

Es frecuente que abogados criminalistas agresivos, jugadores de hockey y actores tengan niveles de testosterona superiores a los ministros.61 Antes de una competición, como por ejemplo un concursó de videojuegos o una partida de ajedrez, los niveles de testosterona ascienden acusadamente en la mayoría de los hombres.62 Después de un encuentro masculino de lucha libre, tenis o ajedrez, los niveles de testosterona son

más elevados en los ganadores que en los perdedores al menos durante una hora.⁶³ Incluso es frecuente que los espectadores masculinos de un partido de fútbol experimenten una subida de testosterona cuando su equipo gana. Quizá sea por esto que a los aficionados les gusta animar con gritos y por lo que, en ocasiones, se vuelven tan agresivos cuando su equipo triunfa.

En la mujer es más compleja la relación entre testosterona y seguridad en sí misma. En un estudio realizado en 350 mujeres, las que habían recibido altos niveles de testosterona estando aún en el útero eran menos propensas a casarse, tenían menos hijos,

consideraban su vida profesional más importante que la familia, se dedicaban a ocupaciones habitualmente dominadas por el hombre y conseguían puestos más altos en su trabajo.⁶⁴ Las mujeres que trabajan en profesiones liberales, técnicas y ejecutivas suelen tener mayor nivel de testosterona que las empleadas de oficina, amas de casa y mujeres en ocupaciones de servicios.⁶⁵

Con todo, en las mujeres no suben y bajan los niveles de testosterona cuando ganan o pierden en deportes, como ocurre en los hombres.⁶⁶ Los científicos creen por ello que la conducta competitiva femenina está menos gobernada por los niveles de

testosterona.

La naturaleza no es clara: no existe una correlación simple entre hormonas, agresividad y estatus. Por ejemplo, los hombres de profesiones liberales tienden a tener menores niveles de hormonas masculinas que los trabajadores de «cuello azul» y los parados.⁶⁷ La testosterona tiene que encontrarse en un nivel específico para que exista correlación con una posición jerárquica elevada. Además, la madurez social, el tiempo que se ha vivido en la comunidad, la forma de comportarse y toda una serie de fenómenos culturales y psicológicos contribuyen a la creación de rango.

Sin embargo, los chicos jóvenes tienen al menos siete veces más testosterona que las chicas. Y como los machos de muchas otras especies, los hombres del mundo entero son mucho más propensos a competir de forma agresiva por el rango.⁶⁸

La biología del riesgo

Muchos otros compuestos químicos se han asociado con la búsqueda de títulos, categoría y prestigio.⁶⁹ El que a mí más interesante me resulta es la monaminoxidasa (MAO), una sustancia que cumple cierta función en los actos arriesgados.

Tanto a hombres como a mujeres les atrae la novedad; a ambos les gusta la variedad; ambos disfrutan con las experiencias intensas. Pero los niños y los hombres buscan las emociones fuertes más frecuentemente que las mujeres, en la carretera, en el aire, bajo el agua, en la mesa de juego y en los mercados financieros del mundo.⁷⁰ Los hombres compran también acciones y valores de más alto riesgo.⁷¹

El psicólogo Marvin Zuckerman denomina este impulso hacia intensas experiencias nuevas «búsqueda de sensaciones». Él ha comprobado que la búsqueda de emociones está asociada con bajos niveles del agente calmante

MAO, y observa que los hombres tienden a tener menores niveles de MAO que las mujeres.⁷²

Todos sabemos que a las mujeres les gusta la aventura. Durante muchos años mi hermana gemela se levantaba por la mañana y se iba a surcar los aires de Aspen, Colorado, en su globo aerostático. Pero, por término medio, los hombres parecen más predispuestos a ganar o morir. Las mujeres son el sexo precavido.

Las mujeres son rencorosas

La necesidad masculina de estatus tiene sus desventajas: exceso de trabajo, falta de sueño, menos tiempo con amigos

y familiares; esta forma de ambición se cobra un precio.

Pero las mujeres también padecen en la búsqueda de su propia versión de poder: las relaciones armoniosas. Muchas inhiben sus opiniones personales, sus intereses y hasta su vida profesional para complacer a otros y lograr armonía en su mundo social. Como dijo Elizabeth Cady Stanton de esta propensión femenina: «Lo que más retrasa y opera en contra del autodesarrollo de la mujer es su autosacrificio».

El apetito femenino de relaciones puede ser perjudicial en la empresa.

Debido a que las mujeres suelen buscar consenso y armonía con los que tienen a su alrededor encuentran dificultades mucho mayores para trabajar con personas que les desagradan o con las que no están de acuerdo. Las mujeres, más que los hombres, tienden a distanciarse de sus rivales.⁷³ Los hombres, por ejemplo, se toman una copa juntos después de una reunión conflictiva en la oficina; las mujeres huyen.

Y lo que es aún peor, las mujeres no olvidan los desprecios; son más susceptibles que los hombres,⁷⁴ y se alteran visiblemente en momentos inoportunos, como cuando alguien no

está de acuerdo o discute con ellas. Los hombres son objeto de abuso e insultos en los juegos desde que empiezan a andar; han aprendido pronto a hacer frente a los ataques verbales, a quitar importancia a sus pérdidas y volver a intentarlo. Además, los hombres están biológicamente dotados para luchar por su posición, y por ello procuran olvidar su resquemor y seguir adelante.

Las mujeres no. Ellas han crecido en grupos igualitarios donde se han esforzado en respetar los sentimientos de las demás. Forman camarillas en el trabajo, y están hechas para luchar por la cooperación y el consenso. Así, cuando un compañero busca pelea o es

ofensivo respecto al trabajo o al buen nombre de una mujer, ésta lo recuerda. Como dijo Dawn Steel, antigua presidenta de Columbia Pictures, sobre sus empleadas femeninas: «Se toman las cosas de forma muy personal; excesivamente personal».75

Cuando Deloitte & Touche, en colaboración con el Fortune Marketing Research Group, hizo una encuesta entre cientos de empresarios y empresarias sobre las destrezas que según ellos debían adquirir las mujeres para ser más competentes en los negocios, estos ejecutivos respondieron con diversas sugerencias.76 Una de ellas era: las mujeres deben separar las emociones de sus decisiones profesionales y tomarse

las cosas menos personalmente.

Y además, las niñas y las mujeres son rencorosas.⁷⁷

Guardar rencor es probablemente una práctica ancestral entre los seres humanos: los chimpancés hembra también son capaces de resentimiento. Los chimpancés macho tienden a hacer las paces entre sí a las pocas horas de haberse peleado, pero cuando una hembra se siente traicionada por otra que ha tratado a su cría con poco cuidado o ha comido una porción excesiva de la comida comunal puede abofetear o empujar a la transgresora y después ignorarla durante días o

Este rasgo femenino podría ser otro mecanismo de adaptación surgido en la historia profunda. La mujer primitiva, como las hembras de otros mamíferos, no podía permitirse el error de equivocarse más de una vez respecto al carácter de otro miembro. Un igual negligente u hostil podía perjudicar gravemente a su pequeño. Las mujeres tenían también que juzgar a sus parejas con mucho cuidado, porque se arriesgaban a nueve meses de embarazo y muchos años de crianza, por ello, nuestras antepasadas tenían que recordar pequeñas ofensas y tratar a los culpables en concordancia, haciendo con ello que

la selección operara a favor de la tendencia femenina a no olvidar sus resquemores.

«La hembra de la especie resulta más mortal que el macho», escribió Rudyard Kipling. Los hombres pueden ser criaturas venenosas, sin duda, pero en «tomarse la revancha» las mujeres se llevan la palma.

Cuando una niña o una mujer se siente desairada, muchas veces dejará de hablarte, a diferencia de los chicos y los hombres, que tienden a expresarse con enfrentamientos físicos directos.⁷⁹ Las mujeres excluyen a un compañero o una compañera de las reuniones

extraoficiales, le o la ignoran en congresos y otros encuentros profesionales y utilizan sus conexiones para presentar un frente unido en contra de él o ella.⁸⁰

Las mujeres prefieren no enfrentarse; así que difunden hábilmente falsos rumores a espaldas del otro.⁸¹ En un estudio de 350 hombres y mujeres, el psicólogo Donald Sharpsteen comprobó que las mujeres son mucho más propensas que los hombres a recurrir al cotilleo como forma de revancha.⁸² Como dijo una ejecutiva de una empresa de inversión: «Veo muchas puñaladas traperas entre las mujeres».⁸³

H. L. Mencken consideraba a las mujeres «enormemente peligrosas y por ello enormemente fascinantes». Las mujeres, como los hombres, tienen indudablemente un lado peligroso, pero gracias a millones de años criando niños inermes han desarrollado también un potente arsenal de valiosas destrezas. Son muy aptas para hacer muchas cosas simultáneamente, pensar contextualmente, utilizar su intuición, ser flexibles, planificar a largo plazo, buscar conexiones, generar consenso entre iguales y trabajar en equipos no jerárquicos.

Voy a examinar el modo en que estos atributos femeninos están empezando a

ser de gran utilidad en el mercado global emergente, pero primero tengo que abordar la pregunta de por qué las mujeres no han logrado paridad con los hombres en el mundo empresarial tradicional.

La mujer en la organización

«Prefiero no hacerlo», dice Bartleby cuando quiere que su jefe le pida que cumpla sus labores en la oficina. Este extraño personaje del cuento de Herman Melville «Bartleby, el escribiente» expresa así lo que la mayoría de los hombres piensan hoy sobre este tipo de trabajo.

En 1900, los hombres ocupaban el 75

por ciento de todos los puestos de oficina de Estados Unidos.⁸⁴ En 1990, las mujeres realizaban el 68 por ciento de todos los trabajos de procesamiento informático y de datos y el 79 por ciento de todos los servicios secretariales y administrativos.⁸⁵ Alrededor del 98 por ciento de los puestos de secretaría y más del 90 por ciento de los de gestión de personal y picado de datos, así como de contabilidad, de mecanografía y recepción, eran también mujeres.⁸⁶ Más del 80 por ciento de todos los empleados en facturación, archivos, nóminas e información eran asimismo mujeres.

Las mujeres están también

ascendiendo en la escala corporativa. En 1990, el 40 por ciento de los puestos medios de gestión de Estados Unidos estaban ocupados por mujeres.⁸⁷

Pero son pocas las que han llegado a ser ejecutivas de nivel máximo o miembros del consejo de administración de grandes empresas. En 1995, eran hombres el 95 por ciento de los directivos de nivel superior de las 1.000 empresas industriales y 500 empresas de servicios analizadas por el grupo Fortune, estuvieran estos puestos definidos por título, remuneración o responsabilidad.⁸⁸ De las cinco personas con mayores ingresos entre las 500 empresas incluidas por Fortune sólo

un 2 por ciento eran mujeres.⁸⁹

Son relativamente pocas las mujeres nombradas para consejos de administración. Un estudio realizado por Catalyst, una organización de investigación con sede en Nueva York que promueve el avance de la mujer en la población activa, indica que el 84 por ciento de las 500 empresas estudiadas por Fortune tenían al menos una mujer en su junta directiva en 1997, frente a 69 por ciento en 1993.⁹⁰ «El asiento de la mujer» es como los miembros masculinos lo denominan en ocasiones. En 1997, las mujeres ocupaban solamente un 10,6 por ciento de todos los puestos directivos de las grandes

empresas de Estados Unidos.⁹¹

No deja de ser interesante que las mujeres estén matriculándose en las carreras empresariales en proporción mucho mayor que en las Facultades de Medicina y Derecho. En la década de los setenta, sólo un 5 por ciento de todos los estudiantes de carreras empresariales de Estados Unidos eran mujeres.⁹² En 1997 un 30 por ciento de los estudiantes de Ciencias empresariales de Harvard eran mujeres, pero esta cifra no ha variado en cinco años.⁹³ Esta proporción estática de matriculación femenina se produce también en todas las grandes Facultades de Empresariales de Estados Unidos.⁹⁴

Además, actualmente, sólo el 8 por ciento de los profesores titulares de las veinte escuelas de Ciencias empresariales más importantes son mujeres. 95

Si bien es cierto que el ascenso femenino a los niveles máximos de la comunidad empresarial norteamericana ha sido mediocre, la situación es similar o peor en otros países. La mujer de hoy ordena papeles, toma notas, organiza reuniones y mantiene las oficinas en buen funcionamiento en todos los países industriales avanzados del mundo.⁹⁶ Pero no más del 5 por ciento de los máximos puestos directivos de grandes empresas están ocupados por mujeres en

ninguna sociedad industrial.⁹⁷

Por qué las mujeres no alcanzan la cima

Felice Schwartz, fundadora de Catalyst, dijo una vez «No conozco ningún presidente de empresa del país que no quisiera tener al menos una o dos mujeres muy capaces en niveles altos de su empresa».⁹⁸ ¿Por qué no hay más mujeres que llegan a la cima del mundo empresarial?

Los directores masculinos señalan que las mujeres son neófitas en este sector del mercado, de ahí que pocas de ellas se hayan movido en este medio el tiempo suficiente o hayan tenido la

experiencia necesaria para llegar a la cima. Otros dicen que las mujeres que hacen carrera en los negocios no suelen disfrutar de los beneficios de las tradicionales redes masculinas. Muchos analistas afirman que los superiores siguen aún sin querer promocionar o promover a las mujeres con la misma frecuencia que a los hombres; y por lo general ellas no son invitadas a jugar al golf o a los espectáculos deportivos, donde los hombres mezclan diversión con asuntos de negocios.⁹⁹

En resumen, los directivos siguen discriminando a las mujeres mediante los métodos de contratación, la selección del personal que va a recibir

formación para un puesto, las responsabilidades que se asignan a los empleados y las formas de remuneración y promoción.

Incluso una parcialidad mínima en el sistema de promoción de personal de una empresa puede ser importante, como descubrieron unos investigadores cuando construyeron un modelo informático de empresa ficticia. Su compañía imaginaria tenía ocho niveles de puestos de trabajo, un número igual de hombres y mujeres en el nivel inferior y una política única de ascenso del personal. Pero introdujeron en el sistema un sesgo de un 1 por ciento a favor de la promoción de hombres.¹⁰⁰

Después simularon una serie de ascensos.

No tardó mucho tiempo en ocurrir que el 65 por ciento (en lugar del 50 por ciento) de los empleados en los niveles más altos fueran hombres.

Un equilibrio delicado, trabajo y familia

Ahora bien, la discriminación es sólo una de las razones por las que las mujeres no están logrando paridad con los hombres en los puestos de mayor categoría del mundo corporativo tradicional. Yo sospecho que existe un componente biológico en esta compleja situación: del mismo modo que la

testosterona y otras hormonas masculinas contribuyen al empuje masculino para alcanzar la cima de la escala empresarial, el estrógeno muy posiblemente contribuya al anhelo de la mujer de dedicar tiempo a la crianza de sus hijos, socavando su capacidad para llegar a estos puestos de máximo nivel.

Como se verá en el capítulo 5, el estrógeno está claramente asociado con la conducta nutridora de muchas especies de mamíferos, entre ellas la humana. Y existe una extraordinaria evidencia de que la mujer es más proclive que el hombre a intentar equilibrar el trabajo con la familia. Por ejemplo, en una encuesta realizada por

el *New York Times* en 1989 entre 1.497 padres y madres trabajadores de Estados Unidos, el 83 por ciento de las madres trabajadoras dijeron estar destrozadas por el conflicto entre trabajo y vida familiar; alrededor del 72 por ciento de los padres trabajadores dijeron que sentían lo mismo, pero un número mucho más elevado de mujeres creía que su profesión suponía un sacrificio excesivo y que no merecía la pena.¹⁰¹

Un ejemplo llamativo es el célebre caso de Brenda Barnes, antigua presidenta y directora ejecutiva de la Pepsi-Cola para Norteamérica y madre de tres hijos de diez, ocho y siete años.

En 1997 esta mujer dimitió de su puesto de sueldo y categoría elevados para dedicarse a criar a sus hijos. Como ella dijera: «Cada vez que no estaba en el cumpleaños de uno de mis hijos, que no asistía a un concierto escolar o a una reunión de padres y profesores, sentía el tirón».102

Indudablemente, hay muchas, muchas mujeres ambiciosas. Hay mujeres de todo tipo que trabajan diez horas al día para evitar la pobreza y desnutrición de sus familias. Muchas aplazan el tener hijos hasta después de los treinta con el fin de dedicarse a sus responsabilidades laborales. Un gran número de ellas deja a sus hijos en guarderías para quedarse

en el trabajo hasta tarde. A menudo, las mujeres en puestos de mucha responsabilidad no tienen hijos.

Pero, por regla general, las mujeres están menos dispuestas a quedarse horas extra en la oficina, viajar continuamente, no asistir a actividades del colegio, salir con clientes por la noche o cambiar de residencia, sacrificando la vida de su familia y sus intereses personales en beneficio de su carrera profesional.¹⁰³ Muchas más mujeres dejan puestos bien remunerados si creen que su trabajo está poniendo en peligro su capacidad para criar a sus hijos. ¹⁰⁴ Como expresó una ejecutiva de Seattle: «Creo que siempre trabajaré fuera de casa, pero está claro

lo que viene primero: es pelirrojo y pesa treinta y seis libras».105

Según Catalyst, la «dedicación a las responsabilidades familiares» es uno de los principales obstáculos para el progreso de la mujer en los círculos empresariales más selectos.

Este delicado equilibrio entre trabajo y crianza de los hijos se produce en todas partes del mundo. En un estudio sobre hábitos de trabajo realizado en 1995, las Naciones Unidas constató la presencia de este rasgo femenino en 130 sociedades. En aldeas remotas de Argentina, por ejemplo, las mujeres eligen con mayor frecuencia trabajos

irregulares, como la venta ambulante, en lugar de empleos estables porque, dicen, quieren llevarse a sus hijos consigo cuando van a trabajar. 106

Desde la perspectiva estrictamente evolutiva esta propensión femenina a equilibrar trabajo y familia tiene mucho sentido: nada es más importante para el futuro de una mujer que la supervivencia de sus hijos. Los hombres tienen posibilidad de procrear toda su vida, pero las mujeres sólo pueden parir unos cuantos niños, por ello es imperativo que se dediquen a criar a estas valiosas criaturas si quieren propagar su ADN en perpetuidad. Es la ley de la naturaleza.

No obstante todas estas realidades biológicas, cada vez más mujeres alcanzarán los niveles más altos del mundo corporativo en las próximas décadas. Las mujeres tienen más estudios que en épocas anteriores y mayores expectativas profesionales. Las leyes federales y estatales sobre discriminación laboral y las decisiones judiciales que atañen a la acción afirmativa han ayudado en cierta medida. Y las empresas han empezado a tomarse en serio las necesidades de las mujeres, ofreciendo horarios laborales más flexibles y otros mecanismos que les permiten equilibrar la dedicación a trabajo y familia.

Con todo, el ascenso femenino a las más altas filas empresariales será lento y desigual. Incluso en Suecia, cuyas políticas de cuidado de los niños y horarios de trabajo flexibles figuran entre las mejores del mundo, los hombres y mujeres que sustraen tiempo de su trabajo siguen poniendo en peligro su carrera profesional. Como dijo Claes Tell, refiriéndose a su permiso de paternidad: «Los máximos directivos, en general, siguen teniendo valores tradicionales. Si haces esto no puedes llegar a la ama».107

Por tanto, yo no estoy convencida de que la mujer vaya a alcanzar jamás total paridad en los niveles superiores del

mundo corporativo tradicional. No porque la mujer carezca de preparación o inteligencia, no porque tema fracasar, no porque los hombres monopolicen estos codiciados puestos, sino porque son menos las mujeres dispuestas a trabajar jornadas prolongadas, a arriesgarse profesionalmente, a trasladarse a otras ciudades y a sacrificar las vidas de su familia y la suya propia en modos diversos con el fin de llegar a la cúspide. La mujer considera que tiene cosas más importantes que hacer.

Pero el clima empresarial está cambiando. Hay sectores de la comunidad corporativa que evolucionan

y están empezando a necesitar el espíritu flexible y cooperativo de la mujer, y ofreciendo nuevas vías hacia la cuna.

La aparición de la empresa «no jerárquica»

En anteriores épocas económicas, la mayoría de las grandes compañías estaban estructuradas en forma piramidal. 108 Cada jerarquía operaba con principios similares de gestión y procesos análogos. Todas las empresas tenían regulaciones semejantes, expectativas semejantes, sistemas semejantes de financiación y contabilidad, y parecidas prestaciones laborales. Desde la explotación agrícola

familiar hasta la megaempresa, el contrato social entre trabajador y lugar de trabajo era generalmente el mismo y se fundamentaba en mutua lealtad, empleo permanente, paternalismo y una escala de autoridad jerárquica y lineal. El «hombre de la organización» empezaba en lo más bajo y trabajaba para ascender en la escala, dando palmaditas en la espalda, hablando de deportes, arriesgándose, trabajando horas extra.

Pero los últimos años de la década de los ochenta presenciaron insólitas conmociones organizativas en la comunidad empresarial norteamericana. La creciente competencia mundial

aceleró la necesidad de reducir los costes fijos e incrementar rendimientos, induciendo a muchas empresas a recortar fuertemente sus plantillas. Además, la expansión de compañías del mundo entero, unido a la revolución de las telecomunicaciones —como el fax, el correo electrónico o las conferencias telefónicas vía satélite— han minado la capacidad de los pocos que están en la cúpula para manipular o retener valiosas información y conexiones.

Incluso los líderes de empresa masculinos no consideran ya sacrosanto el antiguo orden jerárquico. Para evitar lo que algunos llaman «Alzheimer corporativo», para viajar por las

autopistas informativas, para mantenerse en contacto con sus redes comerciales en expansión y para atraer personal capacitado, muchos de ellos empiezan a creer que tienen que reestructurar sus organizaciones y lo están haciendo sustituyendo el modelo piramidal de mando y control por estructuras laborales mucho más flexibles, descentralizadas y menos jerárquicas, así como por unidades de trabajo compuestas por equipos cuyos miembros se consideran iguales.

Las empresas están vinculando a las personas en lugar de jerarquizarlas

¿En qué consistirán estas estructuras

no tradicionales?

Una serie de expertos y de analistas de tendencia han creado diversas versiones de la empresa del futuro.¹⁰⁹ Bruce Pasternack y Albert Viscio, consultores de Booz Allen & Hamilton, defienden un tema común: la «empresa sin centro».¹¹⁰

Estos expertos en dirección de empresas entrevistaron a altos ejecutivos y examinaron la estructura, funciones e historial de cientos de compañías del mundo entero. Han llegado a la convicción de que un importante modelo emergente será la empresa global dedicada a varias líneas

de negocios pero sin una gigantesca oficina central.

Un «núcleo global» mínimo de altos ejecutivos, dicen, suministrará las estrategias al máximo nivel, formará líderes, distribuirá los trabajadores clave y en general vigilará el estado de la empresa, pero habrá unidades interdependientes con conexiones flexibles que básicamente se autodirigirán. El trabajo en equipo será esencial. Capas enteras de cuadros medios serán desmanteladas para crear organizaciones menos jerárquicas. Y los activos primordiales de la compañía serán sus conocimientos, sus trabajadores capacitados y los vínculos

entre sectores de la empresa dispares y en gran medida autónomos.

La analista de empresas Sally Helgesen ha elaborado una variación de esta corporación «plana» no piramidal.¹¹¹ La empresa que se perfila, según ella, estará centrada en torno a un punto con radios conectados a unidades satélite. Cada director estará en el centro de un círculo de empleados, con radios de comunicación directa con otros círculos de empleados: una tela de araña o gigantesca rueda de la fortuna, como lo llama Peter Drucker.

Según Helgesen, cada unidad componente será relativamente

autónoma. Las diversas personas trabajarán en equipos cooperativos, unidades que pueden cambiar cada semana, temporada o año. Los directores de estas unidades serán como jefes de equipo que definen, organizan, asignan cometidos, estimulan, dan asistencia y construyen una red de trabajadores. Esencial a este tipo de estructura es la flexibilidad, con todas sus ventajas. Los directores pueden crear conexiones con una variedad más amplia de compañeros, reunir equipos para tratar un asunto en particular y después deshacer el grupo cuando el trabajo se ha realizado.

En este esquema, el máximo ejecutivo

es aún quien dirige; pero simplemente él o ella lo hace con mayor sutileza. Al no estar ya «solos en la cima», estos altos cargos están en el centro de la acción, con capacidad para recabar datos de todos los sectores de la empresa. De hecho, todo el mundo tiene acceso a una mayor cantidad de conocimientos. Y lo que es de gran importancia para los accionistas: esta estructura empresarial dota a la compañía de capacidad para cambiar con rapidez en una época en que predominan la constante innovación tecnológica y la competencia a escala global.¹¹²

Muchas empresas han adoptado ya alguna versión de esta rueda de la

fortuna menos jerárquica y «plana». Algunas han reducido sus niveles medios de dirección; otras han creado un mayor número de equipos semiautónomos o han formado nuevas conexiones laterales entre las diversas unidades de la compañía. Entre estas empresas reorganizadas se encuentran Body Shop, Ford Motor Company, Kodak, Hewlett-Packard, Wal-Mart y una de las mayores organizaciones sin ánimo de lucro, las Girl Scouts de Estados Unidos. 113

Peter Drucker cree que habrá muchas más. En la «Economía del Conocimiento», como él llama a esta evolución económica, los trabajadores

capacitados «no se adaptan bien a los métodos de mando y control del pasado».114 En lugar de estar organizados jerárquicamente como antiguamente, observa Drucker, los trabajadores de esta economía deben estar «vinculados».

Como expresan los analistas políticos Francis Fukuyama y Abram Shulsky en un informe realizado para la Rand Institution: «Las empresas grandes y verticalmente integradas harán más planas sus jerarquías directivas o evolucionarán hacia redes de compañías menores y más ágiles».115

Compañías virtuales

La forma más extrema de empresa no jerárquica y descentralizada es la llamada compañía virtual. Esta clase de organización va desde las empresas «sin oficinas» hasta las de tipo tradicional cuyas unidades se comunican por vía informática.

En la primera clase, los empleados se reúnen semanalmente en un espacio alquilado. La mayoría de las tareas son encomendadas a trabajadores *freelance*. Los directores subcontratan trabajadores de otras empresas o contratan personas por un período breve según van surgiendo las necesidades y los empleados realizan sus operaciones

mediante Internet ¿Absurdo? No lo creo. En Estados Unidos, cada día son más los que trabajan en régimen autónomo, vinculándose a redes cuya presencia sólo es perceptible por los mensajes grabados en un contestador automático y el rollo de papel que sale del fax.

Edie Weiner y Arnold Brown, analistas de tendencia de Weiner, Edrich, Brown, una empresa de consultoría de Nueva York, llama a todas estas nuevas organizaciones *hyborgs*, abreviatura de *hybrid organizations* (organizaciones híbridas).

Cada *hyborg*, dicen ellos, será única, con su propia mezcla idiosincrática de

estructuras, medios de comunicación, relaciones entre empleados, dirección y prestaciones laborales. Cada compañía será un organismo variopinto diferente a todos los demás: empleados fijos frente a contratados; activos basados en conocimientos frente a activos tangibles; puestos rotativos de dirección; actividad en Estados Unidos, China o Haití; empresas subsidiarias; empresas conjuntas; subcontratación; alianzas estratégicas; licencias; alquileres; conexiones ultramarinas o transnacionales; activos globales; objetivos múltiples; productos múltiples; horario flexible; puestos compartidos; repartos de beneficios; permisos con o sin paga; programas de

sueldo variable.

«Es una empresa al estilo de una cafetería», dice Edie Weiner. Pero las relaciones se basarán en los resultados más que en la lealtad; en la autonomía más que en el paternalismo; y en el cambio en lugar de en la permanencia. 116 Como me dijo Weiner no hace mucho: «El modelo de la futura organización es la ausencia de modelo».

La mujer en «Hyborgia»

La hipótesis es la siguiente: todas estas tendencias hacia la descentralización, las estructuras empresariales más planas, la acción en equipo, las conexiones laterales y la

flexibilidad favorecen el estilo de operar de las mujeres. 117

Esta forma de organización flexible y no jerárquica es similar a los agrupamientos planos que las niñas pequeñas forman de manera natural en sus juegos; es similar a las camarillas que forman las mujeres en la oficina y a las que crean naturalmente las hembras de chimpancé; es similar a las partidas para la búsqueda de alimentos que formaban las mujeres prehistóricas en las llanuras del África ancestral. Y se ajusta a la manera en que la mujer entiende el poder de forma natural. Desde la perspectiva evolutiva, la mujer tendría que ser particularmente eficaz a

la hora de trabajar en estas redes empresariales no jerárquicas.

Las mujeres, además, se sentirán atraídas hacia muchas de estas organizaciones híbridas. Allí donde la norma sea la acción en equipo, donde se valoren las relaciones laterales y más igualitarias, donde sea obsoleta la jornada de ocho horas, y donde unas normas rígidas y uniformes sobre excedencias, vacaciones y jubilación hayan sido sustituidas por condiciones de trabajo más flexibles, las mujeres encontrarán la versatilidad que necesitan para criar a sus hijos.

El politólogo Harland Cleveland

previo este tipo de estructura empresarial flexible en 1972 cuando predijo que «las organizaciones que funcionen bien no serán ya pirámides jerárquicas donde la mayor parte del verdadero control se concentra en la cúpula. Serán sistemas, redes entrelazadas y extensibles donde el control es laxo, el poder difuso y los centros de decisión plurales».118

Lo que Cleveland no previó es que el clima que iba a surgir en el mundo empresarial iba a ser especialmente hospitalario para las capacidades innatas de las mujeres: un estilo interactivo de dirección, proclividad a compartir información, necesidad de

lograr consenso en el grupo, deseo de otorgarle poder a los empleados, tolerancia de la ambigüedad y tendencia a buscar soluciones con planteamientos de «ganar o ganar» para los problemas espinosos de la compañía.119

A medida que más mujeres vayan asumiendo puestos de autoridad, bien en empresas tradicionales bien en algunas de índole más nueva, inevitablemente irán operando un cambio en el mundo de la oficina.

Las mujeres ejecutivas van a intercambiar ideas con una gama más amplia de compañeros de trabajo, incrementando con ello el flujo de

información. En las reuniones que ellas presidan primarán la inclusión y la participación en el poder. Darán mayor flexibilidad a las normas y a horarios de trabajo. Algunas mujeres directivas llevarán a cabo conversaciones informales de trabajo en espacios distintos: en lugar de hacer negocios en el campo de golf quizá hagan sus operaciones durante conversaciones telefónicas después de salir de trabajar, en clubes femeninos o en reuniones sobre asuntos femeninos. Algunas reorganizarán el mobiliario de la oficina para minimizar toda muestra de jerarquía y poder. Otras pensarán en modos distintos de conseguir y distribuir beneficios laborales extra.

Pero en el mundo entero, las directoras y ejecutivas de empresa construirán sutilmente entornos de trabajo más flexibles, variados, igualitarios y cooperativos, más afines al espíritu femenino.

Muchas mujeres elegirán trabajar en régimen autónomo y combinar carrera, familia y tiempo libre en formas poco convencionales.

La mujer empresaria creadora de nuevas tendencias

Hay más mujeres que hombres que abandonan la escala corporativa.¹²⁰ Ahora bien, cuando las mujeres

profesionales dejan puestos de mucho poder pocas veces se retiran a preparar postres.

En un estudio sobre mujeres ejecutivas que habían dimitido, alrededor del 90 por ciento continuaron su carrera en algún otro lugar.¹²¹ Como dice Sheila Wellington, presidenta de Catalyst: «Invariablemente, dicen a sus jefes que se vuelven a sus casas, pero son muy pocas las que en realidad lo hacen. Las mujeres no quieren quemar sus naves. Inician su propio negocio, o buscan trabajo donde pueden conseguir un mejor equilibrio, o donde hay más oportunidades de progresar».¹²²

Muchas mujeres están creando sus

propias empresas. Las 500 compañías analizadas por Fortune daban trabajo a unos 16,3 millones de personas en 1979; actualmente emplean solamente a 12 millones.¹²³ En 1994, 16 millones de norteamericanos eran «llaneros solitarios», agentes autónomos que trabajaban para sí mismos; la mayoría eran mujeres. El número de éstas que está estableciéndose por cuenta propia es el doble que el de los hombres.¹²⁴

Las empresas de mujeres están floreciendo también. En 1996, la National Foundation for Women Business Owners informaba de que las empresas de mujeres sumaban cerca de ocho millones, casi un tercio de todas

las compañías de Estados Unidos.¹²⁵ Se calcula que para el año 2000 las mujeres serán propietarias de la mitad de todas las empresas estadounidenses. Y además, dichas empresas tienen más probabilidades de perdurar. Los negocios de propiedad femenina en Estados Unidos tienen una tasa de éxito del 80 por ciento en sus dos primeros años, cifra muy superior a la media nacional de aproximadamente un 50 por ciento.¹²⁶

Las mujeres están creando pequeños negocios propios también en muchas otras partes del mundo.¹²⁷ Actualmente, hay más de 790.000 mujeres en el Reino Unido que dirigen su propia compañía;

el 40 por ciento de las empresas nuevas de Alemania son creadas por mujeres; y una de cada cinco empresas de Singapur son de propiedad femenina.¹²⁸ Yang Yurong, de cuarenta y dos años, inició su compañía en la China rural en 1979 cuando pidió prestados 150 yuans para comprar unos cuantos patitos, un cerdo y libros sobre la cría del pato. En 1988 su granja le produjo más de 10.000 yuans de beneficios.¹²⁹

Los rápidos cambios en la tecnología van a permitir que cada vez haya más mujeres en el mundo que emprendan su propio negocio; porque el «artesano electrónico» ha llegado a la mayoría de edad.

Yo soy una de ellas. Mientras tecleo estas palabras en mi ordenador, mi correo electrónico recibe mensajes de trabajo y mi fax puede recibir cartas de negocios en cualquier momento. Mi mesa de comedor ha pasado hace mucho tiempo a ser un segundo escritorio donde se apilan artículos y correspondencia. Tengo archivadores antiguos que hacen de mesillas de noche y parte del mostrador de la cocina es ahora el sector de correos. Y mi contestador automático registra todas las llamadas entrantes. Yo solía decir que trabajaba en casa, pero se aproxima más a la verdad decir que duermo en la oficina.

Soy una de los millones de personas que, con la revolución de las telecomunicaciones, han abandonado los compartimentos de atmósfera cargada, de luces fluorescentes y control permanente del mundo profesional para trabajar en mi casa. En esta era de cambios asombrosos, la mujer creativa encontrará huecos en este panorama económico diversificado, llenará ese «espacio profesional» y se hará rica, si ése es su objetivo.

Muchas mujeres tendrán oportunidad de criar hijos mientras continúan con su carrera, en gran medida en sus hogares.

Superintendencia

«Las noticias sobre mi muerte son muy exageradas», telegrafió Mark Twain a la Associated Press en 1897. Lo mismo podría decirse de las empresas tradicionales donde los líderes ordenan, los trabajadores se amoldan, la información fluye de forma estructurada y los directivos viven para vencer o morir. Muchas siguen prosperando.

Pese a ello, Peter Drucker y muchos otros analistas de empresas creen que está emergiendo una edad de «superintendencia», porque las corporaciones están dejando de ser estructuras jerárquicas donde mandan los jefes desde la altura para convertirse

en redes conectadas lateralmente donde los directivos fomentan la acción en equipo, las relaciones igualitarias, el consenso y la flexibilidad.¹³⁰ Aunque tanto hombres como mujeres poseen sin duda todas estas características, esta manera de pensar y comportarse es más propia de la mujer.

«La mejor preparación para los negocios es la maternidad», sostiene el analista de tendencias Arnold Brown. Gracias a los milenios dedicados a criar niños inquietos, las mujeres han desarrollado muchas habilidades especiales. A medida que las mujeres van llenando las filas de los cuadros medios de dirección y alcanzando en

ocasiones los superiores llevarán por fuerza flexibilidad, imaginación, intuición, cooperación, consenso y una visión amplia, contextual y a largo plazo a todos los sectores del mundo empresarial.

Judy Rosener, profesora de la Graduate School of Management de la Universidad de California, *campus* de Irvine, cree que las compañías que utilicen a pleno rendimiento las diversas dotes de la mujer serán más innovadoras, más productivas, y más rentables. Como bien advierte: «Las organizaciones que no tengan en cuenta las ventajas competitivas que representa la mujer lo harán a su propio

Notas

1 Véase Hoyenga y Hoyenga, 1979; Tannen, 1990; Gilligan, 1982; Rosener, 1995; Helgesen, 1990; Duff, 1993; Chodorow, 1974; Gilligan, 1988; Seger, 1996; Mitchell, 1981; Tabriz y Offrir, 1977.

2 Darwin, 1936, p. 873.

3 Rosener, 1995; Helgesen, 1990; Duff, 1993.

4 Véase Pool, 1994.

5 Chodorow, 1974; Gilligan, 1982,

6 Tannen, 1990.

7 Lever, 1976, pp. 478-487; 1978, pp. 471-483; Thorne, 1993; Gilligan, 1982.

8 Lever, 1976; Tannen, 1990; 1994.

9 Lever, 1976,1978; Thome, 1993;
Tannen, 1990.

10 Kohlberg, 1981; Gilligan, 1982.

11 Orenstein, 1994.

12 *Ibid.*,p. 13.

13 McCorducky Ramsey, 1996;
Helgesen, 1990; Rosener, 1995;
Hampden-Turner, 1994; Duff, 1993;
Tannen, 1994; Seger, 1996.

14 Tannen, 1990; 1994.

15 Auletta, 1998, p. 75.

16 Duff, 1993, p. 50.

17 Rosener, 1995; Haropden-Tumer,
1994.

18 Tannen, 1994.

19 Helgesen, 1995, p. xxxiii.

20 Hampden-Turner, 1994; Helgesen,

1990; Rosener, 1995.

21 Pool, 1994; Kelly, 1991, p. 100.

22 Helgesen, 1990; Duff, 1993;
Daymonty Andrisani, 1984, pp. 408-
414; véase Brown, 1995, pp. 973-1106.

23 Paine Webber, 1997.

24 Piltch, 1992a, pp. 6-7; 1992b.

25 Kohlberg, 1981.

26 Tear, 199S, p.114.

27 Véase Hall, 1984.

28 *Ibid*

29 Tannen, 1990.

30 Hall, 1994.

31 Coates, 1986; Tannen, 1990; 1994.

32 Tannen, 1994.

33 *bid*.

34 Monnet, 1995, pp. 1-43.

35 Chodorow, 1974; Gilligan, 1982.

36 Véase Fedigan, 1983, pp. 91-129; SüVerberg y Gray, 1992; Smuts, 1986; Waal, 1982.

37 Nishida y Hiraiwa-Hasegawa, 1986.

38 Waal, 1982.

39 *Ibid.*

40 Baker y Smuts, 1994, pp. 227-242.

41 Smuts, 1986, p. 402.

42 Waal, 1982.

43 *Ibid.*

44 Symons, 1979; Betzig, 1988; Ellis, 1992; Buss, 1994.

45 Buss, 1994.

46 Fedigan, 1983, pp. 91-129; McMüllan, 1989, pp. 83-89.

47 Buss, 1994; Betzig, 1988.

48 Parish, 1994; pp. 157-179; Smuts,

1997.

49 Waal, 1982.

50 Wrangham y Peterson, 1996.

51 Parish, 1994.

52 Véase Smuts, 1986; Fedigan, 1982;
Low, 1989, pp. 311-318.

53 Parish, 1994.

54 Smuts, 1997.

55 Pusey, WiDiams y Goodall, 1997,
pp. 828-830.

56 Brown y Gilligan, 1992; véase
Sommer, 1994, p. 139.

57 Goldberg, 1993.

58 Beach, 1948.

59 Rose, Holaday y Bernstein, 1971,
pp. 366-368; Rose *a al.*, 1974—,
Sapolsky, 1983, pp. 365-376; Velle,
1982, pp. 295-315; Joslyn, 1973; Cochran

y Perachio, 1977; Birch y Clark, 1946.

60 Mazur y Lamb, 1980, pp. 236-246;
Mazur, Susmun y Edelbrock, 1997;
Booth, Shelley, Mazur Tharp y Kottok,
1989.

61 Véase Blum, 1997, p. 176;
Goleman, 1990, pp. Cl, 3.

62 Mazur, Susman y Edelbrock, 1997;
Mazur, Booth y Dabbs, 1992, pp. 70-77;
Booth *etal.*, 1989, pp. 556-571.

63 *Ibid.*

64 Udry, Kovenock y Morris, 1992;
véase Edwards y Booth, 1994.

65 Purifoy y Koopmans, 1980, pp.
179-188— Bancroft et al., 1983, pp.
509-516.

66 Mazur, Susman y Edelbrock, 1997,
pp. 317-326.

67 Dabbs, 1992, pp. 813-824.

68 Udry, Talbert y Morris, 1986, pp. 217-227; Halpern, 1992.

69 Varios otros elementos químicos se asocian a la búsqueda de categoría. Entre ellos: la vasopresina (De Vries *etal.*, 1985, pp. 236-254), los precursores de los escógenos y andrógenos (Yalcdnkaya *et al.*, 1993, pp. 1929-1931) y la serotonina (McGuire, Raleigh y Brammer, 1982, pp. 643-661; Raleigh *etal.*, 1991, pp. 181-190; Raleigh y Brammer, 1993, p. 592; Frank, 1985; Madsen, 1994).

70 Kurtz y Zuckerman, 1978, pp. 529-530; Ginsberg y Miller, 1982, pp. 426-428.

71 Randall, 1996; Paine Webber,

1997, p. 12; Simón, 1998, p. A14.

72 Zuckerman, 1994.

73 Waal, 1989a, pp. 3-39.

74 Duff, 1993; Seger, 1996; Worton, 1996.

75 Seger, 1996, p. 269.

76 Worton, 1996.

77 Lagerspetz, Bjorkvist y Peltonen, 1988, pp. 403-414.

78 Waal, 1989.

79 Wilson, 1993, pp. 3-26.

80 Duff, 1993.

81 Bjorkvist, Lagerspetz y Kaukiainen, 1992, pp. 117-127.

82 Duff, 1993.

83 Worton, 1996, p. 22.

84 Bergmann, 1986.

85 U. S. Department of Labor, Bureau

of Labor Statistics, 1996; Statistical Abstract of the United States, 1996; *The Economist*, 1996.

86 *Ibid.*

87 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

88 McCorduck y Ramsey, 1996; Dobrzynski 1996a, pp. DI y ss.; Browne, 1995, pp. 973-1106.

89 Wellington, 1996.

90 Wellington, 1997.

91 *Ibid.*

92 *Harper's*, 1997, pp. 47-58.

93 Hayes, 1997, p.128.

94 *Ibid.*

95 Rosener, 1995.

96 Naciones Unidas, 1995c.

97 *Yearbook of Labor Statistics*,

1994, Davidson y Cooper, 1993; *The Economist* 1998a, pp. 3-15.

98 Browne, 1995, p. 1079.

99 Townsend, 1996, pp. 28-37; *Harper's*, 1997, pp. 47-58.

100 Vahan, 1998, pp. 18-23.

101 Cowan, 1989, p. Alyss.

102 *The New York Times*, 1997.

103 Helgesen, 1995; Eccles, 1987; Browne, 1995; Townsend, 1996, pp. 28-37.

104 Bergmann, 1986; Helgesen, 1995, Browne, 1995.

105 Lawlor, 1997, p. BU11.

106 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

107 *The Economist*, 1998a, p. 12.

108 Helgesen, 1990; Pasternacky

Viscio, 1998; Drucker, 1992;
HeyyMoore, 1998.

109 Drucker, 1988, pp.45 y ss.;Milk,
1991; Katzenbach y Smith, 1993;
Naisbitt y Aburdene, 1986; Pasternack y
Viscio, 1998, Fukuyama y Shulsky,
1997; Weiner y Brown, 1997; Stewart,
1997; Hey y Moore, 1998.

110 Pasternack y Viscio, 1998.

111 Helgesen, 1990.

112 Helgesen, 1990; Stewart, 1997;
Drucker, 1993,1997.

113 Helgesen, 1990; Fukuyama y
Shulsky, 1997.

114 Drucker, 1992, p. 329.

115 Fukuyama y Shulsky, 1997, p. x.

116 Weiner y Brown, 1997, p, 93.

117 Helgesen, 1990; Rosener, 1995;

Hey y Moore, 1998.

118 Rosener, 1995, p. 4.

119 *Ibid.*; Rosener, 1990, pp. 119-125.*

120 Townsend, 1996, pp. 28-37.

121 *Ibid*

122 Lawlor, 1997,p.BU11.

123 Weiner y Brown, 1997.

124 Ho, 1997, p. B2; *The Economist*, 1998a, pp. 3-15.

125 National Foundation for Women Business Owners, 1996; Weiner y Brown, 1997.

126 National Foundation for Women Business Owners, 1996; Seger, 1996.

127 Davidson y Cooper, 1993.

128 Wükinson, 1996, p. 32.

129 Naciones Unidas, 1995b.

130 Drucker, 1997, pp. 20 y ss.,
Stewart, 1997; Weiner y Brown, 1997;
Hampden-Turner, 1994; McCorduck y
Ramsey, 1996; Pastemack y Vistió,
1998; Hey y Moore, 1998.

131 Rosener, 1995, p. 20

Palabras de mujer

Educadoras en la era de la información

«La diferencia entre la palabra justa y la palabra

casi justa es la misma que hay entre el relámpago

y la luciérnaga».

MarkTwain

«Te lo ruego, di el fragmento como te lo he recitado, con soltura de lengua». Así se dirigió Hamlet a los actores, animándoles a que hablaran de forma fluída, con propiedad y con elocuencia. Las mujeres pueden ser inteligentes, de mentalidad abierta, intuitivas y muchas cosas más. Pero de todos los dones femeninos, el más extraordinario, creo yo, es su talento para eso que

Shakespeare tanto valoraba: la facilidad para el lenguaje.

En una época en que la televisión podría llegar pronto a ofrecer quinientos canales, y en que cada vez hay más personas en el mundo que necesitan estudios para ganarse la vida, la habilidad para comunicarse con palabras escritas o habladas se está convirtiendo en algo esencial tanto en el lugar de trabajo —en el que se incluye, claro está, la televisión, la radio y el periodismo— al igual que en el universo en expansión de la educación.

En este capítulo sostengo que la mujer llegará a dominar muchos sectores en el

campo de las comunicaciones y de la educación. Con su perspectiva contextual, su flexibilidad mental, su imaginación y sus magníficas facultades lingüísticas enriquecerá también las ondas sonoras, los medios de comunicación impresos y las aulas, con mayor diversidad y amplitud temática, análisis más complejos de cuestiones e ideas y planteamientos más detallados y sensibles sobre minorías, extranjeros, mujeres y relaciones humanas.

Nacidas para hablar

A la hora de hablar, las mujeres tienen ventaja. En Estados Unidos, es frecuente que las niñas pequeñas parloteen más

que los niños; y que empiecen a hablar antes.¹ Al crecer, las niñas utilizan frases más largas, así como construcciones gramaticales más complejas, como la voz pasiva.² Su habla es más fluido, cometen menos lapsus, omisiones y repeticiones, y dejan menos oraciones incompletas. El tartamudeo es tres o cuatro veces menos frecuente en las niñas, y más de tres veces menos frecuente la dislexia.³ Una cantidad muy inferior de niñas precisan de enseñanza compensatoria en lectura.

A las niñas les gustan las palabras, los juegos de palabras, los acertijos, los trabalenguas, les gusta inventar historias y hablar con personas mayores. Hacia

los doce años destacan en gramática, puntuación y ortografía, y en la comprensión y retención de lo que leen.⁴ Se ha debatido mucho en torno a los hombres, las mujeres y los exámenes de aptitud académica (Scholastic Aptitude Test, SAT) —un tipo de prueba que según muchas personas ha sido modificado para minimizar las diferencias de género—. ⁵ Pero en otras pruebas de aptitud que registran la habilidad lingüística con mayor precisión que los de tipo SAT, las niñas suelen superar a los niños.⁶

Y éstos no les alcanzan nunca. Niñas y mujeres sobresalen en lo que los psicólogos llaman dominio verbal, es

decir, encontrar rápidamente la palabra, frase u oración justa.⁷ Por término medio, las mujeres maduras pueden enumerar casi dos veces más sinónimos de palabras comunes como *agudo o salvaje*, repiten los trabalenguas con mayor precisión y son capaces de soltar una retahíla mayor de palabras que empiezan con una determinada letra. Aunque hombres y mujeres poseen vocabularios de igual tamaño, los hombres tienen menor capacidad para buscar con rapidez en su memoria y encontrar las palabras apropiadas.⁸

Cuando los psicólogos revisaron seis estudios voluminosos realizados entre 1960 y 1992 sobre diferencias entre uno y otro sexo hallaron que las mujeres

habían destacado en diversas habilidades lingüísticas en cada una de las tres décadas.⁹ En estos análisis participaron unos 150.000 norteamericanos con edades comprendidas entre los doce y los veintidós años y, por término medio, las diferencias entre hombres y mujeres eran leves. Pero muchas más niñas y mujeres se situaron en la banda superior del 5 al 10 por ciento en comprensión de lectura, escritura, velocidad de percepción y memoria asociativa.

Las norteamericanas comparten este don para la expresión verbal con las mujeres de otras culturas. En Japón, por ejemplo, las niñas dan con la palabra,

frase u oración apropiada antes que los niños.¹⁰ Las mujeres destacan también en los tests de tipo verbal en sociedades tan profundamente dispares como Inglaterra, la República Checa, Japón y Nepal.¹¹

En 1996, la International Gallup Organization realizó una encuesta entre hombres y mujeres de veintidós países de Asia, Europa, Norteamérica y Suramérica en la que preguntaba cuál de los dos sexos era a su juicio más hablador. En Canadá, Chile, Estonia, Francia, India, Honduras, Tailandia, Estados Unidos y otros once países, que representaban 3.050 millones de personas o un 53,3 de la población

mundial, la gran mayoría de hombres y mujeres creía que las mujeres eran más locuaces. Sólo los mexicanos y los islandeses consideraban a mujeres y hombres igualmente habladores.¹² «El placer de hablar es pasión inagotable de la mujer», escribió el dramaturgo francés Alain-René Lesage a comienzos del siglo XVIII, y con él coinciden personas del mundo entero.

Ahora bien, y como siempre, en buena medida todo depende de las circunstancias. Los hombres hablan más cuando están en grupos formales, particularmente en grupos mixtos de hombres y mujeres. Probablemente, lo hayan advertido durante el período de

debate posterior a una conferencia: invariablemente, los hombres hacen más preguntas y más largas. Los psicólogos creen que los hombres emplean mayor número de palabras en entornos públicos, como congresos y reuniones de trabajo, para afirmar, demostrar o reforzar su rango.¹³ Las mujeres, por otra parte, hablan más en casa y cuando están con otras mujeres, sin duda para fortalecer las conexiones con familiares y amigos.

Es imposible saber cuál de los dos sexos tiene una conversación más interesante o escribe cartas e informes más convincentes. Hablando de jardinería o pesca, de filosofía o

historia, ambos sexos pueden ser fascinantes, o pesadísimos. Los hombres charlan más sobre negocios, deportes o política mientras que las mujeres conversan más sobre temas personales.¹⁴

Pero dejando a un lado la sustancia, prueba tras prueba y cultura tras cultura, las mujeres destacan en su forma de construir oraciones, elegir palabras y pronunciar los pequeños sonidos de la lengua hablada. Las mujeres, por término medio, expresan mejor lo que quieren decir.

El cerebro femenino del habla

«Antes se queda el rui señor sin

canción que la mujer sin conversación», dice un refrán español. ¿Cómo invoca la mujer su magia verbal?

Con un cerebro que es singularmente femenino. Cuando la neurocientífica Sandra Witelson, de la Universidad McMaster de Canadá, junto con sus compañeros, examinó el tejido cerebral de cinco mujeres muertas y cinco hombres muertos descubrió que los cerebros femeninos tenían un 11 por ciento más de neuronas (células nerviosas) en zonas específicas especializadas en percibir y diferenciar sonidos asociados con el lenguaje. 15

Distinguir unos sonidos de otros es, en

efecto, esencial para las comunicaciones de tipo complejo. Si decimos «buenos días» con un gruñido, el mensaje es claramente distinto que si emitimos un cantarín «¡hola!». Captamos el mensaje verbal de los demás escuchando la cadencia, el ritmo, la inflexión, el tono, la música de sus palabras. De hecho, las mujeres utilizan este equipamiento mental desde la infancia. Las niñas pequeñas escuchan la música con más concentración y también prestan mayor atención a las voces de los demás.¹⁶

A la hora de descifrar el tono de voz de una persona parece posible que la mujer tenga alguna ventaja biológica, pero Witelson sólo reunió datos sobre

nueve sujetos y, además, es sabido que contar las neuronas cerebrales es enormemente difícil y con frecuencia inexacto. Es evidente que hacen falta más datos antes de poder definir claramente la fisiología cerebral que subyace a la facilidad lingüística de la mujer.

Los datos van acumulándose: en 1995, los neurocientíficos Bennett y Sally Shaywitz, de la Universidad de Yale, junto con sus compañeros de trabajo, pusieron a diecinueve hombres y diecinueve mujeres en una máquina de imaginería por resonancia magnética (Magnetic Resonance Imaging, MRI). Cuando cada uno de los participantes

estuvo cómodamente instalado dentro de este escáner cerebral, los investigadores utilizaron un sistema de espejos y una pantalla de ordenador para mostrarles palabras absurdas intermitentemente. 17

Lete, jete, loke, jote: los sujetos tenían que decidir si éstas y otras palabras aleatorias rimaban. Mientras los hombres verbalizaban mentalmente estos sonidos entraban en acción ciertas áreas del lado izquierdo del cerebro. Entre la mayoría de las participantes femeninas, sin embargo, se activaron también las zonas correspondientes del hemisferio derecho. Para estas mujeres, los centros para el lenguaje rimado se extendían a ambos lados del cerebro.

Mayores áreas cerebrales para mejores dotes lingüísticas

Las mujeres utilizan ambos lados de la corteza cerebral para hablar porque pueden hacerlo. Como se vio en el capítulo 1, los neurocientíficos piensan hoy que el *corpus callosum*, el tejido que conecta ambos hemisferios cerebrales, se abulta en la mujer en una o más secciones de la parte trasera mientras que es más regularmente cilíndrica en el hombre. 18

Para saber si esta arquitectura cerebral permite también a la mujer ser más eficiente en el uso de las palabras, Melissa Hines, de la Universidad de

California, y sus colegas pusieron a veintiocho mujeres en un escáner cerebral MRI e hicieron fotografías del *corpus callosum*.¹⁹ Hines sometió además a estas mujeres a diversos tests de habilidad verbal, que incluían tareas en las que les pedían encontrar sinónimos de determinados vocablos y enumerar palabras que empezaran con la letra S. Resultó, en efecto, que cuanto más grande, mejor: las mujeres con mayores abultamientos posteriores del *corpus callosum* destacaron en estas pruebas verbales.

Otro extra femenino es que sus centros de lenguaje están situados en un lugar «más seguro». En la mujer, los centros

primarios del lenguaje se encuentran hacia la parte frontal del hemisferio izquierdo del cerebro, mientras que en los hombres, los centros primarios del lenguaje están más dispersos, dado que algunos están situados hacia la parte trasera del hemisferio izquierdo.²⁰ Debido a que se producen más infartos cerebrales con efectos paralizantes en las zonas posteriores del hemisferio izquierdo de ambos sexos, los hombres sufren más lesiones de los centros de lenguaje que las mujeres. ²¹

Ahora bien, de toda la dotación biológica de la mujer para la conversación lo más extraordinario es una hormona femenina: el estrógeno.

Estrógeno: el filón madre del lenguaje

Oliver Wendell Holmes dijo que la lengua de la mujer era su «órgano más potente». De haber sabido lo que hoy sabemos, lo que habría cantado habría sido el poder del estrógeno. Para comprender cómo una hormona muda de nuestro cuerpo, el estrógeno, puede contribuir a disparar la respuesta rápida de una mujer en la mesa o en una reunión de trabajo hay que saber, no obstante, algo más sobre la estructura cerebral.

El cerebro humano es un conjunto de unos 10.000 millones de células nerviosas, o neuronas. Cada una de estas células tiene al menos un brazo largo, o

axón, y una multitud de pequeños tentáculos peludos, las dendritas. Las células envían impulsos a otras células nerviosas mediante sus axones, que se ramifican para contactar con varias neuronas vecinas. Cada célula recibe miles de impulsos a través de sus múltiples dendritas. 22 Dichos impulsos atraviesan un vacío infinitesimal entre una y otra célula nerviosa, la sinapsis. Las diversas partes del cerebro están formadas por aproximadamente un trillón de estas conexiones sinápticas entre células nerviosas. 23

No todas las neuronas se comunican con todas las demás neuronas, claro está, sino que cada una lo hace con unas

cuantas; éstas a su vez se comunican con otras, y así sucesivamente. De esta forma, las células nerviosas interconectadas comunican las regiones cerebrales entre sí y con otras partes del cuerpo formando circuitos específicos conocidos como sistemas o módulos.²⁴

Y es aquí donde entra en juego el estrógeno, porque éste crea más proyecciones dendríticas o ramificaciones en cada célula nerviosa, incrementando con ello el número de eslabones de conexión entre ellas.²⁵ De ahí que el estrógeno facilite la transmisión de información entre neuronas.

El estrógeno, además, es eficaz. La capacidad femenina para pronunciar palabras aumenta durante el ciclo menstrual del mes cuando los niveles de estrógeno alcanzan su máximo.²⁶ Cuando aumentan estos niveles se intensifican también la memoria verbal de la mujer y su capacidad para encontrar la palabra correcta con rapidez.²⁷ Cuando las mujeres posmenopáusicas se someten a tratamientos hormonales para que aumenten sus niveles de estrógeno mejoran también sus resultados en tests de diversas habilidades verbales, entre ellas la memoria y la articulación verbales.²⁸

Esta vinculación entre estrógeno y facilidad lingüística es particularmente perceptible en las niñas con niveles muy bajos de estrógenos debido a una afección genética conocida como síndrome de Turner. Estas niñas tienen dificultad para recordar información verbal y hablar con rapidez y corrección. 29

«¿Te hace inteligente el estrógeno?», ésta era la pregunta que planteaba en su portada la revista *New York* en 1997. *Inteligente* significa cosas distintas para cada persona, pero el estrógeno multiplica en efecto las vías lingüísticas del cerebro, mejorando una serie de habilidades verbales. Y es frecuente

que, no siempre justificadamente, se equipare hablar bien con ser inteligente.

¿Existen genes para el habla?

Es posible también que haya genes específicos que permiten a algunas mujeres hablar con mayor efectividad que los hombres, como indica un interesante estudio.

Como se decía en el capítulo 1, el neurólogo David Skuse, del Institute of Child Health de Londres, y sus colegas han descubierto un gen o grupo de genes en el cromosoma X que influye en varias características femeninas, entre ellas las destrezas verbales, la capacidad para leer y los trastornos del habla. No

obstante, debido a determinadas pautas de herencia e interacciones corporales complejas, este gen o genes está silenciado en todos los hombres pero es activo en alrededor de un cincuenta por ciento de las mujeres. Ello explica, dice Skuse, por qué «los varones son considerablemente más vulnerables a toda una variedad de trastornos del desarrollo relacionados con el habla, minusvalías del lenguaje y retrasos en lectura».30

Hablar es uno de los logros supremos de la humanidad. Incluso Darwin, para quien el género humano era simplemente otra especie animal, dijo: «Los animales inferiores difieren del hombre

exclusivamente por la capacidad casi infinitamente mayor de éste para asociar los sonidos e ideas más diversos». En esta característica distintiva de la humanidad que es la comunicación verbal, por lo general destacan las mujeres.

¿Por qué está tan bien formada para el lenguaje la hembra de nuestra especie? Creo que esta facultad femenina se desarrolló para permitir a la mujer primigenia criar y educar a su prole: la ocupación más importante de la mujer.

El niño y la lengua

Los bebés no saben gramática, ni las palabras tienen para ellos significado

alguno. Por eso comienzan a aprender la lengua escuchando la prosodia del habla, sus ritmos y su entonación. Empiezan en el útero, escuchando la cadencia, melodía y tono de las palabras de su madre.³¹

Debido a que los pequeños son más sensibles a los tonos altos, las madres los emplean espontáneamente elevando la voz. ³² Las madres hablan también despacio y con suavidad y utilizan una gama tonal amplia y cantarina, cuya finalidad es llamar la atención: esta exageración ayuda al bebé a diferenciar la voz de su madre de entre el resto de los sonidos circundantes, y las madres lo saben de manera inconsciente. En

Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, Letonia y Japón, así como entre los comanches, los cingaleses de Sri Lanka y los que hablan la lengua xhosa en Suráfrica, las madres utilizan los mismos trucos verbales. 33

En ámbitos culturales muy variados, las madres emplean también palabras cortas, un repertorio vocal reducido y largas pausas entre frases melifluas pronunciadas en un tono chillón. Las madres son verbalmente repetitivas, 34 y alertan a la criatura con recursos lingüísticos como pronunciar su nombre, exclamar «¡Mira!» o preguntar «¿Qué es eso?» 35

Los padres utilizan algunas de las mismas técnicas verbales, es por ello que la psicóloga de la Universidad de Stanford Anne Fernald sostiene que esta composición de pautas vocales típicas es universal entre los progenitores humanos y ha evolucionado a partir de las señales musicales de los primates inferiores.³⁶

Ahora bien, los padres dedican menos tiempo al cuidado de los pequeños: según un estudio realizado en 186 sociedades distintas por el Consejo para la Población, los padres tienen «relaciones afectivas regulares» con sus hijos pequeños en menos del 2 por ciento de los casos.³⁷ Aun cuando los

padres sí tienen una estrecha relación afectiva con sus pequeños, es mucho menor el tiempo que pasan abrazando y hablando a sus hijos. Entre los pigmeos aka de África central, por ejemplo, los padres sostienen a sus hijos en brazos aproximadamente 57 minutos cada veinticuatro horas, mientras que las madres abrazan a sus criaturas unos 490 minutos.³⁸

Las mujeres de todas partes del mundo pasan mucho más tiempo dedicadas al cuidado directo de sus niños, sosteniéndolos en sus brazos cara a cara, hora tras hora, convenciendo, tranquilizando, reprendiendo y educando a sus criaturas con palabras. En esta

interacción, las madres utilizan más el lenguaje que los padres;³⁹ discernen los estados de ánimo de sus hijos y prevén sus necesidades escuchando la cadencia y melodía de los sonidos que emiten los niños.

A lo largo de siglos de historia profunda, las madres que hablaban y escuchaban a sus bebés probablemente criaran vastagos más saludables y mejor adaptados. Estos pequeños llegaban a la edad adulta y procreaban a su vez, y así el proceso inexorable de la selección natural fue formando gradualmente en el cerebro femenino todo el equipamiento biológico que dota a la mujer de ventaja lingüística.

Tú Tarzán, yo Jane

Nunca sabremos en qué momento de la evolución humana empezó la mujer a superar al hombre en habilidad verbal, pero tiene que haber sido hace mucho tiempo.

Las voces femeninas son más modulables, más musicales y más expresivas que las de los hombres, 40 rasgos que comparten con otras hembras de primates. Las hembras de simio y mono emiten una variedad mayor de gemidos, arrullos, gritos y otras llamadas «sociales» de registro medio, mientras que los machos tienen un repertorio más restringido de gruñidos y

rugidos, sonidos estridentes y agresivos.⁴¹ Así pues, la mujer ancestral probablemente adquirió los circuitos cerebrales necesarios para una gama tonal algo más compleja incluso antes de que nuestros antepasados descendieran de los árboles de África oriental hace unos cuatro millones de años.

Cuando nuestros antecesores empezaron a caminar por las llanuras herbáceas que iban ocupando todo el paisaje africano, ambos sexos tuvieron necesidad de comunicarse con mayor nivel de complejidad.

Con nuevas combinaciones de sonidos

podían coordinar su avance, con construcciones gramaticales más complejas podían describir lo ocurrido el día anterior y hacer planes para el siguiente. Con los rudimentos del lenguaje humano podían formular argumentos, hacer ofertas, convenir tratos, seguir a un jefe, engañar al enemigo, enseñar destrezas, difundir noticias, establecer normas, contener las lágrimas, definir el parentesco, seducir amantes, aplacar a los dioses y contar historias hasta entrada la noche. Los psicólogos Steven Pinker, del Massachusetts Institute of Technology, y Paul Bloom, de la Universidad de Arizona, ven así a nuestros antepasados remotos: «No les era más posible que a nosotros

vivir con un nivel gramatical de estilo "yo Tarzán, tú Jane».42 Nadie sabe con exactitud cuándo empezó a desarrollarse el lenguaje humano, pero los cráneos fósiles indican que hace aproximadamente dos millones de años había empezado a formarse al menos un centro elemental de lenguaje, hoy llamado área de Broca, en el cerebro humano.43 Junto a esta reorganización cerebral tuvieron que surgir algunos de los intrincados circuitos necesarios para el lenguaje. Con el tiempo fue formándose el resto de la compleja arquitectura cerebral y del tracto vocal.

Se había iniciado la carrera armamentística del lenguaje. Los

individuos que poseían esta arma poderosa, el lenguaje, podían superar a sus enemigos y construir relaciones más firmes con sus amigos; vivieron y se multiplicaron y transmitieron este magnífico distintivo de la humanidad: el habla. Pero a lo largo de esta trayectoria humana, las madres fueron designadas como educadoras de los más pequeños y la naturaleza dotó al cerebro femenino de habilidades verbales superiores.

«Una sola palabra delata a menudo un gran designio», declaró el dramaturgo francés Racine. Las palabras siguen siendo la herramienta esencial de la humanidad para explicar fenómenos complejos de forma comprensible.

Según avanza la era de la información, parece probable que las mujeres posean una ventaja innata en cualquier profesión que dependa de las palabras, particularmente en las industrias de comunicación y en todos los campos de la educación.

La mujer mediática

«¡Qué intolerables son las mujeres! ¡Cómo nos camelan!», escribió Aristófanes en el año 411 a.C. La mujer sigue teniendo capacidad para atraer atención y argumentar de forma convincente con palabras. Por ello no sorprende que las mujeres hayan entrado rápidamente en la radio y la televisión.

Actualmente son mujeres más de la mitad de los reporteros de la Radio Pública Nacional de Estados Unidos, y muchos directores y productores de radio son también mujeres.⁴⁴ No obstante la popularidad de la televisión, la radio sigue ejerciendo una fuerte influencia. Alrededor del 91 por ciento de los hogares norteamericanos tienen acceso a la red radiofónica nacional y unos doce millones de personas la escuchan todas las semanas.⁴⁵ De hecho, la Radio Pública Nacional está expandiéndose: en 1990 estaba formada por unas 395 emisoras, número que ha aumentado hasta 540 en 1996.

Escuchar las emisiones de radio (de todo tipo de emisoras) es afín a nuestra vida moderna. Como escribe John Robinson, director del Americans Use of Time Project de la Universidad de Maryland, «una de las tendencias dominantes en el uso de medios de comunicación de los últimos treinta años es una mayor propensión a ver o escuchar algún programa mientras se hace otra cosa».46 El llama a esta forma de escuchar «actividad secundaria».

Hoy día los norteamericanos encienden la radio unos noventa minutos al día, frente a los cincuenta y cuatro de 1965, lo cual representa más de diez horas a la semana. El 90 por ciento del

tiempo durante el cual se escucha la radio se emplea también para trabajar, conducir el coche, guisar, hacer bricolaje en el garaje, tomar el sol, salir de excursión o alguna otra ocupación. Más aún, después de la música *country*, que está en primer puesto, los norteamericanos escuchan ante todo noticias y programas de tertulia.⁴⁷ Muchos de estos programas están hoy escritos, producidos o presentados por mujeres.

La influencia femenina en las ondas radiofónicas está aumentando también en otros países. Según estadísticas de las Naciones Unidas, entre 1970 y 1991 los países en vías de desarrollo duplicaron

su participación en las radios del mundo,48 y más del 25 por ciento de los puestos en las emisoras de África, América Latina, Europa y Asia están actualmente ocupados por mujeres.

Las mujeres en la televisión

Las mujeres han invadido también el terreno de la televisión. Los hombres ocupan altos puestos ejecutivos en las grandes cadenas norteamericanas,49 y predominan en sus juntas directivas. Pero las mujeres están inundando los cuadros medios de gestión.50

En 1994, entre el 35 y el 50 por ciento de estos puestos en la mayoría de los estudios cinematográficos y las cadenas

de televisión estaban ocupados por mujeres.⁵¹

Hacia finales de la década de los años ochenta, alrededor del 25 por ciento de los escritores y locutores de televisión de Estados Unidos eran mujeres, y en casi el 50 por ciento de las series televisivas de la franja de mayor audiencia había al menos una productora.⁵² Ken Auletta, comentarista de medios de comunicación en la revista *The New Yorker*, afirma: «En la industria de la televisión, las mujeres tienen puestos decisivos en la sección de entretenimiento de seis cadenas de emisoras».⁵³

Las mujeres están también entrando en las industrias de comunicación en muchos otros lugares del mundo. En unos cuarenta países encuestados por las Naciones Unidas en 1995, más del 50 por ciento de los estudiantes en campos de la comunicación eran mujeres. 54 Aproximadamente el 45 por ciento de los locutores de televisión de Europa occidental y América Latina eran mujeres, y también entre el 35 y el 40 por ciento de todos los productores de televisión de Alemania, Nueva Zelanda, Australia, Suecia, Malasia, África y Latinoamérica.⁵⁵ Alrededor del 30 por ciento de los productores de televisión de India eran mujeres. 56 Incluso en Japón, donde las mujeres ocupan menos

del diez por ciento de los puestos directivos y profesionales, un 19 por ciento de los locutores de televisión eran mujeres. 57

Las perspectivas de la mujer en los medios de comunicación son excelentes. Todavía no han alcanzado los niveles más altos de gestión empresarial, sin duda por los motivos analizados en el capítulo 2, pero las mujeres están participando activamente en las reuniones donde los productores deciden lo que se va a emitir. Sally Steenland, antigua directora adjunta de la Comisión Nacional para la Mujer Trabajadora, concluía que en la radio y la televisión, las mujeres están

«preparadas para el poder».58

El poder del productor en los medios de comunicación

Los productores de televisión tienen una influencia extraordinaria: ellos deciden el enfoque de cada segmento y eligen las personas a las que va a entrevistar el equipo; combinan imágenes visuales específicas con determinados argumentos verbales y deciden cómo va a concluir cada segmento; y sus ideas e imágenes se introducen en nuestras casas y exigen nuestra atención.

Más del 89 por ciento de los norteamericanos ven la televisión, por

término medio, algo más de cuatro horas al día.⁵⁹ «Sin televisión, ¿cómo sabríamos dónde colocar el sofá?». Este irónico eslogan tiene un elemento de verdad. Las personas de muchos otros países ven también la televisión entre dos y cuatro horas al día.⁶⁰

Tanto tiempo de mirada atenta afecta inevitablemente a nuestra forma de pensar. La vívida información televisada sobre la masacre de la plaza de Tiananmen de Pekín en 1989 influyó sin duda alguna en la opinión mundial sobre China, por ejemplo. Pero la historia clásica del impacto de la televisión cobra cuerpo en un momento particular de 1968.

El presidente Lyndon B. Johnson estaba escuchando a Walter Cronkite, el más destacado presentador de noticias de Estados Unidos, en el programa *CBS Evening News*. Cronkite acababa de regresar de un viaje a la zona de guerra de Vietnam y, aquella tarde, negó las optimistas predicciones oficiales de victoria en el sureste asiático, diciendo que estaba «más seguro que nunca de que la sangrienta experiencia de Vietnam terminará en un punto muerto».61 Ante esto, Johnson apagó la televisión y comentó: «Si he perdido a Cronkite, he perdido a la América media».62

La televisión es una sala de estar

global: inmediata, directa, personal, emotiva y ubicua. Hoy en día hay una televisión por cada dos personas en el mundo industrializado, 63 en el 85 por ciento de los hogares del mundo hay un televisor 64 y cuando hombres y mujeres se sientan frente a esta pantalla luminosa se modifica inevitablemente lo que piensan y sienten.

Del mismo modo que la palabra impresa contribuyó al derrocamiento de las monarquías europeas e impulsó a los ciudadanos norteamericanos a luchar en la revolución americana del siglo XVIII, la televisión induce opiniones e incita emociones en la actualidad. Hoy día, expertos y políticos de Washington

tienen en cuenta el «efecto CNN», el impacto mundial en la opinión de esta cadena por satélite.

Los productores y comentaristas masculinos suelen dirigir la cobertura informativa internacional en televisión, 65 pero ésta es sólo una pequeña fracción de lo que la gente ve. Los informativos nacionales y locales también moldean nuestros juicios políticos y afectan a nuestras decisiones electorales. Las series influyen de manera sutil en nuestros criterios de moral y decoro. Los programas de entrevistas ejercen ascendiente en nuestras creencias; los programas sobre la naturaleza y las artes, y los de

entretenimiento, alteran nuestros gustos e ideas, y hasta cambian nuestra forma de comprar, trabajar y pasar nuestro tiempo libre.

La televisión empieza a manipularnos desde que andamos a gatas y, con excesiva frecuencia, conserva esta capacidad de captación durante toda nuestra vida. En el mundo entero bombardea con opiniones, valores, juicios de valor y estilos de vida a todo ser humano que tenga acceso a su pantalla.

Esto se le hizo claramente manifiesto a Peter Drucker una noche de comienzos de los años noventa cuando recorría una

remota provincia septentrional de China. Drucker estaba hablando ante un grupo de veintidós gerentes de plantaciones de algodón de la localidad en la sala de juntas de un pueblo. Pero a las 6 en punto todos se excusaron cortésmente con mucha premura y desaparecieron, regresando a las 6 y media con aspecto descansado; se habían ido a ver la serie *Dalias* en la televisión.⁶⁶

Otro ejemplo del increíble alcance de la televisión norteamericana es una aldea remota de India donde muchos niños llevan los nombres de Lucy, Ricky, Ethel y Fred porque la célebre serie *I Love Lucy* fue muy popular en este pequeño lugar.⁶⁷

Muchas personas empiezan a temer que la televisión esté adquiriendo más poder para influir en los gustos, opiniones y códigos morales del mundo entero que las escuelas, los políticos, la religión, los libros o los periódicos. Esto es discutible, pero no lo es que el poder de la televisión va en aumento. Según el Bureau of Labor Statistics, la profesión de productor de televisión será una de las veinticinco de mayor crecimiento en Estados Unidos para el año 2005.⁶⁸

Debido a la gran habilidad verbal de la mujer, tengo la convicción de que ésta va a ir ocupando progresivamente estos

puestos de nivel medio, así como algunos de nivel alto, en el mundo de la televisión; e influirá en la forma de pensar y actuar de muchos millones de seres humanos.

lo que las mujeres quieren ver en la televisión

«La televisión es la primera cultura auténticamente democrática, la primera a la que todo el mundo tiene acceso y que está enteramente gobernada por lo que la gente quiere. Lo más aterrador es lo que en efecto quiere la gente», escribió el crítico de teatro Clive Barnes. Sófocles, Shakespeare, Ibsen, Chéjov y la mayoría de los grandes

dramaturgos del pasado eran hombres, y no todos escribieron historias de acción, de sangre y violencia. Pero los modernos productores y escritores de televisión y cine muestran una tendencia a centrarse en armas, monstruos, hombres sin emociones, mujeres superficiales y argumentos de acción arrolladora, todo ello al servicio de los gustos de un putativo público masculino.

Pero ahora las mujeres constituyen el 52 por ciento de los televidentes norteamericanos.⁶⁹ Como apunta David Poltrack, vicepresidente ejecutivo de Investigación y Planificación de la CBS: «El sector primario, el número uno, de la audiencia de televisión son mujeres

adultas menores de cincuenta y cinco años». En consecuencia, los productores están amoldando cada vez más sus programas a los gustos femeninos. Durante las Olimpiadas de Atlanta de 1990, por ejemplo, la NBC redujo la cobertura de boxeo y añadió noticias de interés humano y semblanzas de algunos jugadores pensando en las mujeres.⁷⁰

La consultora de guiones Linda Seger, autora del libro *When Women Call the Shots*, piensa que este cambio no es más que el principio. En una encuesta realizada por ella entre unas doscientas mujeres norteamericanas, así como mujeres de China, Australia, México, España, India y Filipinas, y de otros

varios países, comprobó que las mujeres quieren mayor diversidad y equilibrio en la televisión y en el cine, incluidos más personajes femeninos creíbles, relaciones más realistas entre mujeres y hombres, y argumentos más complejos.⁷¹ Estos gustos reflejan la visión contextual femenina. Las mujeres son también más proclives que los hombres a preferir espectáculos de música y danza.⁷²

En un congreso internacional celebrado en Bangkok en 1994, más de cuatrocientas mujeres que trabajaban en medios de comunicación de unos ochenta países se reunieron para expresar su propia visión sobre el futuro

de las industrias de comunicación. También ellas querían ver más narración en los programas, más artes visuales y escénicas, la integración en la programación de valores más humanos como la solidaridad y cooperación, y la difusión de modos de pensar femeninos a escala global.⁷³

Seeger cree que a medida que la mujer siga entrando en la producción de televisión y cine es probable que veamos menos violencia, menos aventuras y acción, una caracterización más sensible de las personas y los problemas, historias más complejas, más continuaciones a los relatos, mayor diversidad étnica y de edad entre los

actores y comentaristas, una variedad más amplia de temas en noticias y películas, más programas de intercambio de opiniones y una descripción de la mujer mucho más amplia, más compleja y exacta.⁷⁴

Los programas de televisión han empezado ya a reflejar los gustos femeninos. La psicóloga Sonya Friedman presentaba un excelente programa de opinión en CNN durante la década de los noventa donde se trataba una amplia variedad de temas. Ahora son muchas las mujeres que hablan sobre cuestiones «serias» en televisión.

Actualmente, las mujeres están

representando en televisión grandes papeles de médicos, abogados y detectives, y estos personajes se comportan como mujeres cultas y competentes en lugar de versiones femeninas de los hombres. Por ejemplo, las dos mujeres detectives de *N.Y.P.D. Blue*, un programa muy popular a escala nacional sobre el Departamento de Policía de Nueva York, no aparecen nunca sacando la pistola o actuando con violencia, sino que, por el contrario, utilizan palabras tranquilizadoras y diplomáticas y cierta medida de empatía cuando tratan con verdaderos o presuntos delincuentes. La forma de pensar y actuar de las mujeres es cada vez más visible en la radio y la

televisión de Estados Unidos, y está siendo exportada al mundo entero.

El oficio de escribir

Durante los últimos tres mil años de historia escrita, los hombres han sido los autores, poetas y dramaturgos más celebrados del mundo. Muchas mujeres han escrito, claro está, redactando cartas, memorias o pliegos enteros de poesía, pero pocas tenían tiempo o formación para consagrarse a su esencial enamoramiento de las palabras. Harriet Beecher Stowe, una mujer norteamericana del siglo XIX, escribió novelas de gran enjundia social y Sarah Orne Jewett creó obras de

extraordinario mérito literario, pero no eran bien vistas en un mundo de las artes y las letras dominado por los hombres. En Europa, George Eliot y George Sand incluso se sintieron forzadas a escribir bajo seudónimo masculino.

Los tiempos han cambiado. A comienzos del siglo XX las obras fuertes y profundas de escritoras norteamericanas como Willa Cather y Edith Wharton lograron gran éxito de crítica. Se estaban abriendo las compuertas. Desde entonces, las mujeres americanas y europeas han escrito miles de novelas, poesías, obras teatrales y ensayos, aportando una enorme hondura a la literatura de nuestro tiempo.

Un 54 por ciento de todos los autores actuales de libros de Estados Unidos son mujeres.⁷⁵ Estas han escrito también miles y miles de trabajos académicos, así como artículos de revistas y periódicos, y comentarios. Hoy día, aproximadamente el 53 por ciento de todos los directores y reporteros de prensa son mujeres, y un 54 por ciento de los escritores técnicos también los son.⁷⁶

Las mujeres ocupan también más del 25 por ciento de los puestos de reportero, corresponsal y director en al menos otros seis países industriales.⁷⁷

Contrariamente a muchas predicciones

pesimistas, la lectura no es un arte agonizante. Desde que Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles en 1455, cada vez son más las personas que disfrutan con la lectura, y el número de lectores sigue en aumento. En 1994, una de cada tres personas del mundo industrializado leía un periódico al día.⁷⁸ Sólo los norteamericanos se gastaron más de 20.000 millones de dólares el año pasado en revistas y periódicos,⁷⁹ y compraron también más de mil millones de libros, un aumento del 31 por ciento respecto a 1991.⁸⁰

Aunque la venta de libros descendió ligeramente entre 1996 y 1997, algunos librereros creen que la adquisición de

libros va a aumentar en años venideros.⁸¹ Su razonamiento es que la televisión, los vídeos, el cine e Internet fomentan el interés por los libros y animan a las personas a comprarlos. Por ejemplo, la novela *Forrest Gump* vendió en un principio diez mil ejemplares, pero después del enorme éxito de la película se vendieron 1,6 millones más.⁸² El desarrollo tecnológico también estimula la lectura. Len Vlahos, de la Asociación Norteamericana de Libreros, dice: «Cada vez que hay alguna tecnología nueva o un nuevo adelanto en Internet se publican decenas de libros y todos ellos se venden».⁸³

El mundo va a presenciar un incremento aún mayor del público lector. Las personas de mediana edad son las que tienden a leer más, y hay un inmenso número de individuos nacidos durante el *baby boom* que están llegando a la madurez. Además, las mujeres leen más que los hombres,⁸⁴ y están logrando el dinero y el tiempo de ocio necesarios para entregarse a su afición a las palabras.

Al aumentar el número de personas con estudios, también éstas leerán. Los norteamericanos de edad adulta consideran en la actualidad que la lectura es uno de los dones más importantes que pueden dar a sus hijos.

En un estudio realizado por Yankelovich Partners, los investigadores descubrieron que el 75 por ciento de los padres leía a sus hijos con más frecuencia que sus padres les habían leído a ellos de pequeños.⁸⁵ Cuanto más pronto sea el niño introducido a la lectura, tanto más leerá el resto de su vida.

«Para un país, tener un gran escritor es como tener otro gobierno», escribió Alexander Solzhenitsin. Y en efecto, las palabras —aun las de escritores menores— pueden conmover el espíritu e impulsar a la gente a entrar en acción. En un estudio de 1992 sobre directores ejecutivos de cien periódicos

norteamericanos, el 84 por ciento coincidió en que los gustos y actitudes de las mujeres periodistas están cambiando lo que publican sus periódicos: el contenido de las noticias que difunden es de mayor alcance; y han incluido también artículos sobre salud, familia, personas sin hogar y muchos otros temas sociales que preocupan a las mujeres.⁸⁶

A medida que sus palabras escritas van filtrándose en el pensamiento de millones de personas de todo el mundo, las mujeres ejercen una nueva forma de liderazgo y poder femenino; y le dan al público culto una visión más contextual, holística y diversificada de todos los

asuntos que les ocupan.

Las columnas de cotilleo

«Si no puedes decir nada bueno de una persona, ven y siéntate a mi lado», se dice que bromeó Alice Roosevelt Longworth. A las mujeres les encanta el cotilleo, acaso porque este pasatiempo íntimo tan palabrero las une a sus confidentes, creando y conservando lazos que las mujeres entienden como poder.

Los hombres también cotillean, claro está, pero chicos y hombres hablan más sobre estrellas del deporte, políticos y ellos mismos, mientras que chicas y mujeres hablan más sobre amigos,

enemigos y amantes. Las mujeres también advierten y comentan más los matices de la interacción social;⁸⁷ y son aficionadas mucho más ávidas al rumor jugoso, cara a cara o en letra impresa.⁸⁸ Como dice Richard Johnson, editor de «Página seis», la sección de cotilleo del *New York Post*: «Las mujeres suelen ser mucho mejores no sólo a la hora de conseguir la información sino también de difundirla».

Los chinos estarían de acuerdo. Por ejemplo, en años pasados todas las barriadas de Shanghai estaban bajo la mirada vigilante de un comité de vecinos. Los miembros de este comité no perdían de vista a ningún residente e

informaban de lo que veían y oían al gobierno local. Estos temidos comités de barrio existían en toda China, y estaban casi siempre formados por mujeres de edad y jubiladas.⁸⁹

Sea cual sea la opinión que merezca el cotilleo femenino, lo cierto es que tiene una historia ilustre y una vital utilidad social. Mucho antes de la radio y la televisión, antes del teléfono, de la máquina de escribir y la estilográfica, incluso antes del lenguaje escrito, las mujeres hacían politiquero con la palabra hablada. Con sus murmuraciones, cimentaban amistades, delataban a mujeriegos, desarmaban a estafadores, criticaban a los vagos, creaban

partidarios, daban empuje a los líderes, convencían a los dudosos, ridiculizaban a los pretenciosos, honraban al buen samaritano, aislaban al criminal, establecían criterios morales y difundían las noticias del día. Las mujeres empleaban las palabras para incluir, convencer, educar y castigar.

Y estas palabras se transmitían. «El cotilleo no necesita transporte», dice un refrán ruso. El rumor circulaba alrededor del fuego, pasaba a otras comunidades, llegaba a tribus cercanas. Las mujeres eran sin duda las modernas columnistas de cotilleo y cronistas de sociedad de hace un millón de años, que propagaban sutilmente a su alrededor

todo lo que ocurría en la vecindad. El cotilleo era la argamasa social de la humanidad. 90 El antropólogo británico Robin Dunbar cree que el chismorreo era tan esencial para nuestros primeros antepasados que fomentó la evolución del lenguaje humano. 91

Y el cotilleo nos permite aún airear nuestros agravios y expresar nuestras opiniones, no sólo sobre amigos, enemigos y amantes, sino también sobre políticos y otras figuras públicas. Cuando intercambiamos opiniones sobre el presidente de Estados Unidos o la familia real británica obtenemos información sobre los valores de nuestros amigos y vecinos, y con ello

también conformamos nuestras creencias, examinamos nuestros principios y mantenemos en su sitio a ricos y poderosos.

Como dice Joanna Molloy, columnista de sociedad del *Daily News* de Nueva York: «Me resulta un poco incómodo erigirme en arbitro moral, pero queremos que nuestros dioses y diosas sigan las mismas reglas que nosotros».92

Nuestra cultura se volverá incluso más aficionada al cotilleo a medida que unos principios morales uniformes van cediendo terreno a perspectivas más pluralistas generadas en esta era de la

diversidad. Los presentadores de programas de entrevistas de la tarde, los columnistas de prensa, los entendidos, los políticos y la persona corriente que habla de forma improvisada en un medio de comunicación, toda esta horda creciente de fabricantes de rumores va a afectar sin duda a los valores morales, cuando alabe a sus héroes y causas predilectos y condene a los que piensan de otro modo.

La mayoría de los presentadores de estos programas de entrevistas y de los columnistas de cotilleo serán mujeres, que están adaptando sus destrezas primigenias al mundo moderno. El escritor y columnista del *New York*

Times John Tierney cree que también estas mujeres tienen cierto impacto. Como él dice, «al ir mejorando su estatus en la sociedad y los medios de comunicación, las mujeres están utilizando su pericia en el cotilleo para imponer unas reglas que los hombres preferían pasar por alto».93

Las mujeres en Internet

La facilidad de las mujeres para las palabras también va a serles de utilidad en la Red. El ciberespacio está atestado de sílabas: hay adolescentes y solteros adultos cortejando a amantes en potencia; profesores que dan sus clases; médicos que aconsejan a sus pacientes;

abogados que asesoran a sus clientes; y hasta hombres de negocios que solían contar con que su secretaria iba a organizarles el pensamiento en memorandos se las arreglan por su cuenta en la Red.

Charlas en el ciberespacio: ¡qué marea de sintaxis despedazada y fraseología extravagante! En ortografía, estos internautas son devotos del presidente Andrew Jackson. «Es sin duda una inteligencia corta», dijo el séptimo presidente de Estados Unidos, «Ya que no puede idear más que una forma de escribir una palabra».

La Red ofrece el ejemplo más

flagrante de escritura *laissez-faire*. Recientemente, sin embargo, algunos adictos al ciberespacio han empezado a preocuparse por su estilo de escribir 94. «La buena gramática implica claridad de pensamiento», empiezan a razonar los usuarios de la Red. Pues bien, si prende este gusto por la corrección gramatical, la puntuación y la claridad expresiva, los empresarios van a empezar a contratar mayor número de mujeres para que se ocupen de sus negocios en Internet.

También van a contratar mujeres si necesitan empleados que sepan utilizar la Red eficazmente. Esta ventaja femenina fue demostrada hace poco por

los directivos de la compañía de telecomunicaciones MCI. Utilizando su propio sitio de la Red, MCI pidió a decenas de miles de usuarios, hombres y mujeres, que respondieran a cinco preguntas «de interés general» sobre la Red y descubrieron que las mujeres la utilizan con mayor rapidez y eficiencia que los hombres. 95 Si las mujeres empiezan a suministrar una buena parte de la programación de este poderoso medio de comunicación, sus intereses y perspectivas sin duda van a saturar el mundo en decenios venideros.

Las mujeres en la educación

«La inteligencia es una gran ventaja, si

la escondes», dijo en una ocasión Mae West. Las mujeres son lo bastante listas para hacerse las tontas cuando hace falta. Pero un lugar donde las mujeres por lo general no intentan disimular su inteligencia es en el aula escolar. Sienten un interés vital por el aprendizaje, en parte, creo yo, porque los educadores actuales transmiten su información primordialmente mediante palabras habladas y escritas.

Esta forma de aprender es relativamente reciente en la historia de la evolución humana. Nuestros primos los chimpancés aprenden mediante la observación: observando a sus madres cuando abren nueces, observando a sus

hermanos cuando cogen frutas maduras, observando a los machos cuando se desafían en duelos jerárquicos. De la misma manera, después de que nuestros ancestros descendieran de los árboles, los niños miraban atentamente mientras sus padres pulían utensilios de piedra y sus madres recogían hierbas para el dolor de cabeza y la irritación de garganta. En un principio, nuestros antepasados homínidos aprendían muy pocas cosas mediante instrucciones verbales y, por supuesto, absolutamente nada por la palabra escrita.

La invención de alfabetos, de tablillas de escritura y, finalmente, del papel, la tinta y la imprenta cambiaron el curso de

la educación humana. Nuestros antepasados empezaron a recoger y difundir conocimientos utilizando símbolos trazados sobre papel y diseminando estas palabras escritas entre todo el que tuviera ocasión y curiosidad para aprender a leer. Actualmente aprendemos sobre todo escuchando o leyendo palabras. Esta clase de aprendizaje favorece a los que poseen habilidades superiores para hablar y escribir, que son muy frecuentemente mujeres.

En la economía del conocimiento, los trabajadores de «cuello azul» están empezando a ser suplantados por lo que Peter Dracker llama «obreros del

conocimiento».96 Muchas personas que sean despiertas, cultas y tengan conocimientos informáticos, los llamados trabajadores de «cuello dorado», podrán trazar incluso la trayectoria de su propia carrera. 97 Dado este potente ímpetu económico, apenas sorprende que las mujeres se sientan inducidas a sacar provecho de sus ventajas femeninas y se pongan a estudiar.

En la década de los ochenta, los hombres y mujeres de Estados Unidos estaban adquiriendo estudios prácticamente al mismo ritmo, pero en los años noventa las mujeres empezaron a adelantarse. En 1997, el 89 por ciento

de las norteamericanas entre veinticinco y veintinueve años habían terminado la enseñanza media, mientras que sólo el 86 por ciento de los hombres del mismo grupo de edad tenían el título de secundaria.⁹⁸ Y había más mujeres que hombres de estas edades que también habían terminado estudios superiores: un 29 por ciento de mujeres y un 26 por ciento de hombres tenían un título universitario. ⁹⁹ En el nivel posgraduado, el 46 por ciento de los doctorados aprobados en Estados Unidos en 1996 fueron recibidos por mujeres. ¹⁰⁰ Es un dato interesante que la mayoría de estos títulos superiores pertenecieran al campo de la educación.

Las mujeres de otros países están aprovechando asimismo la oportunidad que se les brinda de ponerse a estudiar. En la Alemania, Gran Bretaña e Italia contemporáneas, el número de hombres y mujeres con títulos universitarios es prácticamente el mismo.¹⁰² Incluso en países donde hay rígidas tradiciones culturales que mantienen a la mujer encerrada en casa hay un mayor número de éstas estudiando. En el *Informe sobre Desarrollo Humano de 1995* elaborado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo se afirma que la distancia en educación entre ambos sexos «se ha acortado rápidamente en las dos últimas décadas».¹⁰³

Alrededor del 33 por ciento de las mujeres del mundo están hoy alfabetizadas, un enorme avance respecto a años anteriores. Actualmente, en China, Sri Lanka y Zimbabwe, por nombrar solamente unos pocos países en vías de desarrollo que están progresando en educación, las mujeres han llegado mucho más lejos: aproximadamente el 70 por ciento de las mujeres adultas de estos países sabe leer y escribir. 104

«La educación no es llenar un recipiente sino encender un fuego», escribió William Butler Yeats. Para las mujeres, ese fuego ya ha prendido; están

ganándose la moneda de cambio esencial de la era de la información: los conocimientos. Y lo que las mujeres aprenden, quieren enseñarlo a su vez.

Las profesoras

Alguien ha dicho: «Dale estudios a un hombre y educarás a un individuo; dale estudios a una mujer y educarás a una familia». A las mujeres, en efecto, les gusta enseñar. En 1996, el 98 por ciento de los profesores de preescolar y párvulos de Estados Unidos eran mujeres, así como el 94 por ciento de los profesores en prácticas, 84 por ciento de los profesores en enseñanzas especiales, 84 por ciento de los

profesores de enseñanza primaria, 57 por ciento de los de enseñanza media, 68 por ciento de los consejeros de aptitud y educación y 45 por ciento de los profesores de colegios universitarios y universidades. 105

No hay muchas mujeres que hayan alcanzando los niveles administrativos más altos del sistema educativo; la inmensa mayoría de los decanos, rectores, y presidentes de universidades siguen siendo hombres.¹⁰⁶ Dada la mayor preocupación del hombre por su estatus, esto no tiene nada de extraño. Pero en Estados Unidos las mujeres dominan la educación directa, día a día, de las mentes en proceso de desarrollo.

Parece probable que aún mayor número de mujeres se dedicará a la enseñanza en decenios venideros. Porque harán falta profesores.

En 1910, sólo el 10 por ciento de los jóvenes de dieciocho años de Nueva York había terminado sus estudios secundarios, una cifra que probablemente reflejaba el nivel de educación nacional en ese momento.¹⁰⁷ En 1993, un 88 por ciento de todos los norteamericanos tenía un título de enseñanza media.¹⁰⁸ Hoy, unos 51 millones de niños están matriculados en los centros de enseñanza primaria y secundaria de Estados Unidos, más que

en ningún otro momento en la historia del país. Las proyecciones de los educadores dicen que para el 2005 habrá unos 55,9 millones de niños matriculados. 109

Los norteamericanos han llegado a creer en la máxima de Ben Franklin: «Si un hombre vacía su cartera en su cabeza, nadie se la puede robar». Con la gran afluencia de estudiantes a las aulas, las escuelas van a necesitar más profesores que puedan darles información y ayudarles a convertir este recurso en conocimiento, y creo que las mujeres van a responder con entusiasmo a esta necesidad, dado que el sistema educativo está cambiando en sentidos

que van a resultar atractivos para ellas.

La enseñanza creativa

El sociólogo Nathan Glazer observó que la calidad de la enseñanza pública en Estados Unidos empezó a descender cuando se abrió un número creciente de oportunidades a mujeres de capacidad excepcional en otros sectores de la economía y éstas dejaron de dedicarse a la enseñanza. Es posible que sea así, pero el sistema educativo está cambiando, ofreciendo nuevas oportunidades a los docentes que podrían alentar a esas mujeres de talento a entrar o permanecer en esta profesión.

Una de las nuevas opciones son las

polémicas *charter schools* (escuelas Ubres), centros educativos financiados con fondos públicos, gratuitos y abiertos a cualquier niño residente en el distrito donde se encuentran. Por lo general, estos centros son creados por organizaciones sin ánimo de lucro, padres y/o profesores que desean poner en práctica un determinado concepto docente. La mayoría de las *charter schools* quedan exentas de gran parte de la normativa educativa y de los requisitos de contratación del distrito y el Estado donde están ubicadas y éstas, por su parte, se comprometen a ofrecer un claustro de profesores entregado y una enseñanza más rica.

Hasta qué punto cumplen estos centros sus compromisos es cuestión que queda aún por ver, pero Bobby Washington, un trabajador de correos de Jersey City, en Nueva Jersey, resumió en parte la opinión que merece esta cuestión diciendo: «Cuando entro en estas escuelas públicas veo gente haciendo su trabajo: su libertad es una misión».110

Esta clase de escuelas independientes son populares y están extendiéndose. Desde junio de 1998, más de treinta Estados del país han permitido su creación y han abierto más de 786; un número superior a las 400 tenía previsto inaugurarse en otoño de ese año.111

Estos centros tienen muchos detractores, pero están ya revitalizando el mundo de la educación pública, ofreciendo nuevas opciones, innovaciones y, en algunos casos, el tipo de autonomía y flexibilidad docente que atrae a la mujer. Beth Mackin, de la Gateway Charter School de Jersey City, es una de ellas. Dejó su carrera en el mundo editorial para enseñar en Gateway, alegando que le encantaba la idea de trabajar con un grupo pequeño de personas y se sentía atraída por la libertad que podía darle un entorno reducido.¹¹² Beth estaba expresando actitudes características de las mujeres.

Las *magnet schools* también son hoy

una opción nueva en muchas ciudades. Estas escuelas operan dentro del sistema de enseñanza público tradicional pero cada una de ellas está constituida específicamente para ofrecer un programa de estudios más variado y más rico. Son menos polémicas que las *charter schools* pero, como ellas, ofrecen a los profesores mayor autonomía y mayor latitud para expresar sus propias ideas y utilizar métodos de enseñanza imaginativos.¹¹³

Otra tendencia que está cobrando fuerza es la matriculación en centros privados. Las escuelas privadas siempre han sido las preferidas de las familias adineradas de Estados Unidos, pero a

medida que aumentan las críticas a la educación pública, los centros privados se han convertido en una alternativa deseable para un sector cada vez mayor de la población. En 1996, un 10 por ciento de los niños norteamericanos asistían a instituciones educativas privadas.¹¹⁴ En algunas ciudades, los padres con menores medios económicos incluso reciben vales, una forma de subvención pública, que contribuyen a pagar la educación de sus hijos en escuelas privadas. En términos generales, estos centros ofrecen al profesor un entorno de trabajo menos estructurado y con mayor margen de oportunidades para emplear la imaginación en el aula, alternativas éstas

que resultan atractivas a la mujer.

Al parecer, Margaret Mead dijo en una ocasión: «Mi madre quería que tuviera una buena formación, por eso no me mandó nunca a la escuela», y hay otras madres que coinciden con ella. Armadas con ordenadores, Internet y datos generales sobre los estudios necesarios, estas mujeres están enseñando a sus hijos en la mesa de la cocina.

Actualmente hay alrededor de 1,2 millones de niños norteamericanos aprendiendo a leer, escribir, multiplicar y cantar en sus casas, y su número aumenta al menos en un 15 por ciento anual.¹¹⁵ Algunos departamentos de

enseñanza pública incluso permiten que los niños que aprenden en casa puedan utilizar la biblioteca y los ordenadores de sus centros, asistir a ciertos cursos o participar en actividades extraescolares, como el equipo de béisbol o la banda de música de la escuela. 116

Con las *charter schools*, las *magnet schools*, las escuelas privadas y la enseñanza en casa, profesores (y padres) disponen de una mayor variedad de oportunidades para expresar su visión personal de la educación. Incluso los centros tradicionales empiezan a ser menos rígidos, más idiosincráticos y más innovadores. Bruce Fuller, catedrático de Políticas Públicas en

Berkeley, Universidad de California, cree que estas tendencias de la educación van a afianzarse. Como él dice: «Ahora es una brisa que está cobrando impulso para convertirse en un gran viento. Creo que éste es un movimiento que va a seguir creciendo».117

Este viento de cambio podría impeler a las mujeres hacia una ocupación que sus antepasados debieron casi con certeza practicar sentadas junto a sus hijos a orillas de los lagos de África oriental hace un millón de años. A medida que la mujer vaya adquiriendo mayor autonomía en las aulas también empezará a redefinir qué o cómo

aprenden los niños. Muchas darán especial relieve a la diversidad étnica, y un enfoque más amplio y más contextual de cualquier asignatura que enseñen.

El futuro de los estudios superiores

En la carretera interestatal 10 de Arizona, después de dejar a un lado el aeropuerto de Phoenix, hay un grupo de antiestéticos edificios de ladrillo situados entre un conglomerado de bloques de oficinas: es uno de los *campus* de la Universidad de Phoenix, sólo uno de los múltiples que tiene, porque esta universidad se ha extendido actualmente a una serie de Estados. La universidad de Phoenix ha sido llamada

«el mayor reto a los estudios superiores» de Estados Unidos, no porque haya crecido, casi de la noche a la mañana, convirtiéndose en la mayor universidad privada de Estados Unidos; no porque sea una empresa con ánimo de lucro. Sino porque se ha configurado sobre lo que —para bien o para mal— podrían ser algunas realidades del siglo XXI.

Esta universidad paga impuestos como cualquier otra empresa, alquila sus espacios, no tiene biblioteca propia y sólo acepta hombres y mujeres con un trabajo remunerado y no menores de veintitrés años. Los estudiantes trabajan en sus ocupaciones durante el día y

asisten a clase por la noche. Cada clase está limitada a veinte personas y los alumnos trabajan en pequeños grupos cooperativos: es un aprendizaje en equipo. El programa de estudios pretende abordar cuestiones del «mundo real». Los profesores no tienen dedicación exclusiva a esta universidad, sino que son con frecuencia profesionales que enseñan en estos centros a otros adultos con actividad propia. A consecuencia de ello, los profesores actúan más como vehículos para el debate que como pedagogos que instruyen a un alumnado.

No existe allí la rígida jerarquía intelectual que separa a profesores de

estudiantes; es una forma de aprendizaje utilizada por la humanidad durante varios millones de años: la enseñanza práctica en grupo. En la Universidad de Phoenix la educación se centra en la formación para ejercer una profesión más que en la transformación psíquica.

Pese a no estar en modo alguno de acuerdo con esta forma de universidad, Peter Drucker considera, no obstante, que esta clase de educación es la onda del futuro, afirmando que los centros de estudios superiores tradicionales van a derrumbarse gradualmente a causa de sus elevados costes y a ser sustituidos por un sistema más barato, más flexible, más expeditivo, más centrado, más

utilitario y más igualitario. Como dice Drucker: «Dentro de treinta años los grandes *campus* universitarios serán reliquias».118

El pronóstico de Drucker es, a mi juicio, en exceso pesimista. Para empezar, los títulos de formación de grado medio son cada vez más solicitados en las universidades tradicionales. Estas instituciones están también adaptándose gradualmente a las exigencias prácticas de la vida actual, programando clases en lugares accesibles a estudiantes adultos con trabajo sobre temas de relevancia para su vida profesional. Más aún, dudo que la Universidad de Phoenix represente el

futuro de los estudios superiores. Muchas personas del mundo de la educación están convencidas de que la mayor universidad privada de Estados Unidos no es más que una lucrativa fábrica de diplomas.

No obstante lo cual, la Universidad de Phoenix podría muy bien ser una vertiente del panorama educativo del mañana. Instituciones de este tipo ofrecen en efecto mayor flexibilidad y autonomía a estudiantes y profesores, innovaciones que atraerán a las mujeres tanto en calidad de profesoras como de alumnas.

El aula virtual

Los cambios que está experimentando el medio empresarial también pueden ofrecer nuevas oportunidades a las mujeres dedicadas a la enseñanza. Muchos ejecutivos empiezan a considerar que los cursos y profesores de la mayoría de las universidades tradicionales no proporcionan ya a sus graduados el tipo de educación que necesitan para trabajar productivamente en el mundo de los negocios. Por ello, algunas figuras destacadas del entorno empresarial han empezado a presionar para que añadan ciertos cursos a sus programas de estudios y creen períodos de prácticas con los que puedan formarse redes de contacto y relaciones

con el ámbito de la empresa en Estados Unidos.

Algunas compañías incluso han constituido sus propios centros de estudios donde profesores contratados enseñan determinadas técnicas que se adaptan a las necesidades particulares de la empresa.¹¹⁹ En Estados Unidos existen alrededor de mil doscientas de estas «universidades empresariales». El Consejo de Educación norteamericano ha acreditado ya algunos de sus cursos, aunque ninguno de estos centros está plenamente homologado todavía.

Las empresas están colaborando también con universidades reconocidas

para crear «aulas por satélite» en Internet. Los empleados pueden conectarse y seguir cursos de perfeccionamiento profesional en su casa, una alternativa conocida con el nombre de educación a distancia.¹²⁰ En 1998, había 762 de estos cibercentros para alumnos a distancia. Debido a que muchas de estas aulas virtuales son extensiones de universidades norteamericanas reconocidas, los estudiantes pueden incluso obtener títulos académicos.

El número de estas aulas virtuales seguramente irá en aumento. Hoy día los trabajadores de Estados Unidos pueden incrementar sus ingresos anuales en un

80 por ciento si acuden al mercado de trabajo con estudios superiores, y no simplemente con el título de enseñanza secundaria. El paso por las universidades tradicionales, sin embargo, cuesta con frecuencia más de 20.000 dólares al año, por lo que los condicionantes económicos sin duda llevarán a una cantidad creciente de ciudadanos a la educación a distancia, formándose por cuenta propia de forma no tradicional.

La Universidad de Phoenix, los estudios en centros de empresa y el aula virtual tienen una serie de cosas en común.

Para empezar, los estudiantes vienen a estas clases con un potente incentivo para aprender, de tal modo que si el alumno no está aprendiendo probablemente sea responsable el profesor. Esta índole de entorno educativo da especial énfasis a la enseñanza útil, claramente expuesta y empática: el fuerte femenino. Además, estos foros educativos suministran horarios flexibles a alumnos y profesores, y las mujeres tenderán mucho más que los hombres a buscar este tipo de trabajo a tiempo parcial para adaptarlo a las exigencias de criar hijos.

El trabajo a tiempo parcial ofrece por

lo general menor remuneración, menos prestaciones y escasa o nula seguridad en el puesto. Pese a todo ello, estos nuevos foros educativos darán a la mujer mayor flexibilidad y autonomía en el aula y más vías para trabajar en el campo de la educación.

Pero aún hay otras más.

Aprender toda la vida

Los ciudadanos de la tercera edad y los adultos con puestos de trabajo están cultivando nuevos aprendizajes e intereses en centros de estudios de la comunidad. Estas instituciones han aumentando en un 250 por ciento aproximadamente desde la década de

los sesenta.121

Hay personas que durante sus vacaciones se matriculan en cursos de caligrafía, arqueología, historia del arte y miles de disciplinas que siguen en hoteles de centros vacacionales. Otros están aprendiendo mientras hacen un crucero por las islas Galápagos o el mar de Banda. Para el año 2000, incluso los más apáticos van a dedicar alrededor de mil millones de dólares al año a cursos que pueden seguir mediante vídeos o CD-ROM.122

En 1996, el 40 por ciento de los adultos norteamericanos adquirió algún tipo de formación para adultos, en su

mayoría con el fin de progresar en su profesión. Cuando los hijos de la generación del *baby boom* de Estados Unidos alcancen la edad universitaria, habrá incluso más hombres y mujeres rellorando solicitudes de matrícula para la universidad o buscando formas alternativas de adquirir conocimientos. Aunque es posible que descienda el número de catedráticos tradicionales dado que la gente empieza a protestar cada vez más por el sistema de permanencia en el puesto, es previsible que también las universidades tradicionales expandan su actividad.

James F. Carlin, presidente de la Junta de Estudios Superiores de

Massachusetts, dice sobre el sistema universitario: «Nos guste o no, va a ser desmontado y vuelto a montar de forma diferente. Y no será igual. ¿Por qué iba a serlo? ¿Por qué va a cambiar todo menos la enseñanza universitaria?»¹²³ Como dice el refrán, añade, la suerte está echada: la educación se está volviendo flexible, diversificada, emprendedora, práctica; y exportable.

Con la difusión de Internet, la gente de los países en vías de desarrollo querrá también, casi con toda seguridad, adquirir estudios al estilo occidental.

¿Quién va a enseñar a estas personas en las escuelas públicas tradicionales,

las *charter schools* y *Magnet schools*, las escuelas privadas, los colegios universitarios y las universidades tradicionales; en los centros universitarios para adultos, las escuelas de verano, los centros de comunidad, los hoteles de zonas vacacionales, la televisión y la radio, los CD-ROM o el ciberespacio? Estoy convencida de que la mayoría de estos educadores van a ser mujeres.

Las palabras de las mujeres van a ser una fuerza emergente.

La economía del conocimiento

Durante millones de años nuestros antepasados vivieron en pequeños

grupos igualitarios en los que el individuo inteligente, carismático e industrioso ascendía al liderato, pero prácticamente todo el mundo tenía acceso a los conocimientos de la tribu y podía convertirlos en poder si tenía habilidad para utilizar esta información. Estamos, en cierto sentido, regresando a aquellos tiempos prehistóricos: ordenadores, satélites, televisión interactiva, teléfonos y radio están permitiendo a un número cada vez mayor de personas acumular una enorme cantidad de información, convertir datos en conocimiento y vender éste en el mercado.

Las mujeres de hoy están

aprovechando esta oportunidad. Van superando cada vez más en número a los hombres en los *campus* universitarios norteamericanos de todo tipo, desde universidades públicas a instituciones privadas y de afiliación religiosa. Los demógrafos predicen que para el año 2007 habrá 9,2 millones de mujeres estadounidenses matriculadas en la universidad frente a 6,9 millones de hombres. Este contraste es aún mayor entre los estudiantes adultos a tiempo parcial, y los pertenecientes a minorías. Las mujeres están eliminando también las distancias educativas en gran parte del resto del mundo.

«El conocimiento es poder», dijo sir

Francis Bacon. Los analistas de tendencias de todas las opiniones coinciden en que los estudios y la información son la moneda de cambio del mañana.¹²⁴ Las mujeres van a disponer de las herramientas para acceder a algunos de los puestos más lucrativos del mundo industrial. Muchas de ellas harán carrera en las industrias de comunicación y en los servicios educativos en vías de expansión. Y a medida que vayan educándonos a través de la radio, la televisión, Internet y cualquier otro medio o vía educativa posible en esta inmensa era de las comunicaciones diseminarán su afición a la diversidad, la flexibilidad, la cooperación y el trabajo en equipos

igualitarios, así como su visión amplia y contextual de cuestiones e ideas, y esto hasta el último rincón de la tierra.

Notas

1 Hampton y Kimura, 1993, pp. 357-400; Halpern, 1992.

2 Horgan, 1975; Shucard, Shucard y Thomas, 1987.

3 *Ibid.*; Halpern, 1992; Hall, 1984.

4 Maccoby y Jackin, 1974; McGuinness, 1976b; McGuinness, 1985; Martin y Hoover, 1987, pp. 65-83.

5 Hampson y Kimura, 1993; Halpern, 1992.

6 Halpern, 1992; Hedges y Nowetl,

199S, pp. 41-45.

7 Hampton y Kimura, 1993.

8 Halpern, 1992.

9 Hedges y Nowell, 1995.

10 McGuinness, Olson y Chapman, 1990, pp. 263-285; Mann *et al.*, 1990, pp. 1063-1077.

11 McGuinness, 1985, pp. 57-126; Mann *et al.*, 1990.

12 Gallup Organization, 1996.

13 Hall, 1984; Taimen, 1994.

14 Mitchell, 1981.

15 Holden, 1996, p. 1921; Witelson, Glezer y Kigar, 1995, pp. 3418-3428.

16 McGuinness y Pribram, 1979.

17 Shaywitz *etal.*, pp. 607-609.

18 Lacoste-Utamsing y Hollyway, 1982, pp. 1431-1432; Witelson, 1989,

pp. 799-835; Allen *et al.*, 1991, pp. 933-942; Hollyway *et al.*, 1993, pp. 481-498.

19 Hines *etal.*, 1992, pp. 3-14.

20 Kimura, 1983, pp. 19-35; 1987, pp. 133-147.

21 *Ibid.*

22 LeDoux, 1996.

23 Damasio, 1994.

24 *Ibid.*; LeDoux, 1996; Fodor, 1983; Gazzaniga, 1988.

25 Gould, Woolley y McEwan, 1991, pp. 67-84; Wolley *et al*, 1990, pp. 4035-4039; Francfort, 1994; Toran-Allerand, 1986, pp. 175-211; véase McEwens, 1994, pp. 1-18; véase Nyborg, 1994.

26 Halpern, 1992.

27 Hampson, 1990b, pp. 26-43;

1990a, pp. 97-111; Kimura, 1989, pp. 63-66.

28 Sherwin, 1994, pp. 423-430; Sherwin y PhilHps, 1990, pp. 474-475; Phillips y Sherwin, 1992, pp. 485-495; Barret-Con-nory Kritz-Süverstein, 1993, pp. 2637-2641.

29 McCauley *et al.*, 1987, pp. 464-473; Skuse *et al.*, 1997, pp. 705-708.

30 Skuse *etal.*, 1997, p. 707.

31 Hendricks, 1998, pp. 12-19.

32 Fernald, 1992.

33 *Ibid.*

34 Stern, Spieker y McKain, 1983, pp. 727-735; Fernald y Simón, 1984, pp. 104-113.

35 Véase Fernald, 1992.

36 *Ibid.*

- 37 Véase Bruce *et al.*, 1995, p. 51.
- 38 Hewlett, 1992, pp. 153-176.
- 39 Véase Small, 1998.
- 40 Hall, 1984.
- 41 Mitchell, 1981; McGuinness, 1979.
- 42 Pinker y Bloom, 1992, p. 484.
- 43 Deacon, 1997; 1992; Falk, 1992,
pp. 1-24.
- 44 Steenland, 1987.
- 45 Robinson, 1996, pp. 60-64.
- 46 *Ibid.*, p. 63.
- 47 Moran, 1998, pp. 38 y ss.
- 48 Naciones Unidas, 1995.
- 49 Mifflin, 1998, pp. DI y ss.
- 50 *Ibid.*; Naciones Unidas, 1995.
- 51 Seger, 1996.
- 52 Steenland, 1987.
- 53 Auletta, 1998, pp. 72-78.

54 Naciones Unidas, 1995.

55 *Ibid.*; Seger, 1996.

56 Naciones Unidas, 1995.

57 *Ibid.*

58 Steenland, 1990, p. 237.

59 Statistical Abstract of the United States, 1996.

60 Naciones Unidas, 1995.

61 Carroll, 1997, p. 7.

62 *Ibid.*

63 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

64 Seger, 1996, p. jx.

65 Naciones Unidas, 1995; Karl, 1995.

66 Drucker, 1992.

67 Seger, 1996.

68 Passell, 1995, p.A9.

69 Seger, 1996.

70 Holmes, 1996, p. Al y ss.

71 Seger, 1996.

72 *Ibid.*

73 Karl, 1995.

74 Seger, 1996.

75 Bergmann, 1986; Statistical Abstract of the United States, 1996.

76 *Ibid.*

77 Naciones Unidas, 1995.

78 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

79 Statistical Abstract of the United States, 1996.

80 *Ibid.*

81 Heath, 1997a, pp. 39-43.

82 *Futurifie*, 1995, p. 19.

83 Heath, 1997b, p. 40.

84 Halpern, 1992.

85 Heath, 1997a.

86 Naciones Unidas, 1995.

87 Western, 1996; Taimen, 1990;

Tierney, 1998, p. 14.

88 Camphell; Tierney, 1998, p. 14.

89 Faison, 1998, p. A4.

90 Fisher, 1982; 1992.

91 Dunbar, 1996.

92 Tierney, 1998, p. 14.

93 *Ibid.*

94 O'Connor, 1996, p. 12.

95 *New Scientist*, 1997, p. 21.

96 Drucker, 1992, p. 334.

97 *Ibid.*

98 Statistical Abstract of the United States, 1997.

99 *Ibid.*

100 Greenwood, 1996, p. 1987.

101 Browne, 1995, pp. 973-1106.

102 *Futurific*, 1996a, p. 4 y ss.

103 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995, p. 3

104 *Ibid.*

105 Statistical Abstract of die United States, 1996.

106 Rosener, 1995.

107 Wessel, 1996,p.Alyss.

108 Samuelson, 1995, p. 61.

109 Russell, 1996, p. 10 y ss.

110 Winerip, 1998, p. 48.

111 Finn, Bierlein y Mano, 1996, pp. 18 y ss.; Orfield, 1998, p. A17; Winerip, 1998, p. 48.

112 Newman, 1998,p.A21.

113 Applebome, 1996, p. B7; Winerip,

1998, p. 48.

114 Weiner y Brown, 1997.

115 *The Economist*, 1998b, pp. 28 y ss.

116 Kantrowitz y Wingert, 1998, pp. 64-70.

117 Applebome, 1996, p. B7.

118 Lenzner y Johnson, 1997, p. 127.

119 Bylinsky, 1996, pp. 162A y ss.

120 Byme, 1995, p. 64.

121 Weiner y Brown, 1997.

122 Ibid.

123 Honan, 1998, p. 4A:44.

124 Drucker, 1992; Stewart, 1997; Weiner y Brown, 1997; Hey y Moore, 1998.

Leer los pensamientos

Don de gentes a su servicio

«La habilidad para tratar con los demás es

un artículo que se puede adquirir igual

que el café o el azúcar. Y yo estoy dispuesto a pagar más

por esa aptitud que por ninguna otra cosa del mundo».

John D. Rockefeller

«La inteligencia es rapidez para ver las cosas como son», escribió el filósofo George Santayana. Las mujeres tienen un extraordinario talento para «leer» a los demás. Sus antenas sociales

están siempre activas; captan las leves señales que emite la persona, detectan sus motivos y deseos, y son diestras para abrirse camino hasta el corazón humano.

Las mujeres están hechas para leer el pensamiento. El tacto, el oído, el olfato, el gusto, la vista: todos los sentidos de las mujeres están, en ciertos aspectos, más afinados que los de los hombres. Las mujeres tienen además el don de saber descifrar las emociones mirándote a la cara: en un instante descubren tu estado de ánimo por tu postura corporal y tus gestos. Recuerdan más detalles de la habitación u oficina donde te mueves; situándote en un contexto social. Muchas

tienen incluso una superioridad genética para interpretar los matices de la interacción social, lo que los neurocientíficos denominan habilidades sociales «ejecutivas».

Las mujeres son socialmente despiertas, y su habilidad para interpretar a los demás, comprender sus preocupaciones y ayudarles a hacerles frente está convirtiéndose en un artículo de valor en nuestro mundo moderno.

A medida que aumenta el número de mujeres que trabaja fuera de casa, millones de hombres y mujeres pagan a otras personas para que les hagan la compra, paseen al perro, enseñen a

nadar a sus hijos, les ayuden en sus tablas de gimnasia y hasta ajusten sus cuentas bancarias. Chefs de cocina, servicios de comidas preparadas, animadores, dependientes, especialistas en dietas, decoradores, asesores financieros, agentes de viaje, detectives privados, intérpretes, abogados, intermediarios, psicólogos: nunca antes había habido tantas personas que dependieran de los servicios de tantas otras para ayudarlas a resolver sus quehaceres, desde los más cotidianos a los más complejos.

Con su visión contextual, su imaginación, su habilidad para crear redes de contactos y su destreza

lingüística y social, las mujeres han logrado ya una fuerte presencia en las ocupaciones y profesiones de servicios, y dominarán muchos de estos ámbitos en años venideros, aportando a las gentes de todo el mundo soluciones imaginativas para sus preocupaciones diarias, así como nuevas e ingeniosas formas de actuación.

Voy a empezar por el principio: cómo leen las mujeres el pensamiento.

El especial toque femenino

Por término medio, las mujeres son más sensibles al tacto.¹ Esta sensibilidad femenina comienza unas horas después de venir al mundo y se

prolonga a lo largo de toda su vida.² Las mujeres sienten con mayor intensidad el toque de los demás y perciben sensaciones con mayor precisión cuando son ellas las que tocan.³ En ocasiones, la mujer puede acariciar a su amante de forma en exceso delicada porque supone que el hombre es igualmente sensible al tacto.

A las mujeres les gusta tocar. Cachemir, caoba, cuero, tierra de jardín o piel de melocotón: como dice el dramaturgo Jean Giraudoux: «En el espíritu de la mujer, la belleza es algo que necesita tocar». Siendo aún bebés, las niñas extienden los brazos para tocar a sus madres con mayor frecuencia que

los niños.⁴ Estos se entregan más a juegos violentos; los hombres estrechan la mano de los demás más a menudo; y los hombres son más proclives a tocar a desconocidos.⁵ Pero ciertos estudios sobre personas de diversas sociedades indican que las niñas y las mujeres tocan a los que conocen con mayor frecuencia que los hombres.⁶

Esta propensión femenina probablemente surja de los millones de años dedicados a la crianza de los niños. En algunas regiones de la actual Nigeria, las madres aplican masajes diarios a todo el cuerpo de sus bebés.⁷ «Aplica masajes a las piernas de tu niña para que camine con gracia», es un

dicho de los maoríes de Nueva Zelanda. 8 Las madres del pueblo kung san que Habita en el desierto del Kalahari en Suráfrica mantienen el cuerpo de sus niños en contacto con el suyo un 90 por ciento del día: la mujer sostiene a su hijo sobre la cadera mientras prepara el fuego por la mañana y lo transporta sujeto a la espalda con un chai cuando recoge frutas, raíces y verduras. Duerme junto a su hijo todas las noches. 10 No tiene cunas, cochecitos, ni tronas, ni asientos para el coche. En algunas sociedades los pequeños no pasan nunca la «etapa de gateo» porque van en brazos hasta que aprenden a andar.

Los bebés necesitan el tacto de su

madre. «En la infancia la gran fuente de terror es la soledad», escribió William James. Los niños huérfanos que quedan en cunas de hospitales o al cuidado de instituciones sufren a menudo discapacidades mentales y físicas debido a la falta de ese contacto afectivo.¹⁰ Sin embargo, los niños que son acariciados son también mucho más despiertos y activos, y alcanzan puntuaciones mucho más altas en pruebas de crecimiento y desarrollo.¹¹ De hecho, los niños que son abrazados y acariciados ganan peso casi dos veces más deprisa que los que casi nunca son objeto de esta clase de contactos.¹²

Los científicos saben actualmente por

qué esta forma de tocar es tan terapéutica. Se ha demostrado que el masaje activa la liberación de oxitocina en el cerebro. Esta hormona produce sensaciones de sedación y relajación, reduce la presión sanguínea, crea un entorno metabólico que fomenta el almacenamiento de nutrientes y estimula el crecimiento.¹³ Los datos obtenidos con ratas sugieren que el toque materno estimula también la liberación de la hormona del crecimiento y reduce los niveles de cortisol, una hormona que puede deprimir el sistema inmunológico y hacernos más propensos a contraer enfermedades.¹⁴

«¿Has abrazado a tu hijo hoy?». He

aquí una propuesta terapéutica. Madre e hijo forman una pareja simbiótica. Para florecer, el bebé tiene que ser abrazado, acariciado y acicalado. Para detectar sus necesidades, la madre tiene que tocarlo con frecuencia. ¿Está fresco? ¿Tiene la piel áspera? ¿Está ágil y flexible? ¿Rígido? ¿Tembloroso? ¿Empapado? A lo largo de milenios, las mujeres necesitaron dedos sensibles para obtener claves sobre la salud de sus hijos, operando así la selección natural a favor de la exquisita sensibilidad táctil de las mujeres.

Pero este afinado sentido del tacto no se limita a la guardería. Una mejilla sudorosa, una mano húmeda y fría, la

firmeza al estrecharla, son todas ellas pistas sutiles que las mujeres captan en la oficina, en congresos, en fiestas y hasta en la calle. Después, utilizan todas estas señales para componer un cuadro de quién eres.

Las mujeres saben escuchar

Por regla general, las mujeres tienen también mejor oído.

Para empezar, tienen más capacidad que los hombres para oír sonidos agudos, un rasgo que comienza en la infancia y aumenta con los años. Las mujeres son también más sensibles a los ruidos fuertes. Los hombres tienden a preferir la música y la palabra hablada a

un volumen mucho más alto en todas las frecuencias, desde los tonos bajos a los más agudos.¹⁵ Ésta podría ser la razón de que los cónyuges discutan por el volumen de la televisión o la radio del coche. ¿Y quién oye el grifo gotear cuando marido y mujer están a punto de dormirse? La mujer.

Un ejemplo gráfico de esta diferencia auditiva entre géneros sucedió en un gimnasio de Massachusetts en 1998. Erlinda McGinty, residente en North Quincy, empezó a sospechar que la música de disco que ponían en su clase de aeróbic podía dejarla sorda, por lo que pidió al director que bajara el volumen. Este no hizo el menor caso y a

ello siguió una discusión. La situación fue agravándose. Erlinda McGinty estaba tan indignada que finalmente organizó una campaña legal para lograr que se obligara a los gimnasios de Massachusetts a poner carteles de advertencia a los clientes sobre el volumen de la música.¹⁶ El director del gimnasio —junto a muchos otros hombres— probablemente se preguntara por qué se alteraba tanto Erlinda McGinty.

La respuesta reside en la historia profunda. La mujer primigenia necesitaba un oído finísimo para criar a su preciado recipiente de ADN: su hijo. El más leve gemido de su bebé, sus

suspiros, una respiración difícil, eran sonidos incipientes que la mujer tenía que aprender a distinguir para saber si su criatura necesitaba sueño, comida o su abrazo.

Su excelente sentido del oído probablemente la incitaba también a proteger a su hijo, porque despertaba sus emociones. Los sonidos pueden activar el núcleo emocional del cerebro, generando un tropel de sentimientos de nostalgia, anhelo, éxtasis, desesperación o furia. La música puede mover a la persona a marchar contra el enemigo, arremeter contra la meta en un partido de fútbol americano y hasta recordar un incidente ocurrido hace treinta años.

En las llanuras del África ancestral, las mujeres escuchaban a sus bebés, escuchaban el viento y la lluvia, la aproximación de una serpiente, un gato o un ave rapaz, y «escuchaban» sus propios corazones para salvar a sus pequeños. Las que poseían un oído más aguzado velaban por sus criaturas; y éstas sobrevivían y transmitían este rasgo, y gradualmente la selección natural favoreció a las mujeres con oído más fino.

Las mujeres primitivas probablemente utilizaran su extraordinario sentido del oído para escuchar también a sus parejas y amantes, porque tenían que

discernir si estos hombres eran honrados, afectuosos y paternales antes de darles hijos y dedicar su vida a multiplicar los genes de ese hombre.

Hoy, esta capacidad innata también puede decir a la mujer algo sobre sus compañeros de trabajo. Una voz levemente crispada, una sílaba silenciada, un temblor al hablar, una nota de urgencia: las mujeres captan todas estas pistas auditivas cuando hablan por teléfono, en la alcoba o incluso durante la comida. Después reproducen esta información vocal mentalmente y la utilizan para componer un cuadro del otro.

Huellas olorosas

Los seres humanos pueden detectar más de diez mil elementos olfativos distintos; nadamos en olores cada vez que inspiramos. También producimos y absorbemos fragancias, adquiriendo una «huella olorosa» propia tan característica como nuestra cara o nuestras manos. Pero las mujeres detectan olores más leves que los hombres.¹⁷ Durante el ciclo menstrual, cuando el estrógeno alcanza un nivel máximo, la capacidad femenina para discernir olores también aumenta.¹⁸ Y su sensibilidad para los aromas desciende con la edad menos acusadamente que en los hombres.

Las mujeres viven en un universo olfativo más rico y reconocen los diversos olores con mayor precisión que los hombres.19

El excepcional sentido del olfato de la mujer probablemente se desarrolló por la misma razón evolutiva por la que las mujeres adquirieron su acusado sentido del tacto y el oído: para proteger a sus crías. Con su nariz perceptiva, las madres primitivas detectaban humos peligrosos, carne podrida y hasta el olor de un extraño en la oscuridad.

Este sentido olfativo probablemente les ayudara también a reaccionar de forma inmediata. Los olores tienen una

conexión directa con la memoria remota y los centros emocionales del cerebro, donde producen la detonación de sentimientos elementales. Como dijera Rudyard Kipling sobre este hecho: «Los olores tienen mayor poder que las imágenes y los sonidos para hacer vibrar las fibras del corazón». Así, cuando la mujer primigenia olía peligro, se sentía embargada de temor y ternura y se precipitaba a proteger a su hijo.

Las mujeres siguen utilizando su agudo sentido del olfato para criar y proteger a sus criaturas. Cuando se le vendan los ojos a una madre, ésta sabe distinguir a su propio bebé entre un grupo de pequeños simplemente por el olfato,

algo que los padres no consiguen hacer demasiado bien.20

Pero las mujeres utilizan también su afinado equipamiento sensorial en el trabajo y en situaciones sociales. «La nariz sabe», solía decir Jimmy Durante. Las mujeres advierten los perfumes y lociones que te pones, el olor en el aliento al alcohol de la noche anterior, los olores de tu abrigo y tu pelo, y los aromas que acarreas a la oficina desde el gimnasio, el salón de belleza, la biblioteca o el parque. Las mujeres archivan estos mensajes aromáticos en los depósitos de su memoria mientras van construyendo un cuadro de la persona.

Papilas gustativas

«Fue un hombre audaz el primero en comerse una ostra», escribió Jonathan Swift. La dieta humana es muy variada. Al fin y al cabo, somos omnívoros; devoramos una increíble variedad de plantas y animales. Pero las mujeres y los hombres tienen un sentido del gusto algo diferente.

Las pasas, el zumo de pomelo, la guindilla, el refresco de zarza, las patatas fritas son alimentos de sabor fuerte que las mujeres consumen con mucho menor placer que los hombres,²¹ en gran medida porque las mujeres, por regla general, pueden apreciar los

sabores dulces, agrios, salados y amargos en concentraciones más bajas. 22 En un estudio de sabores dulces, por ejemplo, los científicos añadieron sacarosa a quesos frescos y nata espesa. Resultó que a las mujeres les gustaba el queso y la nata cuando el nivel de sacarosa era aproximadamente del 10 por ciento y a los hombres les gustaban estos aumentos con el doble de dulce. 23 ¡A los chicos pequeños les encanta la crema con un 40 por ciento de sacarosa!

He advertido estas diferencias de género en los restaurantes. A mí me gustan algunos postres muy dulces, como el pastel de pecana y la tarta de fresas, pero he mirado pasmada a amigos míos

que se tomaban una *mousse* de chocolate acompañándola con Coca-Cola y después remataban el postre con almendrados.

Esta sensibilidad femenina probablemente se desarrollara también a partir de la necesidad primigenia de la mujer de proteger y nutrir a sus hijos. Con su habilidad para detectar los sabores amargos, las madres primitivas podían proteger contra los venenos, dado que la mayoría de los venenos del reino vegetal son amargos. 24 Con su capacidad para discernir diversos grados de dulce y agrio podían apartar los frutos inmaduros o menos nutritivos. Con su sensibilidad para lo salado,

nuestras antepasadas reconocían el agua salobre antes de dar de beber a sus criaturas.

Se ha dicho que la boca es el guardián de la puerta del cuerpo. Las papilas gustativas inspeccionan las sustancias que entran por ella para que nada perjudicial pase al estómago. Las mujeres prehistóricas casi con seguridad probaban los alimentos antes de dárselos a sus niños.

Pero hoy las mujeres captan rasgos sutiles de tu personalidad sentadas en la cafetería de la oficina mientras comen alguna cosa en tu compañía.

La noche es de la mujer

Nuestro sentido humano más vital es la vista. Durante al menos sesenta millones de años nuestros antepasados vivieron en los árboles, donde un paso en falso podía costarles la vida. Los monos, en efecto, a veces caen al suelo y mueren. A consecuencia de este largo tránsito por el follaje arbóreo, la naturaleza ha dotado a mujeres y hombres de una magnífica visión, al menos cuando son pequeños.

Pero los sexos ven de forma algo diferente. Los hombres tienen una visión excelente a la luz. Curiosamente, también les afecta más la luz muy fuerte. En la oscuridad las mujeres tienen una

visión superior, su vista se adapta más rápidamente a la oscuridad y ven con más nitidez en plena noche.²⁵

Esta probablemente sea otra herencia de la historia profunda, cuando las madres necesitaban buena visión nocturna para realizar labores esenciales: alimentar, curar y consolar a pequeños llorosos en praderas sin luz de luna. Pero actualmente esta especial agudeza actúa a favor de la mujer en restaurantes poco iluminados, durante presentaciones con proyector en el trabajo, y en todos los quehaceres que exigen ver con poca luz.

Las mujeres tienen también mejor

visión periférica. Debido a la constitución del globo ocular, los hombres tienen una percepción de profundidad algo mejor mientras que las mujeres tienen un campo de visión ligeramente mayor.²⁶ Literalmente, las mujeres ven un «panorama más amplio». Es posible que en el pasado remoto las mujeres utilizaran esta clara visión periférica para mantener vigilados a sus hijos mientras ellas trabajaban por allí cerca, puede que al lado de una marisma, cogiendo cangrejos o machacando nueces.

Hoy día, las mujeres utilizan esta aptitud para estudiar tu forma de andar, la inclinación de tu cuerpo y el modo de

cruzar las piernas o tamborilear los dedos durante una reunión de trabajo. Una mejor visión periférica permite también a la mujer hacer rápidos reconocimientos visuales de los invitados en un multitudinario encuentro profesional o social.

Las mujeres y el color

«Los espíritus más puros y más considerados son los de las personas que aman el color por encima de todo», decía John Ruskin. Nadie sabe cuál de los sexos ama más el color, pero las mujeres suelen distinguir los colores, particularmente los diversos tonos de rojo y verde, con mayor precisión. 27

Uno de cada ocho hombres blancos norteamericanos nace con alguna deficiencia en la visión de los colores rojo y verde. O bien tiene dificultad para distinguir la mayoría de los tonos rojos de la mayoría de los verdes, o confunde las tonalidades más suaves como el rosa pálido y el azul verdoso pastel, o el marrón y el verde oliva.²⁸ Sólo una de cada 230 mujeres nace con alguna dificultad para distinguir el rojo del verde o para apreciar los tonos delicados de uno y otro.²⁹

Este talento femenino para percibir matices de rojo y verde está genéticamente determinado. Los genes

para la visión de la gama rojo/verde y todas sus combinaciones residen en el cromosoma X. Debido a que las mujeres tienen dos cromosomas X, los genes normales de un cromosoma cubren cualquier gen defectuoso en el otro. Pero los hombres sólo tienen un cromosoma X, de modo que si heredan algún gen defectuoso para la visión de los colores rojo y verde no cuentan con un gen normal que neutralice sus efectos. A consecuencia de ello, pueden cometer errores graves cuando se compran un jersey, intentan empalmar cables eléctricos con código de color o se aproximan a un semáforo.

Las mujeres también recuerdan con

más exactitud que los hombres los matices, tonos y gradación de los colores. Esta memoria cromática, así como su mayor capacidad para distinguir los rojos y verdes, evolucionó sin duda a lo largo del prolongado pasado de la mujer buscando frutas y verduras, el equivalente de ir a la compra. ¿Están las bayas rojas; están maduras? ¿O están verdes y agraces? Con su sensibilidad para el color, la mujer primigenia podía discernir lo que era comestible, lo que no era nutritivo, e incluso lo que era peligroso. Las que tenían mejor visión para el color sobrevivían, daban a sus hijos alimentos más sanos, y al pasar las estaciones y sumarse los siglos, la selección natural

favoreció a las mujeres con un sentido superior del color.

La capacidad femenina para ver tonalidades de rojo puede haber ayudado también a la mujer a curar a sus niños. Juzgamos la salud de una persona por el color de sus labios y sus mejillas. Es por esta razón que las mujeres se pintan los labios y se ponen colorete: para anunciar su buena salud a amigos y pretendientes. Pero las tonalidades de rojo son también los colores de la fiebre, el sarpullido y la inflamación, de los ojos llorosos y las heridas infectadas. Las mujeres primitivas que sabían interpretar los diversos tonos de rojo de la cara y ojos de su hijo

detectaban los primeros síntomas de enfermedad, así como de temor o conmoción. Las hembras con visión aguda curaban a sus pequeños en una proporción mucho mayor.

Pero hoy día, en el lugar de trabajo, la mujer discierne mejor un ligero rubor de vergüenza, la palidez de la desesperación o la lozanía de la salud, y utiliza estas señales para juzgarte.

Leer el rostro

Tacto, oído, olfato, gusto, visión nocturna, visión periférica, visión cromática: la penetración sensorial de la mujer le proporciona una excepcional ventaja en cualquier ocupación que exija

comprensión y buenas relaciones con los demás. Pero las mujeres disponen de algunas flechas más en su carcaj social: tienen una increíble capacidad para interpretar las expresiones faciales.

En una reveladora demostración de esta aptitud, los neurocientíficos Rubén y Raquel Gur, junto a sus colegas de la Universidad de Pensilvania, mostraron una serie de diapositivas de rostros humanos a veinticuatro voluntarios masculinos y quince femeninos, y les preguntaron cuáles estaban tristes. Los participantes clasificaban cada fotografía en una escala del uno al siete.³⁰

Las mujeres resultaron ligeramente más sensibles a la tristeza en las caras masculinas que en las femeninas. Los hombres, sin embargo, se mostraron extremadamente insensibles a las expresiones de infelicidad en las caras femeninas. Como observaron los Gur: «La expresión de la mujer tiene que ser muy triste para que los hombres lo perciban. Las expresiones sutiles les pasaron totalmente desapercibidas».31

Muchos estudios confirman los resultados de los Gur. Las mujeres, por término medio, son mejores a la hora de descifrar emociones mirando a la cara. Las niñas en edad preescolar, las de la escuela primaria y las de secundaria

tienen más habilidad que los chicos de las mismas edades para interpretar las emociones de un rostro, 32 y las mujeres tienen un talento especial para interpretar las expresiones en la cara de un bebé. La experiencia en el cuidado de niños o la vivencia de ser madre no contribuyen a esta diferencia de género, porque las mujeres solteras sin ninguna experiencia con niños son observadoras tan perspicaces de las expresiones faciales de los pequeños como las madres con muchos años de práctica. 33

Las norteamericanas comparten esta aptitud para interpretar expresiones con las mujeres de al menos otros diez países. 34 Incluso en aldeas de las

selvas de Nueva Guinea, las mujeres son más diestras que los hombres a la hora de juzgar emociones mirando a la cara.
35

Es frecuente que las personas socialmente subordinadas destaquen en la interpretación de las expresiones faciales de sus jefes y otras personas de rango más alto.³⁶ Por tanto, la mayor capacidad de la mujer para percibir la tristeza y otras emociones faciales podría venir en parte de muchos siglos ser tratadas como seres inferiores por el hombre.

Pero la capacidad para reconocer emociones en el rostro de los demás está

también ligada al estrógeno, la hormona femenina. Las niñas que nacen con un solo cromosoma sexual (síndrome de Turner) tienen menor cantidad de estrógenos circulantes al llegar a la edad adulta y son relativamente deficientes a la hora de reconocer las emociones en la expresión de los demás. 37 Al parecer, la evolución ha constituido químicamente a la mujer para destacar en este esencial talento social que es percibir el mundo interior de la persona con mirarla a la cara.

No es difícil especular en torno al porqué de que las mujeres superen a los hombres en la interpretación de las expresiones faciales. En tiempos

ancestrales, el hombre que se equivocaba al interpretar la cara de un enemigo podía terminar con una lanza en el vientre. Así pues, los hombres necesitaban también entender los detalles expresivos de sus compañeros de caza. Pero si un hombre malinterpretaba el rostro de una mujer no provocaba más que unas cuantas palabras airadas, quizá el equivalente primitivo de pasar la noche en el sofá del salón. Aun el hombre que interpretaba equivocadamente la cara de un niño perdía poco a causa de su error. Para los hombres, esta clase de fallo sólo era grave en circunstancias peligrosas, e infrecuentes.

Ahora bien, si la mujer primitiva se equivocaba al interpretar la expresión de un bebé, o la de sus hijos e hijas en pleno desarrollo, perdía información vital sobre su salud cotidiana. Las mujeres tenían que leer también la expresión de los hombres, especialmente de los que elegían para emparejarse o enamorarse. ¿Sería falso, cruel, indolente, cobarde? La mujer necesitaba saber todo lo posible sobre el hombre antes de tener relaciones con él y darle un hijo.

En otros tiempos, la habilidad para interpretar expresiones permitía a la mujer cuidar de sus inermes hijos en edad preverbal y juzgar a potenciales

parejas. Actualmente se está convirtiendo en una destreza vital también en el mercado global. Cada vez son más las personas dedicadas a los negocios que tienen que tratar con una amplia variedad de compañeros y clientes, entre ellos personas de muchas culturas foráneas. Para operar con eficacia en este mundo social desconocido necesitan todos los detalles sociales posibles.

Lenguaje corporal

Las mujeres son, además, más hábiles para interpretar las claves corporales no faciales que transmitimos sin darnos cuenta.

Un 90 por ciento de los mensajes emocionales de las personas no son verbales.³⁸ Podemos decir que lo estamos pasando muy bien en una fiesta, pero nuestros brazos pegados al cuerpo transmiten otro mensaje. De hecho, durante la conversación las palabras a menudo componen solamente una fracción de la comunicación: el tono de voz transmite hasta un tercio del mensaje; ³⁹ los gestos, las posturas y las expresiones faciales suministran la mitad o más de la comunicación.

Emitimos todas estas pistas de forma espontánea: no hay más que observar a hombres y mujeres hablando con sus

teléfonos móviles mientras caminan por la calle, agitando los brazos, sonriendo, frunciendo el ceño, enviando una multitud de señales a alguien que no está presente.

Los tests realizados con miles de hombres y mujeres de diecinueve países demuestran que la mujer es superior a la hora de interpretar las emociones de los demás por su tono de voz, su postura, sus gestos y otros impulsos no verbales.⁴⁰ Niñas y mujeres prestan más atención al lenguaje corporal, mientras que es más probable que los hombres se concentren en las palabras. A consecuencia de ello, las mujeres captan más señales no verbales y las

advierten con mayor rapidez.41

«Lo único que pido es una buena ventaja», dijo en una ocasión W. C. Fields. Cuando se trata de formarse un juicio sobre las personas, las mujeres tienen una ventaja indiscutible, gracias a la profusión de herramientas biológicas que han desarrollado para interpretar tu cuerpo y tu cara.

También advierten prácticamente todo lo que hay a tu alrededor.

Recordar el contexto físico

«Puedes mandar a la iglesia a un hombre y una mujer, pero será ella la que podrá decirte qué llevaba puesto

cada uno de los presentes», comentó una vez el paleontólogo Louis Leakey. 42 Las mujeres suelen ser superiores a la hora de advertir y recordar los contextos físicos. 43 Por ejemplo, cuando se muestra a un hombre y una mujer un grupo de objetos que después son movidos o desplazados, las mujeres suelen percatarse mejor de los cambios.44

Esta aptitud para discernir contextos puede guardar relación con la capacidad femenina para advertir y recordar puntos determinados del entorno.45 En una prueba memorística se introdujo a hombres y mujeres en un despacho donde les dijeron que esperaran unos

minutos hasta la llegada de alguien. Después les hicieron salir de la habitación y les pidieron que recordaran la localización de los objetos del despacho. Increíblemente, las mujeres recordaron un 70 por ciento más de artículos que los hombres.⁴⁶ Las mujeres, además, recuerdan más detalles de una ciudad, un *campus* universitario o una casa particular que han visitado y los rememoran con mayor rapidez.⁴⁷

Las mujeres incluso se orientan por medio de objetos estacionarios distribuidos por un panorama determinado. «Gira a la izquierda después de la tienda de ultramarinos, y luego a la derecha cuando veas una

pared alta de piedra». Cuando las mujeres dan direcciones, especifican el doble de puntos concretos que los hombres.

Esta «memoria locativa», la habilidad femenina para recordar lugares fijos, aparece en la pubertad, cuando aumentan los niveles de estrógeno.⁴⁸ Por ello, los psicólogos Irwin Silverman y Marión Eals tienen la hipótesis de que esta forma femenina de orientación espacial proviene de tiempos remotos, cuando las mujeres tenían por necesidad que recordar la localización de pozos de agua y espesuras de frutos silvestres, de conos de termitas o higueras en los terrenos donde recolectaban. Las

mujeres debieron utilizar estos rasgos inamovibles del paisaje como hitos para encontrar el camino de vuelta.

Los hombres, por su parte, suelen orientarse por la distancia y los puntos cardinales. «Recorre un cuarto de milla hacia el norte por la autopista 9, después unas quinientas yardas hacia el este por la carretera 21». Cuando los hombres dan direcciones, incluyen el doble de referencias cuantitativas y cardinales que las mujeres.⁴⁹

En una serie de estudios, este método masculino de orientación se ha asociado con las hormonas masculinas, especialmente con la testosterona.⁵⁰ Así

pues, esta característica masculina muy probablemente surja de la ocupación primigenia del hombre: la caza. Habría resultado difícil a los cazadores primitivos advertir matorrales de bayas específicos mientras vigilaban la carrera de los antílopes u observaban el vuelo de los buitres. Percatarse de la posición del sol y calcular la distancia recorrida en una dirección era una forma más práctica de orientarse cuando seguían a alguna presa en movimiento.

En el pasado, ambas formas de orientación debieron ser de vital utilidad. Pero la memoria locativa de la mujer está adquiriendo nueva importancia en el lugar de trabajo.

Cuando una mujer entra en el despacho de otra persona advierte el barco en miniatura de su estantería, las fotografías del Nepal, la novela rusa junto a la ventana o la raqueta de *squash* detrás de la puerta. Después utiliza estos detalles personales en su trato con este colega.

En el caso de personas que necesitan ayuda para encontrar objetos, es frecuente que la excelente memoria locativa de las mujeres salve la situación. Las gafas, las entradas de la ópera, las llaves del coche, los zapatos deportivos, las tarjetas de visita, compromisos apuntados en un cuadernillo: a veces nuestras

pertenencias nos abruma. A la hora de recordar dónde están todas esas cosas, las mujeres se llevan la palma.⁵¹

La naturaleza del otro tacto

Asimismo, las mujeres disponen de todo un arsenal de habilidades para el trato. Con su delicado sentido del tacto entienden tu apretón de manos. Con su oído sensible discernen la vacilación de tu voz, el titubeo, la cadencia. Con su superior visión periférica y habilidad para detectar señales no verbales registran el movimiento impaciente de un pie, incluso en la penumbra de una presentación con diapositivas en la oficina. Saben por tu expresión si estás

confundido o aburrido; perciben el olor de tu ropa y de la habitación; observan el material, corte y color de tu traje. Y se percatan de lo que te rodea, del pisapapeles de tu escritorio y del bastoncito para cóctel tirado en el suelo. Después utilizan esta batería de datos para deducir lo que quieres oír y pasan a manipularte con palabras.

«Proceder con tacto es, después de todo, una especie de lectura del pensamiento», escribió Sarah Orne Jewett. A lo largo de incontables años de criar niños en fase preverbal, las mujeres desarrollaron una multitud de aptitudes para entender las necesidades y deseos de los que las rodeaban.

Y las mujeres siguen utilizando estas dotes para la crianza de sus hijos, pero sus habilidades femeninas les permiten también destacar en toda clase de tareas en que hay que proceder con inteligencia, intuición y tacto. Traductores, intérpretes, oficiales de policía, detectives, terapeutas, trabajadores sociales, técnicos en publicidad, asesores financieros, abogados, arbitros, mediadores, y muchos más de estos «profesionales de la gente» serán mujeres en años venideros.

Y muchas de ellas aportarán también a su trabajo otro extraordinario talento

social femenino. Decenas de pruebas psicológicas demuestran que las mujeres son, por término medio, más diestras en lo que los psicólogos llaman sensibilidad interpersonal.

Genes femeninos para habilidades sociales «ejecutivas»

Actualmente, los neurocientíficos creen que la sensibilidad interpersonal, un conglomerado de aptitudes que denominan «habilidades sociales ejecutivas» o «cognición social», reside en la corteza prefrontal, el área que se encuentra detrás de la frente y que se considera una encrucijada cerebral.

Cuando tienes una corteza prefrontal

bien formada eres consciente, por ejemplo, de los sentimientos de los demás. Captas con facilidad las expresiones faciales emotivas, adviertes e integras las señales del lenguaje corporal, eres flexible y sensible, y tienes un comportamiento pertinente en situaciones de interacción sociales; eres diplomático e inteligente para hacer y conservar amigos; mantienes buenas relaciones con hermanos, padres y profesores. Y puedes dominar los impulsos que te desvían de la consecución de tus metas sociales. 52

El neurólogo David Skuse tiene la hipótesis de que la mujer posee más posibilidades que el hombre de adquirir

la dotación genética para este conjunto de aptitudes sociales. ¿Por qué? Porque él y sus colegas han localizado estas habilidades sociales en un gen o grupo de genes específico del cromosoma X que influye en la formación de la corteza prefrontal, según el estudio comentado en el capítulo 1. Como se observó anteriormente, debido a determinadas pautas de herencia e interacciones corporales, este gen o grupo de genes queda silenciado en todos los hombres pero permanece activo en aproximadamente un 50 por ciento de las mujeres. De ahí que alrededor de la mitad de la población femenina tenga la arquitectura cerebral necesaria para destacar en la percepción de todos los

Otro aspecto de la arquitectura cerebral podría contribuir a la superioridad de las habilidades sociales femeninas: los puentes de tejido que conectan los dos hemisferios.

Los dos hemisferios de la corteza cerebral tienen funciones especializadas. Por ejemplo, el hemisferio derecho actúa más cuando se interpretan expresiones faciales o se detectan emociones en el tono de voz.⁵⁴ Pero la gente interpreta estos datos no verbales en centros verbales situados en la corteza cerebral izquierda. Y esta es la hipótesis: debido a que el cerebro

masculino tiene puentes de conexión algo menores entre los dos hemisferios, podrían ser menos ágiles a la hora de interpretar información no verbal y estar por ello peor dotados para las habilidades sociales ejecutivas.⁵⁵

Las mujeres son observadoras natas

«¿Quién eres tú?», le pregunta la Oruga a Alicia en *Alicia en el país de las maravillas*. Al igual que la oruga, las mujeres quieren enterarse.

Empiezan en la infancia. Las niñas recién nacidas pasan más tiempo que los niños en contacto ocular con los adultos.⁵⁶ A los cuatro meses, la niña capta los rasgos faciales mejor que los

niños y distingue mejor entre una persona y otra. 57 Una niña bebé sonríe más ante un rostro humano mientras que el niño sonríe con igual intensidad ante una luz parpadeante.58 Al año de edad, las niñas se aproximan a sus madres y a desconocidas adultas con más frecuencia que los niños y permanecen más cerca de ellas.59

Esta curiosidad femenina por las personas se mantiene a lo largo de toda su vida. Niñas y mujeres prestan mayor atención a las caras; las reconocen mejor que niños y hombres y utilizan la «mirada amistosa» más a menudo cuando se relacionan. Se encuentran, además, más cómodas hablando y

escuchando a distancias más cortas.⁶⁰ A las niñas les atraen las personas. Y a medida que van creciendo, empiezan a «trabajarse» a la gente.

La amistad, dijo Samuel Johnson, debe estar en «constante estado de reparación». Las mujeres así lo creen: ellas son quienes envían la mayoría de las tarjetas de felicitación, quienes dan las fiestas, quienes mantienen ocupadas a las compañías telefónicas los fines de semana, y quienes invierten más cantidad de tiempo y energía en conservar los lazos familiares.⁶¹ Como se vio en el capítulo 2, las mujeres se constituyen en agentes de redes de afiliación, obligaciones y

responsabilidades; después alimentan estas conexiones hablando, escuchando, solidarizándose y empleando al completo su don de gentes, y, naturalmente, su encantadora sonrisa.

Las mujeres sonríen más en ocasiones sociales que los hombres, 62 seguramente para conectar con los demás. Las mujeres incluso sonríen más cuando están solas, en un restaurante, por ejemplo, o mientras escuchan un relato grabado en cinta.⁶³

Debido a que las personas socialmente subordinadas sonríen con mayor frecuencia que las dominantes,⁶⁴ algunos psicólogos consideran esta

característica femenina como una expresión de deferencia y apaciguamiento, resultado de muchos siglos de subordinación social. Pero la «sonrisa social» de las mujeres comienza en la infancia y va en aumento con la edad.⁶⁵ Por eso los psicólogos han llegado a la conclusión de que la sonrisa y la risa femeninas sirven como una especie de argamasa social: mitigan tensiones, sincronizan estados de ánimo, puntúan pensamientos y solidifican los lazos sociales.⁶⁶

Las habilidades sociales innatas de la mujer serán un valor en alza prácticamente en todos los sectores de la economía del siglo XXI. Peter

Drucker y muchos otros prestigiosos analistas de empresas han llegado a considerar a las personas como el recurso más esencial de una compañía.⁶⁷ «La organización del futuro», dice Peter Drucker, «tiene que ser neuroburocrática y estar basada en el concepto de capital humano».⁶⁸

Con sus dotes para el trato humano, su habilidad lingüística, su afición a crear redes de contacto y su capacidad para el pensamiento contextual, las mujeres serán un capital humano de extraordinario valor en cualquier entorno empresarial. Ningún sector del mercado, sin embargo, necesita habilidades sociales más constantemente

que las profesiones de servicios.

A SU SERVICIO

Brenda Scharlow, de Clarksville, en Indiana, ha instalado una piscina de tres pies de profundidad en un camión de bomberos de 1954 que ha reformado. Cuando recibe una llamada, se sube a la cabina y se presenta en la puerta de tu jardín para enseñar a tus hijos a flotar y nadar. 69

Hay unas 239.000 personas, en su mayoría mujeres, que son «técnicas en uñas» cualificadas: te pintan las uñas de los pies mientras lees o charlas.70 Hay

personas emprendedoras que te venden comida caliente en las estaciones de tren, devuelven los libros que sacaste de la biblioteca y los vídeos alquilados, rellenan el papeleo de las recetas médicas, te decoran el salón, planifican tus vacaciones, revisan tus manuscritos y hasta te limpian los armarios.

Hay monitores personales de gimnasia que te someten a pruebas de resistencia y potencia muscular y después te ponen un plan de ejercicios y lo supervisan; chefs personales que te educan el paladar, te ponen una dieta especial e idean, guisan y presentan tus comidas; hay quienes buscan y compran vestidos a juego con tus zapatos o tus fulares;

asesores financieros personales que tras escuchar tus planes para seguir estudios, casarte o jubilarte adquieren bonos o acciones en tu nombre.

Ya no hay que cocinar. En 1994 los norteamericanos dedicaron alrededor de un 44 por ciento de su dinero en efectivo a comprar alimentos guisados fuera de casa. 71 Estan proliferando los restaurantes de barrio y las tiendas de comida preparada. De hecho, los demógrafos predicen que al menos el 20 por ciento de los supermercados van a cerrar en años venideros porque seguiremos comprando comida preparada y saliendo a comer fuera. 72

Si trabajas como cocinero de un restaurante, panadero, manicura o botones, en un establecimiento de lavado o limpieza en seco o en un vivero que vende plantas especiales de interior, el Bureau of Labor Statistics pronostica que la demanda de tus servicios irá en aumento en los próximos años.⁷³

De hecho, el sector de la economía estadounidense de crecimiento más rápido se compone de personas con empleo autónomo que tienen pequeñas empresas de servicios.⁷⁴ A medida que aumente el número de mujeres — y de hombres— con trabajos fuera de casa que necesitan ayuda en sus labores

domésticas se incrementará el número de pequeños negocios. Bienvenidos a un nuevo estrato de la sociedad, lo que los analistas de tendencia Edie Weiner y Arnold Brown llaman «la clase de servidores profesionales».

¿Quiénes son estas personas?

Según el *Statistkal Abstract of the United States*, el 60 por ciento de las personas que trabajan en las industrias de servicios son actualmente mujeres. Alrededor de cuatro millones de empresas de servicios son propiedad de mujeres, y representan un 52 por ciento de todas las compañías de propiedad femenina de Estados Unidos. 75

Las mujeres norteamericanas no son las únicas que están ocupando las profesiones de servicios. En 1990, las mujeres europeas y de otros países desarrollados cubrían el 60 por ciento de los empleos del sector de servicios.⁷⁶ En la práctica totalidad de los 174 países desarrollados y en vías de desarrollo analizados por las Naciones Unidas en 1995, las mujeres ocupaban aproximadamente el 50 por ciento de todos los puestos de trabajo de oficina, ventas y servicios.⁷⁷

Las mujeres de todo el mundo están convirtiendo en dinero contante sus ancestrales dotes para el trato con los

demás.

Las mujeres detectives, policías y consejeras

Una extraordinaria proveedora de servicios profesionales —y probablemente un anticipo de lo que va a ocurrir en el siglo XXI— es Marie Schembri. Esta mujer dice del tercer piso de su casa de Nueva York que es una «cueva de murciélagos». En ella guarda sus pelucas, sus diminutas cámaras fotográficas, sus prismáticos y gafas negras, su uniforme de la Cruz Roja, sus botas de combate. A cambio de determinadas tarifas, Schembri se viste como exige la ocasión y después

peina los rincones de la calle 42 o del Village para encontrar a una hija drogadicta, descubrir a un marido con su amante, averiguar por qué una ex esposa gasta tanto dinero, localizar artículos robados o suministrar prácticamente cualquier otro servicio que pueda pedirse a un detective privado.

Schembri pone su ingenio a disposición del público y está convencida de que las mujeres son buenas detectives privados, una ocupación tradicionalmente masculina. «Las mujeres no tienen fuerza», dice, «y han tenido que confiar en la astucia».78

Es bastante probable que Schembri y

sus compañeros de oficio tengan trabajo en abundancia en años próximos. Según el Bureau of Labor Statistics, el trabajo de investigador privado figura entre las veinticinco ocupaciones de mayor crecimiento en Estados Unidos.⁷⁹

Las mujeres están también abriéndose camino lentamente en las fuerzas policiales de Estados Unidos, en parte debido a sus dotes para el trato social. Sólo el 13 por ciento de los oficiales y detectives de la policía estadounidense son mujeres,⁸⁰ pero los departamentos de policía han empezado a reconocer que las mujeres poseen ciertas cualidades que son de vital importancia. Las agentes femeninas son magníficas,

por ejemplo, para conseguir atraer a un delincuente a un coche patrulla. Las mujeres no levantan la voz ni la porra; son más tranquilizadoras y se enfrentan menos que los hombres; y tienden a apaciguar a los sospechosos con buenas palabras para detenerlos sin provocar reacciones violentas.⁸¹

Las mujeres policía son también muy hábiles para extraer confesiones. La capitán Margaret York y su compañera son responsables del mayor número de confesiones de la división de homicidios del Departamento de Policía de Los Angeles. Como dice York sobre su récord de éxitos: «Esta gente o bien nos ve como figuras maternas, o cree

que somos demasiado idiotas para saber qué hacer con la información que nos dan».82 Las mujeres policía están recibiendo reconocimiento también por su especial eficacia para trabajar con delincuentes juveniles y con casos de violencia doméstica y violación.83

También las mujeres abogadas saben aplicar su maña femenina. Debido a que las abogadas tienden a ser más silenciosas y más compasivas que sus equivalentes masculinos, los testigos olvidan en ocasiones que están hablando con el adversario y, a consecuencia de ello, las mujeres consiguen obtener más información al interrogar a los testigos durante su declaración.84

Las agencias de publicidad, empresas de contabilidad jurada y compañías que operan en el mercado de valores están reconociendo el especial don de las mujeres con los clientes. 85 Un 58 por ciento de los especialistas en relaciones públicas son mujeres, como también el 35 por ciento de los ejecutivos de publicidad y el 52 por ciento de contables y auditores.86

También hay mayor número de mujeres que trabajan como asesoras financieras. Hardwick Simmons, presidente de Prudential Securities, explica así esta tendencia: «Lo que buscan cada vez más los inversores es establecer una relación

con su asesor financiero. Quieren alguien de quien puedan fiarse, alguien que les escuche. No sé si es la naturaleza o el medio, pero en mi experiencia, las mujeres están mejor dotadas que los hombres, por regla general, para crear esta clase de relaciones».87

Es la naturaleza, señor Simmons. Al menos de forma considerable. A medida que siga prosperando el sector de servicios profesionales y personales seguirán prosperando también las mujeres.

Ventas al por menor

«Las mujeres siempre están

comprando algo», observó Ovidio ya en la antigua Roma. A este respecto, las cosas no han cambiado mucho. Pero la mujer actual no sólo compra, también vende; vende determinadas cosas. Los hombres venden televisores, automóviles y aparatos eléctricos, y el 85 por ciento de los que venden a empresas son hombres. Pero el 77 por ciento de los vendedores de ropa al por menor son mujeres.

La industria minorista experimenta hoy día un auge, particularmente para las mujeres. Mientras que los puestos de trabajo de vendedor se han incrementado cinco veces desde 1900 para los hombres, han ascendido más de

trece en el caso de las mujeres.⁸⁸ Las norteamericanas ocupan en la actualidad el 65 por ciento de los puestos de venta al por menor y servicios personales y el 75 por ciento de los puestos en ocupaciones relacionadas con la venta.⁸⁹ El trabajo de vendedor se encuentra hoy día entre las tres ocupaciones de mayor crecimiento en Estados Unidos.⁹⁰

En los países europeos, así como en algunos de África, Asia y América Latina, las mujeres desempeñan también la mayor parte de los trabajos de servicios y venta al por menor.⁹¹

Un personaje de Trollope dice de las mujeres que son «las mejores

estafadoras de nuestra época». Quizá estuviera pensando en la misteriosa habilidad de la mujer para leerte el pensamiento y decirte lo que quieres oír. Mientras siga aumentando el número de personas que compran ropa, joyas y Dios sabe cuántas cosas más en Estados Unidos y otros lugares, sin duda se seguirá llenando la bolsa colectiva de las mujeres.

Ocio creativo

«El futuro ya no es como antes», se dice que exclamó Yogi Berra. En el pasado, los norteamericanos deseaban llenar sus horas de ocio contemplando el paisaje y con una siesta en la playa.

Ahora no. Hoy día muchos de ellos proyectan dedicar su valioso tiempo libre a diversiones mucho más creativas. El «ocio creativo» está en alza. 92

Bisbee, un antiguo pueblo minero del Estado de Arizona, ha sustituido sus tabernas vacías por veintisiete galerías de arte, tres museos y un festival de arte en verano. Las compañías de ópera de Estados Unidos han aumentado de sesenta a más de cien desde 1975. Se han creado treinta y seis nuevos museos para niños desde 1990. Están surgiendo toda clase de campamentos imaginativos. Camp Start Up ofrece a las niñas con edades comprendidas entre los trece y los dieciocho años dos

semanas de descanso estival mientras se instruyen acerca de las diversas profesiones del mundo empresarial. Las niñas hacen presentaciones de negocios, asisten a «comidas de empresa», diseñan tarjetas de visita profesionales y aprenden a jugar al deporte más importante en este medio: el golf. En un centro vacacional situado en el complejo Disney de Orlando, Estado de Florida, puedes seguir ochenta cursos distintos mientras tus hijos juegan con el ratón Mickey.

Jeny Mallett, presidente de Adventure Travel Society, afirma que «el mercado femenino es el que está impulsando la industria del viaje».93 A mi juicio, no

es casualidad si aprender y explorar son diversiones de moda. Unos 5 millones de norteamericanos hicieron cruceros en 1996, un aumento de 1,4 millones desde 1980. También están en alza las peregrinaciones religiosas; en la Red aparecen alrededor de veinte mil ofertas para este tipo de viajes.⁹⁴ Atraen asimismo a gran número de personas los parques temáticos, las megaiglesias combinadas con parques de atracciones, las granjas escuela y los ranchos de vacaciones.

Los norteamericanos gastaron en sus vacaciones más de 416.000 millones de dólares en 1995, según la Asociación de la Industria del Viaje de Estados Unidos.

Y no son los únicos. Los habitantes de otros países ricos están dedicando también gran cantidad de dinero a diversiones, viajes y cenas en restaurantes. 95 De hecho, el turismo se considera hoy día como la mayor industria del mundo. 96 En 1997, el valor económico total de todos los bienes y servicios ligados al turismo fue de 3,6 trillones de dólares, alrededor del 10 por ciento del producto global bruto.

Los aviones de mayor capacidad, las tarifas más bajas, la apertura de los antiguos países comunistas, los programas de viajes en televisión, los viajes de negocios que incluyen a algún

miembro de la familia: actualmente, son muchas las fuerzas que están estimulando el anhelo humano de viajar.

Dado que los ciudadanos de las sociedades industriales se jubilan antes, dado que viven más y que los niños del *baby boom* se aproximan a los cincuenta y los sesenta años, serán cada vez más las personas que utilicen su tiempo libre en viajes, diversiones y educación. Recorrer el mundo es lo que piden los tiempos, y por ello el trabajo de agente de viajes será una de las veinticinco ocupaciones que más aumenten en Estados Unidos para el año 2005. Los asistentes de vuelo no se quedarán en zaga.97

«Es un talento feliz el de saber divertirse», escribió Emerson. Es un talento que el mundo está practicando. Como dice Deborah Lührman, de la Organización Mundial de Turismo, «en este momento viajar es uno de los derechos humanos fundamentales».98 Naturalmente, habrá numerosas mujeres entre aquellos que se lancen por los caminos. Pero otras muchas trabajarán en la industria del viaje y el entretenimiento y prosperarán gracias a esta ansia de conocer mundo.

Hogares con encanto

Las mujeres van a prosperar también gracias a los que se queden en casa.

Martha Stewart acaso sea el barómetro de este mercado, porque ella ha inducido a millones de personas a cuidar las plantas, dar la vuelta a las tortillas y decorar sus fiestas de formas innovadoras. Pero hay muchas otras mujeres que han entrado en la industria de los «hogares con encanto».

Ropa de mesa, cristalerías, geles de baño, sábanas de algodón: la gente está volviendo a decorar sus viviendas. Las ventas de artículos para renovar el hogar se han incrementado en Estados Unidos alrededor de un 30 por ciento desde 1990. 99 La jardinería está de moda, y junto a ella las estatuas de 15.000 dólares y los estanques con peces de

10.000 dólares. Un conocido mío aficionado a la jardinería se hinchaba de orgullo al contarme que su perca más valiosa medía diez pulgadas.

En una época en que la verdura se vende en bolsas de plástico, los pasteles vienen en cajas y los vestidos se eligen por catálogo, la gente quiere tener algún contacto con el mundo natural. Y habrá empresarias dispuestas a procurárselo.

Las norteamericanas no son las únicas que han empezado a beneficiarse de la creciente dependencia de toda clase de servicios. Las mujeres en Rusia, Polonia y otros países del este europeo, por ejemplo, están creando sus propios

negocios. Además de dedicarse a pequeñas empresas tradicionales como la venta de productos de panadería y bollería y aditamentos para el hogar, también están publicando revistas, fabricando textiles y formando compañías de medios de comunicación, escuelas de idiomas y centros de formación para contables y secretarías.

Los grupos internacionales de inversión incluso están empezando a financiar este fenómeno en crecimiento: el de las mujeres que crean pequeñas empresas de servicios, entretenimiento y venta al por menor.¹⁰⁰

Agentes culturales

No hay tendencia más debatida en los círculos comerciales contemporáneos que la globalización, la expansión de operaciones comerciales y el flujo de capitales hacia países extranjeros. La mayoría coincide en que este fenómeno intercultural profundamente arraigado seguirá vivo durante muchos decenios, por no decir siglos.

¿Quién va a construir los puentes necesarios entre pueblos foráneos y mundos diferentes? Aquí es cuando entran en escena, incluyéndose en tu plan comercial o tu itinerario de vacaciones, los agentes culturales: profesionales que

conocen el idioma y las costumbres de los países.

Uno de estos profesionales es una amiga mía, Barbara Pillsbury, una antropóloga que lee o habla trece idiomas. Barbara, miembro fundador del Pacific Institute for Women's Health, ha cumplido misiones especiales en decenas de países al servicio de la U.S. Agency for International Development (Agencia Estadounidense para el Desarrollo Internacional) y de otras organizaciones. Pero también opera en el ámbito nacional de Estados Unidos, a menudo como agente cultural.

Por ejemplo, Pillsbury fue contratada

para ayudar a un grupo de médicos chinos enviados a formarse en una docena de Facultades de Medicina de todo Estados Unidos. Estos doctores chinos querían aprender a entablar conversaciones relajadas con sus colegas norteamericanos, a rehusar algo sin parecer mal educados, a comportarse en reuniones profesionales o cuando eran invitados a casa de algún estadounidense para cenar, y a comprender ciertas frases, gestos y tonos vocales.

Pillsbury les explicó con detalle todo tipo de costumbres, actitudes y expectativas norteamericanas. Además, tuvieron sesiones de prácticas en las que

simulaban situaciones reales en que podrían encontrarse los médicos chinos y les instruyó sobre el modo de actuar en caso de que se dieran.

¿Llevas a tu mujer cuando un musulmán ortodoxo te invita a cenar en Beirut? ¿Cómo hay que reaccionar cuando alguien te saluda con una inclinación de cintura en Tokio? ¿Qué se debe regalar en Namibia? Siendo cada vez más los que tratamos con extranjeros en el trabajo y viajamos por negocios o vacaciones a Turquía, Tailandia o Patagonia, también necesitaremos ser lo bastante mundanos para evitar posibles catástrofes en la comunicación cotidiana con entornos extranjeros.

Alrededor del 60 por ciento de las empresas conjuntas de compañías norteamericanas y extranjeras fracasan. Arlene B. Isaacs, una consultora empresarial con sede en Nueva York, cree que esto se debe, en buena medida, a que los norteamericanos no invierten tiempo suficiente en aprender las tradiciones de otros lugares antes de viajar a ellos. Para actuar en el mercado global, aconseja ella, tienes que dedicar un mínimo del 10 por ciento de tu tiempo a prepararte, aprendiendo frases clave como «hola» y «adiós» y familiarizándote con algunos de los lugares más destacados del país, con sus artistas, escritores y personalidades.

¿Invertirán este tiempo los ejecutivos? Los inteligentes sí, pero creo que muchos otros van a contratar personas que les ayuden en este propósito. La mayoría de estos agentes culturales expertos serán mujeres.

Con sus dotes lingüísticas, su aptitud para interpretar posturas corporales y expresiones faciales y sus restantes habilidades sociales, las mujeres serán excelentes intérpretes en todas las sociedades del mundo.

Las abogadas

«Lo primero que vamos a hacer, es matar a todos los abogados», exclama un

personaje de una obra de Shakespeare.

Esto no ha ocurrido. En la actualidad hay en Estados Unidos unos 864.000 abogados, muchos de ellos mujeres. En 1960, un 2,5 por ciento de los abogados norteamericanos eran mujeres; hoy día es aproximadamente el 26 por ciento. En torno al 80 por ciento de los pasantes de abogado son mujeres, como también lo son casi el 50 por ciento de los estudiantes de derecho. 101 El Tribunal Supremo norteamericano tiene dos mujeres jueces, y una mujer también es fiscal general de Estados Unidos, presidenta del Departamento de Justicia.

No son muchas las mujeres que han

alcanzado los niveles superiores de la profesión legal. Alrededor del 90 por ciento de los jueces estatales y federales siguen siendo hombres. En 1996, sólo eran mujeres un 13 por ciento de los abogados de los 1.160 mayores bufetes de Estados Unidos. 102

Hay muchas razones por las que las mujeres no han llegado a los puestos de mayor prestigio y mejor remunerados en el ámbito del derecho. Para empezar, sólo recientemente han empezado a dedicarse a estas profesiones en número significativo. Los sociólogos dicen que los abogados (hombres) con mejores puestos en bufetes legales se inclinan más a elegir hombres que mujeres para

incorporarlos a sus despachos. 103 En opinión de Cynthia Epstein, del CUNY Graduate Center en Nueva York, estos hombres tienen en la cabeza una plantilla del abogado modelo; y el ideal no es mujer. 104 De ahí que las mujeres tengan que demostrar una extraordinaria dedicación y capacidad para lograr la categoría de socio del despacho.

Otro factor, sin embargo, es que hay menos mujeres dispuestas a sacrificar un tiempo precioso con la familia para cumplir con los horarios agotadores y la entrega que suelen exigir estos puestos de trabajo. 105 Las abogadas jóvenes se incorporan a los despachos influyentes con el mismo entusiasmo que los

hombres, pero tras la prueba de fuego de unos cuantos años son más mujeres que hombres las que dimiten.¹⁰⁶ Para adaptarse a las mujeres, algunos bufetes les ofrecen hoy día permisos de maternidad, trabajo a tiempo parcial y hasta asociación a tiempo parcial.¹⁰⁷ Con todo, las mujeres siguen abandonando estos puestos selectos con mayor frecuencia que los hombres.

Esta realidad —la necesidad femenina de equilibrar trabajo y familia— es central para comprender los progresos de la mujer en todos los sectores de la economía y seguirá siendo decisiva a medida que avance el siglo XXI.

No obstante lo cual, las mujeres van a hacer excepcionales contribuciones al derecho, particularmente en aquellos aspectos en que el abogado tiene que tratar directamente con toda una variedad de personas. En dichas situaciones hay que formarse una idea clara del cliente y el adversario, unir cerebro a empatía, sopesar los datos dentro de un amplio contexto social, trabajar con las partes implicadas de forma diplomática y esforzarse por conseguir un bien que es muchas veces ambiguo: la justicia, todos los abogados necesitan esta clase de talento, pero la natural aptitud social de la mujer va a darle ventaja.

Indudablemente, las mujeres están entrando en el sistema legal norteamericano en número creciente, pero a menudo siguen trayectorias profesionales diferentes a los hombres. Hay más mujeres que trabajan como abogados temporales, personas contratadas para un trabajo en particular. Hay también más que ocupan puestos de abogado de empresa, de instituciones sin ánimo de lucro y de bancos y agencias gubernamentales. Algunas se dedican a la enseñanza. Muchas basculan hacia pequeños «despachos *boutique*»; otras fundan bufetes propios de pocas personas.¹⁰⁸ En resumen, las mujeres se dirigen hacia los puestos donde rango, competencia y especialización son

menos importantes y en los que trabajar con personas y pensar dentro de un amplio contexto social son aspectos esenciales del cargo.109

También difieren las ramas específicas del derecho a las que se dedican hombres y mujeres. Es frecuente que los hombres sientan más interés por asuntos relacionados con obtención de capital, compra y venta de propiedad inmobiliaria, gestión de fusiones y adquisiciones y otras funciones del derecho de sociedades. Estas formas de actividad legal «engrasan las ruedas del capitalismo» en expresión del decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Harvard, Robert C

Clark.110 A los hombres también les atrae más la litigación: en los tribunales se gana o se pierde, una situación que atrae más a los hombres que a las mujeres. 111

En general, las mujeres están más interesadas en mejorar las condiciones sociales, 112 y por ello, tienden a gravitar hacia el derecho de protección jurídica de los intereses públicos, derecho de la salud, protección de derechos civiles y políticos, derecho medioambiental: todo lo que afecta directamente al bienestar de un número elevado de personas. Como cabía esperar, las mujeres muestran también mayor interés por el derecho de la

familia, de gestión de patrimonios y otros tipos de derecho en que trabajan directamente con personas y median en desavenencias personales.

Nuestra litigante época promete suministrar a las mujeres abundantes casos afines a sus intereses.

Litigación

«La litigación está convirtiéndose en la nueva frontera», escribe Patrick Garry, de la Facultad de Derecho de la Universidad de Columbia. 113 La elevada tasa de divorcios de Estados Unidos y el advenimiento de los acuerdos prematrimoniales han contribuido a la marea de pleitos entre

parejas. Los hijos están llevando a sus padres a los tribunales por cuestiones de derechos personales, los estudiantes a los profesores por las notas; unos empleados a otros por acoso sexual; los pacientes a los médicos por negligencia; los inquilinos a los propietarios por la calefacción y el agua; los presos están demandando a los Estados por la comida, y los trabajadores a las empresas por daños y perjuicios, enfermedades industriales, negligencia, situaciones de abuso sexual y prácticas discriminatorias.

Se le ha llamado «el mal del demandante enloquecido»,¹¹⁴ y con razón: en los tribunales norteamericanos

locales, estatales y federales se presentan alrededor de treinta millones de demandas todos los años. 115 Incluso se ha acuñado una expresión nueva: «el pleiteante serial», la persona que recurre a los tribunales una y otra vez. El mal del demandante enloquecido está ya propagándose a otras culturas porque los hombres y mujeres de todo el mundo recurren cada vez menos a las costumbres tradicionales para resolver sus problemas y más a prácticas legales modernas.116

El actual frenesí de pleitos en Estados Unidos ha despertado un nuevo interés por otros procedimientos aparte de la acción legal: arbitraje y conciliación,

dos recursos que ofrecen a la mujer oportunidad para utilizar sus magnificas habilidades para el trato con las personas.

Soluciones con las que no se puede perder

«Estamos presenciando el nacimiento de un nuevo brazo de la justicia civil», dice Lewis Maltby, de la American Civil Liberties Union.¹¹⁷ Cada vez son más las compañías, organizaciones sindicales y gobiernos estatales y locales que desean evitar el tiempo y los costes que implica la acción en los tribunales, por lo que ofrecen servicios arbitrales propios para toda una

variedad de conflictos.

Los procedimientos arbitrales pueden variar, pero generalmente ambas partes han de acordar previamente la elección del mediador o la junta arbitral y declarar que aceptan el juicio que se emita. Los arbitros no necesariamente son abogados, pero muchos lo son en efecto; todos tienen conocimiento perital del asunto en litigio. Si las partes han accedido a aceptar la decisión, el juicio del árbitro es definitivo y legalmente vinculante.

Varias industrias, algunos Estados federales y muchas organizaciones sin ánimo de lucro tienen programas de

acción arbitral. Las dos mayores organizaciones son la American Arbitration Association (A.A.A.) y el Council of Better Business Bureaus. Según representantes de la A.A.A., son de todo tipo las compañías que solicitan sus servicios. De hecho, la demanda de arbitros se encuentra en un punto máximo sin precedentes.¹¹⁸ Esta asociación dice también que un número creciente de los miembros que participan en las sesiones de vista son mujeres.

La conciliación, a diferencia del arbitraje, es un procedimiento negociador no vinculante legalmente en que ambas partes intentan llegar a una

solución de sus diferencias con ayuda de un mediador imparcial, diplomático y cualificado. Este mediador no tiene autoridad para imponer una decisión, sino que su función consiste en permitir que las partes enfrentadas negocien y lleguen a algún tipo de compromiso. Con gran frecuencia estos mediadores son mujeres.

A mí no me sorprende: las mujeres tienen una magnífica herencia evolutiva para esta índole de trabajo.

La herencia femenina para la mediación

Las hembras de chimpancé son expertas en dirimir disputas. En el

zoológico de Amhem, las hembras de más edad son particularmente diestras para la mediación. Cuando los jóvenes riñen, una chimpancé mayor se mete en medio de la refriega y se plante allí, aullando y agitando los brazos. Su sola presencia desanima a los juveniles pendencieros. 119

Cuando estalla una disputa entre machos adultos, las hembras también procuran intervenir, mientras que los machos tienden a tomar partido o incluso a meterse en la pelea. Si la riña se vuelve brutal, el macho alfa de la comunidad suele terminar con el conflicto, pero una vez que se han retirado los guerreros para pavonearse o

rezongar, las hembras empiezan a mediar entre estos enemigos.120

Cada una tiene su propio estilo mediador, una hembra empieza por sentarse junto a uno de los machos derrotados, aseándole el pelo y animándole a que él haga lo mismo con ella; después le presenta los glúteos, el macho inspecciona sus genitales y después la sigue mientras ella se aproxima lentamente hacia el adversario. Momentos después va a ponerse junto a éste y hace lo mismo, y así sigue entre uno y otro hasta que, gradualmente, los combatientes se encuentran el uno junto al otro. Entonces, con un poco de aliento de la

mediadora, se miran de frente, se besan y empiezan a acicalarse mutuamente.

Algunas chimpancés pacificadoras arrastran a uno de los adversarios por la mano hasta sentarlo cerca del otro. Otras pinchan con los dedos al vencedor en las costillas hasta que se acerca al derrotado para hacer las paces. Una hembra mayor incluso se acercó a un macho que estaba a punto de lanzar una piedra y le separó los dedos del proyectil. Cuando él cogió otra piedra, ella se la quitó también; hasta seis veces intentó el macho lanzar la munición y las seis intervino la hembra. Al final él renunció y se sentó alicaído.

Estas hembras de chimpancé mayores son excelentes mediadoras: buscan soluciones a las rencillas en las que todos ganan. Muchas veces consiguen un acuerdo y también armonía en la comunidad.

La mujer primigenia, especialmente las mujeres mayores, debieron sin duda actuar también de mediadoras. Utilizando su utillaje verbal, su capacidad innata para el trato con los demás, su habilidad para aceptar la ambigüedad y su facilidad para ver los problemas en un contexto amplio, la mujer contemporánea mantendrá esta larguísima tradición femenina y logrará soluciones sin perdedores para muchos

problemas legales modernos.

Feminizar la justicia

¿Tendrá la afluencia de la mujer a muchos ámbitos de la ley alguna consecuencia significativa a largo plazo en el sistema judicial norteamericano?

Es pronto para saberlo, pero hay ciertos indicios de lo que podría deparar el futuro. Unas cuantas de las mejores escuelas de derecho han introducido nuevos programas para el estudio del derecho de protección jurídica de los intereses públicos y del derecho medioambiental, campos de particular interés para las mujeres.¹²¹ Algunas facultades han creado también

sistemas para dar créditos a los estudiantes que trabajan en centros asistenciales de ayuda legal para clientes de rentas bajas.¹²²

¿Pero cambiará nuestro concepto de justicia?

Según algunos expertos en la materia, abogados y abogadas ven la justicia de manera ligeramente distinta.¹²³ Las abogadas, dicen estos expertos, tienden más a considerar al delincuente, presunto o convicto, dentro del contexto general de su pobreza y sus carencias educativas; los abogados tienden a verlos en el contexto más reducido del delito en sí y las normas legales de la

sociedad.¹²⁴ Además, los abogados tienden a centrarse en los derechos y obligaciones de individuos autónomos, en los detalles más mínimos, mientras que las abogadas consideran con más frecuencia las relaciones interpersonales, el entorno social general.¹²⁵

Abogados y abogadas difieren también en su definición de violación, acoso sexual y violencia doméstica, así como en su forma de entender la pornografía, la ayuda para manutención de los hijos, el aborto y los derechos y obligaciones de los padres.¹²⁶ Y las mujeres jueces se inclinan más que los hombres a favorecer a los demandantes en

presuntos casos de discriminación en el empleo por motivo de sexo o raza.127

«Cada nueva época promulgará su ley», dijo el escritor ruso Máximo Gorki. La creciente presencia de la mujer no va a crear un cambio radical en el sistema legal norteamericano; las formas de la justicia cambian lentamente y con prudencia.

Pese a ello, las juezes y abogadas probablemente examinen los casos dentro de un contexto social más amplio. Las primeras acaso fundamenten sutilmente alguna de sus decisiones en circunstancias atenuantes del individuo en lugar de hacerlo en el dictado estricto

de la ley. Y como legisladoras, es probable que las abogadas escriban y apoyen tipos diferentes de leyes, que atañan particularmente a la salud, la educación, el medio ambiente y otras cuestiones sociales de interés general. Unidas ellas modificarán gradualmente algunas de las formas en que definimos y administramos la justicia.

«No está en nuestra mano recuperar el ayer, pero está en nuestra mano ganar o perder el mañana», dijo Lyndon B. Johnson. Las mujeres lo van a ganar. Con su capacidad para leer el pensamiento y sus habilidades sociales ejecutivas, muchas van a realizar sagaces operaciones comerciales. Sus

dotes para el trato pueden llegar a ser una baza imprescindible. Y a medida que las mujeres de todo el mundo empiecen a afluir y dominar gran parte del sector de servicios y de las profesiones liberales, llevarán confort y novedad a la vida cotidiana de millones de personas.

Notas

1 Weinstein, 1968; McGuinness, 1976b; Galton, 1894, pp. 40-42.

2 Heller, 1997.

3 Gandelman, 1983, pp. 1-17; Hall, 1984.

4 Hall, 1984.

5 Véase Hall, 1984; Mitchell, 1981.

6 Mitchell, 1981.

7 Heller, 1997.

8 *Ibid.*, p. 38.

9 Small, 1998.

10 Talbot, 1998, pp. 24 y ss.; véase Heller, 1997.

11 Field *et al.*, 1986, pp. 654-658; Schanberg y Field, 1987, pp. 1431-1447.

12 Véase Heller, 1997.

13 Uvnas-Mogerg, 1997, pp. 146-163.

14 Schanberg, Evoniuky Kuhn, 1984, p. 135; Sapolsky, 1997, pp. 1620-1621; Liu *etal.*, 1997, pp. 1659-1662.

15 McGuinness, 1972, pp. 465-473; Elliott, 1971, pp. 375-380.

16 Gower, 1998, p. 3.

17 Doty *etal.*, 1984, pp. 1441-1443;

Doty *etal.*, 1985, pp. 667— 672; Doty, 1986, pp. 377-413; Cain, 1982, pp. 129-142.

18 Doty, 1986, pp. 377-413.

19 *Dotyetal.*, 1984, pp. 1441-1443;
Doty etal., 1985, pp. 667-672.

20 Small, 1998.

21 Goleman, 1994, p. Cl, 8. 208

22 Doty, 1978, pp. 337-362.

23 Monneuse, Bellisle y Louis-Sylvestre, 1991, pp. 1111-1117.

24 Véase Levenson, 1995.

25 McGuinness, 1976a, pp. 279-294.

26 McGuinness, 1979.

27 McGuinness, 1976c, 1985.

28 Brody, 1997, p. F9.

29 Montagu, 1953; Jacobs, 1981;
véase Namans, Thomas y Hogness, 1986,

pp. 193-202. 30 Erwin, 1992, pp. 231-240.

31 Kolata, 1995, p. C7.

32 Hall, 1984; Brody y Hall, 1993, pp. 447-460.

33 Babchuck, Hames y Thompson, 1983, pp. 89-102.

34 Hall, 1984.

35 Ekman y Friesen, 1971, pp. 124-129.

36 Hall, 1984.

37 McCauley *etal.*, 1987, pp. 464-473.

38 Goleman, 1995a, pp. C1, 9.

39 McGuinness y Pribram, 1979.

40 Hall, 1984; Goleman, 1995a, pp. C1, 9.

41 McGuinness y Pribram, 1979; Hall,

1984; Brodyy Hall, 1993, pp. 447-460.

42 Hardy, 1986, pp. 119-146.

43 McGuinness y Pribram, 1979; HaU, 1984.

44 Hales, 1999.

45 Bever, 1992; McGuinness y Sparks, 1983, pp. 91-100; Miller y Santoni, 1986, pp. 225-235; Gaulin y Fitzgerald, 1989.

46 Süverman y Eals, 1992, pp. 533-549.

47 Galea y Kimura, 1993, pp. 53-65; Kimura, 1987, pp. 133-147; Süverman y Eals, 1992, pp. 533-549.

48 Süverman y Eals, 1992, pp. 533-549.

49 Miller y Santoni, 1986, pp. 225-235; Ward, Newcombe y Overtone,

1986, pp. 192-213.

50 Williams y Meck, 1991, pp. 155-176; Geary, 1998.

51 Williams y Meck, 1991, pp. 155-176.

52 Skuseera, 1997, pp. 705-708; Tucker, Luu y Pribram, 1995, pp. 191-211; Damasio, 1994—, véase Grafman, Hotyoak y Boller, 1995.

53 Skuse *etal.*, 1997, pp. 705-708.

54 Tucker, Luu y Pribram, 1995, pp. 191-211; Safer, 1981, pp. 86-100.

55 Safer, 1981, pp. 86-100.

56 Hittelman y Dickes, 1979, pp. 171-184; Hall, 1984.

57 McGuinness y Pribram, 1979.

58 *Ibid.*

59 Mitchell, 1981.

60 Hall, 1984.

61 Rossi y Rossi, 1990.

62 Hall, 1984.

63 *Ibid.*

64 Maclay y Knipe, 1972.

65 Hall, 1984,

65 *Ibid.*

67 Weiner y Brown, 1997; Pastemack y Viscio, 1998; Rosener, 1995.

68 Weiner y Brown, 1997, p. 62.

69 *Ibid.*

70 Postrel, 1997, pp. 4 y ss.

71 Saporito, 1995, pp. 50 y ss.

72 *Ibid.*

"Passell, 1995, p.A9.

74 *Ibid.*, Weiner y Brown, 1997.

75 Statistical Abstract of the United States, 1996.

76 Naciones Unidas, 1995c.

77 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995. 78Kannapell, 1995, p.C1.

"Passell, 1995, p.A9.

80 Statistical Abstract of the United States, 1996; Harrington,

1993. 61 Rosener, 1995; Janofsky, 1998, p. B14. 82 Rosener, 1995, p. 132. Sí Rosener, 1995; Janofsky, 1998, p. B14. "Harrington, 1993.

85 Rosener, 1995.

86 Statistical Abstract of the United States, 1996.

87 Rosener, 1995, p. 22.

88 Bergmann, 1986.

89 Statistical Abstract of the United States, 1996.

90 *Ibid.*

91 Naciones Unidas, 1995c.

92 *The Economist* 1997, p. 62.

93 Alexander, 1995, pp. 42 y ss.

94 *UmeReader*, 1997, p. 71.

95 *Ibid.*: *The Eamwmst*, 1997, Pearce, 1997.

96 Pearce, 1997, p. 39.

97 Passell, 1995, p. A9.

98 Crossette, 1998b, p. WK5.

99 Weiner y Brown, 1997.

100 Kishkovsky y Williamson, 1997, p. A1 2.

101 McCorducky Ramsey, 1996; Statistical Abstract of the United States, 1996.

102 Buchholz, 1996.

103 Kay y Hagan, 1998, pp. 728-743;

Epstein, 1981; Epstein *et al*, 1995, pp. 291-449.

104 Epstein, 1981; Epstein *et al.*, 1995.

105 Harrington, 1993; Kay y Hagan, 1998.

106 *Ibid.*

107 Harrington, 1993.

108 Buchholz, 1996.

109 Harrington, 1993.

110 *Ibid.*

111 *ibid.*

112 *ibid.*

113 Garry, 1997, p. 10.

114 Dawley, 1997, p.66 E16.

115 Garry, 1997.

116 Dawley, 1997.

117 Johnson, 1995, p. Bl.

118 *Ibid.*

119 'Waal, 1982.

120 *Ibid.*

121 *Rosener*, 1995.

122 *Ibid.*

123 Jack y Jack, 1989; Menkel-Meadow, 1985, p. 39; Harrington, 1993; West, 1988, pp. 1 y ss.; 124 Rosener, 1995.

125 Harrington, 1993.

126 *Ibid.*; Browne, 1997, pp. 5-86.

127 Songer, Davis y Haire, 1994, pp. 425-439.

Herederas de Hipócrates

Las mujeres sanadoras

«Ver es creer, pero sentir es la verdad».

Thomas Fuller

«La primera riqueza es la salud»,

escribió Ralph Waldo Emerson. Muchas mujeres han otorgado este dichoso bien. Las mujeres han hervido infusiones, confeccionado pócimas, aplicado emplastos, encajado huesos, aplicado masajes musculares, limpiado heridas, administrado sedantes y estimulantes y recetado dietas a lo largo de toda la historia conocida, curando a amigos y parientes con su conocimiento del mundo natural.

Este don femenino para curar ha sido durante mucho tiempo pasado por alto o minimizado por el mundo occidental. Pero en la actualidad las mujeres están convirtiéndose en una fuerza decisiva en casi todos los sectores de las

profesiones sanitarias. Aportan un enorme capital innato a estas tareas: una expresividad emocional natural, empatía, propensión al trato afectivo, paciencia y la especial habilidad tísica femenina para manipular objetos pequeños, como el bisturí del cirujano.

Hay varias tendencias en la medicina que van a reforzar su presencia y su impacto. Cada vez son más los pacientes que desean evitar los tratamientos de alta tecnología y buscan por el contrario curas tradicionales con las manos por parte de expertos que les escuchan con simpatía —características primordiales de la mujer—. Un número creciente de personas desean además complementar

los tratamientos occidentales convencionales con medicina preventiva y curas alternativas, áreas éstas de la medicina que pertenecen desde hace tiempo al dominio femenino. Y el envejecimiento de la población está estimulando la expansión de instalaciones médicas, desde instituciones de «vida asistida» a centros de salud para las personas de mediana edad. Este tipo de establecimiento va a necesitar las dotes de las mujeres para el trato humano y el cuidado directo.

Los hombres han hecho y seguirán haciendo enormes contribuciones a todas las profesiones sanitarias: ellos

son quienes han ideado la mayoría de los aparatos esenciales para tratar a los enfermos graves y quienes actualmente conocen su funcionamiento. Son quienes han construido y dirigen muchos de los hospitales existentes. Y quienes han evitado a millones de personas dolores y sufrimientos extremos.

Pero las mujeres aportan nuevas actitudes al oficio de curar. Pasan más tiempo con los pacientes; muestran mayor preferencia por el trabajo en equipo con otros profesionales; tienden más a tratar al paciente en general en lugar de atender sólo a los síntomas de la enfermedad; y son más proclives a mezclar prácticas médicas occidentales

con curas alternativas o «complementarias».

Voy a argumentar aquí que a medida que continúen accediendo a las profesiones médicas, las mujeres van a enriquecer sustancialmente nuestros conceptos y procedimientos occidentales de curación.

Las mujeres sanadoras en las sociedades tradicionales

En cierto sentido, la mujer occidental está reclamando un papel que no ha perdido nunca en sociedades más tradicionales.

En estas culturas hay más hombres

chamanes, personas que curan con magia y mediante el contacto con el reino espiritual. Pero las mujeres son sanadoras prácticas de los males cotidianos de la carne. Las madres de los indios de Saraguro, en el altiplano sur de Ecuador, por ejemplo, tratan alrededor del 86 por ciento de todas las dolencias de la familia.¹ Al llegar a los doce años, las niñas empiezan a ser ya capaces de diagnosticar síntomas, ayudan a sus madres a elaborar remedios y hasta aplican algunas curas. Los niños de Saraguro apenas saben nada sobre el arte de curar.

La vida en la moderna Taiwan, occidentalizada en muchos sentidos, es

muy similar: el 93 por ciento de las enfermedades son tratadas primero por mujeres en el seno del hogar.² De hecho, los antropólogos han comprendido que en las sociedades tradicionales las madres y las abuelas son con frecuencia quienes diagnostican y curan, suministradoras primarias de bienestar corporal. Los enfermos sólo buscan a los profesionales cuando no pueden curar su enfermedad solos o encontrar alivio en su casa. ³

Muchos pueblos tradicionales creen incluso que las mujeres están imbuidas del poder de sanar de manera natural. Los cingaleses de Sri Lanka dicen que las mujeres curan porque están más a

menudo bendecidas con el don del *athquniya*, «el toque».4 En Jamaica, los chamanes en ocasiones se visten con ropa femenina para adquirir el aura empática y curativa de la mujer.5 En épocas pasadas, también las sociedades europeas creyeron muchas veces que las mujeres poseían poderes curativos naturales, aunque desgraciadamente fueran en ocasiones consideradas brujas peligrosas.

El don de la mujer para curar fue generalmente admirado en Occidente durante un período breve del siglo XIX. La inglesa Florence Nightingale se convirtió en leyenda durante la cruenta guerra de Crimea de mediados de siglo

entre Rusia por una parte y el Imperio Otomano, Francia e Inglaterra por la otra. Como escribió Lytton Strachey sobre Florence Nightingale en su libro *Victorians eminentes*, «su simpatía aliviaba los dolores de la agonía y devolvía a los vivos algo del olvidado encanto de la vida [...] Una apasionada idolatría se extendió entre los hombres: besaban su sombra cuando pasaba».6

Clara Barton fue objeto de similar admiración durante la Guerra de Secesión, cuando organizó un cuerpo de enfermeras para el ejército de la Unión y se ganó el sobrenombre de «ángel del campo de batalla».

Durante cierto tiempo, Estados Unidos fue líder en la formación de mujeres médico.⁷ Cuando hombres y mujeres afluyeron en masa a las crecientes ciudades norteamericanas en la década de 1870 se produjo una gran demanda de servicios médicos profesionales y empezó a aumentar el número de Facultades de Medicina que aceptaban y formaban mujeres.

Sin embargo, el papel de la mujer en la medicina descendió durante la primera mitad del siglo XX cuando muchas de las instituciones médicas que admitían mujeres se vieron obligadas a cerrar por falta de financiación.⁸ Cerraron también varias universidades

femeninas, y nuevas normas antinepotismo impidieron a las mujeres seguir a sus maridos a los centros de estudios superiores mixtos entonces en proceso de expansión.

Después, tras la II Guerra Mundial, se puso de moda quedarse en el hogar y tener hijos, incluso entre las mujeres cultas. Eran muy pocas las norteamericanas que seguían estudios de medicina. A consecuencia de ello, había menor porcentaje de mujeres médico en 1950 que en 1900. Pero en las décadas que siguieron, el movimiento femenino, los programas de acción afirmativa y la determinación de millones de mujeres tuvieron un profundo impacto en las

instituciones académicas. 9 Las puertas empezaron a abrirse. Las mujeres afluyeron a los centros universitarios y a las diversas profesiones sanitarias.

El irreversible avance de la mujer en la medicina

Y allí van a permanecer. En 1995, el 95 por ciento de los enfermeros titulados y enfermeros auxiliares diplomados de Estados Unidos eran mujeres.¹⁰ A mediados de los años noventa, más del 90 por ciento de los logopedas, los terapeutas ocupacionales y los expertos en dietética eran mujeres.¹¹ Eran también mujeres el 99 por ciento de los higienistas dentales; el 75

por ciento de los fisioterapeutas; alrededor del 32 por ciento de los farmacéuticos, frente al 23 por ciento de 1980; y el 32 por ciento de los expertos en salud, frente al 12 por ciento de 1980.¹² Las mujeres estaban suministrando asimismo el 79 por ciento de la asistencia sanitaria a domicilio.¹³

Las mujeres están prosperando asimismo en los campos más lucrativos y prestigiosos de la medicina. Menos del 1 por ciento de los dentistas eran mujeres en 1960, pero esta cifra se había elevado hasta el 15,4 por ciento en 1990. En 1995, el 37 por ciento de los estudiantes de odontología eran mujeres. ¹⁴ En 1990, alrededor del 14

por ciento de los optómetras eran mujeres, frente al 8 por ciento de 1980. Lo más llamativo es que sólo un 5,5 por ciento de los médicos norteamericanos eran mujeres en 1960, pero entre 1970 y 1990 el número de doctoras de Estados Unidos se incrementó en torno al 310 por ciento. En 1990, un 25,5 por ciento de todos los médicos americanos eran mujeres; a mediados de la década de los noventa representaban casi el 45 por ciento de todos los estudiantes de medicina.¹⁵

Las mujeres están realizando avances significativos e irreversibles en muchos sectores de las profesiones sanitarias, regresando a una tarea que

probablemente practicaron hace un millón de años, y traen consigo muchas dotes naturales, entre ellas una increíble capacidad para expresar compasión.

Empezaré con este apasionante aspecto del espíritu femenino.

La expresividad emocional de la mujer

Las emociones son las calderas del cerebro.

Movida por el combustible de ciertos compuestos químicos, la persona se siente impelida a salvar a un niño que se ahoga, a declarar su amor o a saborear la satisfacción de un trabajo bien hecho.

Ira, orgullo, piedad, envidia, patriotismo, mortificación, júbilo: las emociones son poderosas mareas, en ocasiones arrolladuras, que anegan el cerebro, coloreando todo lo que pensamos. Suben y bajan incesantemente, y de la misma forma que de las teclas finitas del piano pueden salir infinitas melodías, los compuestos químicos básicos que producen las emociones pueden mezclarse en innumerables combinaciones, creando sutiles variaciones de pena, aborrecimiento, asco, miedo, angustia o alegría.

Tanto hombres como mujeres sienten una increíble variedad de emociones;

ambos con intensidad penetrante e insistente regularidad. Sin embargo, la capacidad para expresar estas emociones es un rasgo especial de la mujer.

La emotividad femenina es un fenómeno mundial. Una encuesta Gallup que preguntó a personas de veintidós sociedades qué sexo era el más emotivo, llegaba a la conclusión de que «por encima de cualquier otro rasgo, éste es el que suscita mayor consenso en todo el mundo en el sentido de ser más aplicable a la mujer que al hombre».16 Un 88 por ciento de los norteamericanos creen que las mujeres son más emotivas, como también el 79 por ciento de los

franceses, el 74 por ciento de los japoneses y el 72 por ciento de los chinos.

Los hombres expresan sentimientos profundos continuamente, pero a menudo lo hacen de forma menos directa, menos abierta que las mujeres. Cuando están deprimidos, los hombres son mucho más propensos a bromear, beber o simplemente sumirse en el silencio. Las mujeres prefieren hablar sobre su ansiedad, sus temores o sus penas.¹⁷ Según los estudios psicológicos, los hombres «interiorizan» sus sentimientos, es decir, se los callan.¹⁸ Y en efecto, los hombres tienen una extraordinaria capacidad para refrenar sus

sentimientos, una aptitud que yo llamo contención emocional.

La contención emocional masculina

Esta contención podría deberse, en parte, a las prácticas de educación de los niños. Las madres norteamericanas, por ejemplo, utilizan menos palabras emotivas cuando cuentan cuentos a sus pequeños varones, y expresan una gama más reducida de sentimientos cuando juegan con sus hijos. Asimismo, evitan hablar con ellos de emociones complejas, prefiriendo explorar esta clase de sentimientos con sus hijas.¹⁹

Varios factores sugieren, no obstante, que la contención emocional masculina

también tiene raíces biológicas. Pese a la distinta forma en que las madres tratan a hijos e hijas, los chicos no tienen más capacidad que las chicas para refrenar sus sentimientos. A los diez años, ambos sexos expresan la misma intensidad de ira, por ejemplo. Pero cuando los chicos maduran y aumentan sus niveles de testosterona se vuelven diestros en disimular su vulnerabilidad, debilidad o depresión. Los chicos empiezan así a evitar la expresión de enfado, dolor, temor, soledad, angustia, culpabilidad y pena,²⁰ emociones que camuflan con el silencio.

Cuando se les pregunta, los

adolescentes se niegan con frecuencia a hablar de sus sentimientos. Pronto empiezan a dominar el «lenguaje del chiste», todas las ocurrencias, chistes y comentarios en apariencia bruscos que chicos y hombres utilizan para enmascarar sus emociones.²¹ Algunos incluso encierran estos sentimientos en su inconsciente; no tienen ni idea de lo que sienten.²²

Después, siendo ya hombres jóvenes, siguen evitando las conversaciones de tipo emocional. Durante las discusiones maritales, por ejemplo, los hombres son más proclives a evitar las confrontaciones verbales, refugiándose en un silencio tormentoso y levantando

un muro ante los intentos de la mujer de hablar sobre sentimientos.²³ Cuando el psicólogo de la Universidad de Washington John Gottman se dedicó a registrar cientos de peleas matrimoniales descubrió que el 85 por ciento de las respuestas evasivas provenían de los hombres.

Esta contención emocional masculina es visible en muchas culturas. Las mujeres encuestadas en Estados Unidos, Finlandia, Noruega y Suecia se quejaban de que los hombres son «emocionalmente tacaños».²⁴ Incluso en India, China y Japón —sociedades donde los niños pequeños son tradicionalmente tratados con más

mimos y privilegios que las niñas— los hombres no expresan sus emociones con tanta frecuencia como las mujeres.²⁵

Biología de la contención emocional masculina

Gottman y su compañero, el psicólogo Robert Levenson, ofrecen una fascinante explicación de esta contención emocional masculina, particularmente de sentimientos negativos.²⁶

Señalan que las emociones negativas como el miedo, los celos y la cólera activan o actúan en unión al sistema nervioso autónomo (SNA), sistema que hace latir al corazón y acelera el cuerpo preparándolo para luchar o huir. Pero en

los hombres este sistema de excitación corporal se dispara con niveles más bajos de emociones negativas y, una vez activado, los hombres se recuperan de los síntomas físicos que produce más lentamente que las mujeres.²⁷

La excitación crónica del SNA es perjudicial para ambos sexos, por lo que estos psicólogos plantean la hipótesis de que los hombres se inhiben inconscientemente de conflictos, particularmente las desavenencias maritales, para evitar los efectos nocivos de este estímulo corporal. En resumen, los hombres evitan la interacción emocional en pro de su salud.²⁸

Yo sospecho, no obstante, que las diferencias cerebrales entre ambos sexos tienen también alguna función en la contención emocional masculina. Para seguir mi argumentación son precisos ciertos detalles sobre la forma en que el cerebro coordina pensamiento y emociones.

La corteza prefrontal, de la que hablamos en anteriores capítulos, es donde los seres humanos reflexionan sobre sus sentimientos y los modifican. Allí procesamos nuestras emociones, templamos sensaciones, integramos sentimientos e ideas y regulamos el grado de estímulo emotivo. Utilizando la

corteza prefrontal, por ejemplo, frenamos los sentimientos de envidia mezquina que nos provoca un amigo o los transformamos en sentimientos de alegría por su buena suerte.

En el centro de la cabeza, debajo de la corteza prefrontal, hay un grupo de estructuras que en efecto registran, generan y activan las reacciones emocionales primarias, como el temor, la rabia, el asco, el gozo, la tristeza y el amor apasionado. Estas regiones cerebrales reciben el nombre colectivo de sistema límbico, aunque este término está cayendo en desuso a medida que los científicos van aislando con mayor precisión las diversas áreas que actúan

para generar emociones.²⁹ Todos ellos coinciden, no obstante, en que al menos una de las fábricas primordiales de la producción de sentimientos es la amígdala, una región con forma de almendra situada en un punto profundo de cada hemisferio cerebral.³⁰

Las conexiones entre la corteza prefrontal y la amígdala probablemente tengan alguna función en la contención emocional masculina. Veamos cuál.

Bucles corporales

Hay circuitos neuronales específicos que conectan la amígdala a la corteza prefrontal, así como a otras regiones cerebrales.³¹ El corazón, el estómago,

los músculos y prácticamente todos los órganos restantes del cuerpo están también ligados a la amígdala y a la corteza prefrontal, así como a otras regiones cerebrales. 32 Varios de estos circuitos o bucles corporales están específicamente dedicados a integrar razonamiento y sentimientos. Es por ello que el corazón te late o sientes «mariposas» en el estómago cuando piensas en tu amado o amada, o cuando sientes pasión romántica. 33

En las personas con lesiones cerebrales en una determinada región prefrontal de la corteza estos circuitos están rotos. Los pacientes son perfectamente racionales, pero muestran

una contención emocional casi total. 34

Este era el caso de Eliot, un paciente de Antonio Damasio, neurólogo de la Facultad de Medicina de la Universidad de Iowa. A Eliot le habían extirpado un tumor cerebral de esta región de la corteza prefrontal. Durante la operación, los cirujanos habían extraído también algo del tejido cerebral que lo rodeaba y que estaba también afectado. Eliot se recuperó bien, pero ya no era Eliot. Era lúcido y agradable, incluso encantador. Recordaba nombres y fechas, pero no conseguía tomar decisiones simples o seguir un plan, y no mostraba pena, ni alegría ni frustración, ni resentimiento o preocupación y sólo infrecuentes y

breves explosiones de ira. Debido a que se había roto uno de los circuitos cerebrales primarios para el razonamiento y las emociones, Eliot pensaba pero no sentía.³⁵

He aquí la teoría: es posible que estos circuitos emocionales que conectan regiones del cerebro donde pensamos y sentimos sean diferentes en cada sexo, permitiendo a la mayoría de los hombres contener sus sentimientos con más facilidad que a la mayoría de las mujeres.

Ciertos aspectos asociados de la arquitectura cerebral podrían también contribuir a la capacidad del hombre

para contener e incluso reprimir emociones. Como se sabe, los dos hemisferios cerebrales están en cierto modo especializados. La capacidad para silenciar o contener las emociones negativas, por ejemplo, es una capacidad que reside predominantemente en la corteza prefrontal izquierda.³⁶ Esta región del cerebro puede ser diferente en uno y otro sexo de forma que permita al hombre contener su tristeza o su desesperación.

Como se vio en el capítulo 1, los dos hemisferios cerebrales están también menos integrados, menos conectados, en los hombres. Por ejemplo, en un estudio

se puso a hombres y mujeres en un escáner cerebral y se les pidió que pensarán en cosas tristes. La corteza prefrontal de ambos hemisferios mostró actividad en las mujeres, mientras que en los hombres sólo el hemisferio izquierdo se mostró predominantemente activo.³⁷ Esta compartimentación del cerebro masculino también podría ayudar a los hombres a distanciarse de sus sentimientos.

Inundación emocional

En efecto, cuando los hombres exploran sus sentimientos, especialmente algunos de gran fuerza como el miedo, la ira, la tristeza o la

angustia, son más propensos que las mujeres a quedar embargados por estas emociones, un estado que Gottman llama «inundación emocional».38

El corazón late con fuerza, los músculos se tensan, aparece el sudor, sube la presión sanguínea, se agita la respiración y fluyen la adrenalina y las hormonas asociadas con la ansiedad. Algunos individuos en este estado regresan a respuestas primitivas, como dar puñetazos en el aire o verter lágrimas. La inundación emocional es particularmente visible cuando los hombres se enfadan. Como veremos en los capítulos 6 y 9, los hombres son mucho más propensos que las mujeres a

verse abrumados por la ira.

La propensión masculina a la inundación emocional puede guardar relación con su tendencia a la contención de sentimientos. Los hombres tienen menos vías neuronales que conectan determinadas regiones cerebrales. Quizá no tengan capacidad para integrar —o dar salida— a sus emociones de forma tan rápida y eficaz como las mujeres.

Los científicos acabarán localizando la base neurológica de la contención emocional masculina, así como su susceptibilidad a la inundación emocional. Entretanto, no es difícil

imaginar por qué podrían haber desarrollado los hombres estas características.

«La felicidad del hombre es el dominio de sus pasiones», escribió Tennyson. Esto debió ser especialmente aplicable en la historia profunda: era perjudicial para la adaptación del cazador primitivo el sentirse consumido por el miedo cuando miraba fijamente a los ojos amarillos de un leopardo, o por la piedad cuando cortaba la garganta de una cría de gacela, o por la compasión cuando atacaba el poblado enemigo. Los cazadores primitivos que podían contener, y hasta anular, sus emociones debieron sobrevivir en proporción

mucho mayor.

El psicólogo Howard Gardner, de la Universidad de Harvard, tiene la teoría de que los seres humanos poseen diversos tipos de inteligencia, entre ellas la «inteligencia interpersonal», o capacidad para comprender el estado de ánimo de los demás, y la «inteligencia intrapersonal» o conocimiento de los sentimientos propios. 39 Es posible que los hombres estén algo peor equipados para establecer contacto con sus propias emociones.

La contención emocional podría ser una ventaja en ciertas situaciones médicas, por ejemplo, cuando el doctor

ha de dar a un paciente una noticia extremadamente mala, pero en las consultas de la mayoría de los doctores, en las salas de urgencia de los hospitales, en los centros de rehabilitación y los despachos de los fisioterapeutas, en sus momentos de angustia los pacientes buscan muchas veces a la persona que pueda mostrar empatía además de recetar remedios.

Empatía, femenina

Hace mucho tiempo que poetas, dramaturgos y filósofos han advertido la emotividad femenina, a menudo con un dejo de desdén. Este desprecio sigue vivo. Por ejemplo, en una encuesta de

1995 entre 14.070 norteamericanos utilizando la red informática Prodigy, el 65 por ciento de los hombres interrogados opinaban que las mujeres son excesivamente emotivas. 40

Muchas veces pienso que lo somos. Al igual que muchas mujeres, yo me emociono con facilidad ante obras de teatro, óperas, películas, desfiles, rituales eclesiásticos y momentos humanos conmovedores. Algo ocurre en mi cerebro y, aunque me siento ridícula, lloro. Las emociones femeninas pueden derramarse en los momentos más inoportunos e inconvenientes. Con todo, creo que esta expresividad emocional femenina es producto secundario de la

selección natural de uno de los rasgos humanos más admirables: la empatía, o capacidad para experimentar indirectamente los sentimientos de los demás.

En cientos de pruebas de empatía, sensibilidad emocional, inclinación a cuidar y afecto, niñas y mujeres —desde las más pequeñas a las octogenarias— obtienen mayor puntuación que niños y hombres.⁴¹ Las niñas acunan y miman a sus muñecas, expresando su afecto por estas réplicas humanas. Cuando juegan, son más afectuosas entre sí que los niños. Según las psicólogas Eleanor Maccoby y Carol Nagy Jacklin, «las mujeres de todo el mundo y a lo largo de

toda la historia humana son percibidas como el sexo más afectivo, y son mucho más proclives que los hombres a realizar tareas que implican cuidado íntimo de los pequeños, los enfermos y los desvalidos».42

Freud consideraba que las mujeres eran tan propensas al autosacrificio que las calificaba de «masoquistas morales». Hasta Darwin, que sostuvo obstinadamente que los hombres son más valerosos e inteligentes que las mujeres, coincidía en que éstas tenían mayor capacidad de empatía. Como escribió en 1871, la mujer difiere del hombre «principalmente por su mayor ternura y menor egoísmo».43

Hoy día, los científicos empiezan a comprender la biología que subyace a la expresividad emocional y la empatía de la mujer.

En 1996, el psiquiatra Mark George y sus compañeros del National Institute of Mental Health metieron a diez hombres y diez mujeres en un escáner cerebral y pidieron a estos sujetos que recordaran hechos tristes, como la muerte o separación de seres queridos, enfermedades o desilusiones profesionales. Mientras estas personas rememoraban las experiencias amargas del pasado y el presente, George registraba la actividad de los centros

cerebrales de la emoción y el pensamiento.

Y he aquí los asombrosos resultados: mientras pensaban en cosas tristes, los cerebros femeninos eran ocho veces más activos que los masculinos.⁴⁴ George concluía que «las mujeres parecen experimentar una tristeza más profunda que los hombres».⁴⁵

El cerebro femenino probablemente muestre mayor actividad porque está mejor integrado, como descubrieron los neurólogos Ame Ohman, John Morris y Ray Dotan.⁴⁶ Estos investigadores colocaron a unos sujetos en un escáner cerebral y les mostraron diapositivas de

rostros enfurecidos. Cuando los sujetos veían y reconocían estas expresiones de ira entraba en actividad su amígdala izquierda. Pero cuando se mostraba el rostro enfurecido con excesiva rapidez para verlo conscientemente reaccionaba la amígdala derecha. Los investigadores concluyeron que la amígdala derecha registra y genera las emociones de la mente inconsciente, mientras que la amígdala izquierda tiene mayor actividad cuando el cerebro percibe en efecto estas respuestas emocionales y las convierte en sentimientos conscientes. 47

He aquí el razonamiento: la amígdala del hemisferio cerebral derecho no está

en comunicación directa con la del hemisferio izquierdo. Existe relación entre ellas, pero la red es defectuosa. Con sus cerebros mejor conectados, las mujeres probablemente tengan mejor comunicación entre la amígdala derecha e izquierda, y esto podría proporcionarles mejor acceso a sus sentimientos inconscientes.

Calmas invernales, fiebres primaverales

Mark George es uno de los muchos psicólogos que mantiene que las mujeres experimentan las emociones con mayor profundidad que los hombres. 48 Todavía no tengo claro si estoy de

acuerdo. El cerebro femenino registra mayor actividad cuando las mujeres piensan en cosas tristes, pero ¿equivale una mayor red de actividad cerebral a mayor profundidad o complejidad emocional? Es difícil saberlo. Sin embargo, de lo que no tengo duda alguna es de que a las mujeres les afectan sus emociones con más frecuencia. Numerosos estudios confirman, por ejemplo, que las mujeres experimentan casi dos veces más depresiones que los hombres. 49

Los expertos en salud mental no se ponen de acuerdo en cuanto al significado de estas estadísticas. Algunos sostienen que las mujeres están

más dispuestas a admitir su malestar y buscar ayuda. Otros dicen que hay más mujeres atrapadas en trabajos sin futuro y situaciones sociales que generan depresión. Otros afirman que nuestra definición misma de depresión apunta más hacia la mujer que hacia el hombre. 50 Estos últimos argumentan que si los profesionales de la salud definieran a los alcohólicos, drogadictos, asesinos y vagos como personas deprimidas encontrarían mayor número de hombres deprimidos que de mujeres.⁵¹

Al margen de estas disputas, ciertos estudios realizados en más de una docena de países, entre los que figuran Canadá, Francia, Alemania, Italia,

Corea del Sur, Líbano, Nueva Zelanda y Estados Unidos, registran el hecho de que las mujeres efectivamente expresan más síntomas de la depresión clínica de definición clásica que los hombres.⁵² Particularmente en primavera.

«Abril es el mes más cruel», escribió T. S. Eliot. Las tasas más altas de hospitalizaciones psiquiátricas se producen en febrero, marzo y abril; y una proporción mayor de estos pacientes son mujeres. Estas también muestran más síntomas de la llamada fiebre de primavera. Helios, Ra, Mitra, Sol: le llamen como le llamen, el dios de la luz alegra a las mujeres más que a los hombres. Y las mujeres son más

sensibles a los cambios estacionales de luz y oscuridad. 53

En resumen, las mujeres expresan la gama completa de emociones positivas y negativas (excepto la ira) con mayor intensidad y regularidad que los hombres.54

Esta expresividad emocional comienza en la infancia. En un experimento clásico, el psicólogo Martin Hoffman expuso a bebés de un día a una batería de sonidos, entre ellos llamadas de animales salvajes, un lenguaje monótono elaborado por un ordenador y el gemido lastimero de otros niños. Todos los bebés lloraron más cuando oyeron el

llanto de otros pequeños, pero las niñas lo hicieron con mayor intensidad. 55

«Es tan saludable disfrutar de las emociones como disfrutar de la mermelada», escribió G. K. Chesterton. Sospecho que muchas mujeres estarían de acuerdo. Porque las mujeres no sólo expresan sus emociones con mayor frecuencia, sino también con más precisión.⁵⁶ Ya sea alegría, repugnancia, horror o sorpresa, son más aptas para expresar exactamente lo que sienten con medios no verbales, particularmente mediante la expresión facial. En efecto, la cara de la mujer es, por término medio, sencillamente más expresiva. 57

La naturaleza ha formado a la mujer para sentir y mostrar empatía de forma habitual y clara.

Evolución de la empatía femenina

No es difícil deducir por qué y cómo se desarrollaron la expresividad emocional y la capacidad de empatía femeninas.

Según un estudio, cuando las madres norteamericanas se relacionan con sus bebés responden al llanto y a los gritos del pequeño, al menos una vez por minuto. Si el niño emite gorjeos de felicidad la madre hace lo propio no para imitarle sino como reconocimiento

de los sentimientos del bebé. De esta manera afirma lo que siente su hijo y coordina su propio talante con el estado de ánimo del niño, una práctica conocida como «sintonía emocional».58

Sin duda las mujeres primitivas necesitaban también coordinarse emocionalmente con sus pequeños. Las que padecían al ver a un niño enfermo o doliente dedicaban más tiempo y energía a mantenerlo vivo. Las madres con síntoma emocional criaban hijos bien adaptados y éstos vivían en proporción mayor, operando gradualmente la selección natural a favor de la superior capacidad femenina para expresar tristeza, pena, empatía, compasión y

otras emociones afectivas.

A consecuencia de ello, prácticamente todas las madres humanas saludables parecen compelidas a abrazar, mirar, hablar y vigilar a sus hijos, así como a hablar de ellos. Muchas no apartan nunca del todo al niño de su pensamiento. Como expresara la poetisa Sylvia Plath: «La veo en sueños, mi niña, roja, terrible. / Está llorando a través del cristal que nos separa».

Algunas madres incluso parecen fundirse emocionalmente con sus pequeños. Las madres de los indios siriono de Bolivia son ejemplos extremos de esta adherencia. Estas

madres adoptan el nombre de su recién nacido para sí y añaden un sufijo para indicar «madre de» 59 «Todo escarabajo es una gacela a ojos de su madre». Este proverbio árabe describe el sentir de las mujeres de todo el mundo: prácticamente todas adoran a sus hijos.

No estoy sugiriendo que todas las mujeres tengan una intensa capacidad de empatía, ni creo que los hombres sean malos progenitores, pero en todos los lugares del mundo, sea cual sea la cultura que se examina, las mujeres pasan mucho más tiempo que los hombres al cuidado directo de los hijos. 60 Y siempre lo han hecho. Entre casi

todos nuestros parientes primates, las hembras hacen solas toda la labor de crianza de sus pequeños.

Para asegurarse de que sus hijos reciben buenos cuidados, las mujeres han desarrollado una potente capacidad para sentir y expresar empatía.

La química de la empatía

«Dios no podía estar en todas partes y por eso hizo a las madres», dice un proverbio judío. La naturaleza ha hecho a las madres; el sentimiento maternal femenino está inducido por una infinidad de compuestos químicos ubicuos entre los mamíferos.

Durante el proceso de parto, por ejemplo, aumentan los niveles de estrógeno, impulsando conductas maternas en todas las hembras de mamífero, que empiezan a acariciar, llevar en brazos y proteger a sus crías.

61

Una sustancia química fundamental del cerebro, la oxitocina, está también ligada al comportamiento maternal. Aunque ambos sexos producen esta hormona pituitaria, las hembras de mamífero producen una cantidad mucho mayor, particularmente al dar a luz. El aumento de oxitocina genera contracciones y provoca la «subida» de la leche materna. Pero la oxitocina

también prepara a las hembras para ser sumamente sensibles a la vista, los sonidos y los olores de sus crías, predisponiéndolas a aceptar, lamer, dar calor y amamantar a sus diminutos recién nacidos.⁶²

Hay incluso genes específicos asociados con los cuidados maternos. Las hembras de ratón que carecen del gen *fbsB* no congregan a sus recién nacidos ni se inclinan sobre ellos para amamantarlos y darles calor. Hambrientos y fríos, estos ratoncitos se mueren.⁶³ El gen *Mest* también parece inducir comportamientos maternos en los ratones. ⁶⁴

«Qué gran poder es la maternidad», exclamó Eurípides. El gran dramaturgo sabía de lo que hablaba. La naturaleza ha fabricado una máquina magnífica para la labor sumamente importante de criar a los niños, pero esta empatía femenina tiene otras utilidades no maternas en la población activa moderna.

Las emociones en el lugar de trabajo

Darwin sostenía que de manera natural la hembra de la especie extiende su empatía, desinterés y sentimiento maternal a sus «congéneres», no sólo a sus crías.⁶⁵ Sin embargo, muchas mujeres actuales parecen resueltas a

negar que la mujer sea emocionalmente expresiva y afectiva, que la ternura de la mujer surja de la naturaleza o que la mujer esté predispuesta a aplicar su empatía a sus congéneres en general. Estas escépticas parecen creer que si reconocen estos atributos femeninos estarán caracterizando a las mujeres como seres emocionalmente frágiles, no lo bastante duras para trabajos difíciles.

En el pasado había razones de peso para estos temores, porque la mayoría de los empresarios recelaban de lo que ellos consideraban excesiva emotividad femenina. Pero las actitudes están cambiando. Empresarios y directores están empezando a ver que las mujeres

trabajan de forma eficaz en puestos de gran responsabilidad. Igualmente importante es que muchos directores de empresa empiecen a valorar el espíritu cooperativo de equipo y las actitudes de empatía hacia compañeros y clientes,⁶⁶ cualidades que ofrecen las mujeres.

La expresividad emocional y la afectuosidad de las mujeres son de particular importancia en las profesiones médicas. Cada vez más pacientes piden cuidados directos y no tecnológicos a manos de personas que muestren empatía en el trato profesional. Las Facultades de Medicina han empezado ya a instruir a los estudiantes sobre las formas de relacionarse con los

pacientes, asesorándoles sobre cómo escuchar y crear interacción; en pocas palabras, cómo expresar interés y compasión. Estas dotes son naturales en la mayoría de las mujeres.⁶⁷

Pero la expresividad emocional femenina y su natural empatía serían de escaso valor práctico en la guardería o la oficina sin otra cualidad femenina: la paciencia.

La paciencia en la mujer

«El genio no es más que una gran capacidad de paciencia», se dice que afirmó el naturalista francés Georges-Louis Leclerc de Buffon. Las mujeres de todas las edades poseen este precioso

don en mayor abundancia que los hombres. Las niñas norteamericanas tienen, por regla general, mayor capacidad de atención que los niños, dedican más tiempo a menos labores y es más probable que terminen las labores que empiezan.⁶⁸ Las mujeres son más pacientes en el trabajo,⁶⁹ y hasta son más pacientes cuando invierten dinero en bolsa.⁷⁰

El don femenino de la paciencia es algo reconocido en el mundo entero. En una encuesta internacional Gallup de 1966 en torno a género y sociedad, se preguntó a hombres y mujeres de veintidós sociedades si la paciencia era más característica de los hombres o de

las mujeres. La respuesta fue abrumadoramente que las mujeres son el sexo paciente.⁷¹

Este rasgo femenino tiene un corolario entre nuestros parientes más próximos, los chimpancés. La hembra de chimpancé común pasa casi tres veces más tiempo que el macho en quehaceres tediosos y prolijos, como abrir nueces y coger insectos.⁷²

Las hembras de prácticamente todas las especies de mamíferos dedican mucho más tiempo que los machos a las labores de crianza. Sacar a pequeños adelante exige perseverancia, tolerancia y paciencia, ya seas chimpancé, erizo o

zorro. Por esta razón, sospecho que las mujeres comparten esta característica con el resto de las hembras de mamífero casi sin excepción.

En el caso de la paciencia, el método de la selección natural debió ser bastante sencillo. La impulsividad, lo contrario de la paciencia, está asociada con bajos niveles de serotonina, un neurotransmisor básico del cerebro de los mamíferos. Los hombres tienen menos puntos receptores para este neurotransmisor al menos en una región cerebral asociada con las emociones.⁷³ Es decir, las mujeres probablemente desarrollaron una mejor maquinaria psicológica para la paciencia.

«Nuestra paciencia será más fructífera que nuestra fuerza», escribió el político británico del siglo XVIII Edmund Burke. Podría haber añadido que la paciencia es en sí una fuerza. La extraordinaria capacidad de la mujer para esta perseverancia animosa va a resultarle muy útil en muchos sectores profesionales, particularmente la medicina.

Como van a empuñar el bisturí las mujeres

Compasión; paciencia. Además de estas cualidades, las mujeres tienen una particular aptitud física que podrá operar en su beneficio dentro de las

profesiones médicas: su habilidad para manipular objetos pequeños.

Ello puede deberse en parte a que sus manos son más pequeñas y más ágiles, pero esta destreza está también asociada con el estrógeno, la hormona femenina. La habilidad de la mujer para manejar objetos pequeños aumenta durante el ciclo menstrual cuando los niveles de estrógeno alcanzan su máximo.⁷⁴ Cuando el estrógeno circulante es elevado, por ejemplo, las mujeres obtienen mejores resultados en experimentos como introducir estaquillas en agujeros. En las mujeres posmenopaúsicas que toman estrógeno también aumenta la destreza manual.⁷⁵

Este excelente dominio motor reside también en la arquitectura del cerebro femenino. En las mujeres, las zonas donde se organiza el complejo control del brazo y la mano se encuentran en la parte frontal del hemisferio izquierdo, cerca de la corteza motora, la estación central desde la cual se dice a los músculos del cuerpo cómo han de actuar. En los hombres, estas mismas zonas están más hacia el fondo del hemisferio izquierdo. Los psicólogos creen que esta proximidad, característica de la mujer, la dota de su habilidad para realizar movimientos de mano más precisos.76

El «excelente dominio motor» femenino se desarrolló sin duda en nuestro pasado evolutivo más profundo. Los chimpancés emplean una afinada destreza manual cuando «pescan» termitas. Primero insertan una ramita larga en el túnel de un termitero, después le dan vueltas, provocando a los insectos a atacar y a subir en tropel por la rama. Las chimpancés hembra hacen tres veces más esta labor paciente y precisa que los machos.⁷⁷ Las hembras de chimpancé y orangután también manipulan hojas, ramitas y otros objetos con mayor frecuencia que los machos,⁷⁸ y todas las hembras de primate asean mucho más a sus crías, quitando briznas de hojas, bichos y

tierra del pelo de sus hijos.79

Los seres humanos también nos aseamos mutuamente. Seguramente alguna vez habrán visto una pelusa en la chaqueta de la persona que está delante en la cola del supermercado: ¿no han sentido el impulso de quitarlo? Nadie, que yo sepa, ha llevado a cabo aún un estudio para saber si hombres o mujeres asean con mayor frecuencia a su prójimo, pero dado que las mujeres realizan muchos más cuidados directos de sus pequeños, parece probable que también hagan más aseo social.

¿Podría ser que millones de años de girar ramitas, extraer cosas y asear a

otros al estilo de los chimpancés hubieran predispuesto a nuestras antepasadas femeninas, cuando aún moraban en los árboles, a manipular mejor los objetos pequeños? ¿Perfeccionó la mujer primitiva esta precisa coordinación motora cuando descendió al suelo y empezó a pasar horas, decenios y la vida entera recolectando pequeñas semillas y bayas, limpiando a sus bebés y acicalando a sus amigos?

La existencia de una especial arquitectura cerebral femenina para estas labores, junto a la relación entre estrógeno y control motor preciso, sugiere que las mujeres se han dedicado

con asiduidad a manipular objetos pequeños durante varios millones de años. En el pasado utilizaban esta habilidad para alimentar y cuidar a sus hijos; hoy día han empezado a aplicarla también a la cirugía más intrincada.

El hombre ingeniero

La mayoría de los hombres tienen una seria desventaja para realizar tareas motoras precisas.⁸⁰ Intente pedir a casi cualquier hombre que le desabroche el collar, espere después cinco minutos mientras forcejea con el cierre. «Los hombres construyen puentes y tienden ferrocarriles a través del desierto», comentó una vez el periodista Heywood

Broun, «y, sin embargo, no tienen reparo en afirmar que coser un botón les supera». Hay algo más que una dosis de verdad en este estereotipo. Los hombres, por lo general, están hechos para la actividad vigorosa y la potencia en lugar de la labor delicada y precisa.

Esto es fácilmente observable en la primavera cuando los hombres empiezan a «sacudir el guisante», como llamaba mí padre a lanzar una pelota de béisbol. Los hombres son por regla general más aptos para lanzar, coger, dar patadas, correr y saltar: movimientos corporales «toscos».81 Esta capacidad se asocia con aspectos específicos de la arquitectura cerebral masculina, así

como con la testosterona, la hormona masculina.⁸² Por tanto, casi con certeza proviene de muchos milenios de acechar, perseguir, rodear y matar presas.

Es difícil ver cómo puede ser de utilidad esta rudimentaria habilidad motora en los múltiples puestos de despacho que empiezan a dominar el mundo del trabajo. Sin duda sirve de muy poco a doctores, dentistas y a la mayoría de las restantes profesiones médicas. Sólo hombres excepcionalmente hábiles triunfan como cirujanos, por ejemplo. Pero los hombres tienen una capacidad asociada que será decisiva para la práctica de la

medicina en el siglo XXI, así como en muchos otros quehaceres: un extraordinario sentido espacial. El hombre medio es mucho más capaz espacial y mecánicamente que la mujer.

Los niños empiezan a exhibir esta lucidez espacial desde muy pronto. Un niño pequeño realiza mejor que una niña la tarea de seguir una luz parpadeante a través de un monitor de televisión y los niños sobresalen también en prever la senda de un objeto en movimiento.⁸³ A los niños les gustan los coches de juguete, las construcciones, los trenes y otras cosas que pueden mover de un lado al otro o utilizar para construir. Llenan hasta los topes las videosalas

para jugar con juegos espaciales y destruir presas electrónicas. En cuanto a los ordenadores, las niñas los utilizan con mayor habilidad, pero a los niños les vuelven locos. Hacia los diez años, los niños son mejores, por término medio, a la hora de prever dónde van a aparecer determinados patrones en las pruebas de plegar papel y de asociar un objeto tridimensional con otro dibujado desde un ángulo ligeramente distinto.⁸¹ Cuando la testosterona anega el cerebro masculino en la pubertad, los niños empiezan a aventajar a las niñas en geometría, dibujo técnico y otras tareas espaciales.

En estudios realizados con más de

150.000 norteamericanos de edades comprendidas entre los trece y los veintidós años, sometidos a pruebas a lo largo de treinta y dos años, los individuos que se situaron entre el 5 y el 10 por ciento superior en ciencias, matemáticas, razonamiento mecánico y habilidad mecánica eran mayoritariamente del sexo masculino.⁸⁵

Las aptitudes espaciales de los hombres son también evidentes en otros lugares. En estudios realizados en Japón y otros países se han obtenido resultados similares. ⁸⁶ La habilidad espacial es una característica masculina.

La testosterona crea agudeza espacial

Los científicos creen en la actualidad que la arquitectura cerebral responsable de esta destreza espacial se forma en el útero a causa de la testosterona fetal. Del mismo modo que dicha testosterona produce asimetría en el cerebro masculino también desarrolla su capacidad espacial. Y los niveles de testosterona siguen alimentando esta pericia espacial a lo largo de toda su vida.⁸⁷

Existen muchos ejemplos de la relación entre testosterona y habilidad espacial. Cuando ciudadanos sanos de la tercera edad reciben inyecciones de testosterona aumenta su capacidad

espacial.⁸⁸ Las mujeres son más aptas para encontrar su coche en el aparcamiento, así como para otras labores de orientación, en torno a la menstruación cuando los niveles de estrógeno son más bajos y la testosterona corporal puede actuar.⁸⁹ Y las mujeres de mediana edad que toman estrógeno como tratamiento realizan mucho mejor ciertas tareas espaciales cuando no están tomando la medicación y la testosterona circulante puede expresarse más plenamente.⁹⁰

La correlación entre testosterona y habilidad espacial no es sencilla, porque una cantidad excesiva o insuficiente puede afectar a la capacidad

de orientación.⁹¹ Además, el estrógeno puede desempeñar una función considerable en el sentido espacial de la persona.⁹² Pese a todo, la testosterona está asociada con muchas aptitudes espaciales, y los hombres tienen esta hormona en cantidad mucho mayor que las mujeres.⁹³

Hace un millón de años, los hombres utilizaban su destreza espacial para seguir la huella de cebras y ñus. Hace diez mil años lanzaban proyectiles a las alas de aves diminutas. En los últimos cien años, los hombres han empleado su arte espacial y mecánico para conectar el mundo con cables telefónicos, animar nuestros hogares con radios y

televisores y caminar sobre la superficie lunar. Mañana los hombres seguirán ideando y haciendo funcionar nuestros complejos ordenadores, así como equipos médicos de alta tecnología.

Debido a que el hombre tiene tan acusada pericia técnica y gran interés en cuestiones de rango, los médicos tienden a buscar los puestos más altos en las especialidades más prestigiosas. Los hombres dirigen los hospitales norteamericanos, las organizaciones dedicadas a la salud y las compañías de seguros orientadas a servicios sanitarios. Desde 1995, más del 95 por ciento de los decanos y catedráticos de las Facultades de Medicina son también

hombres.⁹⁴ Y creo que seguirán manteniendo esta presencia en los puestos económicamente lucrativos de muchos campos de la medicina.

Pero se está produciendo un cambio de actitud decisivo en las profesiones médicas, hacia una visión de la enfermedad y la recuperación más contextual, más holística. Con su afectividad, su paciencia, su destreza manual, sus dotes para el trato, su don para las palabras y su visión contextual, las mujeres van a crear una fuerte presencia en muchas de las profesiones sanitarias y a generar cambios en las artes de sanar.

Esta tendencia se ha iniciado ya.

Como sanan las mujeres

Las mujeres médico citan a menos pacientes por hora, cuando no están limitadas por las presiones de la «sanidad dirigida». En 1992, veían una media de 97 pacientes a la semana, mientras que los hombres médico atendían a 117. 95 Estas mujeres dicen que pasan más tiempo con los pacientes para crear comunicación y creen que el tiempo extra dedicado a hablar y escuchar forma parte esencial del proceso holístico de curación.⁹⁶

Las visitas a consultas registradas en vídeo confirman esta diferencia de

género. Las mujeres, en efecto, hablan más con sus pacientes, les hacen más preguntas, escuchan más sus respuestas y pasan más tiempo con ellos, ya sean hombres o mujeres. 97 Yvonne Mart Fox, una consultora que asesora a médicos sobre relaciones con los pacientes, lo expresa así: «Le digo a los hombres que intenten crear todos los vínculos posibles, pero definitivamente las mujeres les llevan la delantera».98

No todo el mundo busca una conexión afectiva con su doctor o doctora. Hay personas, particularmente hombres, que sólo van a la consulta del médico a resolver un problema. No buscan una relación emocional con este profesional,

no obstante lo cual muchos hombres y mujeres declaran sentirse más satisfechos tras consultar a un médico mujer. 99 Prefieren el cuidado directo y la empatía que ofrece la mujer.

Los pacientes de ambos sexos están decididamente interesados en el toque afectivo cuando se enfrentan a una operación grave. La doctora Susan Love, cirujana y antigua profesora de la Universidad de California, dice que siempre coge a sus pacientes de la mano cuando él o ella empiezan a sentir el efecto de la anestesia en el quirófano. «Y le digo una cosa», comenta Love, «todos los hombres a los que he operado se apresuran en cogermela mano tan

rápidamente como las mujeres, y yo se la estrecho con la misma fuerza».100

En una encuesta de 1994 entre estudiantes de medicina, éstos declararon que las mujeres médico son «más sensibles, más altruistas y menos egoístas» que los hombres.101 Anthony I. Komaroff, catedrático de Medicina en la Universidad de Harvard, está de acuerdo: «Los médicos», dice, «tienden a buscar solución a problemas, mientras que las mujeres tienden a curar».102

Parte del arte de sanar de la mujer es su capacidad para escuchar, hablar, tocar, ofrecer empatía y afecto, dotes que provienen de la historia profunda

femenina.

Las doctoras eligen sendas distintas

No es de extrañar, pues, que las mujeres se inclinen por trayectorias profesionales distintas en medicina, opciones que reflejan su herencia evolutiva y su forma de entender la labor de curar.

Las mujeres basculan hacia la medicina interna, la pediatría, la obstetricia y la ginecología, la medicina de familia y otras subespecialidades de cuidado primario que exigen más el tipo de tratamiento directo y afectivo. Los hombres tienden a elegir especialidades de alta tecnología, como cirugía

vascular, cardiología, radiología, anestesiología y patología, campos donde aplican sus aptitudes espaciales y mecánicas y que requieren menos interacción a largo plazo y cara a cara con las personas.103

A las mujeres también les interesa más que a los hombres el trabajo sanitario como miembros de un equipo. Las actuales tendencias en asistencia sanitaria están presionando cada vez más a los hombres que practican individualmente a integrarse en grupos, no obstante lo cual, las doctoras son casi dos veces más proclives a trabajar en un hospital, una organización de salud o un grupo, mientras que los hombres

trabajan más por y para sí mismos.¹⁰⁴ Esto podría derivarse, en parte, de la natural propensión de la mujer a formar camarillas igualitarias.

La práctica médica en equipo podría también atraer a la mujer porque ésta suele tener más interés en tratar a la totalidad del paciente, en lugar de centrarse estrechamente en los síntomas de una enfermedad. Como se ha dicho, las mujeres tienden a adoptar la visión más amplia y más contextual sobre prácticamente cualquier problema, mientras que los hombres suelen compartimentar, centrándose atentamente en un solo elemento a la vez. Por tanto, no sorprende que las mujeres tengan una

actitud más holística hacia la sanidad.

Estas inclinaciones femeninas hacia el cuidado directo y afectivo, el trabajo en equipo, y el tratamiento total del paciente podrían muy bien ser la onda del futuro. La ya fallecida doctora Marcia L. Storch, antigua presidenta de la junta de asesoría médico científica de la American Menopause Foundation, era una de las muchas personas convencidas de que los tratamientos en equipo van a suministrar el nuevo formato en medicina. Como ella me dijo: «Un grupo de médicos reunirá datos sobre diversos aspectos de la vida del paciente y después tratará todas las vertientes de la enfermedad polifacética de la

persona».105

Dado que las mujeres siguen entrando en la medicina, probablemente veremos aumentar la práctica en equipo, más afectiva, más directa y de orientación holística.

Enfermeras en acción

Un equipo de mujeres que podría dar la pauta es un grupo de cuatro enfermeras muy cualificadas que en 1997 abrieron un centro de atención sanitaria primaria en la ciudad de Nueva York.

Gargantas irritadas, dolores abdominales, heridas y golpes del

campo de juego escolar, accidentes domésticos, asma: estas mujeres tratan todas estas afecciones menores y enfermedades crónicas de la misma forma que lo haría un doctor, refiriendo a especialistas a los pacientes con estados más complicados o enviándolos a hospitales. Pero estas enfermeras tituladas dedican mayor cantidad de tiempo al paciente en su totalidad que la mayoría de los médicos. Como casi todas las enfermeras de formación avanzada también pueden recomendar regímenes de dieta y ejercicio, en lugar de tratamientos más costosos como los que con mayor frecuencia recetan los médicos más orientados a la tecnología.106

Las fuerzas económicas actuales casi con certeza van a permitir que prosperen más equipos de enfermeras de este estilo. Las instituciones sanitarias, especialmente las organizaciones de salud y los hospitales, consideran estos grupos autónomos de enfermeras como una vía para reducir gastos e incrementar la eficiencia.¹⁰⁷ Por este motivo, organizaciones como Medicare y Medicaid, y diversos seguros privados, están ayudando a estos equipos a ampliar su práctica en un número creciente de ámbitos normalmente dominados por los médicos. Hoy día, más de veinticinco Estados del país permiten a las

enfermeras tituladas practicar en ciertas áreas de la medicina sin supervisión de un doctor. En todos estos Estados, salvo el de Illinois, también pueden recetar toda una variedad de medicamentos.¹⁰⁸

La práctica de la enfermería, una especialidad femenina de la sociedad tradicional del mundo entero, está expandiendo su alcance, una tendencia que casi con toda seguridad va a fortalecer el poder de la mujer en la comunidad sanitaria norteamericana.¹⁰⁹ De hecho, algunos demógrafos pronostican que Estados Unidos pronto va a experimentar una saturación de médicos y escasez de enfermeras muy calificadas y altamente

consideradas.110

Curar al paciente en su totalidad

Los profesionales de la salud están al fin empezando a prestar atención a algunos de los factores sociales y psicológicos que contribuyen a las enfermedades.111

Hace ya mucho tiempo que se ha reconocido que el aislamiento social puede ser perjudicial para la salud. Hay cientos de estudios donde esto se liga a las afecciones cardiacas, al cáncer, a la depresión y otras enfermedades.112 Los hombres y mujeres mayores que no tienen a nadie con quien compartir experiencias y sentimientos tienen dos

veces más probabilidades de enfermarse o morir.¹¹³ Los estudios indican que el aislamiento social puede matar tanto como fumar, la obesidad o la falta de ejercicio.¹¹⁴ En un estudio de hombres y mujeres de California realizado a lo largo de diez años, por ejemplo, los que tenían contactos sociales escasos murieron en proporción triple a los que tenían una buena vida social.¹¹⁵

Para tratar con estos problemas, los gerontólogos y otros médicos han empezado a recomendar una buena dosis de compromisos sociales a los pacientes como forma de retrasar la decrepitud y los trastornos.

Van a surgir muchos puestos de trabajo en estos campos médicos interrelacionados, porque gran parte del mundo está envejeciendo, cada vez nacen menos niños en casi todos los países del mundo desarrollado y son más y más las mujeres que viven hasta edades muy avanzadas. Se calcula que hacia el año 2015 aproximadamente un 20 por ciento de la población mundial superará los sesenta y cinco años. Incluso ahora, estas personas mayores quieren vivir en sus casas. Y los políticos están escuchando a este potente grupo de votantes. Holanda, Escandinavia y Estados Unidos se cuentan entre los líderes de esta tendencia, suministrando viviendas y

servicios sociales a sus ciudadanos mayores y más débiles, entre los que figuran gimnasia, baile y salidas al teatro, así como servicios sanitarios las veinticuatro horas del día.¹¹⁶

La «vida asistida» es la onda del futuro. Hace diez años las compañías privadas de cuidados a domicilio que proporcionaban asistencia a los enfermos y los ancianos tuvieron unos beneficios que se aproximaron a los 1.300 millones de dólares anuales. Hoy día suman 8.500 millones,¹¹⁷ y para el año 2020 la proyección para estas compañías de asistencia domiciliaria son de 20.000 millones.¹¹⁸ Los servicios de estas empresas se centran

en las necesidades sociales y personales de sus clientes, así como en su salud.

También han empezado a proliferar los «centros de bienestar». Estas instalaciones ofrecen lo más novedoso en términos de ejercicio, consejos nutricionales y profesionales médicos que administran terapias físicas a personas de todas las edades.¹¹⁹ El objetivo no es tratar la enfermedad sino mantener a las personas saludables y en buen estado. Muchos de estos centros, a decir de los demógrafos, van a funcionar como parte de hospitales y otras instituciones sanitarias. Algunos empresarios creativos han empezado también a montar centros donde se cuida

el estilo de vida, donde se combina instrucción sobre dietas y ejercicio con meditación y espiritualidad.

¿Quiénes serán los proveedores de estas necesidades sociales relacionadas con la medicina? Mi impresión es que en buena medida serán mujeres, que aplicarán afectividad, tratamientos directos y visión holística de la enfermedad y la salud a los débiles, los enfermos y todos los que deseen prevenir las enfermedades.

La medicina complementaria

Entre todas las tendencias actuales que favorecen los intereses de la mujer y sus dotes sanitarias, la más extendida es el

cambio de actitud hacia la medicina alternativa.

«Los mejores médicos del mundo son el doctor Dieta, el doctor Sosiego y el doctor Alegría», escribió Jonathan Swift. Un número creciente de norteamericanos están hoy de acuerdo, pues al fin han comprendido lo que los chamanes de todo el mundo han sabido desde hace por lo menos treinta mil años: que existe una conexión entre la mente y el cuerpo. Dado que muchos médicos occidentales impersonales, apresurados, caros y con tratamientos de alta tecnología nos tratan como si fuéramos motores con piezas defectuosas, en lugar de seres humanos

completos, son cada vez más los pacientes que han empezado a recurrir a los remedios alternativos.

Raíz de cimicifuga racemosa para aliviar los sofocos, pasionaria para frenar los cambios bruscos de estado anímico, bebida de gotu para estar mentalmente despejado. Muchos norteamericanos se inclinan a tratar sus enfermedades y otros problemas físicos con métodos no convencionales. Homeopatía, neuropatía, acupuntura, bio *feedback*, meditación, autohipnosis, visualización, aromaterapia, reflexología, quiropráctica, osteopatía, dietas orgánicas: los ciudadanos de Estados Unidos se gastaron en 1996

alrededor de 14.000 millones de dólares en terapias no convencionales, un aumento del 69 por ciento desde 1989.
119

Uno de cada tres estadounidenses utiliza algún tipo de tratamiento médico alternativo.¹²⁰ En torno al 40 por ciento cree que los tratamientos de hierbas pueden ser eficaces para enfermedades importantes, incluido el cáncer.¹²¹

Dadas estas actitudes, los que proveen y respaldan la medicina occidental convencional están empezando a bajar de las alturas. Aproximadamente la mitad de las Facultades de Medicina de Estados Unidos ofrecen en la actualidad

cursos que incluyen análisis de técnicas anteriormente desdeñadas, como la homeopatía, la acupuntura y el masaje. Microsoft, Donna Karan y otras grandes empresas ofrecen hoy a sus empleados seguros médicos que cubren diversas formas de medicina alternativa. Oxford Health Plans es una de las muchas compañías de seguros que también suministran algún tipo de tratamiento no tradicional, entre ellos acupuntura y quiropráctica.¹²²

Es un dato interesante que en torno al 60 por ciento de los médicos americanos haya decidido referir a sus pacientes a algún especialista en medicina alternativa. Incluso esta

expresión está cambiando: «medicina alternativa» está transformándose en «medicina complementaria». Estos tratamientos no convencionales estimulan la autoconfianza; potencian. Después de todo, se pueden comprar vitaminas, hierbas para infusión, alimentos orgánicos y agua mineral en la tienda de la esquina. Se puede hacer yoga mientras miras la televisión; contratar a un masajista para que te atienda a domicilio; comprar libros sobre vida sana, asistir a conferencias o reunirte con personas afines en las tiendas naturistas o en Internet. Hay más de cien sitios de la Red dedicados hoy día a tratamientos alternativos.

Bien es cierto que la medicina occidental convencional puede trasplantar un corazón humano, hacer un escáner cerebral y suministrar medicamentos de indudable potencia. Pero ¿puede alterar los horribles hábitos cotidianos que han enfermado al paciente en primer lugar? ¿O aliviar la depresión posoperatoria que retarda el proceso de curación? Los numerosos adeptos a la medicina complementaria creen que no. Los norteamericanos están uniéndose a pueblos tradicionales de todo el mundo que mezclan terapias convencionales y alternativas para tratar sus dolencias.

Y el envejecimiento de los nacidos en

el *baby boom* sin duda va a acentuar la tendencia hacia los tratamientos complementarios. Los más escépticos pueden incluso verse obligados a adoptar algunos de sus preceptos. Algunas organizaciones comerciales de atención sanitaria están planteándose la posibilidad de exigir a los pacientes que paguen una cantidad mayor de sus facturas médicas si no pueden demostrar que están prestando suficiente atención a su salud.

La ciencia de alta tecnología, el dios de la moderna medicina occidental, empieza a emparejarse con una amante antiquísima: las curas caseras con remedios del mundo natural. Y éstas son

especialidad de la mujer. Al proseguir el avance de la medicina complementaria, las mujeres van a asumir puestos influyentes y lucrativos en las artes curativas.

El retorno de la comadrona

La ancestral ciencia de la partería está también recuperando parte de su antigua respetabilidad. Era práctica general en el periodo colonial de Estados Unidos y en 1900 las comadronas asistían aproximadamente en la mitad de los partos. 124 Con el avance de la medicina estandarizada, sin embargo, declinó esta práctica. En algunos Estados del país incluso fue declarada

ilegal.

Actualmente, un número creciente de Estados han vuelto a permitir la actuación de las comadronas y algunos hospitales y Facultades de Medicina imparten cursos de formación práctica en esta profesión. Otras ofrecen centros de parto alternativo atendidos por enfermeras-comadronas cualificadas: enfermeras tituladas con formación especial en obstetricia y reconocidas por el American College of Nurse Midwives.¹²⁵

Además, las mujeres siguen practicando una forma más tradicional de partería, especialmente en el sur

rural, la zona de los Apalaches y el suroeste del país, muchas veces sin licencia ni enseñanza formal. Un número creciente de comadronas jóvenes sin título están también ejerciendo. Así pues, casi en todos los lugares de Estados Unidos las mujeres se dedican a esta primigenia ocupación femenina, legal o ilegalmente.¹²⁶ En gran parte de Asia, África y América Latina, las comadronas del pueblo sigue trayendo al mundo prácticamente a todos los niños.

La antropóloga Wenda Trevathan, de la Universidad del Estado de Nuevo México, sostiene que la práctica de la comadrona es la profesión más antigua de la mujer y su hipótesis es que

nuestras antepasadas comenzaron a ejercer este oficio especializado en algún momento después de que el cerebro humano empezara a configurarse, hace alrededor de dos millones de años. A su juicio, una serie de hechos evolutivos indujeron la creación de esta profesión femenina.

Todo comenzó cuando nuestros antepasados empezaron a caminar erectos. Con este revolucionario cambio al bipedalismo, según el razonamiento de Trevathan, la pelvis humana empezó a adoptar su forma actual, ensanchándose de un lado al otro y comprimiéndose entre la parte frontal y la posterior. El final de la columna

empezó a curvarse hacia dentro, reduciendo aún más el canal de parto femenino. Después, al desarrollarse todavía más el cerebro humano hace aproximadamente 1,5 millones de años, los niños empezaron a tener cabezas excesivamente grandes para salir con facilidad por el estrechado cuello vaginal y los bebés tuvieron que nacer en estado prematuro para que fuera posible su nacimiento; por esta razón, salían al mundo en estado cada vez más inerte e inmaduro.

Con los sucesivos agrandamientos del cerebro humano y las nuevas modificaciones de la pelvis para caminar mejor, las madres empezaron a

necesitar ayuda para parir a sus hijos.¹²⁷ Las comadronas, aventura Trevathan, podrían haber empezado a practicar su esencial arte hace un millón de años.

El trabajo de estas mujeres era delicado. Los niños humanos tienen que girar dentro del canal vaginal al salir y, lo que es peor, la mayoría emerge del seno materno boca abajo, sin ver la cara de su madre. Por esta razón, nuestras antepasadas, particularmente las primerizas, necesitaban a alguien que ayudara a salir al pequeño, desenroscara el cordón umbilical y cogiera al niño antes de que cayera al suelo de bruces.

Es infrecuente que las hembras de otras especies ayuden a una madre parturienta. Los delfines son una excepción. Los científicos observaron un caso de una madre delfín que estaba teniendo dificultades para expulsar a su cría porque la aleta de ésta había quedado enganchada en su pelvis. En unos instantes, una segunda hembra sacó al pequeño delfín del vientre de su madre y ayudó a ésta a sostenerlo en la superficie del agua para que respirara, pese a que ya había muerto. Entretanto, una tercera hembra tiró suavemente de la placenta que asomaba por el canal de parto.

E igualmente llamativo es que, en una

ocasión, un orangután macho extrajera con cuidado a un bebé del vientre materno, primero con la boca y luego con las manos. En cuanto tuvo a la cría segura se la entregó a la madre.128

Pero sólo entre los seres humanos está generalizada la labor de la comadrona, sin duda porque los partos humanos son casi siempre difíciles y peligrosos. De hecho, Trevathan cree que la profunda ansiedad de las mujeres en relación al parto, que existe en muchas culturas, es un mecanismo emocional de adaptación que se desarrolló para alentar a las madres primigenias a buscar ayuda durante este arduo proceso.129

Las mujeres que hoy día atienden en los partos tienen su importancia. Según un estudio reciente entre las madres asistidas por comadronas hubo un 50 por ciento menos cesáreas que entre las atendidas por médicos. El tiempo del parto fue un 25 por ciento menor; necesitaron un 40 por ciento menos de oxígeno y un 30 por ciento menos de analgésicos durante el parto. También sufrieron menos depresiones posparto.¹³⁰ Los resultados de este tipo, además de los elevados costes médicos de Estados Unidos y un creciente interés en el parto natural, han producido una mayor aceptación pública y profesional de las comadronas.

A medida que el mundo occidental vaya acogiendo las varias formas de medicina complementaria habrá más mujeres que pidan comadronas, y más que vuelvan a esta ancestral tarea femenina.

Chamanes del siglo xx

La afluencia de mujeres a la práctica de todo tipo de cuidados sanitarios primarios supone un cambio positivo, para los pacientes y para nuestras economías personales. Como escribe Patricia Braus sobre las mujeres médico en la revista *American Demographic*. «Si se mantienen las actuales tendencias, el aumento de su número podría

contribuir a reducir los costes de la sanidad, incrementar la disponibilidad de los muy necesarios médicos de cuidados primarios y modificar la forma en que se practica la medicina».131

En efecto, la mujer aporta al arte de curar afectividad, paciencia, un toque de precisión, sus dotes para las relaciones humanas, interés en la sanidad en equipo, tendencia a buscar curas holísticas y una visión del paciente como ser humano completo con necesidades sociales y psicológicas. Estas aptitudes femeninas para curar son un legado antiquísimo de nuestros antepasados que recorrían las llanuras africanas hace millones de años. Las

mujeres han utilizado hace mucho tiempo su poder para curar en las sociedades tradicionales; pronto dominarán también muchos sectores de la medicina occidental contemporánea.

Muchas serán herederas de Hipócrates.

Notas

1 Finerman, 1995.

2 Kleinman, 1980.

3 Finerman, 1995.

4 Nordstrom, 1995, p. 51.

5 Wedenoja, 1995.

6 Strachey, 1918, p. 155.

7 Braus, 1994, pp. 40-47.

8 Rossiter, 1995; Braus, 1994.

9 *Ibid.*

10 *The Economist* 1996c, 23 y ss; Bergmann, 1986; *The Economist*, 1998a, pp. 3-15; U.S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, 1996, Braus, 1994.

11 *Ibid.*

12 *Ibid*

13 *Ibid*

14 *Ibid*

15 *The Economist*, 1996; Braus, 1986.

16 Gallup Organization, 1996, p. 6.

17 Goleman, 1995a.

18 Hall, 1984; Gottman, 1994.

19 Brody y Hall, 1993, pp. 447-460.

20 *Ibid.*; Swain, 1989; Tavis, 1992,

pp. 15-25; Stapley y Haviland, 1989, pp. 295-308.

21 Swain, 1989; Tavis, 1992.

22 Brody y Hall, 1993

23 Gottman, 1994

24 Hatfield y Rapson, 1996.

25 Gallup Organization, 1996.

26 Gottman, 1994.

27 *Ibid.*

28 *Ibid.*

29 LeDoux, 1996.

30 Tucker, Luu y Pribram, 1995, pp. 191-211; Le Doux, 1996.

31 Cummings, 1995, pp. 1-13; Tucker, Luu y Pribram, 1995; Damasio, 1994.

32 Damasio, 1995, pp. 241-251; Le Doux, 1996.

33 Damasio, 1995.

34 Damasio, 1994.

35 *Ibid.*

36 Mlot, 1998, pp. 1005-1007; Tucker, Luu y Pribram, 1995; Damasio, 1994.

37 Pardo, Pardo y Raichle, 1993, pp. 713-719; Tucker, Luu y Pribram, 1995; George *et al.*, 1996, pp. 859-871.

38 Gottman, 1994.

39 Gardner, 1983.

40 Witlrin, 1995.

41 Maccobyjacklin, 1974; Hoffinan, 1977, pp. 712-722; Brody y Hall, 1993.

42 Véase Browne, 1995, p. 1033.

43 Darwin, 1936, p. 873.

44 George *etal*, 1996, pp. 859-871.

45 Goleman, 1995a, p. C9.

46 Mlot, 1998.

47 *Ibid.*

48 Brody y Hall, 1993; Goleman, 1995b.

" Weissman y Olfeon, 1995, pp. 799-801; DMS m R1994, pp. 317-391; Bower, 1995b, p. 346.

50 Walsh, 1987; Gove, 1987; Johnson, 1987.

51 Johnson, 1987.

52 Bower, 1995b; Goye, 1987.

53 Brody y Hall, 1993.

54 Brody y Hall, 1993; Goleman, 1995a; Gottman, 1994.

55 Hoffinan, 1977; Hall, 1984.

56 Hall, 1984.

57 *Ibid.*

58 Stern, 1987.

59 Mead y Newton, 1967.

60 Rossi, 1984, pp. 1-19;
KatzyKonner, 1981; Frayser, 1985.

61 Rosenblatt, 1995, pp. 3-25; Moltz
etal., 1970.

62 Pedersen *et al.*, 1992, pp. 1-492.

63 Brown *et al.*, 1996, pp. 297-309;
Cohén, 1996.

64 Wade, 1998, p. A1 7.

65 Darwin, 1936, p. 873.

66 Drucker, 1992; Stewart, 1997.

67 Rossi, 1984; KatzyKonner, 1981;
Frayser, 1985.

68 McGuinness, 1990, pp. 315-325.

69 Rosener, 1995; Helgesen, 1990;
Duff, 1993.

70 Paine Webber, 1997.

71 Gallup Organization, 1996.

72 McGrew, 1981.

73 Véase Blum, 1997.

74 Hampson y Kimura, 1988, pp. 456-459; Kimura, 1989, pp. 63-66.

75 Kimura, 1989, pp. 63-66.

76 Kimura, 1987, pp. 133-147.

77 McGrew, 1981.

78 Nadler y Braggio, 1974, pp. 541-550.

79 Mitchell, 1981.

80 McGuinness y Pribram, 1979; McGuinness, 1985.

81 *Ibid.*, Kimura, 1992, pp. 118-125.

82 Nyborg, 1994; Geary, 1998.

83 Burg, 1966, pp. 460-466.

84 Maccoby y Jacklin, 1974.

85 Hedges y Nowell, 1995, pp. 41-45; Hyde, Fennema y La-mon, 1990, pp. 139-155; Halpern, 1992.

86 Véase Benbowy Stanley, 1983, pp. 1029-1031; Marine, 1990, pp. 1063-1077; Witkin y Berry, 1975, pp. 4-87.

87 Nyborg, 1994.

88 Janowsky, Oviatt y Orwoll, 1994, pp. 325-332.

89 Hampson y Kimura, 1988; Hampson, 1990b, pp. 26-43; Hampson, 1990a, pp. 97-111.

90 Véase Nyborg, 1994.

91 *Ibid.*

92 Nyborg, 1994.

93 Udry, Talbert y Morris, 1986, pp. 217-227; Halpera, 1992.

94 Braus, 1994, pp. 40-47.

95 Braus, 1994.

96 *Ibid.*

97 Zuger, 1998b.

98 *Ibid.*, p. WH20.

99 Braus, 1994.

100 Zuger, 1998b, p. WH20.

101 Braus, 1994, p. 44.

102 Zuger, 1998b, p. WH20.

103 Braus, 1994; Redman *et al.*, 1994, pp. 361, 368-369.

104 Braus, 1994; Weisman *et al.*, 1986, pp. 776-777.

105 Storch, en una entrevista personal.

106 Freudenheim, 1997, pp. Al ss.

107 *Ibid.*

108 *Ibid.*

109 *Ibid.*

110 Schenk-Yglesias, 1995, pp. 18 y ss.

111 Weiner y Brown, 1997.

112 *Hovse et al.* 1988.

113 *Ibid.*

114 Goleman, 1995a; Ornish, 1998.

115 Ornish, 1998.

116 Barton, 1997, pp. 4S y ss.

117 Weiner y Brown, 1997.

118 Barton, 1997.

119 Stone, 1997, p. 46.

120 Kolata, 1996, pp. Alf; Ehiff, 1997,
pp. Bl y ss.

121 Heath, 1997, p. 27.

122 *Ibid.*

123 Dolan, 1996, pp. 164 y ss; Smith,
1997, pp. 169 y ss.

124 Reid, 1995.

125 De Vries, 1985.

126 *Ibid.*

127 Véase Trevathan, 1987.

128 Véase

129 Trevathan, 1999.

130 Rooks, 1997; Heller, 1997.

131 Braus, 1994, p. 45.

Formas de liderazgo femenino

La mujer en la sociedad civil y en el gobierno

«Supongo que antes ser líder significaba tener buenos músculos;

pero hoy día significa llevarse bien con la gente».

Indira Gandhi

«Cuanto más conscientes somos de nuestra pequeñez y de nuestra impotencia frente a las fuerzas cósmicas, más nos asombra lo que ha logrado la humanidad», decía Bertrand Russell. Muchos de estos logros nacieron de la ambición de la mente humana.

¿Qué sexo es más ambicioso?

En 1996, la International Gallup Organization llevó a cabo una encuesta entre hombres y mujeres de veintidós nacionalidades de los continentes

americano, europeo y asiático. En Japón, China, Taiwan y Francia se pensaba que los hombres son mucho más ambiciosos que las mujeres. Los españoles consideraban que la mujer es ligeramente más ambiciosa que el hombre. Un 37 por ciento de los norteamericanos juzgaba que los hombres son más ambiciosos que las mujeres; un 26 por ciento opinaba que las mujeres lo son más; y otro 37 por ciento creía que ambos sexos desean superarse por igual. Al menos un 40 por ciento de las personas encuestadas en catorce de estos países estimaba que ambos géneros eran igual de ambiciosos.¹

El sector empresarial y las corrientes sociales a lo largo y ancho del planeta demuestran que el espíritu femenino no está carente de ambición. En gran parte del mundo industrializado las mujeres reciben hoy día la misma educación que los hombres; en Estados Unidos han empezado a ser más numerosas que los hombres en los institutos y universidades. El 40 por ciento de los cargos medios en las empresas de Estados Unidos y del resto del mundo industrializado están ocupados por mujeres. Las mujeres emprenden más nuevos negocios que los hombres, y sus empresas suelen tener más posibilidades de permanecer en el mercado. Destacan sobre todo en el sector de servicios.

Pronto constituirán el 50 por ciento de toda la abogacía norteamericana. Se han hecho con muchos sectores de las profesiones sanitarias. Las mujeres escriben un 50 por ciento de los libros publicados en Estados Unidos y producen cada vez más lo que vemos en la televisión, oímos en la radio o leemos en los periódicos.

La ambición femenina y la masculina son, sin embargo, diferentes. Una diferencia notable se da en cómo conciben uno y otro sexo las formas de gobernar.

Pese a que no les faltan oportunidades para entrar en la vida política y ganarse

electoralmente un puesto en todas las sociedades industrializadas, el número de mujeres que hoy día, en cualquier parte del mundo, pretende ocupar cargos en los más altos niveles de gobierno es mucho menor que el de hombres.

No obstante, en muchas partes del mundo democrático, la política y el gobierno han dejado de ser los únicos medios de acceder al control local, nacional o internacional. Los gobiernos se ven suplantados, incluso a veces socavados, por las nuevas fuerzas sociales. Ciertas entidades extragubernamentales, como las compañías multinacionales, el mercado bursátil global, Internet, los tribunales

internacionales y las organizaciones no gubernamentales (ONG), tienen capacidad para controlar sumas gigantescas de dinero, hacer oscilar la opinión pública e influir en la política de los gobiernos nacionales.² Al mismo tiempo, en muchas partes del mundo han empezado a despertar los grupos étnicos y religiosos, y poco a poco están traspasando el poder de la nación a la tribu o a la secta. Como advierte a este respecto el analista político Harlan Cleveland: «El Estado-nación se diluye por arriba en la globalización y por abajo en el sistema tribal, pero sólo hace agua, no está acabado».³

De todas las fuerzas que desafían el

poder del Estado, la que va a proporcionar a las mujeres mayor acceso al poder y al liderazgo es el crecimiento de las organizaciones no gubernamentales sin ánimo de lucro: la sociedad civil. En este capítulo se analiza el papel, cada vez más importante, de la mujer en la sociedad civil y su menor participación en las estructuras formales gubernamental y militar. A continuación se examinan las vías profesionales que siguen hombres y mujeres en las diferentes sociedades, para concluir que al aumentar el poder de las mujeres en todo tipo de organizaciones e instituciones sin ánimo de lucro, éstas se benefician de sus dotes para tratar con la gente, de su

capacidad de compasión y de su forma, abierta y totalizadora, de solucionar algunos de los males sociales y medioambientales más enojosos.

La sociedad civil

Ernest Gellner define las organizaciones civiles como todas aquellas instituciones mediadoras sin ánimo de lucro —por ejemplo, los sindicatos, los partidos políticos, las órdenes religiosas, los grupos de presión, los grupos de interés, las fundaciones y otros tipos de clubes y asociaciones— que no están relacionadas ni con la familia ni con el Estado.⁴

Un ejemplo bien conocido es la organización formada por mujeres para impedir la conducción en estado de embriaguez: la MADD, Mothers Against Drunk Driving (Madres contra el Alcohol en Carretera). Asociaciones como Planned Parenthood, las Girl Scouts, el Ejército de Salvación, la League of Women Voters y Nature Conservancy son sólo algunos de los miles de grupos dedicados a una u otra causa. Todas esas organizaciones, que pueden tener un nivel local o internacional, componen lo que los sociólogos, los analistas políticos y otros llaman la sociedad civil.

La sociedad civil no sigue un programa central, ni un código ético establecido, ni una línea de partido determinada. En lugar de ello, cada asociación civil se compone de individuos que se unen para luchar por la consecución de un objetivo común. La mayoría son igualitarias, adaptables y autónomas. La mayoría pueden disolverse o expandirse según les parezca conveniente a sus miembros. Las asociaciones civiles no siempre están defendidas por la familia, ni subvencionadas por el Estado. De ahí que nadie tenga la obligación de entrar en una organización civil por motivos de nacimiento, ni que se pueda forzar a nadie por ley a participar en una de

estas asociaciones. Los miembros se asocian voluntariamente y pueden irse cuando lo deseen.

Como dice Benjamín Barber, de la Universidad de Rutgers, la sociedad civil «está constituida, literalmente, de, por y para las personas. Es nuestro poder».5

El desarrollo de las asociaciones civiles

La sociedad civil tiene una larga historia, e históricamente las mujeres han tenido un papel fundamental en las organizaciones que la forman.

En las culturas tradicionales, hombres

y mujeres forman regularmente alianzas económicas y grupos de interés informales. En Europa, en la Edad Media, los gremios de comerciantes y artesanos tenían a veces un considerable poder económico e incluso político. Estos gremios fueron los precursores de las organizaciones civiles modernas. Con el advenimiento de la Revolución Industrial los europeos empezaron a reunirse en número creciente en asociaciones separadas de las empresas familiares e independientes del Estado. En el siglo XIX emergieron en Estados Unidos cientos de asociaciones: asociaciones mercantiles, de caridad, logias, órdenes religiosas, sindicatos incipientes y organizaciones

maternales.6

Las mujeres dominaban en la mayoría de ellas. En la década de 1830, Alexis de Tocqueville elogiaba dichas asociaciones en su clásico *La democracia en América*. Estaba particularmente impresionado por las mujeres que se ofrecían voluntarias para trabajar en estos grupos. «Si me preguntaran [...] a qué se debe principalmente la singular prosperidad y el creciente poder de ese pueblo [el norteamericano], tendría que responder: a la superioridad de sus mujeres».7

A finales del siglo XIX y principios del XX la participación de las mujeres

en los clubes políticos, en las asociaciones obreras y en las organizaciones profesionales experimentó un importante incremento.⁸ En América y Europa fundaron toda suerte de instituciones al servicio de la sociedad, participaron en las congregaciones religiosas y reformistas y salieron a la calle para pedir el derecho al voto.⁹ En Asia lucharon por el derecho a la educación. En India, China, África occidental y muchas otras partes no pertenecientes al mundo occidental, las mujeres también participaron y lideraron diferentes movimientos sociales.¹⁰

En el transcurso de las últimas

décadas, las asociaciones civiles se han multiplicado a toda velocidad en Estados Unidos y otros países industrializados.¹¹ Y las mujeres siguen teniendo un papel extremadamente importante en muchas de estas asociaciones. «Por lo general constituyen la mayoría en las organizaciones comunitarias y de base, y juegan papeles clave en muchos de los movimientos que pretenden un cambio social»; así lo señala un documento de las Naciones Unidas relativo a las organizaciones no gubernamentales.¹²

La domesticación de Estados Unidos

Un ejemplo reciente lo tenemos en

Fort Greene, un desolado barrio de viviendas de protección oficial de Brooklyn, donde Maxine Croft y Roslyn Williams, dos mujeres de mediana edad, se hartaron de llevar años y años viviendo en lo que para muchos era una especie de tierra de nadie. Los tiroteos estaban tan a la orden del día que sus vecinos no se aventuraban a salir a la calle a partir de las cinco de la tarde. Estas mujeres solicitaron y consiguieron una subvención de 10.000 dólares con la que formaron la Fort Greene Coalition. Reclutaron y formaron a adolescentes que hoy patrullan portales y pasajes armados con transmisores de radio. Los jóvenes se encargan también de escoltar a los vecinos mayores a las tiendas y

supermercados de Myrtle Avenue, una zona especialmente proclive a la violencia. 13 Una pequeña victoria, una dulce victoria, para la sociedad civil, y para las mujeres.

«Piensa globalmente, actúa localmente». Los norteamericanos se han tomado en serio este aforismo. En Austin, San Luis, Santa Bárbara y muchas otras ciudades y pueblos de Estados Unidos, las mujeres (y los hombres) han formado grupos comunitarios con toda suerte de objetivos: dar formación a quien no la tiene, realizar programas de actividades para los jóvenes, patrullar sus barrios contra los ladrones o podar árboles.

Otros forman grupos de presión para mejorar las aceras o recaudar dinero para escuelas, canchas y bibliotecas. En algunas zonas, grupos de comerciantes locales contratan barrenderos o vigilantes jurados para mejorar el estado de sus calles. En 1970 había unas 10.000 asociaciones de este tipo; en 1997 había más de 150.000.¹⁴ Durante la década de los noventa, sólo los grupos vecinales de vigilancia contra la delincuencia se multiplicaron por diez.

En Estados Unidos existen hoy día cerca de un millón de organizaciones sin ánimo de lucro, el triple que en 1967.¹⁵

Una organización nacional de base en

vías de expansión es la Emily's List (Lista de Emily). EMILY son las siglas de Early Money Is Like Yeast (literalmente, «el primer dinero crece como la levadura», o más exactamente «plantar la semilla»). Como su nombre sugiere, Emily's List es una organización política de mujeres que se dedica a recaudar ese primer dinero con el que las mujeres pueden iniciar sus campañas para presentarse a elecciones estatales o federales. Para algunos es hoy día la tercera asociación política más importante de Estados Unidos.¹⁶ Y ésta no es la única asociación política de mujeres que existe en Estados Unidos. Han surgido muchas más, todas ellas con el fin de fomentar la representación

femenina en los procesos electorales, crear una mayor conciencia sobre las cuestiones que atañen directamente a la mujer y presionar para que éstas se incluyan en los programas electorales.

17

Esta forma de defensa y de control está imponiéndose y transformando la sociedad norteamericana. En 1996 se cometieron en la ciudad de Nueva York menos asesinatos de los que se habían venido cometiendo durante los últimos cuarenta años. El número de asesinatos ha disminuido también en Boston, Los Angeles y San Francisco. Esta inesperada tendencia ha suscitado una amplia variedad de explicaciones: la

policía debe de estar haciendo bien su trabajo; ha disminuido el nivel de consumo de crack, ese barril de pólvora; puede que la actual epidemia de sida que invade las cárceles haya puesto fuera de la circulación a muchos de nuestros delincuentes. Pero algunos analistas sociales señalan otra posible causa del descenso del nivel de delincuencia en Estados Unidos: las mujeres.

«Tenemos que agradecerles a las mujeres el que iniciaran todo esto», escribe Nicholas von Hoffman en *The New York Observer*. Se refiere a los centros de acogida para mujeres maltratadas, a las clínicas para educar a

los hombres respecto al maltrato a mujeres, a los programas para padres de niños inadaptados, a los grupos de presión para el control de la posesión de armas de fuego y a otras miles de asociaciones civiles fundadas o dirigidas por mujeres o en las que éstas han tenido un papel predominante. «Es posible que», termina diciendo Von Hoffman, «al ocupar puestos más altos y al gozar de una mayor influencia, las mujeres hayan utilizado ese nuevo poder para acelerar la domesticación de Estados Unidos».18

La domesticación continúa. Unos 93 millones de estadounidenses dedican hoy día al voluntariado más de 20

billones de horas anuales de su tiempo a la supervisión de proyectos que sirven para promover sus objetivos particulares. 19 Peter Drucker prevé que para el año 2010, más de 120 millones de estadounidenses invertirán al menos cinco horas semanales de trabajo voluntario en aquellas organizaciones del sector civil que encaren sus problemas o necesidades.20 Drucker considera que todas esas organizaciones civiles constituyen una importante área de desarrollo y las agrupa bajo la denominación de tercer sector de la sociedad, después de la administración del Estado y del mundo empresarial.21

Drucker opina que este tercer sector

«podría ser, hoy por hoy, la contribución más importante de Estados Unidos al mundo».22 El teórico político Francis Fukuyama, de la Universidad George Mason, estaría de acuerdo. Fukuyama cree que esta densa red de asociaciones actúa como una especie de aglutinador social, creando un entorno que permite un eficaz funcionamiento de la economía de mercado y de la administración del Estado. 23 Cuando este sector de la sociedad es activo y vigoroso, la nación prospera.

Las mujeres en la sociedad civil

Las mujeres están emergiendo como una fuerza poderosa en este sector de la

sociedad norteamericana, el de las organizaciones sin ánimo de lucro. En este sector hay muchas más mujeres profesionales en puestos directivos que en el mundo de los negocios.²⁴ Al parecer, el tercer sector de la sociedad atrae a la mente femenina.

Y no es de extrañar. Por varias razones.

En primer lugar, las asociaciones civiles están por lo general formadas por personas de ideas afines que se unen por una causa común. Estas organizaciones suelen ser muy pequeñas al principio. Los miembros ofrecen gratuitamente sus servicios y el trabajo

se realiza en equipos igualitarios, sin jefes. A medida que crece la asociación, los miembros han de contratar personal asalariado, nombrar una junta directiva y adoptar una serie de medidas de control. Pero a excepción de las grandes organizaciones sin ánimo de lucro que cuentan con consejeros delegados, grandes consejos de administración y estructuras piramidales, las asociaciones civiles tienden a estar menos jerarquizadas y a tener unos mecanismos de toma de decisiones más participativos.

A las mujeres les gusta trabajar así, en equipo, en colaboración con otros, y en estos ambientes menos formales y

jerarquizados.

Las mujeres que forman parte de las juntas directivas de las organizaciones sin ánimo de lucro no se limitan a «ocupar un asiento». Peter Drucker informa que «muchas organizaciones sin ánimo de lucro tienen lo que en el mundo de los negocios es todavía una excepción: juntas directivas que funcionan».25 Tienen algo todavía más sorprendente en opinión de Drucker: consejeros delegados que han de rendir cuentas ante la junta. De modo que las mujeres que forman parte de esas juntas tienen la oportunidad de dirigir de verdad.

En mi opinión, las asociaciones civiles también atraen a las mujeres porque éstas tienden a tener en cuenta el contexto cuando analizan un asunto concreto. Por regla general, las mujeres observan un problema social específico, como la drogodependencia o los embarazos entre adolescentes, y los relacionan con otros males sociales más amplios y más profundos. Además, las mujeres suelen pensar a largo plazo. La mayoría de las asociaciones civiles también «piensan» de esta forma, llenan una amplitud semejante en sus enfoques y establecen sus objetivos sociales a largo plazo.

Las mujeres tienen el don de gentes

que se necesita para realizar este tipo de trabajo. Muchas organizaciones sin ánimo de lucro dependen regularmente del trabajo de los voluntarios. Éstos no tienen ningún tipo de vínculo contractual con la organización. De modo que sus líderes (que también pueden ser trabajadores voluntarios de la misma) han de ser personas a las que se les dé bien motivar, organizar y dirigir a otros. En las organizaciones sin ánimo de lucro las mujeres pueden, e incluso deben, utilizar sus exquisitas dotes para el trato social.

Este don de gentes femenino es particularmente útil para evaluar a los posibles patrocinadores y conseguir

grandes aportaciones monetarias. Como observa Roger Pasquier, de la Environmental Defense Fund, al hablar de esta facultad femenina, «las mujeres están particularmente dotadas para la recaudación de fondos —sobre todo cuando se trata de grandes patrocinadores— debido a que tienen una forma estratégica de pensar que es especialmente idónea para esa tarea. Para recaudar fondos hay que saber meterse en la mente del posible patrocinador. Esta actividad requiere prestar mucha atención a los detalles, escuchar con delicadeza y dar respuestas enérgicas, habilidades todas ellas que poseen muchas mujeres».26

No existe una creencia establecida históricamente en la sociedad occidental sobre si un sexo vale más que otro para recaudar fondos. De modo que las mujeres que buscan empleo en las organizaciones sin ánimo de lucro no tienen que combatir ese tipo de prejuicios, y pueden llegar a ocupar con bastante facilidad cargos importantes en el área de la recaudación de fondos. Además, sobresalen también en la búsqueda de apoyos no crematísticos gracias a su talento para crear redes de contactos. Y en estas organizaciones pueden trabajar en un entorno en el que es menos probable que tengan que viajar constantemente o cambiar su lugar de residencia. 27

Y, tal vez, lo más importante de todo sea que el objetivo primordial de muchas de esas instituciones sin ánimo de lucro no es, claro está, obtener beneficios, sino sanar o aliviar algunos de los males que afligen a nuestra sociedad o a nuestro entorno. Curar, educar: éstas son algunas de las llamadas vocacionales a las que responde la mujer.

En consecuencia de todo lo dicho, un elevado número de mujeres con ambiciones profesionales están creando, participando y dirigiendo asociaciones civiles de todo tipo. Dado que la sociedad civil se está convirtiendo en

una fuerza cada vez más prominente en Estados Unidos y en el resto del mundo, los valores e intereses femeninos han empezado a influenciar de forma creciente la opinión pública, las costumbres y la vida política.

La presencia femenina en las fundaciones

La participación de las mujeres en el tercer sector es sobre todo sorprendente en las fundaciones. Descubrí esto cuando me puse a contar el número de mujeres que ocupan altos cargos en las fundaciones más importantes de Estados Unidos.

El *Foundation Directory* de 1998,

publicado por la Foundation Center de Nueva York, incluye 8.649 fundaciones —todas aquellas que cuentan con un activo de al menos 2 millones de dólares o distribuyen anualmente una suma superior a los 200.000 dólares —,28 Aunque estas fundaciones representan tan sólo un 20 por ciento de todas las fundaciones que ofrecen financiaciones detentan entre todas un activo de más de 247 millones de dólares, el 89 por ciento del activo de la totalidad de las fundaciones, y conceden subvenciones, becas y financiaciones anuales por un valor superior a los 12.000 millones de dólares, un 90 por ciento de todo el dinero distribuido por las fundaciones. En cada entrada del

directorio aparecen sólo un par de patrocinadores principales, los miembros del consejo de administración y el administrador general.

Cuando clasifiqué por género las personas nombradas en este directorio descubrí que el número de mujeres mencionadas como patrocinadoras, miembros del consejo de administración y/o administradoras generales era de 12.541, lo que equivale a un 29,12 por ciento del total.²⁹

Un informe de 1998 del Council on Foundations describe una participación femenina aún más elevada. Esta organización sondeó 667 grandes

fundaciones y programas de financiación corporativos. De 4.580 trabajadores a tiempo completo, un 75 por ciento eran mujeres; un 92 por ciento del personal de apoyo eran mujeres, un 68 por ciento de los cargos directivos eran mujeres y un 50 por ciento de los consejeros delegados eran mujeres.³⁰

En comparación, menos de un 5 por ciento de los consejeros delegados y miembros de las juntas directivas de las 500 empresas que componen el grupo Fortune son mujeres. Está claro que es mucho más probable que las mujeres tengan un papel líder en las grandes fundaciones que en el mundo empresarial tradicional.

Es probable que las mujeres que ocupan cargos directivos en las fundaciones aumenten en número y que ejerzan aún más poder en la sociedad en general. Entre 1981 y 1996, el número de fundaciones casi se duplicó, pasando de 22.000 a 39.000. 31 Cada año surgen unas 1.000 fundaciones nuevas.32 Entre todas distribuyen 14.000 millones de dólares anuales. Aunque no llaman la atención en los medios de comunicación, las fundaciones se han convertido en importantes agentes en muchos sectores de la sociedad norteamericana. 33

«La tarea más difícil del presidente no es *hacer* lo que debe, sino *saber* qué

debe hacer», decía el presidente Lyndon B. Johnson. Saber lo que se debe hacer también suele ser difícil para el resto. Los sexos tienden a diferir en cómo cree cada cual que se deben asignar los fondos. Y a medida que ha ido habiendo más mujeres en las altas esferas del sector de las fundaciones ha cambiado la política de asignación de fondos. Un trabajador del Foundation Center me dijo que podía asegurar que se concede cada vez más financiación a causas femeninas, aunque no disponía de una información estadística que avalara esta afirmación.

Corroboran este presentimiento los datos que demuestran que las

fundaciones están dedicando menos dinero a financiar la investigación básica y más a los grupos de defensa y ayuda y a los programas de servicio social: ambas áreas de interés para las mujeres.³⁴

Instituciones benéficas

«Da todo lo que tengas, pues no distinguen / los cielos entre lo mucho y lo poco», escribió William Wordsworth. Cómo, cuándo, dónde y a quién da uno su dinero es el mejor indicador de sus valores, miedos y esperanzas. La gente tiene todo tipo de razones para contribuir con su dinero a una u otra obra benéfica. Por compasión, para

hacer penitencia por sus pecados, para compensar su buena suerte, para ayudar a mejorar ciertos aspectos de la sociedad, para expresar su responsabilidad social, para desgravar impuestos o conseguir exenciones fiscales o para presumir delante de sus amigos: todas ellas son motivaciones para dar.

Aproximadamente un 65 por ciento de las familias norteamericanas hace aportaciones monetarias al menos a una obra benéfica. En 1997 donaron 143 millones de dólares a diferentes instituciones benéficas. 35 Y la cifra seguirá creciendo. Los demógrafos estiman que cuando la generación del

baby boom empiece a heredar de sus ahorrativos padres destinarán a la caridad un trillón de dólares. Además, como las parejas tienen menos hijos, tendrán más dinero para dar. El resultado es que se espera que para el 2030 las donaciones filantrópicas se tripliquen. 36

Parece probable que quienes dirijan muchas de estas instituciones benéficas serán mujeres.

Domesticando el mundo

La sociedad civil, con sus múltiples organizaciones, está tan arraigada en América y Europa que la mayoría de nosotros apenas reparamos en ella. Pero

las actitudes con respecto a las organizaciones civiles varían ampliamente entre una nación y otra, un hecho que vi claro cuando leí en *The New York Times* un artículo sobre la cultura gay en la China de hoy en día.

El artículo describía los modos de vida de los homosexuales y las lesbianas en una de las ciudades más importantes de China. Al parecer, el gobierno chino permite que los homosexuales y las lesbianas se reúnan en cafés y night clubs. Pero la ley no les permite formar grupos de presión formales que traten e intenten solucionar sus problemas concretos.

En la China comunista, el Estado sigue dictando quién se puede asociar formalmente con quién. En otros países en vías de desarrollo, los gobiernos exigen a las asociaciones civiles que se registren formalmente e identifiquen a sus miembros. De esa forma, el gobierno puede sacarles algún dinero y también controlar de cerca sus actividades.

En gran parte del mundo, la sociedad civil es un gigante grogui que empieza a ponerse en pie, todavía tambaleante. Pero al igual que los pantalones vaqueros, las hamburguesas y la propia democracia, la sociedad civil se está propagando con la ayuda de algunas organizaciones internacionales sin

ánimo de lucro que con frecuencia están dirigidas por mujeres.

Por ejemplo, el Global Fund for Women, que se fundó en Palo Alto, California, en 1987, ha concedido muchas pequeñas ayudas a más de 800 organizaciones de mujeres de casi 100 países distintos. Los grupos de mujeres son libres de usar el dinero como lo juzguen conveniente, siempre que trabajen de forma colectiva y sus objetivos fomenten los derechos de la mujer.

En 1998, las antropólogas Barbara Pillsbury y Michele Andina, del Pacific Institute for Women's Health, visitaron

algunas de estas organizaciones femeninas de base en Brasil, Uganda, Turquía, Pakistán, India, Nepal, Nicaragua y Filipinas, para evaluar sus progresos. Un centro de acogida para mujeres víctimas de la violencia doméstica en Katmandú, un centro educativo para mujeres afganas refugiadas en Islamabad, una asociación de mujeres que proporciona asesoramiento sobre el sida en Uganda: éstos son algunos de los muchos proyectos que proliferan y prosperan hoy, informa Pillsbury. Y concluye: «Basta con dejar trabajar a las organizaciones de mujeres».37

Otra de estas organizaciones

internacionales es el Women's World Bank (Banco Mundial de las Mujeres). Esta organización global desarrolla minibancos destinados a ofrecer pequeños préstamos a las mujeres, sobre todo en los países en vías de desarrollo. Estas agencias ayudan a las mujeres pobres a pedir préstamos para conseguir los fondos básicos que les permitan poner en pie sus propias empresas. Hoy día hay minibancos destinados a las mujeres en unos cincuenta países.³⁸ El Banco Mundial —agencia dependiente de las Naciones Unidas que financia los grandes proyectos internacionales— ha elogiado estos minibancos diciendo que constituyen una maravillosa innovación en la guerra contra la pobreza.³⁹

Las asociaciones civiles de mujeres también están creando programas de alfabetización, iniciativas por la paz, movimientos contra el tráfico de armas, organizaciones para concienciar sobre la salud y la planificación familiar, programas de ayuda a los enfermos de sida, a los toxicómanos o a las prostitutas, así como a las víctimas de la violencia contra las mujeres.⁴⁰

Hay quienes dan a esta corriente la denominación de «economía de tortuga». Pero Pillsbury y otros expertos en el campo del desarrollo internacional creen que estos movimientos femeninos de base se contarán entre los más

significativos de los catalizadores de la economía y de las fuerzas que intentan alcanzar una justicia social.

Mujeres líderes en el mundo

«La presión más fuerte del mundo puede ser una presión amable», decía quien fuera primer ministro de Canadá, Lester Pearson. Las mujeres lo saben. A medida que usan sus capacidades innatas para unirse por una causa común se convierten en una fuerza política.

En 1997, un grupo de mujeres serbias, bosnias y croatas, que se agruparon bajo el nombre de «Mujeres de negro», estuvieron manifestándose todos los miércoles en una plaza de Belgrado para

pedir el fin de la guerra. En Oriente Próximo han surgido grupos de mujeres israelíes y palestinas que trabajan juntas en la reconstrucción de zonas seguras para los niños. En Kenia, el movimiento denominado Green Belt (Cinturón Verde) llevó a más de 50.000 mujeres a plantar árboles en sus patios para combatir la desertización; y hoy día algunas de las zonas más amenazadas del país empiezan a estar reforestadas.⁴¹ En Ucrania, las mujeres se están uniendo para luchar contra la contaminación nuclear.⁴² Mujeres musulmanas de diversos países han producido una especie de manual: *Claiming Our Rights: A Manual for Women's Human Rights Education in*

Muslim Societies («Para exigir nuestros derechos: manual de información sobre los derechos humanos para las mujeres de las sociedades musulmanas»).⁴³

Como señala el secretario general de las Naciones Unidas, Kofi Annan, «la gente mueve a los gobiernos».⁴⁴ Un ejemplo notable es el de Jody Williams. Esta americana de Vermont ganó ex áequo el premio Nobel de la Paz en 1997 por liderar lo que se convertiría en una campaña internacional para prohibir la producción y el uso de minas antipersonas. En 1997, en parte a resultas de esta campaña, más de 120 gobiernos firmaron un tratado que limitaba ampliamente el uso de estas

indiscriminadas armas asesinas. «Juntos», dijo Williams, «somos una superpotencia».45

Al parecer, las mujeres llegaron a inquietar a las autoridades chinas en septiembre de 1995, cuando inundaron Pekín para asistir a la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer patrocinada por las Naciones Unidas. Las autoridades chinas decidieron alojar a muchas de las asistentes en una comunidad situada a una distancia considerable de la sede central de la cumbre y controlaron estrechamente el tráfico entre las salas de conferencias y los demás foros donde se congregaban las participantes.

Pese a ello, la cumbre reunió a más de 30.000 mujeres venidas de Canadá, Ecuador, India, Kenia, Mongolia, Papua Nueva Guinea y prácticamente todos los demás países entre medias. Tejedoras del pueblo más remoto se mezclaban codo con codo con premios Nobel. Los saris alternaban con las trenzas rastafari y los tacones altos. Los niños dormían junto a los ordenadores portátiles. Entre los objetivos planteados se incluían encontrar soluciones para la pobreza y la violencia, establecer nuevas vías de desarrollo económico, la igualdad de oportunidades educativas y profesionales, los programas de asistencia sanitaria integral y dar a la mujer la parte de poder que le

corresponde en la familia, el Estado y la comunidad internacional. Como quedó resumido en la declaración final de la cumbre: «Los derechos de las mujeres son los derechos humanos».

Ya había habido otras conferencias en las que se habían debatido multitud de aspectos relativos a la posición de la mujer en el mundo. Ciudad de México en 1975, Copenhague en 1980 y Nairobi en 1985 fueron los escenarios de las mismas. Las mujeres también jugaron un papel decisivo en otras cumbres organizadas por las Naciones Unidas, como la de Río de Janeiro de 1992 dedicada al Medio Ambiente, la de Viena de 1993 para los Derechos

Humanos y la de El Cairo de 1994 para la Población y el Desarrollo. En todas estas asambleas, las mujeres fueron la fuerza motora; de hecho, marcaron las directrices de los debates. 46

Estas conferencias tuvieron una gran repercusión. Cuando en 1998 se reunieron un grupo de mujeres para hacer balance de los progresos realizados desde la de Pekín, incluso las más escépticas tuvieron que admitir que se habían hecho grandes conquistas. Más del 50 por ciento de un total de 187 naciones había dados pasos significativos, diseñando programas orientados a una mejor implantación de los derechos de la mujer, creando

departamentos ministeriales a este efecto y abriendo cauces legales que permitieran a las mujeres proponer nuevas legislaciones en las esferas que más directamente les afectan.⁴⁷

Las participantes en este encuentro atribuyeron todos estos avances a «la fuerza creciente tanto a nivel local como internacional de las organizaciones de mujeres».⁴⁸

Las mujeres, sepultureras de dinastías

Los árabes dicen que las mujeres son las «sepultureras de dinastías», presumiblemente porque con su facilidad para reunirse, hablar y planificar fuera de los canales

oficialmente aprobados pueden socavar el orden político establecido.⁴⁹ Esta forma femenina de «sepultar» se expandirá con toda certeza, pues las organizaciones no gubernamentales no paran de crecer y multiplicarse en todos los rincones del mundo.

Hoy en día Civicus, una alianza internacional de asociaciones civiles, presume de contar con 380 miembros de más de 60 países. La alianza ha triplicado el número de sus miembros desde 1994.⁵⁰ En realidad, Civicus forma parte de una nueva clase de asociaciones civiles, las llamadas asociaciones civiles supranacionales. Hoy día las Naciones Unidas tiene

acreditadas a más de 150 de estas organizaciones internacionales.

Algunas son muy poderosas. Amigos de la Tierra, por ejemplo, presionó y convenció a muchas naciones para que asistieran, de mejor o peor grado, a la Cumbre de la Tierra que se realizó en Río de Janeiro, en 1992. 51 Ciertos grupos de defensa de los derechos humanos han forzado a diversos gobiernos para que apoyaran la creación del Tribunal Penal Internacional. Y algunas organizaciones de ayuda y desarrollo están empezando a distribuir anualmente miles de millones de dólares. 52

«La constante concentración de poder en manos de los Estados, que empezó en 1648 con la Paz de Westfalia, ha llegado a su fin, al menos por el momento». Así piensa Jessica T. Mathews, del Carnegie Endowment for International Peace. 53 Muchos están de acuerdo. Se dice que el auge de las organizaciones no gubernamentales es una «transformación asombrosa en la estructura política del mundo».54 A medida que los Estados pierdan soberanía y sigan floreciendo las ONG, las mujeres empezarán a asumir puestos de responsabilidad en estos prominentes foros internacionales.

El liderazgo femenino en la sociedad civil continuará aumentando, por dos

razones. En primer lugar, cada vez hay más mujeres que acceden á la educación y cada vez a niveles más altos de la misma. Como señalan las analistas sociales Pamela McCorduck y Nancy Ramsey, «hoy día existen mujeres con estudios en todas partes del mundo y en tan alto número que constituyen una nueva masa crítica, capaz de realizar cambios radicales».55 En segundo lugar, las mujeres son longevas. Para el año 2015, el 20 por ciento de la población mundial será mayor de sesenta y cinco años, y las mujeres duplicarán en número a los hombres en este grupo de edad, un grupo política y socialmente poderoso.56

«Cuando las arañas unen sus telas pueden matar a un león». Las mujeres creen en este proverbio etíope. Con su natural don de gentes y su tendencia primordial a crear redes de contactos dominarán a algo más que leones en el transcurso del siglo XXI.

El futuro de las mujeres como dirigentes gubernamentales es algo distinto. A las mujeres no les atrae este tipo de poder, tal vez, en parte, porque se sienten menos.

Las mujeres en los gobiernos formales

«El deber del ciudadano es no cerrar la boca», dice Günter Grass. Y cuando se trata de política y de abrirse camino

en la jerarquía de los gobiernos locales, nacionales o estatales del mundo entero, los hombres gritan mucho más que las mujeres y se muestran más enérgicos que éstas.

En todas las sociedades industrializadas se observa un predominio masculino en las estructuras de gobierno. En 1997, tan sólo un 9 por ciento de los escaños del Senado norteamericano y un 12,6 por ciento de los de la Cámara de Representantes, estaban ocupados por mujeres. 57 De las cincuenta residencias del gobernador que existen en Estados Unidos, sólo un 10 por ciento han sido ocupadas alguna vez por una mujer.58 Desde 1994, entre

los Estados miembros de la Unión Europea, sólo un 13,6 por ciento de los parlamentarios de los diferentes parlamentos nacionales eran mujeres. En Francia, Italia e Irlanda, en 1998, las mujeres ocupaban el 12 por ciento, o incluso menos, de los escaños en las cámaras bajas de los gobiernos nacionales. 59

La representación femenina en la política es más alta en los países escandinavos, Alemania y los Países Bajos, en los cuales las mujeres ocupan más del 25 por ciento de los escaños en las cámaras bajas.60 Pero incluso en Noruega o Suecia, los hombres dominan en los puestos ministeriales donde se

dictan las líneas políticas del gobierno en materia de asuntos exteriores, hacienda y justicia. Las mujeres ocupan los ministerios, menos poderosos y menos prestigiosos, de salud, educación y trabajo.⁶¹

En Rusia y en los países del este, las mujeres perdieron escaños parlamentarios con la introducción de los gobiernos democráticos. Bajo los gobiernos comunistas, entre un 20 y un 35 por ciento de los escaños de las cámaras bajas de esos países estaban ocupados por mujeres. «Los gobiernos socialistas daban prioridad a los obreros y a las mujeres», resume Pierre Cornillon, del InterParliamentary Union,

organismo basado en Ginebra.⁶² Tras el colapso del comunismo, los hombres se hicieron con más de la mitad de los escaños previamente ocupados por mujeres.⁶³

En los gobiernos nacionales asiáticos también dominan los hombres. En Japón, en 1995, sólo un 2,3 por ciento de todos los miembros de la Diet, la cámara baja y el cuerpo legislativo, eran mujeres.⁶⁴ En realidad, las mujeres ocupan menos del 15 por ciento de los escaños en los parlamentos de casi todos los países de América Latina, África, Oriente Próximo y Asia. Entre las escasas excepciones se encuentran las islas Seychelles, Cuba, Suráfrica y China,

donde la presencia parlamentaria femenina supera el 20 por ciento.⁶⁵

Todavía son menos las mujeres que ocupan carteras ministeriales. Desde 1995, la mujeres han venido ocupando un promedio del 6 por ciento de estos puestos en los diferentes países: un 5 por ciento en los países en vías de desarrollo y un 8 por ciento en las sociedades industrializadas. ⁶⁶ Sólo en los países escandinavos, los Países Bajos y las islas Seychelles, las mujeres constituyen más del 30 por ciento de los gabinetes de gobierno.⁶⁷

Más raro aún es que las mujeres lleguen a ser jefe de Estado o jefe de

gobierno. En 1995, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo realizó un estudio entre los países miembros, conforme al cual sólo Islandia, Irlanda, Nicaragua y Sri Lanka tenían a una mujer en la presidencia del gobierno.⁶⁸ Por esa misma época, una mujer ocupaba el cargo de primer ministro en Bangladesh, Noruega, Pakistán, Sri Lanka, Turquía y la diminuta isla de Dominica.⁶⁹ En total, en el siglo XX sólo 22 mujeres han llegado a ser jefe de Estado o jefe de gobierno. Incluso en los pocos casos en los que una mujer ha llegado a ser jefe de Estado o de gobierno de un país, sus gabinetes han estado formados fundamentalmente por hombres, al igual

que han sido hombres quienes han detentado la mayoría de los altos cargos ministeriales.

La falta de participación femenina en los gobiernos nacionales no se explica ni por el nivel de desarrollo de cada país en concreto, ni por su renta per cápita, ni por el nivel de educación de sus mujeres. El promedio de representación parlamentaria femenina es de un 10 por ciento en los países en vías de desarrollo y de un 12 por ciento en el mundo industrializado.⁷⁰

Ni tampoco explica esa falta de participación el comportamiento de los votantes. Los politólogos americanos

suelen especular con la idea de que a los votantes les cuesta trabajo imaginarse a las mujeres en altos puestos gubernamentales. Esto no es verdad. Richard Seltzer, profesor de Teoría Política en la Universidad Howard, llevó a cabo un estudio sobre los 61.603 candidatos que se presentaron a las elecciones legislativas o a las elecciones de gobernador estatal entre 1972 y 1994. El resultado de su estudio es que las mujeres ganan con la misma frecuencia que los hombres —cuando se presentan, claro—.71 En otro estudio similar demostraron que el número de mujeres que vota a mujeres es sólo ligeramente superior al de hombres.

En muchas culturas, cada vez son más las mujeres que empiezan su carrera política tanto a nivel local como estatal al alcanzar la mediana edad.⁷² En algunos países, como India, han empezado a aplicar un sistema de cuotas, mediante el cual en todos los cuerpos representativos ha de haber cierto número de cargos ocupados por mujeres.⁷³ Pero muchas menos mujeres que hombres empiezan su carrera política a los veinte o treinta y tantos años para continuarla hasta llegar a las más altas esferas del gobierno.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo evaluó, empleando una ingeniosa mezcla de factores, la

condición de la mujer comparada con la del hombre en más de 100 países, y descubrió que las diferencias en términos de salud, de educación y de poder económico entre los sexos se estaban acortando poco a poco en todos los rincones del mundo. «Pero la política sigue siendo una carrera de obstáculos para las mujeres», concluía el estudio.⁷⁴

El matriarcado es un mito

En las culturas tribales tradicionales, pasadas y presentes, ha habido todavía menos mujeres líderes. El sociólogo Martin King Whyte investigó 93 culturas de todo tipo —de cazadores-

recolectores, de pastores y agrarias— y descubrió que en todas ellas los hombres detentaban la inmensa mayoría de las posiciones de autoridad. 75 En 82 de estas sociedades, todos los jefes políticos locales, intermedios y de más alto rango, eran hombres. Incluso en aquellas culturas en las que las mujeres tenían poder económico y social, como la navajo del suroeste de Estados Unidos o ciertas sociedades agrarias tradicionales del oeste de África, los hombres tenían muchas más posibilidades de alcanzar posiciones políticas de importancia.

En el ambiente académico, hay quienes toman las figuras femeninas

grabadas en la cerámica antigua y otros motivos femeninos encontrados en las excavaciones arqueológicas como prueba de que las mujeres detentaron el poder en algún momento en ciertos lugares del planeta.⁷⁶ Pero no existen pruebas consistentes de que haya existido un matriarcado y, sin embargo, sí las hay en sentido contrario. En aquellas culturas vivas en las que perviven las deidades femeninas, en las que la figura femenina es ampliamente utilizada en la cerámica tradicional y en las que las mujeres guerreras están presentes en el arte, la mitología y las canciones, siguen predominando los hombres en los escalones más altos del gobierno de la tribu.

No existe evidencia alguna de que en ninguna cultura sobre la tierra haya habido en algún momento de la historia un predominio de las mujeres en los puestos de gobierno y de poder.⁷⁷ El matriarcado —que la antropología define como aquella situación en la que la mujer como clase prevalece sobre el hombre como clase— es un mito.

Si las mujeres gobernasen el mundo

Pese a la mínima participación femenina en las altas esferas del poder, la mayoría de los hombres y también de las mujeres cree que un incremento de

esa participación mejoraría las formas de gobierno.

La encuesta realizada por Gallup en 1996 entre 22 sociedades vino a confirmarlo. Una de las preguntas de la encuesta era: ¿estaría mejor gobernado su país si hubiera más mujeres en la vida política o iría a peor? En 21 de estas sociedades, entre las que se incluyen China, Alemania, India, Japón y Estados Unidos, el número de mujeres —y de hombres— que creían que las cosas mejorarían fue superior al de los que pensaban que se degradarían.⁷⁸ Sólo en El Salvador hubo un número igual de respuestas en ambos sentidos. En la General Social Survey (Encuesta

Social General) llevada a cabo por el National Opinión Research Center (NORQ de la Universidad de Chicago, un 90 por ciento de los norteamericanos afirmaron que votarían a una mujer como presidente de la nación si tuviera las cualidades necesarias para ello. 79

Parece evidente que a medida que más mujeres acceden a la educación, al menos algunas decidirán unirse a las filas de los gobiernos locales, estatales y nacionales.

Esas mujeres probablemente modifiquen las políticas de los gobiernos. Patricia Schroeder, en su día congresista por el Estado de Colorado,

es un ejemplo de ello. Como miembro influyente de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, fue el motor que puso en marcha el proceso legislativo que incrementaría las oportunidades de la mujer en el sector militar. Ya no se trataba sólo de un discurso sobre los derechos de la mujer. Su trabajo ayudó a muchas mujeres y además mejoró los servicios militares.

Las mujeres que cumplen funciones gubernamentales tienden a llevar a cabo políticas que favorecen el sector público, en las áreas de la salud, la educación y la asistencia a la infancia, a la tercera edad y a la familia.⁸⁰ Por ejemplo, actualmente, el 40 por ciento

de los escaños de la asamblea legislativa del Estado de Washington están ocupados por mujeres. Y estas mujeres están llevando a debate cuestiones como la baja por maternidad, la violencia doméstica y las leyes de divorcio, temas que habían recibido muy poca atención en el pasado.⁸¹ Las mujeres que forman parte de la asamblea legislativa del Estado de Virginia han presentado un proyecto de ley sobre la violencia doméstica. En Connecticut, gracias a las mujeres que forman parte del cuerpo legislativo, las madres pueden permanecer en el hospital 48 horas después de dar a luz.

Todavía está por ver si la política

internacional tomaría un sesgo diferente de estar las mujeres en el poder. Después de ser elegida la primera mujer secretaria de Estado, Madeleine Albright se ganó la fama de ser una interlocutora implacable en la defensa de los intereses nacionales de Estados Unidos. Pero se considera que su influencia como creadora de una línea política es mínima.

Hay quienes opinan que para que los valores femeninos empiecen a ejercer algún tipo de influencia en las políticas y prioridades nacionales, los gobiernos necesitan una masa crítica —se estima que un 3,5 por ciento— de mujeres en las esferas más altas del poder.⁸² Es

difícil predecir exactamente cómo será esa influencia. Sin duda, ciertas líderes como Indira Gandhi y Margaret Thatcher son un ejemplo de que las mujeres pueden ser tan contundentes e implacables como los hombres. Sin embargo, es menos probable que las mujeres en el poder recurran a la acción militar para resolver disputas que lo hagan los hombres. Se inclinarán más a adoptar el tono conciliatorio de Winston Churchill, cuando decía: «Darle a la lengua es siempre mejor que ir a la guerra».

Es verdad que cada vez hay más mujeres que entran en la vida política. En Estados Unidos el número de

alcaldesas se triplicó entre 1975 y 1982.⁸³ En 1996, las mujeres constituían un 21 por ciento de todos los cuerpos legislativos norteamericanos.⁸⁴ En 13 de los 84 países en los que recogió datos el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, un 25 por ciento de los representantes municipales eran mujeres.

Pero las mujeres entran en la política por razones diferentes que los hombres. Todas las encuestas realizadas durante los últimos veinticinco años con respecto a este tema indican que las mujeres se presentan a las elecciones porque quieren mejorar la sociedad. En el caso de los hombres es más probable

que inicien una carrera política a fin de hacer contactos personales o escalar hasta los últimos peldaños de la jerarquía política.⁸⁵ Como señala Harriet Woods, la última presidenta del National Women's Political Caucus, «la mayoría de las mujeres empiezan por su preocupación por su comunidad, no por ambición».⁸⁶

Dadas estas dos formas tan distintas de plantearse el poder político, lo más probable es que las mujeres nunca lleguen a alcanzar una paridad con los hombres en los niveles más altos del gobierno de la nación, ni en Estados Unidos ni en ningún otro país del mundo. Por lo general, estas vías formales,

escalonadas y piramidales de acceso al liderazgo político atraen más a los hombres que a las mujeres.

Las mujeres, los hombres y la guerra

Otro sector del gobierno nacional e internacional en el que no es muy probable que las mujeres lleguen nunca a jugar un papel fundamental es el militar.

Durante los últimos años los servicios militares norteamericanos no han dejado de insistir en que han abierto sus filas a las mujeres. Es cierto que millones de mujeres se han alistado y han mejorado de este modo su nivel de vida. Algunas se han graduado en West Point e incluso

unas cuantas han llegado a la graduación de general. Pero la milicia es el brazo del Estado con la estructura más severa y la jerarquía más rigurosa; un medio, en definitiva, que normalmente no atrae a muchas mujeres, sobre todo si han accedido a ciertos niveles educativos.

Además, la razón de ser fundamental de la milicia es combatir. Aunque hay mujeres a las que les atrae el combate y que pueden llegar a ser guerreras sobresalientes, los hombres están hechos para luchar —física y emocionalmente—. En la encuesta realizada por Gallup en 1996 en 22 países, en 21 de ellos la gente pensaba que los hombres son más agresivos físicamente que las

mujeres.⁸⁷ Sólo en Islandia prevalecía ligeramente la idea, tanto entre los hombres como entre las mujeres, de que éstas son más combativas.

La agresividad no siempre es emocional, por supuesto; a veces, está fríamente calculada. Pero incluso cuando es provocada por la emoción, los sentimientos que se esconden detrás varían. El patriotismo puede empujar a un individuo a aniquilar al enemigo. La envidia puede llevar a una persona a lanzarle una diatriba a un colega. La alegría puede dar origen a disturbios en un espectáculo deportivo. La ideología, las creencias religiosas o el odio étnico pueden inducir a la violencia sectaria, a

la «limpieza étnica» o a los pogromos. Hay quienes luchan sólo por honor. Ya lo decía Napoleón: «El hombre ha de estar dispuesto a morir por un trozo de cinta». En cualquier caso, la agresividad física derivada de las emociones es un baluarte masculino.

Los chicos se estrenan pronto en ella. De pequeños, a los niños les gustan más los juegos bruscos que a las niñas.⁸⁸ De adolescentes, los chicos practican muchos más deportes que exigen un contacto físico más o menos violento. Los hombres forman bandas violentas en todas partes del mundo.⁸⁹ Y los hombres cometen el 87 por ciento de los delitos violentos que se cometen en

Estados Unidos, un porcentaje que posiblemente equiparen los de otros muchos países. 90

La tendencia masculina a la agresividad física no se debe sólo al hacinamiento, a la pobreza y a las tensiones de la vida urbana moderna. Los hombres eran más salvajes que las mujeres en la Francia medieval, al igual que en España y en Italia por esa misma época o en la Inglaterra de Chaucer y la América de Abraham Lincoln. 91 Los psicólogos evolutivos Martin Daly y Margo Wilson, de la Universidad de McMaster, en Canadá, nos informan que hasta hace relativamente poco, incluso entre los bosquimanos del desierto del

Kalahari «había aproximadamente el mismo índice de homicidios que en el más violento de los guetos urbanos de Estados Unidos».92

Hoy en día, los hombres siguen siendo más violentos que las mujeres en lugares tan diferentes culturalmente como Botsuana, Brasil, Canadá, India, Kenia, México, Escocia y la República democrática del Congo (antiguo Zaire).
93

En ninguna parte del mundo son las mujeres tan agresivas físicamente como los hombres. Las mujeres pueden ser maliciosas y despreciativas; insultarte a la cara y calumniarte a tus espaldas.

Pero pocas mujeres atacarán físicamente, salvo en el hogar. En Estados Unidos, Canadá, Gran Bretaña y Nueva Zelanda, las mujeres cometen el mismo número de actos de agresión física contra sus compañeros o compañeras sexuales que los hombres.⁹⁴ De hecho, las mujeres son más propensas a dar patadas, morder, abofetear, asfixiar o tirar objetos a su compañero o compañera.

Pero, en general, las mujeres pasan mucho más lentamente que los hombres del ataque verbal a la agresión física, y no llegan a mutilar o a herir gravemente con la frecuencia de los hombres.⁹⁵ Y muy pocas mujeres atacan o matan a

personas desconocidas. Entre un 12 y un 14 por ciento de la población norteamericana juzgada por asesinato en un momento dado son mujeres. La mayoría están acusadas de haber asesinado a sus maridos, amantes, rivales o incluso sus propios hijos.⁹⁶ La incidencia de la violencia masculina excede a la femenina en una proporción de nueve a uno.⁹⁷

Algunos científicos defienden la tesis de que las mujeres y las hembras de otras especies de primates son exactamente igual de agresivas que los machos, y que simplemente expresan su agresividad de diferente modo.

Es cierto que las disputas entre las hembras de los primates por la comida y el espacio son crónicas. También pueden llegar a ser peligrosas cuando se produce un cambio de poder en la comunidad, en cuyo caso amenazan, persiguen, golpean y muerden a sus contrincantes. Las hembras se juntan para atacar a otras. Atacan sin avisar con más frecuencia que los machos. Y sus ataques suelen durar más tiempo, de modo que sus mordiscos y patadas también son más numerosos. Además, las hembras suelen ser especialmente beligerantes e impredecibles cuando protegen a sus crías.⁹⁸

Pese a ello, los machos de la mayoría

de las especies de primates son más crueles físicamente que las hembras. Sus peleas son más intensas y causan lesiones con mayor frecuencia.⁹⁹

El hombre protector

«No es justo recriminar excesivamente al hombre su belicosidad; es algo que ha aprendido de la naturaleza», escribía el ensayista norteamericano Christopher Morley. Es un comentario acertado; es fácil ver cómo nace la combatividad masculina en el proceso de la evolución humana. Nuestros ancestros tenían que pelearse para conseguir a sus mujeres y luego volverse a pelear para proteger lo que habían conseguido. Nuestros

antepasados también tuvieron que proteger al conjunto de sus comunidades, como lo siguen haciendo todavía los machos de la mayoría de las especie de primates.100

Se podría decir incluso que las mujeres son parcialmente responsables de la naturaleza beligerante de los hombres. Durante millones y millones de años de nuestra historia más remota, las hembras elegían a los machos más agresivos como padres de sus crias, favoreciendo así la selección del hombre guerrero.

Hoy día tenemos un ejemplo sorprendente en los indios yanomamo de

la selva amazónica. Los hombres se llaman a sí mismos *waiteri*, que significa «feroz». Los hombres yanomamo luchan entre sí armados de estacas y hachas, generalmente por una mujer. Su ferocidad se ve, pues, compensada. Los hombres yanomamo que salen victoriosos del combate atraen a más mujeres y amantes clandestinas. Y como resultado de ello, los vencedores engendran tres veces más hijos.¹⁰¹

«Lo último que una mujer estará dispuesta a descubrir en el hombre que ama, o del que sencillamente depende, es que es un cobarde», decía Joseph Conrad. Durante millones de años, las mujeres han elegido a los hombres que

podían protegerlas y atender a sus necesidades. Así, por un proceso incansable de selección natural, el sexo masculino desarrolló su caballerosidad, pero también su espíritu beligerante.

La química de la guerra

La naturaleza construyó una notable máquina bélica.

En 1995, el neurólogo Rubén Gur y sus colegas colocaron 37 hombres y 24 mujeres en un aparato de escáner y les pidieron que no se movieran, que se relajaran y que intentaran no hacer ningún tipo de esfuerzo mental. Aun admitiendo que es muy difícil no pensar en nada, el resultado de los escáneres

cerebrales de estas «mentes en blanco» revelaron una clara diferencia entre los sexos. Los hombres registraron más actividad metabólica en los centros emocionales del cerebro orientados a la acción; éstos son los más primarios en términos evolutivos. Las mujeres registraron más actividad metabólica en otra región del cerebro, más desarrollada desde el punto de vista evolutivo, que procesa las emociones, el *cingulate gynts*, una región que se encarga de las funciones simbólicas. Para este equipo de neurólogos esto explicaría por qué las mujeres tienden a expresar su frustración emocional simbólicamente, con palabras, mientras que en el caso de los hombres es más

probable que lo hagan mostrándose físicamente agresivos.¹⁰²

Los hombres poseen otra arma natural para el combate: la testosterona. Los campesinos llevan años castrando a sus gallos, toros y sementales para reducir su agresividad. Cuando los culturistas y atletas se inyectan testosterona, experimentan a veces lo que ellos denominan «ataque esteroídico», un arrebató que puede ser violento.¹⁰³ Y aproximadamente la mitad de todos los delitos violentos que se cometen en Estados Unidos son perpetrados por hombres menores de veinticuatro años, la franja de edad en la que los niveles de testosterona son más altos.¹⁰⁴

La relación entre la testosterona y la agresividad es bastante compleja. La carencia de testosterona también puede producir comportamientos violentos en quien la padece. Además, hay otros elementos químicos presentes en la composición del cerebro que se han asociado con la belicosidad masculina.¹⁰⁵ Por otro lado, las experiencias infantiles, el nivel de educación, la profesión, la vida religiosa y toda una serie de factores medioambientales sirven para estimular, cortar o desviar la belicosidad.¹⁰⁶ Pero el ingrediente básico en la fórmula química y social de la agresividad es la testosterona. Los hombres tienen por lo

menos siete veces más cantidad de esta hormona que las mujeres.107

Hoy día las mujeres constituyen el 15 por ciento de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Estas mujeres militares no son las únicas que existen o han existido. Durante la II Guerra Mundial, la Unión Soviética alistó mujeres en sus filas como artilleras, soldados de infantería y expertas en comunicaciones; un 8 por ciento de los soldados soviéticos eran mujeres. Muchas mujeres israelíes lucharon en la Guerra de la Independencia de 1948. Durante siglos las mujeres se han enrolado en movimientos de independencia y liberación en todos los rincones del

Pero una encuesta realizada en 67 sociedades de todo tipo —desde las culturas agrarias tradicionales a las modernas sociedades industrializadas— demostró que 58 de ellas excluían totalmente a las mujeres de la guerra. En las 9 restantes, las mujeres ejercían funciones mucho menos importantes, meramente de apoyo. 109 Y la mayoría volvían a casa o a sus ocupaciones previas cuando se alcanzaba la paz.

Los varones han sido los guerreros de la sociedad desde mucho antes de que nuestros ancestros bajaran de los árboles. Creo que la mayoría de los

soldados del mundo y absolutamente todos los más altos dirigentes militares seguirán siendo hombres durante mucho tiempo todavía, aunque cambien las estructuras militares.

Los nuevos ejércitos

Las nuevas tecnologías están modificando muchos aspectos de la guerra. El combate basado fundamentalmente en las comunicaciones digitales, los misiles dirigidos por satélite, los aviones preparados para evadir los radares, el procesado informático de montones de datos y las maniobras en el espacio requerirá menos soldados de infantería, menos

vehículos y muchos menos enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Incluso conducir tanques y disparar ametralladoras se convertirá en algo obsoleto debido al despliegue de nuevas y sofisticadas máquinas militares contra los sistemas informáticos centrales, los centros financieros y los mecanismos de control de tráfico aéreo del enemigo. Los ordenadores podrían incluso dar las órdenes: «Seleccionar enemigo; insertar arma; borrar».110

Estas innovaciones podrían rebajar la importancia de la fuerza física del hombre, así como de su inclinación a la agresividad física, en muchos tipos de operaciones militares y abrir el paso a

la participación femenina en algunas formas de batalla.

Me resulta difícil creer, sin embargo, que el combate cuerpo a cuerpo vaya a quedar totalmente obsoleto en un futuro inmediato. Los conflictos en el futuro previsible serán fundamentalmente guerras civiles a pequeña escala, luchas étnicas en los países con disturbios y la ocasional operación de castigo a gran escala, sancionada por las Naciones Unidas, contra un agresor, como la guerra contra Irak en 1991. Gran parte de las Fuerzas Armadas externas que participan en el mantenimiento de la paz o asegurando el respeto de las treguas tendrán que ser tropas formadas para el

combate en tierra, listas para matar o morir.

Las Fuerzas Armadas norteamericanas consideran actualmente los pros y los contras de sustituir una parte de su rígida y centralizada estructura por una organización más sencilla, eliminando algunos de los escalones intermedios y creando más unidades de equipos menos jerarquizados.¹¹¹ Estos cambios en la estructura organizativa, si llegan a llevarse a cabo, podrían atraer a más mujeres a la milicia.

¿Puede reestructurarse el ejército? Los teóricos Francis Fukuyama y Abram Shulsky explican que las estructuras

militares más sencillas, menos jerarquizadas, han sido bastante comunes a lo largo de la historia.¹¹² Debido a los inadecuados sistemas de información de que disponían en el pasado las organizaciones militares, sus dirigentes se verán obligados a dar a cada unidad de combate un grado bastante elevado de independencia. Estos analistas dicen que las organizaciones militares de hoy día, gigantescas y rígidamente jerarquizadas, surgieron en las sociedades occidentales en el siglo XIX, al mismo tiempo que llegaba a la mayoría de edad el sistema fabril, cuya organización era estrictamente jerárquica.

Fukuyama y Shulsky creen que las instituciones militares modernas irán adoptando poco a poco cierto grado de descentralización, una estructura más sencilla y mayor número de unidades formadas por equipos menos jerarquizados. Puede que estos cambios atraigan a las mujeres.

Pero un escalafón centralizado de mandos castrenses sigue siendo vital para muchas operaciones militares contemporáneas, especialmente cuando se trata de los grandes países industrializados. Y el agresivo combate cuerpo a cuerpo está lejos de haber sido superado. Puede que se abran más posibilidades profesionales para las

mujeres en el ejército, pero en mi opinión, el sector militar de todas las sociedades seguirá siendo un bastión masculino.

¿Se alcanzará alguna vez la paridad laboral de hombres y mujeres?

«Paridad laboral» quiere decir muchas cosas; es un término un tanto tramposo. Si hablamos de la paridad salarial, se puede decir casi con total certeza que en muchas culturas las mujeres terminarán logrando en muchos sectores de la economía la situación de «a igual trabajo, igual remuneración»; e incluso «a trabajo 'parecido', igual remuneración». Pero yo no creo que hombres y mujeres vayan a elegir nunca

hacer los mismos'tipos de trabajo.

En prácticamente todas las sociedades tradicionales, los hombres realizan la mayoría de los trabajos manuales pesados y los físicamente peligrosos, y gran parte de las tareas derivadas de la seguridad y el gobierno de la comunidad.¹¹³ Las mujeres dedican más tiempo a la cría y a la educación de los miembros más jóvenes de la comunidad, así como al cuidado de los enfermos y ancianos. La división del trabajo por razones de sexo ha sido un marchamo de la humanidad.¹¹⁴ Y lo sigue siendo.¹¹⁵

Hoy día las mujeres constituyen el 95 por ciento de las trabajadoras de

educación infantil y preescolar en Estados Unidos. Son también mujeres la inmensa mayoría de las ATS, secretarias, modistas, contables, cajeras de banco, empleadas de servicio doméstico, fisioterapeutas y encargadas de servicios de información oficiales y de la empresa privada. 116

Las encuestas realizadas por las Naciones Unidas demuestran que en muchas otras sociedades industrializadas las mujeres también se inclinan por los sectores laborales de la atención a la infancia, la sanidad, la enseñanza, las ventas, los servicios personales y la administración. 117

Los hombres siguen haciendo las tareas manuales. Más del 95 por ciento de los basureros, operadores de maquinaria pesada, trabajadores de las plataformas petrolíferas, yeseros y albañiles son hombres.¹¹⁸ Los hombres se inclinan por los campos que requieren una mayor capacidad espacial y técnica. Un 96 por ciento de los mecánicos son hombres, como lo son también el 97 por ciento de los carpinteros, obreros de la construcción y camioneros. Los hombres constituyen también la mayoría de los electricistas, dibujantes, topógrafos, pilotos de aviación y marinos de Estados Unidos. Un 80 por ciento de los arquitectos son hombres. Los hombres constituyen más

del 90 por ciento de casi todos los tipos de ingeniería. Y los hombres también siguen siendo los protectores. El 97 por ciento de los militares y casi el 90 por ciento de los encargados de proteger la seguridad del Estado son hombres.119

En los países europeos y en otras naciones industrializadas los hombres también se inclinan por los trabajos técnicos y los trabajos manuales pesados.120

Esta división sexual del trabajo está empezando a cambiar en Estados Unidos. Algunos hombres se han incorporado en áreas laborales tradicionalmente femeninas, como las

bibliotecas y las enfermerías. Algunas mujeres lo han hecho en la ingeniería o la arquitectura, y otras han llegado a ministras de la Iglesia, a consejeras delegadas de grandes empresas o a estrellas deportivas. Hoy en día, en ciertas ocupaciones profesionales, como las ventas, el cuidado de animales, la hostelería, las relaciones públicas, la edición, el periodismo, la economía, la contabilidad y las agencias inmobiliarias hay aproximadamente el mismo número de hombres que de mujeres.

Sin embargo, en muchas de estas profesiones, ambos sexos siguen todavía direcciones distintas. Hay más mujeres

vendiendo cosméticos, por ejemplo, mientras que hay más hombres que venden equipamiento técnico. La mayor parte de la prensa de moda está en manos de mujeres, mientras que la mayoría de los periodistas financieros son hombres. En el sector sin ánimo de lucro, los hombres tienden a ocupar puestos en aquellas organizaciones que están relacionadas con el comercio internacional, el desarrollo y la economía, mientras que las mujeres lo hacen en aquellas organizaciones que se dedican a los servicios sociales y a la educación. Hoy día todavía existen muy pocas ocupaciones que sean completamente neutrales desde un punto de vista genérico.121

Varios factores contribuyen a esta canalización de la mano de obra en razón de su sexo. La forma en que reclutan su personal las empresas y empleadores; a quiénes contratan; a quién asignan las tareas; dónde sitúan a los empleados en los centros de trabajo; a quiénes dan formación para determinados puestos; a quiénes ascienden: todas estas decisiones pueden reforzar los papeles tradicionales masculino y femenino. Pero también es verdad que la mayoría de los hombres y mujeres que buscan trabajo aceptan, e incluso eligen, las vías profesionales tradicionales en función de su sexo.¹²²

En parte, su elección depende de sus cerebros, que son cerebros sexuados.

Estructura cerebral y preferencia laboral

A fin de investigar la correlación entre la estructura cerebral y la ocupación profesional, el psicólogo Ernest Govier y su equipo idearon una ingeniosa prueba, «la escucha dicotómica».125 Se ajustan en el sujeto unos cascos estereofónicos, se le hace oír simultáneamente por cada oído diferentes sílabas carentes de significado, como *dak ygak*, y se le pide que comunique lo que oye.

Ésta es la clave del experimento: por lo general, todo el mundo oye con mayor precisión por el oído derecho porque éste está directamente conectado con el hemisferio izquierdo del cerebro, que es donde se procesa la mayor parte del lenguaje. Los sonidos que se perciben con el oído izquierdo van primero hasta el hemisferio derecho y luego se redirigen hacia las regiones del lenguaje situadas en el hemisferio izquierdo, lo que produce bastantes errores de audición. De ahí que los humanos tengamos una ventaja auditiva con el oído derecho.

Pero en el caso de las mujeres esta ventaja se reduce porque sus centros de

procesamiento del lenguaje tienden a estar distribuidos de una forma más uniforme entre los dos hemisferios cerebrales. Por eso la prueba diferencia a quienes tienen un cerebro organizado como el de los hombres de quienes lo tienen organizado como el de las mujeres.

Estos investigadores descubrieron que la mayoría de los hombres y mujeres que realizaban trabajos típicamente masculinos, como la carpintería, la construcción o la conducción de vehículos, tenían un cerebro «con organización masculina». Sin embargo, los hombres y mujeres con trabajos típicamente femeninos, como la

enfermería, tendían a tener un cerebro «con organización femenina».124 Éstas y otras pruebas parecidas han venido a reforzar la idea de que la elección profesional suele estar coordinada con el grado de feminización o masculinización del cerebro de cada cual.125

Los niveles hormonales también parecen estar en correlación con la elección profesional. Los hombres con unos niveles altos de testosterona se suelen inclinar más por los trabajos manuales, mientras que los hombres con niveles medios de testosterona siguen más años de formación y entran en las profesiones liberales.126 Las mujeres

que recibieron altos niveles de testosterona prenatal son menos proclives al matrimonio y tienen menos hijos; consideran que sus carreras profesionales son más importantes, adoptan profesiones tradicionalmente dominadas por los hombres y consiguen trabajos con un estatus laboral más alto.¹²⁷

En los sectores en los que se hace más evidente la correlación entre el sexo y la profesión es en los campos de la ciencia y la ingeniería. En un estudio realizado entre hombres y mujeres de 45 países se vio que los hombres sobresalían sobre las mujeres en la realización de tareas espaciales y lograban mayor puntuación

que ellas en las pruebas de ciencias e ingeniería.¹²⁸ No es una pura coincidencia que los hombres también dominen en los trabajos relacionados con las ciencias física e informática, las matemáticas y la ingeniería en todas las culturas del mundo.¹²⁹

Una economía de dos niveles

Dado que, a diferencia de los hombres, a la mayoría de las mujeres les interesa más cuidar a sus hijos y crearse un mundo rico en relaciones que alcanzar los niveles más altos de la jerarquía laboral suelen terminar en profesiones o en cargos peor

remunerados. Las mujeres realizan asimismo más trabajo a tiempo parcial. Esta situación ha dado lugar a lo que los economistas denominan la economía de dos niveles. Ejemplos claros de ello son los sectores profesionales de la medicina y el derecho.

En Estados Unidos se empieza a ver un mayor número de médicos de los niveles más altos de la profesión eligiendo ya sea una especialidad que implica las tecnologías más punteras o bien un puesto en la administración hospitalaria, ambos casos particularmente bien remunerados. El nivel económicamente inferior de la profesión se ha ido poblando

gradualmente de mujeres, quienes se encargan de la atención directa a los pacientes y que trabajan menos horas a fin de poder dedicarse al cuidado de sus hijos.¹³⁰ Un proceso similar ha tenido lugar también en Rusia y en Europa occidental.

La misma estructura de dos niveles se está formando en la abogacía. En este sector profesional, hombres y mujeres empiezan con el mismo salario. Pero a medida que pasan los años, los hombres van ganando mucho más dinero.¹³¹ En parte, esto sucede porque las mujeres tienden a abandonar los bufetes más lucrativos en busca de unos entornos laborales más cooperativos y unos

horarios más flexibles, de nuevo, como en el caso de la medicina, para tener más tiempo para educar a sus hijos.¹³² Los hombres, por su lado, trabajan con frecuencia todos los días de la semana, sacrificando o desatendiendo sus vidas privadas en favor de su profesión.

Esta tendencia hacia una economía de dos niveles es aparente en Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Rusia y la antigua Alemania oriental. ¹³³ En estas sociedades, los sexos gozan por lo general de las mismas oportunidades educativas y profesionales, pero las mujeres se inclinan hacia las «profesiones de ayuda», mientras que los hombres dominan los sectores

técnicos y los altos cargos ejecutivos, ambos más lucrativos. 134 No es una coincidencia que prácticamente en todo el mundo las mujeres tengan salarios inferiores a los hombres.135

Aunque es bastante probable que esta economía de dos niveles continúe aún por mucho tiempo no sería justo decir que resulta favorable para los hombres desde todos los puntos de vista. Cierto es que las mujeres terminan ocupando los trabajos menos remunerados. Pero los hombres cubren los más peligrosos, así como aquellos con el peor entorno laboral, tales como la pesca, la construcción y la vigilancia policial.136 Un 90 por ciento de las víctimas

mortales de los accidentes laborales son hombres.137

Susurros interiores

«La naturaleza suele equivocarse», decía James McNeill Whistler. El gran pintor norteamericano veía un mundo imperfecto.

Equivocada o no, la naturaleza es la realidad; y la naturaleza humana sigue influyendo en la elección de ocupación profesional. Pese a los cambios que se han dado en la política laboral pública y privada a fin de ofrecer a ambos sexos exactamente las mismas oportunidades en prácticamente la carrera que deseen, en todas partes del mundo la gran

mayoría de los hombres y mujeres terminan —e incluso eligen terminar— en el mismo tipo de profesión a la que se dedicaron sus antepasados hombres y mujeres. En nuestro interior oímos el susurro de los deseos ancestrales.

Pero el mundo está cambiando en una dirección que favorece los tipos de trabajo que ejercen generalmente las mujeres. El Bureau of Labor Statistics de Estados Unidos prevé que los sectores laborales que van a crecer más rápidamente en los próximos años serán los servicios empresariales, la atención infantil, los servicios sanitarios, la informática y el procesado de datos, la ventas al por menor y la asistencia

domiciliaria.¹³⁸ Las mujeres dominan estos sectores.¹³⁹ Las mujeres están también realizando grandes avances en los campos de la medicina, el derecho y las instituciones educativas, en la industria de la comunicación y en el sector de servicios. Algunas han llegado incluso a ocupar los puestos de más alto rango en la empresa privada, en el gobierno y en la milicia.

Peter Drucker y muchos otros teóricos de las ciencias empresariales consideran que la información y el conocimiento son los principales valores del mañana. Me parece que las mujeres están bien preparadas para adquirir esos valores y convertirlos en

poder.

En realidad, muchas han empezado a liderar. Esto es sobre todo evidente en la sociedad civil. En el mundo de las instituciones sin ánimo de lucro, un mundo en rápido proceso de expansión, las mujeres han encontrado unos foros locales, nacionales e internacionales para expresar sus ideas sobre cuestiones importantes. Y la influencia de la mujer en este sector no hará más que aumentar. Como observa el presidente de Hungría, Arpad Goncz, «la iniciativa civil se está convirtiendo poco a poco en una potencia mundial».140

Napoleón decía que «no hay dirigente

sin esperanza». Con su don de gentes, su compasión, su tendencia al pensamiento asociativo o «en red», su capacidad para crear redes de contactos entre las personas, las mujeres que ocupen cargos directivos aportarán esperanza a los niños, a las minorías, a los discapacitados, a los enfermos, a los ancianos y al resto de las mujeres. Y centrarán su atención en los males sociales y medioambientales, los dos ámbitos que más preocupan a la mente femenina.

Notas

1 Gallup Organización, 1996.

2 McCorduck y Ramsey, 1996; Huber,

1996; Drobis, 1997, pp. 281 y ss.

3 McCorducky Ramsey, 1996, p. 262.

4 Gellner, 1994; Greene, 1997, pp. 15-16.

5 Greene, 1997, p. 15.

6 Coontz, 1992; Fukuyama, 1995.

7 Tocqueville, 1945, p. 225.

8 Karl, 1995.

9 Ibid.

10 Ibid.

11 Fukuyama, 1995.

12 Karl, 1995, p. 19.

13 Belluck, 1996, pp. 1 y ss.

14 Weiner y Brown, 1997.

15 Wilson Quarterly, 1998, p. 126.

16 Weiner y Brown, 1997.

17 Karl, 1995.

18 Von Hoffinan, 1997, p. 14.

19 Weiner y Brown, 1997.

20 Drucker, 1992.

21 Drucker, 1992, p. 227.

22 Ibid.,p.231.

23 Fukuyama, 1995.

24 Browne, 1995, pp. 973-1106; Rich, 1998; Council on Foundations, 1998, pp. 3-6; Bennett, 1998, pp. 741-761.

25 Drucker, 1992, p. 207.

26 Roger Pasquier, en una entrevista personal.

27 Browne, 1995.

28 Rich, 1998.

29 Ibid.

30 Council of Foundations, 1998.

31 Lemann, 1997, pp. 18 y ss; Fitzpatricky Bruer, 1997, p. 766.

32 Fitzpatricky Bruer, 1997.

- 33 Fukuyama, 1995.
- 34 Samuels, 1995, p. 28.
- 35 Jacoby, 1997, pp. G1 y ss.
- 36 Fitzpatrick y Bruer, 1997.
- 37 Andina y Pillsbury, 1997.
- 38 The Economist, 1997a.
- 39 Kahn y Jordán, 1995, p. A8.
- 40 Karl, 1995.
- 41 Pearce, 1994, p. 17.
- 42 Masini, 1996, pp. 1 y ss.
- 43 Crossette, 1998b, p. WK5.
- 44 Crossette, 1998a, p. A1 7.
- 45 De Palma, 1997, p. A1.
- 46 Chen, 1996; McCorduck y Ramsey, 1996.
- 47 Crossette, 1998a, p. A6.
- 48 Ibid.
- 49 McCorduck y Ramsey, 1996, p.

126.

50 Greene, 1997, pp. 15-16.

51 Lewis, 1998, p. B9.

52 Ibid.

53 Ibid.

54 Ibid.

55 McCorducky Ramsey, 1996, p. 15.

56 McCorduck y Ramsey, 1996.

57 The Economist, 1998, pp. 3-15;
Doyle, 1998; Programa de Naciones
Unidas para el Desarrollo, 1995.

58 Bergmann, 1986.

59 Doyle, 1998; Programa de
Naciones Unidas para el Desarrollo,
1995;

60 The Economía, 1998.

61 Ibid.

62 Ibid.

63 Crossette, 1995a, p. Al.

64 Doyle, 1998; McCorduck y Ramsey, 1996. Bergmann, 1986.

65 Karl, 1995. Doyle, 1998; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

66 Crossette, 1995b, p. Al; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

67 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

68 Ibid.

69 Ibid.

70 Ibid.

71 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

72 Lueptow, Garovich y Lueptow, 1995, pp. 509-530; Ayres, 1997, pp. Al y ss.

73 McCorduck y Ramsey, 1996.

74 Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

75 Whyte, 1978.

76 Fhiehler-Lobban, 1979, pp. 341-360; Gimbutas, 1989.

77 Murdock, 1949; Goldberg, 1993; Whyte, 1978.

78 Galhip Organization, 1996.

79 Davis y Smith, 1991.

80 Rosener, 1995; Collins, 1998, pp. 54-55.

81 Ayres, 1997.

82 Karl, 1995.

83 Lueptow, Garovich y Lueptow, 1995.

84 Ayres, 1997.

85 Collins, 1998.

86 Ibid., p. 56.

87 Gallup Organization, 1996.

88 Whiting y Whiting, 1975;
McGuinness y Pribram, 1979; Campell,
1993.

89 Wrangham y Peterson, 1996.

90 Camphell, 1993; The Economist,
1996, pp. 23 y ss.

91 Wrangham y Peterson, 1996.

92 Daly y WUson, 1988, p. 291.

93 Wrangham y Peterson, 1996.

94 Camphell, 1993; Zuger, 1998a, pp.
Fl y ss.

95 Camphell, 1993.

96 Simon y Landis, 1991.

97 Camphell, 1995, pp. 99-123.

98 Smuts, 1986; Fedigan, 1982.

99 Smuts, 1986.

100 Mitchell, 1981; véase Smuts *et al.*, 1986; Wrangham y Peterson, 1996.

101 Chagnon, 1988, pp. 985-992.

102 Gur et al., 1995, pp. 528-531.

103 Prentky, 1985, pp. 7-55.

104 *The Economist*, 1996; Archer, 1991, pp. 1-28; Nyborg, 1994.

105 Varios otros elementos químicos se asocian a la agresividad. Entre ellos: la serotonina (véase Masters y McGuire, 1994), la monoaminoxidasa (*Cases et al.*, 1995, pp. 1763-1799), la vasopresina (De Vries *et al.*, 1985, pp. 236-254; Koolhass *et al.*, 1990, pp. 223-229) y la combinación de andrógenos y estrógenos (Simón y Masters, 1988, pp. 291-295).

106 Véase Karli, 1991.

107 Udry, Talbert y Morris, 1986, pp. 217-227; véase Halpern, 1992.

108 Karl, 1995.

109 Véase Wrangham y Peterson, 1996.

110 *The Economist*, 1997b, pp. 21 y ss.

111 Fukuyama y Shulsky, 1997.

112 *Ibid.*

113 Whyte, 1978; Murdock y Provost, 1973, pp. 203-225.

114 Brown, 1991.

115 Lueptow, Garovich y Lueptow, 1995, pp. 509-530.

116 Bergmann, 1986; *The Economist*, 1998a; Naciones Unidas, 1995.

117 *The Economist* 1998; Naciones Unidas, 1995; Naciones Unidas, 1995a.

"" U. S. Department of Labor, Bureau of Labor Statistics, 1996. "" Statistical Abstract of the United States, 1996.

120 The Economist 1998; Naciones Unidas, 1995.

121 Halpern, 1992.

122 Bergmann, 1986.

123 Govier y Bobby, 1994, pp. 179-186.

124 *Ibid.*, Govier y Boden, 1997, pp. 27-32.

125 *Ibid.*

126 Dabbs, 1992, pp. 813-824; Dabbs, de la Rué y Williams, 1990, pp. 1261-1265; Nyborg, 1994.

127 Udry, Kovenock y Morris, 1992; véase Edwards y Booth, 1994.

128 Hedges y Nowell, 1995, pp. 41-

45; Vogel, 1996.

129 *The Economist* 1996; Statistical Abstract of the United States, 1996; Rossiter, 1995; Naciones Unidas, 1995.

130 Braus, 1994.

131 Berstein, 1996.

132 Harrington, 1993.

133 Véase Nyborg, 1994, p. 101.

134 Nyborg, 1994.

135 United States Development Programme, 1995; Bergmann, 1986.

136 Farrell, 1993.

137 Browne, 1995, pp. 973-1106.

138 *The Economist* 1996; Statistical Abstract of the United States, 1996; *The Economist*, 1998.

139 *The Economist* 1996.

140 Greene, 1997.

El mañana es de las mujeres

Cómo están transformando las mujeres
el mundo empresarial

*Corazón mío, no te apiades de esta
casa de huesos:*

*que el baile la haga vibrar, que se
rompa de contento.*

Nadie posee su hipoteca; es sólo

tuya.

Para darla, para subastarla, para destruirla.

Edna St. Vincent Millay

«Un toque de la naturaleza hermana al mundo entero»: Shakespeare apreciaba las profundas similitudes que compartimos los seres humanos. Sin embargo, la naturaleza ha modelado a grandes rasgos dos tipos: el hombre y la

mujer, cada cual con unas facultades, unas tendencias y unas capacidades distintas.

A las mujeres se les suele dar bien todo lo que se relaciona con las palabras: saben «leer» las posturas, los gestos, las expresiones faciales y el tono de voz de la gente; tienen una intuición muy fina, una gran imaginación, paciencia, capacidad para expresar sus emociones, particularmente la solidaridad y la compasión, una inclinación a ocuparse de los niños, de los parientes y de la comunidad; talento para establecer relaciones igualitarias con los demás; muchas ganas de crear redes de contactos; una actitud de «no

hay nada que perder» en las negociaciones; una gran flexibilidad mental y un enfoque amplio, siempre a largo plazo y en función del contexto, de los problemas y de las decisiones. Estas estas cualidades empezaron a implantarse en la fisiología femenina hace milenios.

Los hombres también poseen sus propios talentos naturales. Pero el mundo hoy está cambiando en una dirección que favorece las facultades innatas de la mujer.

Los programas de radio y televisión llegan hoy día a millones de personas en todo el mundo; las ondas requieren

profesionales con capacidades lingüísticas, las cuales constituyen, como es sabido, el lado fuerte de las mujeres. Estas ocupan los puestos de editoras, autoras, periodistas y escritoras técnicas, unos trabajos en expansión, pues a medida que vaya habiendo menos analfabetos en el mundo se venderán más periódicos, libros y revistas. Además, al haber cada vez más gente que aprovecha sus vacaciones para conocer el mundo y más empresas que abren oficinas en tierra extranjera, se dará una mayor demanda de mujeres en su calidad de traductoras intérpretes, agentes de viaje y «agentes culturales».

Las empresas tradicionales se están

descentralizando, están desmantelando una parte de las rígidas estructuras jerárquicas de sus oficinas y creando redes de trabajadores basadas en equipos no jerarquizados. Las mujeres estarán especialmente capacitadas para crear y mantener estas redes en los diferentes centros de trabajo. En la actualidad están emergiendo unas organizaciones híbridas, que ofrecen acuerdos laborales flexibles. Las mujeres se inclinarán hacia estas empresas a fin de equilibrar sus vertientes profesional y familiar. También hay cada vez más trabajadores por cuenta propia en el mercado laboral. Las mujeres emprenden más de estas pequeñas empresas y sus negocios

tienen más posibilidades de éxito. En la era de los emprendedores prosperarán muchas de estas mujeres independientes y espabiladas.

La atención sanitaria está cambiando. Mucha gente desea hoy día complementar los tratamientos más punteros de la medicina occidental con un tratamiento directo, así como con la medicina preventiva y las curas alternativas —áreas todas ellas de la sanidad que suelen estar dominadas por las mujeres—. A medida que envejece la población del planeta, por todas partes se necesitarán todo tipo de servicios sanitarios. Las mujeres son expertas en el cuidado de los ancianos.

La capacidad verbal y el don de gentes de las mujeres, así como su empatía y solidaridad y su amplitud de miras en los asuntos sociales les están ganando una poderosa presencia profesional en el efervescente sector del derecho. En el mundo en que vivimos, la mediación y el arbitraje constituyen una alternativa, por la que optan cada vez más personas, a las acciones legales tradicionales, mucho más caras. Gracias a su actitud de «no hay nada que perder» y su talento para «leer a las personas», las mujeres están llenando poco a poco este hueco profesional.

La educación primaria y secundaria ha

sido y seguirá siendo un bastión femenino. Pero a medida que las diferencias educativas se acortan, más mujeres ocupan puestos de profesoras en las universidades. Además, al haber cada vez más gente que necesita recibir formación para encontrar un buen trabajo o mantenerlo, y más gente que sigue cursos por el placer de hacerlo, están proliferando las instituciones educativas para adultos. La capacidad de las mujeres para impartir la información de una forma clara e imaginativa hará que muchas de esas instituciones las prefieran como personal docente.

El Estado, ese dominio masculino

consagrado por el tiempo, se está viendo gradualmente complementado con una nueva forma de gobierno: las organizaciones no gubernamentales sin ánimo de lucro que constituyen la sociedad civil. La mayoría de estas organizaciones tienen un modo de «pensar» femenino. Poseen una visión contextual y a largo plazo a la hora de solucionar complejos problemas sociales, y en su administración suele haber menos trabas burocráticas y jerárquicas. Estas organizaciones sin ánimo de lucro necesitan el don de gentes de las mujeres, su capacidad para crear redes de contactos, su perspectiva vital global y su forma de preocuparse por las personas, la sociedad y el medio

ambiente.

A medida que las mujeres pasan a integrar la población activa y alcanzan posiciones de poder crean, a su vez, oportunidades laborales para otras mujeres. Las mujeres ya son más numerosas que los hombres en el sector de servicios, en empleos en los que se prefiere personal del sexo femenino. Y al mismo tiempo que la participación femenina en prácticamente todos los sectores del mercado laboral no cesa de aumentar, la presencia del hombre entre la población activa está declinando en casi todos los países.¹

No es éste motivo de celebración.

Sencillamente, muestra que en este momento de la historia de la humanidad, la población activa del mundo precisa de los talentos y del temperamento de la mujer, así como de los del hombre.

Convergencia de las fuerzas demográficas y biológicas

Dos fenómenos curiosamente relacionados van a acelerar con toda certeza el proceso de equiparación económica con los hombres.

Tras la II Guerra Mundial, el mundo industrializado se convirtió en una cuna para acoger al *boom* de natalidad, lo que se denominó *baby boom*. Los bebés nacidos entonces se acercan hoy a la

madurez. A lo que hay que añadir un dato igualmente importante: conforme han comprobado diferentes antropólogos en una amplia gama de culturas, la fortaleza y la seguridad en sí mismas de las mujeres aumenta considerablemente al acercarse a la edad madura.

Cuando esta marea de mujeres próximas a la madurez, formadas y expertas, lleguen a ocupar puestos de poder en la empresa privada, en las comunicaciones, en la educación, en las profesiones del sector de servicios, en la abogacía, en la medicina y en las organizaciones de la sociedad civil, e incluso algunas se abran camino hasta los últimos peldaños de la jerarquía

política y militar, activarán la tendencia histórica hacia la igualdad económica y social entre los sexos.

La predicción de Simone de Beauvoir se está haciendo realidad. Beauvoir creía que hubo un tiempo ancestral en el que hombres y mujeres poseían un estatus semejante, que esta paridad económica y social se disolvió con la aparición de la agricultura, hace unos diez mil años, y que llegaría el día en que las fuerzas económicas permitirían a las mujeres librarse de su condición de «segundo sexo». Esto está sucediendo: la mujer en las sociedades industrializadas de hoy en día está reivindicando el poder económico y el

prestigio social de los que gozaba hace un millón de años. En algunos importantes sectores de la economía, las mujeres están convirtiéndose en el primer sexo.

En este capítulo hago un examen del recorrido efectuado por el sexo femenino desde hace un millón de años, desde su modo de vida en las llanuras del ancestral continente africano a su reivindicación de la igualdad con el hombre en el mundo contemporáneo, pasando por su declive económico con la emergencia de la agricultura neolítica. Estudio las diversas actitudes con respecto a la menopausia en otras culturas y explico por qué la oleada de

mujeres nacidas durante el *boom* de natalidad y hoy día próximas a la menopausia o posmenopaúsicas acelerarán el proceso de recuperación del poder femenino. Muestro las formas de voto femenino y sugiero que a medida que la población mundial vaya envejeciendo, los hábitos de voto de las mujeres empezarán a ejercer una influencia significativa en todo tipo de políticas gubernamentales, electorales y otras. Por último, especulo sobre los cambios que efectuarán las mujeres en el mundo empresarial del futuro.

La igualdad ancestral de hombres y mujeres

«Nos debería algún Poder conceder / vernos como los demás nos ven». En cierta ocasión, el poeta Robert Burns observó cómo corría un piojo por el sombrero de una vanidosa mujer, ricamente vestida, que estaba sentada delante de él en la iglesia. Mientras el piojo llegaba hasta la cima del sombrero de la mujer, sin que ésta se percatara de nada, Burns reflexionaba así sobre el don del conocerse a sí mismo.

¡Cuánto nos cuesta desprendernos de nuestras queridas formas de percibirnos y de percibir a los demás! Una tarea es especialmente ardua cuando especialistas y legos reflexionan sobre la difícil cuestión de la mujer, el hombre

y el poder. «Este es un mundo de hombres». Eso han creído siempre la mayoría de los norteamericanos, desde el momento mismo en que los primeros colonos llegaron a Plymouth Rock. Pero no es cierto. Las mujeres *tenían* poder económico y social en muchas sociedades antes de que los europeos empezaran a extenderse por el mundo, difundiendo su creencia de que la mujer era inferior por naturaleza al hombre.

Esto lo aprendí por experiencia propia a los veintidós años. Cuando estaba terminando la carrera, el antropólogo Stan Freed, conservador del Museo de Historia Natural de Nueva York, me ofreció un trabajo de investigación entre

los indios navajos del suroeste de Estados Unidos. Nada más terminar el curso volé a Denver, me compré un desvencijado Chevrolet por 300 dólares y me dirigí a Pine Springs Trading Post, cerca de Window Rock, en el Estado de Arizona. Nunca había visto de cerca a un indio norteamericano ni había estado más al oeste de Filadelfia.

Tras llevar una semana viviendo con una familia navajo, empecé a ver quién proveía la comida: mi «madre» navajo. Mabel Meyers, que así se llamaba, era la propietaria de las ovejas y las vacas, de la cabaña en la que vivíamos, todos en una sola habitación, con su panzuda estufa de leña, su mesa de fórmica y sus

dos grandes camas de hierro, y de un minúsculo invernadero prefabricado montado un poco más allá, entre los pinos y los matorrales del páramo. Mabel recolectaba flores silvestres para hacer tintes, hilaba la lana de sus propias ovejas y tejía pequeñas mantas navajos que vendía en Gallup, en el Estado de Nuevo México. Mabel era madre soltera; tenía cinco hijos. Pero en los muchos meses que viví con ella y su familia no recuerdo ningún momento en el que nadie de la comunidad la menospreciara por ser madre soltera o representar la única fuente de ingresos de su familia.

Los navajos se cuentan entre el 15 por

ciento de las sociedades humanas que son matrilineales; es decir, que trazan su ascendencia por vía femenina. Las mujeres navajos heredan tradicionalmente el grueso de las propiedades familiares y dan el nombre de su tribu a sus hijos. Estas mujeres son también las que diagnostican las enfermedades que requieren comunicación con los dioses y prescriben los rituales espirituales adecuados para la recuperación del enfermo.² La deidad más poderosa es femenina: «la Mujer Cambiante». Los hombres navajos dirigen los concejos locales y representan al pueblo navajo en el gobierno norteamericano, pero las mujeres navajos tienen unas posesiones

y unos saberes espirituales que pueden dar o vender. Durante siglos han gozado de un enorme poder económico y social.

«Dar es la expresión más elevada del poderío», escribió Erich Fromm. Y así lo es por todo el mundo. Allí donde las mujeres poseen la tierra, el ganado o los derechos de pesca, donde las mujeres proporcionan servicios específicos como elaborar cerveza, curar fiebres o intermediar con el mundo sobrenatural utilizan todos estos recursos y talentos para crear amistades, intercambiar información, hacer alianzas y sellar vínculos que les proporcionen poder y prestigio.³ En muchas culturas tradicionales, antes de la llegada de los europeos, las mujeres gozaban de una

autoridad económica y social.

Las armas, Dios y la subordinación de la mujer

«La penetración del colonialismo occidental, y con él de las prácticas y actitudes de Occidente con respecto a la mujer, ha tenido una influencia tan amplia en las sociedades aborígenes que apenas queda un lugar en el mundo en el que el estatus de la mujer no se haya degradado». Así resumía la antropóloga Naomi Quinn una visión compartida por muchos de sus colegas.⁴

Antes de que Colón desembarcara en el Caribe, antes de que los misioneros franceses cruzaran a remo los grandes

lagos de Norteamérica, antes de que el capitán Cook arribara a Tahití, antes de que los europeos se introdujeran en África, Australia, el Amazonas y el Ártico —llevando hasta allí su dios, sus armas y sus ideas sobre los sexos—, las mujeres de muchas sociedades aborígenes poseían bienes e información que podían vender, trocar o regalar.

Las mujeres hopis, blackfoot, iroquesas y algonquinas de Norteamérica contaban con un sustancial poder económico. Las mujeres pigmeas del Congo tenían autoridad dentro de sus comunidades, al igual que las balinesas, la semang de la península de Malay, las polinesias, las mujeres de las islas

Trobriand y las mujeres de ciertas regiones de los Andes, de África y del Caribe. Las mujeres de muchas sociedades de cazadores-recolectores y agricultores tenían un estatus económico y social considerable.⁵

Un buen ejemplo lo ofrecen las indias tlingit, del sureste de Alaska. La antropóloga Laura Klein, de la Universidad Pacific Lutheran, que es experta en el tema de la mujer y el poder en las tribus aborígenes, lleva años pasando grandes temporadas entre este pueblo. Klein cita a un comerciante que trabajaba con ellos hacia 1880, que decía lo siguiente: «No se realiza ningún trato ni se pone en marcha ninguna

expedición sin consultar primero a las mujeres».6

«Un don, por pequeño que sea, siempre es precioso». Las mujeres debían de saber esto un millón de años antes de que lo cantara Homero. A partir de estudios realizados entre pueblos recolectores contemporáneos, los antropólogos han llegado a la convicción de que ancestralmente las mujeres dejaban a sus hijos mayores al cuidado de los parientes y se iban a «trabajar», recorriendo grandes distancias para recolectar las hierbas y los frutos que constituían el 80 por ciento de la alimentación cotidiana.7 Frutos secos, melones, ajos silvestres,

bayas, una liebre o una tortuga, huevos de pájaro, cangrejos, o un preciado trozo de panal: las mujeres regresaban al poblado con alimentos básicos, manjares e información sobre dónde encontrar agua dulce, gacelas o ñus.

La «familia con dos salarios» ha existido desde los tiempos más remotos de la especie humana. Y las mujeres poseían bienes e información que podían trocar en poder y prestigio. Por eso, investigadores provenientes de diferentes campos del saber coinciden en afirmar que nuestros ancestros cazadores-recolectores vivían casi con toda certeza en grupos tribales en los que reinaba una relativa igualdad entre

los sexos.⁸ Diferentes pero iguales era la idea humana primordial.

Una idea que iba a cambiar.

el arado: una sentencia de muerte para la independencia femenina

El estatus de igualdad de la mujer con el hombre sobrevivió probablemente las migraciones fuera de África, el inicio de la desaparición de las inmensas tundras y de los grandes rebaños en los continentes europeo y asiático, el desarrollo de los modernos bosques de robles y arces y la proliferación de especies animales más pequeñas y solitarias, como los osos, los ciervos y los jabalíes. Pero la igualdad social

entre los sexos no pudo soportar el devastador impacto de un modo de vida totalmente nuevo: la agricultura.

Hacia el año 9000 a.C, hombres y mujeres habían empezado a colonizar las laderas y valles de las cuencas del Eufrates y el Tigris, en lo que hoy día se conoce como Oriente Próximo. Hacia el 8000 a.C empezaron a cultivar el trigo —y a continuación la cebada, los garbanzos, las lentejas, la vid, los olivos — y a domesticar ovejas, cerdos, cabras, vacas y otros animales. 9 Muchos antropólogos son de la opinión de que las mujeres fueron las primeras agricultoras: cavaban los campos y los sembraban con semillas comestibles

sirviéndose de un palo o de una azada. Hoy día las mujeres siguen haciendo esta labor en muchas culturas campesinas, culturas en las que la mujer suele gozar de un prestigio social considerable.

Pero en el cuarto milenio a.C. aparece representado en un sello sumerio un arado primitivo.¹⁰ El arado. Esta herramienta sería tan importante para el desarrollo de la civilización como el aprovechamiento del fuego y la invención de la imprenta, de la máquina de vapor y de los chips informáticos. Pero vendría a echar por tierra el equilibrio de poder entre hombres y mujeres.

Con la aparición del arado y la domesticación de los animales para el trabajo y el transporte, los hombres empezaron a abandonar la caza a favor de otras tareas, como talar los bosques, arar los campos, sembrar y recoger las cosechas y transportar el excedente de su producción a los mercados locales. Los hombres también tuvieron que ocuparse de la defensa de sus apreciadas tierras. 11 «Los hijos son armas». En India todavía se emplea esta expresión. Saben que los hijos defenderán la familia y la propiedad.12

Cuando la cultura agraria se hizo dominante en gran parte del mundo, los

hombres se convirtieron en los principales productores. Y enseguida pasaron a ser los dueños de la tierra, del ganado, de las cosechas y de valiosas mercancías que podían transformar en influencia y posición. Con el paso del tiempo, los agricultores de Europa, del norte de África y de Asia se convertirían también en guerreros, artesanos, escribas, sacerdotes, comerciantes y cabezas de familia y jefes de Estado.

El declive de las mujeres: el segundo sexo

«Los mayores avances de la civilización son procesos que dejan prácticamente destruidas las sociedades

en las que ocurren», decía Alfred Nordi Whitehead. El desarrollo de la agricultura y del arado supuso sin duda un golpe devastador para la mujer, que perdió unas funciones económicas ancestrales. 13 A medida que proliferaban los graneros y los cultivos por las orillas de los ríos del viejo mundo, las mujeres de las sociedades agrícolas pasaron a ocuparse de un nuevo tipo de trabajo doméstico: hilar, tejer, alimentar a las vacas y los cerdos y elaborar las velas, el jabón y el pan, además de criar muchos más hijos que ayudaran en las faenas del campo y en la casa.14

Se habían acabado los días en los que

las mujeres recorrían grandes extensiones recolectando los alimentos básicos y los manjares, intercambiando bienes e información con sus vecinos, estableciendo valiosos contactos con los miembros de otras comunidades y proveyendo la mayor parte de la alimentación cotidiana de la familia. Habían desaparecido sus funciones, antaño fundamentales, en la producción, unas funciones que les habían posibilitado negociar parcelas de poder y de prestigio. «El hombre es un animal que negocia», decía Adam Smith. El estatus de las mujeres cayó en picado cuando perdieron ese respaldo esencial para poder negociar.

Las sociedades agrarias no son las únicas en las que los hombres han tendido a dominar sobre las mujeres de una u otra forma. Pero allí donde prevalece la agricultura es donde suele imperar particularmente esa doble moral sexual y socialmente codificada conforme a la cual las mujeres son inferiores a los hombres.¹⁵

Muchos especialistas y legos han intentado explicar esta extraordinaria transformación cultural —la revolución de la agricultura— y su impacto negativo en el estatus de la mujer.¹⁶ Baste decir que con el advenimiento de la agricultura intensiva que posibilitó la aparición del arado, el inicio de la

propiedad privada y la multitud de cambios tecnológicos y económicos con ellos relacionados, las mujeres perdieron su función en la producción, antaño vital, así como el estatus social del que habían gozado en los tiempos ancestrales de nuestra prehistoria.

Como decía Simone de Beauvoir en su influyente obra, las mujeres se convirtieron en el segundo sexo.

Mitos relativos a la subordinación de la mujer

San Pablo ordenaba a las esposas que fueran sumisas con sus maridos, como con el Señor. Con la cultura agraria se multiplicaron las creencias relativas a la

mujer, entre las cuales se incluían todos esos dogmas de que las mujeres son frágiles, vanidosas, menos sexuales, menos inteligentes, menos ambiciosas, menos espabiladas para los negocios y las finanzas y eternamente dependientes del hombre.

Las mujeres aparecen por vez primera descritas como bienes o pertenencias del hombre en 1750 a.C, en unos códigos de la antigua Babilonia. 17 Pero por la época de esplendor de la Grecia clásica, su estatus se había degradado casi de forma universal entre los pueblos de Europa. Los hombres de la Grecia clásica pensaban que las mujeres tenían poca cabeza para los negocios,

poca resistencia física y prácticamente ninguna creatividad intelectual. Había algunas mujeres consideradas sabias, sobre todo las cortesanas que entretenían a los hombres de la clase dirigente con poesía, música y sexo. Pero pocas mujeres, según los patricios griegos, sobresalían en historia o en filosofía. Las mujeres, mantenían ellos, eran por lo general débiles, emocionalmente inestables y torpes de pensamiento y palabra.

Este estereotipo de la mujer persistiría mientras la cultura agraria dominara en la civilización occidental. Sin duda, hubo mujeres extraordinarias que alcanzaron ocasionalmente un poder

enorme. Catalina de Médicis, la reina Isabel I de Inglaterra y Catalina de Rusia fueron las más conspicuas entre las muchas mujeres inteligentes, sagaces y ambiciosas de la tradición agraria. Con la expansión del cristianismo, algunas mujeres alcanzaron consideración en la Iglesia. Las mujeres de los pueblos trabajaban a menudo codo con codo con sus esposos y ocasionalmente lograban cierta influencia económica local. Hacia 1300, había en Londres bastantes panaderas, cerveceras, sombrereras y barberas-saca-muelas. Durante el Renacimiento, las mujeres de las clases altas accedían a la educación y con frecuencia se hacían poetisas, autoras dramáticas, músicas o pintoras. Mujeres

con una elevada formación dominaban los salones artísticos y literarios de la Europa del siglo xvii. Y muchas mujeres gobernaban sabiamente a sus maridos y sus casas.

Pero durante los muchos siglos de nuestro pasado agrario, la mayor parte de las mujeres en Europa y en otras sociedades agrarias apenas podían acceder a la educación, muy pocas tenían oportunidades mercantiles o derechos legales sobre sus propiedades o sobre sus hijos. 18 Su obligación en la vida era criar hijos y honrar a sus maridos hasta que la muerte los separara.

Charles Darwin ofrece incluso una explicación «científica» de la subordinación de la mujer. En *El origen de las especies*, publicado en 1871, decía que entre nuestros ancestros humanos, los hombres habían tenido que luchar entre ellos para ganar a sus mujeres y luego habían tenido que alimentar y proteger a esos preciosos recipientes para la reproducción. Los trabajos masculinos, decía Darwin, exigían valor, perseverancia, resolución, inventiva, imaginación y raciocinio. De este modo, por las leyes de la selección natural y de la supervivencia del más fuerte, «el hombre terminó siendo superior a la mujer».19

Con la Revolución Industrial se empezó a restablecer el equilibrio de poder entre los sexos. Conforme iban apareciendo más fábricas tras los graneros de la Europa agrícola de finales del siglo xviii, y posteriormente en América, las mujeres empezaron a abandonar el campo para buscar trabajo en la industria. ¿Qué traían de vuelta a casa? Dinero. Un capital divisible, móvil, un pasaporte hacia una mayor independencia y una mayor igualdad. Como se observaba en el capítulo 1, la participación de la mujer en la población activa remunerada no ha dejado de aumentar desde entonces, no sólo en Estados Unidos, sino también en muchos otros países.

Por todo el mundo, las mujeres están recuperando lenta, azarosamente, pero también inevitablemente, la posición económica de la que gozaron hace diez mil, cien mil, incluso un millón de años.

¿Un gueto rosa?

«Cada corriente tiene su contracorriente», observa el sociólogo Edie Weiner. Cierta número de contracorrientes podrían afectar negativamente al estatus económico de las mujeres.

Por ejemplo, se prevé que la

población mundial alcanzará su punto máximo hacia 2030 y luego empezará a declinar.²⁰ Este incremento de la población irá emparejado con un significativo desarrollo de aquellas industrias que dan menos empleo: las industrias relacionadas con la informática, los plásticos y las fibras ópticas y otras industrias del campo de la alta tecnología. Habrá más gente, pero menos puestos de trabajo. Históricamente, cuando escaseaban los trabajos, las mujeres eran las últimas en ser contratadas y las primeras en ser despedidas.²¹

El Banco Mundial prevé que hacia 2020, las economías más potentes del

mundo serán, por orden de importancia, las de China, Estados Unidos, Japón, India, Indonesia, Alemania y Corea, seguidas por las de Francia, Taiwan, Brasil, Italia, Rusia, Gran Bretaña y México. 22 En un número bastante elevado de estas culturas, las mujeres son mayormente consideradas como mano de obra industrial no cualificada, jornaleras agrícolas o limpiadoras. 23 En muchas culturas, a las mujeres todavía les queda un largo camino para llegar a ver un cambio sustancial en estas actitudes.

Incluso en Estados Unidos y Europa, las disparidades laborales siguen siendo una traba para el progreso real de la

mujer. Como observábamos en los capítulos anteriores, en prácticamente todo el mundo las mujeres acceden frecuentemente a trabajos peor pagados o reciben una retribución inferior por un trabajo similar al del hombre.²⁴ Asimismo, las mujeres ocupan la mayor parte de los puestos de trabajo a tiempo parcial, a fin de poder ocuparse de sus hijos. Y, probablemente, si aumenta el número de trabajos a tiempo parcial serán sobre todo las mujeres las que sigan ocupándolos.²⁵

«No creas que no hay cocodrilos porque el agua está en calma», mantiene un proverbio malayo. Incluso cuando acceden a empleos a tiempo completo,

el centro de trabajo no siempre es un estanque de aguas serenas. Las empresas europeas y americanas han realizado innovaciones laborales a fin de dar acomodo a las mujeres: flexibilidad horaria, puestos de trabajo compartidos, contratación por obra realizada. Pero algunos de estas innovaciones, a su vez, dejan a las mujeres sin jubilación, seguridad social o asistencia sanitaria; sin permanencia laboral; sin vacaciones pagadas y sin conexiones con el resto de la comunidad laboral.

La economía internacional emergente puede agudizar incluso en algunos lugares las desigualdades laborales entre hombres y mujeres. En las

sociedades en vías de desarrollo se suele dar a las mujeres la mayoría de los trabajos manuales poco remunerados del sector textil y de la industria electrónica, mientras que los trabajos que requieren más cualificación van a parar a los hombres.²⁶

Además, el fundamentalismo religioso todavía recluye en sus casas a muchas mujeres. Un ejemplo flagrante es el de Afganistán, donde los gobernantes musulmanes no permiten que las mujeres vayan a la escuela, que trabajen o siquiera que salgan a la calle sin el chador, el largo vestido negro y el velo. Incluso se dan casos de chicas musulmanas ciudadanas de países

occidentales que siguen estando forzadas a aceptar matrimonios concertados. Si se resisten, un hermano o su propio padre tiene —o dice tener— la obligación de matarlas, una tradición que se conoce como «asesinato de honor». En India y China todavía se practica el abandono o el infanticidio de las criaturas de sexo femenino.

Una escalera de caracol

Pese a todo, en muchas partes del mundo existen ciertas corrientes políticas y económicas profundas que están proporcionando a las mujeres la oportunidad de acortar la distancia económica que las separa de los

Gran parte de la economía mundial está pasando de estar basada en los recursos naturales y el trabajo físico a estarlo en los bienes y los servicios.²⁸ Este cambio abre a las mujeres la economía monetaria internacional. Además, con el rápido crecimiento del comercio internacional y la liberalización de los mercados, con la expansión de la inversión más allá de las fronteras nacionales y con todos los instrumentos que brinda la era informática, el dinero y el conocimiento empiezan a fluir con menos trabas y a estar al alcance de las mujeres.

En realidad, cada año se cuentan por millones las mujeres que encuentran trabajo remunerado y logran salir de la pobreza. 29 Y seguirán haciéndolo en el futuro. Las Naciones Unidas estiman que para el año 2000 las mujeres compondrán la mitad de la mano de obra global. 30 La economista Barbara Bergmann resume con estas palabras algo que piensan la mayoría de los economistas: «Podemos anticipar que en las próximas décadas aumentarán las fuerzas económicas orientadas a sacar a las mujeres del ámbito doméstico».31

«A los grandes lugares se sube siempre por una escalera de caracol», decía sir Francis Bacon. Aunque la

victoria no será fácil, las mujeres han empezado a ofrecer sus talentos naturales al mundo, despojándose así de miles de años de subordinación económica. Incluso en algunos sectores de la economía del mundo industrializado, el segundo sexo se está convirtiendo en el primero.

Un capricho demográfico del siglo XX, el *baby boom* de la posguerra, unido a una realidad de la fisiología femenina, la menopausia, acelerarán esta corriente: la de la reaparición de una mujer económicamente poderosa.

Las mujeres nacidas en el boom de natalidad

La II Guerra Mundial había terminado. Al mismo tiempo que las tropas regresaban desde las zonas de combate, Rosie the Riveter (Rosita la remachadora) y sus compañeras de la cadena de montaje en todas las sociedades industrializadas dejaban sus herramientas de trabajo y volvían al hogar. Ese ha sido el único momento de todo el siglo XX en el que haya descendido el número de mujeres en la población activa de Estados Unidos. 32

La mujer americana de clase media limpiaba la casa, se reunía para tomar café, preparaba la comida y se acomodaba en el sofá después de cenar

junto a su marido, principal sostén económico de la familia, para charlar de un asunto importante: los niños. Y no puede decirse que no se tomaran en serio esas conversaciones. Entre 1946 y 1964 nacieron sesenta y seis millones de norteamericanos. Hoy día los niños y niñas nacidos entonces componen el 30 por ciento de la población norteamericana. 33 En los años inmediatamente posteriores a la II Guerra Mundial también se dieron abundantes cosechas de niños en Canadá, Australia, Europa y parte de Suramérica y Asia.³⁴

Se trataba del famoso *boom* de natalidad internacional. Aunque el

volumen y la duración de esta oleada natalicia varió de un país al otro, gran parte del mundo industrializado era un hervidero de niños.

Yo soy una de esas niñas nacidas durante el *boom* de natalidad. Empecé la primaria en una iglesia de mi pueblo, New Canaan, en el Estado de Connecticut, mientras las autoridades educativas intentaban hacer sitio en las aulas. Cuando fui a la universidad, dormí los cinco primeros días en una colchoneta en los sótanos de una de las residencias de estudiantes, mientras la administración colocaba más camas en los dormitorios. Posteriormente, mientras estudiaba la licenciatura,

dejamos de ser meros números en los estudios demográficos. Durante sus años de formación universitaria, los nacidos en el *boom* de natalidad además de revolucionar el mundo que les rodeaba, abrieron la espita de muchas de las corrientes sociales del siglo XX: la quema de sujetadores, las protestas pacifistas y la introducción de la liberación sexual, las drogas y el rock and roll en el seno de la clase media. Asimismo, llevaron el estandarte en la lucha por los derechos de la mujer.

Aquellas jóvenes son hoy adultas. Ese inmenso grupo de hombres y mujeres están entrando en la madurez. Los mayores tienen hoy cincuenta y pocos

años. Y esa amplia franja de población está a punto de volver a revolucionar su mundo circundante. ¿Por qué? Porque más y más de las mujeres nacidas en el *boom* de natalidad están hoy atravesando la menopausia o próximas a entrar en ella.

Puede que suene un tanto rebuscado, pero yo creo que este cambio biológico ayudará a muchas de esas mujeres a conseguir un poder económico y social sin precedentes. Numerosos estudios demuestran que en casi todas las culturas las mujeres alcanzan la independencia, el dinero, las propiedades y las relaciones que les dan poder económico y prestigio al llegar a

la madurez. Pero además obtienen con ello un dividendo biológico. La menopausia causa un descenso en los niveles de estrógenos, dejando al descubierto los niveles naturales de testosterona presentes en la fisiología femenina: una hormona que se asocia normalmente con la confianza en uno mismo y el deseo de ocupar una posición.

Poderosa menopausia

Muchas occidentales ven la menopausia con aprensión; creen que «el cambio» augura el declive de su salud, de su sexualidad, de su vitalidad y de todos los placeres de la vida.

Marie Lugano, la presidenta de la American Menopause Foundation, me explicó que esta temerosa actitud es la que predomina al respecto. Muchas mujeres se dirigen a la fundación en busca de información y consejo, pero, dice Marie Lugano, algunas de ellas dejan claro desde el principio que no quieren que les lleguen a sus casas sobres con la palabra *menopausia* en el membrete.

El temor a la menopausia que expresan las mujeres norteamericanas no existe en otras partes del mundo — particularmente, en aquellas sociedades que consideran que la menstruación es algo peligroso y contaminante—. En estas culturas, la mujer posmenopáusica

se libera de hecho de todos los rigurosos tabúes que excluyen del entorno social a las mujeres más jóvenes. Por fin pueden imponerse y asumir posiciones de autoridad en la vida pública.

Así sucedía entre los abjasios en los años sesenta, cuando la antropóloga Sula Benet estudió sus costumbres y su cultura.³⁵

Entre las escarpadas cordilleras pobladas de castaños, robles, bojs, en los hermosos pastos alpinos cubiertos de flores silvestres, el tradicional pueblo abjasio vivía en un territorio la mitad de grande que Nueva Jersey. La

patria de los abjasios, que ellos llamaban la «ocurrencia tardía de Dios», limita al oeste con el mar Negro; al este y al sur con Georgia; y al norte con la cadena del Cáucaso, que los separaba de Rusia y, hasta época reciente, los protegía de la sociedad industrializada. Los abjasios, que a menudo reciben el apodo de «pueblo del yogur», se encuentran entre los habitantes del planeta con mayor esperanza de vida.

Tradicionalmente, todas las familias abjasias tenían una viña. Los adultos bebían vino y vodka, y todos tomaban litros y litros de leche fermentada. Antes de ser invadidos por las modernas

costumbres occidentales, los abjasios comían frutas frescas, como cerezas, naranjas y peras; caquis silvestres; nueces; miel y maíz. Apenas consumían carne, no tomaban nada de mantequilla, ni azúcar refinado, ni café, ni té. Mientras comían nunca hablaban de nada que pudiera enfadarlos o entristecerlos. Les apasionaba montar a caballo. Les encantaba bailar. Para los abjasios, el sexo era tan importante como tener buen apetito o dormir bien. No se ponían plazos rigurosos para nada. Y la jubilación era algo desconocido para ellos. «Sin trabajo», opinaban los abjasios, «el descanso no procura ningún beneficio».36 Cuando Benet vivió entre ellos se decía que el

abjasio más anciano tenía ciento cuarenta y cinco años. Muchos pasaban de los cien.

Las mujeres de Abjasia devenían gradualmente importantes después de la menopausia.³⁷ Como en muchas otras culturas tradicionales, las mujeres en edad de menstruar eran consideradas ritualmente impuras. Mientras sangraban no podían matar animales ni participar en las conversaciones con los hombres. «La maldición», como se denomina a la menstruación en las culturas occidentales desde la época medieval, mantenía a las mujeres en su sitio. Pero después de la menopausia, las abjasias podían empezar a cortar la carne de los

animales y asistir a ceremonias de las que estaban excluidas las mujeres más jóvenes. También empezaban a asumir autoridad sobre sus hogares, sus hijos y los cónyuges de éstos.

En esa tierra, la «ocurrencia tardía de Dios», las mujeres posmenopaúsicas gozaban de una influyente —y larga— madurez.

«La maldición»

El pueblo kagoro de Tanzania también ve así la menopausia. Comparan a las mujeres menstruantes con el fuego: peligrosas, feroces. Las mujeres jóvenes han de tener el cuidado de separarse del resto de la comunidad cuando tienen la

regla, a fin de no contaminar a los bebedores de cerveza, enfadar a los fantasmas o perturbar las preparaciones para la caza. En la menopausia, sin embargo, las mujeres kagoros se liberan de ese estigma mensual. Emergen como de una crisálida y se convierten en sujetos con poder en los asuntos de la comunidad. El antropólogo Tom Beidelman, de la Universidad de Nueva York, informa que «la joven esposa, tímida y dócil, a veces llega a ser una mujer fuerte y lúcida, la pareja ideal para cualquier hombre».38

Cervantes decía que el tiempo lo maduraba todo. Mucha gente aplicaría esta afirmación a las mujeres. Entre los

tiwi, del interior de Australia, las mujeres de edad ostentan mucho poder tanto en las negociaciones de matrimonio como en las liquidaciones de propiedad.³⁹ En los pueblos del Himalaya, las mujeres posmenopaúsicas elaboran la cerveza, destilan los licores y venden estas bebidas y otros artículos de lujo, lo que les proporciona unas cantidades sustanciales de dinero.⁴⁰ En los atolones de Ulithi, en Micronesia, la mujer más vieja del pueblo se convierte en la igual del cabeza de la tribu y se encarga de supervisar los esfuerzos comunales en los huertos, en los telares y en otras tareas.⁴¹ Los indios blackfoot del oeste de Estados Unidos decían que las mujeres maduras tenían un «corazón

de hombre»; y muchas de ellas llegaban a ser esposas muy cotizadas.⁴² Incluso las mujeres bengalíes, tradicionalmente recluidas en sus hogares durante más de treinta años, después de la menopausia se liberan de *hpurdah*, se despiden de sus parientes y emprenden largos peregrinajes religiosos, en ocasiones muy costosos desde el punto de vista monetario.⁴³

La antropóloga Judith Brown escribe que en todos los rincones del planeta, «a las mujeres mayores se las considera 'parecidas a los hombres'». ⁴⁴ De hecho, en todas las sociedades tradicionales estudiadas, la mujer pos-menopáusica alcanza un tipo u otro de poder:

económico, social, político y/o espiritual.⁴⁵

Al margen de la liberación de los tabúes menstruales actúan también otros factores. Las mujeres posmenopausicas ya no tienen niños pequeños a su cargo; poseen tiempo para dedicarse a los asuntos de la comunidad y para colaborar en los nacimientos y en las prácticas chamalucas. También empiezan a heredar propiedad, adquieren riqueza y acceden a una posición central en la familia. En casi todas las sociedades, las mujeres posmenopausicas son las cabezas de familia y gobiernan a sus parientes políticos más jóvenes y a sus hijos,

sobre todo a los del sexo masculino. Pueden exigir que los parientes varones trabajen para ellas. En algunas culturas en las que la comida es la base de las relaciones interpersonales, corresponde también a las mujeres posmenopausicas el control de la misma, una función que les confiere un gran poder en el seno de la comunidad. Además, al no tener ya capacidad procreadora, incluso se les suelen pasar por alto sus deslices sexuales.⁴⁶

Los aspectos liberadores de la menopausia han sido ampliamente estudiados. Pero creo que hay un factor biológico que contribuye también al vigor y la seguridad en sí mismas que

alcanzan las mujeres en la madurez.

La «potencia pacífica»

«Nunca hubo en el verano ni en la primavera siquiera/la hermosura que he visto en este rostro otoñal». Esto decía John Donne a propósito de una mujer madura. Se diría que las mujeres adoptan un nuevo aspecto físico en la madurez debido, en mi opinión, a los cambios fisiológicos que entraña la menopausia.

A los cuarenta y tantos años de la vida de una mujer, unos cuatro u ocho años antes de la última menstruación, ciertos cambios biológicos hacen que sus ovarios produzcan menos estrógenos.⁴⁷

Cuando los niveles de hormonas femeninas en la sangre y en otros tejidos empiezan a descender, algunas mujeres experimentan ciertos efectos. Encabezan la lista los sofocos, la sudoración, la sequedad vaginal y los cambios de humor. Pero el climaterio tiene una virtud. Al bajar los niveles de estrógeno salen a relucir los niveles de testosterona y otras hormonas masculinas presentes en el cuerpo femenino.⁴⁸ Como resultado de ello, las concentraciones sanguíneas de hormonas masculinas en las mujeres posmenopausicas son proporcionalmente más altas.

Algunos de los efectos de estas

mayores concentraciones son desagradables. Algunas mujeres echan barriga, un rasgo masculino; a algunas le sale vello facial; algunas pierden pelo; a la mayoría se les pone una voz más grave. Algunas padecen trastornos asociados, como diabetes, tensión alta o cardiopatías.

Pero con la menopausia todas las mujeres se vuelven más seguras, más orientadas a la acción, más directas, más desinhibidas, características todas ellas asociadas con la presencia de altos niveles de testosterona en las mujeres.⁴⁹ Germaine Greer capturó la esencia de esta condición femenina cuando calificó la menopausia de «potencia pacífica».

Bastantes veces me han preguntado si los tratamientos hormonales que reemplazan los estrógenos perdidos afectan a la personalidad posmenopáusica. Es difícil responder. Pero hay algunas cosas bastante claras con respecto a estos tratamientos hormonales: sólo entre un 8 y un 12 por ciento de las mujeres norteamericanas toman estrógeno en la madurez durante más de dos años; y en otros países todavía son menos las mujeres que toman hormonas por un periodo de tiempo determinado.⁵⁰

Y lo que es más importante, las mujeres que siguen estos tratamientos no

recobran el comportamiento modesto e inseguro de las jovencitas, ni tampoco su cintura y su tono de voz. Estas mujeres siguen emanando ese aire de madura confianza que frecuentemente caracteriza a las mujeres posmenopáusicas. Parece que los tratamientos hormonales sustitutorios aportan una saludable proporción de estrógenos sin por ello afectar drásticamente la pacífica potencia de la madurez posmenopáusica.

¿Por qué concede la naturaleza a las mujeres maduras la menopausia, una condición que las libera y les permite ejercer unas funciones más importantes en la comunidad?

¿Por qué existe la menopausia?

La ciencia lleva décadas debatiendo cuál puede ser el objetivo de la menopausia.⁵¹ A fin de comprender este fenómeno femenino, primero tuvieron que establecer si la menopausia afectaba únicamente a las hembras de la especie humana.

Parece que las ballenas y algunos tipos de ratones de laboratorio experimentan la menopausia.⁵² Algunas hembras viejas de gorila y de mono tienen ciclos menstruales irregulares; su fertilidad decrece y empiezan a tener unos intervalos de tiempo más largos entre unas crías y las siguientes. Algunas

cesan de ovular por completo. 53 En un estudio realizado en trece especies de simios en cautividad, un 60 por ciento de las hembras de chimpancé viejas había dejado de reproducirse; lo mismo sucedía con el 40 por ciento de las hembras de gorila viejas; y menos del 50 por ciento de las hembras de otras especies se volvía estéril al llegar a una edad avanzada.54

Pero en ninguna de esas hembras se daba la menopausia. Y aquellas que sí dejaban de ovular lo hacían sólo cuando eran extremadamente viejas, 55 En contraste con esto, todas las mujeres, sin excepción, experimentan una clausura total de su aparato reproductor.56 Casi

todas las mujeres pasan la menopausia al llegar a la mediana edad, en torno a los cincuenta, no en la vejez. Y casi todas las mujeres que sobreviven hasta la media de esperanza de vida tienen una larga fase vital posreproductiva.⁵⁷

Curioso fenómeno éste. Todas las hembras de la especie humana pierden la capacidad de reproducirse durante más o menos un tercio de sus vidas adultas, mientras que la mayoría de las hembras de todas las demás especies con reproducción sexual que pueblan este planeta intentan seguir reproduciéndose casi hasta su muerte. Incluso los hombres pueden engendrar hasta que son muy viejos. Y esta extraña

transformación de las mujeres de mediana edad no es sólo el resultado de que la esperanza de vida humana haya aumentado en los siglos recientes.

A partir del estudio de las tablas de mortalidad en 24 culturas tradicionales, las antropólogas Jane Lancaster, de la Universidad de Nuevo México, y Barbara King, del College of William and Mary, han calculado que, ancestralmente, las mujeres que sobrevivían hasta los quince años tenían un 53 por ciento de posibilidades de llegar a los cuarenta y cinco, un tiempo suficiente para pasar la menopausia. 58 De hecho, se estima que los pueblos de la cultura del homo habilis, que cazaban gacelas en los lagos del este de África

hace dos millones de años, vivían más o menos hasta los sesenta años, si no morían en los primeros años de la infancia.⁵⁹ Hace más de un millón de años las mujeres vivían hasta la menopausia, obedeciendo así a una estrategia evolutiva de la especie.⁶⁰

La menopausia debió de tener una función de una importancia vital en tiempos ancestrales.

Y de hecho, la tenía. Era la de crear abuelas.

La hipótesis de la abuela

«Dios dio la menopausia a las mujeres a fin de que tuvieran la energía

suficiente para correr detrás de sus nietos», decía Jan, una mujer negra de sesenta y seis años nacida en Los Angeles durante el *boom* de natalidad, a la que entrevistó recientemente la revista *American Demographics*.⁶¹ Jan tenía razón.

La antropóloga Kristen Hawkes, de la Universidad de Utah, y otras varias antropólogas defienden la idea de que la menopausia apareció en la fisiología femenina a fin de que las mujeres pudieran ser eficaces como abuelas.⁶² La calidad por encima de la cantidad. El «parar pronto» permitía a las mujeres conservar sus fuerzas, evitar la competición reproductiva con sus

propias hijas y centrar sus energías en ayudar a sus descendientes vivos, aumentando, por consiguiente, las posibilidades de supervivencia de sus genes en el futuro.

Las abuelas ancestrales tenían mucho que hacer. A diferencia de las crías de chimpancé que empiezan a alimentarse solas en cuanto son destetadas, las crías humanas son incapaces de recolectar los alimentos, prepararlos y comérselos solas. Alguien tiene que ayudarlas. Durante muchos milenios, dice Hawkes, las mujeres mayores de la comunidad tenían la labor de ayudar a sus hijas embarazadas y lactantes a alimentarse, y a sus nietos después de destetados a

aprovisionarse y comer.⁶³

Así lo hacen las abuelas de la etnia hadza, compuesta por unos 750 sujetos nómadas que rehuyen la agricultura. Estos hombres y mujeres siguen recorriendo las áreas de monte bajo cercanas al lago Eyasi, en el norte de Tanzania, para recolectar frutos silvestres, miel, tubérculos y caza menor, de forma muy parecida a como lo hacían nuestros ancestros hace un millón de años. Pero las mujeres hadza de cincuenta, sesenta, setenta e incluso ochenta años proporcionan más alimentos que la mayoría del resto de la comunidad. ⁶⁴ Además, estas mujeres mayores distribuyen sus momentos

primero entre sus hijas y luego entre sus sobrinas y primas, las jóvenes que tienen su mismo mapa genético, y les cuidan a sus hijos sin pedir nada a cambio.

Hawkes considera que el desarrollo de la menopausia en la fisiología femenina, junto con la aparición de la figura de la abuela, es uno de los hitos de la evolución humana. Dice así: «La hipótesis de la abuela nos proporciona una manera totalmente nueva de comprender por qué los humanos modernos fueron de pronto capaces de ir a todas partes y de hacer cualquier cosa. Podría explicar por qué nos hicimos con el control del planeta».65

Sabiduría posmenopáusica

Mi hipótesis es que las mujeres posmenopáusicas ancestrales eran tan útiles en la comunidad como la familia inmediata.

Probablemente, eran también bibliotecas vivas, ancianas sabias que podían reconocer todo tipo de climatologías extrañas, a los vecinos peligrosos y las plantas venenosas, curativas o nutritivas. Debían impedir las peleas entre los niños, calmar a los adolescentes inquietos, escuchar las quejas maritales, mediar en las disputas y difundir las noticias. Algunas eran visionarias o clarividentes. La mayoría

ayudaba a mantener la paz en el clan.⁶⁶ Muchas tenían una especialidad y eran curanderas, comadronas, educadoras de los más pequeños, contadoras de cuentos y mediadoras con el mundo de los espíritus.

«No hay poder mayor en el mundo que el entusiasmo de una mujer posmenopáusica», decía, al parecer, Margaret Mead. Hace mucho tiempo, innumerables mujeres maduras, sabias, astutas, pacientes, eruditas y pacíficas pusieron sus energías al servicio de sus parientes y de su comunidad; fueron sus guías. Sus hijas sobrevivieron, a fin de llegar a la menopausia y a la pacífica potencia de la madurez femenina.

A medida que la oleada de mujeres nacidas en el *boom* de natalidad vayan llegando a la menopausia en las décadas venideras muchas de ellas se convertirán en guías de la comunidad local, nacional e internacional.

Motivos genéticos de conciencia social

Habrán cantidad de ellos.

Un importante cambio en el curso de la vida humana caracteriza al siglo XX: mucha más gente llega a vieja. Hoy día cada vez son menos las personas que mueren en la infancia, ya sea por enfermedades infecciosas, accidentes o

al nacer. En lugar de esto, mueren de enfermedades cardiacas, de derrames cerebrales o de cáncer, en una época avanzada de sus vidas. La esperanza de vida hoy día en Estados Unidos es de setenta y seis años; hacia 2050 es posible que sea de ochenta y tres. 67

Muchos de estos hombres y mujeres mayores gozarán también de buena salud. Ciertos estudios realizados en todo el país demuestran que hay menos gente mayor con enfermedades crónicas o incapacidades, una tendencia que se inició en los años ochenta. 68 Un 89 por ciento de los entrevistados de edades comprendidas entre los sesenta y cinco y los setenta y cuatro años afirmaba no

tener discapacidades; 40 por ciento de los entrevistados con ochenta y cinco años aseguraba estar en pleno uso de sus facultades. 69

Este grupo de personas maduras y mayores será cada vez mayor. Los primeros nacidos en el *boom* de natalidad acaban de cumplir cincuenta años. La oficina del censo prevé que para 2030 un 20 por ciento de todos los norteamericanos será mayor de sesenta y cinco años. 70 Para el año 2050, del 15 al 19 por ciento de la población mundial será también mayor de sesenta y cinco años. 71 En la mayoría de los países asiáticos, menos del 10 por ciento de la población es en la actualidad mayor de

sesenta y cinco años. Pero los demógrafos informan que esa cifra podría duplicarse o triplicarse en los próximos treinta años, ya que la gente tiene menos hijos y la presente generación vive hasta la vejez. 72

La mayor parte de esa gente mayor serán mujeres. Hoy día en muchos países hay el doble de mujeres mayores de sesenta y cinco años que de hombres. 73 Sencillamente, las mujeres viven más que los hombres. Y en los años venideros tendrán un papel importante como guías de la comunidad, por una razón relacionada con la evolución de la especie.

La mayoría de los hombres y mujeres mayores han propagado su ADN en la población. Estos abuelos y abuelas dan consejo, cuidan a los pequeños, proporcionan eventos familiares durante las fiestas y vacaciones y regalan a sus hijos y nietos dinero y propiedades. Pero hoy día, cada vez menos ancianos viven con su progenie adulta o cerca de ella, sus hijos, cuando llegan a adultos, se trasladan a otras ciudades. Para resumir, estos ciudadanos de la tercera edad ya no pueden proporcionar una atención directa a sus descendientes. De modo que si quieren ayudarlos tienen que dirigir sus atenciones hacia la comunidad extensa. Al contribuir a mejorar los entornos social y físico,

permiten que florezcan también sus hijos y nietos, y con ellos su ADN.

El Génesis afirma que Dios dio al hombre el poder de dominar la tierra y todo lo que la puebla. En la década de los años sesenta, Harvey Cox, profesor de Religión en la Universidad de Harvard, propuso una idea diferente: la del administrador, el concepto de que los humanos somos los cuidadores, los administradores de la tierra. A medida que la población mundial vaya envejeciendo, este término estará cada vez más en boca de todos, porque son precisamente los hombres y mujeres que envejecen los que han de construir una sociedad que atienda a las necesidades

de sus familias, a su ADN disperso.

Estos administradores cambiarán el mundo de muchas maneras.

Panteras Grises en acción

La asamblea de los «Cabellos Grises», un grupo de unos 300 jueces, médicos, profesores, empresarios y otros profesionales jubilados, cuya media de edad es de ochenta años, se reúne todos los años desde hace veinte en Tallahassee, en el Estado de Florida. Ocupan las dos cámaras del gobierno local de Florida para tratar cuestiones centrales para los ciudadanos de la tercera edad y para la comunidad en general.⁷⁴ Nada de interminables

discursos. Nada de poses, tampoco. Al cabo de una semana de reuniones han escogido cinco cuestiones de máxima importancia que los miembros pasarán a discutir con las diversas agrupaciones locales, ya sean de la iglesia, clubes cívicos o asociaciones de vecinos. Si consiguen que esas organizaciones los apoyen, presionarán a los legisladores del Estado para tratar de conseguir los cambios deseados en la legislación. Más de cien de sus propuestas han llegado a convertirse en leyes estatales.

La mitad de los Estados norteamericanos tienen cuerpos similares de ciudadanos de la tercera edad. Y conforme las familias vayan

disminuyendo de tamaño habrá más ciudadanos mayores que donen su tiempo, sus energías y su dinero a causas que no estén directamente relacionadas con su grupo familiar. De hecho, esta tendencia ya ha empezado. Por ejemplo, PlanWise, una entidad de gestión financiera de Bayside, en el Estado de Nueva York, informa que muchos de sus clientes mayores han aumentado sus donaciones y legados a personas o grupos fuera de sus familias.⁷⁵

Los hombres y mujeres mayores forman todo tipo de asociaciones a fin de mejorar su propia calidad de vida, la de sus familiares y la de la comunidad en general, no sólo en Estados Unidos,

sino en muchos otros países. Pero ésta no es la única manera en que van a influir en el futuro. Otra será en las urnas.

Para 2020, el 45 por ciento de los votantes norteamericanos estará compuesto por personas mayores de cincuenta y cinco años, y la gran mayoría de estos votantes de más edad serán mujeres. 76 La periodista Cheryl Russell, de la revista *American Demographics*, dice: «Estas mujeres serán una fuerza política formidable a la hora de votar».77 El teórico político Francis Fukuyama lo ve de la misma manera y escribe que las mujeres de este segmento de edad serán «uno de los

sectores de votantes más cortejados por los políticos de mediados del siglo XXI».78 De nuevo las mujeres llevarán la delantera.

¿Qué mundo van a construir estas mujeres y sus colegas de menor edad?

El voto de las mujeres

Las mujeres han sido la mayoría de los votantes en las elecciones nacionales norteamericanas, al menos desde 1964, sencillamente porque en la población hay más mujeres que hombres en edad de votar; sin embargo, desde los años centrales de la década de los ochenta también han votado en una proporción similar o superior a los hombres.79

Las preferencias electorales de las mujeres suelen ser distintas de las de los hombres.⁸⁰ Hay pruebas de que desde el momento mismo en que ganaron el derecho al voto en Estados Unidos, en 1920, las mujeres no votan lo mismo que los hombres.⁸¹ Pero los estudios sociológicos demuestran que esta diferencia genérica en el voto alcanzó los niveles que conocemos hoy en los años cincuenta. Además, la aparición de unos hábitos comiciales femeninos distintos estuvo directamente relacionada con el creciente índice de participación de la mujer en la población activa remunerada.⁸²

Ninguno de los dos sexos constituye un bloque de votantes definido; los sujetos varían siempre. Sin embargo, es dos veces más probable que los hombres piensen que las cuestiones más importantes del país son mantener el presupuesto y recortar los gastos que lo piensen las mujeres.⁸³ Asimismo, es más probable que los hombres quieran gastar en parques y áreas recreacionales, en transporte masivo y obras públicas, como puentes y autopistas: la infraestructura de la nación. Los hombres apoyan con más regularidad los proyectos espaciales.⁸⁴ En lo que se refiere a la política exterior, los hombres están más interesados que las mujeres en mantener

el poder militar, fortificar la seguridad de los aliados, proteger a las naciones débiles de las agresiones y reducir el déficit comercial.

Por otro lado, las mujeres tienden a favorecer todo tipo de programas y servicios sociales ⁸⁵ y a considerar que la educación, la sanidad, la atención a la infancia, la pobreza y el desempleo son cuestiones esenciales de toda política nacional.⁸⁶ Las mujeres apoyan con más frecuencia que los hombres los programas sociales y económicos dirigidos a la población afroamericana y a otras minorías.⁸⁷ Asimismo, es más probable que apoyen las políticas de control de armas, pero es menos

probable que defiendan la pena de muerte. Como también es menos probable que estén por el servicio militar obligatorio, los gastos militares, las armas nucleares y la injerencia en la política de otros países. 88 En lo referente a la política exterior, las mujeres tienen más interés en combatir el hambre en el mundo, controlar el flujo de drogas ilegales en Estados Unidos, apoyar los programas de las Naciones Unidas y mejorar la situación medioambiental del planeta.89

Estos hábitos electorales femeninos ocurren al margen del nivel de renta, de la raza, de la edad, de la clase social o del lugar de residencia de las

votantes.⁹⁰ Y varían de unas elecciones a otras; además, el nivel de renta y la profesión pueden aumentar o reducir la diferencia genérica. Pero a grandes rasgos, vieja o joven, rica o pobre, negra o blanca, urbana o rural, la mujer norteamericana tiende más que el hombre a fomentar los programas sociales destinados a la protección de la infancia y de los disminuidos o a apoyar los programas sanitarios y educativos.

91

La diferencia genérica en los hábitos de voto se hace más pronunciada a medida que las mujeres empiezan a envejecer. Durante su juventud, hombres y mujeres suelen tener parecidas

visiones políticas, pero al cumplir años, las mujeres van adoptando una orientación política gradualmente divergente de la de los varones.⁹² Al llegar a la mediana edad, muchas mujeres tienen menos seguridad económica, ocupan más trabajos a tiempo parcial, gozan de menores pensiones y tienen un acceso más limitado a la atención sanitaria. Por eso, les interesa apoyar los programas y los servicios sociales en las áreas de educación, asistencia sanitaria y pensiones, seguridad social y otras formas de soporte económico y de ayuda a los necesitados.⁹³

Como resultado de ello, las mujeres

son menos proclives a presentar posturas antigubernamentales, pues para ellas el gobierno funciona como una especie de red de seguridad para la sociedad. Tienden a creer en mayor medida que el gobierno debería ayudar al país a resolver sus problemas más que dejarlos en manos de la iniciativa privada. Por lo general, las mujeres opinan que el papel del gobierno debe ser más activo.⁹⁴

El Non-Governmental Liaison Service de las Naciones Unidas informa que en muchas otras culturas las mujeres tienen las mismas preocupaciones sociales que las norteamericanas. A nivel internacional, las mujeres están más

interesadas en proteger sus propios derechos, los de los niños, los ancianos, los discapacitados, las minorías y los desfavorecidos.⁹⁵ Cuestiones tales como la salud, la planificación familiar, la educación, el bienestar social y el medio ambiente les preocupan más que a los hombres. También son menos militaristas y más defensoras de la no violencia y de buscar soluciones pacíficas para los conflictos internacionales.⁹⁶

Estos valores femeninos han empezado ya a tener un impacto notable en las elecciones norteamericanas.⁹⁷ En términos generales, hay más mujeres que hombres, al margen de su edad, que se

consideran políticamente moderadas o liberales. De modo que en Estados Unidos el número de mujeres que vota a los candidatos demócratas es más alto que el de hombres.⁹⁸

El impacto creciente del voto femenino

Está muy difundida la idea de que las mujeres, fundamentalmente suburbanas de raza blanca, fueron un elemento vital en la reelección de Clinton como presidente de Estados Unidos en 1996.⁹⁹ Estas mujeres confiaban en Clinton, no personalmente, como hombre, sino como político, un político que lucharía para ayudarlas a pagar las matrículas

escolares de sus hijos o la asistencia domiciliaria o institucional de sus padres ancianos; que llevaría a cabo campañas para disminuir el consumo de tabaco entre los adolescentes; y que apoyaría su derecho a elegir cuándo tener (o no tener) un hijo.

Las voces de estas mujeres están transformando también otros sectores. El historiador Arthur M. Schlesinger, Jr., observaba recientemente que Estados Unidos ha alcanzado lo que él denomina un nuevo «centro vital», un interés renovado en la familia, el trabajo y la comunidad. Las cuestiones relativas a la proliferación nuclear, el comercio mundial y el poder gubernamental han

pasado a ocupar los últimos puestos de la lista, a favor de aquellas relativas a la crianza de los niños, la asistencia sanitaria, la educación y el medio ambiente.

Las defensoras más acérrimas de la acción gubernamental en estas áreas son las mujeres, especialmente las blancas suburbanas. Estas mujeres constituyen la vanguardia de quienes exigen un compromiso del gobierno con la familia, los pobres, los enfermos y los ancianos.¹⁰⁰

A medida que crezca el número de mujeres en el mundo entero que votan en las elecciones nacionales y locales por

aquellos gobernantes que apoyan sus causas y sus perspectivas se irán poniendo en marcha una miríada de programas específicos que añadirán humanidad a la humanidad.

Como cambiarán las mujeres el mundo empresarial y profesional

«Creo que he encontrado el eslabón perdido entre el animal y el hombre civilizado», decía Konrad Lorenz. «Somos nosotros».

En el siglo que se abre ante nosotros, las mujeres tendrán la oportunidad de colaborar en la ulterior civilización de la humanidad en otras áreas además de los hábitos electorales. A lo largo de

todo este libro, y al principio de este capítulo, se defiende la tesis de que el mundo empresarial está cambiando en una dirección que hace más necesarias las facultades femeninas. Asimismo, he defendido la opinión de que las mujeres aplicarán sus talentos femeninos cuando asuman cargos influyentes.

Las mujeres que ocupen puestos de poder en las industrias de la comunicación cambiarán lo que vemos en la televisión, oímos en la radio y leemos en los periódicos, los libros y las revistas. Así, es probable que veamos menos películas violentas y de acción y más series que integren valores humanos en sus argumentos; es probable

que veamos formas más sensibles de representar a la mujer, más descripciones realistas de las relaciones humanas, una mayor diversidad étnica y de edad entre los actores y comentaristas, una mayor gama de temas tratados en los noticiarios y en las películas, más tertulias televisivas y radiofónicas, más columnas periodísticas escritas por personalidades, más artes visuales e interpretativas, más programación para niños y una perspectiva más amplia y contextual en todas las cuestiones.

En Estados Unidos, hoy en día, las mujeres tienen exactamente el mismo nivel educativo que los hombres; en el

futuro podrían tenerlo aún mayor. Como profesoras, aportarán una mayor flexibilidad, imaginación, paciencia y empatía y una gama de temas y perspectivas más amplia, lo que afectará a las formas de pensar de millones de personas. Sin duda, mostrarán mayor respeto hacia la diversidad étnica, racial y cultural, y transmitirán una mayor flexibilidad en el reparto de los roles sexuales. Las mujeres ya han jugado un papel decisivo en la introducción de los estudios de la mujer en muchas universidades y colaborado para la inclusión en éstos de los estudios afroamericanos. Dedicarán más tiempo a ahondar en la personalidad de quienes han hecho historia, lo que,

consiguientemente, perturbará a quienes quieren que permanezcan intactas ciertas vacas sagradas. Explorarán más sobre las artes y la literatura de otras culturas, comentarán más las intrincadas relaciones entre las especies y examinarán los complejos problemas sociales con gran atención y sutileza.

A medida que haya más mujeres en puestos influyentes del mundo empresarial norteamericano y del resto del mundo se irán modificando nuestras opiniones con respecto a millones de servicios y productos de consumo. Por ejemplo, los grandes artículos de consumo, como los automóviles, que antes sólo se vendían a los hombres, ya

han empezado a ser lanzados al mercado femenino. Puede que los anuncios se hagan más elaborados a fin de adaptarse a la mente femenina. Y los equipos de ofimática para el hogar, como los ordenadores y las máquinas de fax, serán fabricados en todos los colores. Las mujeres introducirán nuevos puntos de vista, más variados y menos convencionales, en la política empresarial, fomentarán un clima más igualitario en el centro de trabajo y crearán unos vínculos personales con los clientes más fuertes y duraderos.

Sin duda, defenderán la flexibilidad horaria en el centro de trabajo y fortalecerán los programas diseñados

para equilibrar la vida laboral y familiar. Intentarán reducir las poses «viriles» en las reuniones de trabajo, reordenarán los despachos a fin de eliminar las marcas de rango más ostentosas y establecerán una gama más amplia de tipos de incentivos y gratificaciones. Ya hay algunas empresas que utilizan un sistema mediante el cual el trabajador acumula puntos por las horas extra o por ciertos resultados en tareas concretas que luego puede aplicar en la adquisición de beneficios diversos en lugar de recibir la bonificación monetaria estándar.

También habrá más mujeres que trabajen por cuenta propia, mezclando la

profesión, la familia y el ocio de muchas y originales maneras. La tradicional hora de cenar, ya en franco declive, podría desaparecer totalmente, pero, a cambio, todo tipo de imaginativas salidas familiares se combinarán con los viajes de trabajo. La tradicional semana laboral de cinco días podría ser gradualmente reemplazada por unos horarios más flexibles.

Las mujeres ya son predominantes en el sector de servicios, al que aportan al mismo ideas innovadoras con respecto a nuestra forma de organizamos y de emplear el ocio. Por una remuneración adecuada, le comprarán a uno su ropa, le servirán sus cenas, le planearán sus

vacaciones, le administrarán su dinero, le programarán sus actividades deportivas, le proyectarán sus planes de jubilación o harán cualquier otra cosa que pueda necesitar el hombre y la mujer atosigados de trabajo. Bienvenida sea esa nueva clase de «sirvientes profesionales», un sofisticado grupo que no se debe confundir con los sumisos subordinados del pasado. Las cocineras, las catadoras de vinos, las guías turísticas, las agentes culturales nos introducirán en un nuevo mundo, en Estados Unidos y en el extranjero.

Cada vez habrá más mujeres en los puestos directivos de la policía. Hoy día ya confían menos en los músculos que en

las facultades verbales, el ingenio y la capacidad para leer a la gente. Gracias a su capacidad para el pensamiento en red, las policías y detectives privadas pueden resolver más delitos. Las abogadas y jueces aportarán a las salas de los juzgados una visión más amplia y más contextual del delito y de la justicia. Ya están colaborando en la redefinición del acoso sexual en los centros de trabajo y proporcionando soluciones razonables, incluso soluciones del tipo de «no hay nada que perder» en las mediaciones y los arbitrajes. Como legisladoras, las mujeres seguirán luchando por leyes que mejoren la calidad de la educación, de la salud y del medio ambiente. Estarán más atentas

a los derechos de las mujeres, de las minorías y de los homosexuales, y se tomarán con especial interés las leyes relativas a la pornografía, la violencia doméstica, el divorcio, la protección de la infancia y las obligaciones parentales.

Las mujeres que trabajan en el sector sanitario ya han empezado a expandir nuestras visiones sobre la salud y la curación. Ven a menos pacientes por hora y dedican más tiempo a cada uno, haciéndoles preguntas, escuchándolos y estableciendo una relación con ellos. La visita domiciliaria puede volver a ser una práctica generalizada. Florecerán las consultas colectivas. Habrá más doctoras, ATS y otros profesionales de

la medicina que tendrán en cuenta los factores psicológicos y sociales que pueden contribuir en las enfermedades. En cirugía, algunos profesionales ya han empezado a contratar a curanderos tradicionales para que masajeen a los pacientes durante las operaciones de gran envergadura.

En los centros de las comunidades florecerán los gimnasios, los restaurantes vegetarianos, las agencias de viajes y las librerías. Todas las farmacias tienen ya grandes secciones dedicadas a los remedios naturales y a la aromaterapia. Puede que el chamanismo vuelva a estar a la orden del día. Surgirán más programas de

televisión y sitios de Internet dedicados a la medicina integral. Se multiplicarán las secciones dedicadas a la medicina natural en las revistas y periódicos. Proliferarán los grupos de apoyo para los enfermos y sus familias. Puede incluso que las mujeres introduzcan unas formas más humanas de pasar los últimos momentos: se han sugerido nuevos rituales mortuorios, como un tranquilo recorrido en barca antes de aplicar la eutanasia.

Mientras sigan floreciendo las organizaciones sin ánimo de lucro de todo tipo, las mujeres líderes de la sociedad civil controlarán grandes sumas de dinero, persuadirán a los

dirigentes políticos y consolidarán los programas y las políticas gubernamentales orientadas a mejorar la calidad de vida de las mujeres, los niños, las minorías, la tercera edad, los discapacitados y los desfavorecidos. También tendrán un papel puntero en los debates nacionales en relación con la salud, la seguridad, la educación, la asistencia social y el medio ambiente, asuntos todos ellos que preocupan profundamente a las mujeres de todas las edades, de todas las clases y de todos los grupos étnicos.

En cierta ocasión, Albert Einstein dijo: «Los importantes problemas a los que nos enfrentamos hoy no pueden

resolverse con el mismo nivel de pensamiento que los creó». En la televisión, en la radio, en Internet, en las oficinas, en las clases, en los juzgados, en los centros vacacionales, en los hospitales y consultas médicas, en las concentraciones nacionales, en los congresos internacionales, las mujeres aportarán una forma diferente de pensar: su espíritu de cooperación, su don para entender a la gente, su paciencia, su compasión, su tremenda inclinación a conectar con los demás, a ocuparse de ellos y a sanarlos, y su capacidad para examinar las cuestiones dentro de un contexto más amplio.

Las mujeres pondrán en el mercado

sus numerosas capacidades innatas al tiempo que seguirán desprendiéndose de los restos de la tradición agraria que las relegaba a un estatus de segunda categoría. Sutilmente, a veces drásticamente, van a cambiar el mundo.

Notas

1 *The Economist* 1996, pp. 23 y ss.; Naciones Unidas, 1995c,

2 Manuelito, en una entrevista personal.

3 Friedl, 1975; Sacks, 1979; Sanday, 1973, pp. 1682-1700, 1981; Whyte, 1978.

4 Véase Sanday, 1981, p. 135.

5 Etienne y Leacock, 1980;Dahlberg, 1981;Reiter, 1975; Sacks, 1979; Weiner, 1976; Klein y Ackerman, 1995; Schlegel y Barry, 1986, pp. 142-150; Whyte, 1978; Leacock, 1981; Boserup, 197; véase Fisher, 1992.

6 Véase Klein y Ackerman, 1995, p. 32.

7 Shostak, 1981; Howell, 1979.

8 Slocum, 1975; Sanday, 1981; Whyte, 1978; Leacock, 1981; Fisher, 1992; Lerner, 1986;MaiyansláyTurner, 1992.

9 Diamond, 1997, pp. 1243-1244.

10 Jope, 1956.

11 Ember, 1983, pp. 285-304.

12 Hrdy, 1986, pp. 119-146.

13 Ember, 1983.

14*Ibid.*

15 Whyte, 1978.

16 Engels, 1972; Leacock, 1972; Sanday, 1973; véase Eticnncy Leacock, 1980; véase Fisher, 1992; Lerner, 1986; Maryans-ki y Turner, 1992; Burton y White, 1984, pp. 568-582; Ember, 1983; Boserup, 1970.

17 Lerner, 1970.

18 Véase Fisher, 1992.

19 Darwin, 1871,1936, pp. 873-874.

20 Mosher, 1997,p.A18. 355

21 McCorducky Ramsey, 1996.

22 *Ibid.*

23 *Ibid.*

24 Bergmann, 1986; *Harper's*, 1997, pp. 47-58; Lewin, 1997, pp. A1 y ss.; *The Economist*, 1998, pp. 3-15.

25 *The Economist*, 1998.

26 Nash, 1983; véase Nash y Fernández Kelly, 1983.

27 Naciones Unidas, 1995a.

28 Drucker, 1992; Stewart, 1997.

29 Richburg, 1997, pp. 6 y ss.

30 Naciones Unidas, 1995a.

31 Bergmann, 1986, p. 39.

32 Coontz, 1992.

33 Russell, 1995a, p. 8; MitcheU, 1995, pp. 22 y ss.

34 Dychtwald y Flower, 1989.

35 Benet, 1974.

36 *Ibid.*, p. 54.

37 *Ibid.*

38 Beidelman, 1971, p. 61.

39 Hamilton, 1970, pp. 17-20.

40 Jones y Jones, 1976.

41 Lessa, 1966.

42 Kehoe, 1976, pp. 68-76.

43 Roy, 1975.

44 Brown, 1982, p. 23.

4S *Ibid.*; Amoss, 1981, pp. 227-247; Levy, 1967, pp. 231-238; Sinclair, 1985, pp. 27-46; Quain, 1948; Mead, 1950; Herdt, 1987; Murphyy Murphy, 1974; Srinivas, 1977, pp. 221-238; Wolf, 1974, pp. 157-172; Mernisi, 1975; véase Kernsy Brown, 1982.

46 Brown, 1982.

47 Pavelka y Fedigan, 1991, pp. 13-38.

48 Unos ovarios en pleno funcionamiento producen entre el 5 y el 25 por ciento de la testosterona de una mujer, así como del 45 al 60 por ciento de la androstenodiona y el 20 por ciento

de la dehydroepiandrosterona (Longcope, 1986, pp. 213-228; Van Goozen *et al*, pp, 359-382). Durante la menopausia, los ovarios producen doce veces menos estrógenos, mientras que su producción de andrógenos sólo desciende a la mitad o a un tercio (Judd y Forunet, 1994, pp. 258-298). La glándula adrenal también produce testosterona, androstenodiona y dehyddroepiandrosterona (Van Goozen *et al.*, 1997). Estos andrógenos también disminuyen con la menopausia. Pero no bajan tan drásticamente como los estrógenos producidos en los ovarios (Ganong, 1993; Meldrum, 1981,pp. 624-628). De ahí que en el caso de las mujeres la proporción de andrógenos

con respecto a los estrógenos aumente con la edad (Judd y Forunet, 1994).

49 Baucom, Besch y Callahan, 1985, pp. 1218-1226.

50 Brody, 1997, p. A25.

51 Williams, 1957, pp. 32-39; Alexander, 1974, pp. 325-383; Lancastery King, 1992; Pavelka y Fedigan, 1991; *Caro et al.*, 1995, pp. 205-220; Austad, 1994, pp. 255-263; Hül y Hurtado, 1991, pp. 313-350; Wood, 1990, pp. 211-242.

52 HUÍ y Hurtado, 1991.

53 Lancastery King, 1992; Walker, 1995, pp. 59-71; Takahata, Koyama y Suzuki, 1995, pp. 169-180; *Caro et al.*, 1995; Pavelka y Fedigan, 1991.

54 Caro *et al.*, 1995.

55 Lancaster y King, 1992; Pavelka y Fedigan, 1991.

56 Pavelka y Fedigan, 1991.

57 Lancastery King, 1992; Pavelka y Fedigan, 1991; Caro *et al.*, 1995.

58 Lancastery King, 1992.

59 Pavelka y Fedigan, 1991.

60 Lancaster y King, 1992; Mayer, 1982, pp. 477-494.

61 Russell, 1995, p. 36.

62 Williams, 1957; Alexander, 1974; Gaulin, 1980, pp. 227-232; Hamilton, 1966, pp. 12-45; Mayer, 1982; Lancaster y King, 1992; Hawkes, O'Connell y Blurton Jones, 1989; Hawkes *et al.*, 1998, pp. 1336-1339.

63 Hawkes *et al.*, 1998.

64 Hawkes, O'Connell y Blurton

Jones, 1997, pp. 551-565.

65 Angier, 1997, p.Fl.

66 La menopausia debió ser un proceso relativamente fácil en los tiempos ancestrales. Los datos tomados de ciertas culturas tribales contemporáneas indican que las madres de épocas ancestrales engendraban su último hijo entre los 35 y los 40 años, y luego lo amamantaban durante tres o cinco años (Lancaster y King, 1992). De modo que la prolactina y la oxytocina, las hormonas de la lactancia, debían de enmascarar los efectos colaterales de la menopausia. Las hembras hacían mucho ejercicio, otro factor de reducción de esos efectos. Asimismo, pasaban 15 de sus años reproductivos amamantando,

unos 4 embarazadas y sólo unos 4 con los ciclos menstruales normales. Actualmente las mujeres pasan unos 35 años con sus ciclos menstruales, una condición asociada a los altos niveles de estrógenos (Short, 1984; 1987). Los perfiles hormonales modernos, así como las pautas de lactancia, la dieta y el ejercicio pueden contribuir a los efectos colaterales de la menopausia.

67 Rowe, 1997, p. 367.

68 Kolata, 1996, pp. A1 y ss.; Rimer, 1998, pp. A1 y ss.

69 Rowe, 1997.

70 Wattenberg, 1997, pp. 60-62.

71 *Ibid.*

72 Pui-Wing, 1998, p. B9c; *The Economist*, 1995, pp. 52 y ss.

73 *Ibid.*

74 Navarro, 1997, p. Aló.

75 Rosenfeld, 1992, pp. 46 y ss.

76 Russell, 1996.

77 *Ibid.*, p. 13.

78 Fukuyama, 1998, p. 38.

79 Seltzer, Newman y Leighton, 1997;
Russell, 1996.

80 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

81 Véase *ibid.*

82 Manza y Brooks, 1998, pp. 1235-
1266.

83 Seib, 1995, pp. AI y ss.

84 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

85 Manza y Brooks, 1998.

86 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

87 *Ibid.*

88 Manza y Brooks, 1998; Seltzer,

Newman y Leighton, 1997.

89 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

90 Manza y Brooks, 1998; Selteer,
Newman y Leighton, 1997.

91 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

92 Russell, 1996.

93 Russell, 1996; Seltzer, Newman y
Leighton, 1997.

94 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

95 Karl, 1995.

96 *Ibid.*

97 Russell, 1996.

98 Seltzer, Newman y Leighton, 1997.

99 Russell, 1996.

100 Klein, 1997.

Una nueva urbanidad sexual

La feminización del erotismo

*«El abrazo sexual sólo se puede
comparar*

con la música y la oración».

Havelock Ellis

«También yo bajo tu luna, sexo todopoderoso, / salgo al anochecer, gritando como una gata». Así describía Edna St. Vincent Millay la emoción más profunda y primitiva sobre la tierra, el apetito sexual. Algunos consideran que es éste un anhelo demoniaco, otros, divino. Y hay para quienes el sexo no es más que un fastidio. Pero todos los seres humanos en buen estado de salud han conocido este impulso. Ves una imagen en una revista, se te viene a la cabeza una fantasía, sientes un dedo de tu amante en la nuca y, cual ráfaga de perfume, la apetencia sexual impregna tu mente.

En este capítulo propongo que tanto en los hombres cómo en las mujeres se ha desarrollado un fuerte impulso sexual, pero varía mucho de un sexo a otro. Mi opinión es que a las mujeres les apetece tanto hacer el amor como a los hombres, pero las fantasías y circunstancias que despiertan su libido son diferentes. A los hombres les excitan más los estímulos sexuales visuales y los signos de juventud, salud y fertilidad en las mujeres. A las mujeres les atraen más los signos de compromiso, estatus y recursos materiales. El apetito sexual de las mujeres es más flexible; de ahí que las mujeres tengan una mayor tendencia a la bisexualidad. La libido femenina es

también más intensa (pero menos constante), se inserta en un contexto social y emocional más amplio y es exactamente igual de duradera en el transcurso vital.

Hoy día está desapareciendo la doble moral sexual. Las chicas empiezan a tener experiencias sexuales a una edad más temprana. Las mujeres tienen más amantes antes del matrimonio y llevan a cabo más experimentos sexuales con sus esposos. Hay mujeres a las que les gusta la promiscuidad; otras que contratan los servicios de gigolós. Otras son bisexuales o lesbianas. Las mujeres están empezando a expresar su sexualidad desde los primeros años de

la adolescencia hasta la vejez: una vuelta, tal vez, a los modos de vida ancestrales de las mujeres.

Entre los muchos factores actuales que prometen acelerar la marcha hacia la libertad sexual que han emprendido las mujeres de todo el mundo se incluyen el predominio de la vida urbana, la disminución del analfabetismo y el desarrollo de la educación, la independencia económica de las mujeres, el aumento de las tasas de divorcio, la reducción del tamaño de las familias y una contracepción más al alcance de todas las mujeres, por no mencionar otros como la televisión vía satélite e Internet.

A fin de marcar la pauta, las mujeres se reúnen en congresos mundiales y se manifiestan, forman grupos de presión, escriben y opinan en favor de sus derechos sexuales y reproductivos. Asimismo, la mayoría de las demandas por acoso sexual han sido presentadas por mujeres, quienes además han ganado muchos de los casos. De esta forma, están obligando a los abogados, a los jueces, a los periodistas, a los políticos y a los empresarios de todo tipo a redefinir los códigos del decoro sexual conforme a unos estándares femeninos. Las mujeres están imponiendo poco a poco una feminización del erotismo. Mi conclusión es que las mujeres están

inaugurando una nueva era de urbanidad sexual, ya que los estándares femeninos de conducta sexual se propagarán y terminarán dominando en las universidades, en los centros de trabajo y en los dormitorios.

La sed eterna

W. H. Auden decía que el apetito sexual era «un picor neural insoportable». Y desde el punto de vista fisiológico tenía razón. El deseo sexual humano se origina en una parte primitiva del cerebro, el hipotálamo. Luego, mediante una serie de complejas conexiones y reacciones, los elementos

químicos segregados en el cerebro se vierten en la corriente sanguínea y estimulan las gónadas para que produzcan los andrógenos, principalmente testosterona, y los estrógenos, principalmente estradiol. Uno siente esa punzada primigenia cuando varía el nivel de estos flujos hormonales.

El córtex adrenal también tiene una función en el erotismo humano. Este tejido es la corteza exterior de la glándula adrenal, que está situada encima de los riñones. En la pubertad empieza a segregar hormonas masculinas, así como pequeñas cantidades de hormonas femeninas.

Estos elementos químicos contribuyen a que se produzca esa súbita excitación sexual que se apodera de uno a veces al oler un determinado aroma, al ver un cuerpo bien formado o al dejarse llevar por una fantasía.¹

El equilibrio entre la testosterona, los estrógenos y todos los demás ingredientes de ese cóctel químico que nos lleva a la cama es extremadamente complejo.² Las dosis, las fechas, los genes y las circunstancias sociales influyen en cómo afectan las hormonas del sexo al ser humano.³ No obstante, la testosterona tiene un papel central en lo que Pablo Neruda llamaba la «sed eterna». Cuando se trata con testosterona

a las mujeres operadas de ovarios se incrementa su deseo sexual, su grado de excitación, sus fantasías sexuales e incluso el número de orgasmos.⁴

Tengo dos amigos, un hombre y una mujer, a los que han de inyectarles clínicamente testosterona de forma regular. Ambos son personas de mediana edad, científicos de profesión, muy trabajadores, felizmente asentados en sus carreras y físicamente atractivos. Los dos reciben este tratamiento para estimular su decaído apetito sexual. Y ambos dicen que unas treinta y seis horas después de ser inyectados empiezan a sentir unas ganas enormes de hacer el amor, y que su libido

permanece alta durante varias semanas.⁵ Las mujeres que tienen naturalmente niveles altos de testosterona tienen más pensamientos sexuales y más deseo de tener relaciones que las mujeres con niveles más bajos. También se masturban y hacen el amor con más frecuencia.⁶

Algunas mujeres tienen más deseo sexual en el momento de la ovulación, cuando los niveles de estrógenos y de testosterona están en su punto álgido.⁷ Otras lo sienten justo después de la menstruación, tal vez como un efecto retardado de los altos niveles de testosterona que se producen a mitad del ciclo menstrual.⁸ Parece que los ritmos

medioambientales también juegan un papel en la aparición y grado del deseo sexual. Se desconoce si la libido masculina tiene su punto álgido al final del otoño, pero los niveles de testosterona en los hombres son más altos en noviembre y diciembre. Y tanto en los hombres como las mujeres, el nivel más alto de testosterona se produce cada día en torno al amanecer.⁹

¿Somos, entonces, meras hormonas con pies, agentes que llevan a cabo los antojos de una sustancia ciega, la testosterona? En absoluto. Cuando la corteza cerebral humana empezó a expandirse hace unos dos millones de años, nuestros ancestros humanos

adquirieron gradualmente la capacidad de controlar sus impulsos más esenciales. Hoy día decidimos cuándo, dónde, con quién y cómo expresaremos nuestros impulsos sexuales. Incluso decidimos si los expresaremos o no. Pero de todas formas, la sensación corporal de apetito sexual responde a la naturaleza y estoy convencida de que el «sentimiento» es igual en hombres y mujeres.

Sin embargo, los sexos suelen experimentar esta sensación emocional en circunstancias muy diferentes.

Los mundos sexuales masculinos

«Concede a mis manos licencia y

licencia también su recorrido / por delante, por detrás, por debajo, por encima y entremedias». A John Donne, el poeta, le gustaba acariciar. Algunas personas se excitan sexualmente cuando van al bosque o en la bañera. A otras les excitan los tacones altos, las velas o las posturas del *Kamasutra*. Y cada ser humano tiene una opinión distinta sobre cómo quiere que le acaricien o le hablen durante el coito.

Muchas de estas variaciones tienen que ver con la infancia y la adolescencia de cada cual y con todas las asociaciones mentales que establecemos entre ciertas experiencias y las sensaciones y sentimientos sexuales.

Pero hombres y mujeres poseen ciertos hábitos sexuales diferentes, los cuales se originan casi con toda certeza en sus cerebros, que también difieren desde el punto de vista genérico.

Los hombres, por ejemplo, tienden a recordar aspectos específicos de los episodios sexuales pasados, como un aroma particular, una prenda de vestir o el momento del día en que tuvo lugar el encuentro. La psique femenina está menos sujeta a este tipo de «condicionamiento», a esta forma de asociar cosas o acontecimientos específicos con los encuentros sexuales.¹⁰ Esto podría explicar el gusto masculino por los fetiches y el que

se den más entre los hombres que entre las mujeres las conductas sexuales «desviadas».11 Para algunos hombres, un incidente u objeto particular de la infancia se vincula al sexo y posteriormente en su vida han de representarse mentalmente esa escena para activar su erotismo.

Esta impresionable naturaleza sexual podría haber evolucionado en el hombre debido a una importante razón. Las mujeres pueden encontrar compañeros sexuales casi siempre que quieren; después de todo, ellas son quienes poseen el preciado huevo. Los hombres han de fertilizar ese huevo si quieren perpetuar sus genes. Así que no pueden

por menos que recordar las circunstancias de sus encuentros sexuales afortunados.

Los hombres también fantasean más con tener relaciones sexuales con diferentes personas y con gente que no conocen, lo cual se debe, probablemente, a que en el caso de los varones, el inseminar a tantas hembras como puedan responde a una estratagema de adaptación biológica. 12

Y a los hombres les gusta mirar.

«Fisgué / por la ventana abierta, / tu cara era / virginal. / Pero más abajo / eras toda mujer». El poeta Praxilla escribió estos versos en la Grecia del

siglo V a.C. Los tiempos no han cambiando. En un estudio realizado en los años veinte entre varios cientos de hombres y mujeres norteamericanos, el 65 por ciento de los hombres afirmó haber mirado alguna vez a hurtadillas por la ventana de un dormitorio. Sólo un 20 por ciento de las mujeres había realizado alguna vez este tipo de contemplación furtiva.

A los hombres les estimulan más sexualmente las imágenes,¹³ y usan con más frecuencia que las mujeres todo tipo de materiales pornográficos visuales.¹⁴ Cuando tienen fantasías evocan más imágenes del coito y de ciertas partes del cuerpo, los detalles explícitos de la

relación sexual.¹⁵ A muchos hombres incluso les excita mirar sus propios genitales o enseñárselos a sus amantes o esposas. Esto lleva a algunos hombres a un abierto exhibicionismo.

El voyeurismo sexual probablemente produce en el hombre una especie de sacudida física. Se sabe que cuando un mono macho ve una hembra a su alcance o una pareja copulando, sus niveles de testosterona se disparan. Esto hizo pensar a la especialista en primates Kim Wallen, del Yerkes Regional Primate Research Center de la Universidad de Emory, que tal vez la razón por la cual los hombres van a los *stripteases* y se compran revistas de chicas en cueros es

que incrementa sus niveles de testosterona.¹⁶ No es de sorprender que los 500 millones de dólares que genera hoy día el negocio de la pornografía en Estados Unidos se deba casi exclusivamente al gasto masculino.

Esta necesidad masculina de mirar tiene un efecto darwiniano. Al mirar a una mujer, el hombre juzga la salud y el vigor de ésta. Al subir sus niveles de testosterona recibe el estímulo sexual que le lleva a cortejar a las que parecen jóvenes y sanas, y fértiles.

¿Qué excita a las mujeres?

A las mujeres también les excitan las imágenes eróticas, aunque no tanto como

a los hombres.17

A las mujeres les excitan más que a los hombres las palabras, las imágenes y los temas románticos de las películas e historias.18 Entre las fantasías sexuales de las mujeres se incluyen el afecto y el compromiso.19 Las mujeres suelen recrearse en sus propias reacciones emocionales. Y piensan en las características emocionales de sus parejas sexuales con el doble de frecuencia que los hombres.20 Las mujeres también fantasean más regularmente que los hombres con tener como parejas sexuales a personas que conocen. Y asimismo se imaginan más caricias, particularmente en las zonas no

No son de extrañar estos gustos femeninos. A las mujeres les interesan las palabras; verbalizan sus emociones más fácilmente que los hombres. Las mujeres sienten más curiosidad por la gente, incluso por los humores o el temperamento emocional de los otros. Y son más sensibles a las caricias corporales.

Esta apetencia femenina por la charla, las caricias y las relaciones afectivas románticas con parejas previamente conocidas tiene muy probablemente un objetivo evolutivo. La mujer se arriesga a quedarse embarazada cuando hace el

amor. Al hablar y acariciar a su pretendiente antes del coito puede evaluar su temperamento y sus intenciones. Si expresa afecto, entonces tal vez también esté dispuesto a ser un proveedor comprometido.

«Demasiado de algo bueno es maravilloso», dijo en una ocasión Mae West. Los editores conocen estas preferencias femeninas y juegan con ellas. En más de cincuenta países se venden novelas románticas a un público exclusivamente femenino. Incluso los distribuidores de vídeos porno en Estados Unidos han empezado a dirigirse a estos gustos femeninos. La pornografía visual ha representado

tradicionalmente los encuentros casuales, anónimos, que suelen atraer a los hombres. A fin de captar una cuéntela femenina, algunos productores añaden ahora algunos retazos de diálogo y una apariencia de argumento romántico.

Rendición femenina

«Una de las magnanimidades de la mujer es que se entrega», escribió Víctor Hugo. En realidad, a las mujeres les suele gustar entregarse a su pareja, especialmente en la cama.

En Estados Unidos, el 71 por ciento de los hombres y el 72 por ciento de las mujeres tiene fantasías mientras copulan

con su pareja.²² Pero ambos sexos invocan diferentes imágenes. La conquista y la dominación son centrales en la mayoría de las escenas mentales de los hombres. La rendición y la entrega son características dominantes en los pensamientos sexuales de las mujeres.²³

Las mujeres norteamericanas fantasean mucho más que los hombres con imágenes que implican una actitud sexual pasiva, que «les hagan», más que «hacer».²⁴ Se ven a sí mismas como objetos del deseo sexual de su pareja, a diferencia de los hombres, que tienden a ver a los otros como objetos de sus atenciones sexuales.²⁵ Esta diferencia sexual genérica existe también en Japón

o en Gran Bretaña.26

Pero, por favor, que nadie me malinterprete: menos del 0,5 por ciento de los hombres encuentran atractivo forzar a una mujer a tener relaciones sexuales, y menos del 0,5 por ciento de las mujeres quieren ser forzadas.27 La violación es algo enteramente distinto a los juegos sexuales entre dos personas que consienten libremente a ellos. Pero los datos indican que las mujeres fantasean más regularmente con la idea de someterse a su pareja.

En una ocasión, una amiga mía, una mujer de unos cuarenta y tantos años, guapa, rebosante de salud e

independiente, me contó una de sus fantasías sexuales. Iba conduciendo un día por una carretera no muy transitada y un policía le hizo una seña para que se detuviera. Al verlo de pie al otro lado de la ventanilla poniéndole una multa por exceso de velocidad no paraba de venirle a la cabeza la fantasía de que el policía le pedía que fuera a acostarse con él entre los arbustos. «No tenía nada que ver con una violación», me dijo; «era una cuestión de autoridad y de sumisión».

El extranjero anónimo, el príncipe sin rostro que domina: los psicólogos nos dicen que las mujeres adoptan estas fantasías de sumisión y desamparo para

no sentirse culpables de su deseo sexual o para quitarse de la responsabilidad de iniciar el coito. Pero estas ensoñaciones de rendición y entrega podrían originarse en ciertas partes primitivas del cerebro femenino, porque la rendición sexual femenina es extremadamente común en el reino animal.

Tomemos la iguana, por ejemplo. La iguana macho tiene una forma de cortejar que consiste en hincharse, para parecer dominante e importante, y luego perseguir agresivamente a la hembra. Si ésta está sexualmente receptiva, responde quedándose con el vientre pegado al suelo, completamente inmóvil,

en una posición de total rendición. Su pasividad invita a la cópula. En el caso de las iguanas y en el de muchos otros reptiles, los signos de sumisión en las hembras en conjunción con los gestos de dominio en los machos son esenciales para el coito.²⁸ Los científicos llaman a este tipo de cortejo «sexualidad agonística».

Los pájaros y los mamíferos han añadido un sinfín de muestras de afecto al patrón reptiliano de dominio y sumisión. La mayoría se lamen, se besan, se huelen o se dan pequeños golpes amistosos antes de la cópula, exhibiendo así una «sexualidad afiliativa».²⁹ Sin embargo, las leonas,

las ratas y otras hembras de muchas especies de mamíferos también se quedan inmóviles y a disposición del macho antes del coito. Por ello, el zoólogo Irenaüs Eibl-Eibesfeldt propone que estos *leitmotivs* de la sexualidad humana —el domino masculino y la rendición femenina— se originan en el centro reptiliano arcaico del cerebro humano.

A algunos hombres también les gusta adoptar un papel pasivo. Pero en los dormitorios del mundo muchas más mujeres se representan secretamente la fantasía arcaica de la sumisión a fin de encender la chispa que alumbre su erotismo.

La mujer distraída

La mujer se distrae por lo general con más frecuencia que el hombre durante el coito. Si una mujer oye llorar a un niño, recuerda algo que ha sucedido en la oficina o se pregunta si ha dejado apagado el gas, su concentración puede desvanecerse. Tiene que volver a concentrarse y reconstruir su excitación.³⁰ Los hombres son más capaces de mantener su atención fija en el sexo.³¹

Esta diferencia genérica se observa también en las hembras de otras especies. Si echas unas miguitas de queso en el campo de visión de una

pareja de ratas copulando, por ejemplo, la hembra no dejará de mirarlas. El macho seguirá en su función sin importarle lo que ocurre a su alrededor. Sospecho que esta capacidad femenina para distraerse es el resultado de la composición del cerebro de la mujer. Como se observaba en el capítulo 1, el cerebro femenino está bien equipado de conexiones. Las mujeres tienden a asimilar muchos pensamientos diferentes al mismo tiempo; esto es, «piensan en red», y esta forma de pensamiento en red puede perturbar su concentración cuando hacen el amor.

Tal vez incluso estaba escrito en la naturaleza que las mujeres fueran

distraídas. El sexo es peligroso: suspende la vigilancia necesaria para la supervivencia. Los machos de todas las especies han de renunciar a su continua vigilancia y centrar su atención en alcanzar el climax y dispersar su semilla. El óvulo de la hembra cae de forma natural en el útero; las mujeres no tienen que concentrarse en el orgasmo para concebir. En las noches de luna llena del África ancestral, esa mujer proclive a la distracción era probablemente la que se encargaba de mantener la guardia mientras la pareja copulaba.

¿Qué impulso sexual es el más fuerte?

El problema del sexo, escribía James Thurber, es «la otra persona».

En una encuesta realizada en los años noventa entre 14.070 norteamericanos, el 87 por ciento pensaba que a las mujeres les interesaba menos el sexo que a los hombres.³² Docenas de estudios diferentes respaldan esta tesis de que los hombres piensan en el sexo y tienen relaciones sexuales con más frecuencia que las mujeres. ³³

Pero las mujeres han empezado a acortar esas distancias. En las décadas de los años cuarenta y cincuenta, el 94 por ciento de los hombres y el 40 por ciento de las mujeres afirmaban que se

masturbaban. 34 Más recientemente, la proporción era del 90 por ciento en el caso de los hombres y el 70 por ciento en el de las mujeres. 35 Sin embargo, incluso la encuesta más reciente llevada a cabo en Estados Unidos sugiere que el impulso sexual masculino supera al femenino.

Esa encuesta, publicada en 1994, se conoce como la National Health and Social Life Survey (Encuesta Nacional sobre la Salud y la Vida Social) y fue realizada por especialistas del National Opinion Research Center de Chicago. Es la primera encuesta basada en un muestreo aleatorio: participaron 3.432 norteamericanos de ambos sexos, de

edades comprendidas entre los dieciocho y los cincuenta y nueve años. 36 Aunque algunos especialistas han puesto en tela de juicio su precisión en algunos puntos, 37 se suele considerar que es una encuesta seria realizada científicamente.

En ella se demuestra que ambos sexos tienen mucho en común. Por ejemplo, aproximadamente el 30 por ciento de los hombres y el 26 por ciento de las mujeres realizan el coito de dos a tres veces por semana.38

Pero cuando se les preguntaba con qué frecuencia pensaban en el sexo, el 54 por ciento de los hombres respondía que

a diario, mientras que sólo el 19 por ciento de las mujeres reconocía que todos los días se les venía a la mente un pensamiento sexual. Además, el 27 por ciento de los hombres se masturbaba al menos una vez por semana, mientras que sólo el 8 por ciento de las mujeres lo haría.³⁹ Esta diferencia en la frecuencia con que se masturba uno y otro sexo se observa en todo los países del mundo donde se han recogido datos al respecto.⁴⁰

Los hombres norteamericanos, británicos, franceses y finlandeses también tienen, según los datos estadísticos, más parejas sexuales a lo largo de sus vidas que las mujeres de

esas mismas nacionalidades; un comportamiento que también se da en otros países.⁴¹ Así pues, algunos hombres tienen una vida sexual más activa que las mujeres.

¿En serio?

«El rasgo masculino más valioso es su sensato discernimiento de qué es lo que no se tiene que creer». En la cuestión del deseo sexual, sigo a Eurípides. Pese a los datos en sentido contrario, yo creo que el deseo sexual femenino es sencillamente diferente del de los hombres, más sutil, más complejo y mucho peor comprendido.

La diferente sexualidad femenina

«Los cielos invernales son fríos y bajos, / con rudos vientos y gélida aguanieve. / Pero cuando hacemos el amor bajo nuestras mantas, / producimos tres meses de calor». Tzu Yeh escribía así sobre la intensidad de las relaciones sexuales en la China del siglo IV. Ambos sexos se vuelven ardientes durante el coito. Pero, como señalan muchos investigadores, la actuación de las mujeres en la cama es superior a la de los hombres.

Aunque la duración media del orgasmo es la misma para mujeres y hombres, las primeras contracciones musculares importantes varían en

número y duración. Inicialmente, los hombres tienen tres o cuatro contracciones fuertes, seguidas por una serie de otras más pequeñas e irregulares. Las mujeres tienen cinco o seis de estos intensos estremecimientos musculares iniciales, luego las contracciones continúan con un ritmo más largo, prolongando la experiencia. En realidad, esta primera fase del orgasmo, que es intensamente placentera, sólo dura tres o cuatro segundos en los hombres, pero cinco o seis en las mujeres, casi el doble 42

Los orgasmos de las mujeres abarcan también una proporción más grande de tejidos de la pelvis. Y a menudo se hacen más intensos durante el embarazo

y después del parto, cuando aumenta la circulación sanguínea en la zona de la pelvis.⁴³

Y lo que es igualmente importante, las mujeres pueden tener varios orgasmos en una rápida sucesión, algo que solo pueden hacer algunos hombres jóvenes. Algunas mujeres incluso alcanzan el orgasmo sin llegar a tocarse. Sólo un hombre de cada mil puede conseguir un orgasmo sólo pensando.⁴⁴ Aunque la libido masculina es, sin duda, más constante, la respuesta sexual femenina es más intensa.

Si los científicos midieran el impulso sexual de acuerdo con la intensidad y la

extensión del orgasmo, en lugar de hacerlo conforme al número de veces que se piensa diariamente en el coito o que se masturba uno, o el número de parejas que uno tiene a lo largo de su vida, concluirían que el impulso sexual femenino es al menos tan fuerte como el masculino.

La sensualidad de las mujeres

Los errores en la forma de calibrar la libido femenina se hacen incluso más evidentes si ampliamos la definición de actividad sexual a fin de incluir la sensualidad. En una encuesta realizada entre 14.070 hombres y mujeres por la red informática Prodigy, el 75 por ciento

afirmaba creer que las mujeres eran más sensuales que los hombres.⁴⁵

Flores, aceites, velas, sábanas de seda, suaves toallas: cuando las mujeres fantasean con el sexo invocan texturas, sonidos y aromas, todo el ambiente que rodea al sexo, con más frecuencia que los hombres.⁴⁶ A las mujeres también les gusta más besarse, abrazarse, acariciarse y estrecharse durante el acto sexual.⁴⁷ En resumen, las mujeres sitúan el coito dentro de un contexto físico más amplio.

Las mujeres también insertan el sexo en un tejido emocional más complejo. Cuando a los esposos y esposas se les

pide que describan el aspecto sexual de su matrimonio, las mujeres suelen hablar más frecuentemente del confort, la comunicación, el amor y la intimidad, el contexto emocional que rodea al coito. Los hombres hablan de vigor, excitación, frecuencia y otros aspectos de la cópula.⁴⁸

«Los hombres creen que el sexo se limita a tener un orgasmo. Esa es la diferencia». Éste era un comentario de una de las mujeres entrevistadas en la encuesta de Prodigy.⁴⁹ Y hay en él un tanto de verdad. La sexualidad femenina se asienta en una retícula de emociones más amplia, una gama más extensa de sensaciones físicas y un contexto social

y ambiental mayor: todo lo cual no son sino reflejos del pensamiento en red característico de la mente femenina. El impulso sexual masculino está mucho más centrado en el acto de la cópula, un ejemplo más de la propensión masculina a compartimentar el mundo que los rodea y centrar su atención en elementos específicos.

Quienes basan su valoración del impulso sexual, ya sean científicos o legos, en cosas tales como la frecuencia con la que se masturba un sujeto o el número de parejas sexuales que ha tenido a lo largo de su vida, definen el erotismo desde una perspectiva masculina. Tienen una forma estrecha y

compartimentada de considerar el sexo. No es de extrañar que se equivoquen al calibrar la sexualidad femenina.

Mujeres, sexo y edad

«La tragedia de la vejez no es ser viejo, sino ser joven», decía Osear Wilde. Ambos sexos siguen sintiéndose jóvenes, independientemente de que pasen los años por ellos. No obstante, es una verdad reconocida que la sexualidad cambia con la edad.

A medida que envejecen, ambos sexos van teniendo menos fantasías sexuales, se masturban con menor frecuencia y tienen menos relaciones. La sexualidad del hombre tiene su punto álgido a los

veinte y pocos años y luego empieza a declinar junto con sus niveles de testosterona. La sexualidad femenina, por su lado, alcanza su nivel máximo en torno a los treinta años y empieza a declinar un poco después, permaneciendo durante gran parte de su vida estacionaria en ese mismo nivel.⁵⁰

Además, al contrario de lo que se suele creer, la mayoría de las mujeres no experimentan una disminución de su apetito sexual en la menopausia. Al final de la década de los años ochenta, unos especialistas suecos interrogaron a 497 mujeres de mediana edad en matrimonios estables al respecto de su vida conyugal y de su apetito sexual.

Seis años más tarde volvieron a hacer las mismas preguntas al mismo grupo de mujeres. Descubrieron que el deseo sexual había permanecido notablemente estable al menos en dos tercios de ellas. De hecho, un 10 por ciento de estas mujeres afirmó que su apetito sexual había aumentando.⁵¹

Un 27 por ciento afirmaba que su libido había disminuido. Pero la edad no era la razón primordial de este declive. La mayoría de aquellas cuyo apetito sexual había bajado en picado tenía parejas con problemas de alcoholismo, no experimentaba relaciones íntimas, tenía un respaldo económico y emocional insuficiente o había padecido una depresión grave. ⁵²

Los estudios realizados en la Universidad de Duke en mujeres de clase alta, en buen estado de salud y con estudios superiores, cuentan una historia parecida: el aburrimiento, el agotamiento, las drogas, la mala salud, una pareja desinteresada o alcohólica o la muerte del cónyuge pueden cubrir con un velo la libido de la mujer.

Pero para la mayoría de las mujeres, el apetito sexual permanece estable durante toda su madurez, siempre que no tengan penurias económicas o problemas mentales. 53 De hecho, un estudio confidencial realizado entre mujeres maduras indica que casi el 40 por ciento

de las esposas se queja de que no tienen suficientes relaciones sexuales.⁵⁴ Tal vez la razón de ello sea que con la menopausia se hace más evidente la presencia de la testosterona porque bajan los niveles de estrógenos; y la testosterona es la principal hormona del deseo.⁵⁵

«¿No es extraño que el deseo sobreviva por tantos años a la posibilidad de satisfacerlo?», decía Shakespeare. La función sexual y el deseo sexual son fenómenos separados, claro está. Ambos sexos soportan cambios en sus funciones genitales al envejecer. Pero los científicos afirman que el coste físico del proceso de

envejecimiento es menor en las mujeres.56

Todos estos datos sugieren que las mujeres tienen una fuerte libido. Sencillamente, es distinta de la de los hombres: menos constante, pero no menos intensa, y está asentada en una red de sensaciones y de emociones más extensa y en un contexto ambiental más amplio. Y además tiene una misma duración en el transcurso vital.

¿Les gusta a las mujeres la variedad sexual?

De todas las diferencias entre el impulso sexual femenino y masculino, la que más parece intrigar a los científicos,

especialmente a los hombres, es la que se refiere a la variedad. Muchos se aferran a la idea de que sencillamente a las mujeres les interesa menos que a los hombres poder copular con una variedad de parejas. 57

Su argumento es el siguiente: desde los tiempos más remotos de la humanidad, los hombres que mantenían relaciones sexuales con muchas mujeres esparcieron su semilla de una forma desproporcionada, lo que dio lugar a que el gusto masculino por la variedad sexual se convirtiera en un rasgo evolutivo. Como las mujeres sólo podían tener unos cuantos hijos durante su vida y se arriesgaban a un nuevo

embarazo y maternidad con cada cópula tendían a ser más selectivas que los varones.

Yo estoy de acuerdo en que la mayoría de las mujeres son un poco más selectivas sexualmente que la mayoría de los varones. Sin embargo, hay pruebas convincentes de que las mujeres están preparadas para buscar un grado considerable de variedad sexual.

En la biología básica hallamos una fuente de pruebas. Ciertos científicos han propuesto la teoría de que los hombres poseen tres tipos distintos de espermatozoides, cada uno de los cuales está destinado a una tarea diferente. Los

«comedores de óvulos» suben por el canal vaginal para encontrarse con el óvulo. Los «bloqueadores» se agrupan para cerrar el paso a cualquier invasión de esperma extraño⁵⁸ y el esperma «destructor» ataca a los espermatozoides pertenecientes a cualquier otro semen. Si esto fuera cierto, este sistema masculino de ataque y defensa contra el esperma desconocido sería un indicio importante de que a nuestros ancestros del sexo femenino les gustaba cambiar de pareja.

Además, hay otro factor importante: todos esos devaneos con unos y otros proporcionaban a nuestras antepasadas unas ventajas considerables: recursos,

como más alimentos y protección, valiosos contactos sociales e incluso esperma extra, diferente o de calidad superior.⁵⁹

Y es posible que sus aventuras no tuvieran las espantosas consecuencias que suponen algunos de mis colegas. Nuestras antepasadas pasaban la mayor parte de sus años fértiles ya sea embarazadas, ya sea amamantando a sus crías. Ciertos científicos han demostrado que en algunas sociedades actuales de cazadores-recolectores, las mujeres raramente ovulan durante el periodo de lactancia, debido a su bajo peso corporal y la cantidad de ejercicio que hacen de forma regular. De modo

que es bastante plausible que esas hembras ancestrales que copulaban con una amplia variedad de parejas frecuentemente no se quedaran encinta.

Históricamente, los hombres han ido extraordinariamente lejos a la hora de reprimir el impulso sexual femenino. La clitoridectomía que se practica en ciertas regiones de África, el uso obligatorio del velo en muchas sociedades musulmanas, la reclusión de las mujeres en la India tradicional, el vendaje de pies en la antigua China, los cinturones de castidad y las carabinas en la Europa medieval, todas estas prácticas sugieren que los hombres de muchas culturas consideran que las

mujeres tienen una libido fuerte, y veleidosa.

Probablemente, sus temores estén bien fundados. En todas partes donde las mujeres gozan hoy de libertad sexual, como es el caso de Escandinavia o Estados Unidos y algunas culturas tribales, son muchas las mujeres que mantienen relaciones sexuales con una variedad de parejas. 60

Lo más curioso de este debate es la peculiar forma en que los científicos pasan por alto las matemáticas: ¿con quién iban a copular si no todos esos hombres mujeriegos?

Si los hombres tienen más parejas

sexuales que las mujeres, como indican todas las encuestas, entonces sólo un pequeño grupo de mujeres hipersexuales mantienen relaciones eróticas con un montón de hombres, o bien los hombres exageran cuando hablan de sus conquistas, mientras que las mujeres exageran al referirse a su virtud. En un convincente estudio científico, la psicóloga Dorothy Eimon, de la Escuela Universitaria de Londres, concluye que ambos sexos podrían mentir con respecto a sus aventuras: probablemente, las mujeres tienen más parejas sexuales de las que dicen tener; y los hombres muchas menos.⁶¹

Pese a que hoy día la tendencia

ortodoxa es pensar que los hombres están más interesados en tener relaciones sexuales con una variedad de parejas hay muchas pruebas que indican que las mujeres tienen una larga historia —una prehistoria, de hecho— de concupiscencia. Tal vez, el dato que viene a confirmar de una forma más interesante este supuesto lo proporcionan las investigaciones realizadas entre las prostitutas. Desde las callejuelas de Asia a la selva del Amazonas, algunas mujeres buscan en la variedad sexual su modo de vida.

El dinero es sexy

Nadie sabe cuántas norteamericanas

adoptan la prostitución como modo de vida. La policía apenas tiene registradas trabajadoras del sexo. Incluso en aquellos países donde la prostitución está legalmente regulada, muchas más mujeres la practican secretamente, como una actividad a tiempo parcial o incluso amateur, que las que están oficialmente dadas de alta como prostitutas. 62

Se estima que en el siglo xix, entre un 5 y un 15 por ciento de las jóvenes parisinas y neoyorquinas se dedicaba a corto o largo plazo a la prostitución.⁶³ Los historiadores observan que muchas elegían este oficio porque pensaban que la prostitución era mejor que el trabajo en las fabricas o la esclavitud

El siglo xx vio un declive de la prostitución, probablemente debido a que las mujeres habían encontrado otras formas de ganarse el pan. Pero siguió habiendo mujeres que elegían la «mala vida». Algunos psicólogos han estimado que una de cada mil o dos mil mujeres norteamericanas se dedica a este trabajo, al menos a tiempo parcial. 65

Dados los tabúes en contra de la prostitución, el peligro que entraña para la propia salud, la posibilidad de violencia, la falta de ayudas sociales, parece sorprendente que una mujer siga libremente esta vocación. Y, sin

embargo, hay mujeres que lo hacen. Las mujeres malasias de Singapur dicen que se hacen busconas para evitar la esclavitud del hogar. Las mujeres bembas de África dicen que quieren ganar el dinero necesario para poder pagar a quienes les hagan el trabajo doméstico. Las prostitutas norteamericanas dicen que les gusta el dinero, la libertad y la aventura. Pero el placer sexual debe constituir también un incentivo.

Descubrí esto después de dar una charla a un grupo de call-girls en un congreso organizado por la asociación de prostitutas de Nueva York. Estas trabajadoras del sexo no hacen la calle,

sino que son mujeres de clase media que eligen trabajar en agencias que ofrecen servicios de compañía, en centros de masaje o en sus propias casas. Si trabajan en casa, atraen sus clientes mediante anuncios en la prensa o por el intermedio de otra prostituta que les pasa sus clientes a cambio de un porcentaje.

Cuando terminé mi charla (que versó sobre la evolución de la sexualidad humana) hice la clásica pregunta: «¿Tienen orgasmos cuando trabajan?». Una atractiva mujer, de unos treinta y tantos años, me dijo que algunos de sus clientes no querían irse de su casa hasta no haberle hecho sentir un orgasmo. De

modo que ella se concentraba en alcanzar el climax y luego se dedicaba a que lo lograra su compañero. Otra me dijo que el trabajo obviamente le estimulaba los genitales, pero que intentaba no tener orgasmos con los clientes que no le gustaban. «No me apetece hacerles ese regalo», dijo. Una tercera decía que ella intentaba evitar el orgasmo porque en cuanto lo tenía le entraban ganas de dejar de trabajar e irse a cenar por ahí.

La mayoría, sin embargo, coincidía en que ciertos clientes las excitaban. Una de ella resumió lo que parecía ser el consenso: «En un buen día, tengo unos cinco clientes y frecuentemente tengo un

orgasmo con uno de ellos».

Durante décadas, estudiosos y autoridades en todo tipo de materias han especulado sobre el hecho de por qué hay mujeres que deciden libremente dedicarse a la prostitución. Un lesbianismo latente, un bajo índice de inteligencia, una historia de abusos domésticos, familiares avariciosas, un nivel desesperado de pobreza y varias psicopatologías encabezan la lista de razones posibles. Los psicólogos evolucionistas creen que esta elección femenina es sólo una forma de beneficiarse de ese supuesto mayor interés masculino por la variedad sexual.⁶⁶

Pero nadie ha descubierto por el momento cuál es la serie específica de factores sociales que conducen a la prostitución. Y ciertos libros escritos por prostitutas y nuevos estudios científicos han dado pie a los sexólogos Vern y Bonnie Bullough a concluir que la prostitución es, en gran medida, «un trabajo más».67

Ciertamente, existen varias formas de esclavitud sexual. Algunas prostitutas de las que hacen la calle son drogodependientes indigentes. En algunas regiones de Asia, las jóvenes, niñas incluso, son vendidas en el mercado del sexo por unos padres

demasiado pobres para alimentar una boca más. Pero muchas prostitutas norteamericanas afirman que escogieron esa línea laboral. Estas felices «busconas» se han agrupado con bailarinas de *strip-tease*, actrices de cine porno, operadoras de sexo telefónico, masajistas eróticas y otras actividades de la industria del sexo para formar una organización que aboga por la despenalización de la prostitución. Esta organización se llama COYOTE, que son las siglas de «Call Off Your Old Tired Ethics» («Por el fin de una moral trasnochada»).

Ciertas *madames* entrevistadas por mí me decían que «toda mujer tiene su

precio». Tras charlar informalmente con muchas mujeres al respecto, he llegado a la conclusión de que bastantes de ellas se dedicarían a la prostitución a tiempo parcial si estuvieran totalmente seguras de que no iban a sufrir daños físicos, ni ser descubiertas, ni contraer ninguna enfermedad, ni quedarse embarazadas y de que iban a estar muy bien remuneradas.

El dinero es sexy, dicen las *call-girls*. Sospecho que las mujeres están hechas para buscar exactamente la misma variedad sexual que persiguen los varones, con tal, claro está, de que ésta les proporcione los recursos que requiere su necesidad reproductora

primigenia.

La flexibilidad sexual femenina

Las mujeres muestran otra característica sexual que indudablemente es una herencia de su pasado lejano. La sexualidad femenina es más flexible que la masculina. Y, por consiguiente, las mujeres son más proclives a la bisexualidad.

La naturaleza es confusa. Pese a la tendencia occidental de dividir el mundo en dos tipos de personas, heterosexuales y homosexuales, las categorías no son tan claras. Hay toda suerte de grados, que van desde quienes adoptan un comportamiento homosexual sólo bajo

una presión social extrema (como estar recluido en una prisión) a quienes supieron desde su infancia que les atraía su mismo sexo.

Así, en el estudio estadístico de la sexualidad en Estados Unidos realizado en 1994 por el National Opinion Research Center de Chicago se divide la homosexualidad en tres niveles: el del deseo, el de la conducta y el de la identificación. Conforme a los datos extraídos en esta encuesta, un 4,5 por ciento de norteamericanos y un 5,6 por ciento de norteamericanas se sienten físicamente atraídos por sujetos de su mismo género. Un 4,9 por ciento de hombres y un 4,1 por ciento de mujeres

han tenido al menos una pareja sexual de su mismo sexo después de los dieciocho años. Y un 2,8 por ciento de hombres y un 1,4 por ciento de mujeres se reconocen básicamente homosexuales.⁶⁸

Estas cifras son similares en otras encuestas recientes efectuadas tanto en Estados Unidos como en Gran Bretaña, Francia y otros países. ⁶⁹ En Japón, por ejemplo, un 3,7 por ciento de los hombres y un 3,1 por ciento de las mujeres han tenido contactos corporales homosexuales. ⁷⁰

Pero las chicas experimentan más que los chicos con la bisexualidad. Unos dos tercios de mujeres heterosexuales se

sienten sexualmente atraídas por otras mujeres.⁷¹ Muchas mujeres que se identifican como lesbianas sienten atracción sexual por los hombres.⁷² Y en un estudio sobre la homosexualidad realizado en Estados Unidos en la década de los años setenta, un 20 por ciento de los varones homosexuales entrevistados habían sido padres, mientras que el 40 por ciento de las mujeres que se declaraban lesbianas en ese momento habían tenido antes una relación heterosexual y habían dado a luz. ⁷³ Como señala el psicólogo Michael Bailey, de la Universidad Northwestern: «En el caso de las mujeres es más probable que en el de los hombres que sientan atracción por

ambos sexos. Los hombres están más canalizados hacia un lado u otro; tienen menos elección».74

Como en muchos de los otros aspectos del comportamiento humano analizados en este libro, la orientación sexual de las mujeres es más amplia y más general, mientras que la orientación sexual masculina está más definida.

Esta flexibilidad sexual de las mujeres podría haber sido un rasgo evolutivo en el pasado más lejano. A fin de propagar su semilla, los varones tenían que seguir un rígido procedimiento: cortejar a las hembras. Estas, por su lado, necesitaban a alguien que les ayudara a criar a sus

pequeños. Ganarse al cazador más importante era lo ideal. Pero si los hombres escaseaban, las hembras se veían obligadas a seguir a un hombre en calidad de segunda esposa o a adoptar una compañera que les ayudara con la crianza. Las mujeres necesitaban una pareja estable, ya fuera del sexo masculino o femenino.

De modo que la conducta sexual de hombres y mujeres no es parecida. Aunque los hombres piensan más específicamente en el acto sexual y tienen más parejas a lo largo de sus vidas, algunas mujeres adoptan probablemente muchas más parejas que la mayoría de los hombres. Las mujeres

tienen más orgasmos y más fuertes. La sexualidad femenina se inserta en un contexto de sensaciones físicas y emocionales más amplio. La sexualidad femenina tiene la misma duración vital que la masculina. Y el erotismo femenino se dirige a una gama más amplia de parejas sexuales, tanto masculinas como femeninas.

¿Cómo expresarán las mujeres su apetito sexual cuando tengan en todo el mundo poder económico y estatus social?

Declive y resurrección del erotismo

En torno a una chisporroteante hoguera, las danzarinas y danzarines

saltan al son de unos tambores ensordecedores luego se pierden en la oscuridad para abrazarse y susurrar. En las laderas de las colinas cubiertas de cocoteros y árboles del pan, los helechos aplastados advierten del encuentro clandestino de esa tarde. Algunas chicas incluso dejan de ir a la iglesia los domingos por no abandonar ni siquiera por una hora sus juegos sexuales. Así era la vida en la isla de Tau, Samoa, cuando Margaret Mead llegó allí en 1925.

Los polinesios llevan siglos pensando que el sexo es un arte que se ha de aprender, ejercitar y disfrutar, siempre que se practique con personas de la

clase apropiada y con la relación de parentesco conveniente. 73

¿Nos dirigimos hoy hacia unos modos de vida sexual parecidos a los de la Polinesia tradicional?

En cierta manera, sí.

Cada era, cada cultura, cada ser humano tiene sus propias ideas sobre el sexo. Algunas sociedades lo celebran; otras lo temen y lo deploran. Además, las actitudes cambian a medida que las personas envejecen, a medida que las culturas se desarrollan o se desintegran y a medida que las eras fluctúan entre la represión y la permisividad. Uno de los acontecimientos que transformaron la

historia de las costumbres sexuales en Occidente, por ejemplo, fue la aparición y ascenso del cristianismo. Como señalaba Nietzsche, «el cristianismo envenenó a Eros».

Los filósofos estoicos de la antigua Grecia proclamaron los males que entrañaba el coito. Pocos les escuchaban. Esas sectas filosóficas eran una isla en un mar de licenciosidad sexual. Los griegos celebraban el erotismo, siempre que el sexo fuera entre hombres y cortesanas, hombres y concubinas u hombres y muchachos adolescentes. Sólo se esperaba castidad antes del matrimonio y fidelidad después de éste en el caso de las

mujeres con rango de ciudadanas.76

Durante los días gloriosos de su imperio, los ascetas de la Roma clásica también predicaban la castidad. Pero como en el caso de los griegos, pocos romanos escuchaban sus palabras.

Sin embargo, los primeros Padres de la Iglesia abrazaron el antiguo precepto de la castidad. De hecho, la Iglesia, con el paso del tiempo, llegó a considerar que el coito era algo sucio, vergonzoso e impío, tanto para los hombres como para las mujeres. Sólo con el fin de la procreación debían entregarse al coito las parejas casadas. Incluso se consideraba que la lujuria por la propia

esposa era un adulterio. En el siglo IV, cuando el cristianismo pasó a ser la religión oficial del Imperio romano, estos credos sexuales fueron aprobados por el Estado.

En cierto modo, algunas de las doctrinas de la Iglesia vinieron a favorecer el estatus de la mujer. Al considerar que habían sido creadas a imagen y semejanza de Dios se les empezó a mostrar respeto. Además, los códigos sexuales cumplían el objetivo de proporcionar a las mujeres esposos entregados, protectores y proveedores que no podían divorciarse de ellas ni abandonarlas. El cristianismo también puso freno al adulterio masculino. E

incluso ofreció a las mujeres una nueva vía de acceso al poder político y social: el convento.

Pero estos códigos sexuales de los primeros siglos del cristianismo sin duda acabaron con el erotismo. Al propagarse y florecer el cristianismo en las tierras de Occidente, desde Irlanda a España, pasando por las estepas rusas, los europeos llegaron a asociar con el pecado prácticamente todo deseo sexual.

El Renacimiento y la Reforma vinieron a derretir este gélido código moral. Las doctrinas sexuales de Occidente empezaron a hacerse cada vez más liberales en torno a finales del siglo

xxvii, a medida que proliferaban y crecían las ciudades y se difundía la educación.⁷⁷ Los médicos europeos del siglo xxvii todavía pensaban que la masturbación era perjudicial para la salud. Creían que debilitaba y provocaba toda suerte de enfermedades, desde sarpullidos y estreñimiento a ceguera y locura.⁷⁸ Pero con la expansión de la Revolución Industrial durante el siglo xviii, el adulterio y otros actos sexuales fueron despenalizados. En Londres afloraron ciertos enclaves de homosexuales. Entre las clases profesionales y burguesas fue creciendo el número de quienes pensaban, tanto en Europa como en Estados Unidos, que el sexo dentro del matrimonio debía

disfrutarse.⁷⁹ El sexo se estaba separando de Dios.

El escritor británico Malcom Muggeridge se lamentaba de esta nueva tendencia: «El orgasmo ha sustituido a la Cruz como objeto de los anhelos e imagen de su satisfacción».

Los libertinos del siglo xx

«Espolear a un caballo obediente», dice el refrán latino. Los cambios económicos, sociales y tecnológicos que se produjeron en el siglo xx no hicieron sino fomentar la expresión de nuestros deseos eróticos primordiales.

Margaret Sanger fue arrestada en 1917

por defender la anticoncepción y regentar una clínica de control de natalidad en Brooklyn, Nueva York. Los condones de látex entraron en el mercado en la década de los años treinta. Por esa misma época, la generalización del automóvil y de los moteles de carretera en Estados Unidos proporcionó a los norteamericanos y norteamericanas un mayor grado de intimidad en sus relaciones. La penicilina había llegado a todas las farmacias en la década de los cuarenta para contrarrestar las enfermedades venéreas. En la década de los sesenta, la pildora anticonceptiva dio a las mujeres un nuevo control sobre sus vidas reproductoras. El placer del sexo había

llegado a su mayoría de edad.

Hoy día podría decirse que la mayoría de los norteamericanos tienen una idea del sexo similar a la de los polinesios. Creen que cualquier práctica sexual heterosexual es aceptable entre adultos solteros, siempre que exista un consentimiento por ambas partes.⁸⁰

Los hombres también han empezado a tener en cuenta los gustos sexuales de las mujeres. En los años cuarenta, las parejas norteamericanas dedicaban una media de 10 minutos a los juegos y caricias eróticas previas al coito; hoy este tiempo se ha incrementado de 5 a 7 minutos más.⁸¹ En los años cincuenta,

sólo el 12 por ciento de las parejas norteamericanas practicaba el *cunnilingus*; hoy practica este arte un 75 por ciento de los matrimonios.⁸² Las mujeres de mediana edad están explorando también una gama más amplia de técnicas sexuales.⁸³

Todavía queda gente que no deja de perorar acerca de lo que dice la Iglesia al respecto y que exhibe una ética machista o una mojigatería victoriana. Pero, por lo general, hoy día los norteamericanos y norteamericanas consideran que el sexo es una diversión, una forma de relajarse y de expresar su amor o su cariño. El sexo se ha convertido en mucho más que un acto de

procreación. Esta relajada actitud occidental se está extendiendo por el mundo. Los periódicos de Pekin han empezado a hablar de la «marea alta», que es como se dice orgasmo en chino. En Kuwait e Irlanda, los radioyentes han empezado a hablar del sexo y de la vida amorosa en las tertulias radiofónicas con teléfono abierto. En India, el público abarrota las salas de cine para ver tórridas historias de amor italianas. En Moscú es muy popular un programa de televisión dedicado al sexo que se emite de madrugada; en él, las personas invitadas dicen lo que opinan sobre las orgías sexuales, el sadomasoquismo o la masturbación. En Varsovia, los polacos se reúnen frente al televisor para ver

Clan, un culebrón que incluye siempre situaciones de resbaladiza temática sexual, como adulterios y divorcios. Y en Alemania y China se han abierto museos del sexo. Liyu Dalin, el conservador del Museo del Sexo de Shanghai, resume con esta frase la actitud de los chinos con respecto al sexo: «Pálido por fuera, brillante por dentro».84

Incluso la educación sexual ha aumentado en gran parte del mundo.85 Por todas partes se ven signos de liberación sexual, particularmente entre los jóvenes.

Educar la sexualidad femenina

Una noche víspera de Halloween, una amiga y yo paramos en un supermercado de Nueva York para comprar unos platos de plástico y unas servilletas negras. Al llegar a la caja le dijimos riéndonos al joven que estaba al cargo que íbamos a celebrar un aquelarre. «¿No sabrás de alguna virgen que podamos sacrificar, verdad?», le preguntamos de broma. Pero él se lo tomó en serio y se quedó pensativo unos instantes. «No», dijo con tono de pesar. «No conozco ninguna».

Las encuestas realizadas en Estados Unidos desde los años sesenta confirman que los chicos adolescentes tienen más relaciones y más parejas

sexuales que las chicas. Los chicos también manifiestan menos culpabilidad y menos remordimientos después de sus aventuras sexuales. Pero las chicas están cambiando. Un informe realizado en 1995 por el Carnegie Corporation muestra que un 27 por ciento de las chicas norteamericanas y un 33 por ciento de los chicos han tenido relaciones sexuales antes de los quince años.⁸⁶ Varios estudios vienen a corroborar estas averiguaciones; cada vez hay más chicas jóvenes que tienen relaciones sexuales a una edad más temprana, y además con más parejas.⁸⁷ Las aventuras sexuales de las jóvenes norteamericanas se están pareciendo cada vez más a las de los chicos.

Los padres también han ido mostrándose gradualmente más tolerantes con los experimentos sexuales prematrimoniales de sus hijas. En una encuesta realizada en 1991, el 43 por ciento de aproximadamente 1.000 adultos pensaba que no había nada malo en el sexo prematrimonial; y un 18 por ciento pensaba que era inapropiado sólo bajo ciertas circunstancias.⁸⁸

Las actitudes en el resto del mundo con respecto a las relaciones sexuales prematrimoniales varían inmensamente. En India y en Irán, por ejemplo, tanto hombres como mujeres siguen pensando que es esencial preservar la virginidad

hasta el matrimonio.⁸⁹ Pero en una encuesta llevada a cabo en 1990 entre 20.000 chinos y chinas, el 86 por ciento aprobaba el sexo prematrimonial.⁹⁰ En Finlandia, Francia, Noruega, Holanda, Suecia y Alemania occidental, hombres y mujeres tienden a considerar que la castidad de un miembro de la pareja carece de importancia. En algunas partes de Suráfrica y Polinesia, los hombres suelen preferir a las mujeres que ya han sido madres; de esa forma pueden estar seguros de que es fértil.

En conjunto, las actitudes con respecto a la sexualidad prematrimonial de las mujeres se están haciendo más permisivas prácticamente en todo el

mundo.

Sexo infantil

Esta tendencia hacia el sexo prematrimonial no es algo nuevo.

En ciertas culturas tradicionales de India, como la muría, por ejemplo, los niños y las niñas, a veces no mayores de seis años, se reúnen al atardecer en el *gotul*, o casa de los niños, para contar cuentos, bailar y jugar. Luego se echan todos a dormir con la pareja que escogen hasta justo antes de amanecer, cuando regresan a sus casas para trabajar. Las chicas más mayores se suelen emparejar con los niños púberes para enseñarles a hacer el amor. Las

niñas pequeñas experimentan con caricias y besos; en la pubertad empiezan a copular también con los miembros del *gotul*.⁹¹ Las niñas de la etnia pelaga de Argentina empiezan a jugar a imitar el coito en torno a los cinco años.⁹² En Arnhem Land, en Australia, niños y niñas de cinco o seis años se abrazan en posturas explícitamente coitales. Los adultos lo consienten; creen que los niños deben aprender las prácticas sexuales. ⁹³

El sexólogo John Money estima que los niños empiezan a experimentar de forma natural con sus roles sexuales entre los cinco y los ocho años, jugando a las casitas, a los médicos y otros

juegos que implican estimulación de los genitales. Pasados los ocho años, esos entretenimientos se centran en la relación sexual, que ya no se hace por jugar, sino por el sexo en sí mismo.⁹⁴

De modo que las chicas de hoy que experimentan con el sexo mucho antes de la pubertad están retomando a unos hábitos que eran comunes en la larga prehistoria de la humanidad.

Niñas embarazadas

Hay, sin embargo, una peligrosa diferencia entre la sexualidad de las niñas de nuestro tiempo y la de sus antecesoras de las sociedades ancestrales de cazadores-recolectores.

Durante los últimos ciento setenta y cinco años, la edad de la pubertad ha ido bajando a un ritmo de tres meses por década. Actualmente, en Estados Unidos, la menarquía ocurre, por término medio, a los doce años.⁹⁵ Algunas de esas jovencitas también pueden quedarse embarazadas. Eso es lo que es nuevo.

Las chicas en la mayoría de las sociedades tribales no llegan a la pubertad hasta los dieciséis años más o menos. La alimentación, muy baja en grasas, y la cantidad de ejercicio que realizan hacen que estas adolescentes pasen por un periodo de «subfertilidad»: por lo general,

no pueden quedarse embarazadas hasta los dieciocho años, por lo menos. Y la mayoría no conciben un hijo hasta que no tienen alrededor de veinte años.⁹⁶ Las niñas de las sociedades industrializadas, sin embargo, comen muchos alimentos grasos y con un alto valor proteínico y apenas hacen ejercicio. Estos hábitos elevan el peso del cuerpo y lo engañan de modo que experimenta muy tempranamente la pubertad.⁹⁷

La naturaleza ha programado a las chicas para que tengan experiencias sexuales desde una temprana edad. La vida moderna les permite, además, concebir. Como resultado de esto, sólo

mediante la educación sexual podremos ver el final de la actual plaga de embarazos entre adolescentes. En realidad, la educación sexual es hoy común en las escuelas de casi toda Europa y se está generalizando en las de Estados Unidos.

Neolibertinaje

Muchos sociólogos coinciden en que tanto los países desarrollados como los países en vías de desarrollo avanzan con paso uniforme hacia unas actitudes sexuales más liberales, incluyendo la libertad sexual de las mujeres. 98 Yo creo que el paso se acelerará debido a varias razones demográficas.

En Estados Unidos, la gente con los niveles educativos más altos tiende a tener actitudes 99 menos represivas con respecto al sexo, y cada vez hay más gente que accede a niveles de educación más altos. También tienden a ser más liberales en cuestiones de sexo los grupos con los niveles de ingresos más altos, y esos grupos están creciendo. Los habitantes de las áreas metropolitanas son más permisivos sexualmente y los centros urbanos se están expandiendo.¹⁰⁰ La gente que no se ha casado nunca, al igual que los divorciados, los separados o los viudos, suelen ser más tolerantes en términos de sexualidad, y el número de personas que

forman parte de cualquiera de estos grupos no deja de crecer.¹⁰¹ Los miembros de las familias reducidas también suelen ser más liberales sexualmente y la familia con pocos hijos es hoy día el tipo familiar más común.¹⁰²

En términos generales, conforme suben los estándares de salud y se ofrecen más facilidades para la contracepción y el aborto, más gente se interesa por el sexo. La televisión vía satélite e Internet ofrecen hoy toda una gama de programas con información y experiencias sexuales, y esos programas llegan a todos los rincones del planeta. Y más pertinente es el hecho de que al ganar

independencia económica, las mujeres estarán menos dispuestas a abandonar su libertad sexual a cambio de protección y ayuda por parte del hombre. 103

Como señala el sexólogo Robert Francoeur, de la Universidad de Fairleigh Dickinson, «una característica propia de esta nueva revolución sexual es que son las mujeres, no los hombres, quienes la están liderando».104

Y realmente la mujeres norteamericanas —y las de otras muchas culturas— están empezando a tener experiencias sexuales a edades más tempranas, a frecuentar más parejas sexuales antes del matrimonio, a vivir

con su pareja fuera del matrimonio, a realizar prácticas, como el sexo oral y otras formas de satisfacción sexual, que antes no se atrevían a solicitar a su pareja, a utilizar la contracepción, a planificar sus familias, a casarse más tarde y a divorciarse cuando sus esposos no satisfacen sus necesidades sexuales y sociales. Asimismo, las mujeres se reúnen en congresos nacionales e internacionales para denunciar prácticas tales como la clitoridectomía o la comprobación de la virginidad, y se manifiestan, escriben y alzan la voz para reivindicar su derecho a controlar sus vidas sexuales y reproductivas.

Las mujeres contribuyen y con

frecuencia lideran la tendencia actual hacia una mayor expresión de la sexualidad. Yo añado que además están volviendo a modos de vida sexual que son esenciales en la mente femenina.

Y también han empezado a expresar su sexualidad de formas plenamente contemporáneas.

Cibersexo

Ni las chicas, ni los chicos, ni las mujeres ni los hombres necesitan ya comprar revistas con imágenes sexy o novelas eróticas. En sus institutos, oficinas, cuartos de estar y dormitorios

tienen a su disposición sexo en abundancia en Internet. En la World Wide Web hay unos 10.000 sitios porno, si se tiene la tarjeta de crédito adecuada o el ingenio necesario para descifrar ciertos códigos, a veces, bastante sencillos. Todo aparece en vivos colores para curiosear un rato cómodamente al regresar de clase o del trabajo o de madrugada.

Se dice que el 90 por ciento de la actividad que se realiza en Internet corresponde a los adolescentes que «se bajan» imágenes de desnudos. Pero yo lo dudo. Nielsen Media Research demostró que los empleados de IBM, Apple Computer, AT&T, NASA y

Hewlett-Packard pinchaban la edición electrónica del *Penthouse* miles de veces al mes.¹⁰⁵ Una reciente encuesta realizada en 10.000 hogares norteamericanos demostró que un 30 por ciento de sus habitantes pinchaba «sitios sólo para adultos». Únicamente un 8 por ciento de esas visitas las llevaban a cabo adolescentes.¹⁰⁶ Un 92 por ciento parecen ser hombres y mujeres sentados frente a sus ordenadores, que entran en «espacios de chateo» para hablar de sexo o practicarlo con amigos y extraños. Esto es lo que se denomina cibersexo.

Me enteré de algo de esto de primera mano cuando en una cena me encontré

sentada junto a un desconocido, un hombre cuarentón. No acabábamos de encontrar un tema de conversación de interés para ambos, hasta que él descubrió que yo era antropóloga y solía escribir sobre temas de erotismo y amor. Al oír esto se lanzó a hablar de sus intercambios nocturnos con diversas mujeres a través de Internet. Por lo general, él y la mujer en cuestión se escribían «porquerías» hasta que uno o el otro llegaba al orgasmo. Si era él quien se corría primero, apagaba el ordenador y se dedicaba a otro asunto; si el diálogo se interrumpía bruscamente, sabía que era la otra persona quien se había corrido.

Las conversaciones sexuales en Internet van desde cómo gustar a tu pareja hasta cómo y dónde comprar una jaula para humanos. En las imágenes aparecen desde reinas de la belleza hasta los obesos más descomunales. Pero ¿se trata de algo verdaderamente nuevo?

Durante una visita turística a Yucatán recuerdo haberme sentado a descansar en una ruina maya. Cuando me repuse del agotamiento me di cuenta de que había estado sentada sobre un pene de seis metros tirado en el suelo. La pornografía alcanzaba cotas artísticas en la antigua China, en India, en Camboya y en Japón. Y no hay ni punto de

comparación entre el porno cibernético y los libros, las revistas y otras formas de entretenimiento sexual para adultos en los que los norteamericanos se gastan anualmente billones de dólares.

No estoy segura de que el porno cibernético vaya a ser particularmente dañino para la gente. Richard Posner, juez de los tribunales federales y autor del libro *Sex and Reason*, concluye que nunca se ha demostrado de forma concluyente que la pornografía conduzca a la desviación sexual.¹⁰⁷ En las décadas futuras, sin embargo, quien tenga la curiosidad de sentarse frente a un ordenador y pulsar los botones adecuados verá más sexo a una edad

más temprana de lo que haya sido nunca posible en la historia de la humanidad. Internet podría estimular tanto a los hombres como a las mujeres a expandir sus juegos sexuales.

Promiscuidad sexual

«Todo lo que me gusta es inmoral, es ilegal o engorda». Hoy día muchas mujeres están empezando a estar de acuerdo con esta observación de Alexander Woollcott.

Una asociación norteamericana de defensores de la promiscuidad informa que unos tres millones de norteamericanos practican esa forma de sexualidad. Existen unos trescientos

clubes especializados en este tipo de sexo repartidos por todo el país, además de incontables fiestas privadas promiscuas. Así que a fin de entender lo que había detrás de todo ello entrevisté a un hombre aficionado a esta práctica, de unos cincuenta y tantos años, guapo e inteligente, científico reconocido internacio-nalmente durante el día y promiscuo de noche.

Dos veces por semana acude a Le Trapeze, un club de Nueva York, con una de sus muchas amigas. Paga setenta y cinco dólares en la entrada. Luego él y su compañera dejan toda su ropa en un vestuario y le dan la llave de la taquilla al encargado. Tras serles entregadas sendas toallas, se pasean por el bar, el

salón, el restaurante, el jacuzzi y las estancias preparadas para el sexo, en donde hay colchones en el suelo. Se acuestan en una de estas estancias y se relajan juntos, tal vez hacen el amor. Pero si les gusta otra de las parejas entablarán una breve conversación; si todos están de acuerdo, se intercambiarán las parejas durante un rato.

El doctor McGinley, presidente de Lifestyles, una de las organizaciones en defensa de la promiscuidad más grandes del mundo, me contaba que durante las dos últimas décadas se ha incrementado considerablemente el número de mujeres que se sienten atraídas por la

promiscuidad. En parte, la razón es el acceso al control de natalidad. Pero el aumento de la independencia social y económica de la mujer es otro factor básico. McGinley ha entrevistado a más de 10.000 parejas durante los últimos veinte años. Dice que por lo general son mujeres solteras las que dan el primer paso para iniciar estas aventuras, encuentran el club o la fiesta apropiados e invitan a una pareja a acompañarlas.108

GigolósL

Las mujeres también han empezado a comprar sexo.

Sólo he conocido a un gigoló en mis

viajes: un hombre de mediana edad, canoso, de voz dulce, inteligente, con una belleza juvenil, originario de California. Me lo presentó una *call-girl* de clase media y lo entrevisté mientras cenábamos. Ofrece sus servicios a mujeres entre cuarenta y setenta años, solteras con amantes, mujeres casadas con hombres mucho mayores que ellas y viudas.

En el momento de nuestra entrevista estaba empleado en Nueva York por una ejecutiva del mundo de las finanzas. Entre las diez de la mañana y las cinco de la tarde se acomodaba en una inmensa habitación contigua al despacho de la mujer. Allí veía la televisión o

leía. En algún momento del día ella entraba para que él le dispensara sus servicios. También enviaba a veces a su secretaria a que se beneficiara de su arte. En una ocasión también le ofreció a dos de sus clientas. Por la noche vivía con otra mujer que le pagaba por tener relaciones sexuales con ella. Cuando le pregunté cómo podía con todas, me contestó: «Siempre encuentro algo atractivo en todas las mujeres con las que hago el amor».

Una vía mucho más común de expresión sexual es la homosexualidad. Las encuestas demuestran que los norteamericanos no son hoy más tolerantes con la homosexualidad de lo

que lo eran hace veinticinco años.¹⁰⁹ Casi un 75 por ciento de norteamericanos sigue pensando que el sexo entre dos adultos del mismo sexo «está mal».¹¹⁰ Pero las mujeres aceptan mucho mejor la homosexualidad que los varones.¹¹¹

Durante los últimos años, cierto número de municipalidades norteamericanas aprobaron leyes antidiscriminatorias para proteger los derechos de los gays y las lesbianas. En algunos Estados los homosexuales pueden beneficiarse del seguro médico de su pareja. Incluso en Harvard se permite hoy día que las parejas gays y lesbianas celebren en la Memorial

Church de la universidad sus ceremonias de compromiso o de bendición de la relación. En los países del norte de Europa, los derechos de los homosexuales han llegado todavía más lejos. Incluso en la Constitución de la Suráfrica posterior al *apartheid* se prohibía la discriminación por motivos de orientación sexual.

Aunque no está generalmente aprobada por la ciudadanía en la mayoría de los países industrializados, la homosexualidad se está haciendo cada día más visible, y hay cada vez más leyes que protegen de toda forma de discriminación a quienes la practican. En esos tiempos en los que casi todo

vale no es de sorprender que bastantes mujeres independientes opten por el lesbianismo.

El fin de la doble moral

Al hacerse económicamente independientes y al expresar su sexualidad más libremente, las mujeres han empezado también a reescribir nuestros modales y códigos de conducta sexuales y a reducir con ello las faltas masculinas en materia de sexo. En resumen, la vieja doble moral está desmoronándose.

Esto se hace particularmente evidente en las universidades norteamericanas. Desde los años setenta, las circulares

acerca de las violaciones encubiertas y el acoso sexual han llenado los tablones de anuncios de los *campus*. Han surgido muchos centros de acogida para los momentos de crisis. Las estudiantes acuden a sesiones de información y grupos de discusión, ven películas educativas al respecto y forman organizaciones para combatir el acoso. Algunas chicas reciben clases de defensa personal. Las facultades han diseñado líneas de actuación y sanciones. Los consejeros, mediadores y defensores del pueblo se han convertido en figuras importantes. 112 Y tanto estudiantes como miembros del profesorado han sido llevados a la fuerza ante los jueces universitarios por

delitos de índole sexual.

Casi todos los infractores eran hombres.113

Los estándares sexuales femeninos también ocupan un lugar relevante en el orden del día de las oficinas. Las investigaciones demuestran que entre un 40 y un 50 por ciento de las mujeres norteamericanas dicen haber sufrido algún tipo de acoso sexual en el trabajo o en el *campus* universitario.114 En 1995, el 59 por ciento de las mujeres que ocupaban altos cargos en el mundo de la empresa y de los negocios afirmaban haber sido acosadas en un momento u otro de su carrera.115 El

acoso sexual ha sido legalmente definido, se han escrito las reglas del decoro sexual y se han realizado foros educativos sobre este aspecto. Incluso han salido a relucir los tabúes.

Los hombres se han asustado. En décadas pasadas, la carrera profesional de una mujer corría peligro si se producía una infracción sexual en la que ella estuviera implicada; con mucha frecuencia era despedida. Hoy día es mucho más probable que sean los hombres quienes sufran las consecuencias del acoso sexual. En la actualidad, las mujeres que ganan este tipo de casos en los juzgados consiguen por término medio una indemnización de

250.000 dólares.116

Sin embargo, el acoso sexual está aún a la orden del día en muchos países. Casi un 50 por ciento de las mujeres que trabajan en Estonia, Finlandia, Suecia y la antigua Unión Soviética afirman ser sexualmente acosadas; un 70 por ciento más o menos de japonesas dicen haber sufrido alguna forma de acoso sexual en sus centros de trabajo.117 Y aunque en muchos de estos lugares se acabarán dictando leyes al respecto y se sancionará a los infractores, el acoso sexual seguirá existiendo.

Las causas del acoso están profundamente arraigadas en la mente

humana.

Perfectos desconocidos

Durante millones de años, ambos sexos se dedicaron a tipos diferentes de trabajo.¹¹⁸ Nunca desde que nuestros ancestros empezaron a poblar la tierra en el principio de los tiempos habían trabajado codo con codo, día tras día, hombres y mujeres en edad reproductiva.

Hoy día, hombres y mujeres se levantan cada mañana, se arreglan para ofrecer su mejor aspecto, su lado más brillante y luego se reúnen en pequeñas oficinas. Se amontonan en salas de juntas y comparten la cafetera colectiva.

Comen juntos; a veces, cenan e incluso algunos fines de semana se encuentran en el mismo hotel, en ciudades desconocidas, trabajando frente a frente.

Cual jauría de perros de caza, los trabajadores de una oficina comparten el mismo código ético, los mismos objetivos, los mismos horarios cotidianos, las mismas bromas y los mismos cotilleos. A veces pasan más horas a la semana con sus compañeros de trabajo que con sus amantes o cónyuges. Y los amigos y la familia no entran en esta probeta. Algunos empleados tienen fotos de sus cónyuges o de sus hijos en sus mesas de despacho. Pero muchos trabajan juntos durante

años sin llegar a conocer a la familia de ninguno de los otros.

Nada en nuestro pasado nos había preparado para un contacto tan íntimo con desconocidos.

La distancia, del coqueteo

Y lo que es más importante: nacemos para coquetear. Llevamos dentro de nosotros todo un arsenal de posturas y gestos que empleamos inconscientemente para cortejar o seducir.¹¹⁹ Nos apartamos el pelo de la cara, nos contoneamos y sacamos el busto arqueando la espalda. Levantamos las cejas, tocamos ligeramente al otro, hablamos en un tono suave y lanzamos

unas sonrisas que, como chispas, pueden encender el deseo sexual de alguien aun cuando no sea en absoluto nuestra intención prender esa locura. Además, muchos de esos gestos propios del cortejo, del lenguaje de la seducción, son universales. Por eso pueden coquetear una americana y un japonés sin que ninguno de los dos sepa una sola palabra de la lengua del otro.

Para hacer la oficina aún más peligrosa, ambos sexos interpretan estos gestos de forma diferente. Como señala el psicólogo David Buss, de la Universidad de Texas, en Austin: «En caso de duda, parece que los hombres suponen un interés sexual».120

Un abogado de Washington D.C. me dio un buen ejemplo de esta diferencia genérica. Era una bochornosa mañana de verano en Capitol Hill. El abogado en cuestión estaba sentado al lado de un diputado en una reunión. Una joven entró en la sala y eligió un asiento frente a ellos. La joven se acomodó en la silla, se estiró, arqueó la espalda, se agarró la melena y reunió todo el cabello en la coronilla, donde lo sujetó un momento para refrescarse la nuca y luego lo dejó caer con un movimiento de cabeza. El diputado acercó la boca a la oreja de mi amigo y le dijo: «Está intentando ligar conmigo».

Muy pocas mujeres habrían considerado unos gestos tan normales como una invitación al coqueteo.

Cuando hombres y mujeres ven películas relacionadas con eventos del trabajo, los hombres son más proclives a interpretar la afabilidad o la sonrisa de una mujer en términos de interés sexual y seducción. 121 Y además, los hombres son excepcionalmente sensibles a los estímulos visuales. Para los hombres, los zapatos de tacón alto, las faldas ceñidas y cortas, los escotes, el cabello suelto, la curva de una espalda, una cabeza ladeada, un ligero balanceo al andar, son todos ellos insinuaciones sexuales.

Las mujeres saben que con su forma de vestir indican un interés sexual hacia los hombres. Por eso se arreglan seductivamente cuando han quedado a cenar con alguien que les gusta. Muchas olvidan, sin embargo, que los hombres son igualmente sensibles a esas señales en la oficina. Por otro lado, los hombres son poco conscientes de la sensibilidad femenina con el lenguaje. Los hombres hablan explícitamente con más frecuencia que las mujeres; les parece más aceptable.¹²² De modo que cuando los hombres hacen bromas obscenas o comentarios salaces, por lo general no tienen ni idea de hasta qué punto les pueden afectar a las mujeres.

Puede que esta sencilla diferencia genérica haya jugado un papel importante en la acusación de acoso sexual presentada contra Clarence Thomas, hoy magistrado del Tribunal Supremo. A Thomas se le acusaba de haber hecho unos comentarios un poco subidos de tono a una colega subordinada suya, Anita Hill, a propósito de unos pelos púbicos encontrados en una lata de Coca-Cola y de un personaje bien dotado sexualmente de una película pornográfica. Este tipo de alusiones procaces no molestan a los hombres. Pero las mujeres con frecuencia las encuentran insultantes, incluso amenazadoras. En realidad, las demandas por acoso sexual más

comunes suelen ser las provocadas por las palabras utilizadas por los hombres.¹²³ Las mujeres también encuentran más molesto que las toquen o las rocen coqueteando.¹²⁴

La oficina es un cóctel especial para que se den desastres sexuales; una zona neutra, apartada de la familia y los amigos, con despachos contiguos, horas compartidas, tensiones compartidas, proyectos compartidos, gestos coquetos que se escapan por todos lados y tiempo, tiempo, mucho tiempo para que se vayan cocinando las pasiones. Además, la conducta sexual correcta no es la misma para los hombres y las mujeres. De modo que me temo que

seguiremos viendo cómo en los trabajos se siguen enviando señales confusas y se siguen tomando unas libertades sexuales no solicitadas.

En el futuro, un buen número de esos infractores serán mujeres. El acoso por parte de las mujeres puede ser ligeramente distinto, sin embargo. Frieda Klein, una experta en acoso sexual de Cambridge, Massachusetts, que trabaja con compañías de informática, opina que «no es probable que las mujeres se dediquen a contabilizar el número de sus conquistas». Para los hombres, dice, «en las relaciones sexuales no cuentan ni las emociones ni el contexto».125 Yo

sospecho que las mujeres tendrán menos objetivos sexuales, pero su acoso será más sutil y más tenaz.

Intentar prohibir el sexo y los romances en los centros de trabajo es como intentar prohibir el mal tiempo. Sencillamente, es imposible. Un 25 por ciento de todas las empresas norteamericanas tienen políticas laborales al respecto.¹²⁶ Muchas han llegado incluso a la conclusión de que los escauceos sexuales o las aventuras amorosas con compañeros de trabajo son permisibles, siempre que la relación sea entre colegas con el mismo grado de poder. Sin embargo, algunas empresas han contratado «vigilantes rosas»,

empleados que se encargan de garantizar que las dos partes consienten en la relación.127

Pero si las insinuaciones no son bien recibidas y se presenta una demanda por acoso, las mujeres podrán hablar delante de los tribunales. Actualmente se está poniendo freno a aquellas insinuaciones sexuales masculinas que agravian a quien las recibe, al tiempo que la libertad de las mujeres para expresar su sexualidad llega a su mayoría de edad.

Una nueva urbanidad sexual

Es posible que en las décadas venideras se generalicen aún más entre las mujeres ciertos experimentos

sexuales, como el cibersexo, la promiscuidad y el sexo pagado. Pero la mayoría está sencillamente volviendo a unas formas ancestrales de la sexualidad femenina: escarceos sexuales en la adolescencia, una vida sexual más libre antes del matrimonio y más experimentos sexuales dentro del matrimonio. Este avance hacia una libertad sexual para las mujeres se está dando en muchas sociedades del mundo; la doble moral sexual está desmoronándose. Y varias fuerzas acelerarán el proceso. Entre ellas, el auge de la vida urbana, los mayores niveles de educación, la contracepción, el divorcio, las familias reducidas, la televisión vía satélite, Internet, el poder

económico de las mujeres y su férrea determinación.

Las costumbres sexuales están cambiando. Cada vez son más las mujeres que reivindican sus derechos sexuales y reproductivos, que se reúnen en congresos nacionales e internacionales para establecer líneas de acción, que presionan a los gobiernos en las cuestiones que atañen directamente a las mujeres, que denuncian los desmanes sexuales en los centros de trabajo y en el hogar y que ganan casos de acoso en los tribunales. En las oficinas, en las escuelas, en las universidades, en los restaurantes, bares y dormitorios de un extremo al otro del mundo, los hombres

están adoptando una perspectiva más femenina de la cortesía sexual. Las mujeres están feminizando el erotismo.

«El erotismo es el león más viejo de todos». Eso dice un proverbio italiano. En su lucha por defender los estándares femeninos de conducta sexual, las mujeres han empezado a controlar poco a poco ese ancestral apetito humano y a crear un ambiente internacional de urbanidad sexual.

Notas

1 Ganong, 1993.

2 Juddy Yen, 1973, pp. 475-481; Ganong, 1993.

3 Nyborg, 1994.

4 Sherwin y Gelfand, 1987, p. 397.

5 Sherwin, Gelfand y Brender, 1985, pp. 339-351; Sherwin y Gelfand, 1987.

6 Bancroft *et al*, 1980, pp. 327-340; Sherwin, 1988, pp. 416-425; 1994, pp. 423-430; Persky *et al*, 1978, pp. 157-173.

7 Judd y Yen, 1973; Van Goozen *et al.*, 1997, pp. 359-382.

8 Sherwin, 1988; Van Goozen *et al.*, 1997.

9 Edwards y Booth, 1994; Mitchell, 1981.

10 Kinsey *et al.*, 1953; Ford y Beach, 1951.

11 Money, 1997.

12 Ellis y Symons, 1990, pp. 527-555.

13 *Ibid.*

14 Laumann *et ai*, 1994.

15 Ellis y Symons, 1990.

16 Véase Blum, 1997.

17 Geer y Manguno-Mire, 1996; pp. 90-124.

18 Ellis y Symons, 1990.

19 Geer y Manguno-Mire, 1996; Ellis y Symons, 1990.

20 Ellis y Symons, 1990.

21 Véase *ibid.*

22 Reinisch y Beasley, 1990.

23 *Ibid.*; Eibl-Eibesfeldt, 1989; Laumann *et al*, 1994; Money y Ehrhardt, 1972; Elliis y Symons, 1990; Geer y Manguno-Mire, 1996.

24 Gilfoyle, Wilson y Brown, 1992, pp. 209-230; EUis y Symons, 1990.

25 *Ibid.*

26 Barash y Lipton, 1997; Wilson y Land, 1981, pp. 343-346.

27 Laumann *et al.*, 1994.

28 Eibl-Eibesfeldt, 1989.

29 *Ibid.*

30 Darling, Davidson y Cox, 1991, pp. 3-21.

31 Véase Geer y Manguno-Mire, 1996.

32 Witkin, 1995.

33 Olivery Hyde, 1993, pp. 29-51; Laumann *et al.*, 1994; Geer y Manguno-Mire, 1996.

34 Kinsey, Pomeroy y Martín, 1948; Kinsey *et al.*, 1953.

35 Reinisch y Beasley, 1990.

36 Laumann *et al.*, 1994,

37 Véase DeLamater, 1995, pp. 501-503; Cherlin, 1995, pp. 293-296; Presser, 1995, pp. 296-298; Chancer, 1995, pp. 298— 302.

38 Laumann *et al.*, 1994.

39 *Ibid.*

40 Oliver y Hyde, 1993.

41 Laumann *etal.*, 1994; Einon, 1994, pp. 131-143.

42 Sherfey, 1972.

43 Money, 1997; Sherfey, 1972.

44 Kinsey *et al.*, 1953.

45 Witkin, 1995.

46 EUis y Symons, 1990.

47 Véase Hatfield y Rapson, 1996; Fowlkes, 1994.

48 Mettsy Cupach, 1991, pp. 139-161; Laumann *etal.*, 1994.

49 Widrin, 1995, p. 46.

50 Edwards y Booth, 1994; Kinsey *et al.*, 1953.

51 Hállstrom y Samuelsson, 1990, pp. 259-268.

52 Levy, 1994; Hállstrom y Samuelsson, 1990.

53 Hállstrom, 1979, pp. 165-175; Channon y BaUinger, 1986, pp. 173-180; Pfeiffer y Davis, 1972, pp. 151-158; Pfeiffer, Verwoerdt y Wang, 1969, pp. 193-195.

54 TavrissySadd, 1977.

55 Judd y Fournet, 1994, pp. 285-298.

56 Masters y Johnson, 1966; Edwards y Booth, 1994.

57 Trivers, 1972, pp. 136-179; Symons, 1979; Buss, 1994.

58 Bellis y Backer, 1990, pp. 997-999.

59 Hardy, 1981; Smiúi, 1984, pp. 601-659; HM y Kaplan, 1988, pp. 477-305; Fisher, 1992; Smuts, 1992, pp. 1-44; Parker, 1970, pp. 525-567; Benshoof y Thornhill, 1979, pp. 95-106.

60 Hrdy, 1981; Smuts, 1992; Wilson y Daly, 1992.

61 Einon, 1994, pp. 131-143.

62 Bullough y Bullough, 1996, pp. 158-180.

63 *Ibid.*

64 Gilfoyle, 1992.

65 Einon, 1994.

66 Burley y Symanski, 1981, pp. 239-274; Smith, 1984, pp. 601— 659; Symons, 1979; Buss, 1994.

67 Bullough y Bullough, 1996, p. 171.

68 Laumann *et al.*, 1994.

69 DeLamater, 1995; Cherlin, 1995, pp. 293-296; Laumann *et al.*, 1994.

70 Hatfield y Rapson, 1996.

71 Pattatucci y Hamer, 1995, pp. 407-420.

72 Laumann *et al.*, 1994; Coleman, 1985, pp. 87-89; Fowlkes, 1994, p. 168.

73 BellyWeinberg, 1978.

74 Véase Blum, 1997, p. 139.

75 Danielsson, 1956.

76 Véase Fisher, 1992; Posner, 1992.

77 Véase Stone, 1977,1990.

78 Tissot, 1766/1985.

79 Posner, 1992.

80 Laumann *et al.*, 1994.

81 Darling, Davidson y Cox, 1991;

Fisher, 1980, pp. 27-35.

82 Blumstein y Schwarts, 1983.

83 Edwards y Booth, 1994.

84 Faison, 1998a, p. A4.

85 Posner, 1992.

86 Abelson, 1995, p. 895.

87 Olivery Hyde, 1993, pp. 29-51;
Kantner y Zelnik, 1972, pp. 9-18; Udry,
Baumann y Morris, 1975, pp. 783-787.

88 Davis y Smith, 1991.

89 Buss, 1989, pp. 1-49.

90 Liu, Ngy Chou, 1992.

91 Schlegel y Barry, 1991.

92 Véase Ford y Beach, 1951.

93 Money, 1997.

94 *Ibid.*

95 Rossi, 1994; Eveleth, 1986.

96 Lancastery King, 1985; Short,

1984, pp: 42-72, 1987, pp. 207-217.

97 Eveleth, 1986.

98 Posner, 1992; Laumann et *al.*, 1994.

99 Smith, 1994.

100 Posner, 1992.

101 Smith, 1994.

102 Posner, 1992.

103 *Ibid.*

104 Francoeur, 1996, p. 136.

105 Gabriel, 1996, pp. C1 y ss.

106 Harmon, 1997

107 Posner, 1992.

108 McGinley, en una entrevista personal.

109 Davis y Smith, 1987.

110 Posner, 1992.

111 Smith, 1994.

112 Paludi y Barickman, 1991.

113 *Ibid.*

114 *Ibid.*; Web, 1991.

115 McCorduck y Ramsey, 1996.

116 Weiss, 1998, pp. 43-47.

117 Web, 1991.

118 Brown, 1991.

119 Véase Fisher, 1992.

120 Buss, 1994, p. 145.

121 Buss, 1994; Abbey, 1982, pp.
830-838.

122 Geery Beüard, 1996, pp. 379-395.

123 Web, 1991.

124 Browne, 1997, pp. 5-86.

125 Weiss, 1998, p. 47.

126 Weiss, 1998.

127 *Ibid.*

Enamoramiento

El amor romántico en el siglo XXI

«Sólo a los amantes hs viste el sol».

E. E. Cummings

«Truenos, abismos de luz en las oscuras aguas de tus ojos, y la tempestad

llega hasta mí». Un sacerdote católico del Estado de Guerrero, en México, recogió y tradujo este poema en 1629 de boca de un indio azteca que se lo recitó en náhuatl, su lengua nativa.

Amor romántico. Amor obsesivo. Amor apasionado. Enamoramiento.¹ Se le llame como se le llame, casi todos los hombres y mujeres han sentido el éxtasis y la angustia de esta locura. En 1992, un grupo de antropólogos estudió documentos escritos pertenecientes a 166 sociedades distintas y encontraron pruebas de la existencia del amor romántico en 147 de ellas.² En las 19 restantes, los antropólogos sencillamente no habían examinado este

aspecto de la vida cotidiana. En todas las áreas consultadas, los antropólogos que investigaron las fuentes bibliográficas encontraron pruebas de esta pasión. La gente cantaba canciones de amor o componía versos románticos. Realizaban encantamientos amorosos, llevaban amuletos o preparaban pociones tanto para atraer el amor como para curarse de él. Algunos se fugaban con sus amantes. Otros se suicidaban o asesinaban por amor. Y en muchas sociedades, había mitos y fábulas que describían todo tipo de enredos amorosos.

Las leyendas egipcias relatan el amor entre Isis y Osiris hace tres mil años.³

La *diosa de jade*, escrito en China entre el 960 y el 1279 d.C., narra la historia de una joven pareja que dejó padres, amigos y honra para fugarse. París y Helena, Orfeo y Eurídice, Abelardo y Eloísa, Troilo y Criseida, Romeo y Julieta, Majnun y Laila en el Cercano Oriente, Krisna y Rada en India: miles de antiguos poemas, historias, canciones y leyendas vibran con el regocijo y la desesperación de la pasión romántica. Y todos manan de una profunda fuente, siempre la misma, la necesidad de amar del ser humano.

En este capítulo demuestro que esta emoción humana básica, la atracción romántica, está asociada con ciertos

elementos químicos segregados en el cerebro; que los circuitos cerebrales que regulan esta atracción son los mismos en los seres humanos que en otros mamíferos; y que el amor romántico evolucionó entre nuestros ancestros a fin de fomentar que prefirieran unas parejas a otras, con lo que conservaban más fácilmente sus energías para aparearse. También exploraré ciertas diferencias genéricas claras en relación con los gustos románticos.

 Mi conclusión es que el amor romántico está emergiendo como una importante fuerza social en muchas culturas de un lado al otro del mundo. La larga tradición humana de los

matrimonios concertados ha empezado a declinar. Hoy día son cada vez más los hombres y mujeres que eligen a su pareja y se casan por amor. Dado que en aldeas, pueblos y ciudades se ha dado rienda suelta a este poderoso sentimiento, el siglo xxi verá sin duda más libros, más películas, más artículos de prensa y más sitios de Internet dedicados a hablar del amor. Más personas experimentarán el gozo —y el rechazo— del amor. Se casará —y se divorciará— más gente en su intento de encontrar su gran amor. Y habrá más personas que experimenten con formas alternativas de romance, como el amor a través de Internet o el amor compartido.

Con su natural empatía, sus dotes para comprender a la gente, sus facultades lingüísticas y su profundo interés en el amor, las mujeres serán nuestras entregadas guías en este mar inexplorado. Incluso puede que lleguen a determinar las maneras en que muchos de nosotros expresaremos nuestra pasión romántica.

Las características del amor romántico

«¿Qué es amar?», preguntaba Shakespeare.

Miles de hombres y mujeres a lo largo de la historia han intentado definir la

atracción romántica. Muchos han llegado a la conclusión de que es un misterio. Los occidentales no consideran que la depresión, la ansiedad o el miedo sean un misterio. Pero, sin embargo, por lo general relegan la pasión romántica obsesiva al terreno de lo sobrenatural. Por eso sabemos tan poco de la biología de esta locura.

Y es de lamentar que así sea. Aunque el amor romántico apasionado puede llenar completamente a quien lo siente, también puede ser profundamente destructivo. Más de un 25 por ciento de las víctimas de los homicidios que se cometen en Estados Unidos son cónyuges, compañeros sentimentales o

rivales sexuales. Cada año, un millón de mujeres norteamericanas son atacadas por un amante rechazado. Y un número incalculable de depresiones clínicas y suicidios tienen su causa última en este sentimiento.

Esto fue lo que me llevó a organizar un equipo de colegas para estudiar qué efecto tiene en el cerebro la atracción romántica. En la primera parte del estudio, Michelle Cristiani, actualmente licenciada en Antropología por la Universidad de Nuevo México, y yo repasamos la bibliografía publicada durante los últimos veinticinco años sobre este tema en el campo de la psicología y diseñamos un cuestionario.

Hasta la fecha, han contestado a nuestra encuesta 437 norteamericanos, 402 japoneses y 13 navajos. Con la ayuda de un estadístico basado en Nueva York, MacGregor Suzuki, analizamos parte de este material.

En la segunda parte del estudio, Lucy Brown y Gregg Simpson, ambos profesores de Neurología en el Albert Einstein College of Medicine; Art Aron, profesor de Psicología de la Universidad del Estado de Nueva York; Deb Masek, doctorado en Psicología por esta misma universidad, y yo empezamos a medir la actividad cerebral de hombres y mujeres enamorados con la ayuda de una especie

de escáner cerebral o de resonancia magnética. Esperamos poder establecer qué regiones del cerebro se activan cuando una persona poseída por el amor piensa en su amado o amada.

Este proyecto en dos partes todavía está en su fase inicial; la mayor parte de los resultados son demasiado preliminares para poder comentarlos. Pero ya hay tres cosas claras. El amor romántico tiene ciertas propiedades universales, entre las que se cuentan un aumento de la energía y un incremento de la atención, que se centra en el sujeto adorado. Parece que hombres y mujeres sienten esta obsesión en una proporción a grandes rasgos similar. Y al menos dos

de los elementos químicos estimulantes que se generan en el cerebro, la dopamina y la norepinefrina, parecen tener algo que ver con el sentimiento de la pasión romántica.

Significado especial

«La senda del amor es angosta. Sólo hay sitio para uno». Así reflexionaba Kabir, un poeta indio del siglo xv. Pierre Teilhard de Chardin, el filósofo francés, pensaba algo parecido y consideraba que el amor romántico era «un universo para dos personas». Puede que la mejor definición del amor la haya dado Gustave Flaubert: «Ella era el punto de luz en el que convergían todas las

cosas».

Ni la sabiduría que se acumula con el tiempo ni las maravillas de la tecnología han cambiando esta característica, la más sobresaliente, de la atracción romántica: la de centrarse en una sola persona. En un principio puede que uno dude entre varios candidatos y que sienta cierta pasión por una persona además de obsesionarse con otra. Pero conforme pasa el tiempo y los acontecimientos se suceden, se produce un momento de verdad emocional y uno centra su atención en una sola persona. Como señala la psicóloga Dorothy Tennov, pionera en el estudio de este sentimiento, una determinada persona

adquiere de pronto «un significado especial».4

En nuestra encuesta, el 93 por ciento de las mujeres y el 89 por ciento de los hombres decía que no les apetecía salir con nadie más que su persona amada. Sus corazones estaban colmados; no había sitio para nadie más.

Pensamiento obsesivo

Y entonces uno empieza a pensar incesantemente en su ser amado. Recuerda los pequeños momentos compartidos. Empieza a hacer conjeturas sobre si a esa seductora criatura le gustarán los mismos libros o las mismas películas que a uno mismo.

Imagina conversaciones estimulantes y encantadores momentos de cama. Estos pensamientos obsesivos invaden tu conciencia. Como señalaba una mujer de la isla de Magaia, en el Pacífico sur, «tu mente se pierde por ahí».5

Un 79 por ciento de los hombres y un 78 por ciento de las mujeres entrevistados en nuestra encuesta afirmaban que el pensamiento se les escapaba hacia su persona amada mientras estaban trabajando o en clase.

El centro de atención

Una persona enamorada empieza también a centrar toda su atención, a magnificar y aumentar pequeños

aspectos del ser humano que adora.

Si se les presiona, casi todas las personas enamoradas pueden enumerar las cosas que no les gustan del objeto de su adoración. Pero las dejan a un lado o se convencen de que esos defectos son peculiares o incluso encantadores. Y luego dejan que se les caiga la baba con los elementos positivos del físico y de la personalidad de su ser amado. Incluso hay quien escoge a su ser amado precisamente por sus fallos.⁶

Stendhal, el novelista francés, denominaba este proceso la «cristalización del amor» y lo comparaba con la visión de los cristales

de sal que se pegan en invierno a las ramas desnudas de los árboles: el ojo transforma estos elementos químicos básicos en pequeños castillos de refulgente belleza.⁷ Es como ver la vida a través de un cristal rosado.⁸

Un 65 por ciento de los hombres y un 55 por ciento de las mujeres entrevistadas daban por válida la afirmación: «_____ tiene ciertos defectos, pero realmente no me importan».

Los hombres y las mujeres enamorados no sólo se recrean en pequeños aspectos de la personalidad y el físico de la persona amada, sino que

también se centran en los momentos que han pasado junto a ella. Cómo jugaron juntos con las olas; cómo ella le iba cantando mientras paseaban de la mano por la ciudad: para los poseídos por la fiebre amorosa, estos momentos están vivos. Un conmovedor ejemplo literario nos lo ofrece un poema chino del siglo ix escrito por Yüan Chen, «La alfombrilla de bambú». Dice así: «No soporto guardar la alfombrilla de bambú / aquella noche que te acompañé hasta tu casa / te observé mientras la desenrollabas por primera vez».

Un 72 por ciento de los hombres y un 84 por ciento de las mujeres de nuestra encuesta recordaban las trivialidades

que su persona amada había dicho o hecho. Un 82 por ciento de los hombres y un 90 por ciento de las mujeres afirmaban que revivían estos preciosos momentos en sus pensamientos.

Cambios de humor

«Se enamoran los intrépidos», decía el escritor norteamericano Bayard Taylor. Los hombres y las mujeres enamorados caen víctimas de un bombardeo de fuertes emociones. El júbilo es extremo. Las personas enamoradas afirman que sienten euforia, optimismo y un incremento de sus energías; algunas incluso hablan de sensaciones «espirituales» o de un sentimiento de

«fusión» con el objeto de su amor. Como describía un joven de la isla de Mangaia, «¡tenía ganas de saltar hasta el cielo!»»⁹

A muchas personas les entra insomnio y otras muchas pierden el apetito.

Cuando los hombres o las mujeres enamoradas se encuentran con sus seres amados a veces se vuelven increíblemente tímidos o torpes. Algunas personas se ponen pálidas; otras tartamudean; a otras les sudan las manos, les flaquean las rodillas, se marean o sienten un hormigueo en el estómago. Otros hablan de palpitaciones y de que se les acelera la respiración. Y

frecuentemente, bajo la ansiedad y la alegría de la persona enamorada, suele haber un sentimiento de temor. En la Francia del siglo xii, Andreas Capellanus describía así este torbellino: «El corazón del amante empieza a palpar». Elvis Presley lo cantaba así: «Me he enamorado. Estoy trastornado».

Lo típico es que el hombre o la mujer aquejados de este trastorno sufran intensos cambios de humor. El teléfono, el buzón de la correspondencia, un café, el gimnasio: uno está a la merced de cualquier cosa o lugar que pueda unirle con la persona amada. Si ésta da una respuesta positiva, el amante o la amante se quedan extasiados. Si son

despechados, caen en lo que Stendhal denominaba un «vacío mortal». Así, los amantes se hunden en una triste depresión; están apáticos e irritables, dándole vueltas a lo que les ha pasado hasta que encuentran una explicación convincente, apaciguan su dolorido corazón y renuevan su búsqueda del amor.

Un 85 por ciento de los hombres y un 87 por ciento de las mujeres de nuestra encuesta no estaban de acuerdo con la frase: «Lo que haga _____ no afecta a mi bienestar emocional».

En realidad, estaban dispuestos a sacrificar su tiempo y su dinero, ocasionalmente incluso sus vidas, en

beneficio de su ser amado. Keats escribía a su adorada Fanny Brawne: «Moriría por ti».

Anhelos de unión emocional

Los poseídos por el amor suplican que su amor sea correspondido.¹⁰

Este anhelo de unión emocional aparece de diversas maneras. La mayoría de los amantes fantasean con lo que harán algún día con el objeto de su amor. Algunos se vuelven posesivos, incluso celosos, con el afecto de éste hacia sus amigos y familia. Muchos sienten ansiedad cuando están fuera del alcance de su ser amado. Como le decía a su amante un joven marroquí: «Cuando

no te veo en todo el día, me vuelvo loco».11 Y la mayoría se vuelven hipersensibles a los signos de la persona que adoran y se pasan el día, como decía Robert Graves, «esperando una llamada en la puerta, una señal».

En nuestra encuesta, un 80 por ciento de los hombres y un 83 por ciento de las mujeres afirmaban que cuando les atraía mucho una persona diseccionaban todo lo que ésta hacía o decía en busca de algún signo relativo a lo que sentían por ellos.

Descontrol

En el centro de esta obsesión está su voluble poder. El enamoramiento es

algo involuntario, irracional, imprevisto y con frecuencia incontrolable. «Fue irresistible», escribía Somerset Maugham. «La mente no podía luchar contra ello: la amistad, el agradecimiento, el interés carecen de poder a su lado».

Un 60 por ciento de los hombres y un 79 por ciento de las mujeres de nuestra encuesta aceptaban como válida la frase: «No escoges enamorarte; es algo que te sucede».

Somos criaturas defectuosas. Tenemos «dos mentes». La pasión del amor mana de los centros que controlan la emoción localizados en la mitad del cerebro,

inundando las zonas cerebrales donde se realizan las funciones del pensamiento racional y dejándonos así desamparados. El amor romántico ha sido motivo de guerras. Ha dado origen a algunas de las mejores obras literarias, a la poesía más conmovedora, al arte más intenso y a las melodías más obsesionantes. Ha matado a unos y salvado a otros. Esta obsesión llega incluso a eliminar algunas de nuestras necesidades más básicas, como el sueño y la comida.

La adversidad incluso aviva la llama. Los obstáculos inflaman la pasión; un fenómeno éste que los psicólogos denominan el efecto Romeo y Julieta.

Incluso las peleas o las rupturas momentáneas pueden servir de estímulo al enamoramiento. Como escribía el poeta latino Terencio, «cuantas menos esperanzas tengo, más ardiente es mi amor».

Un 65 por ciento de los hombres y un 71 por ciento de las mujeres de nuestra encuesta aceptaban como válida la frase: «Nunca dejo de querer a _____, aunque las cosas no vayan muy bien».

El deseo de exclusividad sexual

De todas las características del amor romántico, la que me parece más interesante es el intenso deseo de unión sexual con el ser amado, un deseo que

por lo general va a la par con una aspiración a la exclusividad sexual.

Un 83 por ciento de los hombres y un 90 por ciento de las mujeres de nuestra encuesta aceptaban como válida la frase: «La fidelidad sexual es más importante cuando se está enamorado».

Este anhelo de exclusividad sexual me sugiere la idea de que el amor romántico apareció en la cadena evolutiva por una serie de razones concretas: para permitir que los sujetos centraran toda su atención en una pareja determinada, lo que les ayudaba a preservar su energía para aparearse; y para proteger a nuestros ancestros, hombres y mujeres,

del abandono y la promiscuidad, al menos hasta que no completaran su tarea primordial de aparearse y concebir.

Pero ni siquiera el apetito sexual supera al deseo de unión emocional con el ser amado. En nuestra encuesta, un 75 por ciento de los hombres y un 83 por ciento de las mujeres aceptaban como válida la frase: «Saber que _____ está enamorado/a de mí es más importante que hacer el amor con él/ella».

Apetito sexual y amor romántico: dos sentimientos distintos

La mayoría de la gente distingue entre el regocijo romántico y el mero alivio sexual.¹² En realidad, en muchas

culturas hay palabras distintas para el apetito sexual y para el amor romántico. 13 Los taita de Kenia, por ejemplo, distinguen entre *ashiki* (apetito sexual) y *pendo* (amor). 14

Así que he llegado a la conclusión de que estas emociones se originan en unos circuitos cerebrales distintos, aunque con frecuencia estén relacionados. El apetito sexual y la atracción romántica responden a dos sistemas emocionales diferentes.

Después de todo, podemos tener relaciones sexuales con personas de las que no estamos «enamorado». Y se puede estar enamorado de alguien a

quien no se ha llegado ni siquiera a besar. Pero la prueba más convincente de que el apetito sexual y la atracción romántica son dos sentimientos diferentes nos la ofrecen los norteamericanos de mediana edad que se hacen inyectar testosterona para avivar su deseo sexual. Cuando la testosterona les hace efecto aumenta su deseo de satisfacción sexual, pero ello no quiere decir que se enamoren.

¿Qué pasa en el cerebro de una persona cuando se enamora?

La química del amor

En 1983, el psiquiatra Michael Liebowitz, del Psychiatric Institute de

Nueva York, sugirió que el excitado alborozo que causa la atracción romántica se debe a que el cerebro se irriga con uno o más estimulantes, entre ellos la dopamina, la norepinefrina y la serotonina.¹⁵ Tras catalogar todas las características del amor romántico que acabamos de ver, he llegado a la conclusión de que está en lo cierto.

En las dosis adecuadas, la dopamina y la norepinefrina producen en el sujeto una sensación de euforia y alborozo¹⁶ —los componentes básicos del amor romántico—. Estos productos químicos causan también insomnio, pérdida de apetito, un exceso de energía e hiperactividad ¹⁷ —otras de las

características básicas de esa pasión—. Unos niveles muy altos de dopamina pueden hacer que el sujeto sienta ansiedad, temor e incluso pánico 18 — más síntomas de la atracción romántica intensa.

La dopamina se asocia también con la motivación y los comportamientos dirigidos hacia un objetivo 19 —lo que posiblemente explica por qué adquiere un «significado especial» el ser amado—. La dopamina probablemente estimula también esa intensa motivación para ver, hablar y estar con el ser amado. Los niveles de dopamina suben cuando el sujeto se enfrenta a situaciones nuevas. Por eso, tal vez,

tantas personas enamoradas describen su amor diciendo que es único.

La norepinefrina se ha asociado con el hábito animal de concentrar toda la atención en otro sujeto y seguirlo obstinadamente dondequiera que vaya.²⁰ El enamoramiento podría ser la forma humana de este hábito animal. La norepinefrina se asocia también con un incremento de la memoria para recordar los nuevos estímulos ²¹ de modo que probablemente contribuye a la «cristalización», la cual implica esa tendencia del hechizado amante a recordar vividamente los nuevos momentos pasados con la persona que ama.

¿Qué es lo que provoca este pensamiento obsesivo en las personas poseídas por el amor?

Esta persistente forma de pensar en el ser amado tiene bastante en común con los pensamientos agolpados de las personas que padecen desórdenes obsesivo-compulsivos. Estas personas reviven continuamente en su cabeza los mismos sentimientos e ideas. Actualmente, la medicina trata la mayoría de estos desórdenes con elevadores de la serotonina.²² De modo que, de momento, mi hipótesis es que este tipo de pensamiento obsesivo se da cuando los niveles de dopamina y

norepinefrina suben de golpe y los de serotonina bajan en picado.

La atracción romántica apasionada puede darse en diversos grados, que van, claro está, del más puro regocijo cuando el amor es correspondido, al vacío, la ansiedad y la desesperación cuando no lo es. Sin duda, una miríada de elementos químicos —en concentraciones y combinaciones varias— participan en esta compleja gama de sentimientos.

Pero yo estoy convencida de que el amor romántico es una categoría emocional claramente definida, asociada con unos elementos químicos, unas

zonas y unos circuitos cerebrales concretos. Más aún, esta emoción humana universal es un rasgo evolutivo.

Magnetismo animal

Muchos pájaros y mamíferos muestran un incremento de su energía y una mayor capacidad de concentración en el momento del cortejo. En 1871, Darwin daba cuenta de este ardor entre los patos silvestres. Estos patos forman parejas para el cuidado de sus crías, como la mayoría de los pájaros. Pero se dio el caso de una hembra que se vio atraída por un macho de otra especie de palmípedo, un ánade de cola larga. «Fue sin duda un caso de amor a primera

vista», escribe Darwin, «pues la hembra nadó insinuante alrededor del recién llegado... Y desde ese momento se olvidó de su antigua pareja».23

La bibliografía animal está plagada de esta suerte de descripciones. Perros, caballos, gorilas, canarios: hembras y machos de muchas especies evitan cuidadosamente aparearse con algunos de sus camaradas y centran obstinadamente toda su atención en otros. Los científicos denominan esta forma de atracción animal «favoritismo», «preferencia sexual» o «elección para el apareamiento».24 ¿Se atraen estas criaturas? Yo creo que sí. La atracción animal es un mecanismo

químico sencillo, la forma que tiene la naturaleza de garantizar que machos y hembras de cualquier especie que se reproduzca por vía sexual reparen en unos especímenes concretos entre todos los demás y se aproximen a ellos para empezar el proceso de apareamiento. Muchas criaturas han desarrollado incluso unos rasgos físicos definidos a fin de atraer la atención de los de su misma especie. Plumas color violeta, picos naranjas, caras simétricas, lomos rosados: todos los que tienen una indumentaria llamativa obligan a sus posibles parejas a volverse y reparar en ellos, capturando la imaginación de los que están a su alrededor. Junto con la evolución de todo este despliegue de

ornamentos debió de darse la de los mecanismos cerebrales correspondientes, que posibilitan que aquéllos o aquéllas a quienes va dirigido sientan una atracción real.

Cuando, dónde y por cuánto tiempo siente una criatura esta atracción varía indudablemente de una especie a otra. En los ratones puede durar sólo unos segundos. Entre nuestros antecesores, los primates que vivían en los árboles, esta bendición, esta fiebre, pudo haber durado horas, días o semanas.

Pero desde que empezó a caminar por las sabanas de la antigua África, después de que su corteza cerebral

comenzara a expandirse y desarrollara el lenguaje, el canto y la pintura y descubriera el fuego, la humanidad debió de entregarse a crear mitos y leyendas, a preparar pociones, a inventar símbolos, a tallar amuletos, a cantar canciones y a recopilar alegres historias sobre esa cosa que nosotros llegaríamos a llamar amor romántico.

La eterna debilidad del hombre: la belleza

A juzgar por nuestra investigación preliminar de esta especie de locura, así como por los escasos datos que ofrece la bibliografía psicológica al respecto, ambos sexos sienten el apasionado amor

romántico con una intensidad a grandes rasgos semejante.²⁵ La naturaleza no ha hecho inmune a esta fiebre ni a los hombres ni a las mujeres. Pero, indudablemente, ambos sexos han desarrollado gustos diferentes con respecto a quién encuentran atractivo o atractiva.

A los hombres los hechiza la belleza.

El psicólogo David Buss, de la Universidad de Texas en Austin, y sus colegas pidieron a más de diez mil personas de 37 sociedades distintas que examinaran una lista de 18 características esenciales y las colocaran por orden de importancia a la hora de elegir cónyuge.²⁶ Es interesante

observar que hombres y mujeres pusieron muchas de esas características exactamente en el mismo orden de importancia. El amor o la atracción mutua era el primero para ambos sexos. Seguidamente venía un carácter fiable, madurez y estabilidad emocional y una buena predisposición. Tanto los hombres como las mujeres querían también que su cónyuge fuera amable, inteligente y sociable, que gozara de buena salud y tuviera una buena formación y que se interesara por la casa y la familia.

Desde el país de los zulúes a Polonia, de Colombia a Taiwan, a los hombres les preocupaba más que a las mujeres el aspecto físico de su cónyuge,

particularmente su juventud y su belleza. En los anuncios de la sección de contactos de los periódicos y revistas los hombres suelen recalcar con más frecuencia que las mujeres la importancia de la hermosura en la pareja que buscan.²⁷ Y Buss mantiene que esta preferencia masculina por la juventud y la belleza es hereditaria. La piel joven, los dientes blancos, los ojos ardientes, el cabello brillante, los músculos firmes, una figura grácil y una personalidad optimista: éstos son los signos visibles de la salud, la juventud y la vitalidad.²⁸

En realidad, unas medidas de cintura y caderas proporcionadas, la piel limpia

de impurezas, los rasgos faciales infantiles y simétricos y los pies pequeños son características que se asocian con altos niveles de estrógenos y bajos niveles de testosterona, indicadores de buena salud para la reproducción.²⁹ Sin saberlo, los indios yanomamis de la selva amazónica describen sucintamente esta perspectiva darwiniana. Llaman a las mujeres más deseadas moko dude, «perfectamente maduras».³⁰

Puede que las mujeres deploren este gusto masculino por la juventud, la belleza y la figura grácil y sinuosa, pero muchas de ellas explotan sin piedad esta vulnerabilidad masculina. En algunas

zonas del Amazonas las mujeres llevan un cordón alrededor de la cintura. De éste sale una cinta que recorre los labios de la vulva y sube entre las nalgas para luego enlazarse alrededor del cinturón formando una borla que se balancea sobre el trasero cuando andan.

Las norteamericanas no somos mucho más vergonzosas. Nos pintamos los ojos, nos damos colorete en las mejillas, nos perfilamos los labios y nos alisamos el cutis con maquillaje para parecer más jóvenes. Embutimos los pies en estrechos zapatos de tacón para que parezca que tenemos los pies más pequeños. Nos teñimos el pelo de rubio, del dulce amarillo del cabello infantil.

Algunas pagan grandes sumas a los cirujanos para que les pongan narices de niño pequeño, para que les estiren los tejidos de los músculos faciales o para que les absorban la grasa de las nalgas o de las pistoleras a fin de conseguir las proporciones «correctas».31 Y las mujeres de todas las edades llevan sujetadores para elevar el busto, minifaldas, ceñidos cinturones y medias de rejilla para parecer jóvenes y voluptuosas.

Parece que las mujeres saben que estos aderezos son una forma de anunciar su buena salud a los hombres. Y muchas encuentran cada día más fácil exhibir juventud y belleza gracias a la

floreciente industria cosmética y a la no menos floreciente cirugía plástica.

Como los hombres son tan sensibles a los signos visuales —los más inmediatos y evidentes—, por lo general se enamoran más deprisa que las mujeres. 32

Recursos amorosos femeninos

«La gran cuestión que nunca ha encontrado respuesta y que yo tampoco he sido capaz de responder, pese a mis treinta años de estudio del alma femenina, es '¿qué desea la mujer?'». Esto le decía Freud en una carta a Mane Bonaparte.

Hoy día los científicos han empezado a saber lo que desean las mujeres. Y al igual que los hombres, no todas desean lo mismo. Pero, en general, las mujeres se enamoran de los hombres que tienen recursos, los hombres con dinero, con educación y con una posición social — unos bienes parecidos a los que necesitaba la mujer prehistórica para criar a sus pequeños—.33 A las mujeres les atraen los hombres que se sientan con pose relajada, se arrellanan, asienten poco y gesticulan mucho, signos todos ellos de dominio.34 Las mujeres tienden a interesarse por los hombres que son entre tres y cinco años mayores que ellas, que se muestran industriosos y ambiciosos y que son respetados en su

entorno. También les gustan los hombres inteligentes. Aunque a ambos sexos les gustan las parejas inteligentes, las mujeres están ligeramente más interesadas en tener una pareja estable inteligente. 35

Y a las mujeres, además, les gustan los hombres guapos, preferiblemente aquellos de mandíbula prominente (un signo de elevados niveles de testosterona) o aquellos con un torso moderadamente desarrollado.³⁶ Las mujeres suelen preferir a los hombres altos, tal vez porque los hombres altos tienden a ocupar posiciones de mayor prestigio en el mundo empresarial, además de ofrecer mayor protección

física. 37 Las mujeres también quieren hombres fuertes, con una buena coordinación física y en buen estado de salud.38

Las *fans* deportivas harían cola para copular con los jugadores de baloncesto o con los futbolistas. Estas *fans* no son algo extraordinario. En la selva amazónica, las chicas mehinakúes susurran la palabra *awitsiri*, «guapo», mientras admiran a los mejores luchadores de su pueblo.39

Lo más importante es que las mujeres buscan una pareja estable que comparta con ellas su estatus y su posición económica.40

Y a fin de calcular la riqueza, el estatus y la generosidad de un hombre, la mujer ha de estudiarlo. Y eso lleva su tiempo. No significa esto que las mujeres tarden meses o años en valorar un buen corazón o una cartera bien repleta; a veces dos citas o incluso dos horas les bastan. Pero dada la compleja naturaleza del deseo femenino es menos probable que las mujeres se enamoren nada más conocer al futuro objeto de sus desvelos. 41

Amor a primera vista

Sin embargo, ambos sexos se enamoran a primera vista.

En la Inglaterra del siglo xii, Chaucer

describió así el momento en que Troilo vio a Críseida: «Su mirada atravesó la muchedumbre y en Críseida se clavó, quedando en ella hundida».42 Troilo se enamoró de un solo golpe del vista.

Lo mismo le sucedió a una mujer de la pequeña isla de Mangaia mientras estaba comprando en la tienda de comestibles. «Cuando vi a este hombre deseé que fuera mi esposo, y ese sentimiento me sorprendió porque era la primera vez que lo veía», le dijo a la antropóloga Helen Harris.4J La mujer terminó casándose con aquel hombre. Años después, reflexionando sobre aquella experiencia, decía que el encuentro había sido «obra de la

naturaleza».

El amor a primera vista es obra de la naturaleza. La mayor parte de los animales no pueden posponer el apareamiento; sólo tienen unas cuantas horas, días o semanas para emparejarse. Al inicio de la estación o del ciclo del celo están obligados a escoger una pareja adecuada y empezar a aparearse. Probablemente, la atracción instantánea surgió como una estrategia evolutiva para permitirles empezar rápidamente ese proceso.

Además, existen pruebas de que ciertos elementos químicos cerebrales están implicados en esta atracción

instantánea. Cuando un ratón de campo macho deja caer una gota de orina en el labio superior de la hembra aumentan los niveles de norepinefrina en el cerebro de ésta. Este incremento, en conjunción con otras reacciones químicas, estimula el inicio del estro y de los hábitos de apareamiento.⁴⁴ Del mismo modo, cuando a una oveja se le muestran diapositivas con caras de carneros en su cerebro se disparan los niveles de norepinefrina, pero sólo cuando está en celo.

En los ratones de campo y en las ovejas, la atracción puede durar sólo segundos; en los seres humanos puede durar meses o años.

¿Por qué él? ¿Por qué ella?

Así que a los hombres les atraen las mujeres que muestran signos de juventud y belleza, mientras que las mujeres se inclinan por los hombres con buena situación y recursos económicos. Pero ¿por qué sentimos esa corriente química por una persona en concreto y no por otra?

En la Biblia se dice que todas las cosas tienen su estación. Ha de darse el momento oportuno. Si acabas de empezar la universidad lejos de casa, si has tenido que desplazarte a una ciudad desconocida, si acabas de recuperarte del fracaso de una relación previa, si te

sientes a gusto en el trabajo o en clase, si tienes mucho tiempo libre o te sientes solo y necesitas amigos, en cualquiera de estos casos estás en una situación óptima para enamorarte.⁴⁵

Ambos sexos se sienten también atraídos por el ligero aire de misterio que envuelve al otro. Como señalaba Baudelaire a propósito de este fenómeno: «Amamos a las mujeres en proporción con el grado de extrañeza que nos inspiran». La sensación de que en cualquier momento se nos puede escapar, de entre las manos ese tesoro impenetrable, ilimitado y escurridizo es un potente ingrediente del amor romántico. 46 En realidad, los

científicos han llegado actualmente a la conclusión de que entre los tres y los seis años niños y niñas pierden para siempre todo interés romántico potencial por aquellas personas que ven regularmente. Esta repulsión hacia lo conocido se observa en muchos mamíferos: es un rasgo evolutivo que se desarrolló a fin de evitar el apareamiento entre los parientes más cercanos. 47

La atracción hacia otros diferentes y la repulsión por las personas más cercanas parece operar también a un nivel químico. Si se le pide a una mujer que huela una serie de camisetas impregnadas con sudor masculino y que

diga cuál le parece que tiene un «olor más sexy» tenderá a escoger las camisetas de hombres que tienen sistemas inmunológicos distintos al suyo.48

Es interesante observar que las mujeres que toman la pildora anticonceptiva, la cual imita en parte los efectos de un embarazo, tienden a escoger a los hombres que tienen un sistema inmunológico similar al suyo. Esto llevó a Claus Wedekind, del Instituto Zoológico de la Universidad de Berna, en Suiza, a pensar que las mujeres hacen esta elección porque las embarazadas están predispuestas por naturaleza a rodearse de parientes,

mientras que aquellas que ovulan de forma natural escogen inconscientemente compañeros con un sistema inmunológico distinto al suyo.

Los hutteritas de Dakota del Sur tienen una gran experiencia en la elección de parejas con un sistema inmunológico distinto al propio. Los miembros de esta cerrada secta religiosa son todos descendientes de 64 sujetos que emigraron a Norteamérica hacia 1870; todos guardan relaciones de parentesco. Pero los exámenes de ADN muestran que hombres y mujeres hutteritas escogían por lo regular para casarse sujetos con sistemas inmunológicos distintos de los propios.⁴⁹

La oportunidad del momento, el misterio, las diferencias en el sistema inmunológico: no cabe duda de que confluyen muchos otros factores biológicos para activar los circuitos cerebrales cuando una persona concreto te sonríe en medio de una habitación llena de gente. Pero de todas las cosas que pueden encender la llama la más importante es la infancia de cada cual.

Mapas del amor

Por lo general, todos crecemos en un mundo caleidoscopio de experiencias e ideas que conforman nuestros gustos románticos.

El sentido del humor y el interés por la política o el cine del padre de uno; la forma de hablar y el sentido estético de la madre; la forma en que ambos progenitores puntúan sus frases, con silencios o con risas; lo que irrita o estimula a los hermanos; la idea de la justicia, del honor y de la benevolencia que muestran los maestros y profesores; lo que nuestros amigos admiran o encuentran repulsivo o íntimo: miles y miles de sutiles fuerzas cimentan nuestras creencias, nuestros intereses y nuestros valores. De modo que al llegar a la adolescencia ya llevamos en lo más profundo de nosotros una lista de características que deseamos en nuestro compañero o compañera.

El sexólogo John Money, de la Universidad John Hopkins, denomina a esta plantilla mental inconsciente el «mapa del amor». Money cree que los niños empiezan a desarrollar dicho mapa entre los cinco y los ocho años y que éste toma la forma definitiva en la pubertad 50 Luego estos mapas del amor nos guiarán cuando rememos por el mar de las oportunidades de emparejamiento y nos conducirán a orillas desconocidas cuando nos enamoremos.

No se puede saber en qué se diferencian los mapas del amor de los hombres de los de las mujeres. Estas idiosincráticas tablas psicológicas son

demasiado complejas para poder ser identificadas o comparadas con un mínimo de precisión. Pero voy a aventurar una hipótesis acerca de una sobresaliente diferencia entre los sexos.

Basándome en la bibliografía psicológica y en la observación personal de mis amigos he llegado a la conclusión de que uno de los rasgos más característicos del hombre es su profundo deseo de sentirse necesitado por una mujer. Los hombres quieren ayudar, resolver los problemas, sentirse útiles «haciendo» algo. Con frecuencia se da el caso de hombres que inician una relación amorosa para rescatar a una mujer; muchos también permanecen en

matrimonios desgraciados porque sienten que su presencia es esencial, que son necesarios. Millones de años de proteger y abastecer a las mujeres parecen haber producido en los hombres una profunda necesidad de serle útil a su pareja.

Las mujeres, por su lado, lo que más desean, al parecer, es sentirse queridas por su pareja. Tal vez las mujeres persiguen ser adoradas porque sienten instintivamente que un hombre entregado será también bueno y generoso con sus crías.

De modo que *cuándo* se enamora uno, de *quién* lo hace, *dónde* lo hace, *qué*

encuentra atractivo en el ser amado, *cómo* lo corteja, e incluso *si* considera que la relación es divina o subversiva, varía de una sociedad a otra, de una persona a otra. Pero cuando uno ha encontrado a esa persona especial —ya sea cónyuge o amante— la sensación corporal que se experimenta *cuando* se es objeto de esta pasión tiene que ver con la química. Está inserta en el cerebro humano. Los seres humanos heredan la capacidad de amar.

¿Qué pasará con esa función cerebral que controla la atracción romántica cuando las mujeres alcancen aún más poder económico y social?

Seguirá trabajando con gran eficacia. Una de las corrientes sociales más sobresalientes del siglo que empieza, en mi opinión, será el renacimiento y la celebración del amor romántico. Y serán las mujeres quienes guíen al mundo por el tortuoso camino de la pasión romántica.

El auge del amor romántico

A los norteamericanos les encanta amar. La mayoría de nosotros consideramos que un romance es una especie de elixir mágico y una razón suficiente para hacer votos matrimoniales.

Pero en casi todas las sociedades

tradicionales se ha considerado siempre que la pasión romántica no era una razón satisfactoria para contraer matrimonio, al menos la primera vez que se experimentaba. Se juzgaba que el matrimonio era un importante contrato mercantil. Había que escoger un cónyuge que tuviera los parentescos y las conexiones políticas adecuadas. De modo que los padres concertaban los primeros esponsales de sus hijos.⁵¹

Muchos matrimonios concertados llegaban a ser románticos. En India todavía se dice: «Primero nos casamos y luego ya nos enamoraremos». Sin embargo, muchos hombres y mujeres de todos los rincones del mundo han tenido

que pasar por la terrible desilusión de un matrimonio concertado; amaban secretamente a otras personas. De modo que en muchas partes del mundo se teme caer víctima de la pasión amorosa. Podía llevar a una persona a cometer toda suerte de locuras, así como hacer que se tambaleara el delicado equilibrio del compromiso social.

Los antiguos griegos eran de la creencia de que uno no se casaba por amor. Los griegos celebraban el amor romántico, pero siempre que fuera entre hombres y chicos adolescentes, patronos y cortesanas y cabezas de familia y concubinas. Pero entre las clases altas, el matrimonio era una alianza formal

entre familias y clanes; tenía la función de mantener vínculos políticos, garantizar el destino de las herencias y asegurar la correcta distribución de la propiedad.⁵²

Los nobles romanos también se deleitaban con sus esclavas, sus prostitutas y sus concubinas. Pero ellos también preservaban los linajes y herencias mediante esponsales cuidadosamente concertados.⁵³

Los primeros Padres de la Iglesia anunciaron el fin de todo tipo de amor romántico. Estos ascéticos veían el amor apasionado por otro mortal como un placer carnal no apto para los hombres y

las mujeres piadosas. Sólo un amor puro espiritual por el Señor daba al sujeto la felicidad y le conducía a la salvación. Incluso el deseo apasionado por la propia esposa era algo vergonzoso para los cristianos con temor de Dios. De modo que en la Edad Media llegó a considerarse que la pasión romántica era una posesión demoníaca, una forma de locura pasajera.⁵⁴

Sin duda, muchos hombres y mujeres del medio rural, incluso los señores y las damas, se amaban apasionadamente cuando se metían en la cama por la noche. Pero como decía Vincent de Beauvais en su *Speculum Doctrinale*, un manual muy consultado en la Edad

Media: «El hombre recto debe amar a su esposa con su razón, no con sus afectos».55

La búsqueda de la felicidad

El amor romántico disfrutó de cierta respetabilidad entre los trovadores de la Francia del siglo xii. Estos bardos, juglares y caballeros andantes cantaban la angustia y desesperación del amor no correspondido ni consumado. Recitaban en la lengua vernácula de la Provenza, no en latín. Todo el mundo entendía sus palabras, de modo que sus canciones de tormento y deseo penetraron en las pequeñas cortes diseminadas por las actuales Francia, Italia y Alemania. Para

los trovadores, el matrimonio seguía siendo una cuestión de alianzas, propiedades y obligaciones. Pero fuera del vínculo conyugal, la pasión romántica no correspondida ni consumada llegó a ser considerada honorable e incluso caballerosa.

En el siglo xiii, Dante inmortalizaría en prosa y en verso su pasión por Beatriz. Y sin duda, otros hombres y mujeres menos eruditos debieron de amar también apasionadamente a lo largo de la Edad Media y el Renacimiento.

La difusión de la educación básica durante los siglos xvi y xvii intensificó

la aceptación de la pasión amorosa. De la imprenta fluían los sonetos y dramas de Shakespeare, así como otras historias y poemas de amor.⁵⁶ Y entrado el siglo xvii, los intelectuales empezaron a expresarse abiertamente al respecto. Jean-Jacques Rousseau, por ejemplo, despreció los matrimonios concertados y proclamó las virtudes del amor romántico. ⁵⁷ Los pobres le daban la razón. Un tercio de los europeos, hombres y mujeres, no poseían ni tierras ni otras propiedades sustanciales, y existen escritos legales británicos del siglo xvii en los que se insinúa que esas personas con frecuencia se casaban por amor. ⁵⁸

Pero tanto los libros de consulta como los textos médicos y los sermones religiosos de la época seguían desaconsejando el amor romántico como una razón suficiente para casarse.⁵⁹

La Revolución Industrial despertó el entusiasmo por el amor romántico en Occidente. A finales del siglo xviii y principios del xix empezaron a levantarse en Europa y Estados Unidos fábricas textiles. El mercado floreció.

Las ciudades se extendieron, sacando a nuestros antepasados del campo y alejándolos de las familias que tradicionalmente les forzaban a contraer matrimonios concertados. En el nuevo bullicio urbano, los padres ya no

necesitaban los contactos políticos y económicos que les proporcionaban los esposales concertados.

De modo que junto a las muchas fuerzas económicas y sociales que movió la Revolución Industrial surgió la creencia de que el matrimonio resultaba más perfecto cuando los sujetos escogían a sus parejas por sí mismos; por supuesto, siempre que sus padres estuvieran de acuerdo con la elección.⁶⁰

Los poetas románticos de Inglaterra y del resto de Europa sacralizaron esta corriente, ensalzando las alegrías y las penas del amor apasionado en unos versos altamente intelectualizados. Las

novelas románticas de baja calidad se pusieron de moda entre los menos cultos. «La flecha de Cupido», como llamaba Shakespeare a esta explosión de pasión, se clavó en el corazón de Occidente.

Casarse por amor

La costumbre de casarse con una persona de la que uno está profundamente enamorado se fue popularizando con cada nueva década del siglo xx.

En los años sesenta, el 65 por ciento de los 503 estudiantes norteamericanos entrevistados para una encuesta no se habrían casado con una mujer a la que

no hubiesen querido, aun cuando ésta hubiese tenido todas las cualidades que ellos buscaban en una compañera.⁶¹ Las mujeres eran más circunspectas. Un 24 por ciento de las 576 estudiantes entrevistadas dijeron que se negarían a casarse con un hombre al que no amaran, aunque éste fuera la pareja ideal; un 72 por ciento estaban indecisas.

Hoy día esas cifras han cambiado. En una encuesta realizada en 1991, un 86 por ciento de los hombres y un 91 por ciento de las mujeres decían que sin duda no se casarían con alguien de quien no estuvieran enamorados.⁶² Y todavía más importante es que más de un 50 por ciento de los entrevistados de ambos

sexos creyera que el que hubiera dejado de haber pasión romántica era una razón suficiente para el divorcio. 63

Para la mayoría de los occidentales el amor es el centro mismo de su vida emocional y social. Sin él se sienten privados de algo. No cabe duda, todavía hay quien se casa para ganar estatus o posición económica; y a muchos todavía les gustan las novelas y las óperas en las que dominan los amores frustrados, como sucedía entre los trovadores. Pero cuando se meten en la cama por la noche les gusta tener al lado a su amor.

El gusto occidental por el romance se está extendiendo por todo el mundo.

«Amor libre»

«Enamórate y buscarás tu perdición», dice un proverbio chino. Los chinos siempre han creído que los asuntos del corazón carecían de importancia comparados con algo esencial: la familia. Así que durante siglos y siglos, incontables millones de chinos y chinas se casaron con quien escogían sus progenitores. El honor, la obligación y el respeto eran lo primordial; estaban en juego los ancestros y los descendientes de uno.⁶⁴ Como resumía otro dicho popular: «Sólo se tiene una familia, pero siempre puedes hacerte con otra esposa».⁶⁵

Algunos amantes desbarataban los planes de sus padres tirándose al pozo de la casa familiar o tomándose el veneno de las ratas. Otros aceptaban sus casamientos concertados, a menudo con el corazón roto. Los ricos tomaban concubinas. Y los cantantes interpretaban esta pasión en los mercados y casas de té de la China imperial. 66 Pero las masas temían esta pasión profunda y veleidosa.

«El corazón siempre ve antes que la cabeza», decía Thomas Carlyle. Esta idea empezó a extenderse en China durante las Guerras del Opio del siglo XIX. Hacia 1920, algunos chinos y

chinas habían empezado a escoger a sus cónyuges, una tradición que ellos denominaban «amor libre».

Los tiempos cambiaron oficialmente en 1952 con el Acta de Reforma del Matrimonio. Esta ley proclamaba lo siguiente: «El matrimonio se fundará en el completo consentimiento de ambas partes».⁶⁷ La China comunista consideraba que los matrimonios concertados eran una costumbre barbárica; uno debía escoger la persona con la que iba a compartir su vida.

Desde 1976, más de 500 nuevas revistas se han puesto en circulación en China, muchas de ellas dedicadas a

temas del corazón.⁶⁸ En la actualidad más del 35 por ciento de los programas de televisión representan situaciones de triángulos amorosos y amor no correspondido. Hoy día, sólo un 5,8 por ciento de los jóvenes y las jóvenes de Hong Kong dicen que se casarían con alguien de quien no estuvieran enamorados o enamoradas, aunque la persona tuviera todas las cualidades deseables en sus posibles cónyuges.⁶⁹ Pese a que Hong Kong es un centro cosmopolita y no refleja las opiniones que prevalecen en inmensas zonas de China, estas cifras no dejan de marcar un claro cambio de actitud.

Desde las aldeas perdidas en el Ártico

hasta los campamentos del interior de Australia, hombres y mujeres han empezado a escoger a sus propias parejas. En un estudio realizado en 37 sociedades distintas, tanto los hombres como las mujeres situaban el amor o la atracción mutua en el primer lugar de la lista de razones por las que contraer matrimonio.⁷⁰ Sólo en India y Pakistán, donde el nivel de vida es bajo y la familia extensa sigue siendo sumamente importante para la vida económica, hay todavía un 50 por ciento de hombres y mujeres a quienes no les importa casarse sin esta pasión. ⁷¹

Ademas, en todas las culturas en las que se siguen concertando los

matrimonios, como en India, en algunos países musulmanes y en el África subsahariana, las jóvenes suelen conocer a su prometido antes del día de la boda, a fin de aprobar o rechazar la elección.⁷²

Los matrimonios concertados, a menudo al margen del amor, están tocado a su fin.

Adiós a la poligamia

La poligamia consiste en tener dos o más esposas al mismo tiempo.⁷³ Un 84 por ciento de las culturas del mundo todavía permiten que el hombre tome varias esposas; muchas incluso lo fomentan. Pero en la mayoría de esas

culturas, como las musulmanas, sólo entre un 5 y un 20 por ciento de los hombres cuentan con la riqueza y la posición social necesarias para crear un harén.⁷⁴

Para estos hombres, la poligamia es rentable. Aunque seguramente no son conscientes de los beneficios genéticos que reporta la estructura del harén: al poder fecundar a varias mujeres en el mismo periodo de tiempo, los esposos polígamos propagan su semilla mucho más.

Las mujeres de esas sociedades entraban tradicionalmente en un harén porque pensaban que era mejor ser la

segunda o tercera esposa de un hombre rico que la única esposa de uno pobre. Hoy día, sin embargo, cada vez son menos las mujeres que quieren compartir su esposo; quieren una relación romántica y exclusiva.

Muchas de estas defensoras de la monogamia hicieron colas de varias horas en 1997 para ver la película *Leila*, que cuenta la historia de una joven iraní que está profundamente enamorada de su marido. La pareja tiene un matrimonio feliz, hasta que Leila descubre que es estéril. Su suegra enseguida empieza a presionar al marido de Leila para que tome una segunda mujer, algo que él no tiene ganas de hacer. Finalmente, se casa

con una segunda mujer y engendra un hijo. Mientras tanto, Leila ha huido a casa de sus padres. La nueva pareja no tarda en divorciarse, sin embargo, y el espectador se queda con la duda de si Leila y su marido volverán a juntarse.

Leila causó un gran escándalo en Teherán. Hombres y mujeres guardaron horas de cola delante de los cines para ver la película. Como decía la joven de dieciocho años Farima Sanad a los periodistas que se acercaron hasta la cola: «Ninguna mujer puede soportar estas cosas».75

Amor mediático

Junto con la posibilidad de escoger a

la propia pareja vienen las decisiones. No es de sorprender que hoy ambos sexos busquen ejemplos y consejos acerca de cómo cortejar y escoger pareja.

Los puentes de Madison, una novela de amor entre una mujer casada y un fotógrafo de paso, vendió millones de ejemplares en Estados Unidos durante los primeros años noventa; la versión cinematográfica también atrajo a multitud de espectadores. *The Sales*, un libro que ofrecía normas explícitas sobre cómo cortejar, prendió en la imaginación de los norteamericanos como un fuego en el bosque. Las series y

culebrones de la televisión que versan sobre este tema no dejan de proliferar.

Ciertos *shows* televisivos, como *Oprah*, en los que también se trata de amores, se han disparado en las cuotas de audiencia. Estos foros ofrecen al espectador una experiencia múltiple: psicólogos que dan consejos, un público que actúa como un coro griego, expresando las costumbres de la cultura, y una visión distorsionada del sufrimiento que experimentan los amantes malhadados.

El imperativo, cada vez más extendido, de enamorarse, creará sin duda una avidez de novelas, libros de

autoayuda, secciones de consulta en la prensa escrita, películas, series de televisión y shows cuyo tema serán las glorias y desgarros causados por este proceso. Con su sensibilidad emocional, su empatía, su curiosidad por la gente, sus facultades lingüísticas y su interés por todo lo que tenga que ver con los romances y las relaciones amorosas, las mujeres serán las autoras o las productoras de la mayoría de estas expresiones culturales.

Las mujeres determinarán la orientación que le demos muchos de nosotros a nuestras vidas románticas.

La elección del amante

Es posible que al adquirir las mujeres un mayor poder económico se produzcan también algunos cambios en sus criterios de elección de la persona amada.

El amor no es fortuito. «Ese maravilloso primer arrebató», para tomar la frase de Robert Browning, suele suceder ante alguien bastante parecido a nosotros. La mayoría de los hombres y de las mujeres suelen sentir esa sensación mágica por personas desconocidas, pero pertenecientes al mismo grupo étnico y social, con un nivel económico y una formación similares y el mismo grado de atractivo físico e inteligencia.⁷⁶ También tienden

a enamorarse de sujetos con el mismo tipo de sentido del humor, las mismas ideas políticas, los mismos valores sociales y las mismas creencias y sentimientos sobre la vida en general.⁷⁷

Sin embargo, cada vez es más frecuente ver en los medios de comunicación a personas pertenecientes a toda una variedad de culturas, lo cual, unido al hecho de que cada vez hay también más mujeres con estudios y dinero propio, hará que muchas de ellas elijan parejas de grupos sociales y étnicos distintos al suyo. De hecho, en Estados Unidos los matrimonios interraciales aumentaron en un 800 por ciento entre 1960 y 1990.⁷⁸

Asimismo, a las mujeres les interesará menos el dinero de los hombres, aunque los datos en este sentido son bastante variados. En un estudio realizado en 1.111 anuncios aparecidos en las secciones de contactos personales de varios periódicos y revistas norteamericanos se comprobó que las mujeres deseaban con una frecuencia once veces superior a la de los hombres que la persona buscada tuviera una buena posición económica.⁷⁹ Las mujeres muy ricas y muy cualificadas suelen buscar hombres con un estatus económico y social todavía superior al suyo.⁸⁰

Sin embargo, hay estudios que sugieren que la inclinación femenina hacia los recursos económicos masculinos es hoy más moderada de lo que fue. En la década de los años ochenta, para las japonesas —quienes por lo general tenían un escaso poder económico— el potencial económico del cónyuge era unas 150 veces más importante que para los hombres. Pero en Holanda —donde las mujeres eran considerablemente más independientes económicamente— el estatus monetario del cónyuge era sólo un 36 por ciento más importante para las mujeres de lo que lo era para los hombres.⁸¹

Amor virtual

Hoy día, en Estados Unidos, un 60 por ciento de los hombres y de las mujeres conoce a su cónyuge a través de un amigo.⁸² Pero las mujeres también persiguen el amor por otras vías, entre ellas Internet.

Esto no es tan extraño como pudiera parecer. En India existe una larga tradición de buscar cónyuge mediante anuncios en los periódicos. Desde que los primeros pobladores europeos empezaron a llegar a Norteamérica, miles de mujeres procedentes de tierras extranjeras se han subido a bordo de barcos y aviones para conocer y casarse con hombres a los que no habían visto

en su vida. Pero existe una diferencia entre estos encuentros convenidos y las citas que se establecen en Internet. Incluso las novias que se casan a través de una moderna agencia matrimonial han tenido un intermediario que les allanó el camino. En Internet, nadie facilita la comunicación.

No se ve nada malo, ni se oye nada malo, ni se toca nada malo. Cuando uno tiene una aventura amorosa en el ciberespacio, las palabras son lo único que cuenta. Qué buen terreno para el engaño.

El engaño, claro está, forma parte de todo proceso de seducción. El objetivo

no es la sinceridad, sino la ilusión. Uno tiene que impresionar. Como dijo Harry Truman en cierta ocasión: «Si no puedes convencer, confunde». Así que los machos de muchas especies se pavonean, exhiben la cornamenta, despliegan su plumaje, agitan la cola, atacan a sus rivales, defienden su terreno o simplemente resoplan para darse importancia. En cambio, las hembras muestran las nalgas, sacuden la cabeza, estiran el cuello o arquean el cuerpo en señal de accesibilidad.

Los humanos no somos una excepción. Hombres y mujeres emplean toda suerte de seductores engaños —desde caros relojes de pulsera a estiramientos

faciales— a fin de camuflar o magnificar lo que realmente son.

Pero el ciberespacio es un verdadero terreno abonado para la trapacería, como tuvo la ocasión de descubrir una mujer del Estado de Virginia.

En 1997, la Associated Press informó sobre una mujer de Alexandria, en el Estado de Virginia, que se enamoró de alguien en un «espacio de chateo» de Internet⁸³. Los correos electrónicos diarios no tardaron en convertirse en un bombardeo de llamadas telefónicas. La mujer se encontró con su enamorado en una romántica, pero casta, cita en Nuevo México. El le hizo proposiciones, ella

aceptó. Hicieron planes para casarse. El día de la boda, su cónyuge se vendó el pecho, fingiendo que había tenido un accidente de coche. Poco después de la boda, la trampa se hizo evidente: no era para nada Don Perfecto. Ni siquiera era Don. La recién casada empezó un proceso para anular su matrimonio con otra mujer.

Internet puede ser una buena herramienta para los amantes. Muchas parejas se conocen primero en persona y luego empiezan a comunicarse románticamente por correo electrónico. Esta nueva forma de correspondencia permite a la gente expresar cosas que tal vez en persona no se atreverían a decir

por timidez. Internet ampliará, sin duda, las posibilidades de seducir a nuestros seres amados y de mantener viva la magia del romance.

Amor homosexual

También habrá más mujeres que exploren otro camino hacia la pasión romántica: la homosexualidad.

Aunque según las encuestas, los norteamericanos no aceptan hoy la homosexualidad mejor que en las décadas pasadas, parece obvio que tanto en Estados Unidos como en el resto del mundo se siente una menor repulsa hacia el amor por el mismo sexo. Así que dado que las mujeres han ganado

independencia económica, muchas de las que están atraídas por otras mujeres se sienten libres de expresar su inclinación.

Los romances de las parejas de gays y lesbianas difieren en varios aspectos. Es menos probable que un gay quiera vivir con su pareja. Menos de la mitad de los gays comparten casa con su compañero sentimental.⁸⁴ Y muchos de los que viven con su pareja tienen un acuerdo explícito o implícito de libertad para mantener relaciones sexuales ocasionales con otras personas.⁸⁵ Las lesbianas buscan con más frecuencia relaciones estables basadas en la fidelidad.⁸⁶ Un 75 por ciento de

lesbianas están comprometidas en una relación estable y además, en general, las lesbianas expresan un interés mucho mayor por el afecto y la intimidad.⁸⁷ Al igual que a las mujeres heterosexuales, a las lesbianas les encanta todo lo que tenga que ver con el amor romántico.

Las lesbianas constituyen un porcentaje mínimo de la población. Como se observaba en el capítulo 8, sólo un 2,8 por ciento de los hombres norteamericanos y un 1,4 por ciento de las mujeres se identifican como básicamente homosexuales.⁸⁸ Pero estos hombres y mujeres han alzado la voz. Se manifiestan para que se reconozcan sus derechos y transmiten

sus opiniones de muchas otras maneras. Hoy día muchas de las películas que vemos y de los libros que leemos tienen una temática homosexual.

Estas mujeres y hombres están difundiendo lo que muy bien podría llegar a ser el ideal del siglo xxi: la búsqueda de la felicidad a través del amor romántico.

Amores otoñales

«Pero para el verdadero amor, el amor a primera vista, el amor entregado, el amor que le quita el sueño a un hombre [...] creemos que la mejor edad está entre los cuarenta y cinco y los setenta años». Esto decía Anthony Trollope en

Barchester Towers.

Los romances entre personas de la tercera edad están a la orden del día.⁸⁹ Hoy día las mujeres y los hombres viven más y se conservan en buen estado de salud hasta una edad más tardía. Muchos siguen viviendo en sus casas en lugar de trasladarse con sus hijos cuando enviudan o se divorcian. También se reúnen en actividades para la tercera edad. Tienen el tiempo, la energía y las oportunidades para encontrar un amor romántico en sus años dorados.

Harold Goodman, viudo, y Marj Lintz se conocieron en una bolera. «Ella tenía algo», recuerda él. «Me impresionó», recuerda ella. Llevan nueve años

viviendo juntos. En 1998 él tenía noventa y dos años; ella, ochenta. Y como comentan ambos: «Somos uña y carne».90

Sin embargo, la historia más sorprendente de amores maduros que haya llegado a mis oídos es la de un hombre cuya hija le insistía para que se fuera a vivir a una residencia; al parecer, quería la casa para ella. El hombre vivió en la residencia varios meses. Y entonces, una mañana cogió su bicicleta y pedaleó casi doscientos kilómetros hasta un camping de caravanas del que había oído hablar. Allí se reunían para pasar el invierno en sus caravanas personas mayores como

él. Estos permanentes viajeros se llaman a sí mismos «golondrinas». Allí conoció a una mujer y se enamoró. Y desde entonces no han dejado de recorrer el país en su caravana.

El amor romántico no es sólo patrimonio de los viudos o viudas. En una encuesta realizada recientemente, los hombres y mujeres que llevaban casados más de veinte años puntuaban más alto en el apartado de pasión romántica entre ambos que los que llevaban casados sólo cinco años. De hecho, su puntuación se parecía mucho a la de los alumnos de último curso de instituto.⁹¹

Al tener una vida más larga habrá más

hombres y mujeres que encuentren un amor otoñal y puedan decir: «Somos uña y carne».

Amores compartidos: una red de intimidad

Una curiosa forma de amor contemporáneo es el amor compartido o el amor múltiple.

A diferencia de quienes practican la promiscuidad sin más, es decir, que copulan con una variedad de parejas, quienes optan por esta forma de amor compartido dicen que lo que les interesa es establecer relaciones amorosas duraderas con más de una persona. 92

La mayoría de quienes practican el amor compartido suelen estar muy unidos a un cónyuge. Pero como señala Brett Hill, de Boulder, Colorado, editor de la revista *Loving More*, «una persona no puede satisfacer todas tus necesidades».

Así que los esposos acuerdan ser sinceros para con el otro y llevar con la máxima discreción estas relaciones paralelas. Generalmente, establecen ciertas normas. Pueden decidir, por ejemplo, que siempre han de volver a dormir a casa; no quedar con nadie la noche de los viernes ni tener largas conversaciones telefónicas con sus amantes hasta que los niños no se hayan ido a la cama. Algunos grupos de

personas que comparten sus amores comparten también su casa y se consideran «casados» entre sí. Seis figuras coronan la tarta nupcial en una celebración «matrimonial» de este tipo.

Las personas que deciden tener múltiples compañeros o compañeras sentimentales dicen que este modo de vida les permite expresar diferentes tipos de sentimientos amorosos: una lasciva sexualidad, un apasionado enamoramiento, una profunda unión. Existe incluso una asociación nacional de amantes múltiples que celebra un congreso anual. Y se comunican y analizan continuamente sus complejas vidas amorosas a través de Internet.

Los celos son el gran problema de esta forma amorosa. De hecho, en el Sacred-Space Institute de San Francisco, los defensores de la «no monogamia responsable» dan charlas y talleres en los que uno aprende a encontrar un motivo de felicidad en el hecho de que su amante esté en la cama con otra persona.

No me sorprende que los celos invadan cual plaga prácticamente todas las relaciones amorosas múltiples. Como recordaremos, una de las marcas de la pasión romántica era un profundo deseo de exclusividad sexual.

El monstruo de ojos verdes

«La pasión es una enfermedad. Es una tiranía, algo oscuro. Tienes celos de todo. No hay luz, no hay armonía», escribió el autor francés Georges Simenon. Los celos afectan a ambos sexos por igual en todas las sociedades en las que los antropólogos han estudiado el amor. 93 Shakespeare decía que los celos eran el «monstruo de ojos verdes». Es ubicuo. Y dada la aceptación que tiene hoy en el mundo la pasión romántica, cada vez se verán más amantes celosos.

Hombres y mujeres sienten celos por las mismas cosas. Abrazarse, coquetear o bailar con otro u otra puede despertar

un sentimiento posesivo en la pareja de uno. Encontrar a tu compañero o compañera sentimental haciendo el amor con otra persona puede sacar fuera de sí tanto a hombres como a mujeres 94. Además, por lo general, hombres y mujeres hacen frente a los celos de la misma manera. Desprecian a sus rivales, se aprestan a satisfacer los deseos de sus parejas, las ocultan y las amenazan. Y también intentan dar la impresión de que tienen más dinero, son más importantes, más sexy o más inteligentes que sus rivales. 95

Sí que existen, sin embargo, algunas diferencias entre ambos sexos con respecto a qué cosas despiertan sus

celos y a su forma de mostrarlos o no. Las mujeres son más proclives a pasar por alto un lígúe de su compañero, si logran convencerse a sí mismas de que era una aventura pasajera y carente de importancia. Pero si la persona querida forma un vínculo afectivo con una rival y empieza a desviar hacia ella sus atenciones y recursos, casi cualquier mujer explotará de celos.⁹⁶

Mientras que las mujeres tienden a preocuparse por los vínculos emocionales entre sus parejas y sus rivales, en el caso de los hombres son más bien las indiscreciones sexuales reales o imaginarias las que les hacen bufar.⁹⁷ Siempre es más probable que

los hombres actúen abiertamente en contra de sus rivales, ya sea de palabra o de obra. Y también se vuelven contra su propia pareja. De hecho, los celos masculinos son la causa más común de las agresiones físicas y de los asesinatos de mujeres cometidos en todo el mundo.

98

Es difícil amar a una persona celosa. Havelock Ellis decía que los celos eran «ese dragón que mata el amor con el pretexto de mantenerlo vivo». Sin embargo, parece que los celos presentan ciertos beneficios desde el punto de vista de la reproducción de la especie. Puede estimular al amante a aplacar al compañero o la compañera que ha caído

presa de los celos con palabras y hechos tranquilizadores, una tranquilidad que contribuirá a la estabilidad de la relación. 99 Los celos también pueden ser la causa de separación de una pareja, reduciendo así las posibilidades de que al macho le pongan los cuernos y permitiendo que la hembra renueve su búsqueda de una pareja más satisfactoria para ella.

Este desapacible sentimiento está probablemente alojado en lo más profundo del cerebro humano, como parte de una constelación de emociones que los hombres y las mujeres heredamos a fin de ganar en el juego del acoplamiento.

Otro de estos desagradables sentimientos parece ser el dolor espantoso que experimentamos cuando nos abandona un amante.

Mal de amores

«De todas las emociones, no hay ninguna tan violenta como el amor», decía Cicerón. ¿A quién no le han dado calabazas? Sólo conozco a dos personas que nunca han sido abandonadas por alguien a quien verdaderamente querían. Las dos eran hombres. Los dos eran guapos, ricos y con una buena posición profesional, y además bastante llanos. Ambos habían tenidos grandes problemas en sus vidas. Uno estaba

atrapado en un matrimonio espantoso con una alcohólica dada a la juerga. El otro había sido atrocemente engañado por sus socios. Pero ninguno de ellos había sido abandonado por alguien a quien adorara.

Sospecho que estos dos hombres son dos raros ejemplares. Cuando se hizo una encuesta entre los estudiantes de Case Western Reserve y se les preguntó a propósito del rechazo amoroso, un 93 por ciento de chicos y chicas contestaron que habían sido rechazados por alguien de quien habían estado profundamente enamorados. Y un 95 por ciento de chicos y chicas habían dejado a alguien que estaba muy enamorado de

ellos.100 Pocos escapan a este sentimiento de vacío, temor, desesperación y furia que produce el abandono, en cualquier parte del mundo.

Una mujer china abandonada por su amante se expresaba en estos términos: «No soporto la vida. Todos mis intereses vitales han desaparecido».101 Y una polinesia se lamentaba así: «Me sentía muy sola y muy triste de verdad y lloraba continuamente. Dejé de comer y no dormía bien; no era capaz de concentrarme en mi trabajo».102 Pero la mejor descripción del sentimiento de abandono nos la ofrece el poeta Seamus Heaney: «Dulce navegación / el tiempo transcurrido en tu presencia, con tu

sonrisa como ancla; / pero la ausencia ha hecho que el amor zozobre y que se desaten los días [...] Marchaste y quedo en alta mar / tendré amotinada el alma / hasta que retomes el timón».

Ninguno de los dos sexos escapa a esta desesperación. Sin embargo, la forma de enfrentarse al abandono amoroso es distinta en un sexo y otro.

Asedio

Los hombres son más dependientes de sus parejas que las mujeres, 103 probablemente debido a que suelen tener menos vínculos familiares y de amistad. Por eso, tal vez, son más propensos a darse a la bebida, a las drogas o a

conducir peligrosamente; y además es tres o cuatro veces más probable que un hombre se suicide a resultas de un fracaso amoroso que lo haga una mujer.104

Además, los hombres asedian; lo pasan peor cuando una relación se acaba. 105 El Departamento de Justicia de Estados Unidos informa que más de un millón de mujeres al año denuncian que sufren asedios; y la inmensa mayoría son mujeres de edades comprendidas entre los dieciocho y los treinta y nueve años —el punto culminante de su vida reproductiva—. Un 59 por ciento son asediadas por sus maridos, compañeros sentimentales y novios.106 Una de cada

doce será asediada por un hombre que estuvo en algún momento en su vida, generalmente un ex marido o ex amante.
107

Algunos hombres asedian a la amante que pretende dejarlos con cartas, flores, faxes, mensajes de correo electrónico o regalos. Algunos las llaman a media noche; otros interceptan sus líneas telefónicas; otros las siguen en el coche; otros se esconden entre los matorrales y las asaltan cuando vuelven a casa para hablar con ellas o insultarlas; otros las atacan físicamente.

Más de un 50 por ciento de los asediadores amenazan a sus víctimas

108 entre un 25 y 35 por ciento se ponen violentos; un 2 por ciento terminan matándolas.

Las mujeres también tienen dificultades para separarse del amante que quiere dejarlas. Las que se quedan «colgadas» se empeñan en no dejar que se vaya. Lloran, fingen que están desamparadas, se echan a dormir a la puerta de la casa de su ex amante, le envían cartas y le llaman sin cesar. «Deja ir o te arrastrarán», dice el proverbio. Estas mujeres optan por darse contra la pared. Unos 370.000 hombres, en su mayoría entre los dieciocho y los treinta y nueve años, fueron asediados de esta forma en 1997.

Pero las mujeres abandonadas no muestran la agresividad física que exhiben los hombres abandonados. Es más probable que caigan en una depresión clínica. También hablan; y aunque es cierto que al verbalizar sus sentimientos alivian un poco su dolor, esas interminables conversaciones mantienen siempre encendida una llama. La mujer que se recrea de esta forma en una relación acabada está alimentando un fantasma.

«Tan corto es el amor y tan largo el olvido». Así captaba Pablo Neruda el sufrimiento de las personas cuando han

sido abandonadas.

Controlar el amor

Los tuaregs de Nigeria, que son musulmanes, llaman a la pasión romántica *tanazai*, «una enfermedad del corazón y del alma». Muchos psicólogos norteamericanos van todavía más lejos y consideran que el amor es una adicción.¹¹⁰ Y estoy de acuerdo con ellos. Incluso creo que el amor no correspondido eleva los niveles de dopamina y/o norepinefrina presentes en el cerebro hasta el punto que estos estimulantes naturales producen de hecho la ansiedad y la desesperación que sienten los amantes repudiados. Y

probablemente otros elementos químicos cerebrales se mezclen, añadiendo profundidad, sombras y complejidad a la angustia de uno.

A pesar de la naturaleza química de esta situación, creo que todo el mundo es capaz de controlar la pasión amorosa, del mismo modo que se pueden controlar el miedo o la cólera. Pero para ello hemos de emplear nuestras facultades intelectuales. Tirar las cartas del amante que nos ha dejado. No llamar. No escribir. Huir si se le ve en la calle o en la oficina. Llamar a los amigos. Hacer ejercicio. Inventarse una retahíla de pequeñas frases de ánimo y repetirla en silencio para tranquilizarnos

o distraernos. Hacer cualquier cosa con tal de permanecer alejados de la droga que más nos gusta: el o la amante que nos ha abandonado. La química cerebral que controla esa pasión terminará por normalizarse.

Pero ¿puede uno crearse artificialmente un sentimiento de enamoramiento por alguien?

Shakespeare jugó con esta idea en *El sueño de una noche de verano*. Puck es el encargado de verter una poción mágica sobre los párpados dormidos de Titania, reina de la hadas, lo que la llevará a enamorarse de la primera criatura que vea cuando se despierte. Pero, ¡ay!, Bottom, un hombre con

cabeza de asno, es lo primero en lo que se fijan sus ojos.

Todos hemos deseado en un momento u otro poseer una poción mágica que nos ayudase a nosotros o a otra persona a enamorarnos. Raíz de mandragora, algas marinas, ginseng, anchoas, rana disecada, sudor de yegua, ostras, testículos de macho cabrío: cientos, probablemente miles, de productos y brebajes han sido empleados para atrapar o conservar el amor.

Ninguno funciona. Aunque la atracción romántica es una experiencia química, esta pasión emerge sólo cuando es el momento oportuno y se encuentra la

persona que se ajusta al «mapa del amor» de cada cual.

Amor en los tiempos de las mujeres

Nunca sabremos qué sexo ama más intensamente, con mayor resistencia y mayor constancia. En un estudio llevado a cabo entre los estudiantes de la Universidad de Miami, un 64 por ciento de las mujeres afirmaron estar enamoradas, mientras que sólo un 46 por ciento de los hombres decían estarlo.¹¹¹ Entre los estudiantes encuestados en Rusia y en Japón, el número de mujeres que expresaban estar enamoradas era sólo ligeramente superior al de los hombres.¹¹² A juzgar por estos escuetos

hallazgos, se diría que las mujeres son más propensas a dejarse llevar por esta pasión.

De lo que no cabe la menor duda, sin embargo, es de que entre las mujeres es más común celebrar esta emoción que entre los hombres. Los artículos dedicados al amor y a la pareja llenan las páginas de las revistas femeninas. En 52 países se venden novelas románticas casi exclusivamente a mujeres. A éstas les gusta que la pornografía tenga unos toques de romanticismo. Las mujeres compran un 85 por ciento de las tarjetas y regalos del Día de San Valentín.¹¹³ Y las mujeres tienden a leer y a hablar más del amor que los hombres.¹¹⁴

Dado que los matrimonios concertados pronto serán una reliquia histórica y que el amor romántico ha invadido las expectativas matrimoniales de los jóvenes y menos jóvenes de un lado al otro del planeta, el siglo xxi verá más citas románticas, más desengaños y más vías para conocer potenciales parejas—desde anuncios en las secciones de relaciones personales de los periódicos y revistas hasta agencias matrimoniales y casamenteros de todo tipo—. Las décadas venideras también presenciarán más canciones, libros, películas, series y charlas televisivas que girarán en torno al tema del amor. Proliferarán las formas experimentales de amor, como el

amor compartido o múltiple y el romance vía Internet. Aparecerán más fiestas en las que se celebre el amor. Más gente se casará porque esté apasionadamente enamorada y también más se divorciará cuando esta pasión se enfríe. Más gente sufrirá por un amor no correspondido y más cometerá crímenes llevada por esa pasión. Y más hombres y mujeres buscarán el amor una vez tras otra, en la adolescencia, la madurez y la vejez.

Bienvenido sea el amor romántico, con todas sus esperanzas, alegrías y penas. En nuestro mundo moderno hemos dado rienda suelta al amor. Con sus talentos naturales, las mujeres serán

nuestras guías en este excitante viaje, incluso determinarán cómo, dónde, cuándo y a quién expresaremos esta antigua pasión humana.

Notas

1 Tennov, 1979.

2 Jankowiak, 1995.

3 Wolkstein, 1991.

4 Tennov, 1979.

5 Harris, 1995, p. 114.

6 Singer, 1987.

7 Stendhal, 1915.

8 Douglass y Atwell, 1988.

9 Harris, 1995, p. 113.

10 Plotnicov, 1995; Hatfield y Rapson, 1996; Tennov, 1979.

11 Davisy Davis, 1995.

12 Tennov, 1979; Hatfield y Rapson, 1996.

13 Jankowiak, 1995.

14 Bell, 1995.

15 Liebowitz, 1983; Fisher, 1998, pp. 23-52.

16 Wise, 1988; véase Fisher, 1998, pp. 23-52.

17 Véase Fisher, 1998.

18 *Ibid.*

19 *Ibid.*

20 *Ibid.*

21 *Ibid.*

22 *Ibid.*

23 Darwin, 1871/1936, p. 745.

24 Beach, 1976, p. 24.

25 Hatfield y Rapson, 1996; Tennov, 1979.

26 Buss, 1994.

27 Harrison y Saaed, 1977, pp. 257-264.

28 Buss, 1994; Symons, 1979; Williams, 1975.

29 Barber, 1995.

30 Symons, 1989, pp. 34-35.

31 Véase Barber, 1995; Singh, 1993, pp. 293-307.

32 Diony Dion, 1985; Peplau y Gordon, 1985; Tennov, 1979.

33 Buss, 1994.

34 Sadalla, Kenrick y Vershure, 1987, pp. 730-738.

35 Kenrick *et al.*, 1990, pp. 97-116.

36 Barber, 1993.

37 *Ibid.*

38 Ellis, 1992; Buss, 1994.

- 39 Gregor, 1985.
- 40 Buss, 1994.
- 41 Tennov, 1979.
- 42 Hopkins, 1994, p. 20.
- 43 Harris, 1995.
- 44 Dlužentfjíz, 1981.
- 45 Tennov, 1979; Hatfield, 1988.
- 46 Viederman, 1988, pp. 1-14.
- 47 Sheper, 1971, pp. 293-307; Spiro, 1958; Fox, 1980.
- 48 Wedekind *et al*, 1995, pp. 245-249.
- 49 Berreby, 1998, p.F2.
- 50 Money, 1997.
- 51 Frayser, 1985; Friedl, 1975.
- 52 Money, 1997.
- 53 *Ibid.*
- 54 Hatfield y Rapson, 1996.
- 55 Véase Money, 1997, p. 144.

56 Stone, 1988, pp. 15-26.

57 Hatfield y Rapson, 1996.

58 Stone, 1988.

59 *Ibid.*

60 *Ibid.*; Stone, 1990; Goode, 1982.

61 Kephart, 1967, pp. 470-479.

62 Ailgeiery Wiederman, 1991, pp. 25-27.

63 Simpson, Camphell y Bersheid, 1986, pp. 363-372; Candan, 1987.

64 Mace y Mace, 1980; Jankowiak, 1995.

65 Collins y Gregor, 1995.

66 Jankowiak, 1995.

67 Yang, 1959, p. 221.

68 Jankowiak, 1995a.

69 *Levine et al.*, 1994, p. 31.

70 Buss, 1989, 1994.

71 Prakasa y Rao, 1979, pp. 11-31.

72 *Ibid.*; Rosenblatt y Anderson, 1981, pp. 215-250.

73 Véase Hatfield y Rapson, 1996.

74 Lancaster y Kaplan, 1994.

7S Jehl, 1997, p.A4.

76 Murstein, 1972, pp. 8-12; Buss, 1985, pp. 47-51; Hatfield y Sprecher, 1986; Rushton, 1989, pp. 31-32.

77 Byrne, Clore y Smeaton, 1986, pp. 1167-1170; Cappella y Palmer, 1990, pp. 161-183; Lykken y Tellegen, 1993, pp. 56-68.

78 Laumann *et al.*, 1994; Lind, 1998, pp. 38-39.

79 Véase Buss, 1994; véase Thiessen, Young y Burroughs, 1993, pp. 209-229.

80 Buss, 1994; Wiederman y AUgeier,

1992, pp. 115-124; Townsend, 1989, pp. 241-253.

81 Buss, 1994.

82 Laumann *et al.*, 1994.

83 Associated Press, 1997, p. A15.

84 Harry, 1983, pp. 216-234.

85 Blumsteiny Schwartz, 1990, pp. 307-320.

86 Bell y Weinberg, 1978; Fowlkes, 1994.

87 Peplau y Cochran, 1990; Fowlkes, 1994.

88 Laumann *et al.*, 1994.

89 Purdy, 1995, p.A16.

90 Kankakee (111.) *Daily Journal*, 1998, p. B7.

91 Knox, 1970, pp. 151-157.

92 Hiñes, 1998, pp. 24.

93 Buss, 1994; White, 1981, pp. 129-147; Buunky Hupka, 1987, pp. 12-22.

94 Buunky Hupka, 1987.

95 Buss, 1994.

96 *Ibid.*; véase Gemry et al., 1995, pp. 355-383.

97 Buss, 1994; Daly y Wilson, 1988; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995c;

98 Wilson y Daly, 1992, pp. 289-326; Daly, Wilson y Weghorst, 1982, pp. 11-27.

98 Sheets, Fredendall y Claypool, 1997, pp. 387-402.

100 Baumeister, Wotmany Stillwell, 1993, pp. 377-391.

101 Jankowiak, 1995a, p. 179.

102 Harris, 1995, p. 113.

103 Baumeister, Wotman y Stillwell, 1993.

104 Walster y Walster, 1978.

105 Hill, Rubin y Peplau, 1976, pp. 147-168.

106 Gugliotta, 1997, p. 35; Meloy, 1998.

107 Meloy, 1998.

108 *Ibid.*; Walker y Meloy, 1998, pp. 37-38.

109 Gugliotta, 1997.

110 Peele y Brodsky, 1975; Halpem, 1982; Griffin-Shelley, 1991.

111 Hendrick y Hendrick, 1986, pp. 392-402.

112 Sprecher *et al.*, 1994.

113 Tavis, 1992.

114 Cancian, 1987.

Matrimonio entre iguales

La reforma de la institución conyugal

¿Es normal el amar verdadero? ¿Es serio, es práctico?

¿Qué gana el mundo de dos personas que viven en su propio mundo?

WISLAWA SZYMBORSKA

«Cualquier matrimonio, feliz o desgraciado, es infinitamente más interesante y más significativo que cualquier aventura amorosa, por apasionada que sea». Creo que W. A. Anden estaba en lo cierto. Un matrimonio largo es como una alfombra oriental, con unos intrincados dibujos tejidos año tras año de compartir felicidad y dolor, experiencias e ideas. Bajo el caleidoscópico diseño están la trama y la urdimbre, la fuerte retícula de sus objetivos e intereses comunes, de sus recuerdos y secretos compartidos. Y entretejidos en este tapiz están los hilos

del humor, de la paciencia, del compromiso y de la determinación más tenaz.

La atracción erótica es un simple antojo, el amor romántico es una locura eufórica. La relación amorosa basada en la fuerza del cariño es una elaborada unión con otro ser humano.

Casi todos los adultos saben qué es sentir esa profunda vinculación afectiva con alguien: conocen esa sensación de unión cósmica al pasear de la mano por la orilla del mar, la calma satisfacción de la charla de sobremesa, la sensación de seguridad al abrazarse por la noche en la cama y darse las buenas noches. «El amor no consiste en mirarse el uno

al otro, sino en mirar juntos en la misma dirección», decía Antoine de Saint-Exupery.

Esta emoción humana universal, el cariño, no es algo pasajero: está inserta en la biología del cerebro humano. Pero el matrimonio, esa antigua institución que es una celebración de ese vínculo afectivo, está experimentando una reforma histórica. La familia patriarcal tradicional, con un varón como cabeza de familia, que fue el bastión del modo de vida de la sociedad agraria durante varios miles de años, está tomando otras formas a medida que aumenta el poder económico de las mujeres.

Hay signos de este cambio por dondequiera que se mire. Hoy día se ven más bodas entre iguales, «matrimonios entre pares», como dicen los sociólogos. Se está volviendo a definir la intimidad en términos femeninos. Hombres y mujeres están recuperando los viejos hábitos de los múltiples divorcios y bodas, lo que produce mayores cotas de desesperación, pero también nuevas oportunidades para la felicidad. Ya no se juzga con mayor severidad la conducta sexual de las mujeres, e incluso el adulterio, que la de los varones. Mientras que las madres solteras solían meter a sus hijos en orfanatos, actualmente los crían y los educan solas hasta que se casan. Más

hogares tienen temporalmente a una mujer como cabeza de familia. Las mujeres están manteniendo intactas las redes familiares al tiempo que están construyendo familias «alternativas» de amigos sin lazos de parentesco. Incluso se ven signos de que puede estar surgiendo en Estados Unidos una versión de la sociedad matrilineal, en la cual se sigue la línea femenina para trazar la genealogía familiar.

Muchos de estos importantes cambios están firmemente basados en una realidad inmutable: las mujeres están recibiendo más formación y se están haciendo más independientes e interesantes de lo que lo han sido en

ningún otro momento de la evolución humana. Esto no va a socavar ese profundo deseo humano de compromiso amoroso basado en el cariño, que se materializa en la institución matrimonial. De hecho, la conclusión de este capítulo es que actualmente los hombres y las mujeres tienen la oportunidad de tener unos matrimonios más satisfactorios emocional e intelectualmente que en cualquier otro momento de la historia o la prehistoria.

Casarse

Sólo un 3 por ciento de los mamíferos se empareja para criar a sus pequeños. Los humanos nos encontramos entre

ellos. Hoy día, en casi todos los países, un 90 por ciento de las mujeres de cincuenta años están o han estado casadas.¹ En las sociedades tradicionales también se casan prácticamente todos los hombres y mujeres en buen estado de salud. ²

Los norteamericanos se casan hoy un poco más tarde de lo que lo hacían hace cien años. En 1980, la media de edad del primer matrimonio era de 22 años para las mujeres y de 26,1 para los hombres.³ En 1994, las mujeres norteamericanas se casaban a los 24,5 años, como media, y los hombres a los 26,7. ⁴ Y hay más mujeres y hombres que viven con su pareja antes de

casarse. También un número importante de mujeres tiene hijos fuera del matrimonio y no se casa hasta varios años después. Sin embargo, en 1994, el 91 por ciento de las mujeres americanas de cuarenta y cinco años se habían casado al menos una vez.⁵

Incluso se habían casado los iconoclastas norteamericanos que, nacidos durante el *boom* de natalidad posterior a la II Guerra Mundial, introdujeron la revolución sexual en los años sesenta. Un 93 por ciento de la generación que se manifestó por los derechos civiles, que se dejó crecer la barba, que fumó marihuana, que quemó los sujetadores, que cambió la carne por

el tofu, que inundó las cadenas radiofónicas de rock and roll y que dio la espalda al *establishment*, a la guerra y a las grandes empresas, se casaría a pesar de todo. Muchos cambiaron las tradicionales bodas en la iglesia por esponsales celebrados con una barbacoa en el jardín, en lo alto de una montaña o tirándose en paracaídas. Algunos se casaron en traje de baño y con collares *hippies*. Pero no dejaron de atar el nudo del matrimonio.

«Hay muchos esclavos felices»—, meditaba Darwin.⁶ De joven, se mostraba escéptico en relación con el matrimonio. Enumeró meticulosamente todas las razones por las cuales no le

convenía el matrimonio. La presión económica, la pérdida de libertad, las limitaciones de tiempo y la inevitable ansiedad fruto de las responsabilidades de la paternidad. Pero finalmente terminó uniéndose a Emma Wedgwood, su prima hermana. Dos cosas le convencieron para ir al altar, decía, «una esposa dulce y encantadora en el sofá» y su temor a ser un «insecto asexuado».7

«Las esposas de la esposa», dice un refrán inglés. Antes se creía y todavía hoy se sigue creyendo que las mujeres desean casarse por instinto natural, mientras que la mayoría de los hombres buscan la autonomía y la aventura. Yo no estoy de acuerdo. Creo que la tendencia

a establecer un fuerte vínculo con un compañero o compañera — una inclinación que está generalmente institucionalizada en el matrimonio— es una apetencia biológica profundamente alojada en el cerebro de ambos sexos.

La química de la fuerza del cariño

En 1950, el psicoanalista británico John Bowlby propuso la teoría de que en los humanos se ha desarrollado un sistema innato de vinculación afectiva que consta de unas conductas y unas respuestas psicológicas específicas.⁸ Sólo recientemente, sin embargo, han empezado los neurólogos a entender la estructura química de esta importante

emoción humana, el cariño.

Parece que al menos dos sustancias cerebrales estrechamente relacionadas, la vasopresina y la oxitocina, afectan a esta emoción. Estas sustancias se producen en el hipotálamo, una región del cerebro que controla actividades como comer, luchar, huir y copular. Pero para entender cómo producen estos neurotransmisores el sentimiento de profunda vinculación afectiva con la pareja de uno hay que conocer unas criaturas de la región central de Estados Unidos que se pasan toda la vida unidas a una sola pareja: los ratones de campo.

Estos roedores de espeso pelo marrón

grisáceo viven en un complejo sistema de galerías subterráneas en las praderas la región central de Estados Unidos. Son monógamos por naturaleza. Forman parejas para criar a sus pequeños: un 90 por ciento se emparejan de por vida.⁹ La carrera nupcial del ratón de campo se inicia inmediatamente después de la pubertad, cuando el macho se dispone a encontrar esposa. Al dar con la hembra apropiada, empieza a cortejarla. Se huelen, se lamen, se lanzan uno contra el otro, unen sus hocicos, se montan; la pareja copula unas cincuenta veces en dos días.

Lo más curioso, sin embargo, es lo que sucede a continuación. Cuando se acaba

la juega sexual, el macho empieza a actuar como un joven marido, construyendo un nido para las crías que van a llegar, protegiendo furiosamente a su pareja de otros machos rivales y defendiendo su preciosa parcela de terreno. Cuando nacen las crías también se acurruca sobre ellas y las rescata cuando se alejan.

Sue Carter, endocrinóloga conductista de la Universidad de Maryland; Tom Insel, del Yerkes Regional Primate Research Center de Atlanta, Georgia, y sus colegas han señalado una causa a estos comportamientos. Cuando el macho eyacula se incrementan en su cerebro los niveles de vasopresina,

activando su celo conyugal y paternal.10

La química de los mimos: la oxitocina

La oxitocina, un elemento químico cerebral relacionado con la vasopresina, es igualmente importante en la creación del apego en los mamíferos, especialmente en las hembras. 11

Al igual que la vasopresina, la oxitocina se produce en el hipotálamo, así como en los ovarios y los testículos. A diferencia de ella, este elemento químico se libera en el caso de las mujeres, y otros mamíferos, durante el parto. 12 Es el responsable de que se produzcan las contracciones en el útero y estimula las glándulas mamarias para

la producción de leche. Recientemente, sin embargo, los científicos han empezado a pensar que la oxitocina estimula también el proceso de vinculación de la madre con sus crías, así como entre la pareja procreadora. 13 Como señala con respecto a la vasopresina en los ratones de campo, «necesitan esos elementos químicos para formar los vínculos de pareja».14

Como los seres humanos compartimos estas sustancias con el resto de los mamíferos parece probable que la vasopresina y la oxitocina tengan también algo que ver en los vínculos afectivos humanos.

Probablemente, todos lo hemos experimentado. Los niveles de vasopresina se incrementan en los hombres justo después del orgasmo; los niveles de oxitocina suben en las mujeres en el momento del orgasmo.¹⁵ «El amor es una fusión callada y comprensiva», decía Georges Simenon. Esa sensación de fusión, de proximidad extrema y de cariñosa y profunda vinculación que se siente después de hacer el amor se debe probablemente a los elevados niveles que tenemos en ese momento de esos elementos químicos.

La testosterona y los vínculos afectivos

Al parecer, la testosterona y el cariño no se llevan muy bien.

Los hombres solteros tienden a tener unos niveles de testosterona más elevados que los casados.¹⁶ Además, los hombres que tienen altos niveles basales de testosterona también se casan con menor frecuencia y son más proclives a ser violentos en el matrimonio y a divorciarse más veces.¹⁷ Cuando un matrimonio está en una situación inestable, los niveles de testosterona del hombre suben.¹⁸ Y con el divorcio suben aún más.

Pero cuando un hombre está muy unido a su familia, sus niveles de testosterona

pueden descender considerablemente. David Gubernick, un psicólogo que trabaja en esta área, midió los niveles de testosterona de nueve futuros padres y comprobó que después del nacimiento de sus vastagos los niveles bajaban de forma importante. 19

La relación de la testosterona y el apego es particularmente notable en los pájaros. Los machos de los cardenales y de los arrendajos revolotean de una hembra a otra; nunca se ocupan de la cría de la nidada. Estos padres disolutos tienen unos elevados niveles de testosterona. Los machos de las especies que forman vínculos de pareja con una sola hembra y que la ayudan en la cría

tienen unos niveles mucho más bajos de este andrógeno. De hecho, cuando se inyecta testosterona quirúrgicamente a machos de golondrinas, estos entregados padres abandonan el nido, a sus polluelos y a su pareja para cortejar a otras hembras. 20

Se diría que en el caso de los seres humanos, los vínculos duraderos entre los cónyuges son directamente proporcionales a unos elevados niveles de vasopresina y oxitocina y a unos niveles bajos de testosterona. Eso explicaría por qué las parejas tienen menos relaciones sexuales a medida que sus vínculos afectivos se hacen más profundos e intensos.

Invitaciones, anillos, trajes, convite, viaje de novios: ¿por qué se toman todas estas molestias hombres y mujeres para formalizar sus vínculos afectivos? En mi último libro, *Anatomía del amor*, proponía la teoría de que la estructura química cerebral que regula el afecto entre los humanos evolucionó hace millones de años. Dado que esta teoría es pertinente para el tema que nos ocupa aquí, la expondré brevemente.

La evolución del vínculo marital humano

Los muertos hablan. Junto a los lagos, en las sabanas, en las hondonadas y barrancos de la antigua África, nuestros

ancestros dejaron sus osamentas y sus dentaduras. Hoy día, estos fósiles yacen expuestos bajo capas de polvo, como postales del pasado. Partiendo del examen de estos fósiles, los antropólogos han establecido ciertos puntos esenciales acerca de nuestra ascendencia humana. Entre ellos, el de que hace cuatro millones de años nuestros ancestros empezaron a caminar erectos, sobre dos piernas, en lugar de cuatro.

Esto constituye la innovación más fundamental de la especie humana y permitió que nuestros antepasados iniciaran el largo recorrido hacia la civilización. Pero fue un motivo de

crisis para las hembras de la especie. Con esta evolución de la forma de moverse se vieron obligadas a llevar a sus retoños en brazos, en lugar de a sus espaldas. ¿Cómo iba a llevar el equivalente de una bola de bolos de unos 9 kilos de peso en una mano, un palo o una piedra para protegerse en la otra y además recolectar alimentos? ¿Cómo iba a defenderse de las culebras y felinos que dormitaban entre el herbaje?

En los bosques, sus progenitoras cuadrúpedas habían llevado a sus crías sobre la espalda. Así tenían las manos libres para recolectar los alimentos cotidianos y podían escaparse y

escondese entre el follaje cuando se acercaban los predadores. Pero cuando nuestros ancestros homínidos se hicieron bípedos y empezaron a llevar herramientas y armas y a recolectar sus alimentos en las planicies abiertas, las hembras se vieron en la necesidad de un compañero que las ayudara a proteger y alimentar a sus crías.

La unión a una pareja, que era crucial para las hembras, pasó simultáneamente a resultar conveniente para los machos. Éstos habían experimentado las dificultades de proteger y proveer a un harén en su merodeo de caza por las peligrosas planicies abiertas. Pero sí que podían defender y proveer para una

sola hembra y su cría. Con el tiempo, la selección natural favoreció a aquellos que tendían a formar vínculos de pareja y de ese modo evolucionó en el cerebro humano la estructura química que afecta a la vinculación afectiva.

De esta importante adaptación se derivan muchas cosas. El marido, la esposa, el padre, la familia nuclear, nuestras múltiples costumbres relacionadas con el cortejo, los procesos matrimoniales, las palabras que designan a los parientes, los argumentos de nuestras óperas, novelas, dramas, películas y poemas, cientos de miles de tradiciones humanas tienen su origen en la antigua tendencia humana a

emparejarse y educar a las crías en equipo. Los vínculos basados en el afecto más profundo forman los cimientos de la vida social humana.

Pero lo que los humanos esperamos de nuestras relaciones matrimoniales cambia con el tiempo. Y al adquirir las mujeres un poder económico que antes no tenían, la institución del matrimonio está experimentando una profunda transformación.

Matrimonio entre pares: la unión de dos mentes semejantes

«Todas las familias felices se parecen; cada familia desgraciada es desgraciada a su manera», decía Tolstoi. No sé si el

gran escritor ruso mantendría hoy esa misma opinión.

Parece que los matrimonios desgraciados y las familias disfuncionales tienen mucho en común: alcoholismo, drogadicción, adulterio, peleas por dinero y discusiones sobre cómo educar a los hijos son temas comunes a ambos. Pero la mayoría de los *buenos* matrimonios y de las familias felices parecen únicos. Ya no sé qué esperar, por ejemplo, cuando una feliz pareja de Nueva York me invita a cenar. ¿Quién ha preparado la cena? ¿A cuál de los dos cónyuges le han retenido en el despacho? ¿Cuál ha ayudado a su hija con los deberes del colegio? Cada

matrimonio parece la trama de una novela, un *collage* original montado por dos seres humanos independientes, atareados, pero profundamente unidos por la fuerza de su cariño mutuo.

La socióloga Pepper Schwartz, de la Universidad de Washington, divide los matrimonios contemporáneos en tres variedades: matrimonios «tradicionales», matrimonios «entre semipares» y matrimonios «entre pares».21 Los matrimonios tradicionales, dice, son aquellos en los que marido y mujer se atienen a los papeles convencionales. Por lo general, la mujer trabaja a tiempo completo en la casa y cría y educa a los hijos. El

hombre es el único que aporta dinero a la unidad familiar.

Los matrimonios entre «semipares» se dan cuando los dos cónyuges trabajan fuera del hogar, pero la mujer realiza la mayoría de las tareas domésticas, las cuales son adjudicadas de una forma más o menos tradicional. En la mayoría de los matrimonios entre semipares, ambos cónyuges son inquebrantables defensores de la igualdad entre los sexos. Pero no saben cómo alcanzar una verdadera democracia doméstica. El marido sigue tomando la mayoría de las decisiones económicas importantes, por ejemplo. Gran parte de los matrimonios de hoy pertenecen a esta categoría.

Los matrimonios «entre pares» son parejas verdaderamente basadas en la igualdad. Los dos cónyuges tienen el mismo rango; ambos son igualmente responsables del bienestar emocional y económico del hogar. La opinión de ambos vale lo mismo a la hora de tomar decisiones económicas importantes. Las tareas domésticas están divididas de una forma poco convencional y más bien desde el punto de vista de la colaboración. Y los dos cónyuges sienten que su relación es equitativa, gratificante, duradera y única. Estas parejas, señala Schwartz, suelen experimentar una intensa sensación de camaradería.

La aparición de este tipo de matrimonios, que es una variante de lo que el historiador Lawrence Stone denominaba «matrimonios de compañeros», puede datarse en los orígenes de la economía de mercado y de la industrialización de Occidente.²² Pero los analistas sociales creen que estos matrimonios basados en la amistad, en la confianza mutua, en la comunidad de valores e intereses y en unas experiencias compartidas aumentarán, sin duda, gracias al creciente poder e independencia económica de las mujeres.²³

Los informes del Bureau of Labor

Statistics señalan que para el año 2000, un 51 por ciento de las parejas norteamericanas constituirán familias con dos salarios.²⁴ Y las mujeres también están entrando en el mercado de trabajo de casi todas las demás sociedades de las que existen datos al respecto. En casi todos los casos, las nuevas proveedoras de ingresos ascienden de estatus en el seno de la familia. Y los sociólogos dicen que allí donde las mujeres sean económicamente independientes, hombres y mujeres formarán parejas basadas sólo en la igualdad social y emocional.²⁵ Como explica el sociólogo Frank Furstenberg, de la Universidad de Pensilvania, el fin del siglo xx se recordará como el

momento en que empezaron a proliferar los «matrimonios simétricos».24

La profunda vinculación afectiva, la atención, la camaradería, la igualdad, la unión de dos mentes similares, son las bases de la resistencia de estos matrimonios entre pares. Junto con el incremento de esta forma de matrimonio ha aparecido un nuevo interés por la «intimidad».27 Pero una intimidad, por lo general, de una variedad femenina.

Distintos tipos de intimidad

Se dice que «sólo con tu igual puedes tener intimidad». De acuerdo. Pero la intimidad no significa lo mismo para hombres y mujeres.

Los hombres tienden a llamar proximidad emocional al hecho de hacer cosas juntos, mientras que las mujeres suelen considerar que la intimidad es hablar cara a cara.²⁸ A los hombres les gusta ir de pesca, apoyar a su equipo en un partido o ver una película codo con codo.²⁹ De todos es conocida la facilidad que exhiben la mayoría de los hombres para hablar de cuestiones difíciles mientras van conduciendo. Los hombres se hacen más comunicativos y se muestran más relajados cuando no pueden ver directamente a su compañera o compañero. ³⁰ En cintas de vídeo grabadas con hombres de todas las edades se ve que éstos por lo general se

sientan en ángulo y raramente se miran directamente a los ojos.³¹

Los psicólogos dicen que los hombres forman su sentido de la intimidad en la infancia, jugando o haciendo, deporte codo con codo. ³² Pero yo sospecho que el concepto masculino de intimidad tiene unas raíces mucho, más profundas. Después de todo, los hombres ancestrales se enfrentaban a sus enemigos cara a cara; y con sus amigos trabajaban y jugaban hombro con hombro.

Los videos grabados a mujeres y chicas de todas las edades las muestran sentadas muy juntas, mirándose más

directamente a los ojos, expresando sus emociones y charlando. 33 Estos intercambios emocionales y verbales empiezan en la infancia, cuando las niñas se sientan frente a frente para «cotillear» y «hablar en serio».34 Pero la intimidad femenina derivada de hablar cara a cara probablemente tiene también un profundo origen histórico. De una era a otra, las mujeres ancestrales sostenían a sus pequeños frente a su cara, consolándolos, educándolos y divirtiéndolos con palabras.

Del mismo modo que muchas mujeres no alcanzan a comprender qué placer pueden encontrar los hombres en

sentarse unos al lado de otros a ver el partido el domingo por la tarde, la mayoría de los hombres no entienden por qué las mujeres se pasan horas hablando con sus amigas por teléfono. Pero ambos gustos probablemente se originaron en eras desaparecidas hace tiempo.

Ambos sexos explotan asimismo el tipo de intimidad favorecido por el otro. La conversación íntima es una forma bastante común de cortejo masculino. Los varones escriben cartas de amor y hablan sin cesar con sus enamoradas, en el sofá, en el bar, por la noche en la cama. Sin embargo, después de que el nudo nupcial ha quedado atado tienden a

eludir estas conversaciones profundas cargadas de emoción y vuelven a su mundo de los negocios, los deportes y la política: la intimidad con otros hombres.

35

Las mujeres cortejan a los hombres corriendo aventuras con ellos, haciendo cosas juntos: natación, vela, montañismo, esquí; algunas incluso se sientan frente al televisor a ver los deportes junto al hombre que han elegido. Pero cuando han agradecido su asistencia y su regalo a todos los invitados a la boda y han pasado unos cuantos meses o años afianzando su relación marital empiezan a pasar de los acontecimientos y salidas deportivas

para hacer cosas de mujeres.

Las mujeres dicen que sus matrimonios empiezan a deteriorarse cuando dejan de hablar.³⁶ Pero los maridos deben sentirse desilusionados cuando sus mujeres empiezan a declinar sus invitaciones para ver los partidos o para ir de pesca.

Los hombres también expresan proximidad cuando envían flores, invitan a cenar o hacen grandes regalos —una forma de ayudar «haciendo»—. Y los hombres relacionan el coito con la intimidad con una frecuencia cuatro veces superior a la de las mujeres. ³⁷ Un hombre resumía esta visión

masculina en estos términos: «Siento que después de hacer el amor nos hemos comunicado de verdad».38 La mayoría de las mujeres encuentra semejante idea ridícula. Pero la tendencia masculina a equiparar la relación sexual con la intimidad tiene una lógica genética. El sexo es el gran regalo que una mujer puede ofrecer a un hombre; el coito es la oportunidad de propagar su ADN en la posteridad. De modo que cuando un hombre ha recibido este preciado regalo por lo general se siente extremadamente cerca de la donante.

Las mujeres expresan intimidad y afecto cuando se arreglan para que un hombre las encuentre atractivas y

tienden a considerar con mayor frecuencia que los hombres que la fidelidad sexual es un acto de amor. 39 En la cama, las mujeres disfrutan más que los hombres de las charlas íntimas, por lo general justo antes de hacer el amor. 40

Si las mujeres se mofan de los hombres por asociar el propio acto sexual con la intimidad, los hombres se asombran profundamente cuando las mujeres empiezan una conversación justo antes de hacer el amor. Pero esta tendencia femenina también tiene una lógica genética. Durante milenios, las mujeres han necesitado el apoyo emocional de un ser querido. Esta

tranquilizadora charla precoital les garantiza que su pareja puede escuchar, comunicar y demostrar algo más que pura concupiscencia en los momentos importantes.

La feminización de la intimidad

El deseo de intimidad no siempre se ha considerado esencial para el matrimonio. Incluso lo que se entiende por intimidad ha variado con el tiempo. En los Estados Unidos del siglo xvii, por ejemplo, los deberes conyugales y la ayuda mutua se consideraban formas de expresión de la intimidad.⁴¹ Sin embargo, los matrimonios concertados, la división de tareas con respecto al

sexo, las rígidas normas del decoro social, la subyugación de las mujeres y muchos otros factores tendieron a socavar los sentimientos de genuina intimidad entre los esposos en diferentes épocas de la historia del Occidente.⁴²

Sin embargo, desde que las mujeres y los hombres empezaron a emigrar a las ciudades en el siglo xix y aparecieron los matrimonios entre semipares y entre pares, la intimidad ha venido considerándose un elemento importante de la felicidad marital, no sólo en Estados Unidos sino también en sociedades tan distintas como la mexicana, la india y la china.⁴³

El tipo de intimidad en auge actualmente es, sin embargo, la versión femenina de ésta, que implica una intensa emotividad y una exteriorización verbal de los sentimientos. Los tipos de intimidad masculina, como el compartir actividades físicas e intelectuales con la esposa, ayudar en la casa, aconsejar, hacer el amor, bromear y hacer el tonto, nadie las considera hoy verdaderas muestras de intimidad. 44

Un factor que se diría no guarda relación alguna con esto viene a moderar este gusto creciente por las modalidades femeninas de intimidad: el envejecimiento de la población.

En un estudio realizado en Suecia entre 2.795 hombres y mujeres de edades comprendidas entre los quince y los ochenta años, el psicólogo Lars Tornstam descubrió que las jóvenes deseaban más que los chicos tener conversaciones profundas, íntimas y sinceras. Sin embargo, las mujeres de mediana edad no estaban más interesadas en estos intensos diálogos de lo que lo estaban los hombres.⁴⁵ La explicación que ofrece Tornstam es que las mujeres maduras se vuelven más realistas con respecto a sus expectativas del matrimonio y dejan de sentir esa necesidad de tener conversaciones intensas y cargadas de emoción.

Pero los cambios hormonales pueden tener un papel importante en la pérdida de interés de las mujeres por las conversaciones intensas, reveladoras y emotivas con sus esposos. Como se explicaba en el capítulo 7, al llegar a la mediana edad, las mujeres se vuelven más seguras e independientes debido, en parte, a que sus niveles de estrógenos declinan, dejando así al descubierto los andrógenos. Y tal vez esto también reduce su necesidad de establecer conexiones verbales intensas, profundas, con otros. Los datos extraídos de los hombres parecen corroborar esta visión. Los hombres de mediana edad empiezan a buscar más ternura e intimidad con sus mujeres.⁴⁶ No es una coincidencia,

creo, que los niveles masculinos de testosterona se reduzcan en la madurez, al tiempo que aumentan los niveles masculinos de estrógenos.⁴⁷

«Las penas se cuidan solas, pero para sacar todo el partido de una alegría uno ha de tener con quién dividirla», escribió Mark Twain. La intimidad es una manera de compartir. Cuando los hombres y mujeres nacidos en el *boom* de natalidad lleguen a la mediana edad en las distintas sociedades puede que sus definiciones de intimidad converjan, lo que vendrá a fortalecer sus matrimonios igualitarios.

¿Por qué se engañan hombres y

mujeres?

Pero, por desgracia, el matrimonio tiene un lado oscuro: el adulterio.

En un artículo académico publicado en 1998 proponía que el circuito cerebral que controla las funciones asociadas con los vínculos afectivos no está estrechamente relacionado con los circuitos asociados con la atracción o el erotismo.⁴⁸ En resumen: somos capaces de «amar» a más de una persona al mismo tiempo. Los humanos son capaces de sentir una profunda vinculación afectiva con una pareja estable, al tiempo que se sienten atraídos por alguien de su trabajo o de su entorno

social, al tiempo que experimentan un deseo erótico por una persona desconocida que ven pasar por la calle.

Muchas personas tienen de hecho unos vínculos afectivos muy profundos con otra persona, pero eso no les impide ser muy enamoradizas. La encuesta más reciente y más completa sobre la sexualidad en Estados Unidos, publicada por el National Opinión Research Center en 1994, muestra que un 25 por ciento de los hombres y un 15 por ciento de las mujeres han tenido un desliz en algún momento de su matrimonio.⁴⁹ Otros estudios actuales indican que entre un 30 y un 50 por ciento de mujeres y hombres casados

tienen frecuentes aventuras extramatrimoniales. 50

El adulterio no es una especialidad norteamericana; se observa en todas las sociedades de las que se poseen datos. De hecho, he llegado a pensar que la incidencia del adulterio en Estados Unidos es relativamente baja para los estándares mundiales.⁵¹ Adeptos de esta extendida costumbre son los mehinakúes de la selva amazónica, quienes llaman al sexo extraconyugal *awirintya*, o sea «delicioso».⁵²

Aunque cada cultura define el adulterio de una manera distinta, todas tienen unas normas al respecto, así como

unos modos de castigar a quienes se pasan flagrantemente de la raya.⁵³ Pero a pesar de estas normas y castigos, hombres y mujeres a lo largo de los siglos no han dejado de meterse en la cama con sus amantes, aun a sabiendas de que esas aventuras eran inmorales, de que podrían significar perder a sus familias y amigos, sus trabajos, sus ahorros, su posición en la comunidad, su salud e incluso, tal vez, sus vidas.

¿Por qué se engañan hombres y mujeres? ¿Cómo afectará a este hábito humano, al parecer incurable, la aparición de mujeres económicamente poderosas?

Supervivencia del infiel

Unas cuantas leyes naturales gobiernan a los seres vivos, ya sean los escarabajos, los elefantes o los humanos. Una de esas leyes es la del *carpe diem* o la de vivir el momento. Bajo unas condiciones favorables, casi todos los seres vivos aprovechan las oportunidades de apareamiento que se les ofrecen.

Las aventuras amorosas son comunes entre todos los tipos de criaturas «socialmente monógamas».54 Los pájaros cantores son un ejemplo notable. Un estudio realizado por Patricia Gowaty, una ecóloga conductista de la

Universidad de Georgia, demuestra que sólo los individuos de un 10 por ciento de las 180 especies de pájaros cantores socialmente monógamos estudiadas eran fieles a la pareja con la que se habían apareado.⁵⁵

La golondrina de los establos, por ejemplo, se aparea en primavera. Los machos llegan antes y establecen su residencia bajo los tejados y los aleros de los establos y pajares. Las hembras aparecen más tarde y escogen entre ellos. La pareja copula; la hembra pone un huevo cada día. Mientras está en periodo fértil, su compañero la sigue constantemente, algo que los ornitólogos denominan «vigilancia de la pareja».

Cuando la hembra empieza a incubar los huevos, sin embargo, el macho vuelve la vista hacia las vecinas, en busca de una cita con alguna.⁵⁶ Las hembras de muchas especies son a menudo apasionadas compañeras en estos encuentros. Las currucas tienen incluso un canto especial que utilizan para atraer a los machos en busca de aventuras extraconyugales.⁵⁷

«Muchas especies de pájaros hacen lo suyo por su lado», comenta Jeffrey Black, de la Universidad de Cambridge, en Inglaterra.⁵⁸ En realidad, estas «cópulas fuera de la pareja», conocidas también como «amores furtivos», tienen ciertos beneficios genéticos. Las

hembras que engañan a su pareja pueden adquirir esperma de diferentes machos, así como esperma de machos de un rango superior, lo que eleva sus posibilidades de engendrar unos vastagos más sanos o más variados.⁵⁹ Los machos tienen la oportunidad de diseminar sus genes.

«Ningún hombre sabe quién lo ha engendrado», dice Telémaco, el hijo de Ulises, en *La Odisea*. Esto encierra una verdad mayor de lo que muchos quieren reconocer. Hoy día los científicos que hacen pruebas en busca de enfermedades genéticas descubren que un 10 por ciento más o menos de los niños examinados no son los hijos genéticos

de sus supuestos padres.60

De hecho, el adulterio es tan común en todo el mundo que ciertos investigadores han intentado dar una explicación evolutiva a esta tendencia humana.61

Al igual que los machos de muchas otras especies, nuestros ancestros del género masculino que copulaban secretamente con hembras de las comunidades vecinas propagaban su semilla. De ahí que aquellos que tenían aventuras eran también los que tenían más hijos; estos jóvenes sobrevivían y mediante este proceso, la naturaleza favoreció a los que engañaban

sexualmente a sus parejas. En cuanto a las mujeres, las que se escabullían entre los matorrales con sus amantes tendían a recibir más comida y mayor protección para sus pequeños. Si además lograban convencer a los mejores cazadores o a los líderes más carismáticos para que se fueran con ellas también tendrían la posibilidad de concebir criaturas con mejores genes. Y como mínimo se procuraban la semilla de diferentes hombres, dando así lugar a una mayor variedad genética en sus linajes. Las que tenían aventuras cosechaban sin saberlo beneficios genéticos, lo que llevaría a que el adulterio femenino se perpetuara como un rasgo evolutivo.

Las mujeres todavía siguen empleando

inconscientemente esta estrategia. Las mujeres adúlteras suelen tener sus citas amorosas con mayor frecuencia cuando están ovulando, el momento álgido de la fertilidad. 62

«Las cadenas del matrimonio son muy pesadas. Hacen falta dos para llevarlas, y a veces tres», decía Oscar Wilde. Algunas personas dicen que engañan a su cónyuge para complementar un matrimonio que siendo bueno no llega a ser perfecto. Otras engañan como una forma de encontrar una salida a un mal matrimonio. Otras desean ser descubiertas, con la esperanza de que eso de nueva vida a sus matrimonios. Otras se aburren cuando su cónyuge está

fuera de viaje o se sienten solas cuando son ellas las que están en una ciudad diferente. Otras desean solucionar un problema sexual. Otras desean más sexo; otras, más atención y más afecto. Muchas quieren sentirse más atractivas, más masculinas o más femeninas. Otras tantas quieren ser «comprendidas». Otras quieren explorar otro tipo étnico diferente, u otra clase o grupo de edad. Otras sólo desean cierta excitación o variedad. A otras les encanta el secreto. Otras disfrutan con las situaciones triangulares y con estar en un permanente tira y afloja. A otras les encanta el peligro o anhelan ardientemente cierta independencia. Pocas lo hacen como venganza.63

Sin embargo, bajo todas estas explicaciones del adulterio puede haber un poderoso deseo humano heredado, desde luego inconsciente, de engañar a fin de incrementar las posibilidades de supervivencia de su ADN.

«La culpa es de Darwin», Así me explicaba un conocido mío su tendencia al adulterio. Yo le recordé que durante el proceso de su evolución, la especie humana desarrolló unas complicadas zonas cerebrales que controlan las decisiones racionales importantes. No somos marionetas a las órdenes de nuestro ADN. Podemos decir no al adulterio.

Sin embargo, es asombroso ver cuánta gente dice sí.

Diferencias genéricas en el adulterio

Los hombres y las mujeres buscan por lo general cosas distintas en sus aventuras clandestinas.

En Estados Unidos, los hombres tienden a establecer relaciones extraconyugales por el puro placer sexual, mientras que las mujeres se inclinan por la intimidad emocional y el compromiso.⁶⁴ En una encuesta realizada entre 205 norteamericanos de ambos sexos casados adúlteros, un 12 por ciento de las mujeres frente a un 51

por ciento de los hombres decía que buscaba una relación emocional profunda, más que una simple satisfacción carnal, en sus aventuras extraconyugales.⁶⁵ También es más probable que las mujeres que tienen aventuras piensen que sus matrimonios son desgraciados que lo piensen los hombres en la misma situación.⁶⁶

Diferencias genéricas similares se aprecian en otras culturas. En países tan distintos como Zimbabwe, Australia, Finlandia, Inglaterra, Japón y Holanda, los hombres son más proclives a tener encuentros sexuales breves, separados del amor, mientras que las mujeres buscan más intimidad emocional con sus

Esta variación genérica tiene una explicación relativamente simple.⁶⁸ Esos encuentros sexuales breves, sin implicaciones afectivas, pueden aportar a los hombres grandes beneficios. El hombre que fecunda a una mujer durante una de estas aventuras apenas ha gastado tiempo, energía o esperma. Si su amante decide criar a su vástago sin su ayuda, ganará la inmortalidad. Cada vez que una mujer se mete en la cama con un amante secreto, sin embargo, se arriesga a concebir un hijo —y a pasar años de preciosa energía criando ese paquete de ADN—. Pero si consigue construir una relación íntima con su amante puede que

lo atraiga a su red como padre y proveedor potencial.

La vigilancia masculina de la pareja

«Papá quería a mamá. / A mamá le gustaban los hombres. / Mamá está en el cementerio. / Papá está en chirona». Estos versos de Carl Sandburg resumen otra diferencia genérica en el adulterio: los hombres se toman grandes molestias para poner a buen recaudo al recipiente que transportará su semilla.

A los hombres les suele sentar mucho peor que sus mujeres tengan una aventura sexual.⁶⁹ Como se mencionaba en el capítulo 9, cuando creen que han sido sexualmente traicionados, los

hombres son mucho más dados que las mujeres a reaccionar violentamente contra la esposa o el rival. En todo el mundo, los hombres cometen la inmensa mayoría de los homicidios conyugales. 70 En docenas de sociedades, los hombres son más propensos que las mujeres a divorciarse por razones de infidelidad, sin duda debido a que cuando a sus esposas les gustan las aventuras extraconyugales se arriesgan a tener que criar al hijo de otro. 71

A las mujeres les perturba más profundamente el hecho de que sus maridos mantengan aventuras largas e íntimas con otras mujeres. 72 Tienden a culparse ellas. Intentan ponerse

atractivas para volverse a ganar el amor de su pareja. 73 Y abandonan la relación con menos rapidez que los hombres. Antes de separarse, intentan hablar y comprender la situación.74 Estos impulsos femeninos de volver a seducir a sus compañeros mujeriegos y de explorar verbalmente los problemas de la relación pueden tener un origen prehistórico. Seducir, hablar, escuchar y reconectar son métodos naturales en las mujeres de conseguir y mantener a un hombre.

¿Cambiarán estas conductas ligadas al adulterio a medida que se incremente el poder económico de las mujeres?

El fin de la doble moral con respecto al adulterio

Dudo que las mujeres con poder económico vayan a tener más aventuras sexuales pasajeras o a satisfacer su deseo de intimidad con amantes extraconyugales. Como se comentaba en el capítulo 8, las mujeres conciben el sexo en un contexto más integrado social y emocionalmente que los hombres. Además, las mujeres tienen una tendencia natural a construir y cuidar las relaciones. De modo que aunque hay muchas mujeres con capacidad económica para criar solas a sus hijos, creo que seguirán buscando la intimidad y el compromiso de sus amantes.

Se esperaría que al hacerse económicamente independientes las mujeres tendrían más amantes y aventuras sexuales pasajeras fuera del matrimonio. Pero los datos con respecto al adulterio femenino son muy variados.

Ciertamente, las mujeres están empezando a tener aventuras extraconyugales en una fase más temprana de su matrimonio. En los años cincuenta, sólo un 9 por ciento de las mujeres menores de veinticinco años decía haber tenido aventuras extraconyugales; en los años ochenta, un 25 por ciento de personas casadas de ambos sexos admitían que para los

veinticinco años ya habían tenido aventuras fuera de su matrimonio. 75 Sin embargo, el estudio de la sexualidad en Norteamérica realizado por el National Opinión Research Center de Chicago no muestra que la incidencia general del adulterio en ninguno de los dos sexos se haya incrementado desde 1950.76

En realidad, varias tendencias sociales podrían estar conteniendo de hecho la incidencia del adulterio femenino. Los hombres y las mujeres se casan hoy más tarde, se divorcian más y tienen una vida más larga. De ahí que pasan más tiempo como sujetos solitarios. Ni matrimonio ni adulterio. Además, hoy es fácil conseguir el

divorcio, los métodos anticonceptivos están muy extendidos, se puede comprobar la paternidad y los hijos «ilegítimos» son mejor aceptados. Cuando era imposible obtener el divorcio y no había manera de probar la paternidad, el marido engañado por lo general educaba al niño.⁷⁷ Hoy día puede irse. Hoy día el adulterio tiene menos gratificaciones que en el pasado.

Está por ver si, al tener más poder, las mujeres tendrán más relaciones adúlteras. Pero sí que hay una cosa clara: la forma en que la sociedad percibe el adulterio femenino está cambiando. Tomemos como ejemplo a la realeza, Carlos y Diana. Los dos tenían

sus aventuras. Sin embargo, la devoción de Carlos por Camilla Parker-Bowles se ha considerado poco varonil, mientras que se solían justificar las aventuras amorosas de Diana como actos de desesperación poética producto de un matrimonio sin amor.⁷⁸ Como señala Katie Roiphe, hoy día a la mayoría de los hombres adúlteros se les considera unos canallas sin estilo, ya no son los viriles granujas que eran antes. Y con frecuencia se considera que las mujeres que tienen aventuras sexuales fuera del matrimonio están rompiendo una lanza a favor de la libertad sexual de la mujer.

A lo largo de la historia,

especialmente en las sociedades agrarias, las mujeres han recibido un castigo mucho más severo que los hombres por engañar sexualmente a sus cónyuges.⁷⁹ Incluso en las culturas cristianas, donde el adulterio estaba estrictamente prohibido en el caso de cualquiera de los dos sexos, se entendía a veces que las aventuras amorosas del hombre eran una extravagancia comprensible.⁸⁰ Ya no sucede lo mismo. La doble moral con respecto al adulterio está declinando. En algunos círculos, incluso, el adulterio femenino está tomando un aire romántico, casi triunfante.

Al mismo tiempo, las mujeres con

poder económico son cada vez menos tolerantes con el adulterio de sus maridos.⁸¹ Descubrí esto de primera mano en una ocasión en que fui a dar una conferencia a la isla Aruba, en el Caribe.

Hasta los años centrales de la década de los ochenta, la mayoría de las mujeres de esta isla eran amas de casa y casi todos los hombres empleados de la empresa Exxon, en la cercana Venezuela. Muchos de los hombres tenían un amor paralelo a su relación conyugal, que en muchos casos también les daba hijos. La esposa y la amante conocían perfectamente la existencia la una de la otra, y eran desgraciadas. Pero en 1985,

Exxon trasladó su sede, dejando a muchos de los hombres sin trabajo. El resultado fue que el gobierno de las islas lanzó una campaña para atraer turismo. Y tuvo éxito.

De pronto las mujeres empezaron a encontrar trabajo en los nuevos hoteles y centros turísticos. Al ganar independencia económica, ya no les apeteció seguir haciendo la vista gorda respecto a las aventuras amorosas de sus maridos. La tasa de divorcio se disparó.

Sospecho que conforme las mujeres vayan ganando paridad económica con los hombres, vayan aumentando los matrimonios entre iguales y con ellos la

camaradería, la intimidad y la confianza adquieran un lugar central en las uniones matrimoniales, será menos probable que las mujeres del mundo entero pasen por alto las infidelidades de sus maridos. En su lugar, muchas de las que se sientan engañadas se divorciarán.

El divorcio

«El mundo oscuro y difícil de la vida familiar, donde los más grandes pueden fracasar y los más humildes brillar». El poeta Randall Jarrell sabía que los matrimonios duraderos exigen trabajo. En ninguna cultura del mundo es fácil para los hombres y las mujeres construir matrimonios duraderos y mutuamente

satisfactorios. De hecho, casi todas las sociedades permiten el divorcio bajo ciertas circunstancias, y la tasa de divorcio es tan alta en muchas sociedades tradicionales como en Estados Unidos.⁸²

Como puede suponerse, maridos y mujeres terminan sus matrimonios por razones diferentes. En un estudio realizado en 160 sociedades distintas por la antropóloga Laura Betzig, de la Universidad de Michigan, la primera razón que daban los hombres para pedir el divorcio era que su esposa tuviera aventuras sexuales extraconyugales; la esterilidad femenina era la segunda.⁸³ De ahí que se pueda decir que, de forma

consciente o inconsciente, los hombres tienden a casarse para reproducir sus genes y se divorcian cuando se frustra este objetivo.

Este estudio y otros demuestran que las mujeres tienden a pedir el divorcio si su marido es estéril o cruel, si no cumple con sus responsabilidades económicas y domésticas o si es físicamente violento.⁸⁴ Las mujeres se apartan del matrimonio cuando el esposo pone en peligro su capacidad para tener hijos o educarlos.

Ambos sexos se separan también cuando su cónyuge es perezoso, no les guarda ningún respeto, es celoso, discute

o regaña por cualquier cosa, es aburrido, no se acuerda de sus compromisos sexuales, habla demasiado o no hace otra cosa que ver la televisión. Quienes perciben que dan más que lo que reciben o sienten que pueden tener una pareja mejor tienden a dejar el matrimonio.⁸⁵ Las personas que no tuvieron fuertes vínculos afectivos con sus padres durante la infancia o crecieron en hogares inseguros y llenos de tensiones son más propensos a tener relaciones breves en la edad adulta.⁸⁶ Además, dado que el amor romántico se ha ido convirtiendo en la pieza central del matrimonio moderno, muchos más hombres y mujeres han empezado a divorciarse cuando esta pasión se

Hay docenas y docenas de razones por las cuales hombres y mujeres deciden poner fin a sus matrimonios. Pero, como en el caso del adulterio, creo que existen ciertas fuerzas evolutivas subyacentes asociadas con la tendencia humana al divorcio. Aunque en mi libro *Anatomía del amor*, las examinaba en detalle, creo que es relevante hacer aquí un breve resumen de las mismas.

La evolución del divorcio

Desarrollé mi teoría con respecto a la evolución del divorcio mientras estudiaba los anuarios demográficos publicados por las Naciones Unidas.

Casi cada diez años desde 1947, las Naciones Unidas han venido publicando un anuario dedicado a recopilar las cifras relativas al matrimonio y al divorcio en unos 60 países. Los datos recogidos implican a cientos de millones de personas. No tardé en darme cuenta que estos datos obedecían a unos patrones fijos.

Hombres y mujeres pertenecientes a culturas de todo el mundo muestran una notable tendencia a divorciarse en torno al cuarto año de matrimonio, a los veintitanos años y cuando todavía no tienen hijos o tienen uno solo. A medida que envejecen y que tienen más retoños

o si el matrimonio se mantiene entre tres y siete años más, aumentan las posibilidades de que permanezcan casados para siempre.⁸⁸ Asimismo, la mayoría de los divorciados, hombres y mujeres, vuelven a casarse.

Estos patrones tienen muchas excepciones. Sin embargo, los jóvenes de todo el mundo tienden a formar una serie de vínculos formalizados con diferentes parejas, lo que se conoce como monogamia consecutiva.

Una conducta similar se puede observar en otras criaturas. En el mundo de las aves es bastante común la monogamia consecutiva. Un 90 por

ciento de los pájaros se emparejan para criar a sus polluelos. Pero en más de un 50 por ciento de estas especies avícolas la pareja se separa al final de la estación de apareamiento. Y con frecuencia no vuelve a emparejarse al año siguiente. 89

La misma conducta domina entre aquellos escasos mamíferos que forman parejas estables para la cría. Los zorros rojos, por ejemplo, se emparejan en febrero y permanecen juntos hasta que los cachorros dejan de mamar. Pero cuando éstos abandonan la madriguera en busca de nuevos mundos, el zorro y la zorra siguen caminos separados. Al igual que muchos pájaros, los zorros

rojos sólo se emparejan para la estación de la cría.

Tras examinar estos patrones de conducta, tanto entre los animales silvestres como entre los seres humanos, llegué a la conclusión de que la propensión humana a abandonar al cónyuge en torno al cuarto año de matrimonio tiene su origen en nuestros primeros ancestros.

Poco después de que descendieran de los árboles de unas selvas africanas que estaban desapareciendo a toda velocidad y se hicieran bípedos, los homínidos, machos y hembras, empezaron a formar vínculos que duraban lo que el periodo de lactancia

de una única criatura, unos cuatro años. Una vez que el joven vástago había sido destetado y era capaz de unirse a otros niños, sus hermanos mayores, tías, abuelas y otros miembros de la banda se hacían cargo de parte de su cuidado. De modo que si una pareja no engendraba un segundo hijo, sus miembros eran libres de separarse, encontrar nuevas parejas y volver a reproducirse, creando así una saludable variedad genética en sus linajes.

«Y cada lecho ha sido condenado, no por la moral o por la ley, sino por el tiempo», escribió Anne Sexton. Siglo tras siglo, hombres y mujeres se han enamorado, se han apareado, han

engendrado un hijo, lo han criado al menos hasta el momento del destete y luego se han separado, produciendo por las leyes de la evolución la inclinación humana al desasosiego sentimental. La llamada «crisis de los cuatro años» podría no ser sino un vestigio de una ancestral estación de la cría humana.

La psicología, cerebral del divorcio

Este desasosiego en las relaciones largas tiene probablemente un correlato en el cerebro. Mi hipótesis es que o bien los receptores de los elementos químicos asociados con los vínculos afectivos resultan sobreestimulados o bien el cerebro produce una menor cantidad de estos elementos, dejándole a

uno psicológicamente dispuesto al desapego.

Viene a corroborar esta opinión el hecho probado de que el divorcio es una cosa que viene de familia. 90 Tal vez, los modos de absorción y producción de la oxitocina, la vasopresina y la testosterona son procesos hereditarios y, por consiguiente, los miembros de una misma familia se muestran más proclives al desasosiego y al divorcio.

Fuerzas sociales que contribuyen al divorcio: el dinero tiene alas

El tiempo que lleva casada la pareja, la edad de los esposos y cuántos hijos han tenido son todos factores biológicos

del divorcio. Parece que tenemos puntos flacos naturales en el matrimonio, una herencia de una antigua estrategia evolutiva. Pero las fuerzas culturales y la personalidad individual juegan un papel de máxima importancia en cuanto al número de personas que abandonan a su cónyuge. Son muchos los factores sociales y psicológicos que pueden acelerar o detener el divorcio. 91

Cuando las personas implicadas tienen un origen distinto, diferentes intereses y objetivos o son muy jóvenes, la pareja tiene más posibilidades de divorciarse.⁹² Los esposos con una gran diferencia de edad y un grado marcadamente diferente de atractivo

físico también tienden a separarse.⁹³ Las mujeres con estudios suelen irse con más frecuencia que las que no los tienen.⁹⁴ Las parejas que tienen una niña se separarán más que las que tienen un niño. El consumo de alcohol y la falta de práctica religiosa están también relacionados con el divorcio. Además, la manera en que los esposos negocian, se comprometen, se pelean, se muestran respeto e infunden buen humor en la relación tiene también un papel importante en la separación matrimonial.⁹⁵

Pero de todas las fuerzas sociales que contribuyen a la inestabilidad matrimonial, la más significativa puede

resumirse en tres palabras: el trabajo femenino.96

En el desierto de Kalahari, en Suráfrica, donde las mujeres detentan los derechos de los pozos de agua, o en Polinesia, donde pueden cosechar los cocos de las rebosantes palmeras, o en Wall Street, donde pueden hacer dinero, o allí donde poseen otros bienes y servicios de valor, las mujeres dejan las uniones desgraciadas. ¿Por qué? Porque pueden. En Estados Unidos, el número de mujeres dentro de la población activa se duplicó entre los primeros años de la década de los sesenta y los últimos de la de los ochenta; la tasa de divorcio también se duplicó, o más.97

Hoy día, casi el 50 por ciento de los matrimonios norteamericanos acabará en divorcio.⁹⁸ Sin embargo, no se puede culpar sólo al trabajo femenino del alto índice de divorcio. Los hombres se suelen divorciar más de las esposas económicamente solventes que de la que dependen de ellos para sobrevivir.

Esta correlación entre la independencia económica de las mujeres y el divorcio se observa en una gran variedad de culturas.⁹⁹ Entre 1970 y 1990, las mujeres entraron en tropel en el mercado de trabajo en muchas sociedades industriales. Las tasas de divorcio en Canadá, Francia, Grecia,

Holanda, Inglaterra y Alemania también se duplicaron.¹⁰⁰ Hoy día en Suecia se espera que terminen en divorcio un 48 por ciento de los matrimonios. ¹⁰¹ En países como la República Dominicana, Ghana, Indonesia y Senegal se divorcian entre un 40 por ciento y un 60 por ciento de las mujeres de edades comprendidas entre los cuarenta y los cincuenta años.¹⁰² Y en la mayoría de los países en vías de desarrollo, al menos uno de cada cuatro matrimonios acaba en ruptura. ¹⁰³

A poco que sean económicamente independientes, las mujeres atrapadas en matrimonios violentos, con problemas de alcoholismo, sexualmente

insatisfactorios o intolerablemente aburridos por lo general se largan. El dinero tiene alas.

Así ha sucedido con las mujeres de Barbados. En los pueblos colgados de las colinas de esta joya del Caribe hay comparativamente muchas mujeres con posiciones económicas desahogadas. Cada mañana salen de su casa para trabajar en los hoteles de los centros vacacionales, los restaurantes y las tiendas que circundan el mar esmeralda. Y cada noche vuelven a casa con dinero. Cuando la antropóloga Connie Sutton, de la Universidad de Nueva York, le preguntó a un hombre de Barbados lo que pensaba de las mujeres, el caballero

respondió: «¡Ah las mujeres! Vienen a nosotros; nos hacen el amor; engendran nuestros hijos y nos dejan. No tienen ningún sentido del compromiso».

La aparición del divorcio moderno

En la América y la Europa preindustrial las tasas de divorcio eran muy bajas, al igual que en todos aquellos lugares donde hombres y mujeres trabajaban la tierra, excepto entre los muy pobres o los muy jóvenes que no tenían propiedades o hijos.¹⁰⁴ Pero en las culturas agrarias, los maridos y mujeres estaban atados a la tierra y el uno al otro; no podían cavar la mitad de la tierra y llevársela a

carretadas. ¿Adonde vas a ir con una tonelada de trigo? Algunos cónyuges hartos abandonaban matrimonios desgraciados aunque fuera con las manos vacías. Los ricos pagaban para que les anularan las bodas que salían mal. Pero para la mayoría de los campesinos, «hasta que la muerte nos separe» era un precepto incontrovertible. No tenían elección.

Con el inicio de la Revolución Industrial, las mujeres empezaron a formar parte de la mano de obra remunerada. ¿Qué traían a casa? Dinero. Bienes muebles. No es casual que la tasa de divorcio empezara su lenta pero imparable ascensión.105

Las tasas de divorcio continuarán subiendo. La participación femenina en la población activa está aumentando al tiempo que la masculina está decreciendo.¹⁰⁶ Algunos demógrafos prevén partiendo de este dato que en el futuro próximo dos tercios de todos los primeros matrimonios celebrados en Estados Unidos acabarán en divorcio.¹⁰⁷ Y lo que sucede en Estados Unidos con frecuencia termina sucediendo en el resto del mundo.

¿Cómo se enfrentan uno y otro sexo al divorcio?

no es fácil romper

Por lo general es la mujer la primera que se da cuenta de que hay problemas en la relación.108

Las mujeres son más sensibles al complejo mosaico de conflictos interpersonales que contribuyen al divorcio109 probablemente debido a su capacidad para el pensamiento asociativo o «en red». Normalmente, también pueden ofrecer una explicación más compleja desde el punto de vista psicológico de por qué se deterioró la relación, gracias a que penetran mejor en la mente y las motivaciones de los otros.

Los hombres, por su lado, suelen

mostrarse más confusos con respecto a las causas que han provocado el fin de la relación. Y ofrecen unas razones más concretas, externas, de su fracaso, como que ambos cónyuges teman horarios muy diferentes.¹¹⁰

Ambos sexos también reaccionan de forma muy diferente cuando se divorcian.

Las mujeres suelen llorar y contarles a todos sus amigos que están deprimidas. Los hombres no. Los hombres suelen ocultar que se sienten vulnerables, vacíos o tristes. ¹¹¹ Tienden a huir de la pérdida, esperando poder distanciarse de su desesperación. Los hombres

divorciados son más proclives que las mujeres a darse a las drogas o al alcohol. Se vuelcan en el trabajo, conducen de una forma enloquecida o escuchan una y otra vez sensibleras y nostálgicas canciones.¹¹² Algunos se hacen delincuentes; otros, obsesos del deporte; otros se vuelven mujeriegos; y otros se meten en su agujero y ven la televisión. Unos cuantos matan a sus mujeres o se suicidan. Pero los hombres no cuentan sus penas. Como resumía un hombre esta respuesta masculina al dolor: «No sé expresarlo con palabras».¹¹³

Varios estudios sugieren que los hombres son más dependientes

psicológicamente desde temprana edad. Hombres y muchachos tienen menos confidentes de su mismo sexo,¹¹⁴ de modo que los adolescentes dependen más emocionalmente de sus enamoradas que a la inversa.¹¹⁵ Y en los romances entre personas adultas, los hombres son más dependientes emocionalmente. Los maridos también muestran más dependencia emocional de sus esposas que éstas de ellos.¹¹⁶ Estar casado añade más años a la vida de un hombre que a la de una mujer.¹¹⁷ Y los hombres corren más peligro de morir que las mujeres al quedarse viudos.¹¹⁸

No es de sorprender, pues, que los hombres digan consistentemente que

están más satisfechos con sus matrimonios. 119 Y los hombres están más dispuestos a rebajarse con tal de mantener el matrimonio, aceptando las peticiones de la mujer y ofreciendo elaboradas promesas de cambio.120 Muchos menos hombres que mujeres inician los trámites de divorcio.

Volverse a casar

Una de las cosas que más me sorprenden es la resistencia del animal humano.

Cuando la última de las pertenencias ha sido dividida y los recuerdos destruidos o escondidos, cuando se ha abonado la minuta de los abogados y

cuando la culpa, el rencor y el ansia han disminuido, hombres y mujeres renuevan su búsqueda de otra persona a la que unirse afectivamente. La inmensa mayoría vuelve a casarse. En Estados Unidos vuelven a casarse un 75 por ciento de las mujeres por debajo de los treinta años que ya han estado casadas una vez; un 50 por ciento de las que tienen edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta; y un 28 por ciento de las mayores de cuarenta.¹²¹ Tomando en consideración todas las edades, vuelven a casarse un 72 por ciento de las divorciadas y un 80 por ciento de los hombres, unos porcentajes muy similares a los de Japón.¹²²

Pocos hombres y mujeres abandonan un matrimonio sin pensárselo mucho. Sin embargo, un 54 por ciento de las norteamericanas y un 61 por ciento de los norteamericanos que se casan en segundas nupcias volverán a divorciarse.¹²³ En realidad, en una de cada siete bodas, ya sea la novia o el novio se está casando por tercera vez.¹²⁴ El número de los que se casan por tercera vez se ha duplicado en los últimos veinticinco años. Un 40 por ciento de las terceras nupcias acaban también en fracaso.¹²⁵

«El amor se nos queda pequeño, como otras cosas. / Y lo metemos en el cajón / hasta que parece una antigüedad. / Como

los ropajes que llevaban los antepasados». Emily Dickinson observaba con melancolía algo que muchos han sentido: el apego, la vinculación afectiva se puede disipar, una y otra vez.

Al desaparecer las limitaciones que imponía la sociedad agraria, ambos sexos están recuperando un antiguo modo de vida: la monogamia consecutiva, con todas sus penas y sus promesas. Pero no todo el mundo abandona a su cónyuge; un 50 por ciento de los matrimonios celebrados en Estados Unidos no terminan en divorcio. Pero hoy día los matrimonios desgraciados *pueden* terminar. Y en lo

más profundo de la psique humana hay un desasosiego, que reside en las terminaciones nerviosas que regulan la estructura química de la vinculación afectiva. Cada vez habrá más gente que tenga más de una pareja a lo largo de su vida.

La mujer cabeza de familia

«Todo fluye, nada permanece», decía Heráclito. Y es verdad. También está apareciendo actualmente otra antigua forma familiar: los hogares con una mujer al frente.

Durante siglos, la familia patriarcal

con un hombre a la cabeza dominó en todas las sociedades agrarias. Pero con la creciente presencia de la mujer en la población activa, las altas tasas de divorcio y una miríada de otras fuerzas sociales están surgiendo más y más hogares con una mujer a la cabeza de la familia.¹²⁶

En 1960, sólo un 7 por ciento de todas las familias norteamericanas con hijos tenían a una mujer al frente. En 1992, un 25 por ciento de todas las familias norteamericanas con hijos estaban encabezadas por una mujer.¹²⁷ Y ésta es una tendencia normal en todo el mundo. En Tailandia y Brasil, por ejemplo, hay una mujer al frente de un

20 por ciento de los hogares; en la República Dominicana y en Hong Kong, la cifra es del 26 por ciento; en Ghana, del 29 por ciento. 128

La mujer suele ser cabeza de familia sólo temporalmente. En Estados Unidos, los niños pasan un promedio de cinco años en este tipo de familia; luego la madre se vuelve a casar.¹²⁹ Además, muchas mujeres que son legalmente cabezas de familia tienen un amante que vive también en el hogar y que a menudo es el padre de al menos uno de sus hijos. En cualquier caso, el porcentaje de hogares con mujeres a la cabeza está aumentando en todo el mundo. La familia patriarcal tradicional — con un

hombre a la cabeza— está disminuyendo en Estados Unidos y en el resto del mundo.¹³⁰

Las familias creadas por mujeres solas

La creciente tendencia de las mujeres a tener hijos fuera del matrimonio está debilitando aún más la institución del cabeza de familia masculino.

Entre 1960 y 1993, el porcentaje de partos de mujeres solteras en Estados Unidos experimentó un impresionante aumento, pues pasó del 5 al 31 por ciento. En 1994, casi un tercio de las mujeres que dieron a luz en Estados Unidos eran solteras.¹³¹ Y ésta es una corriente internacional. En 1995, un 50

por ciento de todos los partos que tuvieron lugar en Suecia fueron de mujeres solteras. El porcentaje era de 46 por ciento en Dinamarca, 33 por ciento en Francia, 31 por ciento en Gran Bretaña y 23 por ciento en Canadá.¹³² Más de un 20 por ciento de las mujeres engendran un hijo fuera del matrimonio en Botsuana, Kenia y Tanzania. ¹³³

No es algo nuevo. Pero antes la gran mayoría de las: mujeres solteras que se quedaban embarazadas en las sociedades industrializadas se casaban de prisa y corriendo. O metían a sus hijos en orfanatos. ¹³⁴ Hoy día, la mayoría de las madres solteras eligen criar solas a sus hijos. Algunas toman

esta decisión porque el padre de la criatura los ha abandonado a ambos. Otras prefieren no casarse. Pero muchas han concebido su hijo con un hombre, por lo general bastante joven, que sencillamente no gana lo suficiente para mantener a una familia.

De hecho, muchas mujeres norteamericanas, particularmente entre las capas urbanas más pobres, han llegado a la conclusión de que la mejor manera de educar a sus hijos es formarse ellas mismas, conseguir un trabajo, encontrar una guardería decente donde dejarlos y vivir en una comunidad que ofrezca cierta protección. Tienen que luchar para conseguirlo, pero dicen

que es una solución más segura que depender de un hombre. 135

Aquellos «viejos tiempos»

Después de un viaje a Alemania, Mark Twain se refería a Richard Wagner diciendo que era «un músico que escribía una música que era mejor de lo que sonaba». Asimismo, se podría decir que los datos citados más arriba sobre el divorcio, las madres solteras y los hogares que tienen una mujer como cabeza de familia no son tan espantosos como parecen. En aquellos «viejos tiempos», las opciones que se le ofrecían a la mujer eran todavía peores.

En la América colonial, la obediencia

a un marido autoritario, patriarca del clan, se daba por supuesta e incluso estaba muy extendida la creencia de que era una ley divina.¹³⁶ En Inglaterra, hasta el siglo xix, la mujer, sus bienes, sus rentas y sus hijos eran propiedad del marido. ¹³⁷ En épocas pasadas, pocas mujeres tenían estudios o una profesión. Ciertamente es que muchas mujeres detentaban cierto poder dentro del hogar. Pero muchas no tenían otra elección que realizar las tareas domésticas y obedecer a un hombre.

Espero no ser mal entendida. No estoy celebrando que haya más madres solteras, más mujeres cabezas de familia y una tasa de divorcio más elevada.

Algunos de estos casos son trágicos; otros son valerosos esfuerzos por encontrar la felicidad; muchos contribuyen a la feminización de la pobreza. Pero muchos norteamericanos están atrapados en lo que la historiadora Stephanie Coontz, del Evergreen State College de Washington, denomina la «trampa de la nostalgia». Varios sociólogos que estudian las tendencias de la institución familiar afirman que, considerándolo bien, hoy hay más matrimonios felices que en el pasado.

138

Yo añadiría que gracias al aumento de matrimonios entre pares y la nueva importancia que ha tomado la intimidad

entre los cónyuges, el mundo seguirá viendo más uniones felices. Y cada una será un tapiz de vínculos afectivos único, tejido en equipo por dos iguales.

Conservar los parientes

T. S. Eliot dijo en una ocasión que no había una palabra para designar el amor entre los miembros de la familia, un sentimiento que él definía como un «amor que se vive, pero que no se busca».

En 1980, los sociólogos Alice y Peter Rossi emprendieron la tarea de ver cómo se relacionan realmente los adultos norteamericanos con sus familiares. 139 Recogieron datos de más

de 1.300 hombres y mujeres mayores de dieciocho años seleccionados al azar. Confirmaron lo que ya habían afirmado otros sociólogos: los miembros de las familias se dispersan, pero se mantienen en contacto.

De hecho, un 60 por ciento de los matrimonios de mediana edad viven en un radio de 35 millas de al menos uno de sus ancianos progenitores, y un 70 por ciento de sus propios hijos también viven a menos de 35 millas de ellos, lo que equivale a menos de una hora de coche.¹⁴⁰ Más del 50 por ciento de los hijos de mediana edad ven a sus progenitores, o a uno de ellos, al menos una vez por semana.¹⁴¹ También se

hablan por teléfono, se escriben y se envían correos electrónicos. Los abuelos tienen hoy un papel en la familia más importante que nunca, entre otras cosas porque la mayoría vive más tiempo.

Las mujeres están en el centro de estas redes de parentesco. Los padres y los hijos de mediana edad tienden a dar más consejos y proporcionar más directrices de trabajo. Pero las madres y las hijas adultas proporcionan a sus familiares una vida más cómoda, hacen más tareas, como regar las plantas y recoger la correspondencia, ayudan más durante las enfermedades, hacen y arreglan más objetos domésticos, se ocupan más de

los niños, hacen más regalos especiales y más visitas.142

Por lo general, la esposa norteamericana típica también emplea más tiempo conectando a sus propios padres con sus maridos y a sus hijos con sus abuelos maternos.143 Las mujeres también establecen más relaciones entre sus propias familias nucleares y sus hijastros, sus sobrinos y sobrinas, tías y tíos, primos y otros parientes. «Nadie es una isla que se baste a sí misma», escribió John Donne. En Estados Unidos, las madres, hijas, hermanas y abuelas establecen y mantienen los lazos sociales y afectivos entre los parientes.

Pero no olvidemos un dato clave: estas mujeres favorecen a los parientes maternos.¹⁴⁴ Cuando una pareja se divorcia, la mujer por lo general establece unos lazos aún más fuertes con sus parientes maternos, al tiempo que pierde vinculación con los paternos. Y a medida que envejecen, las mujeres intensifican su relación con su familia materna.

Rossi y Rossi explican que las mujeres norteamericanas están muy unidas a su familia materna porque dependen de la ayuda que ésta les presta en el cuidado de sus hijos, y de su apoyo económico y emocional. Las mujeres suelen tener más problemas económicos

que los hombres cuando se divorcian.¹⁴⁵ También tienen una vida más larga. De modo que es más probable que a lo largo de su vida necesiten el apoyo social y económico de los miembros de su familia. Como resultado de ello, incluso la independiente mujer contemporánea fomenta estos lazos con su familia materna.

El apego femenino a los parientes maternos está cambiando gradualmente la vida familiar en Estados Unidos. Como resumen Rossi y Rossi: «El sistema de parentesco que prima en Estados Unidos se inclina asimétricamente hacia el lado

Esta inclinación se verá aún más pronunciada por las mujeres profesionales interesadas en preservar su nombre de solteras. Hillary Rodham Clinton es una de las muchas que lo ha hecho. En una encuesta realizada en 1997 por la revista *Bride* un 22 por ciento de las mujeres que respondieron afirmaban que pensaban conservar su nombre de solteras cuando se casaran.¹⁴⁷ Estas mujeres no preservan su nombre de solteras puramente para mantener fuertes lazos de parentesco o para garantizarse una vejez segura o incluso para afirmar su independencia. Muchas son profesionales que necesitan

preservar su identidad profesional.

A medida que haya más mujeres que decidan seguir sus carreras profesionales se incrementarán aquéllas que preserven sus nombres de cuna, fortaleciendo así, sin darse apenas cuenta, sus lazos familiares.

Familias intencionales

Las mujeres también están creando nuevos tipos de familia, lo que la periodista Susan Ahern y la psicóloga Kent Bailey, de la Universidad Virginia Commonwealth, llaman «parientes psicológicos» y «familias intencionales».148 Estas son familias de elección. Ya sean vecinos, colegas o

amigos, los parientes psicológicos celebran juntos las fiestas más destacadas, se llevan comida unos a otros cuando están enfermos, se encargan los unos de los animales de los otros cuando se van de viaje o de vacaciones y recogen a los niños del colegio. También se reúnen regularmente para comer o en los cumpleaños y bodas.

«He llegado a dar el nombre de familia a la gente que actúa así», escribe la ensayista Judith Viorst en su libro *Pérdidas necesarias*. 149 En un estudio acerca de los valores familiares en América, un increíble 74 por ciento de los participantes estaba de acuerdo y

afirmaba que una familia es «un grupo de personas que se quieren y se preocupan unas por otras».150 Hoy en día los norteamericanos tienen más de estos parientes psicológicos que en el pasado.151 Yo me encuentro entre ellos. Mi familia de sangre está dispersa por el mundo. Pero tengo un grupo de amigos íntimos que cumplen la función de parientes.

Dado el interés innato de las mujeres por la gente y su talento para establecer contactos entre las personas, sospecho que las mujeres ponen más en la creación de estos lazos de parentesco no sanguíneos.

También estoy convencida de que esta tendencia a la creación de familias artificiales es una innovación de una importancia extrema. El sentido de pertenencia a una comunidad es esencial para casi todos los seres humanos, especialmente para los niños. Durante siglos, los niños han crecido en grupos locales. Establecían estrechos vínculos con unas veinticinco personas de todas las edades. Si sus padres se divorciaban, los más jóvenes permanecían en este grupo social estable. Tenían muchos adultos alrededor para satisfacer sus necesidades.

Hoy día, los niños de las sociedades

industriales suelen depender solamente de dos adultos, la madre y el padre. Esta configuración no basta para satisfacer todas las necesidades humanas. Y cuando los padres se divorcian, los niños y los padres entran con frecuencia en un estado de gran confusión. Crecer sólo con un progenitor tiene serios inconvenientes. 152 Pero la vida en la familia nuclear aislada tampoco es suficiente. Como dice un proverbio africano: «Para criar a un niño hace falta todo un pueblo». Y no le falta razón. Desde una perspectiva antropológica, vivir en una comunidad cuyos miembros se conocen y ayudan es un aspecto esencial de la vida humana.

Al construir y mantener estas familias intencionales, las mujeres se proporcionan una red social esencial en la que puede prosperar su ADN. Como señalan Ahem y Bailey, estos parentescos psicológicos constituyen una reinvencción del grupo de cazadores-recolectores.153

¿Una nueva sociedad matrilineal?

La institución familiar está cambiando de mil maneras. La más sobresaliente es que la familia patriarcal está siendo sustituida por toda una variedad de modalidades de familia. De hecho, podríamos estar presenciando en el mundo occidental el principio de un

cambio hacia una sociedad matrilineal.

No se debe confundir la sociedad matrilineal con el matriarcado; la sociedad matrilineal es aquella cuyos miembros trazan su linaje siguiendo la línea materna. Hoy día existen unas 15 culturas matrilineales. En estas sociedades, como en la navajo del suroeste de Estados Unidos, las mujeres suelen tener bastante poder social y económico, suelen ser las cabeza de familia y mantienen lazos de parentesco básicamente con la familia materna.

En Occidente hay una larga tradición de sociedades patrilineales, el sistema de parentesco en el cual la propiedad y

los títulos se transmitían por línea paterna. Esto ha cambiado. Hoy día la mayoría de las familias de las sociedades industrializadas son bilaterales: los miembros reconocen tanto a los parientes paternos como a los maternos y heredan propiedades de ambos. Pero al haber más mujeres con poder económico, más mujeres que son cabeza de familia y otras tantas que establecen lazos más fuertes con los parientes por vía materna hay también más familias que están adoptando algunos aspectos de los modos de vida asociados con el sistema de parentesco matrilineal.

La reacción no se hizo esperar.

Los baptistas del sur, la mayor secta protestante de Estados Unidos, han hecho un añadido a su credo. Este declara que todos los casi 16 millones de fieles deben aceptar una interpretación literal de las escrituras según la cual la esposa ha de «someterse gentilmente» a los criterios de su marido; a cambio, éste ha de «proveer, proteger y guiar a su familia».

Como dice un proverbio árabe: «Puede que el perro ladre, pero la caravana sigue avanzando». Sin duda seguirá habiendo intentos de reducir el poder de la mujer en el hogar. Pero las mujeres vencerán. El Population

Council, dependiente de las Naciones Unidas, enumera seis tendencias globales para la familia del siglo xxi: se dará un aumento gradual de la participación femenina en el mercado de trabajo, habrá más mujeres cabeza de familia, se retrasará la edad de contraer matrimonio y la de tener el primer hijo, disminuirá el tamaño de la familia y habrá más ancianos.134

Todos estos desarrollos darán a las mujeres más poder, y más responsabilidad, en el seno de la familia y en la sociedad.

¿Puede sobrevivir la familia?

Se atribuye a Gloria Steinem la frase

siguiente: «Una mujer sin un hombre es como un pez sin una bicicleta». Ingeniosa, pero no del todo acertada. El apego es humano. La elegante emoción humana de la vinculación afectiva empezó a desarrollarse en el cerebro del homínido hace millones de años; es un elemento fundamental de la humanidad. No habrá fuerza política o social que disuada al hombre y a la mujer de emparejarse. Si sobrevivimos como especie, el matrimonio y la familia tendrán millones de años de vida por delante.

De hecho, yo tengo una fe inmensa en el futuro de la familia.

La familia patriarcal tradicional no es lo que a los norteamericanos nostálgicos les gusta pensar que era. En primer lugar, nunca fue particularmente estable o duradera. En la actualidad, la duración media del matrimonio es casi exactamente la misma que hace cien años 135 Entonces, los cónyuges se morían o se iban; hoy día nos divorciamos.

Lawrence Stone considera que la alta tasa contemporánea de divorcio es una «sustitución funcional» de la muerte de uno de los cónyuges.¹³⁶ De hecho, hoy día en Estados Unidos los matrimonios son un poco más largos, dado que nos casamos más tarde y vivimos más

En segundo lugar, aunque la familia patriarcal tradicional tenía ciertas virtudes, no siempre fue una institución necesariamente buena para las mujeres. Le negó a muchas mujeres la oportunidad de expresar sus capacidades innatas y ahogó su creatividad. Dejó a millones de mujeres con una vida reducida a la cocina, la iglesia y los hijos. Y con demasiada frecuencia, además, privadas de amor.

Hoy día se está transformando la esencia misma del matrimonio. A mayor independencia y poder económico de las mujeres, más alto será el número de

matrimonios entre pares basados en una verdadera intimidad. Además, quienes se encuentren atrapados en una relación matrimonial insatisfactoria pueden irse y volver a intentarlo. Y ambos sexos son finalmente libres de crear familias intencionales o buscar otras formas no convencionales de vida familiar. Puede que el matrimonio humano esté experimentando hoy una saludable y necesaria reforma.

Y lo que es más importante, las mujeres tienen actualmente más formación que en ninguna otra época de la historia humana. Asimismo, tienen más oportunidades de emprender negocios, más redes personales y

profesionales, menos hijos y más libertad para desarrollarse social e intelectualmente. Las mujeres son cada vez más capaces, tienen más experiencias y son más interesantes, como esposas, amantes, amigas y compañeras. Si ha habido algún momento en la evolución de la humanidad en que hombres y mujeres hayan tenido la oportunidad de establecer vínculos matrimoniales satisfactorios, ese momento es ahora.

Notas

1 Bruce *et al.*, 1995; Goode, 1993.

2 Fisher, 1989, pp. 331-354; véase Fisher, 1992.

- 3 Coontz, 1992.
- 4 Furstenberg, 1996, pp. 34 y ss.
- 5 Furstenberg, 1996. *
- 6 Lindholm, 1995, p.60.
- 7 Véase *ibid.*
- 8 Bowlby, 1969; 1973; 1980.
- 9 Cártter *etal.*, 1997, pp. 260-272.
- 10 Winslow *et al*, 1993, pp. 545-548.
- 11 Pedersen *etal.*, 1992, pp. 1492.
- 12 *Ibid.*
- 13 Insel, Youngy Wang, 1997, pp. 302-316.
- 14 Morell, 1998, p. 1983.
- 15 Damasio, 1994.
- 16 Booth y Dabbs, 1993, pp. 463-477.
- 17 *Ibid.*
- 18 *Ibid.*
- 19 Véase Blum, 1997.

20 Wingfield, 1994, pp. 303-330.

21 Schwartz, 1994.

22 Stone, 1990; Candan, 1987.

23 Schwartz, 1994; Stone, 1990;

Posner, 1992.

24 Shellenbarger, 1996, pp. B 1 y ss.

25 Posner, 1992; Schwartz, 1994;

Stone, 1997.

26 Furstenberg, 1996.

27 Candan, 1987; Stone, 1990.

28 Tavis, 1992, pp. 15-25.

29 Véase Tavis, 1992.

30 Véase Mitchell, 1981.

31 Tannen, 1990.

32 Tavis, 1992.

33 Tannen, 1994.

34 Tavis, 1992.

35 Hatfield y Rapson, 1996.

36 Tavis, 1992; Riessman, 1990; Gottman, 1994.

37 Buss, 1988.

38 Candan, 1987, p. 77.

39 Buss, 1988.

40 Candan, 1987; Tavis, 1992.

41 Candan, 1987.

42 Stone, 1977,1990; Posner, 1992; Candan, 1987.

43 Candan, 1987; Hatfield y Rapson, 1996.

44 Candan, 1986, pp. 692-709; Tavis, 1992,1997, p. A29; Swain, 1989.

45 Tomstam, 1992, pp. 197-217.

46 Cleveland, 1981.

47 Nyborg, 1994.

48 Fisher, 1998, pp. 23-52.

49 Laumann *et al.*, 1994.

50 Blumstein y Schwartz, 1983; Thompson, 1983, pp. 1-22; Gangestad y Thomhill, 1997, pp. 69-88.

51 Fisher, 1992.

52 Gregor, 1985.

53 Frayser, 1985; Daly, Wilson y Weghorst, 1982, pp. 11-27; Wilson y Daly, 1992, pp. 289-326; véase Fisher, 1992.

54 Black, 1996; Wittenberger y Tilson, 1980; Mock y Fujioka, 1990, pp. 39-43.

55 Morell, 1998, pp. 1982-1983.

56 Moller, 1987, pp. 92-104.

57 Morell, 1998.

58 Milius, 1998, p. 153.

59 Véase Black, 1996; Morell, 1998.

60 Morell, 1998.

61 Benshoof y Thomhill, 1979, pp. 95-

106; Symons, 1979; Hrdy, 1981, pp. 601-659; Smith, 1984; Fisher, 1992; véase Wilson y Daly, 1992.

62 Bellis y Baker, 1990, pp. 997-999.

63 Véase Fisher, 1992.

64 Glass y Wright, 1992, pp. 361-387; Hatfield y Rapson, 1996.

65 Spanier y Margolis, 1993, pp. 23-48.

66 Glass y Wright, 1985.

67 Lawson, 1988; véase Hatfield y Rapson, 1996.

68 Buss, 1994.

69 *Ibid.*

70 Daly y Wilson, 1988; Wilson y Daly, 1992; Daly, Wilson y Weghorst, 1982; Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, 1995.

71 Betzig, 1989, pp. 654-676.

72 Buss, 1994; véase Gearyrthf, 1995, pp. 355-383.

73 Shettel-Neuber, Bryson y Young, 1978, pp. 612-615.

74 Nadler y Dotan, 1992, pp. 293-310.

75 Bhimsteih y Schwarte, 1983.

76 Laumann *et al.*, 1994.

77 Posner, 1992.

78 Roiphe, 1997, pp. 54-55.

79 Daly, Wilson y Weghorst, 1982; Wilson y Daly, 1992; Daly y Wilson, 1988.

80 Stone, 1980.

81 Hatfield y Rapson, 1996.

82 Fisher, 1992.

83 Betzig, 1989.

84 Betzig, 1989; Frayser, 1985;

Buckle, Gallup y Rodd, 1996, pp. 363-377.

85 Kerber, 1994, pp. 283-297.

86 Belsky, Steinberg y Draper, 1991, pp. 647-670; Draper y Belsky, 1990, pp. 141-162; Hill, Young y Nord, 1994, pp. 323-338.

87 Beach y Tesser, 1988.

88 Fisher, 1989; 1992; 1994, pp. 58-64.

89 Fisher, 1992; Black, 1996.

90 Pope y Mueller, 1979; McGue y Lykken, 1992, pp. 368-373.

91 Véase Fisher, 1992; Gottman, 1994; Goode, 1993; Belsky, Steinberg y Draper, 1991, pp. 647-670; Stone, 1990.

92 Fisher, 1992; Gottman, 1994.

93 Gottman, 1994.

94 Goode, 1993.

95 Gottman, 1994.

96 Cherlin, 1981; Levitan, Belous y Gallo, 1988; Glick, 1975; Trenty South, 1989, pp. 391-404; Furstenberg, 1996; Espenshade, 1985, pp. 193-245; Fisher, 1992.

97 Furstenberg, 1996.

98 Gottman, 1994; Milbank, 1996, pp. 41 y ss.

99 Fisher, 1992.

100 Judith Bruce *et al.*, 1995.

101 *Futurifk*, 1994, pp. 23 y ss.

102 Bruce *Hat.*, 1995.

103 Lewin, 1995; Bruce et al., 1995; Goode, 1993.

104 Goode, 1993; véase Fisher, 1992.

105 Véase Fisher, 1992.

106 Wysocki, 1996, pp. Al y ss.;
Bruce *et al.*, 1995.

107 Martin y Bumpass, 1989, pp. 37-
51.

108 Hill, Rubin y Peplau, 1979, pp.
64-82.

109 Baxter, 1984, pp. 29-48; Cupachy
Metts, 1986, pp. 311-334.

110 Hill, Rubin y Peplau, 1979.

111 Taffel, 1990, pp. 49-53.

112 Véase Tavis, 1992.

113 *Ibid.*

114 Barbee, Gulley y Cunningham,
1990, pp. 531-540; Duck, 1991;
Caldwell y Peplau, 1982, pp. 721-732;
Candan, 1987.

115 Ahern y Bailey, 1996; Candan,
1987.

116 Hill, Rubin y Peplau, 1979;
Stroebe y Stroebe, 1987; Candan, 1987;
Ahern y Bailey, 1996.

117 Gottman, 1994; Candan, 1987;
Angier, 1998, p. WH10.

118 *Ibid.*

119 Bernard, 1972; Kelly, 1982, pp.
304-337; Edwards y Booth, 1994, p.
255.

120 Gottman, 1994.

121 Goode, 1993.

122 Gottman, 1994; Tsubouchi, 1984.

123 Glick, 1984; Gottman, 1994;
Goode, 1993.

124 Rosewicz, 1996, pp. Bl y ss.

125 *Ibid.*

126 Bruce *etal.*, 1995; Candan, 1987.

127 Mitchell, 1995, pp. 22f, Bruce *et*

al, 1995.

128 Bruce, 1995.

129 Gottman, 1994.

130 Bruce *et al*, 1995; Goode, 1993; Furstenberg, 1996; Popenoe, 1996.

131 *Will Quarterly*, 1997; Russell, 1995, p. 8.

132 Russell, 1995a, pp. 22-41.

133 Bruce *et al*, 1995.

134 Coontz, 1992.

135 *Ibid.*; Furstenberg, 1996; Coontz y Franklin, 1997, p. A23.

136 Coontz, 1992; Stacey, 1991.

137 Stone, 1990.

138 *Ibid.*; Coontz, 1992.

139 Rossi y Rossi, 1990.

140 *Ibid.*

141 *Ibid.*; Coontz, 1992.

142 Rossiy Rossi, 1990; Salmony Daly, 1995, pp. 289-297; Schneider y Cottreil, 1975; Candan, 1987.

143 Salmón y Daly, 1996; Rossi y Rossi, 1990.

144 Rossi y Rossi, 1990.

145 Weitzman, 1985.

146 Rossi y Rossi, 1990, p. 207.

147 Pedersen-Pedersen, 1997, p. FU.

148 Ahern y Bailey, 1996.

149 Viorst, 1986, p. 54.

150 Véase Coontz, 1992, p. 21.

151 Ahern y Bailey, 1996.

152 Popenoe, 1996.

153 Ahern y Bailey, 1996.

154 Braceen, 1995.

155 Stone, 1988, p. 21, 1990; Goode, 1993; Coontz, 1994.

156 Stone, 1990; Coontz, 1992.

157 *Ibid.*

Una sociedad para la colaboración

La igualdad recuperada

«La mañana se extiende como el cielo.

¿Qué vas a hacer con ella?».

Mark Doty

«Hay una corriente en los asuntos de los hombres que, si se sigue, conduce a la fortuna», escribió Shakespeare. Estamos entrando en un mundo nuevo, un mundo en el que las facultades y aptitudes propias de las mujeres están alcanzando en el mercado y en la sociedad exactamente el mismo valor que las capacidades y habilidades masculinas. Al igual que nuestros antepasados conquistaron el poder del fuego, del agua, de la electricidad y de los átomos, quienes sepan apreciar los talentos naturales de la mujer —y sacar el máximo partido de su fuerza vital— se beneficiarán del sentido de la corriente.

El poeta Ted Hughes dijo en una ocasión a propósito de su relación con su esposa, la también poeta Sylvia Plath: «Eramos como dos pies, cada cual usaba todo lo que hacía el otro». Hombres y mujeres estamos hechos para unir nuestras cabezas, no sólo en nuestras vidas profesionales, sino también en nuestras relaciones personales. A medida que ambos sexos comprendan las distintas fuerzas de cada cual tendrán ante sí la inestimable oportunidad de llegar a comprender con bastante precisión el mundo del otro; los dos tienen la oportunidad de alcanzar una nueva empatía y una nueva manera de relacionarse con el otro.

Ha llegado el momento de celebrar nuestras diferencias genéricas, de permitir que florezcan las capacidades innatas de la mujer en el medio laboral, de construir nuevas formas de entendimiento entre hombres y mujeres y de trabajar juntos. Sin esta colaboración fundamental, ambos sexos se engañan. Y, por ende, engañan a la sociedad.

La guerra de los géneros

Sin embargo, estamos viviendo una época, tal vez la única en toda la historia de la evolución humana, en la que un gran número de personas, especialmente los intelectuales y la academia, están convencidos de que

ambos sexos son prácticamente iguales. Prefieren ignorar la creciente bibliografía que demuestra científicamente la existencia de diferencias genéricas heredadas y mantienen en su lugar que hombres y mujeres nacen como hojas en blanco, en las que las experiencias de la infancia marcan la aparición de las personalidades masculina o femenina.

Cual obcecados generales, estos defensores de la igualdad genérica siguen librando la última batalla. A muchos les perturba el pasado. En otros tiempos, la idea de que ambos sexos eran diferentes era una idea casi universal y a las mujeres se las

consideraba inferiores a los hombres. De modo que temen que si aceptan que ambos sexos tienen cualidades y capacidades inherentemente distintas estarán dando nuevas armas a los opresores masculinos para mantener a las mujeres en una posición secundaria.

Esta forma de pensar es anticuada y contraproducente. Vivimos en una era en la que las aptitudes naturales de las mujeres están quedando demostradas. Además, hoy día el mercado de trabajo necesita de la mente femenina. Las mujeres se han convertido en un bien social y económico inmenso.

Vivimos en una sociedad en transición.

La familia patriarcal en la que dominaba el varón está siendo sustituida por toda una variedad de modalidades familiares nuevas e igualitarias. Estas nuevas configuraciones domésticas requieren el empeño y las facultades de ambos sexos. Las relaciones de vecindad han empezado a atrofiarse a medida que la gente ha ido estableciendo otras redes personales a través del trabajo, de las actividades recreativas o de Internet. Las comunidades necesitan la energía de ambos sexos para redefinir y fortalecer los vínculos locales. La televisión es hoy día como la hoguera de un campamento global.

Cuando nos sentamos hoy frente al

televisor, tratando de comprender toda una serie de cuestiones complejas, nos beneficiamos tanto de las opiniones de las mujeres como de las de los hombres. Muchas empresas, que antaño estaban jerárquicamente estructuradas, se están transformando hoy en organizaciones híbridas, cada cual con una estructura propia. Para triunfar, la mayoría necesitará las capacidades de ambos sexos.

Las empresas, los organismos gubernamentales, las asociaciones civiles, el ejército, la ley, la medicina, los departamentos policiales, las aulas: todo está cambiando. Incluso nuestras opiniones fundamentales sobre la

justicia, la salud, la caridad, el juego, la intimidad, el sexo y el amor están en un momento de transición. Dado que nos dirigimos hacia una época en la que se plantearán los problemas más complejos y posiblemente más peligrosos que hasta la fecha haya experimentado la humanidad necesitaremos de la fuerza de ambos sexos a fin de solucionarlo. Y el que nuestros esfuerzos tengan o no éxito dependerá de que las mujeres participen en el cambio tan plenamente como los hombres y de que ambos sexos trabajen en equipo.

Y las mujeres serán elementos destacados del equipo. Como creo haber recalcado a lo largo de todo este libro,

en el siglo xx confluyeron una serie de fuerzas económicas y sociales que dieron lugar a la aparición de una mujer profesionalmente formada y económicamente independiente. Estas fuerzas se incrementarán a medida que avance el siglo xxi gracias a dos excepcionales hechos demográficos que prometen elevar el estatus —y la participación— de las mujeres en la sociedad.

El hijo único

En Canadá, Europa occidental y oriental, Rusia, Japón, Corea, Taiwan, China, Tailandia, Cuba y muchos otros países, los índices de natalidad están

actualmente equiparados con un nivel 2,1 de renovación de la población o por debajo del mismo. El índice de natalidad en Estados Unidos es ligeramente más alto, debido a la inmigración masiva de asiáticos y latinoamericanos.¹ Pese a todo, los índices de natalidad norteamericanos apenas llegan para mantener la población actual. Incluso en los países en vías de desarrollo, las tasas de natalidad han bajado de 6 a 3 hijos por mujer.² Los demógrafos prevén que para el año 2050 la tasa de natalidad mundial bajará a 1,85 hijos por mujer, muy por debajo del nivel de renovación de la población.³

Esto tiene muchas implicaciones para el desarrollo de la vida sobre la tierra. Los padres estarán mucho menos dispuestos a mandar a la guerra a su único hijo, por poner un ejemplo. Y lo que es más importante para las mujeres, los padres emplearán mucho tiempo y energías en la educación de su única descendencia, ya sea un niño o una niña.

A favor de las niñas

Hay un segundo factor demográfico que tiene unas consecuencias aún más importantes para la futura participación de las mujeres en la sociedad. Por primera vez en la historia de la humanidad, la tasa de fertilidad

masculina empieza a equipararse con la femenina.⁴ Ambos sexos producen aproximadamente el mismo número de hijos. A primera vista, puede parecer que éste es un detalle sin importancia. Pero no cabe duda de que elevará el estatus de la mujer, debido a una curiosa razón biológica.

En muchas culturas a lo largo de la historia, los hombres, sobre todo los de las clases superiores, tenían varias esposas y amantes clandestinas, además de todas las oportunidades de copular con sirvientas, esclavas y concubinas. Los hombres podían producir muchos hijos. Las mujeres, por su lado, sólo podían engendrar un número limitado de

hijos.⁵ Debido a esta razón biológica fundamental, afirman los científicos, los padres de las sociedades agrarias tendían a invertir más tiempo, dinero y atenciones en los niños. Potencialmente, el varón podía propagar más su ADN en el futuro.⁶

Pero en las sociedades industriales contemporáneas, los niños cuando crecen no procrean más que las niñas. Las hijas son hoy tan valiosas como los hijos a la hora de propagar los genes de los padres. «Ha desaparecido el incentivo por el que se favorecía a los hijos por encima de las hijas», dice la antropóloga Laura Betzig, de la Universidad de Michigan. «Este

principio darwiniano nos ayuda a comprender por qué las parejas modernas están tan dispuestas a invertir en sus hijas».7

La hija capaz

Dejando a un lado estos motivos biológicos inconscientes, los padres también invertirán en sus hijas para alcanzar unos objetivos sociales y económicos.

En el pasado, los padres querían tener hijos debido a toda una serie de razones prácticas. Los hijos llegarían a tener los medios necesarios para criar a su propia prole y cuidar de sus padres cuando éstos no pudieran valerse. Los hijos

adquirirían la educación o la experiencia que les permitiría llevar el negocio o la hacienda familiar. Los hijos tendrían las redes personales que se requieren para proteger los intereses familiares. Y los varones perpetuarían el apellido familiar. Por eso nuestros antepasados de la larga era agraria oían con tanto regocijo las palabras: «¡Es un niño!».

Pero hoy día las mujeres no sólo engendran tantos hijos como los varones, sino que también es más probable que —debido a su instinto innato para cuidar y proteger— dediquen más tiempo a su crianza y educación. Y además las hijas parecen

más dispuestas a ocuparse de sus padres en la vejez. De modo que cada vez habrá más padres por todo el mundo que escuchen con felicidad las palabras: «¡Es una niña!».

Esta forma de pensar ha empezado a propalarse por China, donde tradicionalmente se preferían los niños. Según un informe publicado en el *New York Times* en 1998, algunos padres chinos piensan hoy que es mejor para ellos tener una hija que un hijo. Piensan que la niña se mostrará más compasiva con ellos en sus años maduros. 8

Y lo que es igualmente importante, los padres de muchas partes del planeta

invertirán en las niñas porque hoy las mujeres tienen una capacidad económica similar a la de los hombres para mantener a sus familias y a sus ancianos padres. Un estudio realizado en 1995 en 130 sociedades por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo confirmó que en todos los continentes las mujeres avanzan hacia la paridad económica con el hombre. En las sociedades industrializadas, una oleada de mujeres nacidas durante el *boom* de natalidad posterior a la II Guerra Mundial poseen hoy la «energía pacífica» de sus años posmenopaúsicos; y muchas cuentan con el tiempo, el empuje y el dinero para asistir a sus familias.

Una generación de mujeres que podría ser tal vez aún más poderosa les viene pisando los talones. Los hijos e hijas de esas norteamericanas nacidas durante el *boom* de natalidad, quienes nacieron a su vez entre 1977 y 1994, ascienden a unos 72 millones y constituyen un 28 por ciento de la población.⁹ Se espera que las mujeres de este grupo de edad superen a sus madres en sus logros académicos y profesionales.¹⁰ En otras sociedades se espera que más mujeres de este grupo de edad rompan con el pasado, consigan empleos remunerados y acumulen los recursos suficientes para mantener a sus hijos y a sus padres.

Las mujeres se han puesto en marcha. Han empezado a desprenderse de su estatus de segundo sexo, la posición a la que fueron arrojadas hace miles de años, cuando se inició la era agraria. Su condición social se elevará y aumentará el número de mujeres en puestos de responsabilidad en la empresa, la educación, las profesiones liberales, el gobierno y la sociedad civil. En ciertos sectores de la economía predominan; ya son el primer sexo. También han empezado a expresar su sexualidad y a redefinir el amor y la vida familiar. Como los glaciares, las mujeres de hoy están creando lentamente un nuevo paisaje social y económico, construyendo un mundo nuevo. Pienso

que este mundo eliminará las categorías de primer y segundo sexo. Poco a poco estamos avanzando hacia una sociedad en la que se fomentará una verdadera colaboración, hacia una cultura global en la que se entenderán, se valorarán y se emplearán los méritos de ambos sexos. Puede que el siglo xxi sea el primero de la era moderna que verá a ambos sexos trabajar y vivir como iguales, la manera en que fueron creados para vivir hombres y mujeres, la manera en que hombres y mujeres vivieron durante tantos milenios de nuestro esencial pasado humano.

Notas

1 Drucker, 1997, pp. 20 y ss.

2 Wattenberg, 1997, pp. 60-62;
Specter, 1998, p. 41.

3 Wattenberg, 1997, pp. 60-62.

4 Lancaster, 1994; Lockard y Adams,
1981, pp. 177-186.

5 Trivers y Willard, 1973, pp. 249-
253; véase Hrdy, 1987.

6 Dickemann, 1979; 1992; Barash y
Lipton, 1997.

7 Lavia Betzig, en una entrevista
personal.

8 Eckholm, 1998, pp. Al y ss.

9 Mitchell, 1995, pp. 22 y ss.

Bibliografía

Abbey, A. (1982), «Sex differences in

attributions for friendly behavior: Do males misperceive females friendliness?», *Journal of Personality and Social Psychology*, 42, pp. 830-838.

Auelson, p.h. (1995), «Great Transitions», editorial, *Science*, 10 de noviembre, 895.

Agor, W. H. (1986), *The look of intuitive decision making: A research-based approach to top management*, Westport, Connecticut, Quorum Books.

Ahern, s. y Bailey, k.g. (1996), *Family by choice: Creating family in a world of strangers*, Mineápolis, Fairview Press.

Alexander, M. (1995), «Vacation for the spirit», *Winning Strategies* (otoño), p. 42 y ss.

Alexander, Richard D. (1974), «The evolution of social behavior», *Annual Review of Ecology and Systematics*, 5, pp. 325-383.

Allen, Laura S. y Gorsh, Roger A. (1991), «Sexual dimorphism of the anterior commissure and the massa intermedia of the human being», *Journal of Comparative Neurology*, 312, pp. 97-104.

Allen, Laura; Richey, Alan e.; Chai, Yee M. y Gorski, Roger A. (1991), «Sex

differences in the corpus callosum of the living human being», *The Journal of Neuroscience*, 11(4), pp. 933-942.

528

Allgeier, E. R. y Wiederman, M. W. (1991), «Love and mate selection in the 1990's», *Free Inquiry*, 11, pp. 25-27.

Amoss, P. T. (1981), «Coastal Salish elders», en *Otherways of growing old: Antropological perspectives*, editado por P. T. Amoss y S. Harrell, Stanford, California, Stanford University Press.

Andina, M. y Pillsbury, B. (1997), «Trust: A new approach to women's empowerment», ponencia presentada en el encuentro anual de la Population

Association of America, Washington D.C., 18 de marzo.

Angier, Natahe (1995), «Does testosterone equal aggression? Maybe not», *New York Times*, 20 de junio, Cl, 3.

—(1995a), «For baboons, rising to top has big cost in fertility», *New York Times*, 10 de enero, Cl, 5.

—(1995b), «Status isn't everything, at least for monkeys», *New York Times*, 18 de abril, Cl, 6.

—(1996), «Variant gene tied to a love of new thrills», *New York Times*, 2 de enero, Al y ss.

—(1997), «Theorists see evolutionary

advantages in menopause», *New York Times*, 16 de septiembre, F1.

—(1998), «Men. Are women better off with them, or without them?», *New York Times*, 21 de junio, WH10.

Applebome, P. (1996), «New choices for parents are starting to change U.S. education landscape», *New York Times*, 4 de septiembre, B7.

Archer, John (1991), «The influence of testosterone on human aggression», *British Journal of Psychology*, 82, pp, 1-28.

Associated Press (1997), «Bride finds her husband is a woman», *New York Times*, 13 de enero, A1 5-

Auletta, K. (1998), «In the company of women», *The New Yorker*, 20 de abril, pp. 72-78.

529

Austad, Steven N. (1994), «Menopause: An evolutionary perspective», *Experimental Gerontology*, 29(3/4), pp. 255-263.

Ayres, B. D. (1997), «Women in Washington statehouse lead U.S. tide», *New York Times*, 14 de abril, Al y ss.

Baechuk, W. A.; Hames, R. B. y Thompson, R. A. (1983), «Sex differences in the recognition of infant facial expressions of emotion: The primary caretaker hypothesis», *Ethology*

and Sociobiology, 6, pp. 89-102.

Baker, Kate C. y Smuts, Barbara B. (1994), «Social relations of female chimpanzees: Diversity between captive social groups», en *Chimpanzee cultures*, editado por R. Wrangham *et al.*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Baker, R. R. y Bellis, M. A. (1995), *Human sperm competition: Copulation, masturbation and infidelity*, Londres, Chapman and Hall.

Bancroft, J.; Sanders, D.; Davtson, D. y Warner, P. (1983), «Mood, sexuality, hormones, and the menstrual cycle. in Sexuality and the role of androgens»,

Psychosomatic Medicine, 45, pp. 509-516.

Bancroft, J.; Davtoson, D. W.; Warner, P. y Tyrer, G. (1980), «Androgens and sexual behavior in women using oral contraceptives», *Journal of Clinical Endocrinology*, 12, pp. 327-340.

Barash, D. P. y Lipind, J. E. (1997), *Making sense of sex: How genes and gender influence our relationships*, Washington, D.C., Island Press.

Barbee, A. R; Gulley, M. R. y Cunningham, M. R. (1990), «Support seelang in personal relationships», *Journal of Social and Personal Relationships*, 7, pp. 531-540.

Barber, N. (1993), «The evolutionary psychology of physical attractiveness: Sexual selection and human morphology», *Ethology and Sociobiology*, 16, pp. 395-424.

Barchas, P. R.; Harris, W. A.; José n, W. S. y Raso, E. A. (1984), «Social interaction and the brain's lateralization of hemispheric function», en *Social cohesion: Essays toward a sociophysiological perspective*, editado por P R. Barchas y S. P. Mendoza, Westport, Connecticut, Greenwood Press.

Barret-Connor, E. y Kritz-Selverstein, D. (1993), «Estrogen replacement

therapy and cognitive function in older women», *Journal of the American Medical Association*, 269, pp. 2637-2641.

Barton, L. (1997), «A shoulder to lean on: Assisted living in the U.S.», *American Demographics* (julio), pp. 45 yss.

Baucom, D., Besch, P. y Callahan, S. (1985), «Relation between testosterone concentration, sex role identity, and personality among females», *Journal of Personality and Social Psychology*, 48, pp. 1218-1226.

Baumeister, R. E; Wotman, S. R. y Stillwell, A. M. (1993), «Unrequited

love: On heartbreak, anger, guilt, scriptlessness, and *humiliation*», *Journal of Personality and Social Psychology*, 64, pp. 377-394.

Baxter, L. A. (1984), «Trajectories of relationship disengagement», *Journal of Social and Personal Relationships*, 1, pp. 29-48.

Beach, Frank A. (1948), *Hormones and behavior: A survey of interrelationships between endocrine secretions and patterns of overt response*, Nueva York, Paul B. Hoeber, Incorporated.

—(1976), «Sexual attractiveness, proceptivity, and receptivity in female

mammals», *Hormones and Behavior*, 7, pp. 105-138.

Beach, S. R. H. y Tesser, A. (1988), «Love in marriage: A cognitive account», en *The psychology of love*, editado por R. J. Sternberg y M. L. Barnes, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Bechara, A., Damasio, EL; Tranel, D. y Damasio, A. R. (1997), «Deciding advantageously before knowing the advantageous strategy», *Science*, 275, pp. 1293-1295.

Beidelman, T. O. (1971), *The Kaguru: A matrilineal people of East Africa*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

Bell, A. R y Weinberg, M. S. (1978), *Homosexualities: A study of diversity among men and women*, Nueva York, Simón and Schuster.

Bell, J. (1995), «Notions of love and romance among the Taita of Kenya», en *Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. Jankowiak, Nueva York, Columbia University Press.

Bellis, M. A. y Baker, R. R. (1990) «Do females promote sperm competition?: Data for humans», *Animal Behaviour*, 40, pp. 997-999.

Belluck, Pam (1996), «In an era of shrinking budgets, community groups

blossom», *New York Times*, 25 de febrero, pp. 1 y ss.

Belsky, J.; Steinberg, L. y Draper, P. (1991), «Childhood experience, interpersonal development, and reproductive strategy: An evolutionary theory of socialization», *Child Development*, 62, pp. 647-670.

Benbow, Camilla (1988), «Sex differences in mathematical reasoning ability in intellectually talented preadolescents: Their nature, effects, and possible causes», *Behavioral and Brain Sciences*, 11 (2), pp. 169-183.

Benbow, C. P. y Stanley, J. C. (1983), «Sex difference in mathematical

reasoning ability: More facts», *Scíctice*, 222, pp. 1029-1031.

Benderly, Beryl Lieff (1989), «IntuMon», *Psychology Today* (septiembre), pp. 35-40.

Benet, Sula (1974), *Abkhasians: The long-long people of the Caucasus*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

Bennett, W. L. (1998), «The uncivic culture: Communication, identity, and the rise of lifestyle politics», *Political Science and Polttics*, 31 (4), pp. 741-761.

Benshoof, L. y Thornhill, R. (1979), «The evolution of monogamy and

concealed ovulation in humans», *Journal of Social and Biological Structures*, 2, pp. 95-106.

Berenbaum, Sheri A. y Hiñes, Melissa (1992), «Early androgens are related to childhood sex-typed toy preferences», *Psychological Science*, 3 (3), pp. 202-206.

Bergmann, B. R. (1986), *The economic emergence of women*, Nueva York, Basic Books.

Bernard, J. (1972), *The future of marriage*, Nueva York, World.

Bernstein, N. (1996), «Study says equality eludes most women in law firms», *New York Times*, 8 de enero.

Berreby, D. (1998), «Studies explore love and the sweaty t-shirt», *New York Times*, 9 de junio, F2.

Betzig, L. (1988), *Despotism and differential reproduction: A Darwinian view of history*, Hawthorne, N.Y., Aldine de Gruyter.

—(1989), «Causes of conjugal dissolution: A cross cultural study», *Current Anthropology*, 30, pp. 654-676.

BeveR, Thomas (1992), «The logical and extrinsic sources of modularity», en *Modularity and constraints in language and cognition*, editado por M. Gunnar y M. Maratsos, Hillsdale, N.J.,

Lawrence Erlbaum and Associates.

Birch, H. y Clark, G. (1946), «Hormonal modifications of social behavior. II. The effects of sex hormone administration on the social dominance status of the female castrate chimpanzee», *Psychosomatic Medicine*, 8, pp. 320-331.

Bjorkvist, K.; Lagerspetz, K. y Kaukiainen, A. (1992), «Do girls manipulate and boys fight? Developmental trends regarding direct and indirect aggression», *Aggressive Behavior*, 18, pp. 117-127.

Black, J. M., ed. (1996), *Partnerships in birds: The study of monogamy*,

Nueva York, Oxford University Press.

Blakeslee, Sandra (1992), «Why don't men ask directions? They don't feel lost», *New York Times*, 26 de mayo, C1, 5.

Blum, D. (1997), *Sex on the brain: The biological differences between men and women*, Nueva York, Viking.

Blumstein, P. y Schwartz, P. (1967), *American couples*, Nueva York, William Morrow.

—(1990), «Intimate relationships and the creation of sexuality», en *Homosexuality/heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, editado

por P. McWhirter, S. Sanders y J. Reinisch, vol. 2 de la serie del Kinsey Institute, Nueva York, Oxford University Press.

Boller, E; Traykov, L.; Dao-Castellana, M. H.; Fontaine-Dabernard, A.; Zilbovicius, M.; Rancurel, G.; Pappata, S. y Samson, Y. (1995), «Cognitive functioning in 'diffuse' pathology: Role of prefrontal and limbic structures», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y E Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 23-39.

Booth, A. y Dabbs, J. M. (1993),

«Testosterone and men's marriages», *Social Forces*, 72(2), pp. 463-477.

Booth, A.; Shelley, G.; Mazur, A.; Tharp, G. y Krr-TOK, R. (1989) «Testosterone, and winning and losing in human competition», *Hormones and Behavior*, 23, pp. 556-571.

Boserup, E. (1970), *Women's role in economic development*, Nueva York, St. Martin's Press. (Hay trad. española: *La mujer y el desarrollo económico*, Madrid, Minerva, 1993).

Bower, Bruce (1995), «Depression: Rates in women, men...», *Science News*, 147, p. 346.

Bowlby, J. (1969), *Attachment and loss: Attachment*, vol. 1, Nueva York, Basic Books. (Hay trad. española: *El vínculo afectivo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997).

—(1973), *Attachment and loss: Separation*, vol. 2, Nueva York, Basic Books. (Hay trad. española: *La separación afectiva*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1999).

—(1980), *Attachment and loss: Loss*, vol. 3, Nueva York, Basic Books. (Hay trad. española: *La pérdida afectiva: tristeza y depresión*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1997).

Braus, P. (1994), «How women will

change medicine», *American Demographics* (noviembre), pp. 40-47.

Brody, J. E. (1997), «Study says designed estrogen may be risk free», *New York Times*, 4 de diciembre, A25.

—(1997), «When eyes betray color vision», *New York Times*, 21 de octubre, F9.

Brody, Leslie R. y Hall, Judith A. (1993), «Gender and emotion», en *Handbook of emotions*, editado por Michael Lewis y Jeannette Haviland, Nueva York, Guilford Press.

Broude, G. J. y Green, S.J. (1983), «Cross-cultural codes on husband-wife

relationships», *Ethology*, 22, pp. 273-274.

Brown, D. E. (1991), *Human universals*, Filadelfia, Philadelphia University Press.

Brown, Judith K. (1982), «Lives of middle-aged women», en *In her prime: New views of middle-aged women*, editado por Virginia KERNS y Judith K. BROWN, Urbana, University of Illinois Press.

Brown, J. R.; Ye, H.; Bronson, R. T.; Dikkes, R. y Greenberg, M. E. (1996), «A defect in nurturing in mice lacking the immediate early gene fosB», *Cell*, 86, pp. 297-309.

Brown, Lyn Mikel y Gilligan, Carol (1992), *Meeting at the crossroads: Women's psychology and girls' development*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Browne, Kingsley R. (1995), «Sex and temperament in modern society: A Darwinian view of the glass ceiling and the gender gap», *Arizona Law Review*, 37 (4), pp. 973-1106.

—(1997), «An evolutionary perspective on sexual harassment: Seeking roots in biology rather than ideology», *Journal of Contemporary Legal Issues*, 8, pp. 5-86.

Brownmiller, S. (1975), *Against our will: Men, women and rape*, Nueva York, Simon and Schuster. (Hay trad., española: *Contra nuestra voluntad*, Barcelona, Planeta, 1981).

Bruce, Judith; Lloyd, Cynthia B. y Leonard, Ann con Engle, Patrice L. y Duffy, Niev (1995), *Families in focus: New perspectives on mothers, fathers, and children*, Nueva York, The Population Council.

Buchholz, B. B. (1996), «Slow gains for women who would be partners», *New York Times*, 23 de junio.

Buckle, L.; Gallup, G. G., Jr. y Rodd,

Z. A. (1996), «Marriage as a reproductive contract: Patterns of marriage, divorce, and remarriage», *Ethology and Sociobiology*, 17, pp. 363-377.

Bullough, B. y Bullough, V L. (1996), «Female prostitution: Current research and changing interpretations», *Annual Review of Sex Research*, 7, pp. 158-180.

Burg, Albert (1966), «Visual acuity as measured by dynamic and spatial tests: A comparative evaluation», *Journal of Applied Psychology*, 50, pp. 460-466.

BÜRLEY, N. y SymANSKT, R. (1981), «Women without: An evolutionary and crosscultural perspective on

prostitution», en *The immoral landscape: Femóle pros-tituúon in western societics*, editado por R. Symanski, Toronto, Butterworths.

Burton, M. L. y Whhte, D. R. (1984), «Sexual división of labor in agriculture», *American Anthropologist*, 86(3), pp. 568-583.

Buss, D. M. (1988), «Love acts: The evolutionary biology of love», en *The psychology of love*, editado por R. J. STERNBERG y M. L. Barnes, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

—(1985), «Human mate selection», *American Scientist*, 73(1), pp. 47-51.

—(1989), «Sex differences in human mate preferences: Evolutionary hypotheses tested in 37 culturas», *Behavioral and Brain Sciences*, 12, pp. 1-49.

—(1994), *The evolution of desire: Strategies of human mating*, Nueva York, Basic Books. (Hay trad. española: *La evolución del deseo: estrategias del emparejamiento humano*, Madrid, Alianza, 1997).

Buss, D. M. *et al.* (1990), «International preferences in selecting mates: A study of 37 cultures», *Journal of Cross-cultural Psychology*, 21, pp. 5-47.

Buunk, B. y HUPKA, R. B. (1987), «Cross-cultural differences in the elicitation of sexual jealousy», *Journal of Sex Research*, 23, pp. 12-22.

Bylinsky, G. (1996), «Creating their own work forces», *Fortune*, 14 de octubre, pp. 162 A y ss.

Byrne, D., Clore, G. L. y Smeaton, G. (1986), «The attraction hypothesis: Do similar attitudes affect anything?», *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, pp. 1167-1170.

Byrne, J. A. (1992), «Managements new guras», *Business Week*, 31 de agosto, pp. 44-52.

—(1995), «Virtual b-schools», *Business Week*, 23 octubre, p. 64.

Caín, W. S. (1982), «Odor identificaron by males and females: Predictions vs. performances», *Chemical Senses*, 7, pp. 129-142.

Caldwell, B. M. y Watson, R.-I. (1952), «An evaluation of psychologic effects of sex hormone administration in aged women. Results of therapy after six months», *Journal of Gerontology*, 7, pp. 228-244.

Caldwell, M. A. y Peplau, L. A. (1982), «Sex differences in same-sex friendship», *Sex Roles*, 8, pp. 721-732.

Camphell, A. (1993), *Men, women and aggression*, Nueva York, Basic Books.

—(1995), «A few good men: Evolutionary psychology and female adolescent aggression», *Ethology and Sociobiology*, 16, pp. 99-123.

Canoan, F. M. (1986), «The feminization of love», *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 11 (4), pp. 692-709.

—(1987), *Love in America: Gender and self-development*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Cappella, J. N. y Palmer, M. T. (1990), «Attitude similarity, relational history, and attraction: The mediating effects of kinesic and vocal behaviors», *Communication Monographs*, 57, pp. 161-183.

Caro, T. M.; Sellen, D. W.; Parish, A.; Franx, R.; Brown, D. M.; Voland, E. y Borgerhoff Mulder, M. (1995), «Termination of reproduction in nonhuman and human female primates», *International Journal of Primatology*, 16 (2), pp. 205-220.

Carroll, R. (1997), «Today's media: What voice in foreign policy?», *Great Decisions*, Nueva York, Foreign Policy

Association.

Carter, C. S.; DeVries, C; Taymans, S. E.; Roberts, R. L.; Williams, J. R. y Getz, L. L. (1997), «Peptides, steroids, and pair bonding», en «The integrative neurobiology of affiliation», editado por C. S. Carter, I. I. Lederhendler y B. Kirkpatrick, *Annal of the New York Academy of Sciences*, 807, pp. 260-272.

Cases, O.; Seif, I.; Grimsby, J.; Gaspar, P.; Chen, K.; Pournin, S.; Muller, U.; Aguet, M.; Babinet, C; Shih, Chen y De Maeyer, E. (1995), «Aggressive behavior and altered amounts of brain serotonin and norepinephrine in mice lacking MAOA»,

Science, 268, pp. 1763-1766.

Chagnon, Napoleon A. (1988), «Life histories, blood revenge and warfare in a tribal population», *Science*, 239, pp. 985-992.

Chancer, L. (1995), «Unintended intimacies: Sex and sociology», *Contemporary Sociology*, 24(4), pp. 298-302.

Channon, L. D. y Ballinger, S. D. (1986), «Some aspects of sexually and vaginal symptoms during menopause and their relation to anxiety and depression», *British Journal of Medical Psychology*, 59, pp. 173-180.

Chen, M. A. (1996), «Engendering world conferences: The international women's movement and the UN», en *NGO's, the UN, and global governance*, editado por T. G. Weiss y L. Gordenker, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.

Cherlin, A. J. (1981), *Marriage, divorce, remarriage*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

—(1995), «Social organization and sexual choices», *Contemporary Sociology*, 24 (4), pp. 293-296.

Chodorow, N. (1974), «Family structure and feminine personality», en

Woman, culture and society, editado por M. Z. Rosaldo y L. Lamphere, Stanford, California, Stanford University Press.

Cleveland, M. (1981), «Sexuality in die middle years», en *Single Life: Unmarried adults in social context*, editado por P. Stein, Nueva York, St. Martin's Press.

Coates, J. (1986), *Women, Men and language: A sociolinguistic account of sex differences in language*, Nueva York, Loogman.

Cochran, C. y Peracko, A. (1977), «Dihydrotestosterone propionate effects on dominance and sexual behaviors in gonadectomized male and female rhesus

monkeys», *Hormones and Behavior*, 8, pp. 175-187.

Cohen, Jon (1996), «Does nature driven nurture», *Science*, 273, pp. 577-78.

Coleman, E. (1985), «Bisexual women in marriages», en *Bisexualities: Theory and research*, editado por F. KLEIN y T. WOLF, *Research on homosexuality*, vol. 11, Nueva York, Haworth.

Collins, G. (1998), «Why the women are fading away», *New York Times Magazine*, 25 de octubre, pp. 54-55.

Collins, J. y Gregor, T. (1995), «Boundaries of Love», en *Romantic passion: A universal experience?*,

editado por W. Jankowiak, Nueva York, Columbia University Press.

COONTZ, S. (1992), *The way we never were: American families and the nostalgia trap*, Nueva York, Basic Books.

—(1997), «Divorcing reality», *The Nation*, 17 de noviembre, pp. 21-24.

COONTZ, S. y FRANKLIN, D. (1997), «When the marriage penalty is marriage», *New York Times*, 28 de octubre, A2 3.

Council on Foundations (1998), «1998 grantmakers salary report: Executive summary», *Council on Foundations*

Newsletter, 17 (11), pp. 3-6.

Cowan, A. L. (1989), «Women's gains on the job: Not without a heavy toll», *New York Times*, 21 de agosto, Al y ss.

CRENCHAW, Theresa L. (1996), *The alchemy of love and lust*, Nueva York, G. P. Putnam's Sons. (Hay trad. española: *La alquimia del amor y del deseo*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1997).

Crossette, B. (1995a), «Study finds worldwide decline in elections of women to office», *New York Times*, 27 de agosto, Al.

—(1995b), «U.N. documents

inequities for women as world forum nears», *New York Times*, 18 de agosto, A1.

—(1997), «A manual on rights of women under Islam», *New York Times*, 29 de diciembre, A4.

—(1998a) «Annan makes his bid to make his job count», *New York Times*, 8 de marzo, A1 7.

—(1998b), «Surprises in the global tourism boom», *New York Times*, 12 de abril, WK5.

—(1998c), «Women see key gains since talks in Beijing», *New York Times*, 8 marzo, A6.

Cummings, J. L. (1995), «Anatomic and behavioral aspects of frontal-

subcortical circuits», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 1-13.

Cupach, W. R., y Metts, S. (1986), «Accounts of relational dissolution: A comparison of marital and non-marital relationships», *Communication Monographs*, 53, pp. 311-334.

Dabbs, J. (1992), «Testosterone and occupational achievement», *Social Forces*, 70, pp. 813-824.

Dabbs, J. M.—, Jr.; De la Rué, D. y Williams, P. M. (1990), «Salivary

testosterone and occupational choice: Actors, ministers and other men», *Journal of Personality and Social Psychology*, 59(6), pp. 1261-1265.

Dahlberg, E, ed. (1981), *Woman the gatherer*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Daly, M. y Wilson, M. (1988), *Hominide*, Hawthorne, N.Y., Aldine de Gruyter.

Daly, M.; Wilson, M. y Weghorst, S. J. (1982), «Male sexual jealousy», *Ethology and Sociobiology*, 3, pp. 11-27.

Damasio, A. R. (1994), *Descarte's*

error. Emotion, reason, and the human brain, Nueva York, G. P. Putnam's Sons. (Hay trad. española: *El error de Descartes*, Barcelona, Crítica, 1996).

—(1995), «On some functions of the human prefrontal cortex», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. GRAFMAN, K. J. HOLYOAK y E Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 241-251.

Danielsson, B. (1956), *Love in the south seas*, traducido por R. H. Lyon, Nueva York, Reynal and Company.

Darling, C. A.; Davidson, J. K. y Cox, R. P. (1991), «Female sexual response

and the timing of partner orgasm», *Journal of Sex and Marital Therapy*, 17, pp. 3-21.

Darwin, Charles (1936), *The origin of species and the descent of man*, Modern Library Edition, Nueva York, Random House. (Hay trad. española: *El origen de las especies*, Barcelona, Planeta, 1995).

Davidson, M. J. y Cooper, C. L. eds. (1993), *European women in business and management*, Londres, Paul Chapman, Ltd.

Davis, D. A. y Davis, S. S. (1995), «Possessed by love: Gender and romance in Morocco», en *Romantic*

passion: A universal experience?, editado por W. Janko-WIAK, Nueva York, Columbia University Press.

Davis, J. A. y Smth, T. (1987), *General social surveys, 1972-1987, Cumulative data*, Storrs, Roper Center for Public Research, Universidad de Connecticut.

Davis, J. A. y Smth, T. (1991), *General social surveys, 1912-1991, Cumulative codebook*, Chicago, National Opinión Research Center.

Dawley, H. (1997), «And now, mad plaintiff disease», *Business Week*, 10 de noviembre, 66E16.

Daymont, T. N. y Andrisani, P. J. (1984), «Job preferences, college major and the gender gap in earnings», *Journal of Human Resources*, 19, pp. 408-414.

Deacon, T. W. (1992), «The human brain», en *The Cambridge encyclopedia of human evolution*, editado por S. Jones, R. Martin y D. Pillman, Cambridge, Cambridge University Press.

—(1997), *The symboïcspecies*, Nueva York, W. W. Norton.

Dehaene, S. y Changeux, J. P. (1995), «Neuronal models of prefrontal cortical functions», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado

por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 305-319.

Delamater, J. (1995), «The NORC sex survey», *Science*, 270, pp. 501-503.

Diamond, J. (1997), «Location, location, location: The first farmers», *Science*, 278, pp. 1243-1244.

Dickemann, M. (1979), «Female infanticide, reproductive strategies, and social stratifications: A preliminary model», en *Evolutionary Biology and Human Social Behavior*, editado por N. Chagnon y W. IRONS, North Scituate, R. I., Duxbury Press.

—(1992), «Phylogenetic fallades and sexual oppression», *Human Nature*, 3, pp. 71-87.

Dion, K.K. y DION, K. L. (1985), «Personality, gender and me phenomenology of romantic love», en *Review of personality and social psychology*, editado por P. Shaver, vol. 6, Beverly Hills, California, Sage Publications.

Dluzen, D. E.; Ramírez, V. D.; Cártter, C. S. y Getz, L. L. (1981), «Male volé urine changes Leutenizing hormone—releasing hormone and nerepinephrine in female olfactory bulb», *Science*, 212, pp. 573-575.

Dobrzynski, J. H. (1996), «Somber news for women on corporate ladder», *New York Times*, 6 de noviembre, DI y ss.

—(1996a), «Study finds few women in 5 highest company jobs», *New York Times*, 18 de octubre.

Dolan, K. A. (1996), «When money isn't enough», *Forbes*, 18 de noviembre, p. 164 y ss.

Doty, Richard L. (1978), «Gender and reproductive state correlates of taste perception in humans», en *Sex and Behavior: Status and prospectas*, editado por T. E. McGnx, D. A.

Dewsbury y B. D. Sachs, Nueva York, Plenum Press.

—(1986), «Gender and endocrine-related influences on human olfactory perception», en *Chemical measurement of taste and smell*, editado por Herbert L. Meiselman y Richard S. Ravlin, Nueva York, Macmillan.

Doty, Richard L.; Shaman, Paul; Applebaum, Steven L.; GIBERSON, Ronite; SIKSORSKI, Lenore y Rosenberg, Lysa (1984), «Smell identification ability: Changes with age», *Science*, 226, pp. 1441-1443.

Doty, Richard L.; Applebaum, Steven L.; Zusho, Hi-royuki y Settle, R. Gregg

(1985), «Sex differences in odor identification ability: A cross-cultural analysis», *Neuropsychologia*, 23(5), pp. 667-672.

Douglass, J. D. y Atwell, F. C. (1988), *Love, intimacy and sex*, Nueva York, Sage Publications.

Doyle, R. (1998), «Women in politics throughout the world», *Scientific American*, enero.

Draper, P. y Belsky, J. (1990), «Personality development in evolutionary perspective», *Journal of Personality*, 58, pp. 141-162.

Drobis, D. R. (1997), «Borderless

believability: Building trust around the globe», *Vital Speeches of the Day*, 15 de febrero, pp. 281 y ss.

Drucker, P. E (1988), «The coming of the new organization», *Harvard Business Review*, 66 (1), pp. 45 y ss. — (1992), *Managing for the future: The 1990s and beyond*, Nueva York, Traman Talley Books/Plume.

—(1997), «Looking ahead: Implications of the present: The future that has already happened», *Harvard Business Review*, septiembre-octubre, pp. 20 y ss.

DSM VI R. (1994), *Diagnostic and statistical manual of mental disorders*.

4^a ed., Washington, D.C., American Psychiatric Association.

Duck, S. (1991), *Personal Relationships and social support*, Londres, Sage Publications.

Düff, C. (1996), «Yuppies, independent widows boost single-dweller households in U.S», *The Wall Street Journal*, 10 de diciembre, A2.

—(1997), «Indulging in inconspicuous consumption», *The Wall Street Journal*, 14 de abril, B1 y ss.

—(1998), «Census finds striking shift in families», *The Wall Street Journal*, 28 de mayo, B1 y ss.

Düff, C. S. (1993), *When women work together: Using our strengths to overcome our challenges*, Berkeley, California, Conari Press. DUNBAR, R. (1996), *Grooming, gossip and the evolution of Language*, Boston, Faber and Faber.

Dychtwald, K. y Flower, J. (1989), *Age wave: The challenges and opportunities of an aging America*, Los Angeles, California, Jeremy P. Tárcher, Incorporated.

Eccles, J. S. (1987), «Gender roles and achievement patterns: An expectancy value perspective», en *Masculinity/Femminity: Basic*

perspectives, editado por S. Sanders, J. M. Reimsch y L. A. Rosenblum, Nueva York, Oxford University Press.

Eckholm, E. (1998), «Homes for elderly replacing family care as China grays», *New York Times*, 20 de mayo, Al y ss.

Economist, the (1995), «The economics of aging: The luxury of longer life», 27 de enero, pp. 52 y ss.

—Economist, the (1996), «Tomorrow's second sex», 28 de septiembre, pp. 23-26.

—Economist, the (1996a), «At your service», 14 de diciembre.

—Economist, the (1997), «Fun for the

masses», 2 de agosto, p. 62.

—Economist, the (1997a), «Microlending: From sandals to suits», 1 de febrero, p. 75.

—Economist, the (1997b), «The future of warfare: Select enemy», 8 de marzo, pp. 21 y ss.

—Economist, the (1998), «For better for worse: A survey of women and work», 18 de julio, pp. 3-15.

—Economist, the (1998a), «Philanthropy in America: The gospel of wealth», 30 de mayo, pp. 19 y ss.

—Economist, the (1998b), «Learning round the kitchen table», 6 de junio, pp. 28 y ss.

Edwards, John N. y Booth, Alann

(1994), «Sexuality, marriage, and well-being: The middle years», en *Sexuality across the life course*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Effil-Elbesfeldt, Irenáus (1989), *Human ethology*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

Elton, D. (1994), «Are men more promiscuous than women?», *Ethology and Sociobiology*, 15 (3), pp. 131-143.

Ekman, P. y Friesen, W. V. (1971), «Constants across cultures in the face and emotion», *Journal of Personality and Social Psychology*, 17, pp. 124-29.

Elliott, Colin D. (1971), «Noise tolerance and extraversion in children», *British Journal of Psychology*, 62, pp. 375-380.

Ellis, B. J. (1992), «The evolution of sexual attraction: Evaluative mechanisms in women», en *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, editado por J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby, Nueva York, Oxford University Press.

Elle, B. J. y Symons, D. (1990), «Sex differences in sexual fantasy: An evolutionary psychological approach», *The Journal of Sex Research*, 27, pp. 527-555.

Ember, C. R. (1983), «The relative decline in women's contribution to agriculture with intensification», *American Anthropologist*, 85, pp. 285-304.

Engell, J. y Dangerfield, A. (1998), «Humanities in the age of money», *Harvard Magazine*, mayo-junio, pp. 48-55.

Engels, F. (1972), *The origin of the family, private property and the state*, Nueva York, International Publishers. (Hay trad. española: *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, Barcelona, Planeta, 1994).

Epstein, C. F. (1981), *Women in law*, 2^a ed., Urbana, University of Illinois Press.

Epstein, C. F.; Sauve, R.; Oglensky, B. y Gever, M. (1995), «Glass ceilings and open doors: Women's advancement in the legal profession. A report to the committee on women in the profession, the Association of the Bar of the City of New York», *Fordham Law Review*, 64, pp. 291-449.

Erwin, r.j.; Gur, r.c.; Gur, R. E.; Scolnick, B.; Mawhinney-Hee, M. y Smailis, J. (1992), «Facial emotion discrimination: I. Task construction and behavioral findings in

normal subjects», *Psychiatry Research*, 42, pp. 231-240.

Espenshade, T. J. (1984), «Investing in children: New estimates of parental expenditures», Washington, D.C., Urban Institute Press.

—(1985), «Marriage trends in America: Estimates, implications, and underlying causes», *Population and Development Review*, 11 (2), pp. 193-245.

Eitenne, M. y Leacock, E. eds. (1980), *Woman and colonization: Anthropological perspectives*, Nueva York, Praeger.

Eveleth, P. B. (1986), «Timing of menarche: Secular trend and population differences», en *School-age pregnancy and parenthood: Biosocial dimensions*, editado por J. B. Lancaster y B. A. Hamburg, Nueva York, Aldme de Gruyter.

Faison, S. (1997), «Door to tolerance opens partway as gay life is emerging in China», *New York Times*, 2 de septiembre, A1, 8.

—(1998), «China lets 100 flowers bloom, in private life», *New York Times*, 22 de junio, A4.

—(1998a), «Behind a great wall of reticence, some sex toys», *New York*

Times, 5 de marzo, A4.

Falk, D. (1992), *Evolution of the brain and cognition in hominids*, Nueva York, American Museum of Natural History.

Farrell, W. (1993), *The myth of male power: Why man are the disposable sex*, Nueva York, Simon and Schuster.

Fedigan, Linda Marie (1982), *Primate paradigms: Sex roles and social bonds*, Montreal, Eden Press.

—(1983), «Dominance and reproductive success in primates», *Yearbook of Physical Anthropology*, 26, pp. 91-129.

Fernald, Anne (1992), «Human maternal vocalizations to infants as biologically relevant signals: An evolutionary perspective», en *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, editado por J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby, Nueva York, Oxford University Press.

Fernald, A. y Simon, T. (1984), «Expanded intonation contours in mothers' speech to newborns», *Developmental Psychology*, 20, pp. 104-113.

Feld, T. M.; Schanberg, S. M.; Scafidi, E.; Bauer, C. R.; Vega Lahr, N.;

García, R.; Nystrom, J. y Ktjhn, C. M. (1986), «Effects of tactile/kinesthetic stimulation on preterm neonates», *Pediatras*, 77, pp. 654-658.

Finerman, R. (1995), «The forgotten healers: Women as family healers in an Andean Indian community», en *Women as healers: Cross-cultural perspectives*, editado por C. S. McClain, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.

Finn, C; Bierlein, L. y Manno, B. (1996), «Findingrie right fit», *The Brookings Review* (verano), pp. 18 y ss.

Fisher, Helen (1982), *The sex contract: The evolution of human*

behavior, Nueva York, William Morrow. (Hay trad. española: *El contrato sexual: la evolución de la conducta humana*, Barcelona, Salvat, 1995).

—(1989), «Evolution of human serial pairbonding», *American Journal of Physical Anthropology*, 78, pp. 331-354.

—(1992), *Anatomy of love: The natural history of monogamy, adultery and divorce*, Nueva York, W. W. Norton. (Hay trad. española: *Anatomía del amor, la historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996).

—(1994), «The nature of romantic

love», *The Journal of NIH Research*, 6, pp. 58-64.

—(1998), «Lust, attraction and attachment in mammalian reproduction», *Human Nature*, 9 (1), pp. 23-52.

FISHER, S. (1980), «Personality correlates of sexual behavior in black women», *Archives of Sexual Behavior*, 9, pp. 27-35.,

Fitzpatrick, S. M. y Bruer, J. T. (1997), «Science funding and private philanthropy», editorial, *Science*, 1 de septiembre.

Fluehr-Lobban, C. (1979), «A Marxist reappraisal of the matriarchate», *Current Anthropology*, 20, pp. 341-360.

Foa, U. G.; Anderson, B.; Converse, J., Jr.; Urbansky, W. A.; Cawley m, M. J.; Muhlhausen, S. M. y Tornblom, K. Y. (1987), «Gender-related sexual attitudes: Some cross-cultural similarities and differences», *Sex Roles*, 16, pp. 511-519.

Fodor, J. (1983), *The modularity of mind*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press. (Hay trad. española: *La modularidad de la mente*, Madrid, Morata, 1986).

Ford, C. S. y Beach, EA. (1951), *Patterns of sexual behavior*, Nueva York, Harper and Row.

Forecast (1998), «Not punching the dock», 3 de mayo.

Fowlkes, M. R. (1994), «Single worlds and homosexual lifestyles: Patterns of sexuality and intimacy», en *Sexuality across the life course*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Fox, R. (1980), *The red lamp of incest*, Nueva York, E. P. Dutton.

Francoeur, R. (1996), «The guest room: Women are leading the next sexual revolution», *Forum*, febrero, pp. 136 y ss.

Frank, R. M. (1985), *Choosing the*

rightpond: Human behavior and the questfor status, Nueva York, Oxford University Press.

Frankfurt, M. (1994), «Gonadal steroids and neuronal plasticity: Studies in me adult rat hypothalamus», en «Hormonal restructuring of me adult brain: Basic and clinical perspectives», editado por V N. Lui-NE y C. E HARDING, *Armáis ofthe New York Academy of Sciences*, 743, pp. 45-60.

Frayser, S. (1985), *Varietiesofsexual experience. An anthropological perspective on human sexuality*, New Haven, Connecticut, HRAF Press.

Freudenheim, M. (1997), «As nurses

take on primary care, physicians are sounding alarms», *New York Times*, 30 de septiembre, Al y ss.

Friedl, E. (1975), *Women and men: An anthropologist's view*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

Fukuyama, F. (1995), *Trust: The social virtues and the creation of prosperity*, Nueva York, The Free Press. (Hay trad. española: *Trust: la confianza*, Barcelona, Ediciones B, 1998).

—(1998), «Women and the evolution of world politics», *Foreign Affairs*, septiembre-octubre, pp. 24-40.

Fukuyama, F. y Shulsky, A. N. (19V), *The «virtual Corporation» and army organizacion*, Santa Monica, California, Rand.

Furstenberg, F. E, Jr. (1996), «The future of marriage», *American Demographics* (junio), pp. 34 y ss.

Future Survey (1996), «The New Business Revolution», 11 de diciembre.

Futurific (1994), «The family in transition», diciembre, pp. 23 y ss.

Futurific (1995), «Knowledge unbound: Give credit where credit is

due», 19 de marzo.

Futurific (1996), «Book bound: The world of 2044», 19 de junio.

Futurific (1996a), «Toward global democracy: Europe», 4 de junio.

Gabriel, T. (1996), «New issue at work: On-line sex sites», *New York Times*, 27 de junio, C1 y ss.

Galea, Lisa A. M. y Kimura, Doreen (1993), «Sex differences in rote learning», *Personality and Individual Differences*, 14(1), pp. 53-65.

Gallup Organizaron (1996), *Gender and society: Status and stereotypes: An international Gallup poll report*, Princeton, New Jersey.

Gandelman, R. (1983), «Gonadal hormones and sensory functioning», *Neuroscience and BioBehavioral Reviews*, 7, pp. 1-17.

Gangestad, S. W. y Thornhill, R. (1997), «The evolutionary psychology of extrapair sex: The role of fluctuating asymmetry», *Evolution and Human Behavior*, 18 (2), pp. 69-88.

Gangestad, S. W.; Thornhill, R. y Yeo, R. A. (1994), «Facial attractiveness, developmental stability, and fluctuating

asymmetry», *Ethology and Sociobiology*, 15, pp. 73-85.

Ganong, W. F. (1993), *Review of Medical Physiology*, 16^a ed—, Norwalk, Connecticut, Appleton and Lange.

Gardner, H. (1983), *Frontes of mind*, Nueva York, Basic Books.

Garry, P. (1997), «A nation of adversaries: How the litigation explosion is reshaping America», *Futan Survey* (junio), 10.

Gaulin, Stephen J. C. (1980), «Sexual dimorphism in the human post-reproductive life-span: Possible

causes», *Journal of Human Evolution*, 9, pp. 227-232.

Gaulin, Stephen J. C. y Fitzgerald, Randall W. (1989), «Sexual selection for spatial-learning ability», *Animal Behavior*, 37, pp. 322-331.

Gazzaniga, M. S. (1988), «Brain modularity: Towards a philosophy of conscious experience», en *Consciousness in contemporary science*, editado por A. J. Marcel y E. Bisiack, Oxford, Clarendon Press.

—(1995), «Gut thinking», *Natural History*, febrero, pp. 68-71.

Geary, David C. (1998), *Male*,

female: The evolution of human sex differences, Washington, D.C., American Psychological Association.

Geary, David C; Rumsey, M.; Bow-Thomas, C. C. y Hoard, M. K. (1995), «Sexual jealousy as a facultative trait: Evidence from the pattern of sex differences in adults from China and the United States»—, *Ethology and Sociobiology*, 16, pp. 355-383.

Geer, J. H. y Manguno-Mire, G. M. (1996), «Gender differences in cognitive processes in sexuality», *Annual Review of Sex Research*, 7, pp. 90-124.

Geer, J. H. y Bellard, H. (1996), «Sexual content in-duced delays in

lexical decisions: Gender and context effects», *Archives of Sexual Behavior*, 25, pp. 379-395.

Gellner, E. (1994), *Conditions of liberty: Civil society and its rivals*, Nueva York, The Penguin Press. (Hay trad. española: *Condiciones de la libertad: la sociedad civil y sus rivales*, Barcelona, Paidós Ibérica, 1996).

George, M.; Ketter, T. A.; Parekh, P.I.; Herscovitch, P. y Post, R. M. (1996), «Gender differences in regional cerebral blood flow during transient self-induced sadness or happiness», *Biological Psychiatry*, 40(9), pp. 859-871.

Gilfoyle, J.; Wilson, J. y Brown, S.

(1992), «Sex, organs, and audiotape: A discourse analytic approach to talking about heterosexual sex and relationships», *Feminista and Psychology*, 2, pp. 209-230.

Gilfoyle, T. (1992), *City of eros: New York City, prostitution and the commercialization of sex, 1810-1920*, Nueva York, W. W. Norton.

Gilinsky, A. S. (1984), *Mind and brain*, Nueva York, Praeger.

Gilligan, Carol (1982), *In a different voice*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

—(1988), «Remapping development:

Creating a new framework for psychological theory and research», en *Mapping the moral domain*, editado por C. GILLIGAN, J. V. Ward y J. M. Taylor con B. Bardige, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Gimbutas, M. A. (1989), *The language of the goddess*, San Francisco, Harper and Row.

Ginsburg, Harvey J. y Miller, Shirley M. (1982), «Sex differences in children's risk taking behavior», *Child Development*, 53(2), pp. 426-428.

Glass, S. P. y Wright, T. L. (1985), «Sex differences in type of extramarital

involvement and marital dissatisfaction», *Sex Roles*, 12, pp. 1101-1120.

—(1992), «Justifications for extramarital relationships: The association between attitudes, behaviors, and gender», *Journal of Sex Research*, 29, pp. 361-387.

Glick, P. C. (1984), «Marriage, divorce, and living arrangements: Prospective changes», *Journal of Family Issues*, 5, pp. 7-26.

—(1975), «Some recent changes in American families», *Current Population Reports, Social Studies Series P-23*, número 52, Washington,

D.C., oficina del censo de EE UU.

Gllick, P. y LIN, S. (1986), «Recent changes in divorce and remarriage», *Journal of Marriage and the Family*, 48, pp. 737-747.

Goldberg, Steven (1993), *Why men rule: A theory of male dominance*. Chicago, Open Court.

Goldman, P. S.; Crawford, A. T; Stokes, L. P.; Galkin, T. W. y Rosvold, H. E. (1974), «Sex-dependent behavioral effects of cerebral cortical lesions in the developing rhesus monkey», *Science*, 186, pp. 540-542.

Goldman-Rakic, P. S. (1995),

«Architecture of the pre-frontal cortex and the central executive», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 71-83.

Goleman, Daniel (1990), «Aggression in men: Hormone levels are a key», *New York Times*, 17 de julio, C1,3.

—(1994), «What men and women really want... to eat», *New York Times*, 2 de marzo, C1, 8.

—(1995a), «The brain manages happiness and sadness in different centers», *New York Times*, 28 de marzo,

Cl,9.

—(1995 b), *Emotional intelligence*, Nueva York, Bantam Books. (Hay trad. española: *Inteligencia emocional*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999).

Goode, W. (1993), *World changes in divorce patterns*, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Goode, W.J. (1982) *The family*, Englewood Cliffs, N.J., Prentice-Hall.

Goozen, S. Van; Wiegant, V M.; Endert, E.; Helmond, F. A. y Van de Poll, N. E. (1997), «Psychoendocrinological assessment of the menstrual cycle: The relationship between hormones, sexuality, and

mood», *Archives of Sexual Behavior*, 26(4), pp. 359-382.

Gorski, Roger A. (1991), «Sexual differentiation of the endocrine brain and its control», en *Brain Endocrinology*, editado por Marcella Motta, 2ª ed., Nueva York, Raven Press.

—(1980), «Sexual differentiation of the brain», en *Neuroendocrinology*, editado por D. T. Kregger y J. C. Hugos, Sunderland, Massachusetts, Sinauer Associates.

Gottman, John (1994), *What predicts divorce: The relationship between marital processes and marital outcomes*, Hillsdale, N.J., Lawrence

Erlbaum and Associates.

Gould, Elizabeth; Woolley, Catherine S. y McEwen, Bruce S. (1991), «The hippocampal formation: Morphological changes induced by dihydrocorticosterone, gonadal and adrenal hormones», *Psychoneuroendocrinology*, 16, pp. 67-84.

Gove, W. R. (1987), «Mental illness and psychiatric treatment among women», en *The psychology of women: Ongoing debates*, editado por M. R. Walsh, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Govier, E. y Boden, M. (1997), «Occupation and dichotic listening

performance», *Laterality*, 2(1), pp. 27-32.

Govier, E. y Bobby, R (1994), «Sex and occupation as markers for task performance in a dichotic measure of brain asymmetry», *International Journal of Psychophysiology*, 18, pp. 179-186.

Gower, T. (1998), «Feel the burn, don't hear it», *New York Times*, Women's Health, 21 de junio, 3.

Grafman, J. (1989), «Plans, actions, and mental sets: Managerial knowledge units in the frontal lobe», en *Integrating theory and practice in clinical neuropsychology*, editado por E.

Perecman, Hillsdale, N J, Lawrence Erlbaum and Associates.

Grafman, J. y Hendler, J. (1991), «Planning and the brain», *Behavioral and Brain Sciences*, 14, pp. 563-564.

Grafman, J.; Holyoak, K. J. y Boller, E eds. (1995a) «Preface», en «Structure and functions of the Human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y E Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 1-411.

—(1995b), «Structure and functions of the human prefrontal cortex», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 1-411.

Greene, S. G. (1997), «Civic virtues. 'McWorld'», *The Chronicle of Philanthropy*, 16 de octubre, pp. 15-16.

Greenwood, M. R. C. (1996), «Dancing with wolves», *Science*, 271, p. 1787.

Gregor, T. (1985), *Anxious pleasures: The sexual lives of an Amazonian people*, Chicago, University of Chicago Press.

Griffin-Shelley, Eric. (1991), *Sex and love: Addiction, treatment and recovery*, Westport, Connecticut, Praeger.

Gugliotta, G. (1997), «The stalkers are out there», *Washington Post Weekly Edition*, 8 de diciembre, 35.

Guyton, Arthur C. y Hall, John E. (1996), *Textbook of medical physiology*, 9ª ed., Filadelfia, W. B. Saunders, Harcourt Brace Jovanovich.

Hmes, Diane (1998), «Lobe story: Why die female brain rules», *New York Daily News*, 9 de julio, pp. 49-51.

—(1999), *Just like a woman: How gender science is redefining what makes us female*, Nueva York, Bantam Books.

Hall, Judith A. (1984), *Nonverbal sex*

differences: Communication accuracy and expressive style, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Hallstrom, Tore (1979), «Sexuality of women in middle age: The Goteborg study», *Journal of Bio-social Sciences*, Supplement, 6, pp. 165-175.

Hallstrom, Tore y Samuelsson, Sverker (1990), «Changes in women's sexual desire in middle life: The longitudinal study of women in Gothenburg», *Archives of Sexual Behavior*, 19(3), pp. 259-268.

Halpern, Diane F. (1992), *Sex differences in cognitive abilities*, 2^a ed., Hillsdale, N.J., Lawrence Erlbaum and

Associates.

Halpern, H. M. (1982), *How to break your addicting to a person*, Nueva York, McGraw-Hill.

Hamilton, Annette (1970), «The role of women in Aboriginal marriage arrangements», en *Woman's role in Aboriginal society*, editado por Fay Gale, Australian Institute of Aboriginal Studies, Australian Aboriginal Studies 36, *Social Anthropology Series*, 6, pp. 17-20.

Haaulton, W. D. (1966), «The moulding of senescence by natural selection», *Journal of Theoretical Biology*, 12, pp. 12-45.

Hampden-Turner, C. (1994), «The structure of entrapment: Dilemmas standing in the way of women managers and strategies to resolve these», *The Deeper News*, 5 (1), p. 142, Emeryville, California, Global Business Network.

Hampson, Elizabeth (1990a), «Estrogen-related variations in human spatial and articulatory-motor skills», *Psychoneuroendocrinology* 15(2), pp. 97-111.

—(1990b), «Variations in sex-related cognitive abilities across the menstrual cycle», *Brain and Cognition* 14, pp. 26-43.

Hampson, Elizabeth y Kimura, Doreen (1988), «Reciprocal effects of hormonal fluctuations on human motor and perceptual-spatial skills», *Behavioral Neuroscience*, 102(3), pp. 456-459.

—(1993), «Sex differences and hormonal influences on cognitive function in humans», en *Behavioral endocrinology*, editado por J. B. Becker, S. M. Breedlove y D. CREWS, Cambridge, Massachusetts, The MIT Press.

Harmon, A. (1997), «For parents, a new and vexing barden», *New York Times*, 27 de junio.

Harper's (1997), «Giving women the business: On winning, losing, and leaving the corporate game», diciembre, pp. 47-58.

Harrington, M. (1993), *Women lawyers: Rewriting the rules*, Nueva York, Plume.

Harris, A. (1995), «Bully boy brokers», *Winning strategies* (abril-junio), pp. 14 y ss.

Harris, D. (1996), «Why more women say ... I don't need your money, honey», *Money* 25 (noviembre), pp. 146 y ss.

Harris, H. (1995), «Rethinking

Polynesian heterosexual relationships: A case study of Mangaia, Cook Islands», en *Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. Jankowiak, Nueva York, Columbia University Press.

Harrison, A. A. y Saaed, L. (1977), «Let's make a deal: An analysis of revelations and stipulations in lonely hearts advertisements», *Journal of Personality and Social Psychology*, 35, pp. 257-264.

Harry, J. (1983), «Gay male and lesbian relationships», en *Contemporary families and alternative lifestyles: Handbook on research and theory*, editado por E. MACKLIN y R.

Rubín, Beverly Hills, California, Sage Publications.

Hattfield, E. (1988), «Passionate and companionate love», en *The psychology of love*, editado por R. J. STERNBERG y M. L. BARNES, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Hatfield, E. y Rapson, R. L. (1996), *Love and sex: Cross-cultural perspectives*, Needham Heights, Massachusetts, Allyn and Bacon.

Hatfield, E. y Sprecher, S. (1986), *Morar, mirror: The importance of looks in everyday life*, Albany, State University of New York Press.

Hawkes, K.; O'Connell, J. F. y Blurton Jones, N. G (1989), «Hardworking Hadza grandmothers», en *Comparative socioecology: The Behavioural ecology of humans and other mammals*, editado por V. Standen y R. A. Foley Oxford, publicaciones científicas Blackwell.

—(1997), «Hadza women's time allocation, offspring provisioning, and the evolution of long postmenopausal life spans», *Current Anthropology*, 38, pp. 551-565.

Hawkes, K.; O'Connell, J. E; Blurton Jones, N. G.; Álvarez, H. y Charnov, E. L. (1998), «Grand-mothering, menopause, and the evolution of human

Ufe histories», *Proceedings of the National Academy of Science*, 95 (3), pp. 1336-1339.

Hays, C. L. (1997), «Focus for M.B.A.S turas to women», *New York Times*, 14 noviembre, A28.

Heath, R. P. (1997a), «Beyond the fringe in the 1990s», *American Demographics* (junio), p. 27.

—(1997b), «In so many words: How technology reshapes the reading habit», *American Demograpichs* (marzo), pp. 39-43.

Hedges, Larry V. y Nowell, Amy (1995), «Sex differences in mental test

scores, variability, and numbers of high-scoring individuals», *Science*, 269, pp. 41-45

Helgesen, S. (1990), *The female advantage: Womens way of leadership*, Nueva York, Doubleday/Currency

Heller, Sharon (1997), *The vital touch: How intimate contact to a with your baby leads to happier, healthier development*, Nueva York, Henry Holt and Company.

Hendler, J. A. (1995), «Types of planning: Can artificial intelligence yield insights into prefrontal function?», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J.

Grafman, K. J. HOLYOAK y F. BOLLER, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 265-276.

Hendrick C. y Hendrick, S. S. (1986), «A theory and method of love», *Journal of Personality and Social Psychology*, 50, pp. 392-402.

Hendricks, M. (1998), «The origins of *bubble*», *Johns Hopkins Magazine*, febrero, pp. 12-19.

Herdt, Gilbert (1987), *The Sambia: Ritual and gender in New Guinea*, Nueva York, Holt Rinehart and Winston.

Hewlett, B. S. (1992), «Husband-wife reciprocity and the father-infant

relationships among Aka pygmies», en *Father-child relations: Cultural and biosocial contexts*, editado por B. S Hewlett, Hawthorne, N. Y., Aldine de Gruyfer.

Hey, Kenneth R. y Moore, Peter D. (1998), *The caterpillar doesn't know: How personal change is creating organizational change*, Nueva York, The Free Press.

Hill, C. T, Rubin, Z. y Peplau, L. A. (1976), «Breakups before marriage: The end of 103 affairs», *Journal of Social Issues*, 32 (1), pp. 147-168.

Hill, E. M., Young, J. P. y Nord, J. L. (1994), «Childhood adversity,

attachment security, and adult relationships: A preliminary study», *Ethology and Sociobiology*, 15, pp. 323-338.

Hill, K. y Hurtado, A. AL (1991), «The evolution of premature reproductive senescence and menopause in human females: An evaluation of the grandmother hypomesis», *Human Nature*, 2, pp. 313-3 50.

Hill, K. y Kaplan, H. (1988), «Trade-offs in male and female reproductive strategies among the Ache: Parts 1 and 2», en *Human reproductive Behaviour: A Darwinian perspective*, editado por L. Betzig, R. Turke y M. Borgerhoff

Mulder, Cambridge, Inglaterra,
Cambridge University Press.

Hiñes, E. (1998), «Menage a... lot»,
Jane, agosto, pp. 119-121.

Hiñes, M.; Chiu, L.; MgAdams, L. A.;
Bentler, P. M. y LIPCAMON, J. (1992),
«Cognition and the corpus callosum:
Verbal fluency, visuospatial ability and
language lateralization related to
midsagittal surface are-as of callosa
subregions», *Behavioral Neuroscience*,
106 (I), pp— 3-14.

Hittelman, Joan. H. y Dickes, Robert
(1979), «Sex differences in neonatal eye
contact time», *Merrill— Patmer
Quarterly*, 25(3), pp-171-184.

Ho, R. (1997), «Gender gap narrows for credit-seekers, survey finds», *The Wall Street Journal*, 9 de abril, B2.

Hochschild, A. (1997), *The time bind: When work becomes home and home becomes work*, Nueva York, Henry Holt and Co.

Hochschild, A. y Machung, A. (1989), *The second shift: Working women and the revolution at home*, Nueva York, Viking.

Hoffman, Martin L. (1977), «Sex differences in empathy and related behaviors», *Psychological Bulletin*, 84(4), pp. 712-722.

Hoffman, N. Von (1997), «The times are changing: We're starting to behave», *The New York Observer*, 7 de agosto, 14.

Holden, C. (1996), «Researchers find feminization a two-edged sword», *Science*, 271, pp. 1919-1921.

Holloway, Ralph L.; Anderson, Paul J.; Defendini, Richard y Harper, Clive (1993), «Sexual dimorphism of the human corpus callosum from three independent samples: Relative size of the corpus callosum», *American Journal of Physical Anthropology*, 92, pp. 481-498.

Holmes, S. A. (1996a), «Sitting pretty: what women want?», *New York Times*, 15 de diciembre, 4, Al y ss.

—(1996b), «Traditional family stabilized in the 1990s, study suggests», *New York Trmes*, 7 de marzo, B12.

Holyoak, K.J. y Kroger, J. K. (1995), «Forms of reasoning: Insight into prefrontal functions», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. BOLLER, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 253-263.

Honan, W. H. (1998), «The ivory tower under siege», *New York Times*,

Education Supplement, 4 de enero, 4A.

Hopkins, Andrea (1994), *The book of courtly love: The passionate code of the troubadours*, San Francisco, Harper San Francisco.

Horgan, D. M. D. (1975), Language development: A cross-methodological study. Ph. D. diss., Universidad de Michigan, Ann Arbor.

House, J. S.; Landis, K. R. y Umberson, D. (1988), «Social relationships and Health», *Science*, 241 (4865), pp. 540-545.

Howell, N. (1979), *Demography of the Dobe Kung*, Nueva York, Academic

Press.

Hoyenga, K. B. y Hoyenga, K. T. (1979), *The question of sex differences*, Boston, Little, Brown and Company.

Hrdy, Sarah Blaffer (1979), «Infanticide among animals: A review, classification, and examination of the implications for the reproductive strategies of females», *Ethology and Sociobiology*, 1, pp. 13-40.

—(1981), *The woman that never evolved*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

563

—(1986), «Empathy, polyandry and the myth of the coy female», en *Feminist*

approaches to science, editado por R. Bleier, Nueva York, Pergamon Press.

—(1987), «Sex-biased parental investment among primates and other mammals: A critical evaluation of the Trivers-Willard hypothesis», en *Child abuse and neglect: Biosocial dimensions*, editado por R. J. Gelles y J. B. Lancaster, Hawmorne, N.Y., Aldine de Gruyter.

—(1995), «Natural-born modifiers», *Natural History*, diciembre.

Huber, P. (1996), «Cyberpower», *Forbes*, 2 de diciembre.

Hunt, M. (1959), *The natural history of love*, Nueva York, Grove Press.

Hyde, Janet S.; Fennema, Elizabeth y Lamon, Susan J. (1990), «Gender differences in mathematics performance: A meta-analysis», *Psychological Bulletin*, 107, pp. 139-155.

Hyde J. S.; Gehünger, E. R. y Yen, W. M. (1975), «On the empirical relation between spatial ability and sex differences in other aspects of cognitive performance», *Multivariate Behavioral Research*, 10, pp. 289-309.

Insel, T. R., Young, L. y Wang, Z. (1997), «Molecular aspects of monogamy», en «The integrative neurobiology of affiliation», editado por C. S. CÁRTER, 1.1. LEDERHENDLER

y B. KIRKPATRICK *Annals of the New York Academy of Sciences*, 807, pp. 302-316.

Jack, R. y Jack, D. C. (1989), *Moral vision and professional decisions: The changing values of women and men lawyers*, Nueva York, Cambridge University Press.

Jacobs, G. (1981), *Comparative color vision*, Nueva York, Academic Press.

Jacoby, S. (1997), «Giving», *New York Times*, 9 de diciembre, G1 y ss.

Jankowiak, W. (1995), «Introduction», en *Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. Janko-

WIAK, Nueva York, Columbia University Press.

—(1995a), «Romantic passion in me people's republic of China», *en Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. JANKOWIAK, Nueva York, Columbia University Press.

Janofsky, M. (1998), «Pittsburgh is showcase for women in policing», *New York Times*, 21 de junio, B14.

Janowsky, JERI S.; Oviatt, Shelia K. y Oewoll, ERIC S. (1994), «Testosterone influences spatial cognition in older men», *Behavioral-Neuroscience*, 108(2), pp. 325-332.

Jehl, D. (1997), «One wife is not enough? A film to provoke Iran», *New York Times*, 24 de diciembre, A4.

Johnson, K. (1995), «You're fired! See you out of court», *New York Times*, 29 de marzo, B1 y ss.

Johnson, M. (1987), «Mental illness and psychiatric treatment among women: A response», en *The psychology of women: Ongoing debates*, editado por M. R. WaLSLL, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Jones, Rex L. y Kurz Jones, Shirley (1976), *The Himalayan woman*, Palo Alto, California, Mayfield Publishing

Company.

Jope, E. M. (1956), «Agricultural implements», *en A history of technology*, editado por C. Singer, E. J. Holm-yard, A R. Hall y T.I. Williams, vol. 2, Nueva York, Oxford University Press.

Joslyn, W. (1973), «Androgen induced social dominance in infant female rhesus monkeys», *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 14, pp. 137-145.

Jost, A (1970), «Hormonal factors in the sex differentiation of the mammalian foetus», *Phihsopical Transactions of the Royal Society*, Londres, B, pp. 119-130.

Judd, H. L. y Yen, S. S. C. (1973), «Serum androstenedione and testosterone levels during die menstrual cycle», *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism*, 36, pp. 475-481.

Judd, Howard L. y Fournet, Nicole (1994), «Changes of ovarian hormonal function with aging», *Experimental Gerontology*, 29 (3/4), pp. 285-298.

Kahn, J. y Jordán, M. (1995), «Women's banks stage global expansion», *The Wall Street Journal*, 30 de agosto, A8.

Kankakee, *Q.J. Daily Journal* (1998),

«Ageless love: Today's seniors say romance not just for young people», 15 de junio, B7.

Kannapell, A. (1995), «A snoop's story: The confessions of a private eye», *New York Times*, 27 de agosto, section 13, PC 1.

Kantner, J. E y Zelnik, M. (1972), «Sexual experience of young unmarried women in the U.S», *Family Planning Perspectives*, 4, pp. 9-18.

Kantrowtz, B. y Vingert, P. (1998), «Learning at home: Does it pass the test?», *Newsweek*, 5 de octubre, pp. 64-70.

Karl, M. (1995), *Women and empowerment: Participation and decision making*, Nueva York, United Nations Non-Governmental Liaison Service.

Karli, Pierre (1991), *Animal and human aggression*, Nueva York, Oxford University Press.

Katz, M. y Konner, M. (1981), «The role of the father: An anthropological perspective», en *The role of the father in child development*, editado por M. LAMB, Nueva York, John Wiley and Sons.

Katzenbach, J. R. y Smth, D. K. (1993), *The wisdom of teams: Creating*

the big performance organization,
Boston, Harvard Business School Press.

Kay, E. M. y Hagan, J. (1998), «Raising the bar: The gender stratification of lawfirm capital», *American Sociological Review*, 63, pp. 728-743.

Kelly, J. B. (1982), «Divorce: The adult perspective», en *Families in transition*, editado por A. S. Skolnick y J. H. Skolnick, 5ª ed., Boston, Little, Brown and Company.

Kelly, R. M. (1991), *The gendered economy*, Newbury Park, California, Sage Publications.

Kenrick, D. T; Sadalla, E— K.; Groth, G. E. y Trost, M. R. (1990), «Evolution, traits and the states of human courtship: Qualifying the parental investment model», *Journal of Personality*, 58(1), pp. 97-116.

Kephart, W. M. (1967), «Some' correlates of romantic love», *Journal of Marriage and the Family*, 29, pp. 470-479.

Kerber, K. B. (1994), «The marital balance of power and quid pro quo: An evolutionary perspective», *Ethology and Sociobiology*, 15 (5/6), pp. 283-297.

Kerns, Virginia y Brown, Judith K.

eds. (1992), *In her prime: New views of middleaged women*. Urbana, University of Illinois Press.

Kimura, Doreen (1983), «Sex differences in cerebral organization for speech and praxic functions», *Canadian Journal of Psychology*, 37 (1), pp. 19-35.

—(1987), «Are men's and womens brains really different», *Canadian Journal of Psychology*, 28(2), pp. 133-147.

—(1989), «How sex hormones boost or cut intellectual ability», *Psychology Today*, noviembre, pp. 63-66.

—(1992), «Sex differences in the

brain», *Scientific American*, 267 (3), pp. 118-125.

Kinsey, A C; Pomeroy, W. B. y Martin, C. E. (1948), *Sexual behavior in the human male*, Filadelfia, W. B. Saunders.

Kinsey, A C; Pomeroy, W. B. y Martin, C. E. y Gebhard, P. H. (1953), *Sexual Behavior in the human female*, Filadelfia, W. B. Saunders.

Kishkovsky, S. y Williamson, E. (1997), «Second-class comrades no more: Women stoke Russia's start-up boom», *The Wall Street Journal*, 30 de enero, A12.

Klahr, D. y Kotovsky, K. eds. (1989), *Complex information processing: The impact of Herbert A. Simon*, Hills-dale, N.J., Lawrence Erlbaum and Associates.

Klein, J. (1997), «Tough mothering», *Mother Jones*, enero-febrero.

Klein, Laura E y Ackerman, Lillian A. eds. (1995), *Women and power in native North America*, Norman, University of Oklahoma Press.

Kleinman, A. (1980), *Patients and healers in the context of culture*, Berkeley, University of California Press.

Knox, D. H. (1970), «Conceptions of

love at three developmental levels», *Family Coordinator*, 19, pp. 151-157.

Kohlberg, L. (1969), «Stage and sequence: The cognitive developmental approach to socialization», en *Handbook of socialization: Theory and research*, editado por D. A. Goslin, Chicago, Rand McNally.

—(1981), *The psychology of moral development*, San Francisco, Harper and Row. (Hay trad. española: *Psicología del desarrollo moral*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1992).

Kolata, Gina (1995), «Man's world, woman's world? Brain studies point to differences», *New York Times*, 28 de

febrero, C7.

—(1996), «New era of robust elderly
bebes the fears of scientists», *New York
Times*, 27 de febrero, A1 y ss.

Koolhass, J. M.; van den Brin, T. H. C;
Roozendaal, B. y Boorsma, E (1990),
«Medial amygdala
and aggressive behavior: Interaction
between testosterone and vasopressin»,
Aggressive Behavior, 16, pp. 223-229.

Kurtz, James P. y Zuckerman, Marvin
(1978), «Race and sex differences on the
sensation seeking scales»,
Psychological Reports, 43 (2), pp. 529-
530.

Lacoste-Utamsing, C. de y Holloway, R. L. (1982), «Sexual dimorphism in the human Corpus callosum», *Science*, 216, pp. 1431-1432.

Lagerspetz, K. M.; Bjorkqvist, K. y Peltonen, T. (1988), «Is indirect aggression typical of females?», *Aggression and Behavior*, 14, pp. 403-414.

Lancaster, J. B. (1994), «Human sexuality, life histories, and evolutionary ecology», en *Sexuality across the lifecourse*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Lancaster, Jane B. y King, Barbara J. (1992), «An evolutionary perspective on

menopause», en *In her prime: New views of middleaged women*, editado por Virginia Kerns y Judirh K. BROWN, Urbana, University of Illinois Press.

Lancaster, J. B. y Kaplan, H. (1994), «Human mating and family formation strategies: The effects of variability among males in quality and the allocation of mating effort and parental investment», en *Topies in Primatology*, vol. 1, Human Origins, T. Nishida, W. C. McGrew, P. Marler, M. Pickford y F. B. M. DE Waal eds., Tokio, University of Tokyo Press.

Laumann, E. O.; Gagnon, J. H. Michael, R. T. y Michaels, S. (1994),

The social organization of sexuality: Sexual practica in the United States, Chicago, University of Chicago Press.

Lawlor, J. (1997), «Goodbye to the job. Hello to the shock», *New York Times*, 12 de octubre, BU11.

Lawson, A. (1988), *Adultery: An analysis of love and betrayal*, Nueva York, Basic Books.

Leacock, E. B. (1981), *Myths of man dominance*, Nueva York, Monthly Review Press.

Leacock, E. B. ed. (1972), *The origins of the family, private property and the state*, by Frederick Engel with an

introduction by *Eleonor Burke Leacock*, Nueva York, International Publishers.

Le Doux, Joseph (1996), *The emotional brain*, Nueva York, Simón and Schuster. (Hay trad. española: *El cerebro emocional*, Barcelona, Planeta, 1999).

Leigh, B. C. (1989), «Reasons for having and avoiding sex: Gender, sexual orientación, and relationship to sexual behavior», *Journal of Sex Research*, 26, pp. 199-209.

Lemann, N. (1997), «Notes & Comment: Citizen 501(c) (3)», *The Atlantic Monthly*, febrero, pp. 18 y ss.

Lenzner, R. y Johnson, S. S. (1997), «Seeing things as they really are», *Forbes*, 10 de marzo, pp. 122 y ss.

Lerner, G. (1986), *The creating of patriarchy*, Nueva York, Oxford University Press. (Hay trad. española: *La creación del patriarcado*, Barcelona, Crítica, 1990).

Lessa, William A. (1966), *Ulitbi: A Micronesian design for living*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston.

Le Vay, S. (1991), «A difference in hypothalamic structure between heterosexual and homosexual men», *Science*, 253, pp. 1034-1037.

Levenson, Robert, *et al.* (1994), «The influence of age and gender on affect, physiology and their interrelations: A study of long-term marriages», *Journal of Personality and Social Psychology*, 76.

Levenson, Thomas (1995), «Accounting for taste», *The Sciences: Journal of the New York Academy of Sciences*, (enero-febrero).

Lever, Janet (1976), «Sex differences in the games children play», *Social Problems*, 23, pp. 478-487.

—(1978), «Sex differences in the complexity of children's play and games», *American Sociological Review*,

43, pp. 471-483.

Levine, R.; Sato, S., Hashimoto, T. y Verman, J. (1994), «Love and marriage in eleven cultures», en *Love and sex: Cross-cultural perspectives*, editado por E. Hatfield y R. L. Rapson, Needham Heights, Massachusetts, Allyn and Bacon.

Levitan, S. A.; Belous, R. S. y Gallo, E (1988), *Whats happening to the American family?*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Lew, J. (1967), «The older American Indian», en *The older rural Americans*, editado por E. Youmans, Lexington, University of Kentucky Press.

—(1969), «Possible basis for the evolution of lateral specialization of the human brain», *Nature*, 224, pp. 614-615.

Lew, J. A. (1994), «Sex and sexuality in later life stages», en *Sexuality across the life course*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Lewin, T. (1995a), «Women are becoming equal providers», *New York Times*, 11 de mayo.

—(1995 b), «Workers of both sexes make trade-offs for family, study shows», *New York Times*, 29 de octubre.

—(1997), «Women losing ground to men in widening income difference»,

New York Times, 15 de septiembre, A1 y SS.

—(1998), «Birth rates for teenage declines sharply in the 90s», *New York Times*, 1 de mayo, A21.

Lewis, P. (1998), «Not just governments make war or peace», *New York Times*, 28 de noviembre, B9.

Liebowitz, Michael R. (1983), *The chemistry of love*, Boston, Little, Brown and Company.

Lind, M. (1998), «The beige and the black», *New York Times Magazine*, 16 de agosto, pp. 38-39.

Lindholm, C. (1995), «Love as an

experience of transcendence», en *Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. Jankowiak, Nueva York, Co-lumbia University Press.

Liu, D.; Diorio, J.; Tannenbaum, B.; Caldji, C; Francis, D.; Freedman, A.; Sharma, S.; Pearson, D.; Plotsky, P. M. y Meaney, M. J. (1997), «Maternal care, hippocampal glucocorticoid receptors, and hypothalamic-pituitary-adrenal responses to stress», *Science*, 277, pp. 1659-1662.

Liu, D. L.; Ng, M. L. y Chou, L. P. (1992), *Sexual behavior in modern China: A report of the nation wide «sex*

civilisation» survey on 20,000 subjects in China, Shanghai, San Lian Bookstore Publishers.

Lockard, J. y Adams, D. (1981), «Human serial polygyny», *Ethology and Sociobiology*, 2, pp. 177-186.

Longcope, C. (1986), «Adrenal and gonadal steroid secretion in normal females», *Journal of Clinical Endocrinology and Metabolism*, 15, pp. 213-228.

Low, B. S. (1989), «Cross-cultural patterns in the training of children: An evolutionary perspective», *Journal of Comparative Psychology*, 103, pp. 311-318.

Lueptow, L. B.; Garovich, L. y Lueptow, M. B. (1995), «The persistence of gender stereotypes in the face of changing sex roles: Evidence contrary to the sociocultural model», *Ethology and Sociobiology*, 16(6), pp. 509-530.

Lykken, D. T. y Tellegen, A. (1993), «Is human making advantageous of the result of lawful choice? A twin study of mate selection», *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, pp. 56-68.

Maccoby, E. y Jacklin, C. (1974), *The psychology of sex differences*, Stanford, California, Stanford University Press.

Mace, D. y Mace, V (1980), *Marriage: East and west*, Nueva York, Dolphin Books.

Maclay, G. y KMPE, H. (1972), *The dominant man*, Nueva York, Delta. (Hay trad. española: *El hombre dominante*, Barcelona, Plaza y Janes, 1974).

Madsen, Douglas (1994), «Serotonin and social rank among human males», en *The neurotransmitter revolution: Serotonin, social behavior and the low*, editado por R. D. Masters y M. T. McGuire, Carbondale, Southern Illinois University Press.

Mann, V A.; Sasanuma, S., Saküma, N. y Masaki, S. (1990), «Sex differences in

cognitive abilities; A cross-cultural perspective», *Neuropsychologia*, 28(10), pp. 1063-1077.

Manza, J. y Brooks, C. (1998), «The gender cap in U.S. presidential elections: When? why? implications?», *American Journal of Sociology*, 103 (5), pp. 1235-1266.

Martin, David J. y Hoover, H. D. (1987), «Sex differences in educational achievement: A longitudinal study», *Journal of Early Adolescent*, 7, pp. 65-83.

Martin, T. C. y Bumpass, L. L. (1989), «Recent trends in marital disruption», *Demography*, 26, pp. 37-51.

Maeyanski, A. y TuRNER, J. (1992), *The social cage: Human nature and the evolution of society*, Stanford, California, Stanford University Press.

Masini, E. B. (1996), «Silendy working for the future: Recognizing women as creators of social alternatives», *Futures Bulktin*, marzo, pp. 1 y ss.

Masters, R. D. y Carlotti, S. J., Jr. (1993), «Gender differences in response to political leaders», en *Social stratification and socioeconomic inequality*, editado por L. Ellis, vol. 2, Westport, Connecticut, Praeger.

Masters, Roger D. y McGuire, Michael T. eds. (1994), *The neurotransmitter revolution: Serotonin, social Behavior and the law*, Carbondale, Southern Illinois University Press.

Masters, W. H. y Johnson, V; E. (1966), *Human sexual response*, Boston, Little, Brown and Company.

Maybury-Lewis, D. (1992), *Millennium: Tribal wisdom and the modern world*, Nueva York, Viking.

Mayer, PeterJ. (1982), «Evolutionary advantage of the menopause», *Human Ecology*, 10 (4), pp. 477-494.

Mazur, A.; Booth, A. y Dabbs, J. M., Jr. (1992), «Testosterone and chess competition», *Social Psychology Quarterly*, 55 (1), pp. 70-77.

Mazur, A., Susman, E.J. y Edelbrock, S. (1997), «Sex differences in testosterone response to a video game contest», *Evolution and Human Behavior*, 18 (5), pp. 317-326.

Mazur, A. y Lamb, T. (1980), «Testosterone, status, and mood in human mates», *Hormones and Behavior*, 14, pp. 236-246.

McCauley, Elizabeth; Kay, Thomas; Ito, Joanne y Treder, Robert (1987), «The turner syndrome: Cognitive

déficits, affective discrimination and behavior problems», *Child Development*, 58, pp. 464-473.

McClelland, D. C. (1975), *Power: The men experience*, Nueva York, Irvington.

McCorduck, P. y Ramsey, N. (1996), *The futures of women: Scenarios for the 21st century*, Nueva York, Addison-Wesley.

McEwen, B. S. (1994), «How do sex and stress hormones affect nerve cells?», en «Hormonal restructuring of the adult brain: Basic and clinical perspectives», editado por V. N. Luine y C. E. Harding, G. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 743, pp. 1-

McGrew, W. C. (1981), «The female chimpanzee as a human evolutionary prototype», en *Woman the gatherer*, editado por F. Dahlberg, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

McGue, M. y Lykken, D. T (1992), «Genetic influence on risk of divorce», *Psychological Science*, 3(6), pp. 368-373.

McGuinness, Diane (1972), «Hearing: Individual differences in perceiving», *Perception*, 1, pp. 465-473.

—(1976), «Perceptual and cognitive differences between the sexes», en

Explorations in sex differences, editado por B. Lloyd y J. Archer, Nueva York, Academic Press.

—(1985), «Sensorimotor bases in cognitive development», en *Male-Female differences: A biocultural perspective*, editado por R. L. Hall, P. Draper, M. E.; Hamilton, D.; McGinness, C; M. Otten y E. A. Roth, Nueva York, Praeger.

—(1990), «Behavioral tempo in preschool boys and girls», *Learning and Individual Differences*, 2(3), pp. 315-325.

McGuinness, D.; Olson, A. y Chapman, J. (1990), «Sex differences in

incidental recall for words and pictures», *Learning and Individual Differences*, 2(3), pp. 263-285.

McGuinness, D. y Pribram, K. H. (1979), «The origin of sensory bias in the development of gender differences in perception and cognition», en *Cognitive growth and development: Essays in memory of Herbert G. Birch*, editado por M. BORTNER, Nueva York, Brunner/Mazel.

McGuinness, Diane y Sparks, Janet (1983), «Cognitive style and cognitive maps: Sex differences in representations of a familiar terrain», *Journal of Mental Imagery*, 7, pp. 91-100.

McGuinness, K. (1990), «Women and the peace movement», en *The American woman 1990-1991: A status report*, editado por Sara E. RIX, Nueva York, W. W. Norton.

McGuire, M.; Raleigh, M. y Brammer, G. (1982), «Sociopharmacology», *Annual Review of Pharmacology and Toxicology*, 22, pp. 643-661.

McMillan, Carol A. (1989), «Male age, dominance, and mating success among rhesus macaques», *American Journal of Physical Anthropology*, 80, pp. 83-89.

Mead, Margaret (1949), *Male and*

female: A study of the sexes in a changing world, Nueva York, William Morrow. (Hay trad. española: *Masculino y femenino*, Madrid, Minerva, 1984).

Mead, M. y Newton, N. (1967), «Cultural patterning of perinatal behavior», en *Child Searing — Its social and psychological aspects*, editado por S. A. RICHARDSON y A. E. Guttmacher, Baltimore, Williams and Wilkins.

Meldrum, D. R.; Davidson, B. J.; Tataryn, I. V. y Judd, H. L. (1981), «Changes in circulating steroids with aging in postmenopausal women»,

Obstetrics and Gynecology, 57, pp. 624-628.

Meloy, J. R. (1998), «The psychology of stalking», en *The psychology of stalking: Clinical and forensic perspectives*, editado por J. R. Meloy, Nueva York, Academic Press.

Menkel-Meadow, C. (1985), «Portia in a different voice: Speculations on a woman's lawyering process», *Berkeley Women's Law Journal*, 1 (1), 39 (otoño).

Mernissi, Fátima (1975), *Beyond the veil: Male-female dynamics in a modern Muslim society*, Cambridge, Inglaterra, Schenkman.

Metts, S. y Cupach, W. R. (1991), «The role of communication in human sexuality», en *Human sexuality: The societal and interpersonal context*, editado por M. McLünney y S. Sprecher.

Mifflin, L. (1998), «After drought, networks put more women in top posts», *New York Times*, 24 de agosto, Dlyss.

Milbank, D. (1996), «Blame game», *The Wall Street Journal*, 5 de enero, Al y ss.

Mujus, S. (1998), «When birds divorce: Who splits, who benefits, and who gets the nest», *Science News*, 153, pp. 153-155.

Miller, J. B. (1976), *Toward a new psychology of women*, Boston, Beacon Press.

Miller, León K. y Santoni, Viana (1986), «Sex differences in spatial abilities: Strategic and experiential correlates», *Psychologia*, 62, pp. 225-235.

Mills, D. Q. (1991), *Rebirth of the corporation*, Nueva York, John Wiley and Sons. (Hay trad. española: *Hacia una nueva corporación*, Madrid, Ediciones Díaz de Santos, 1992).

Minot, Marilee (1995), «Implications of selected speech practices in the

creation and/or perpetuation of gender identity in several cultures», tesis doctoral, Universidad de Cambridge.

Mitchell, C. (1981), *Human sex differences: A primatologists perspective*, Nueva York, Van Nostrand Reinhold.

Mitchell, S. (1995), «The next baby boom», *American Demographics* (octubre), pp. 22 y ss.

Mlot, C. (1998), «Probing the biology of emotion», *Science* 280, pp. 1005-1007.

Mock, D. W. y Mijjioka, M. (1990), «Monogamy and long-term pair bonding in vertebrates», *Trends in Ecology and*

Evolution, 5 (2), pp. 39-43.

Müller, A. P. (1987), «Behavioral aspects of sperm competition in swallows (*Hirundo rustica*)», *Behaviour*, 100, pp. 92-104.

Moltz, Howard; Lubin, Michael; León, Michael y Numman, Michael (1970), «Hormonal induction of maternal behavior in the ovariectomized nulliparous rat», *Physiology and Behavior*, 5, pp. 1373-1377.

Money, J. (1997), *Principles of developmental sexology*, Nueva York, Continuum.

Money, J. y Ehrhardt, A. A. (1972),

Man and woman, boy and girl: The differentiation and dimorphism of gender identity from conception to maturity, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Money, J.; Schwatz, M. y Lewis, V G. (1984), «Adult heterosexual status and fetal hormonal masculinization and demasculinization: 46, XX congenital virilizing adrenal hyperplasia and 46, XY androgen-insensitivity syndrome compared», *Psychoneuroendocrinology*, 9, pp. 405-414

Monneuse, Marie-Odile, Bellisle, France y Louis-Sylvestre, Jeanine

(1991), «Impact of sex and age on sensory evaluation of sugar and fat in dairy products», *Physiology and Behavior*, 50, pp.1.111-1.117.

Montagu, A. (1953), *The natural superiority of women*, Nueva York, Colber Books.

Moran, S. (1998), «... But not at work», *American Demographics* (mayo), pp. 38 y ss.

Morell, V (1998), «A new look at monogamy», *Science*, 281, pp. 1982-1983.

Mosher, S. W. (1997), «Too many people? Not by a long shot», *New York*

Times, 10 de febrero, A1 8.

Murdock, George P. (1949), *Social structure*, Nueva York, The Free Press.

Murdock, G. P. y Provost, C. (1973), «Factors in the división of labor by sex: A cross-cultural analysis», *Ethology*, 12, pp. 203-225.

Murphy, Yolanda y Murphy, Robert (1974), *Women of the forest*, Nueva York, Columbia University Press.

Murstein, B. I. (1972), «Physical attractiveness and marital choice», *Journal of Personality and Social Psychology*, 22, pp. 8-12.

Mydans, S. (1997), «When the bartered bride opts out of the bargain», *New York Times*, 6 de mayo, A3.

Naciones Unidas (1995), *The world's women 1995: Trends and statistics*, Nueva York, Publicaciones de las Naciones Unidas.

—(1995a), *Women in a changing global economy: 1994 world survey on the role of women in development*, Nueva York, Publicaciones de las Naciones Unidas.

—(1995b), *Women: Looking beyond 2000*, Nueva York, Publicaciones de las Naciones Unidas.

Nadler, A. y Dotan, I. (1992), «Commitment and rival attractiveness: Their effects on male and female reactions to jealousy arousing situations», *Sex Roles*, 26, pp. 293-310.

Nadler, R. D. y Braggio, J. T. (1974), «Sex and species differences in captive reared juvenile chimpanzees and

orangutans», *Journal of Human Evolution*, 3, pp. 541-550.

Naisbitt, J. y Aburdene, P. (1986), *Reinventing the Corporation*, Nueva York, Warner Books. (Hay trad. española: *Reinventar la empresa*, Barcelona, Folio, 1986).

Nash, J. (1983), «Introduction», en *Women, men and the international division of labor*, editado por J. Nash y M. P. Fernández-Kelly, Albany, State University of New York Press.

Nash, J. y Fernández-Kelly, M. P. eds. (1983), *Women, men and the international división of labor*, Albany, State University of New York Press.

Nathans, J.; Thomas, D. y Hogness, D. S. (1986), «Molecular genetics of human color vision: The genes encoding blue, green and red pigments», *Science*, 232, pp. 193-202.

National Foundation for Women Business Owners (1996), *Research Highlights*, Silver Spring, Md., National Foundation for Women Business Owners.

Navarro, M. (1997), «Folder wield their mighting Florida», *New York Times*, 19 de octubre, A1 6.

Nelson, R. J. (1995), *An introduction to Behavioral endocrinology*.

Sunderland, Massachusetts, Sinauer Associates, Incorporated.

Newman, M. (1998), «In second year, charter schools continue to gain in New Jersey», *New York Times*, 12 de septiembre, A21.

New Scientist *Scientist* (1997), «Newswire: Surfer girls», 1 de julio, 21.

New York Times (1997), «Top female executive resigns», 28 de septiembre, A15.

Nichelli, P.; Clark, K.; Hollnagel, C. y Grafman, J. (1995), «Duration processing after frontal lobe lesions», en

«Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 161-171.

Nishida, T. y Hiiwaiwa-Hasegawa, M. (1986), «Chimpanzees and bonobos: Cooperative relationships among males», en *Primate societies*, editado por B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Seyfarth, R. W. Wrangham y T. T. Struhsaker, Chicago, University of Chicago Press.

Nordstrom, C. (1995), «Its all in a name: Local-level female healers in Sri Lanka», en *Women as healers: Cross-*

cultural perspectives, editado por C. S. McClaem, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.

Nyborg, H. (1994), *Hormones, sex and society*, Westport, Connecticut, Praeger.

O'Conner, P. T. (1996), «Like I said, don't worry», *Newsweek*, 9 de diciembre, p. 12.

Oliver, M. B. y Hyde, J. S. (1993), «Gender differences in sexuality: A meta-analysis», *Psychological Bulletin*, 114, pp. 29-51.

Orenstein, Peggy, en asociación con la American Association of University

Women (1994), *Schoolgirls: Young women, self-esteem, and the confidence gap*, Nueva York, Doubleday.

Orfield, G. (1998), «Charter schools won't save education», *New York Times*, 2 de enero, A1 7.

Ornish, D. (1998), *Love or survival: The scientific basis for the healing power of inthnacy*, Nueva York, Harper-Collins.

Paine Webber (1997), *Women and investing: An Index of investor optimism special report*, Nueva York, Paine Webber.

Palma, A. de (1997), «As U.S. looks

on, 120 nations sign treaty banning land mines», *New York Times*, 3 de diciembre, A1.

Palmaffy, T. (1998), «No excuses», *Policy Review*, enero-febrero, pp. 18 y ss.

Paludi, M. A. y Barickman, R. B. (1991), *Academic and workplace sexual harassment: A resource manual*, Nueva York, State University of New York Press.

Pardo, J. V; Pardo, P. J. y Raichle, M. E. (1993), «Neural correlates of self-induced dysphoria», *American Journal of Psychiatry*, 150, pp. 713-719.

Parish, A. R. (1994), «Sex and food control in the 'unconimon chimpanzee': How bonobo females overcome a phylogenetic legacy of male dominance», *Ethology and Sociobiology*, 15 (3), pp. 157-179.

Parker, G. A. (1970), «Sperm competition and its evolutionary consequences in the insects», *Biological Review*, 45, pp. 525-567.

Passell, P. (1995), «Job advice for 2005: Don't be a farmer, play one on TV», *New York Times*, 3 de septiembre, A9.

Pasternack, B. A. y Visao, A J. (1998), *The centerless Corporation: A new*

model for transforming your organization for growth and prosperity, Nueva York, Simon and Schuster.

Pattatucci, A. M. L. y Hamer, D. H. (1995), «Development and familiarity of sexual orientation in females», *Behavior Genetics*, 25(5), pp. 407-420.

Pavelka, Mary S. M. y Fedigan, Linda Marie (1991), «Menopause: A comparative life history perspective», *Yearbook of Physical Anthropology*, 34, pp. 13-38.

Pearce, F. (1994), «Trees are on the march?», *New Scientist*, 31 de diciembre, p. 17.

—(1997), «Review: Life is a beach», *New Scientist*, 4 de enero, p. 39.

Pedersen, C. A.; Caldwell, J. D.; Jirikowski, G. E y Insel, T. R. (1992), «Oxytocin in maternal, sexual, and social behaviors», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 652, pp. 1-492.

Pedersen-Pietersen, L. (1997), «To have and to hyphenate: The marriage name game», *New York Times*, 16 de marzo, FU.

Peele, S. (1988), «Fools for love: The romantic ideal, psychological theory, and addictive love», en *The Psychology of love*, editado por R. J. Sternberg y M.

L. Barnes, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Peele, S. y Brodsky, A. (1975), *Love and addiction*, Nueva York, Taplinger Publishing Company.

Peplau, L. A. y Cochran, S. D. (1990), «A relational perspective on homosexuality», en *Homosexuality Heterosexuality: Concepts of sexual orientation*, editado por P. McWhirter, S. Sanders y J. Reinisch, vol. 2 de la serie del Kinsey Institute, Nueva York, Oxford University Press.

Peplau, L. y Gordon, S. (1985), «Women and men in love: Gender differences in close heterosexual

relationships», en *Women, gender and socialpsychology*, editado por V O'Leary, R. Unger y B. Wallston, Hillsdale, N.J., Lawrence Erlbaum and Associates.

Persky H.; Lief, H.; Strauss, D.; Miller, W. y O'Brien, C. (1978), «Plasma testosterone level and sexual behavior of couples», *Archives of Sexual Behavior*, 7 (3), pp. 157-173.

Pfeiffer, E.; Verwoerd, A y Wang, H. S. (1969), «The natural history of sexual behavior in biologically advantaged group of aged individuals», *Journal of Gerontology*, 24, pp. 193-195.

Pfeiffer, E. y Davis, G. C. (1972),

«Determinants of sexual behavior in middle and old age», *Journal of the American Geriatrics Society*, 20, pp. 151-58.

Phillips, S. y Sherwin, B. B. (1992), «Effects of estrogen on memory function in surgically menopausal women», *Psychoneuroendocrinology*, 17, pp. 485-495.

Piaget, J. (1932), *The moral judgment of the child*, Nueva York, The Free Press (1965). (Hay trad. española: *El criterio moral en el niño*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1984).

Piltch, C. (1992a), *Work and mental distress: A comparative analysis of the*

experience of women and men. Ph. D. diss., Boston University.

—(1992b), «Work and stress», *The Radcliffe Quarterly* 78 (diciembre), pp. 6-7.

Pinker, S. y Bloom, P. (1992), «Natural language and natural selection», en *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, editado por J. H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby, Nueva York, Oxford University Press.

Plotnicov, L. (1995), «Love, lust and found in Nigeria», en *Romantic passion: A universal experience?*, editado por W. Jankowiak, Nueva York, Columbus

University Press.

Pool, Roben (1994), *Eve's rib: Searching for the biological roots of sex differences*, Nueva York, Crown.

Popcorn, F. y Marigold, L. (1996), *Clicking: 16 trends to future fit your life, your work and your business*, Nueva York, Harper Collins.

Pope, H. y Mueller, C. W. (1979), «The intergenerational transmission of marital instability: Comparisons by race and sex», en *Divorce and separation: Context, causes, and consequences*, editado por G. Levtnger y O. C. Moles, Nueva York, Basic Books.

Popenoe, D. (1996), *Life without father*, Nueva York, The Free Press.

Posner, M. (1994), «Attention: The mechanisms of consciousness», *Proceedings of the National Academy of Science*, 91, pp. 7398-7403.

Posner, M. y Dehaene, S. (1994), «Attentional networks», *Trends in Neuroscience*, 17, pp. 75-79.

Posner, R. (1992), *Sex and reason*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Postrel, V I. (1997), «The nail file», *Reason* (octubre), pp. 4 y ss.

Prakasa V.V.y Rao, V N. (1979), «Arranged marriages: An assessment of me attitudes of the college students in India», en *Cross-cultural perspective of mate selection and marriage*, editado por G. Kurian, Westport, Connecticut, Greenwood Press.

Prentky, R. (1985), «The neurochemistry and neuroendocrinology of sexual aggression», en *Aggression and Dangerousness*, editado por D. P. Farrington y J. Gunn, Nueva York, John Wiley and Sons.

Presser, S. (1995), «Sex, samples and response errors», *Contemporary Sociology*, 24 (4), pp. 296-298.

Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (1995), *Human development report: 1995*, Nueva York, Oxford University Press.

Pui-Wing, Tam (1998), «Graying of Asia in the next 30 years entices U. S. pension fund providers», *The Wall Street Journal*, 16 de marzo, B9.

Purdy, M. (1995), «Asexual revolution for the elderly», *New York Times*, 6 de noviembre, Aló.

Purifoy, F. y Koopmans, L. (1980), «Androstenedione, testosterone and freetestosterone concentrations in women of various occupations», *Social*

Biology, 26, pp. 179-188.

Pusey, A; Williams, J. y Goodall, J. (1997), «The influence of dominance rank on the reproductive success of female chimpanzees», *Science*, 277, pp. 828-830.

Quain, B. (1948), *Fijian village*, Chicago, University of Chicago Press.

Raleigh, M. J. y Brammer, G. L. (1993), «Individual differences in serotonin-2 receptors and social behavior in monkeys», *Society for Neuroscience Abstracts*, 19, 592.

Raleigh, Michael J. y McGuire, Michael T. (1994), «Serotonin,

aggression and violence in vervet monkeys», en *The neurotransmitter revolution: Serotonin, social Behavior and the law*, editado por R. D. MASTERS y M. T. McGUIRE, Carbondale, Southern Illinois University Press.

Raleigh, M.; McGuire, M.; Brammer, G.; Pollack, D. y Yuwiler, A. (1991), «Serotonergic mechanisms promote dominance acquisition in adult male vervet monkeys», *Brain Research*, 559, pp. 181-190.

Randall, Margaret (1996), *The price you pay: The hidden cost of women's relationship to money*, Nueva York, Routledge.

Rebhun, L. A. (1995), «Language of love in nordeast Brazil», en *Romantic passion: A universal experience?* editado por W. Jankowiak, Nueva York, Columbia University Press.

Redman, S. *et al.* (1994), «Determinants of career choices among women and men medical students and interns», *Medical Education*, 28, p. 361, pp. 368-369.

Reid, M. (1995), «Sisterhood and professionalization: A case study of the American lay midwife», en *Women as healers: Cross-cultural perspectives*, editado por C. S. McClain, New Brunswick, N.J., Rutgers University

Press.

Reinisch, June M. y Beasley, Ruth (1990), *The Kinsey Institut new report on sex*, Nueva York, St. Martin's Press.

Reiter, R. R., ed. (1975), *Toward an anthropology of women*, Nueva York, Monthly Review Press. RICH, E. H., ed. (1998), *The foundation directory 1998 edition*. 20^a ed. Nueva York, The Foundation Center.

Richburg, K. B. (1997), «Spreading the wealth», *Washington Post*, edición semanal nacional, 17 de marzo, 6 y ss.

Riesmman, C. K. (1990), *Divorce talk: Women and men make sense of*

personal relationships, New Brunswick, N.J., Rutgers University Press.

Rimer, S. (1998), «As centenarians thrive, 'old' is redefined», *New York Times*, 22 de junio, Al y ss.

Robbins, C. C. (1998), "In southeast, doctor meets medicine man», *New York Times*, 15 de septiembre, Hl.

Robinson, J. R. (1996), «Radio songs», *American Demographics* (septiembre), pp. 60-64.

Roiphe, K. (1997), «Adulteras double standardV, *New York Times Magazine*, 12 de octubre, pp. 54-55.

Rooks, J. P. (1997), *Midwifery & childbirth in America*, Filadelfia, Temple University Press.

Rose, R. AL; Bernstein, I. S.; Gordon, T. R. y Ca-TLIN, S. E (1974), «Androgens and aggression: A review and recent findings in primates», en *Primate Aggression, Territoriality and Xenophobia*, editado por R. L. Holloway, Nueva York, Academic Press.

Rose, R. M.; Holaday, J. W. y Bernstein, I. S. (1971), «Plasma testosterone, dominance rank and aggressive behavior in male rhesus monkeys», *Nature*, 231, pp. 366-368.

Rosenblatt, J. S. (1995), «Hormonal basis of parenting in mammals», en *Handbook of parenting. Vol. 2: Biology and ecology of parenting*, Hillsdale, N.J., Lawrence Erlbaum and Associates.

Rosenblatt, P. C. y Anderson, R. M. (1981), «Human sexuality in cross-cultural perspective», en *The bases of human sexual attraction*, editado por M. GOOK, Nueva York, Academic Press.

Rosener, Judy B. (1990), «Ways women lead», *Harvard Business Review* (noviembre-diciembre), pp. 119-125.

—(1995), *America's competitive*

secret: Women managers, Nueva York, Oxford University Press.

Rosenfeld, J. P. (1992), «Old age, new heirs», *American Demographic*, 14(5), pp. 46-49.

Rosenthal, E. (1998), «In China's countryside, it is time to grow rich», *New York Times*, 30 de mayo, A4.

Rosewicz, B. (1996), «Here comes the bride... and for the umpteenth time», *The Wall Street Journal*, 10 de septiembre, B1 y ss.

Rossi, A. (1984), «Gender and parenthood», *American Sociological Review*, 49, pp. 1-19.

Rossi, A. S. (1994), «Eros and caritas: A biopsychosocial approach to human sexuality and reproduction», en *Sexuality across the life course*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Rossi, Alice S. y Rossi, Peter H. (1990), *Of human bonding: Parent-child relations across the life course*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

Rossiter, Margaret W. (1995), *Women scientists in America: Before affirmative action 1940-1972*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Rowan, R. (1986), *The intuitive*

manager, Nueva York, Berkley Books.
(Hay trad. española: *El director intuitivo*, Barcelona, Ediciones B, 1987).

Rowe, J. W. (1997), «A new gerontology», editorial, *Science*, 17 de octubre, 367.

Roy, Manisha (1975), *Bengali women*, Chicago, University of Chicago Press.

Rushton, J. P. (1989), «Epigenesis and social preference», *Behavioral and Brain Sciences*, 12, pp. 31-32.

Russel, C. (1995 a), «The baby boom turns 50», *American Demographics* (diciembre), pp. 22-41.

—(1995b), «Find the missing men», *American Demographics* (mayo), p. 8.

—(1995c), «Why teen births boom», *Future Survey*, 8 de septiembre.

—(1996), «Going their separate ways», *American Demographics* (noviembre), pp. 10 y ss.

—(1997a), «The Rorschach test», *American Demographics* (enero), pp. 10-12.

—(1997b), «The ungraying of America», *American Demographics* (julio), pp. 12 y ss.

Sacks, K. (1979), *Sisters and wives: The past and future of sexual equality*, Urbana, University of Illinois Press.

Sadalla, E. K., Kenhick, D. T. y Vershure, B. (1987), «Dominance and heterosexual attraction», *Journal of Personality and Social Psychology*, 52, pp. 730-738.

Safer, M. A. (1981), «Sex and hemisphere differences in access to codes for processing emotional expressions and faces», *Journal of Experimental Psychology: General*, 110, pp. 86-100.

Sala, S. Della; Baddeley, A.; Papagno, C. y Spinnler, H. (1995), «Dual-task paradigm: A means to examine the central executive», en «Structure and functions of the human prefrontal

cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 161-171.

Salmon, C. A. y Daly, M. (1995), «On the importance of kind relations to Canadian women and men», *Ethology and Sociobiology*, 17, pp. 289-297.

Samuels, D. (1995), «Philanthropical correctness», *The New Republic*, 25 de septiembre, p. 28.

Samuelson, R. J. (1995), «Judgraent calis: Three cheers for schools?», *Newsweek*, 4 de diciembre, p. 61.

Sanday, P. R. (1973), «Toward a

theory of the status of women», *American Anthropologist*, 75, pp. 1682-1700.

—(1981), *Female power and mate dominance: On the origins of sexual inequality*, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Sapolsky, R. M. (1983), «Endocrine aspects of social instability in the olive baboon», *Ameritan Journal of Primatology*, 5, pp. 365-376.

—(1997), «The importance of a well-groomed child», *Science*, 277, pp. 1620-1621.

Saporito, B. (1995), «What's for

dinner?», *Fortune*, 15 de mayo, p. 50 y ss..

Schanberg, S. M. y Field, T. M. (1987), «Sensory deprivation stress and supplemental stimulation in the rape pup and preterm human neonate», *Child Development*, 58, pp. 1431-1447.

Schanberg, S. M.; Evoniuk, G. y Kuhn, C. (1984), «Tackle and nutritional aspects of maternal care: Specific regulators of neuroendocrine function and cellular development», *Proceedings of the Society for Experimental Biology and Medicine*, 175(2), pp. 135-146.

Schenck-Yglesias, C. G. (1995), «How many doctors does it take?»,

American Demographics, (abril), pp. 18 y ss.

Schlaepfer, T. E.; Tiffin, A. Y.; Barta, P. E.; Harris, G. J. y Pearlson, G. (1994), «Cortical gender dimorphism in healthy subjects», *APA New Research Abstracts, NRM5*, p. 170.

Schlegel, A. y Barry, H. (1986), «The cultural consequences of female contribution to subsistence», *American Anthropologist*, 88, pp. 142-150.

—(1991), *Adolescence: An anthropological inquiry*, Nueva York, The Free Press.

Schlesinger, J. M. (1997), «A slide in

factory jobs: The pain of progress», *The Wall Street Journal*, 28 de abril, 1.

Schneider, M. D. y Cottrell, C. B. (1975), *The American kind universe. A genealogical study*, Chicago, University of Chicago Press.

Schwartz, Pepper (1994), *Peer marriage: how love between equals really works*, Nueva York, The Free Press.

Seger, L. (1996), *When women call the shots: The developing power and influence of women in television and film*, Nueva York, Henry Holt and Company.

Seib, G. E (1995), «Houses divided», *The Wall Street Journal*, 11 de enero, Al y ss.

Seltzer, R. A.; Newman, J. y Leighton, M. V (1997), *Sex as a political variable: Women as candidates and voters in U.S. elections*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers.

Senge, R (1990), *The fifth discipline*, Nueva York, Dou-bleday. (Hay trad. española: *La quinta disciplina*, Barcelona, Granica, 1993).

Shaywitz, B. A.; Shaywitz, S. E.; Pugh, K R.; Constable, R. T; Skudlarski, R; Fulbright, R. K.;
Bronen, R. A.; Fletcher, J. M.;

Shankweiler, D. R.; Katz, L. y Core, J. C. (1995), «Sex differences in the functional organization of the brain for language», *Notare*, 373, pp. 607-609.

Sheets, V L.; Fredendall, L. L. y Claypool, H. M. (1997), «Jealousy evocation, partner reassurance and relationship stability: An exploration of the potential benefits of jealousy», *Evolution and Human Behavior*, 18, pp. 387-402.

Shellenbarger, S. (1996), «Work & family: Two income couples are making changes at work and at home», *The Wall Street Journal*, 14 de febrero, B1 y ss.

Shepher, J. (1971), «Mate selection

among second-generation kibbutz adolescents and adults: Incest avoidance and negative imprinting», *Archives of Sexual Behavior*, 1, pp. 293-307.

Sherfey, M. J. (1972), *The nature and evolution of female sexuality*, Nueva York, Random House. (Hay trad. española: *Naturaleza y evolución de la sexualidad femenina*, Barcelona, Barra], 1977).

Sherwin, B. B. (1988), «A comparative analysis of the role of androgen in human male and female sexual behavior: Behavioral specificity, critical thresholds, and sensitivity», *Psychobiology*, 16, pp. 416—25.

—(1994), «Sex hormones and psychological functioning in postmenopausal women», *Experimental Gerontology*, 29(3/4), pp. 423-430.

Sherwin, B. B. y Gelfand, M. M. (1987), «The role of androgen in the maintenance of sexual functioning in oophorectomized women», *Psychosomatic Medicine*, 49, p. 397.

Sherwin, B. B.; Gelfand, M. M. y Brender, W. (1985), «Androgen enhances sexual motivation in females: A prospective cross-over study of sex steroid administration in the surgical menopause», *Psychosomatic Medicine*, 7, pp. 339-351.

Sherwin, B. B. y Phillips, S. (1990), «Estrogen and cognitive functioning in surgically menopausal women», *Annals of the New York Academy of Sciences*, 592, pp. 474-475.

Shettel-Neuber, J.; Bryson, J. B. y Young, C. E. (1978), «Physical attractiveness of the 'other person' and jealousy», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 4, pp. 612-615.

Short, R. V (1976), «The evolution of human reproduction», *Proceedings, Royal Society (Londres) Series B*, 195, pp. 3-24.

—(1984), «The role of hormones in

sexual cycles», en *Hormones in reproduction*, editado por C. R. Austin y R. V. Short, vol. 3., Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

—(1987), «The biological basis for the contraceptive effects of breast feeding», *International Journal of Gynaecology and Obstetrics Supplement*, 25, pp. 207-217.

Shostak, M. (1981), *Nisa: The life and words of a Kung woman*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Shucard, D. W.; Schucard, J. L. y Thomas, D. G. (1987), «Sex differences in electrophysiological activity in

infancy: Possible implications for language development», en *Language, gender and sex in comparated perspective*, editado por S. U. Philips, S. Steele y C. Tanz, Cambridge, Inglaterra, Cambridge University Press.

Silverberg, James y Gray, J. Patrick (1992), *Aggression and peacefulness in humans and other primates*, Nueva York, Oxford University Press.

Silverman, Irwin y Eals, Marion (1992), «Sex differences in spatial abilities: Evolutionary theory and data», en *The adapted mind: Evolutionary psychology and the generation of culture*, editado por Jerome Barkow,

Leda Cosmides y John Tooby, Nueva York, Oxford University Press.

Simon, H. A. (1974), «How big is a chunk?», *Science*, 183, pp. 482-488.

—(1987), «Making management decisions: The role of intuition and emotion»—, *Academy of Management Executive* (febrero), pp. 57-63.

Simon, Neal G. y Masters, David B. (1988), «Activation of interinale aggression by combined estrogen-androgen treatment», *Aggressive Behavior*, 14, pp. 291-295.

Simon, R. (1998), «Women out do men in results in investing», *The Wall Street*

Journal, 20 de octubre, A14.

Simon, R. J. y Land, Jean (1991), *The crimes that women commit, the punishments they receive*, Lexington, Massachusetts, Lexington Books.

Simpson, J. A.; Campbell, B. y Berscheid, E. (1986), «The association between romantic love and marriage: Kephart (1967) twice revisited», *Personality and Social Psychology Bulletin*, 12, pp. 363-372.

Sinclair, K. P. (1985), «Koro and Kuia: Aging and gender among the Maori of New Zealand», en *Aging and its transformations: Moving toward death in Pacific societies*, editado por

D. A. Counts y D. R. COUNTS, Lanham, Md., University Press of America.

Singer, I. (1987), *The nature of love, mi. 3, The modern world*, Chicago, University of Chicago Press.

Singh, D. (1993), «Adaptive significance of female physical attractiveness: Role of waist-to-hip $Tauo$ », *Journal of Personality and Social Psychology*, 65, pp. 293-307.

Skuse, D. H.; James, R. S.; Bishop, D. V. M.; Coppin, B.; Dalton, P.; Aamodt-Leeper, G.; Bacarese-Hamilton, M.; Creswell, C; McGurk, R. y Jacobs, P. A. (1997), «Evidence from Turner's syndrome of an imprinted X-linked

locus affecting cognitive function», *Nature*, 387, pp. 705-708.

Slatalla, M. (1998), «In sex-role tangle, a woman's search», *New York Times*, Circuits, Gil.

Slocum, S. (1975), «Woman the gatherer: Male bias in anthropology», en *Toward an anthropology of women*, editado por R. R. REJTER, Nueva York, Monthly Review Press.

Small, M. E (1998), *Our babies, our selves: How biology and culture shape the way we parent*, Nueva York, Anchor Books.

Smth, L. (1997), «Coming to a health plan near you: Yoga and belladonna», *Fortune*, 29 de septiembre, pp. 169 y ss.

Smth, R. L. (1984), «Human sperm competition», en *Sperm competition and the evolution of mating systems*, editado por R. L. SMITH, Nueva York, Academic Press.

Smth, T. W. (1994), «Attitudes toward sexual permissiveness: Trends, correlates, and behavioral connections», en *Sexuality across the life course*, editado por A. S. Rossi, Chicago, University of Chicago Press.

Smuts, Barbara B. (1986), «Gender, aggression and influence», en *Primate*

societies, editado por B. B. Smuts, D. L. Cheney, R. M. Seyfarth, R. W. Wrangham y T. T. Struhsaker, Chicago, University of Chicago Press.

—(1992), «Male aggression against women: An evolutionary perspective», *Human Nature*, 3(1), pp. 1-44.

—(1997), «Social relationships and life histories of primates», en *The evolve female: A life history perspective*, editado por M. E. Morebeck, A. Galloway y A. Zihl-man, Princeton, N. J., Princeton University Press.

Smuts, B. B.; Cheney, D. L.; Seyfarth, R. M.; Wrangham, R. W.; Struhsaker, T.

T. eds. (1987), *Primate societies*, Chicago, University of Chicago.

Sommers, Christina Hoff (1994), *Who stole feminism? How women have betrayed women*, Nueva York, Simon and Schuster.

Songer, D. R.; Davis, S. y Hatre, S. (1994), «A reappraisal of diversification in the federal courts: Gender effects in the courts of appeals», *The Journal of Politics*, 56(2), pp. 425-439.

Spaner, G. B. y Margolis, R. L. (1983), «Marital separation and extramarital sexual behavior», *The Journal of Sex Research*, 19, pp. 23-48.

Specter, M. (1998), «Population implosion worries a graying Europe», *New York Times*, 10 de julio, A1.

Spiro, M. E. (1958), *Children of the kibbutz*, Cambridge, Harvard University Press.

Sprecher, S.; Aron, A; Hatfield, E.; Cortese, A.; Potapove, E. y Levttskaya, A (1994), «Love: American style, Russian style, and Japanese style», *Personal Relationships*, 1, pp. 349-369.

Srinwas, M. N. (1977), «The changing position of Indian women», *Man*, 12, pp. 221 –2 3 8.

Stacey, J. (1991), *Brave new families: Stories of domestic upheaval in late twentieth century America*, Nueva York, Basic Books.

Stapley, J. C. y Havtland, J. M. (1989), «Beyond depression: Gender differences in normal adolescents' emotional experiences», *Sex Roles*, 20, pp. 295-308.

Statistical Abstract of the United States (1996), *The American almanac 1996-1997*, Austin, Texas, Hoover's, Incorporated.

Steenland, S. (1987), «Women in broadcasting», en *The American woman 1987-88: A report in depth*, editado por

S. E. Rdí, Nueva York, W. W. Norton.

—(1990), «Behind the scenes: Women in television», en *The American woman 1990-91: A status report*, editado por S. E. Rdí, Nueva York, W. W Norton.

Stendhal, (Beyle, Henry) (1915), *On love*, traducido por Philip Sidney Woolf y Cecil N. Woolf, Nueva York, Brentano's. (Hay trad. española: *Del amor*, Madrid, Edaf, 1994).

Stern, D. (1987), *The interpersonal world of the infant*, Nueva York, Basic Books.

Stern, D. N.; Spieker, S. y MacKain, K. (1983), «Intonation contours as

signals in maternal speech to prelinguistic infants», *Developmental Psychology*, 18, pp. 727-735.

Stewart, T. (1997), *Intellectual capital*, Nueva York, Doubleday.

Stone, B. (1997), «Rx: Thirty minutes on the stairmaster twice weekly», *New York Times*, 1 de marzo, B4.

Stone, L. (1977), *The family, sex, and marriage: In England 1500-1800*, Nueva York, Harper and Row.

—(1988), «Passionate attachments in the west an historical perspective», en *Passionate attachments: Talking about love*, editado por W. Gaylin y E. Person,

Nueva York, The Free Press.

—(1990), *Road to divorce: England 1530-1987*, Nueva York, Oxford University Press.

Strachey, Lytton (1918), *Eminent Victorians*, Garden City, N.Y., Garden City Publishers, Incorporated. (Hay trad. española: *Victorianos eminentes*, Madrid, Aguilar, 1989).

Stroebe, W. y Stroebe, M. S. (1987), *Bereavement and health: The psychological and physical consequences of partner loss*, Nueva York, Cambridge University Press.

Stuss, D. T.; Shallice, T.; Alexander, M. P. y Picton, T. W. (1995), «A

multidisciplinary approach to anterior attentional functions», en «Structure and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y E. Boller, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 769, pp. 191-211.

Suggs, R. C. (1966), *Marquesan sexual behavior*, Nueva York, Harcourt, Brace and World.

Swain, S. (1989), «Covert intimacy: Closeness in men's friendships», en *Gender in intimate relationships*, editado por B. J. Risman y P. Schwartz, Belmont, California, Wadsworth.

Symons, D. (1979), *The evolution of human sexuality*, Nueva York, Oxford University Press.

—(1989), «The psychology of human mate preferences», *Behavioral and Brain Sciences*, 12, pp. 34-35.

Taffel, R. (1990), «The politics of mood», *The Family Therapy Networker* (septiembre-octubre), pp. 49-53.

Takatka, Yukio; Koyama, Naoki y SuziM, Shigera (1995), «Do the old aged females experience a long post-reproductive life span?: The cases of Japanese macaques and chimpanzees», *Primates*, 36 (2), pp. 169-180.

Talbot, M. (1998), «Attachment theory: The ultimate experiment», *New York Times Magazine*, 24 de mayo, pp. 24 y ss.

Tannen, D. (1990), *You just don't understand: Women and men in conversation*, Nueva York, Ballantine Books. (Hay trad. española: *Tú no me entiendes*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992).

Tavris, C. (1992), *The mismeasure of woman*, Nueva York, Simón and Schuster.

—(1994), *Talking from 9 to 5*, Nueva York, William Morrow.

—«The feminizing of love», en *Diverse voices of women*, editado por S. F. Ballentine y J. B. Inclán, Mountain View, California, Mayfield Publishing.

—(1997), «How friendship was 'feminized'», *New York Times*, 28 de mayo, A29.

Tavris, C. y Offtr, C. (1977), *The longest war: Sex differences in perspective*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich.

Tavris C. y Sadd, S. (1977), *The Redbook repon on female sexuality*, Nueva York, Delacorte.

Tear, Jayne (1995), «They just don't understand gender dynamics», *The Wall*

Street Journal, 20 de noviembre, A1 4.

Tennov, D. (1979), *Love and limerence: The experience of being in love*, Nueva York, Stein and Day.

Thiessen, D.; Young, R. K. y Burroughs, R. (1993), «Lonely hearts advertisements reflect sexually dimorphic mating strategies», *Ethology and Sociobiology*, 14, pp. 209-229.

Thompson, A. P. (1983), «Extramartial sex: A review of the research literature», *Journal of Sex Research*, 19, pp. 1-22.

Thorne, B. (1993), *Genderplay*, New Brunswick, N.J., Rutgers University

Press.

Tierney, J. (1998), «The upside of gossip», *New York Times Magazine*, 25 de enero, p. 14.

Tissot, S. A. D. (1766/1985), *Onanism*, Nueva York, Garland Publishing.

Tocqueville, Alexis de (1945), *Democracy in America*, Nueva York, Alfred A. Knopf. (Hay trad. española: *La democracia en América*, Barcelona, Orbis, 1985).

Toran-Allerand, C. D. (1986), «Sexual differentiation of the brain», en *Developmental neuropsychobiology*,

editado por W. T. Greenough y J. M. Juraska, Nueva York, Academic Press.

Tornstam, L. (1992), «Loneliness in marriage», *Annals of Social and Personal Relationships*, 9, pp. 197-217.

Townsend, B. (1996), «Room at me top for women», *American Demographics* (julio), pp. 28-37.

Townsend, J. M. (1989), «Mate selection criteria: A pilot study», *Ethology and Sociobiology*, 10, pp. 241-253.

Trent, K. y South, S. J. (1989), «Structural determinants of me divorce rate: A cross-sectional analysis»,

Journal of Marriage and the Family,
51, pp. 391–404.

Trevathan, W. R. (1987), *Human birth. An evolutionary perspective*, Nueva York, Aldine de Gruyter.

—(1999), *Evolutionary obstetrics*, en *Evolutionary medicine*, editado por W. R. Trevathan, E. O. Saüth y J. J. McKENNA, Nueva York, Oxford University Press.

Trivers, R. L. (1972), «Parental investment and sexual selection», en *Sexual selection and the descent of man*, editado por B. CAMPHELL.

Trivers, R. L. y Willard, D. E. (1973),

«Natural selection of parental ability to vary the sex ratio of off-spring», *Science*, 191, pp. 249-253.

Tsu, B. Y. (1984), «Nuptiahty», en *Popularian of Japan. Country monograph series no. 11 ST/ESCAP269*, Comisión Económico-Social de Naciones Unidas para Asia y el Pacífico, Nueva York, Publicaciones de las Naciones Unidas.

Tucker, D. M.; Luu, P. y Pribram, K. H. (1995), «Social and emotional self-regulation», en «Structare and functions of the human prefrontal cortex», editado por J. Grafman, K. J. Holyoak y F. Boller, *Annals of the New York Academy*

of Sciences, 769, pp. 191-211.

Udry, J. R.; Baumann, K. E. y Morris, N. M. (1975), «Changes in premarital coital experience of recent decade of birth cohorts of urban American women», *Journal of Marriage and the Family*, 37, pp. 783-787.

Udry, J. R.; Kovenock, J. y MORRIS, N. (1992), «A bio-social paradigm for women's gender roles», ponencia presentada en la *Population Association of America Conference*, Denver, Colorado.

Udry, J. R.; Talbert, L. y Morris, N. (1986), «Bioso-cial foundations for adolescent female sexuality»,

Demography, 23, pp. 217-227.

Utne Reader (1997), «On the road again», julio-agosto, 71.

Uvnas-Mogerg, K. (1997), «Physiological and endocrine effects of social contact», en «The integrative neurobiology of affiliation», editado por C. S. Cáster, I. I. Lederhendler Y B. Kirkpatrick, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 807, pp. 146-163.

Valian, V. (1988), «Running in place», *The Sciences: Journal of the New York Academy of Sciences*, 38(1), pp. 18-23.

Velle, W. (1982), «Sex, hormones and behavior in animals and man»,

Perspective in Biology and Medicine,
25, pp. 295-315.

Viederman, M. (1988), «The nature of passionate love», en *Passionate attachments: Thinking about love*, editado por W. Gayun y E. Person, Nueva York, The Free Press.

Viorst, J. (1986), *Necessary issues*, Nueva York, Fawcett Gold Medal. (Hay trad. española: *Pérdidas necesarias*, Barcelona, Plaza y Janes, 1990).

Vogel, G. (1996), «Asia and Europe top in world, but reasons are hard to find», *Science*, 22 de noviembre, 1296.

Vries, G. J. De; Bujis, R. M.; Van

Leeuwen, F. W.; Cafre, A. R. y Swaab, D. F. (1985), «The vasopresinergic innervation of the brain in normal and castrated rats», *The Journal of Comparative Neurology*, 233, pp. 236-254.

Vries, R. De (1985), *Regulating birth: Midwifery, medicine and the law*, Filadelfia, Temple University Press.

Waal, F. de (1982), *Chimpanzee politics*, Nueva York, Harper and Row. (Hay trad. española: *La política de los chimpancés*, Madrid, Alianza, 1993).

—(1984), «Sex differences in the formation of coalitions among chimpanzees», *Ethology and*

Sociobiology, 5, pp. 239-255.

—(1989), *Peacemaking among primates*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

601

—(1989a), «Commentary: Gender and political cognition: Integrating evolutionary biology and political science», de R. D. Mastehs, en *Politics and the Life Sciences*, 8, pp. 3-39.

—(1996) *Good natured: The origins of right and wrong in humans and other animals*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press. (Hay trad. española: *Bien natural: los orígenes del bien y del mal en los humanos y otras animales*, Barcelona, Herder, 1997).

Wade, N. (1998), «Good maternal behavior is linked to the genes of a father», *New York Times*, 29 de agosto, A1 7.

Walker, L. E. y Meloy, J. R. (1998), «Stalking and domestic violence», en *The psychology of stalking: Clinical and forensic perspectives*, editado por J. R. MELOY, Nueva York, Academic Press.

Walker, Margaret L. (1995), «Menopause in female rhesus monkeys», *American Journal of Primatology*, 35, pp. 59-71.

Walsh, M. R. (1987), «Are women

more likely to be mentally ill?», en *The psychology of women: Ongoing debates*, editado por M. R. Walsh, New Haven, Connecticut, Yale University Press.

Walster, E. y Walster, G. W. (1978), *A new look at love*. Reading, Massachusetts, Addison-Wesley.

Ward, Shawn L.; Newcombe, Nora y Overton, Willis F. (1986), «Turn left at the church or three miles north: A study of direction giving and sex differences», *Environment and Behavior*, 18(2), pp. 192-213.

Wattenberg, B. J. (1977), «The population explosion is over», *New York*

Times Magazine, 23 de noviembre, pp. 60-62.

Web, S. (1991), *Step forward: Sexual harassment in the workplace*, Nueva York, Mastermedia.

602

Wedehnd, C; Seebeck, T.; Bettens, F. y Paepke, A. J. (1995), «MHC-dependent mate preferences in humans», *Proceedings of the Royal Society of London*, 260, pp. 245-249.

Wedenoja, W. (1995), «Mothering and the practice of 'balm' in Jamaica», en *Women as healers: Cross-cultural perspectives*, editado por C. S. McClain, New Brunswick N.J., Rutgers

University Press.

Weiner, A. B. (1976), *Women of value, men of renown: New perspectives in Trobriand exchange*, Austin, University of Texas Press.

Weiner, E. y Brown, A. (1997), *Insiders guide to the future: The powerful are escaping our future... and how to profit from them*, USA, Boardroom, Incorporated.

Weinstein, Sidney (1968), «Intensive and extensive aspects of tactile sensitivity as a function of body part, sex and laterality», en *The skin senses*, editado por D. R. Kenshalo, Springfield, ID., Charles C. Thomas.

Weisman, C. S., Teitelbaum, M. A.; Nathanson, C. A.; Chase, G. A.; Kjing, T. M. y Levine, D. M. (1986), «Sex differences in the practice patterns of recently trained obstetrician-gynecologists», *Obstetrics and Gynecology*, 67(6), pp. 776-777.

Weiss, P. (1998), «Don't even think about it. The cupid cops are watching», *New York Times Magazine*, 3 de mayo, pp. 43-47.

Weissman, M. A y Olfson, M. (1995), «Depression in women: Implications of health care research», *Science*, 269, pp. 799-801.

Weitzman, L. J. (1985), *The divorce revolution*, Nueva York, The Free Press.

Wellington, S. (1996), *1996 census of women corporate officers and top earners*, Nueva York, Catalyst, Incorporated.

—(1997), *Women board director of the Fortune 500:1991 catalyst census*, Nueva Tíbrk, Catalyst, Incorporated.

Wessel, D. (1996), «Reaching back», *The Wall Street Journal*, 13 de febrero, Al y ss.

West, R. (1988), «Jurisprudence and gender», *University of Chicago Law Review* 55(1), pp. 1 y ss.

Westermarck, E. (1922), *The history of human marriage*, vols. 1-3, Nueva York, Allerton Book Company.

Western, R. (1996), «Gossip is golden», *Psychology Today*, 29 (julio-agosto).

White, G. L. (1981), «Some correlates of romantic jealousy», *Journal of Personality*, 49, pp. 129-147.

Whitehead, B. D. (1996), «Women and the future of fatherhood», *Wilson Quarterly* (primavera), pp. 31 y ss.

Whiting, B. y Whiting, J. (1975), *Children in six cultures: A*

psychocultural analysis, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.

Whyte, M. K. (1978), *The status of women in preindustrial societies*, Princeton N.J., Princeton University Press.

Wiederman, M. W. y Allgeier, E. R. (1992), «Gender differences in mate selection criteria: Sociobiological or socioeconomic explanation?», *Ethology and Sociobiology*, 13, pp. 115-124.

Wilkinson, H. (1996), «Cracks in the glass ceiling», *World Press Review*, septiembre, 32.

Williams, Christina L. y Meck, Warren H. (1991), «The organizational effects of gonadal steroids on sexually dimorphic spatial ability», *Psychoneuroendocrinology*, 16(1-3), pp. 155-176.

Williams, G. C. (1957), «Pleiotropy, natural selection, and the evolution of senescence», *Evolution*, 11, pp. 32-39.

—(1975), *Sex and evolution*, Princeton, N.J., Princeton University Press.

Wilson, G. D. y Land, R. J. (1981), «Sex differences in sexual fantasy patterns», *Personality and Individual Differences*, 2, pp. 343-346.

Wilson, James Q. (1993), «On gender», *The Public Interest* (verano), pp. 3-26.

Wilson, M. y Daly, M. (1992), «The man who mistook his wife for a chattal», en *The adapted mind: Evolutionary psychology and lie generation of culture*, editado por J H. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby, Nueva York, Oxford University Press.

Wilson Quarterly (1997), «Shotgun solutions for the family crisis» (invierno).

Winerip, M. (1998), «Schools for sale», *New York Times Magazine*, 14 de

junio, pp. 42-48.

Wingfeld, J. C (1994), «Hormone-behavior interactions and mating systems in male and female birds», en *The differences between the sexes*, editado por R. V. Short y E. Balaban, Nueva York, Cambridge University Press.

Winslow, J. T; Hastings, N.; Carter, C. S.; Harbaugh, C. R. y Insel, T. R. (1993), «A role for central vasopressin in pair bonding in monogamous prairie roles», *Nature*, 365, pp. 545-548.

Wise, R. A. (1988), «Psychomotor stimulant properties of addictive drugs», en *The mesocorticolimbic dopamine*

system, P. W. Kalivas y C. B. Némeroff eds., *Annals of the New York Academy of Sciences*, 537, pp. 228-234.

Witelson, S. E (1989), «Hand and sex differences in the isthmus and genu of the human corpus callosum: A postmortem morphological study», *Bram*, 112, pp. 799-835.

Weelson, S. F; Glezer, L.L, y Kigar, D. L. (1995), «Women have greater density of neurons in posterior temporal cortex», *Journal of Neuroscience*, 15 (5), pp. 3418-3428.

Winon, Georgia (1995), *The truth about mimen: Fighting the 14 devastating myths that hold women*

back, Nueva York.

Witkin, H. A. y Berry, J. W. (1975), «Psychological differentiation in cross-cultural perspective», *Annals of Cross Cultural Psychology*, 6, pp. 4-87.

—Wienberger, J. F. y Tilson, R. L. (1980), «The evolution of monogamy: Hypotheses and evidence», *Annual Review of Ecology and Systematics*, 11,-pp. 197-232.

Wolf, Margery (1974), «Chinese women: Old skills in a new context», en *Women, culture and society*, editado por M. Rosaldo y L. Lamphere, Stanford, California, Stanford University Press.

Wolkstein, D. (1991), *The first love stories*, Nueva York, Harper Perennial.

Wood, J. W. (1990), «Fertility in anthropological populations», *Annual Review of Anthropology*, 19, pp. 211-242.

Woolley, Catherine S.; Gould, Elizabeth; Frankfurt, Maya y McEwen, Bruce S. (1990), «Naturally occurring fluctuation in dendritic spine density on adult hippocampal pyramidal neurons», *Journal of Neuroscience*, 10, pp. 4.035-4.039.

Worton, B. (1996), *Women and work: Executive summary*, Nueva York, Deloitte y Thuche con el Fortune

Marketing Research Group.

Wrangham, Richard y Peterson, Dale (1996), *Dentante males: Apes and the origins of human violence*, Nueva York, Houghton Mifflin.

Wysocki, B., Jr. (1996), «About a million men have left work force in the past year or so», *The Wall Street Journal*, 12 de junio, A1 y ss.

Yalcinkaya, T.; Siteri, P. K.; Vigne, J. L.; Licht, R; Pavgi, S.; Frank, L. G. y Glickman, S. E. (1993), «A mechanism for virilization of female spotted hyenas in utero», *Science*, 260, pp. 1929-1931.

Yang, C. K. (1959), *The Chinese family in the communist revolution*, Cambridge, Massachusetts, MIT Press.
Yearbook of Labour Statistics (1994), vol. 53.

Zuckerman, M. (1994), *Behavioral expressions and biosocial bases of sensation seeking*, Nueva York, Cambridge University Press.

Zuckerman, sir S. (1932), *The social life of monkeys and apes*, Londres, Buder and Turner, Ltd.

Zuger, A. (1998a), «A fistful of hostility is found in women», *New York Times*, 28 de julio, Fl y ss.

—(1998b), «What doctors of both

sexes think of patients of both sexes»,
New York Times, Women's Health, 21 de
junio, 20.

Índice temático

abjasios, 331-33 aborto,

acceso al, 60, 395

sobre el, 389

abuelas, 338-41, 342, 507

abuso de drogas, 229,269, 383,476,
501

acción afirmativa, 102,217

acoso sexual, 202, 352, 361,401-02,

acuerdos prematrimoniales, 202

ADN, 18, 37-8, 89, 102,
170,342,435,480,487, 488,510

adulterio, 476,483-92
diferencias genéricas en el, 487-92
fin de la doble moral con respecto al,
467,490-92
psicología del, 483-90, 490-92
Adventure Travel Society, 194
Afganistán, 65
África, clitoridectomía, 379
comadrona en, 251
mujer como mano de obra en, 134,193
véase también países específicos
África antigua: cuidado infantil en, 15
3, 170
cultura cazadora y recolectora en, 40-
41, 108, 182, 320, 338-39
emigración desde, 320
evolución ancestral de, 16,40-41,130-
31,153, 315,338-40,474-75

Agencia Estadounidense para el
Desarrollo Internacional, 197

agente cultural, la mujer como, 197-
98, 312

aglutinar datos, intuición y, 47-51

Ahem, Susan, 509

Alaska, 319

Albert Einstein College of Medicine,
417

Albright, Madeleine, 287

alcoholismo, 229, 377, 322, 476, 497

Alemania, 129, 229, 286, 326, 390,
392, 498, 505

comportamiento sexual en, 390, 392

educación en, 148

mujer en el gobierno y como mano de
obra en, 111, 134, 282, 303

«alfombrilla de bambú», La (Yüan

Chen), 420

algonquina, 319

Alicia en el país de las maravillas
(*Carroll*), 156

alimento, 172-74, 188-89, 196

relaciones interpersonales y, 202, 339-
40

ambición, diferencias genéricas y, 99-
103, 260-62

ambigüedad, tolerancia de la, 30,
66, 109, 205

American Arbitration Association,
203

American College of Nurse Midwives,
251

American Demographics, 254

American Menopause Foundation,
244, 331

Americans'Use of Time Project, 132

amígdala, 222-23,228

Amigos de la Tierra, 280

amistad, 509-10

alimentación de la, 185-87

amor, *véase* amor romántico

 amor romántico, 414-61 anhelo de

unión emocional, 422

 amores compartidos y, 452-53

 asedio y, 416,457-58

 auge y expansión del, 438-44,461

 belleza y, 428-31,434

 características del, 416-27

 cariño *vs.*, 466-67

 celos y, 454-55

 consejos, 445-46,461

 correlatos cerebrales del, 417,425-

27,435,459, 470-71

descontrol en, 422-23

diferencias genéricas y preferencias
en, 415, 431-39,446-48

erótico *vs.*, 424-25,466

exclusividad sexual y, 423-24,454-55

éxtasis y angustia del, 414,420,426-
27,466

foco de energía y atención en, 418-20

homosexual, 450-51

intimidad y, 23,27, 367, 375,406,479-
82

literatura y música del, 414-23, 432-
33, 434, 439-41,445-46, 458, 459, 502

maduro, 451-52

matrimonio y, 415-16, 438,440-45

mitos y leyendas, 415, 432-33

no correspondido, 415, 416,456-58

poder del, 422-23

publicidad del, 448-49

química del, 459, 470-71

amores compartidos, 452-53

Anatomía del amor, 473, 494

Andina, Michele, 275

Andreas Capellanus, 421

andrógenos, 19, 21

animales, 18

domesticación de, 321

caza de, 40, 55, 238, 339

comportamiento sexual de, 88-9, 369-70, 427-28, 433, 470-71, 473, 484-85, 495

véase también chimpancés;
mamíferos; primates

Annan, Kofi, 277

antropología, 16,18, 22

Argentina, 32,101, 393

Aristófanes, 132

Arnold, Matthew, 11

Arabia, 200-01

Asamblea de «los Cabellos Grises»
de Florida, 343

asumir riesgos, 52-3, 92— 3,303

ataques, amor romántico y, 416,457-58

AT&T, 44, 396

Auden, W. H., 362,466

Auletta, Ken, 134

Australia, 134, 138,319, 329,
393,444,488

azteca, 414

Bacon, Sir Francis, 100, 328

Bailey, Kent, 509

Bailey, Michael, 385

Bali,319

Banco Mundial, 276, 326

Bangkok, 139

Bangladesh, 283

Barbados, 499

Barber, Benjamín, 263

Barber, Brad, 52

Barchester Towers (Trollope),451

Barnes, Brenda, 100

Barnes, Clive, 138

«Bartleby, el escribiente» (Melville),

96

Barton, Clara, 216

Batchler, Janet Scott, 31

Batchler, Lee, 31

Baudelaire, Charles Pierre, 434

Beauvoir, Simone de,

15,16,17,315,323

Beidelman, lom, 333
belleza, amor romántico y, 428-31,434
bemba, 381
Benet,Sula, 331-33
bengalís, 334
Bergmann, Barbara, 328
Berra, Yogi, 193
Betzig, Laura, 493, 524
Biblia, 434
bisexualidad, 361, 384-86
Black, Jeffrey, 485
blackfoot, 319
Bloom, Paul, 131
Bolivia,231
Bonaparte, María, 431
Bonaparte, Napoleón, 305
Booz Alien & Hamilton, 104
bosquimanos, *véase* kung san

Botsuana, 32, 290, 504
Bowlby, John, 470
Braus, Patricia, 254
Brasil, 275, 290, 326, 503
Brawne, Fanny, 421
Bride, 508
Broun, Heywood, 238
Brown, Arnold, 107, 113, 189
Brown, Judith, 334
Brown, Lucy, 417
Brownin, Robert, 446
Butrón, Georges-Louis Leclerc, conde
de, 234
Bullough, Vem y Bonnie, 383
Burke, Edmund, 235
Burns, Robert, 316
Bush, George, 56
Buss, David, 404, 429

brujas, 216, 391

Call Off Your Old Tired Ethics
(COYOTE), 383

Cámara de Representantes de Estados
Unidos, 281, 286

Camerún, 82

CampStartUp, 194

Canadá, 122, 123, 229, 278, 290, 290,
329, 498, 504, 522

cáncer, 246, 249

Carlin, James, E, 158

Carlos, príncipe de Gales, 491

Carlyle, Thomas, 87, 443

Carnegie Corporation, 391

Carnegie Endowment for International
Peace, 280

Carter, Sue, 471

Case Wester Reserve, 456

Catalyst, 97, 98, 101, 110

Catalina la Grande, 324

Cather, Wina, 42, 140

CBS, 138

CBS, *Evening News*, 13 5

celos, 454-55, 493

centros de bienestar, 247, 352

centros comunitarios, 159, 352

cerebro: amígdala del, 222-23, 228

anatomía del, 15-18, 19-21, 35-41, 47-
8, 53-5, 123-28, 131, 184-85, 222-
24, 228, 236, 293-94

área de Broca en, 131

bucles corporales, 47, 222-24, 236-40,
248

centros emocionales del, 48, 170,
172, 218-26, 227-28, 293

cingulate gyrus, región del, 293
comisura anterior del, 39
corpus callosum, 39,124-25
corteza cerebral del, 19, 35-7,124-25,
184-86
corteza prefrontal del, 36-8, 48, 53-5,
56-7, 184-85, 222-23
córtex adrenal del, 362
daños al, 39,48,54,223
desarrollo fetal del, 19-20, 38, 240
diferencias genéricas en, 15-18, 26-
41, 43, 47-8, 53-5, 123-26, 185-86,
221-26,228, 236-40, 300-01
divorcio y, 496
escáner del, 227-28,249, 417
evolución del, 15-18, 40-41,43,55,
130-31, 251-52,293
habilidad verbal y, 123-27,130-31,185

hemisferios derecho e izquierdo del, 39-40, 124-25, 185-86, 224, 228, 300
hipotálamo del, 470
impacto del medio en, 21
 neurotransmisores del, 21, 124, 126, 221-25, 235, 470-73
preferencias laborales y, 300-01
sexo y, 362-64, 371
sistema límbico, 222
tamaño del, 125, 252

Cervantes, Miguel de, 26, 333

chamán, 215

Chaucer, Geoffrey, 290, 432

Chesterton, G. K., 230

Chile, 122

chimpancés, 35, 83-9, 108, 204-05

bonobo, 88-9

crianza y cuidado de, 87— 9,237
dependencia de la hembra de, 87-8
destreza manual de, 236-37
estilos de mediación de, 204-05
jerarquía del dominio macho/macho,
83-5
macho alfa, 84-5
paciencia de, 235
poder y, 83-5,90
rivalidad entre las hembras, 85
sexualidad y, 88

China, 107,111,135,137, 149, 197-98,
221, 286, 326, 379,442-43, 522
agricultura en, 63, 111, 137
comités de barrio en, 143
comunistas en, 274-75, 443
mujeres en los movimientos sociales y

el gobierno en, 143,265,282

la conferencia de la mujer de 1995, en,
278

literatura de, 415,420

sexo y amor, 373, 390, 392,442-
43,481

Churchill, Winston, 18,287

Cicerón, 456

ciencias, 22, 27, 71,239

Ciudad Universitaria de Nueva York
(CUNY), 90,199

ciudadano maduro: cuidado sanitario
del, 214,247,313

jubilación del, 52, 53, 109, 329

organización del, 158-59, 343-44

salud del, 341

servicios sociales para, 158,247,343

sexo y amor en, 376-77, 451-52,461
vida asistida para, 214

Claiming Our Rights: A Manual for
Womens Human Rights Education in
Muslim Societies, 277

clan, 390

Clark, Robert C., 201

Cleveland, Harlan, 109, 262

Clinton, Bill, 347-48

Clinton, Hillary Rodham, 508

clitoridectomía, 379, 395

CNN, 136,139

Colón, Cristóbal, 319

colonialismo occidental, 318

Columbia Pictures, 66,94

comadrona, 250-53

comanche, 129

compartimentalización, 30-1,33-5,37,40-5,49-50, 224,225

compasión, 23, 26, 100-01,231,234,242,262, 273,305,525

comunicación con niños, 128-130,186, 230-32

claves no verbales en, 18, 29, 32, 47, 79, 165-181, 185-86, 197-98, 230,311

diferencias genéricas en, 79-83,120-25,129-131

en el trabajo, 79-82,119

retiro de la, 95

véase también cotilleo; lenguaje; telecomunicaciones comunistas, 195,275,282, 443

Congo, República Democrática del,

88,290,319

Conrad, Joseph, 292

Consejo de Educación
Norteamericano, 156

Consejo para la Población, 129

conservación de la naturaleza, 262

conservadoras del vínculo familiar,
mujeres como, 23,122,467,506-09,511

contracepción, 59-60,361, 394-95,
291-92,435

control de la población, 129

Cook, James, 319

Coontz, Stephanie, 506

cooperación, 23, 73, 90, 103-
04,109,160,234

Corea del Sur, 229

Cornillon, Pierre, 282

cortejo de las iguanas, 369

cotilleo, 143-45

Council of Better Business Bureau,
203

Council on Foundations, 272

Cox, Harvey, 342

Cristiani, Michelle, 417

cristianismo, 324, 387-89, 439, 491

Croft, Marine, 265

cromosoma X, 19, 37,46, 127, 176

cromosoma Y, 19

Cronkite, Walter, 135-36

Cuba, 282, 522

cuidado diario, 14,41,62, 320,505

Cummings, E. E., 414

cunnilingus, 390

curiosidad, 23, 186, 367

Dallas, 137

Daly, Martin, 290

Damasio, Antonio, 47-8, 223

Dante Alighieri, 440

Dartmouth College, 32

Darwin, Charles, 56,128, 227,233,325

delfines, 252

delito, 290, 369, 401-02, 489

Deloitte & Touche, 94

democracia, 261, 275

Democracia en América, La,
(Tocqueville), 264

Departamento de Policía de Los
Angeles, 191

deportes, 91,99,110, 122

depresión, 36, 219-20, 229,
246,416,458, 205

postparto y postoperatoria, 250, 253

derechos humanos, 277— 80

Desierto de Kalahari, 167, 498
detectives privados, 190, 352
Diana, princesa de Gales, 491
Dickinson, Emily, 57, 502

diferencias de género, véase tópicos
específicos

Dinamarca, 65, 504

dinero

favorable actitud del hombre hacia, 77
favorable actitud de la mujer hacia,
52-3, 61-2, 64

Diosa de jade, La, 415

discriminación contra la mujer, 98-9,
102, 322-25, 326-27

divorcio, 61-2, 352, 395,

416,451,461,489-501, 508

fisiología cerebral del, 496

la independencia económica de la mujer,y,492, 497-500

razones del, 61-2, 492, 493-96,497-99

tasas crecientes del, 202, 467, 500

trastorno emocional del, 467,500-01

Dolan, Ray, 228

Dominica, 283

donaciones filantrópicas, 22,273-74,
343-44

Donne, John,335, 364, 507

dopamina, 425-26, 459

Doty,Mark,519

Dow Jones Industrial Average, 77

Doyle, Arthur Conan, 50

Drucker, Peter, 46, 106,

112,137,147,155,187, 269, 304

Duff, Carolyne, 76

Dunbar, Robin, 144

Durante, Jimmy, 172

Dyson, Esther, 76

Eals, Marion, 182

Eccles, Jacquelynne, 25

economía:

del conocimiento, 147, 159-60

doble nivel, 302-03

 impacto de la mujer en la,
17,23,58,62-6, 315, 328-29

 turismo y, 193-95

Ecuador, 215, 278

Edad Media en Europa, 264,439-40

educación, 146-160

adultos, 158-59, 313

aprendizaje en grupo, 154-55

de la mujer, 23, 61, 65, 97-8, 146-49, 160, 216-17, 261, 265, 280, 313, 324, 350, 513, 525

derecho a la, 265

impacto de la mujer en, 17, 22, 23, 27, 146-160, 155, 157, 160, 217, 313

sexo y, 392-93, 394

tendencias creativas en, 150-59

trabajo y, 61, 97-8, 102, 119, 148-49, 154-160, 194, 313

véase también escuelas; escuelas empresariales; escuelas universitarias, profesores

Ehrenreich, Barbara, 32

Eibl-Eibesfeldt, Irenáus, 370

Einon, Dorothy, 380

Einstein, Albert, 21,353

ejército:

agresividad natural del hombre y, 289-97

mujer en, 262,286,288-91, 294-97

nuevos conceptos en, 295-97

Ejército de Salvación, el, 263

Eliot, George, 140

Eliot, T.S., 229, 506

Ellis, Havelock, 360, 455

El Salvador, 286

embarazo, 59-60, 95, 374, 435

adolescencia y, 269, 393-94

selección sexual y, 378-79

sexualidad femenina y, 367

Emerson, Ralph Waldo, 51,147,213

emociones, 48

cambios de estación y, 229-30

 cerebro y, 48,170,172, 218-
26,228,293

 contención masculina de, 219-26

 empatía, 18, 200, 226— 34,311,313

 evolución de la, 230-32

 química de la, 232-33

 sanación y, 214,226-30, 242-43

 sensibilidad femenina para, 18,94-5,
177-80, 180,184-85, 187,218, 226-
34,311,367

empleo, 15

 abandono de la familia por, 101-02,

200, 287

aumento de oportunidades para, 57-66,
148, 328-29, 349-54, 513

compartir el, 108, 327

cuello azul, 57-8, 92, 147, 301, 326-
27

cuello dorado, 148, 301

disparidades salariales, 96, 302-03,
326

freelance, 107, 110-12, 189, 195-96,
312

 horario flexible en, 61,
102, 108, 302, 312, 327, 351

oficina, 58, 61, 96-7, 189-90

pérdida de, 61, 102, 103

sanitarios, 61, 217-18, 234, 236-37,
243-46, 250-53, 261, 302, 305,
313, 352-53

servicios, 22, 23, 166, 188-98, 207,
261, 304, 314,351

subsidios, 107,119,327, 346

tiempo parcial, 61, 157, 200,327,346

ventas, 57,190,192-93, 298-99, 304

véase también negocios; lugar de
trabajo, mano de obra, trabajo

encuestas Gallup, 52, 121-22,
219,234-35, 260,286, 289

encuestas internacionales Gallup sobre
género y sociedad (1996), 234-35, 260

enfermedades cardíacas, 86, 246, 336,
341

enfermeras, 216,217,244— 46

Enfermeras en Acción, 244-46

Environmental Defense Fund, 270

Epstein, Cynthia, 199

era de la información, 132, 149,159-60

esclavitud sexual, 383

Escocia, 290

escucha dicotómica, test de, 300-01

escuelas

actividades extracurriculares y, 153

diferencias genéricas y, 75

hogar, 153

libres, 151-52

magnet, 152

primarias y secundarias, 75, 148, 149-52, 313

privadas, 152,159

públicas, 150-52

verano, 158-59

véase también educación; escuelas

universitarias

escuelas de leyes, 97, 206

escuelas universitarias: antinepotismo,
216

carrera de entrenamiento para, 97-
8,154-57,159

femeninas, 216

incorporación de la mujer, 148,159-
60,216-17, 261, 330

tradicional vs. utilitaria, 154-60

esquimales aleúdanos, 86

España, 138, 388

esperma, tipografía del, 378-79

Estonia, 122,402

estrés, 77-80, 86

estrógenos, 19-21, 72, 125-27,430

crianza y, 100-02

habilidades lingüísticas y, 125-27

menopausia y descenso de, 21, 90,
240, 335-36

niveles crecientes de, 127,236,336

psicomotricidad fina y, 236

sexo y, 362-63

Etiopía, 82

Eurípides, 233, 373

erotismo:

amor romántico vs., 424-25,466

declive y resurrección del, 386-89

diferencias genéricas en, 360-86

femenización del, 401-08

libertinos del siglo XX, 389-90

neoliberalismo y, 394-96

escribir, 121,140-49,261

Estados Unidos, 107,221, 229

comunicación en, 122, 128

delito en, 265-67,290-91

economía de, 326

expectativa de vida en, 341

mujer en el gobierno de, 281,287

natalidad en, 522

servicios sociales en, 247

sexo, amor y matrimonio en, 372-73,
380-82, 384-85, 388, 393-94, 398-99,
400, 401-02, 307, 435, 441-42, 447,
448,506-08,511

eutanasia, 353

Evergreen Estate College, 506

evolución, 24,60,174,179

agresiones y, 291-93

del cerebro, 15-18, 40-41,43,55,130-31,251-52,293

del lenguaje, 121, 130-31,144, 147

del pensamiento en red, 40-41, 50

de la empatía, 230-32,

del vehículo matrimonial, 474-78

estatus de la mujer en, 65,216-18

menopausia y, 329-41

la natalidad y, 251-52

selección natural en la, 15,26,40-1, 130-31, 169,170,235, 325

expresiones faciales, 18, 32, 50, 165, 177-180, 183, 183,184-87, 197-98,228,311

expresión vocal, 47, 122, 128-132,169,183,197-98,312

familias:

dobles ingresos, 16, 61, 62-3,320,476-78

intencionales, 509-10

madres trabajadoras y, 59-60,62,99-103,110, 200,317,320,351,497-99, 504-05, 508

matrilineales, 317-18, 467-68, 510-12

mujeres como conservadoras del vínculo familiar, 23, 122, 467, 506-09,511

patriarcales, 17, 467, 505,510-11,512-13

supervivencia de, 512-13

trabajo de equilibración con, 53, 59-60, 63, 79-103,110,200,312,320, 351,498-99,504-05,508

familias patriarcales, 17, 467,505,510-11,512-13

fantasías sexuales:
condicionantes, 365
diferencias genéricas, 360-71,374-75
sometimiento femenino en, 368-70
voyeurismo y, 365-66

Fernald, Anne, 129

Fields, W. C, 180

Filipinas, 138,275

Finlandia, 65, 221, 373, 392, 402,488

Flaubert, Gustave, 418

Ford Motor, 44, 22

Forrest Gump (Groom), 141

Fort Greene Coalition, 265

Fortune, 500 empresas
analizadas, 97,110,272

Fortune, 1000

Empresas analizadas, 97

Fortune Marketing Research Group, 94

Foundation Center, 271, 273

Foundation Directory, 271

Fox, Yvonne Mart, 242

Francia, 216, 229, 281, 290, 326, 439,
504

comunicación en, 122, 129

sexo, amor y matrimonio en, 392,498

Francoeur, Robert, 395

Freed, Stan, 317

Freud, Sigmund, 227

Friedman, Sonya, 139

Fromm, Erich, 318

Frost, Robert, 35

Fukuyama, Francis, 106, 268, 296, 344

Fuller, Bruce, 153
Fuller, Thomas, 213
fundaciones, 263, 271-73
Furstenberg, Frank, 477

Gage, Phineas P., 53-5
Gandhi, Indira, 260,287
Gardner, Howard, 191, 213
Garry, Patrik, 202
Gateway Charter School, 151-52
Gellner, Ernest, 262

generación del boom de natalidad,
329-31

donaciones filantrópicas, 273-74
 envejecimiento de, 22,
142,195,250,315,316, 330-31, 338-43,
525

hijos de, 158
matrimonios de, 469,483
genes, 21
desórdenes de, 37,176
habilidades sociales y, 184-86
información de género en, 18-19
lenguaje y, 127-28
nutrición y, 232-33
pensamiento en red y, 37-38,46
percepción del color y, 175-76

George, Mark, 39, 227, 228
gestos, 18,47, 165, 180— 81,197,311
Ghana, 498, 504
gigolós, 361,399-401,407
Gilligan, Carol, 33-34
Giraudoux, Jean, 167
 Girl Scouts de Estados Unidos,

106,263

Glazer, Nathan, 150

Global Business Network, 30

Global Fund for Women, 275

Goldberg, Steven, 90

gobierno: esquemas de voto y, 22,
27,283-84,316,344-48

nuevas fuerzas sociales que influyen
en el, 261-84,287,313-14

participación de la mujer en el, 17, 22,
23, 27, 261,281-88

predominio del hombre en el, 261,
281-84, 288, 313

gónadas, 19, 362

Goncz, Arpad, 304-05

Goodman, Harold, 451

Gorki, Máximo, 206
Gottman, John, 220,224
Govier, Ernest, 300
Gowaty, Patrida, 485
Grass, Günter, 281
Graves, Robert, 422
Green Belt, movimiento, 277
Greer, Germaine, 336
gremios, 264
griegos antiguos, 46,323-24, 387,438
grupos de interés, 263-76
 grupos religiosos, 262,
264,324,343,511
Gubernick, David, 473

guerra,
hombres y, 17,74,288-97
Guerra de Crimea, 216

Guerra de Secesión, 58,216

Guerra del Golfo Pérsico, 296

Guerra del Opio, 443

Guerra del Vietnam, 135

I Guerra Mundial, 58

II Guerra Mundial, 58, 217, 294, 315,
329

Gur, Rubén y Raquel, 177, 293

gusto, 18,165,172-74,177

Gutenberg, Johann, 141

habilidades motoras,

diferencias genéricas en, 236-39

habilidades sociales, 165-207,262,
279, 305

en la ley y la mediación, 199-207

en medicina, 23,213-18, 226-28, 241-

en los negocios, 23, 96, 187-88, 197-98, 207

genes y, 184-86

sentidos y, 165-83

servicios como profesión y, 22, 23, 166, 188-98

Hadza, 339-40

Haití, 107

Halpem, Diane, 34

Hamar, 82

Hampden-Turner, Charles, 30-31

Harris, Helen, 433

Hawkes, Kristen, 339

Heaney, Seamus, 457

Hefner, Christie, 43

Helgesen, Sally, 52, 105

Heráclito, 503

herencia, 16-21 *véase también*, genes

Hewlett-Packard, 106, 396

Heywood, John, 86

hijos:

a favor de las niñas, 523 –24

actividades creativas para, 194

cuidado de, 16,41,50-1, 53, 60, 61,
89, 94, 100-03,109, 113,129-130, 153,
167-69, 184,219-

20,221,237,305,320,348,509-10,522-26

desarrollo del lenguaje en, 120-21,
128-130

diferencias genéricas en,33-4, 71-2,
73-5, 82-3,219-20,227,234, 239

lectura para, 142

trabajo en el campo, 59

únicos, 522-23

véase también educación; escuela;

niños

Hui, Anita, 405

Hui, Brett, 452

Hiñes, Melissa, 125

Hipócrates, 254

Hoffman, Martin, 230

Hoffman, Nicholas von, 267

hogar, 195-96, 215, 329

atención sanitaria en, 215, 217, 247, 305

trabajar en, 112

trabajo doméstico, 60, 476-77

holismo, 29, 55-6, 142, 262

médico, 214, 241-42, 245, 247-50,

Holmes, Oliver Wendell, 71,125

hombre:

agresividad y violencia en, 74, 288-97

ancestral igualdad entre la mujer y, 16,
316-18

construyendo una nueva relación entre
la mujer y, 23, 519-26

cuidado de los hijos del, 61, 129-130

economía primaria y tarea de
liderazgo asumida por, 17, 261, 281,
285,288,313

fertilidad del, 338, 365, 371, 378-
79,493, 523

nueva igualdad entre la mujer y, 61-6,
315-6, 329,476-78, 526

rasgos naturales del, 15-18,27,29-35,40,42-45,71-85,238-41,289-95,297-98,364-66

y diferencias genéricas, *véase tópicos específicos*

Homero, 319,485

homo habilis, 338

homosexualidad, 274,361, 384-86, 388, 400, 450-51

Honduras, 122,

Hong Kong,443, 504

hopi, 319

hormona del crecimiento (HC), 168

hormonas:

crecimiento, 168

pituitaria, 232

sexuales, 19-20, 19-21, 38,182, 362-64

véase también andrógenos; estrógenos; testosterona

hospitales, 243, 245, 287, 302

Hughes, Ted, 519

Hugo, Víctor, 368

I Love Lucy, 137

imaginación, 23,56-7,66, 113,120,166,311

imagenaría por resonancia magnética (IRM), 124

Imperio Otomano, 216

Imperio Romano, 192, 387

impulsividad, 235

enamoramamiento, *véase* amor romántico

India, 122, 138,221,286, 290, 326
activismo social de la mujer en, 265,
275,278

estatus de la mujer en, 134,379

sexo y amor en, 392, 415,438,444,481

Indonesia, 326, 292,498

industria del turismo, 194-95,312,351

infarto, 39,125, 341

Insel, Tom, 471

Institute of Child Health (Londres), 37,
127

inteligencia, 21, 165-66

de la mujer, 26,42,102, 146-47, 227

habla y, 127

ocultación de, 146-47

Internet, 262, 361

amor en, 448-49

aulas virtuales, 156-57

educación y, 153,156-59

mujer en, 76, 145-46, 153,160,353

negocios y, 107,145,156

sexo en, 396-97

Inter-Parliamentary Union, 282

interrelaciones:

conexiones en, 73

guerra de géneros en, 520-22

inclinación del hombre hacia el rango
y la jerarquía en, 71-80,81-2,85-7, 90-2,
94, 122, 149, 241, 186,281

inclinación de la mujer hacia las
conexiones armoniosas, 71-82,87-90,

94-6,108-110,113,122, 187, 243-45,
186-87, 269,118,311

pandillas femeninas, 73-5

parientes y, 16, 71,131, 147

véase también amor romántico;
familia; matrimonio; sexo, actividades
sexuales

intuición, 28, 32, 46-51, 66,113,311

análisis de datos y, 49-51

negocios y, 50-1,66,113

pensamiento visceral, 47-9

profecía y, 46

inventos, 27, 59,147

Irak, 296

Irán, 392,445

Irlanda, 281, 283, 388

iroqueses, 319

Isaacs, Arlene B., 198

islámicos, países, 64

Israel, 294

Isabel I, reina de Inglaterra, 324

Islandia, 122,283

Islas Galápagos, 158

Italia, 129,148,229

Jacklin, Carol Nagy, 227

Jackson Andrew, 146

Jamaica, 215

James, William, 168

Japón, 64, 86, 239, 286,
326,402,417,488,522

estatus de la mujer en, 64,221,282

expresión verbal en, 121, 129,221

mujer como mano de obra en, 64, 134

jardinería, 64,195-96,277, 321

Jarrell, Randall, 493

Jewett, Sarah Orne, 140, 184

Johnson, Lyndon B., 135, 207, 273

Johnson, Richard, 143

Johnson, Samuel, 80, 186

jubilación, 52,53,109,327

juego, 47-8, 92

juegos olímpicos, 138

Junta de Estudios Superiores de
Massachusetts, 158

Justicia:

arbitraje y mediación en, 203-05,313

impacto de la mujer en, 23, 27,199-
207, 352

tribunales internacionales de, 262, 280
véase también leyes

Justicia, Departamento Estadounidense
de, 199, 457

Kabir, 418

kagoro, 333

Keate, John, 421

Kenia, 82, 278, 290, 424, 504

Kennedy, John E., 56

King, Barbara, 338

Kipling, Rudyard, 46, 95, 172

Kissinger, Henry A., 86

Klein, Frida, 406

Klein, Laura, 319

Komaroff, Anthony L., 243

kungsan, 167, 290

Kuwait, 390

Lancaster, Jane, 338

Leakey, Louis, 181

League of Women Voters, 263

lectura, 120,127, 141-42

lengua nahuatl, 414

lenguaje

 cerebro femenino y, 123-28,130-31,187

 construcción gramatical y, 120,131,146

 diferencias genéricas, 120-25,127-130

 escritura y, 121, 122, 140-47

 estrógenos y, 125-27

 evolución y, 121,127-131,143-44,147

 fluidez femenina del, 23, 119-132, 139,140-146, 166,183,187,198,205,

312,313

genes del, 127-28

habla y, 120-134

incapacidad de, 127-28

lectura y, 120,142

lenguaje corporal, *véase* gestos;

Lerner, Gerda, 22

Lesage, Alain-René, 122

lesbianismo, 361, 384-86, 401,450-51

Levenson, Robert, 221

ley, 17

diferencias genéricas y, 199-201,206,
302, 302

impacto de la mujer en la, 22, 27,191

interés público, 201,207

véase también justicia, mujeres

policía, detectives

Líbano, 229

lifestyles, organización, 399

Lintz, Marj, 451

Lista de Emily, 266

literatura, 27, 140-42

Lituania, 129

Liu Dalin, 390

lobotomía prefrontal, 36

Lombardi, Vince, 74

Longworth, Alice Roosevelt, 143

Lorenz, Konrad, 349

Love, Susan, 242

Loving More, 452

Lugano, Marie, 331

lugar de trabajo:

comunicación en, 79-82, 119

coqueteo en, 403-06

contrato social tradicional en, 103,
112

doble moral sexual en, 401-02

emociones en, 233-34

estrés en, 77-80, 86

ganar o ganar, actitud de la mujer en,
75-6, 109

hogar como, 112

intimar con desconocidos en, 402-03

jugando en equipo en, 23, 44-5, 71-2,
77-8, 105-06, 113, 160, 233-34

pensamiento en red de la mujer en, 23,
27-33, 41-5, 50-1, 66, 75-6, 108-113

véase también, empleo; negocios;
trabajo

Luhrman, Debora, 195

Maccoby, Eleanor, 227

Mackin, Beth, 151-52

madre,

maternidad: selección sexual y, 3 78-79

sexualidad femenina y, 367

soltera, 467, 504-05

trabajadora, 58, 59-64, 99-103, 110, 200, 317, 320, 351, 497-99, 504-05, 508

véase también familia; hijos; niños; parientes; parto

Madres contra el Alcohol en Carretera, 263

Maine, centro médico, 40

Malasia, 134,319, 381

Malí, 65

Malletjerry, 194

Maltby, Lewis, 203

mamíferos, 22, 90, 100, 232-33,235

Mangaia, 419

mano de obra:

contratos fijos vs. temporales de, 107

 madres y, 60, 62-4, 99-
103,110,200,317,320, 351,497-99,504-
05,508

 mujer casada y, 59-64, 99-103

 mujer como, 15-17,27, 65-6, 326-28,
476-77, 512

 mujer soltera y, 57-8,62

 moviéndose dentro, fuera de, 53, 59-
60

original igualdad del hombre y la
mujer como, 16,316-20

recorte de, 103

relaciones de directivas como,
80,106,113

maorís, 167

masai, 82

Masek, Deb, 417

Ma Shuozhu, 63

Massachusetts Institute of Technologe
(MIT), 44, 131

Master, Roger, 32

masturbación, 143, 372, 374-76, 388

Mathews, Jessica T., 280

matriarcado, 284-85, 511

matrimonio, 466-513

amor y, 415-16, 438, 440-45
concertado, 438, 440-44,481
con hijos a la espalda, 467, 471, 473-75, 495-96
compañerismo, 477-78 evolución del, 474-78
felicidad y, 24, 466-67, 475-78,506
fidelidad e infidelidad en, 467-68, 475, 476, 483-92
forzado, 64, 327
interracial, 447
intimidación en, 478-83, 506
monogamia en serie y, 495, 503
noviazgo y, 468-70,479-80
parientes y, 467, 484, 489,497-99
paritarios, 467-513
polígamos, 444-45
química cerebral y, 470-73

reforma del, 467-68, 477-78,513

retraso del, 62,395,512

véase también, divorcio; familias;

nuevos matrimonios

Maugham, Somerset, 422

Maurois, André, 76

MCI, 146

McCorduk, Pamela, 280

McGinley, Robert, 399

McGinty, Erlinda, 170

Mead, Margaret, 152,340, 386

mediación, 203-05, 313

Medicare, 245

Medicina:

medicina alternativa y

complementaria, 213-14, 248-53,313

dominación masculina en los niveles superiores en, 241

holística vs. tratamientos sintomáticos en, 214, 242, 244, 246-50, 196, 352-53

impacto de la mujer en, 22,27,213-19,236-37, 241-54,313

interacción con el paciente en, 234, 241-44, 352

mujeres médico y salud en el trabajo, 61, 217, 234,236-37, 241-46, 261,302,305,313,352 nueva tecnología, 59, 214,249,250

preventiva, 214,2 50,313

trabajo en equipo, 214, 243, 352

tratamientos occidentales convencionales y, 214,249,253

véase también salud; sanación

Médicis, Catalina de, 324
medio, influencia del, 15-21

medios de comunicación:

 impacto de la mujer en los, 22-
23,27,119,132-140,261,312,349

 prensa, 23,27,119,143-45,261,312,349

véase también, radio; televisión

meditación, 247, 248

mehinaká, 432,484

Melville, Hermán, 96

 memoria, 121, 165, 171-72,176, 181-
83, 227

 ubicación, 181-83

 olfativa, 171-72

 verbal, 126-27

Mencken, H. L., 96

menopausia, 331-41

biología de, 21,90,335-40

descenso de estrógenos y, 21,90, 240,
335-36

hipótesis de la abuela y, 338-40

seguridad personal y, 21-22,90,331-36

testosterona y, 21, 90,91, 240, 335-36

menstruación, 337, 363,393-94

niveles de estrógeno en, 126-27, 236

tabú de, 332-33

mercado de valores, 92,2 34

México, 122, 138, 290, 326,414,481

Meyers, Mabel, 317

Millay, Edna St. Vincent, 311,360

modelos, percepción de, 34,44,49-

50,54

monaminooxidasa (MAO), 92-3

Mongolia, 32, 278

Monnot, Marilee, 82

Morley, Christopher, 292

Morris, John, 228

movimiento feminista, 217, 276-79,
286-87, 330, 361

movimiento pacifista, 277

muerte, 59, 227, 303, 353

Muggeridge, Malcolm, 388

mujeres de negro, 277

mujeres del Banco Mundial, 276

mujer en transformación, 318-19

mujeres ejecutivas, 66

carreras empresariales de, 75-6,109-
112,189-90,196,312-13,350-S1

hombres ejecutivos vs., 30-1, 32, 96-104

paridad genérica y, 96-104, 301,
pensamiento en red, 29-33,50-1-6,75-6,109-113

véase también negocios

mujeres maduras:

seguridad y poder de, 21-22,284,315,330-31,333-37,482

vida sexual de, 376-77, 390

véase también menopausia

mujeres médico, 217-18, 236-37,241-44

mujeres policía, 139-140, 191, 352

Museo de Historia Natural de Nueva York, 317

Museo del Sexo de Shanghai, 390
música, 123, 133, 169-70

Naciones Unidas, 101, 133, 189-90,
277, 279, 298, 328, 346,494

IV Conferencia Mundial sobre la
Mujer, 278

Informe sobre el Desarrollo Humano,
148

Programa de Naciones Unidas para el
Desarrollo (PNUD), 32, 64, 283,284,
288, 525

servicios no gubernamentales de, 265,
347

Napoleón I, emperador de Francia,
305

natalidad, 89

descenso de, 59-60, 61, 63, 246, 522-23

National Association of Investors Corporations, 52-3

National Commission of Working Women, 134

National Foundation for Women Business Owners, 32, 111

National Institute of Mental Health, 39,227

National Women's Political Caucus, 288

navajos, 285, 317-18,417, 511

navegación, 182

NBC, 138

negociación, 18, 203-05

negocios

corporaciones virtuales, 107-110,312

cuestiones básicas de, 44-45,103,113

descentralización de, 107-110,312

desde el hogar, 112

desmantelamiento de la dirección

jerárquica en, 23,44-45,72,103-110,
112-13,312

discriminación de la mujer, 99, 102,
322-25, 326-27

formación y promoción en, 99

fracaso en, 91

guerra y deporte combinados en, 74-7

impacto de la mujer en, 22-3, 27, 44-
5, 51, 66, 96-8, 103, 108-110, 179-80,
197-98, 261, 328-29

interés de los accionistas y, 106

intuición y, 50-1,66,113

juego en equipo igualitario en, 23,44-5,71-2, 76-82,105-06,113,160, 233-34

mujeres en juntas directivas, 17,27,45, 52, 66, 97-8, 103, 105-06, 179, 198, 261-62, 328

mujeres en puestos directivos intermedios, 97, 113,133,261

mujeres en puestos directivos superiores, 31-2, 50-1, 75-6, 97-8, 97-103,109-112

organización híbrida (*Ai-borgia*) 108-110

paridad genérica en, 96-104, 302-03

pensamiento femenino y, 28-33, 41-5, 50-1-6, 66,75-6,77-82,108-113

pensamiento masculino y, 30-1,41-5, 76-82

propiedad de mujeres, 110-11,

189,196,261, 312-13

redes masculinas, 99

revolución en las telecomunicaciones
y, 49,103, 107, 111-12, 145-46, 147-
48,156

superintendencia en, 112-13

tendencias actuales, 44-5,103-04,113

véase también empleo; mujeres
ejecutivas; lugar de trabajo; mano de
obra; trabajo

neurotransmisores, 21, 123, 126,221-
25,235, 470-73

New York Daily News, 144

New Yorker, The, 267

New York Post, 143

New York Times, The, 64,
100,145,274,525

Nicaragua, 275, 283

Nielsen Media Research, 396

Nietzsche, Friedrich, 26, 387

Niger, 52, 6

Nigeria, 167,458

niño y lengua, 128-30

niños:

cuidado de, 16, 50-1, 128-31,167-69,174-75, 178,230-35,325,329

comunicación con, 128-30,174-86,230-31

desarrollo de, 41, 167-68,186,239

diferencias genéricas, 19-21,82-3,186,230,239

desarrollo del lenguaje en, 120-21,128-131

muerte prematura, 59, 233

véase también hijos; natalidad

Nightingale, Florence, 216

norepinefrina, 425-26, 433, 459

North American Swing Club
Association, 291

Noruega, 32, 221, 282, 392

Nueva Guinea, 86, 178

Nueva York, 127

Nueva Zelanda, 134, 167, 229, 290

nutrición:

estrógenos y, 100-02

de amigos y colegas, 187, 233, 311

talento de la mujer para, 18, 89, 100-
02, 213, 227, 231-33, 245, 271, 302, 311

véase también, niños; hijos

N.Y.P.D. *Blue*, 139

Odean, Terrance, 52

Odisea, La (Homero), 485

oficina,

véase lugar de trabajo

Oficina de Estadística Laboral,

62,137,189,190, 304,477

Ohman, Ame, 228

oído, 3, 75,80, 81,140

mayor audición en el oído derecho,
105

olfato, 18, 165, 171-72, 177,183

Oprah, 446

oráculo de Delfos, 46

ordenadores, 33, 241

aplicación militar de, 295

educación y, 153,158-59

trabajo y, 6, 111-12, 147-48, 304

uso infantil de, 33,239

Orenstein, Peggy, 75

organizaciones no gubernamentales
(ONG), 262-81,314

causa de las mujeres y, 265-79

gobierno e influencia de la opinión
pública, 262, 271,276-77,287, 353

recaudación de fondos, 265,270, 271-
72

tratamiento de enfermos sociales, 265-
67, 276, 353

organizaciones para el mantenimiento
de la salud (OMS), 180-82

organizaciones políticas, 266-67

órganos, 48, 223

sexuales, 19-20, 88, 90, 366

orgasmo, 88, 363, 371, 373-74, 386,
397,472

contracciones en, 373-74

frecuencia de, 382

origen de las especies, El (Darwin),
325

Ovidio, 192

Oxford Health Plans, 249

oxitocina, 168, 232, 470, 471-72

 paciencia, 18,213,234-35,
242,311,354

Pacific Institute for Women's Health,
197,275

Paine Webber, 52

Pakistán, 275, 283

pandilla femenina, 73-5

Papua Nueva Guinea, 64, 278

parientes:

influencia de, 16, 71, 129-130, 147

matrimonio y, 467,484, 489,497-99

trabajo y, 59, 99-103,
110,157,200,317,498-99,503-04,506-10

véase también familias; hijos; madres;
maternidad; niños

Parker, Dorothy, 55

Parker-Bowles, Camila, 491

Parlamento europeo, 98

parto, 250-53
cesárea y, 253
comadrona y, 250-53
fuera del matrimonio, 467,468, 504-05
natural, 253
retraso del, 60, 512
tarea de, 232, 252-53

Pascal, Amy, 66
Pasquier, Roger, 270
Pasternack, Bruce, 104
paternalismo, 103,108
Paz de Westfalia, 280
Pearson, Lester, 276
pelaga, 392

pensamiento;
asociación mental y, 35, 121

aglutinar datos, 49-51

contextual, véase pensamiento en red
diferencias genéricas en, 15, 18, 26-46,
220-26, 375

flexibilidad en, 28, 38, 45-6, 66, 96,
103, 109, 113,120,312

múltiples tareas y, 31 -3, 40-1

pasos, 31-40,40-5, 49-50,224

puntos de vista y, 31

sentimiento y, 48, 170, 172, 218-26,
228-29, 293

sistemas, 44,66

sobre el sexo, 371-75

véase también cerebro, pensamiento
en red, toma de decisiones

pensamiento en red, 26-66, 305

aplicaciones futuras, 43-5,51-3,107-

características, 18,23,28-41,45-53,66,90,96,103, 108-110,113,120,160

definición de, 29

en el lugar de trabajo, 23,28-33,41-5,50-1-1, 66,75-6,108-113

en la infancia, 33-4

evolución de, 40-1, 50

genes para, 37-8,46

incidencia cultural en sentido amplio,
32

pensamiento por pasos masculino vs.,
30-40, 40-5,49-50, 224

sensualidad femenina y, 375

y cerebro, 36-8

pensamiento por pasos, 30-40,40-5,49-50,224

Penthouse, 396
Pepsi-Cola, 100
percepción del color, 175-77,183
Pérdidas necesarias (Viorst), 509
 periodismo, 23, 27, 143-
45,261,312,349
personalidad, 20-21, 54
piel, 48,176-77 véase también tacto
pigmeos aka, 129
pigmeos baka, 82
Pillsbury, Barbara, 197,275
Pinker, Steven, 131
Plan Wise, 344
Planned Parenthood, 263
Plath, Sylvia,231,519
Platón, 28,48
Playboy, empresas, 43-4

poder, 82-7

acceso de la mujer al, 261-62,267-73,281-88, 315-16,318,324,330—31,334-35.

como afrodisiaco, 85-7

compartir el, 78,109

conocimiento como, 159-160

diferencias genéricas en la percepción del, 71-7, 78, 82-7, 108, 142

liderazgo y, 17,260-305

primates y, 83-9, 90, 291-92

poligamia, 444-45

Polinesia, 319

política, 261-62

diferencias genéticas y, 33,82,85-7,122

mujeres en, 17, 22-23, 27,261-62,
281-88

Polonia, 196, 390

Poltrak, David, 138

pornografía, 366, 368, 396-98,405

Posner, Richard, 397-98

posturas, 18, 29, 47, 79, 165, 175,180-
81, 185, 198,311

Praxilla, 365-66

premio Nobel de la Paz, 277

presión sanguínea, 168, 336

Presley, Elvis, 421

primates, 35,49,83-9

dominio jerárquico del macho, 83r5,
90,291

expresión oral, 130

nutrición en, 235,236-37

véase también chimpancés; mamíferos

profesiones,

paridad genérica, 199-200, 302-03

profesores, 58,61

 autonomía y flexibilidad de, 150-52,154-55,157

 influencia de, 16, 83

 mujer como, 149-153, 155, 157, 160, 298-99, 313

prostitución, 380-83

 Prostitutes of New York (PONY), 381-82

Prudential Secundes, 192

pubertad, 89, 182, 239, 362, 393-94

puentes de Madison, Los (Waller),

Qatar, 64

Quinn, Naomi, 319

Radne, Jean Baptiste, 132

radio, 119, 159

mujer en, 132-33, 140, 160,312,349

Ramesey, Nancy, 280

ratas,

distracción en, 370— 71

Ravid,Joyce, 81

Red, la, 145, 249, 396-98

red informática Prodigy, 226

Reforma, la, 388

Reino Unido, 111, 121, 216,290,504

economía de, 303, 326

Renacimiento, el, 324,388

rencor, 93-6

República Checa, 121

República Dominicana, 175,177

reuniones entre padres-profesores,
100

revolución agraria

estatus de la mujer y, 320-323

tecnología y, 137, 321, 323

Revolución Americana, 136

revolución industrial, 17, 63,264,
388,440-41, 499

revolución sexual, 330, 469

riña o respuesta evasiva, 220

risa, 186-87

Robinson, John, 132
Rockefeller, John, D., 165
Roiphe, Katie, 491
ropa, adquisición de, 60, 192, 351
Rosener, Judy, 113
Rossi, Alice y Peter, 506— 08
Rousseau, 440
Rowan, Roy, 50
Rules, The (Fein y Schneider), 446

Rusia, 196, 216, 282, 332, 388
economía de, 303, 326

Ruskin, John, 15, 175
Russell, Bertrand, 29, 260
Russell, Cheryl, 344
Rudan & Burlington Railroads, 54
Sacred Space Institute, 453

Saint-Exupéry, Antoine de, 467

salud, 27, 213-54

nuevas tendencias de mantenimiento
de la, 213-14, 246-54, 313, 352-53

signos físicos de, 176-77,
179,366,429-31

véase también medicina;

sanación

Samoa, 386 sanación, 213-54

empatía y, 216, 226-32, 243

en equipo, 214,243,352

imposición de manos,
214,234,242,302,313

talento de la mujer para la, 177,213-
18,241-54, 261,271

véase también medicina; salud

Sanati, Farima, 445
Sand, George, 140
Sandburg, Cari, 489
Sanger, Margaret, 389
Santayana, George, 165
Saraguro, 215
SAT exámenes, 120
Scharlow, Brenda, 188
Schembri, Mane, 190
Schlesinger, Arthur M., 348
Schroeder, Patricia, 286
Schultz, Mona Lisa, 40
Schwartz, Felice, 98
Seger, Linda, 138
segundas nupcias, 467, 343, 495, 502
segundo sexo, El (Beauvoir), 15-17,

Seguridad Social, 346

seguro médico, 241, 245, 249, 348

Seltzer, Richard, 283

 selva amazónica, 292,430, 432,438-
39,484

 semang, 319

 Senado estadounidense, 281

 Senge, Peter, 44

 sensualidad, actividad sexual y, 374-
76

 sentido: respuestas vivas de la mujer,
18,165-183

véase también sentido específico

 serotonina, 235,425-26

 servicios como profesión, 22-
23,166,188-98,207, 261,304,314,351

 sexo,

actividad sexual, 360-408

actitudes sociales y religiosas hacia,
361, 379-80; 386-408

agnóstico *vs.* afiliativo, 268

amores compartidos, 452-53

cerebro y, 362-64, 371

cibersexo y, 396-98

códigos de decoro y, 362, 379, 401-02

coqueteo y, 403-06

comportamiento animal y, 88, 369-70,
427-28, 433, 470-71, 471-73, 484-
85, 495

cunnilingus y, 390

desviaciones, 365-69, 369, 398, 401-02

diferencias genéricas en, 360-86

distracción de la mujer durante, 370-
71

emociones y, 367, 375

envejecimiento, 376

estímulos visuales en, 366-68,403-04

exhibicionismo y, 366

experimentación y libertad en, 361,
364, 378-79, 384-86, 389-403,407-08

fertilidad y, 337-38,365, 371, 378-79,
485-86, 493, 523

hormonas y, 362-64,366

libido y, 361-80,382-90, 408,424

masturbación, 363,372, 374-76, 388

mentiras sobre, 380

niños y adolescentes, 269, 391, 392-
94

orgasmo y, 88,363,3 71, 373-74, 382,
386, 397, 472

pasivo vs. papel dominante en, 368-70

pensamientos sobre, 371-75

promiscuidad, 361,398-99,407

recreativo, 390-401
romance e intimidad, 23,27,
367,375,406, 479-82
ritmo medioambiental, 363-64
sensualidad como, 374-75
variedad y flexibilidad, 361, 378-79,
384-86, 398-99,407
sexo adolescente y embarazo, 269,
393-94, 393-94

Seychelles, 283

Shakespeare, William, 65,
119,138,199,311,377,
416,440,441,454,459,519

Sharpsteen, Donald, 95

Shaywitz, Bennett y Sally, 124

Shulsky, Abram, 106, 296

sicología, 18, 22, 51, 71, 122

sida, 267,276

Sierra Leona, 65

Silverman, Irwin, 182

Simenon, Georges, 454, 472

Simmons, Hardwick, 192

Simón, Herbert, 49

Simpson, Gregg, 166

sindicatos, 264, 312

síndrome de Turner, 37, 127, 178

siriono, 231

sistema inmunológico, 168,435

sistema nervioso autónomo (SNA),

221

Skuse, David, 37,46,127, 185

Smith, Adam, 322

Smuts, Barb, 85

sociedad civil, 17,23,262-81, 304,

ascenso de, 262-71

véase también organizaciones no gubernamentales

sociedades colaborativas, 519-26

sociedad de alta tecnología, 27, 103, 107

sociedades matrilineales, 317-18, 467-68, 511

sonreír, 186-87

Solzhenitsyn, Aleksandr, 142

Sontag, Susan, 20

Speculum Doctrinale (Vicent de Beauvais), 439

SriLanka, 129, 149, 215, 283

Sueño de una noche de verano (Shakespeare), 459

Suráfrica, 282, 392

Stanton, Elizabeth Cady, 57, 93

Starr, Roger, 62

Statistical Abstract of the United

States, 189

Steel, Dawn, 94

Steenland, Sally, 134

Steinem, Gloria, 512

Stendhal, 419

Stewart, Martha, 195

Stone, Lawrence, 477,513

Storch, Alarcia L., 244

Stowe, Harriet Beecher, 140

Strachey, Lytton, 216

Suecia, 221,376,392,402, 498

estatus de la mujer en, 65, 282

mujeres como mano de obra, 134,282,

303

políticas de trabajo y cuidado infantil,
102, 303

suicidio, 415

superintendencia, 112-13, 342-43

Sutton, Connie, 499

Suzuki MacGregor, 417

Swift, Jonathan, 172,248

Szymborska, Wislawa, 466

tacto, 18, 165, 166-69, 177,183

niños y, 167-68

sanación y, 23,214,234, 242-
43,302,313

Tailandia, 122, 198, 503, 522

taita, 424

Taiwan, 215,326, 522

Tannen, Deborah, 80-1

Tanzania, 333, 339, 504

Taylor, Bayard, 420

Teilhard de Chardin, Pierre, 418

telecomunicaciones:

 correo electrónico y fax,
103,107,112,448-49

 negocios y, 49,103,107, 111-
12,145,146,156

 revolución en, 103-107, 111-12

véase también Internet

televisión, 119, 133-34

 arte y entretenimiento en, 133-34

 hábitos de los telespectadores,
23,30,60,135-140, 349

 informativos y programas de tertulia,

133, 136,145,349,446

 impacto de la mujer en, 23,27,133-34,137-140, 145,160,261, 312, 349

 interactiva, 159

 mujer ejecutiva, y

 productora en, 133-34,139, 261, 349

Tell, Claes, 102

testículos, 19

testosterona, 72,430

matrimonio y, 472-73

menopausia y, 21, 90, 91,240, 335-36,
377

orientación espacial y, 182, 239-41

rango y, 67, 90-2,100

seguridad y,21,91,100, 293-94

sexo y, 362-64,366,376-77

Thatcher, Margaret, 287

Thomas, Ciarence, 405

Thoreau, Henry David, 85

Thurber, James, 371

tiempo de ocio, 23, 27, 110,142,193-95

Tierney, John, 145

Tigris y Eufrates, ríos, 321

tingit,319

Tocqueville, Alexis, de, 264

Tolstoi, León, 475

toma de decisiones, 29,42, 43-5,50-1,223,312

Thornstam, Lars, 482

trabajo:

actitud femenina hacia, 99-103,200-01

actitud masculina hacia, 31,32,86,100-01

cazador y recolector, 16, 26, 40, 55, 108, 147, 176, 225, 238, 284-85, 318-20, 333-35

división de las tareas en, 15-16,26,297-305

educación y, 61, 97-8, 102, 119, 147-48, 154-160,194,313

excesiva devoción al, 86

fábrica, 57,58,325,326

responsabilidades familiares y, 53, 59-64, 99-103,110,200,312,320, 351, 497-99, 504-05, 508

sin ánimo de lucro, 17, 201,262-74,299,314

véase también empleo; mano de obra; negocios

trabajo doméstico, 60, 476-77

Trevathan, Wenda, 251

Tribunal Penal Internacional, 280

Trollope, Anthony, 193, 451

Trompenaars, Alfons, 31

Traman, Harry S., 448

tuareg musulmán, 458

Turquía, 198,275, 283

Twain, Mark, 112, 119, 483, 505

TzuYeh,373

Ucrania, 277

Uganda, 275

ulithi, 334

Unión Europea, 63, 281

Unión Soviética, 294,402

Universidad de Atizona, 131

Universidad de Berna, 435

Universidad de California:

Berkeley, 153

Davis, 52

Irvine, 113

Los Angeles, 242

Universidad de Cambridge, 485

Universidad Carnegie Mellon, 49

Universidad de Chicago, National
Opinión Research Center en, 286, 372,
384,483,490

Universidad de Columbia, facultad de
derecho, 202

Universidad de Duke, 131

Universidad del Estado de California
en San Ber-nardino, 34

Universidad del Estado de Nueva
York, 417

Universidad de Emory,
Yerkes Regional Primate Research
Center de la, 366, 471

Universidad de Fairleigh Dickinson,
395

Universidad George Mason, 268

Universidad Georgetown, 80

Universidad de Georgia, 485

Universidad de Harvard,
33,98,201,243,342, 400

Universidad de Howard, 283

Universidad de Iowa, 47, 223

Universidad de Johns Hopkins, 436

Universidad de McMaster, 123,290

Universidad de Maryland, 132,471

Universidad de Miami, 460

Universidad de Michigan, 85,493, 524

Universidad de Nuevo México, 251,
338,417

Universidad de Northwestern, 385

Universidad de Nueva York, 333,499

Universidad Pacific Lutheran, 319

Universidad de Pennsylvania, 177,477

Universidad de Phoenix, 154-57

Universidad de Rutger, 263

Universidad de Stanford, 129

Universidad de Virginia
Commonwealth, 509

Universidad de Washington, 220

Universidad de Yale, 124

vacaciones, 62, 188, 194
aprender y estudiar en, 158
valor, 292, 325

variedad sexual,
factores biológicos de la, 378-79
vasopresina, 470

Vicent de Beauvais, 439

Victorians eminentes (Strachey), 216

vida asistida, 214, 247

violación, 401

fantasías de sumisión vs., 368-69

Viorstjudith, 509

virginidad, matrimonio y, 387

Visdo, Albert, 104

vista, 165, 174-81

amplitud y profundidad, 56
interpretación de los signos físicos,
18, 32, 47, 79,165,175,180-81
noche, 174-75
percepción del color y, 175-77
periférica, 79,174,183
visualización, 32, 248

Vlahos, Len, 141

voyeurismo, 365-66

Wagner, Richard, 505

Wallen, Kim, 366

Washington, Bobby, 151

Wedekind, Claus, 435

Wedgwood, Emma, 469

Weiner, Edie, 107-08, 189, 326

Weiner, Edrich, Brown, 107

Wellington, Sheila, 110

West, Mae, 146, 367

Wharton, Edith, 140

When Women Call the Shots (Seeger),
138

Whistler, James Mcneill, 303

Whitehead, Alfred North, 322

Whyte, Martin King, 284

Wilde, Oscar, 376,486

Williams, Jody, 277

Williams, Roslyn, 265

Wilngal, Miriam, 64

Wilson, Margo, 290

Witelson, Sandra, 123

Woods, Harriet, 288

Woollcott, Alexander, 398-99

Wordsworth, William, 273

xhosa, los que hablan la lengua, 129

YangYurong, 111
Yankelovich Partners, 142
yanomami, 430
Yeats, William Buder, 149
York, Margaret, 191
Yüan Chen, 420

Zimbabue, 149,488
zingalés, 129, 215
Zoológico de Arnhem, 84-7,204
Zuckerman, Marvin, 92
zulüs, 86

Biografía

Helen Fisher es antropóloga en la Universidad de Rutgers, New Jersey (Estados Unidos). Es autora de otros dos libros: *Anatomía del amor: la historia natural de la monogamia, el adulterio y el divorcio* y *El contrato sexual: la evolución de la conducta humana*. La Asociación Norteamericana de Antropología le concedió en 1985 el prestigioso Distinguished Service Award.